
UN ALIEN ROMANCE DE
CHARLOTTE T. LOY
EL DESTINO DEL
BAROG
EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES V

Copyright © 2026 Charlotte T. Loy

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imagen de portada: Charlotte T. Loy
Ilustraciones: Charlotte T. Loy

Código de registro safecreative: 2606186145207

A mi hija, una mujer tan fuerte, magnífica y valiente como las descendientes protagonistas de esta historia.

Y a todas vosotras, mis maravillosas lectoras, por acompañarme hasta aquí y disfrutar del final de este viaje alucinante. Quién sabe, tal vez un día consigamos abrir el portal.

¡Nos vemos en Nemea!

EL DESTINO DEL BAROG

EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES V



CHARLOTTE T. LOY

1 EL CAMPO DE MAÍZ

Asentamiento colono holandés en el sur de la isla de Manhattan, Nueva Holanda, América, la Tierra, octubre de 1624
Sylvia

Sylvia alzó la mirada hacia el único rayo de sol que se colaba entre los nubarrones. Hacía semanas que las tormentas asolaban todo el país y un calor extraño, más sofocante de lo habitual, dominaba la zona. Las aguas casi desbordaban el río, aunque no habían alcanzado las casas comunales.

Se extendían los rumores de que habían desaparecido algunas mujeres del asentamiento, levantado algo más arriba de la ribera. Un par de muchachas, llegadas unas semanas atrás en barco desde Holanda, se habían desvanecido sin dejar rastro. Una de ellas, Elena, se había acercado a ella recientemente para preguntarle por los nativos. Desde entonces, la acompañaba cada día al campo y se habían hecho amigas.

¿Qué habría sido de ella?

Algunos culpaban a la tribu, en concreto, al clan Lobo, el más aguerrido de los tres. Pero Sylvia sabía que eran incapaces de hacer algo así.

Los nativos y los colonos no habían tenido ningún problema desde el desembarco de estos últimos un año atrás. Eran buena gente y habían aprendido a convivir los unos con los otros. Sylvia sabía que no era así en todo el territorio; pero ahí, a orillas del río, jamás habían ocurrido incidentes.

Las desapariciones, sin embargo, empezaban a crispar los ánimos de ambos pueblos.

Su hermano pequeño correteaba entre los maizales mientras ella ayudaba a los lenape a cosechar el apreciado cereal. Llevaban un par de semanas de recolecta, desde que el maíz había madurado por completo. Le gustaba colaborar en el campo y sentirse útil. La ayudaba a no pensar en lo que le esperaba en apenas un par de meses: un matrimonio concertado.

Sus padres habían sellado el acuerdo con otra de las familias que viajaron con ellos desde Ámsterdam. El hijo mayor acababa de cumplir los veinte; ella, dieciocho. Apenas habían intercambiado un par de frases, pero eso no había frenado a sus padres para pactar el enlace.

Willem parecía un buen chico, pero no le conocía y, desde luego, no sentía nada por él. Ella se sentía muy joven todavía para pensar en esas cosas y, además, era un espíritu libre.

En el poco tiempo que llevaba en el nuevo mundo, había forjado una bonita amistad con un grupo de jóvenes de la tribu. Trazaban planes idealizados de recorrer el continente juntos y vivir aventuras, antes de que sus obligaciones para con su tribu, en el caso de los lenape, o de su familia, en el de Sylvia, les cortaran las alas para siempre.

Sus padres tenían otros planes para ella, así que había aprendido a conformarse con trabajar en el campo, corretear por la orilla del río con sus amigos al atardecer y escuchar viejas leyendas nativas alrededor de la hoguera cuando el sol se ocultaba ya tras el horizonte.

Una tarde cualquiera, cuando la lluvia incesante apenas les estaba dando una pequeña tregua, escuchó los cuchicheos de dos de las mujeres amigas de su madre. Hablaban de apuestos hombres misteriosos que merodeaban por los asentamientos y los campos en busca de trabajo. Afirmaban proceder del norte, pero tenían un extraño acento y unas facciones que no permitían encasillarlos en ningún origen concreto.

Sylvia era curiosa por naturaleza, así que se preguntó quiénes serían esos hombres y si alguno de ellos llegaría hasta los campos de maíz circundantes de los lenape.

No tuvo que esperar demasiado.

Aquella mañana, mientras recogía un fajo de mazorcas, las anudaba y se las echaba al hombro, algo llamó su atención a través de los tallos.

Había un hombre desconocido, más alto que cualquiera de los que conocía, de pie inmóvil entre las mazorcas. Su cabello, largo y revuelto, tenía un color tan solo un par de tonos más oscuro que el maíz que los rodeaba. Se acercó despacio a uno de los nativos, con las manos en alto y una sonrisa encantadora, y entabló conversación con él. Desde donde ella se encontraba, no podía oírlos. Pero, por las expresiones de sus rostros, supo que habían llegado a un entendimiento.

Aquel hombre misterioso se marchó y regresó al poco con una hoz. Desde ese día, comenzó a trabajar entre ellos en silencio, sin descanso.

Sylvia lo observaba mientras levantaba el utensilio de metal y lo descargaba sobre los tallos con una fuerza y precisión perfectas. Los músculos de sus brazos y su torso, recubiertos de piel tersa y bronceada, decorada con extraños dibujos en forma de espiral, se tensaban con cada movimiento. El sudor le corría por la espalda y el pecho, y él se lo limpiaba de vez en cuando con un trapo que llevaba al hombro.

Pensó que esas espirales quizás fuesen propias de su pueblo de origen o de algunas de las tribus nativas norteñas.

Su padre le había prohibido aproximarse a él, pero ella no podía evitar merodear cerca. Empezó a recoger las mazorcas que él segaba, así que se convirtieron en una especie de equipo tácito y silencioso. Intercambiaban miradas fugaces, aunque todavía a cierta distancia. Ninguno de los dos se había dirigido al otro aún.

Hasta aquel día.

El aguacero se acumulaba allá arriba en el cielo, furibundo y amenazante. Tal vez podrían seguir trabajando un par de horas más, a lo sumo. Después, tendrían que salir corriendo y ponerse a cubierto, tal y como llevaban días haciendo.

—¿Te gusta recolectar? —preguntó de repente aquel hombre, con una voz tan profunda que le hizo cosquillas en la espalda, a lo largo de la columna.

Sylvia se giró para encontrárselo frente a ella, a tan solo unos pasos de distancia. Le impresionaron su altura y su tamaño. Jamás habían estado tan próximos.

—Me gusta trabajar en el campo —contestó ella con un ligero temblor en la voz, suave y delicada.

Cuando alzó la vista hasta sus ojos, echando un poco la cabeza hacia atrás, sintió un calor nuevo en el centro del pecho. Los ojos de aquel hombre eran del color del bronce, con leves matices dorados oscuros, y esa pequeña mota como oro líquido en uno de ellos. Brillaban y parecían amables.

Su rostro era sereno.

—Es un trabajo duro —comentó él.

Ella se pasó la manga por la frente, chorreando de sudor, y asintió.

—Me transmite calma.

Él ensanchó una sonrisa preciosa. Sylvia jamás había visto un hombre tan apuesto. Willem no era feo en absoluto; pero, en comparación, era un crío. Ese desconocido, en cambio…

Sus facciones eran marcadas, masculinas y muy hermosas. Pero lo que más llamaba la atención de la joven era esa especie de dulzura soterrada.

—A mí también —dijo él—. ¿Eres de estas tierras? —Su voz grave tenía un acento que Sylvia era incapaz de identificar. Sin duda, no procedía de ningún lugar en el que ella hubiera estado.

—Vine aquí desde el viejo continente hace un año —explicó ella.

Uno de los lenape del clan Tortuga pasó junto a ellos y los observó durante unos segundos. Después, siguió su camino. Sylvia sabía que ni él ni ninguno de la tribu la delataría a su padre. Aun así, era consciente de que no debería estar hablando con ese hombre.

—Soy Sulveh —dijo él de pronto. Se limpió la mano en el trapo y se la tendió.

Sylvia titubeó.

«Sulveh. ¿Qué clase de nombre es ese? Nunca lo había oído», pensó mientras se observaban mutuamente. Sintió un escalofrío.

—Tú eres Sylvia, ¿verdad? —Su mano todavía estaba extendida hacia ella.

Escuchar su nombre en sus labios la arrancó de sus cavilaciones.

—Sí, soy Sylvia —contestó al fin, alzando la mano para encontrarse con la de él, grande, fuerte y plagada de cicatrices.

El roce los sacudió a ambos. Sus miradas se anclaron, incapaces de despegarse.

—Encantado de conocerte. Hacía días que quería hablar contigo, pero no sabía si… debía.

—A mis padres no les gusta que hable con desconocidos —dijo ella avergonzada.

Se preguntó cuántos años tendría. Sin duda, era bastante mayor que ella. Rondaría los veintisiete o veintiocho. Un hombre desconocido que le pasaba una década. Si su padre la pillara en ese momento, la molería a palos.

—Llevamos días trabajando juntos.

—Tal vez, pero…

—Además, ahora ya sabes mi nombre y yo el tuyo. Ya no somos desconocidos, ¿no crees, Sylvia? —El modo en que él pronunciaba su nombre hacía que le vibraran los huesos y otras cosas… inconfesables.

La muchacha intuía que había algo en él que no encajaba. Algo que ocultaba, sin duda. Sus ojos, sin embargo, no engañaban: rebosaban bondad.

De pronto, un trueno hizo temblar la tierra misma. La cortina de lluvia empezó a caer un segundo después. Aquellos que estaban recolectando salieron huyendo a resguardarse en sus tiendas o casas.

—¡Ven! —dijo Sulveh, tomándola de la mano—. Sígueme.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, agarrada a sus fuertes dedos.

—Al río. ¿Adónde si no?

Atravesaron el campo y avanzaron veloces hacia la orilla. Una vez allí, Sulveh estiró los brazos, separados a ambos lados del

cuerpo, alzó el rostro al cielo y cerró los ojos, dejando que la tormenta lo empapara de la cabeza a los pies.

—¡Esto es maravilloso! —gritó con una sonrisa mientras la melena se le apelmazaba y su piel brillaba de gotas de agua.

Ella se acercó con paso vacilante hasta colocarse a su lado. Entonces, él le cogió la mano de nuevo y tiró de su brazo para que lo extendiera.

Imitándole, Sylvia cerró los ojos y disfrutó de la sensación. Pasados unos minutos, Sulveh descendió el montículo de la orilla, se quitó los zapatos, se arremangó el pantalón, sencillo y polvoriento, y se metió en el río.

Se echó agua fresca en los brazos y el torso. La corriente aún era mansa, pero no tardaría en volverse furiosa a causa del temporal.

—¿Vienes, Sylvia? El agua está deliciosa.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, el marrón cálido de ella sobre el bronce derretido de él, hizo lo que él le pedía: bajó hacia el río, se quitó los zapatos y se metió en el agua.

En ese momento comprendió que haría cualquier cosa que Sulveh le pidiera. Y lo seguiría a cualquier parte.

2 UN NUEVO HOGAR
SYLVIA

La aldea, Nemea, en la actualidad

Tras todas las reuniones, Sulveh y Daryos vinieron a buscarme a la posada. La casa que el príncipe había construido para mi hijo y para mí ya estaba terminada e iba a mostrármela. Era sorprendente que aquel adolescente revoltoso se hubiera convertido en un príncipe responsable, un barog apareado y la mano derecha del rey.

Tatiana habría estado muy orgullosa de sus hijos. Daryos y Cyrus se habían convertido en verdaderos líderes, a imagen y semejanza de su padre, el gran Drashir: el mejor rey que había conocido Nemea.

Apenas podía creer que Sulveh hubiera sobrevivido a la guerra y que todos esos años hubiese permanecido en el templo, como uno de los guardianes. De hecho, se había convertido en poco tiempo en el líder de todos ellos. ¡Era impresionante!

Su rostro seguía siendo casi idéntico al de su hermano gemelo; muy pocos eran capaces de distinguirlos. Yo aprendí a hacerlo al día siguiente de llegar a Nemea, de la peor manera posible.

Sacudí la cabeza para alejar los recuerdos de la cacería, que irrumpieron en tromba en mi mente sin mi permiso. Los dioses habían querido que me uniera a Sonah, y siempre les había estado agradecida por que me hubieran vinculado con un barog honorable, alegre, atento y de buen corazón.

Aunque no fuese el barog a quien yo amaba.

Pero esa era otra historia, una muy vieja y desgastada. Una que ya a nadie le importaba, olvidada por todos, menos por mí.

Sonah y yo nos habíamos convertido en pareja, del mismo modo que Sulveh y Elena, mi mejor amiga. Los cuatro salimos adelante y aceptamos el destino que los dioses del manantial habían elegido para nosotros.

A mi modo, había aprendido a amar a Sonah. O puede que él se hubiese hecho amar, colmándome de atenciones y desviviéndose por dármelo todo y ofrecerme una buena vida. Se entregó a mí por completo, igual que Sulveh hizo con Elena.

Así que no me quedó más remedio que tragarme las lágrimas y esconder antiguos sentimientos, que no me llevaban a ninguna parte, en lo más hondo de mi corazón.

Había amado a Sonah como se ama a un mejor amigo, a un hermano, a alguien muy querido que acaba siendo una parte de ti misma.

Pero jamás lo amé como a su gemelo.

Me enamoré de Sulveh el día en que contemplé sus ojos de bronce y me dijo su nombre en medio de aquel campo de maíz. Y eso, pese a los siglos transcurridos y los esfuerzos de ambos hermanos por hacernos felices a Elena y a mí, jamás había cambiado.

Primero, aprendí a fingir. Después, a olvidar.

Ahora, los dioses habían cruzado nuestros caminos de nuevo. Y ahí estábamos Sulveh y yo, mirándonos como extraños, pero sintiéndonos como familia, tras diez años de horror. Ambos lo habíamos perdido todo.

Durante mi cautiverio a manos de los hermanos perdidos, no hubo un solo día en que no llorara la muerte de Sonah… y la de Sulveh. Había sido testigo del asesinato de mi barog, pero no de mi cuñado. Había rezado secretamente a los dioses por que lo hubiesen mantenido con vida, aunque me temía lo peor.

El uno era el vivo retrato del otro, salvo por aquella pequeña mota dorada que tenía Sulveh en un iris. Apenas podía mirarlo a los ojos sin que un cuchillo afilado me abriera en canal.

Como el que Ux había usado para salvar la vida de mi niño.

Me entraban ganas de vomitar cuando pensaba en que el ser al que más odiaba del universo, ese monstruo de los pantanos, el

barog capaz de las mayores atrocidades, nos había salvado la vida a mi bebé y a mí, y era, seguramente, el padre de mi hijo.

Contemplé su pequeña carita mientras lo acunaba en mis brazos. Sus ojos azules, claros y luminosos, contaban la verdad, pero no por ello iba a amarlo menos. Aunque hubiese deseado con todas mis fuerzas que mi hijo tuviera los ojos color bronce.

Me obligué a dejar de pensar en eso y abracé más fuerte a mi bebé. Le amaría con toda mi alma y se convertiría en un barog bueno. Puede que heredara la inteligencia de su padre, porque Ux era el más astuto de todos los que habitaban el planeta; pero también heredaría mi corazón.

En cuanto a Sulveh… Había elegido a Elena, no había nada más que decir sobre ello. Sobrevivimos a lo que fuera que sucedió en la cacería y aprendimos a vivir con ello. Ahora, él era un guardián y yo la viuda de su hermano, mancillada por el más temible de nuestros enemigos.

Al menos, sabía que me protegería con su vida. Éramos familia; él me había admitido como tal. Solo por eso, debía estar muy agradecida. Cuidaría de nosotros y llamaría sobrino a mi hijo. Eso era mucho más de lo que podría haber soñado cualquiera de esos días en aquella celda en medio de los pantanos. Días en los que ni siquiera sabía si alguna vez lograría escapar de allí.

Quizás él tomaría a una de las otras descendientes rescatadas como pareja; varias de ellas habían perdido a su *hoa uhane* en la guerra.

Podía darme por satisfecha con haberle recuperado en mi vida.

—Espero que os guste, Sylvia —dijo Daryos con esa alegría contagiosa que todos apreciaban.

—Será perfecta, estoy segura. Te agradezco de veras que te hayas tomado la molestia.

—¿Molestia? ¡Para mí ha sido un placer construir vuestra casa! Ya sabes que no lo he hecho solo, muchos han colaborado.

Asentí.

—Aun así, me consta que has dirigido las obras personalmente; Callie me lo ha dicho.

Se le ensanchó la sonrisa en su apuesto rostro, y sus ojos dispares resplandecieron. Uno, verde; el otro, tan azul como los de mi hijo. Era un gran barog.

—¡Ah, mi *hoa uhane* siempre tiene palabras agradables para mí! —dijo soltando una carcajada—. La casa tiene dos habitaciones espaciosas, así que os podréis instalar los tres con total comodidad.

«¿Los tres?».

Aunque no formulé la pregunta en voz alta, Sulveh se giró a mirarme como si la hubiese oído.

—Siempre que te parezca bien, por supuesto —me aclaró.

Daryos nos miró de reojo y se adelantó unos pasos para darnos privacidad. Apenas nos quedaban unos metros para llegar a nuestra nueva vivienda.

—Si tú quieres, por mí no hay problema —dije con prudencia. No quería que lo hiciera solo porque se sintiera obligado como mi cuñado.

—Ahora que nos hemos reencontrado y con la guerra en ciernes, voy a quedarme en la aldea. Podría instalarme en la casa de alguno de mis amigos o en las chozas provisionales que van a levantar para los guardianes, si prefieres. —Algo parecido a la resignación cruzó sus hermosos ojos.

Unos ojos que yo llevaba mucho tiempo viendo en sueños.

—Puedes quedarte con nosotros, Sulveh —me apresuré a decir—. Tal como el príncipe ha mencionado, tiene espacio de sobra para los tres. Sonah y yo podemos ocupar una de las estancias y tú, la otra.

Apareció una sonrisa preciosa en sus labios, que le iluminó los ojos como bronce recién bruñido. Mi corazón crujió y tuve que apartar la vista. Aquellos ojos estaban despertando en mí demasiadas emociones.

«¡Dioses, ayudadme!».

Atesoraba preciosos recuerdos del tiempo que pasamos juntos en la Tierra, de cuando creía que él me amaba, antes de seguirle por el portal hasta Nemea y perderle para siempre.

Suspiré.

—¿Estás bien, Sylvia? —preguntó. Sus dedos me rozaron el brazo y yo me estremecí.

—Sí, solo cansada. El parto todavía es muy reciente.

Su apuesto rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—Ni siquiera puedo imaginar el infierno que has sufrido durante todos estos años.

Negué con la cabeza y acuné a mi hijo más cerca de mi pecho. De pronto me sentía muy vulnerable, incluso más que cuando alguna de esas bestias de los pantanos me montaba y yo me evadía mientras mi alma salía de mi cuerpo para no afrontar la espantosa realidad.

—Fue terrible, pero se acabó. Huimos y ahora estamos a salvo; eso es lo único que importa. Eso y… haberte reencontrado. —Alcé la vista y nuestros ojos se cruzaron de nuevo—. Me hace muy feliz.

—A mí también, Sylvia. Ambos hemos perdido mucho, pero los dioses nos han reunido de nuevo. Estoy muy agradecido por ello. No sabes cuánto.

Sus dedos subieron hasta mi codo y se quedaron ahí durante unos segundos; que, por mí, podrían haber durado eternamente. Siempre me había ocurrido lo mismo: cuando él me tocaba, el mundo se detenía y un calor reconfortante me inundaba desde dentro. Como si él fuese… mi verdadero hogar.

Las lágrimas se me acumularon en los ojos, pero logré contenerlas.

—Bienvenidos a vuestro nuevo hogar —dijo el príncipe, abriendo de par en par la puerta de la vivienda.

Y entramos.



Sulveh se había instalado en el dormitorio junto a la sala de estar; mi hijo y yo, en el del fondo del pasillo. La casa era preciosa, no

demasiado grande, pero perfecta para nosotros tres. La sala principal era amplia y cómoda. A un lado, pegada a la pared, se encontraba la pequeña cocina, con una mesa de madera y dos bancos para comer. En la pared opuesta, había grandes cojines y esteras para tumbarse a descansar o a charlar con los amigos.

El baño era espacioso, con una de esas duchas tipo cubículo que estaba deseando usar. En los pantanos no teníamos nada de eso y solíamos lavarnos en el único lago de aguas claras de la zona.

Daryos había pensado en todo. Había colocado una cuna de barrotes de madera para el bebé y también una pequeña tina para que pudiera bañarlo. Lo abracé antes de que se fuera y él me obsequió con una gran sonrisa. Estaba muy contento de que nos hubiera gustado tanto. Cuando las dos lunas ya se alzaban en el cielo, se marchó para reunirse con Callie en su casa.

—Debería dar de comer a Sonah y ponerlo a dormir —dije en cuanto nos quedamos solos.

De pronto, fui consciente de que Sulveh y yo íbamos a vivir juntos. No *juntos* de verdad, pero sí bajo el mismo techo. Éramos cuñados y grandes amigos cuando nuestras parejas aún vivían. Sin embargo, antes de eso habíamos sido… algo más; pues Sulveh me había elegido en la Tierra y me había pedido que cruzara el portal con él. Aunque quizás no hubiesen sido más que imaginaciones mías…

—¿Quieres que le dé un baño antes? Eso seguro que lo relaja. Así dormirá bien y te dejará descansar.

No pude evitar sonreír.

—¿Has aprendido sobre niños en el templo? —bromeé.

Soltó una suave carcajada que me sacudió entera. Había olvidado ese sonido… que tanto había amado.

—No, mujer. Mi madre solía bañarnos a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños y revoltosos.

—Apuesto a que él lo necesitaba mucho más que tú. Siempre fuiste el más calmado de los dos.

Mis palabras reabrieron las heridas a medio cicatrizar.

—Tienes razón —dijo con la voz algo apagada.

—Siento haber mencionado eso —solté de inmediato.

Sus ojos buscaron los míos.

—Jamás pidas perdón por hablar de mi hermano. Que le recuerdes y lo nombres lo mantiene vivo y le honra. Aunque duela, no debemos olvidar nunca a los que perdimos.

A Sonah y a Elena. Mi barog y mi mejor amiga.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Es imposible que los olvidemos nunca, Sulveh.

Asintió con los ojos vidriosos.

—Llenaré la tina de agua templada.

—Puedo hacerlo yo; no es necesario que te molestes.

Se detuvo en seco y me miró.

—No es molestia, Sylvia. Te lo dije, sois mi familia. Mi hermano no está aquí para cuidar de vosotros, así que yo lo haré. Y aunque estuviera, siempre tendríais mi apoyo, tal como solíamos apoyarnos antes. ¿Lo recuerdas?

Asentí con el estómago revuelto.

Yo era la pareja de su hermano muerto, y él se sentía en la obligación de cuidar de nosotros. Eso era todo. Más me valía no olvidarlo. A mi llegada a Nemea, tras la cacería, sufrí mucho hasta que logré aceptar el curso de los acontecimientos. No deseaba volver a padecer.

Además, Ux y los suyos habían destruido tanto de mí… Eso era yo ahora: una descendiente rota de por vida. Al menos, los dioses me habían regalado un hermoso hijo al que dedicaría mi existencia. Tener a Sulveh a mi lado durante el camino era otro hermoso regalo.

En cuanto entramos en el baño, se apresuró a colocar un pequeño taburete de madera junto a la tina para mí y él empezó a llenarla con los cubos que traía de la ducha. Mientras lo hacía, observé cada uno de sus movimientos.

Su musculatura era la de siempre, pero su piel estaba adornada con más tatuajes que antes. Las espirales recubrían casi la totalidad de su torso y sus brazos, como ocurría con la mayoría de los guardianes, dándole un aspecto imponente.

El taparrabos de piel tintada de negro, las dos tiras de cuero cruzadas sobre el pecho y las decoraciones de plumas y piezas de

metal le conferían un aspecto algo distinto al de los barogs de la aldea.

—Cuando la guerra acabe, ¿volverás al templo? —Las palabras brotaron de mi boca por sí solas.

Él se detuvo, con el cubo entre sus grandes manos y sus ojos de bronce y oro relampagueando.

—¿Qué te hace pensar eso?

Me estremecí.

—Hace diez años que no nos vemos, Sulveh. No sé cuáles son tus planes.

—He prometido cuidar de vosotros. Acabo de decírtelo.

—Lo sé, pero el templo no está tan lejos. No quiero ser una carga para ti.

Torció el gesto.

—Si quieres que me vaya, si mi rostro te recuerda demasiado a tu *hoa uhane* y te causa dolor, si mi presencia te incomoda, solo tienes que pedírmelo.

Tragué saliva.

«No. No quiero que te vayas. Aunque me recuerdes a mi pareja, a mi mejor amigo. Aunque no pueda soportar que nunca me hayas amado realmente».

—Yo no he dicho eso. Nada me haría más feliz que tenerte con nosotros para siempre.

Gracias a los dioses, él sonrió.

—Entonces, el tema está zanjado. A partir de ahora, este será nuestro hogar. De los tres.

Vació un cubo más en la tina y estiró los brazos para que le entregara al pequeño. Lo hice, y él lo tomó entre sus brazos, inmensos y musculosos, con tanta ternura que se me quebró el alma. La emoción me subió a la garganta y me desbordó por completo.

—Vamos allá, peque. Verás qué bien te sientes después de un bañito.

Lo metió poco a poco en el agua mientras mi hijo movía los bracitos y las piernas. Miraba a su tío embelesado con sus grandes ojos azules, haciendo gorgoritos.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas.

¿Cuántas veces había soñado con una escena similar? Sin embargo, Sulveh no era mi pareja y ese niño no era suyo, ni siquiera era hijo de Sonah. Debía dejar de idealizar la situación. No tenía nada de normal.

Yo jamás superaría la muerte de Sonah ni los diez años de terrible cautiverio.

Él jamás superaría la muerte de su *hoa uhane* y de su hermano gemelo.

Y, sin embargo, no pude evitar que una sonrisa se asomara a mi rostro… ni que una chispa de esperanza diminuta empezara a alzarse entre toda la tristeza y el horror que nos había tocado vivir a ambos.

—Le gusta, ¡ya lo creo que sí! —me dijo, completamente fascinado con su sobrino—. Tu tío Sulveh ha tenido una buena idea con este bañito, ¿eh, sinvergüenza? —le susurró.

La dulzura con la que hablaba y sostenía a mi hijo me sobrecogió. Si antes ya le amaba, ahora… ahora…

Me mareé un poco. El dolor persistente en la cicatriz no ayudaba demasiado. Estaba mucho mejor, pero la herida aún era tierna. Debía descansar.

—¿Te encuentras bien, Sylvia? —preguntó preocupado.

—Ha sido un día largo y lleno de emociones. Supongo que necesito descansar.

—Ve al dormitorio. Secaré a este granujilla y te lo traeré.

Asentí sin protestar y salí del baño. Me acomodé sobre la cama y esperé a que aparecieran.

Cuando llegaron, Sulveh se sentó en la cama a mi lado, con mi hijo envuelto en una toalla colorida.

—Creo que el baño ha cumplido su propósito —dijo sonriendo. Le acarició la mejilla, retiró la toalla y me lo entregó con una delicadeza chocante en un ser tan enorme y salvaje.

Pero Sulveh siempre había sido así: un barog guerrero y fiero, a la vez que el hombre más sereno y cuidadoso. Su hermano era también un gran barog y un buen hombre, aunque mucho más movido y exaltado. Era divertido y alocado, y conseguía arrancar

carcajadas a todos cuantos le rodeaban y arrastrarlos a las aventuras más inverosímiles. Sulveh, en cambio, aunque también intrépido, solía ser la voz de la razón y quien calmaba los ánimos cuando las cosas se ponían feas.

—Sin duda, tienes mano con los niños —dije sonriendo mientras mi bebé bostezaba. Los párpados se le cerraban lentamente—. Voy a darle de mamar. Si no, se despertará en mitad de la noche gritando como un condenado.

Nos reímos. Entonces, se puso serio.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó vacilante.

—No es necesario, salvo que te sientas incómodo.

Él negó con la cabeza.

En Nemea, las mujeres daban de mamar a sus bebés en público sin ningún pudor. Era algo hermoso y natural que no extrañaba a nadie en una civilización primitiva como la suya. Yo lo había visto también en las tribus lenape, cuando me trasladé con mi familia al nuevo mundo y nos instalamos a orillas del río.

—Me quedaré.

Sostuvo a Sonah mientras yo me bajaba el vestido hasta la cintura. Sentía los pechos pesados y doloridos. A veces, tenía la sensación de que iban a explotar en cualquier momento.

Capté un destello en sus ojos mientras yo me descubría, pero apartó la mirada con disimulo. La nuez subió y bajó despacio por su garganta cuando tragó con dificultad.

Un hilillo de leche resbaló desde mi pezón hacia la curva de mi pecho un instante antes de que mi hijo empezara a mamar. Nos quedamos en silencio, mientras Sonah se alimentaba y ambos lo mirábamos con adoración.

Aparté de mi mente el recuerdo de su verdadero padre. No quería que nada ensombreciera ese momento ni lo que yo sentía por mi hijo.

El peso de mi bebé barog presionaba la cicatriz de mi vientre y no pude contener una mueca.

—¿Te duele cuando se alimenta de ti? —preguntó.

—No. Es la herida del parto. Tuvieron que cortarme porque el bebé no salía.

Se puso lívido.

—¿Te han dicho cuándo se curará?

—En unos días. Ha mejorado mucho, pero todavía me molesta de vez en cuando. No te preocupes, es normal.

Asintió.

—¿Tienes algún ungüento para acelerar el proceso? Si no, podría ir a ver a Xioh y pedírselo.

—El sanador me dio uno que me alivia muchísimo.

—Si quieres, luego podría ponértelo.

No supe qué decir ante tal ofrecimiento. Me parecía algo tan íntimo entre él y yo que quizá sería… demasiado.

—Ha dejado de chupar. Se ha dormido —dije sin responder a su pregunta.

Antes de que yo pudiera decir nada más, se reclinó sobre nosotros, cogió a Sonah con suavidad y lo alzó en brazos. Sus dedos rozaron levemente mi piel y me estremecí. Tuve la sensación de que él lo hacía también, pero ninguno comentó nada.

Mientras me subía el vestido beis hasta cubrirme por completo, él depositó a Sonah en la cuna. Le acarició el bracito y lo tapó con ternura con la sábana de colores.

Me levanté de la cama y salimos juntos del dormitorio.

—Yo también debería lavarme. ¿Te parece bien que me dé una ducha?

—Claro, esta es tu casa ahora, Sulveh. Puedes hacer lo que te plazca.

Su mirada se tornó nostálgica.

—Hace tanto que no tengo un hogar que había olvidado lo que era —dijo de camino hacia el baño.

—Has vivido diez años en el templo, compartiendo el espacio con los otros guardianes. Es normal que te sientas así.

Se detuvo en seco.

—Tienes razón. Pero tú viviste en una celda con las otras mujeres, Sylvia.

Asentí. Había mucho dolor en sus ojos.

—Y ahora, ambos tenemos un hogar. Supongo que tendremos que acostumbrarnos a ello de nuevo.

—Me encantará acostumbrarme… *contigo* —susurró.

Temblé bajo el peso de su mirada.

—Es una hermosa casa. Somos afortunados —comenté para aliviar esa rara tensión que crecía entre nosotros.

—Sé que acabamos de instalarnos, pero ya la siento mi hogar. ¿Y tú? —preguntó con un brillo especial en los ojos. La mota dorada titiló en su iris.

Iba a decir que sí, porque era la verdad, pero una punzada en la herida del vientre me hizo tambalear. Sulveh se apresuró hacia mí y, en dos zancadas, se colocó a mi lado y me sostuvo por la cintura.

—No te preocupes, solo estoy un poco débil. La herida no me lo pone fácil.

Sin preguntar siquiera, me alzó en brazos y me llevó a la sala de estar. Le rodeé el cuello mientras él caminaba hacia allí. Estar pegada a su cuerpo no era la mejor idea del mundo.

—Quédate aquí. Te prepararé algo de comer. Verás como te sientes mejor enseguida —dijo dejándome con delicadeza sobre los mullidos cojines.

—Estoy bien. Ve a ducharte. Podrás preparar la cena después.

—¿Estás segura?

Asentí. Me recorrió el rostro con la mirada un par de veces como si quisiera comprobar que decía la verdad. Una vez se convenció, se fue al baño. Cuando escuché cómo caía el agua del primer cubo, cerré los ojos e inspiré hondo.

Esto iba a ser más complicado de lo que creía. Porque seguía amando a Sulveh como el primer día, cuando nos conocimos entre los altos tallos del maíz… en otra vida.

3 HERIDAS DEL PASADO
SYLVIA

Cuando Sulveh regresó de la ducha, empezó a trastear en la cocina. Daryos había hecho llenar la despensa para nosotros, así que teníamos dónde escoger. Coció unos huevos para acompañar la carne de serpiente asada de la olla que alguien había dejado sobre la mesa, probablemente nuestra amiga Marla. Cortó varias piezas de fruta y las sirvió en un plato. En otro, colocó algunos panecillos de colores, espolvoreados de almendra picada. Para acabar, sirvió dos grandes vasos de zumo hasta el borde.

—¿Quieres venir a la mesa o prefieres que te lo lleve?

—Mejor en la mesa —dije, levantándome y caminando hacia allí.

Observó cada uno de mis pasos, como si se preparara para salir en mi ayuda al primer indicio de debilidad.

Me costaba asimilar lo mucho que había cambiado mi situación en apenas unos días. Desde que Callie nos salvó de los pantanos, había recuperado una vida. No la mía; aquella se había esfumado para siempre. Pero, tal vez, esta nueva vida podría ser… agradable. Aunque, con una guerra terrible a la vuelta de la esquina, no debía hacerme ilusiones.

No dejaría que me atraparan de nuevo.

Si Ux vencía, huiría bien lejos con mi bebé. Si no tuviera a Sonah, me mataría; me lanzaría por el primer barranco que encontrase. Pero, con mi pequeño, incluso si los hermanos perdidos nos apresasen de nuevo, tendría que vivir. Necesitaba creer que no llegaríamos a eso: el rey y sus barogs, con la ayuda de los guardianes, vencerían. No quería pensar en ninguna otra posibilidad.

Me acomodé en uno de los bancos y él lo hizo enfrente.

—¿Te parece bien todo esto? Puedo preparar cualquier otra cosa. Tenemos la despensa a rebosar.

—Es perfecto. Muchas gracias por preparar la cena, Sulveh.

—Recuerdo que te encantaban los panecillos y la fruta, así que… Bueno, he puesto un poco de cada.

Se me encogió el estómago. Cómo recordaba un detalle así después de tanto tiempo era una pregunta que no debía hacerme. ¡De ningún modo! Había cortado la fruta en taquitos y los había dispuesto formando círculos en el plato.

Comimos en silencio, salvo por algún comentario aislado sobre la casa, el bebé o la asamblea que el rey celebraría al día siguiente con todos los líderes designados para la guerra. Sulveh era uno de ellos. Después, recogimos entre los dos, pese a sus protestas para que le dejara hacerlo solo, y nos acomodamos en los cojines para descansar y charlar.

¡Teníamos tantas cosas que contarnos! Aunque la mayoría eran dolorosas, convenimos que, cuanto antes lo sacáramos todo, antes podríamos rehacer nuestras vidas y seguir adelante.

La oscuridad se extendía al otro lado de la ventana, excepto por el haz de luz verdoso y plateado de la hermosa pareja de lunas.

—Elena me salvó —solté con voz temblorosa—. Me protegió y se sacrificó por mí. Intenté quedarme y defenderme junto a ella, pero me empujó fuera de la casa. Me pidió que te dijera… —se me hizo un nudo en la garganta— que te amaba muchísimo y que lo sentía. Me dijo que cuidara de ti.

Un silencio pesado se extendió entre ambos y los ojos se le llenaron de lágrimas. Debía de ser muy duro para él haberla perdido. Su rostro estaba arrasado por la pena.

—Era una mujer de gran corazón. Siempre te quiso mucho, Sylvia. Eras como una hermana para ella.

—Yo también la quería. He llorado su pérdida durante todos estos años. Debería haber sido yo, no ella.

Su cara se llenó de angustia.

—No digas eso. Tú merecías vivir tanto como ella —atronó su voz.

Me estremecí.

—Ahora podríais estar juntos, Sulveh. Yo, en cambio…

—Podría decirte lo mismo: ojalá hubiera sobrevivido mi hermano en mi lugar.

Amé a Sonah a mi manera, y su muerte había sido devastadora para mí. Perdí al barog con el que había compartido siglos de mi existencia, mi mejor amigo, mi compañero. Pero nunca sentí que había perdido a mi alma gemela. Si yo le había llorado y se me había partido el corazón, no podía ni imaginar lo que sentiría Sulveh con la pérdida de su *hoa uhane.*

Un mundo sin Sulveh, en cambio, sería…

—Dejemos a un lado esos pensamientos dañinos. Los dioses decidieron que sobreviviéramos tú y yo, no ellos. Y por mucho que nos duela, no tenemos forma alguna de cambiar sus designios —dijo con la voz apagada.

—Tienes razón, pero duele demasiado.

—Lo sé, Sylvia. Perdimos mucho aquel día, hace una década. Lo único que podemos hacer ahora para honrarlos es luchar por recuperarnos e intentar ser cada día un poco felices, aunque jamás vayamos a serlo del todo. Eso sería imposible.

Elena era mi mejor amiga; pero, cada vez que la había visto abrazada a Sulveh, cada vez que había sido testigo de sus besos o de algún gesto de cariño de él hacia ella, mi corazón se había hecho añicos.

Todo eso quedaba ya muy lejos, y daría lo que fuese porque ella y Sonah estuvieran ahora mismo con nosotros, compartiendo charlas, bromas y risas tal como solíamos hacer. Soportaría el dolor del amor no correspondido una y mil veces con tal de poder abrazar a mi pareja una vez más y sostener las manos de mi amiga, mi hermana, entre las mías.

—Háblame de tus años en el templo —pregunté para alejar los recuerdos de nuestras parejas, fallecidas en esa horrible guerra que nos quebró la vida para siempre.

—¿Me hablarás tú de los pantanos? —preguntó con cautela, bajando el tono—. Solo si quieres hacerlo. No deseo que revivas aquello, pero puede que contarlo te ayude a pasar página y sanar.

Me tomé unos segundos para reflexionar.

¿Qué podía contarle? ¿Las violaciones, la desesperación, los gritos de mis amigas? Cuando cerraba los ojos, todavía podía sentir el peso del cuerpo de Ux sobre el mío, su olor, su voz cavernosa en mi oído. De todos ellos, era el único que había quedado impregnado en mi memoria como una pesadilla de la que jamás lograría despertar por completo.

Ux me destruyó, nos destruyó a todas, día tras día, año tras año. Y, sin embargo…, nos había salvado la vida. La de mi bebé y la mía.

Supongo que el hecho de que yo tuviera a Sonah me diferenciaba de las otras; porque ser madre había cambiado el orden de las cosas para mí. Mi hijo me había ayudado a apartar a un lado el dolor y a pensar solo en él, en sacarlo adelante. Las demás… únicamente tenían su sufrimiento.

Era lo único que se habían llevado de los pantanos.

Inspiré, reuniendo un valor que no sabía que tenía.

—Los pantanos fueron un infierno, no hay demasiado que contar. Tan solo abusos, dolor y desesperación. Si no hubiese sido por Susi, Penny y las demás, me habría vuelto loca hace mucho. Aunque supongo que todas dejamos una parte de nuestra cordura atrás cuando salimos de allí. Jamás volveremos a ser las mismas.

Apretó la mandíbula y los ojos se le llenaron de rabia y lágrimas.

—Fue culpa mía. Todo. —Su voz se mezcló con un aullido lastimero que me arañó el alma.

—Nada de eso fue culpa tuya, Sul.

—Yo te traje a Nemea, Sylvia, y mira cuánto sufrimiento has tenido que soportar. Debí dejarte en la Tierra. Allí habrías sido feliz.

—Crucé el portal contigo por voluntad propia, ¿recuerdas? No me obligaste a hacerlo.

Estábamos entrando en terreno peligroso. Uno al que ni siquiera deberíamos acercarnos.

—No tenías ni idea de lo que te encontrarías al otro lado. Tú solo… me seguiste. Jamás te conté los peligros a los que nos enfrentaríamos.

—Tú no sabías lo que iba a ocurrir. ¿Cómo ibas a adivinar que, mucho tiempo después, tendría lugar una guerra? Vivimos cuatro siglos maravillosos, así que deja a un lado la culpa. Nadie pudo hacer nada para evitar lo que ocurrió.

Nos quedamos en silencio. Entonces, arrastró los dedos hacia los míos y los entrelazó. Mi corazón se saltó un latido.

—En la cacería…

¡No, ni hablar! No estaba preparada para afrontar todo lo que sus ojos anticipaban. No quería rememorar la cacería ni ninguno de los días que la siguieron. No quería que se disculpara por haber elegido a otra.

—Háblame del templo, de los ancianos, de los guardianes —lo interrumpí abruptamente—. Ya habrá tiempo para recuerdos dolorosos. Hoy es un día de reencuentro, Sulveh. Un día feliz.

Clavó sus hermosos ojos broncíneos en los míos, contrariado, hasta que, al fin, asintió. Me soltó la mano con suavidad y empezó a hablar:

—Verás, cuando me incorporé al templo, Ooris…

Siguió hablando durante horas hasta que los bostezos de ambos nos obligaron a parar. Me acompañó a mi dormitorio, sujetándome de la cintura con delicadeza, y no se marchó hasta que se aseguró de que me encontraba bien.

Fuimos sigilosos, puesto que ninguno de los dos quería despertar al niño, que dormía plácidamente. Insistió en ponerme el ungüento, pero me las arreglé para convencerle de que estaba demasiado cansada y que ya lo haríamos al día siguiente.

En cuanto salió por la puerta, suspiré. Tenía las emociones a flor de piel y me sentía incapaz de lidiar con ellas. Así que me limité a quitarme el vestido, ponerme un camisón ligero y acercarme a la cuna.

Sonah era un bebé barog precioso. El más bonito que había visto en mi vida.

Me metí en la cama y cerré los ojos.

Soñé que Sonah se tumbaba a mi lado y me acurrucaba contra su pecho. O tal vez fuese Sulveh.



Mi hijo se despertó con los primeros rayos del amanecer. Cuando abrí los ojos, Sulveh estaba en mi dormitorio, sosteniéndolo en brazos. Lo había sacado de la cuna y le hacía carantoñas.

«Dioses, ¿cómo voy a mantener ocultos mis sentimientos por él si hace ese tipo de cosas?», me pregunté.

Cuando se dio cuenta de que ya estaba despierta, me lo acercó a la cama para que pudiera amamantarlo. Se quedó ahí, mirándolo con una expresión cargada de amor. También me observó a mí, pero yo traté de esquivar su mirada y no darle importancia.

Al terminar, lo dejó de nuevo en la cuna y se fue a preparar el desayuno mientras yo me daba una ducha. Se ofreció a ayudarme, pero, por razones obvias, decliné su oferta. Una cosa era que me viera dar de mamar a mi hijo, su sobrino, un acto natural y carente de ninguna otra connotación. Y otra muy distinta, que me viera desnuda por completo bajo la ducha.

Todavía me quedaba algo de dignidad.

Así que, aunque con algunas dificultades, me las arreglé para tirar de las cuerdas de los cubos y lavarme entera. Me costó enjabonarme el pelo porque tenía que mantener los brazos en alto y el movimiento tiraba de la musculatura de mi abdomen. ¡Vi las estrellas!

Me envolví el cuerpo en una toalla y el cabello en otra, y regresé a mi dormitorio para cambiarme. Acababa de ponerme un vestido limpio del color del trigo cuando Sulveh irrumpió.

—¿Dónde está el ungüento?

Me estremecí. ¡Y yo que esperaba que él hubiera olvidado el asunto!

—En el baúl. No hace falta que te molestes; me lo pondré dentro de un rato.

—No me marcharé tranquilo a la asamblea si no te lo pongo.

—Puedo hacerlo yo, de verdad.

—No seas cabezota. No me cuesta nada ayudarte.

«Dioses, ¿es necesaria esta tortura? ¿No he sufrido ya suficiente?», me dije patéticamente.

Abrió el baúl y, tras remover entre mi ropa, lo encontró.

—Túmbate —dijo.

Y esa sola palabra me hizo temblar. Demasiadas veces la había escuchado de boca de Ux, Lorish o cualquiera de los repugnantes barogs de los pantanos.

Me quedé paralizada. Intenté caminar hacia la cama, pero mis pies no me obedecieron.

—¿Estás bien? —preguntó, clavando sus ojos en los míos—. ¿He dicho algo que te ha molestado? —parecía confuso.

Entonces, abrió mucho los ojos, comprendiendo de golpe.

—Sí, estoy bien. Es solo que… —No pude continuar. Se me quebró la voz.

Palideció.

—Yo no pretendía… ¡Dioses, lo siento! No pretendía ser un insensible. Qué idiota soy.

Negué con la cabeza.

—Tranquilo, no has hecho nada malo. Tú solo estás intentando ayudar. Es solo que me tomará algún tiempo volver a ser… normal. O sea, la que era antes de que todo se fuera a la mierda.

Nos quedamos en silencio mientras yo lograba al fin moverme y llegar hasta la cama. Me recordé a mí misma que ese barog era Sulveh, un guardián honorable y bueno, que antes se cortaría una mano que hacerme algún daño. Se me revolvió el estómago al ser consciente de que incluso la presencia del barog al que amaba me intimidaba.

«Puede que no me haya recuperado tanto como creía…».

¿Acaso pensaba que superaría el trauma en un abrir y cerrar de ojos? Mi hijo estaba ayudando mucho, pero la peor herida no era la de mi vientre, sino la de mi alma.

—Eres normal, Sylvia, solo que has sufrido mucho. Tal vez debamos asumir que ninguno de los dos volveremos a ser nunca los

que éramos. Está bien, no pasa nada. Saldremos adelante de todos modos. —Me dedicó una sonrisa que era a la vez tristeza y ternura y comprensión.

Me tomó de las manos y me ayudó a tumbarme, con la cabeza recostada en dos grandes almohadones coloridos.

Cuando acercó las manos a los tirantes del vestido, me estremecí, así que se detuvo.

—¿Cómo quieres hacerlo? —dijo con suavidad—. Deseo ayudarte, no que te sientas incómoda con mi presencia.

Miré a derecha e izquierda, buscando una solución. Para ponerme el ungüento solo había dos opciones: bajar la parte superior del vestido o subir la falda. La decisión estaba clara.

—Pásame esa toalla, por favor.

Él obedeció.

Cuando comprendió lo que yo pretendía, me bajó los tirantes despacio mientras yo me cubría los pechos con la toalla. Siguió bajando el vestido hasta mis caderas y un poco más, hasta detenerse en el inicio de mi pubis.

Se estremeció cuando mi cicatriz quedó a la vista.

—¿Así está bien? —dijo con la voz algo temblorosa.

—Sí, perfecto, gracias. —Me recoloqué mejor la toalla para que no entorpeciera.

—Sabes que te he visto ya dos veces dando de mamar a tu hijo, ¿verdad? —preguntó, enarcando una ceja.

Las mejillas se me encendieron.

—Esto es… distinto.

—Comprendo —dijo apartando la mirada de mi rostro.

Hubiera apostado a que él también se ruborizaba ligeramente.

Abrió el tarro y hundió los dedos para coger una buena porción de ungüento.

—Avísame si te hago daño, ¿de acuerdo?

Asentí.

Entonces, aplicó esa pasta blanquecina y espesa sobre la herida, con tanta delicadeza que casi se me saltan las lágrimas. La extendió con cuidado por toda la cicatriz, sobre los bordes y una

franja de un par de centímetros a cada lado, y empezó a masajear con suavidad para que mi piel la absorbiera.

Sus dedos se movían en círculos lentos, con mimo y precisión. Tras contemplarlo un rato mientras él parecía completamente absorto en la tarea, logré relajarme.

Eché la cabeza hacia atrás y entorné los ojos, disfrutando de la frescura del ungüento sobre la zona dolorida y del roce experto de sus dedos. Desconozco cuántas veces le puso algún ungüento a Elena y lo que sentía ella en esos momentos. En cuanto a mí…, podría haber permanecido así durante horas.

Cuando acabó y al fin retiró las manos de mi piel, sentí un vacío enorme.

—Espero que te haya aliviado —comentó con la voz un poco ronca.

—Me siento mucho mejor. Gracias, Sul.

Se aclaró un poco la garganta y añadió:

—Repetiremos cada día hasta que haya cicatrizado por completo.

Asentí y alcé la vista hacia sus ojos. Estaban turbios.

Se levantó y fue a guardar el ungüento. Me dio la espalda el tiempo suficiente para subirme el vestido y bajar de la cama. Se me aproximó y me cogió la mano.

—Siento mucho todo lo que te ha sucedido, Sylvia —dijo mirándome a los ojos—. Permíteme cuidar de vosotros y compensarte por todo.

Sus dedos acariciaban los míos con suavidad.

—Te lo dije, nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya. No tienes nada que compensarme.

—Aun así…

—Quédate con nosotros solo si lo deseas de verdad, no para expiar una culpa que no es tuya.

—Quedarme con vosotros es lo que más deseo en el mundo, Sylvia. Creía que lo había perdido todo, que no quedaba nada de mi familia. Ahora que nos hemos reencontrado, nada podrá separarme de ti.

Estábamos tan cerca que veía con claridad la pequeña mota dorada en uno de sus iris, como una gota de oro líquido; lo único que lo diferenciaba de su hermano gemelo. La mota en la que no me fijé durante la cacería.

Le sonreí. ¿Qué más podía hacer? Lo que no previ fue su respuesta: me envolvió en sus brazos, fuertes y musculosos, y me atrajo hacia su pecho tatuado.

Ese abrazo me dejó sin aliento y me confirmó lo que hacía siglos que ya sabía: mi amor por él no se había desvanecido ni un ápice.

Cuando nos separamos, él también sonreía.

Entonces alguien nos llamó desde la puerta, rompiendo ese momento mágico.

4 POR LOS VIEJOS TIEMPOS
SYLVIA

Cuando llegamos a la sala de estar, Goria y Marla se encontraban ahí con unas sonrisas radiantes en el rostro. Nos contemplaron con los ojos vidriosos mientras se nos acercaban.

—Casi como en los viejos tiempos, amigo mío —dijo Goria, abrazando a Sulveh. Ambos barogs eran parientes y muy buenos amigos.

—Hemos pasado por mucho, pero sobrevivimos y saldremos adelante, sin olvidar jamás a los caídos —dijo Sulveh.

—Jamás —repitió Goria, llevándose la mano al pecho.

Era un buen barog, noble y alegre, y siempre me había tratado con cariño, como parte de su familia.

No pude evitar emocionarme. ¿Cuántas veladas habíamos compartido con ellos? ¿Cuántas charlas, risas y excursiones? Sulveh y Elena, Goria y Marla, Sonah y yo. Los seis juntos, inseparables durante tanto tiempo… hasta que la guerra nos golpeó con fuerza, nos desgarró y nos separó.

Ahí estábamos de nuevo, aunque no todos. Aun así, ese reencuentro era hermoso y digno de celebración.

—Esta noche, amigo mío, lo celebraremos juntos. Si esos demonios de los pantanos todavía no están por aquí, nos reuniremos como antaño —propuso Goria con los ojos brillantes, agarrando el brazo de su primo.

—Si a Sylvia le parece bien, por mí estupendo. —Había emoción en la voz de mi cuñado.

—¿Qué me dices, Sylvia? ¿Harás feliz a un viejo amigo? —dijo mirándome a los ojos con tanta bondad y afecto que me estremecí.

—Por supuesto, Goria.

Él ensanchó la sonrisa.

—Lo haremos por los viejos tiempos… y también por los nuevos —dijo Sulveh clavando sus ojos en los míos. Esa mirada acabaría conmigo.

Poco después, ambos se marcharon en dirección a la asamblea que había convocado Cyrus. Acudirían todos los líderes que iban a conducir a los barogs a la guerra contra los hermanos perdidos, con Daryos como comandante y mano derecha del rey.

Me aterrorizaba pensar en ello. Apenas habíamos sobrevivido a la primera guerra y a sus terribles consecuencias… y ya nos esperaba otra: el enfrentamiento definitivo.

El miedo me paralizaba con solo pensar en ello.

Marla y yo nos dirigimos a la habitación de Sonah, que ya estaba bien despierto y haciendo ruiditos. Tal como los bebés barogs solían hacer, se transformaba cada dos por tres. Todavía no controlaba los cambios, y era muy divertido ver su carita de sorpresa cuando pasaba de una forma a la otra, o buscaba su cola estando en su versión humana.

Las dos eran una preciosidad.

Adoraba a mi hijo, fuera quien fuera su padre. Algunas de las mujeres de la aldea me habían preguntado si no temía que pudiese llegar a convertirse en un monstruo como su padre. Yo les aseguraba que no me preocupaba eso en absoluto, pues lo criaría con tanto amor y dedicación que crecería como un gran barog, bueno y leal a su rey. Además, ellas no conocían a Ux. Desgraciadamente, nadie le conocía mejor que nosotras.

Ux era el monstruo más temible que había respirado alguna vez en tierras de Nemea; pero también era inteligente, intuitivo y un gran sanador. Según me habían contado, había estado enamorado de Tatiana, la madre de Cyrus y Daryos, y la anterior reina. Él la había traído a través del portal y Drashir se la había arrebatado en la cacería y se había unido a ella, con el apoyo de los ancianos. El desamor, la humillación y las ansias de venganza lo habían convertido en la bestia retorcida y brutal que era ahora. Por supuesto, nada de eso excusaba el horror que había desatado y lo que nos había hecho.

Nada podría justificar eso jamás.

Desde la primera vez que me tocó yacer con él, me sometí sin oponer resistencia. Otras como Susi optaron al principio por luchar y resistirse, pero era imposible pelear contra él o cualquiera de los demás. Yo no quería que me lastimaran, así que me entregué y sobreviví, y siempre me odiaré un poco por ello. Pero evité que me golpearan o me forzaran de un modo salvaje. Supongo que el instinto de supervivencia funciona de forma distinta en cada uno.

Siempre pensé que, si existía la remota posibilidad de volver a contemplar los ojos de Sulveh, aunque ni siquiera supiera si seguía con vida, valía la pena sobrevivir.

Además, no nos engañemos: el comportamiento de algunos de los barogs de la aldea también dejaba mucho que desear. Las cosas de las que había sido testigo en la cacería antes de emparejarme con Sonah todavía me causaban pesadillas. La pobre Penny, por ejemplo, aparecía a menudo con moretones. Gushia, su barog, era uno de los peores.

Las cosas habían cambiado mucho con el tiempo, sobre todo al final del reinado de Drashir y ahora bajo el de Cyrus. Sin embargo, no debíamos olvidar lo que esa civilización venía haciendo desde hacía miles o millones de años: secuestrar humanas para obligarlas a unirse con ellos y procrear.

—¿Estás bien, Sylvia? Llevas un rato ausente —me preguntó Marla.

Nos habíamos sentado en la sala y Sonah jugaba entre nosotras.

—Sí, es solo que… estoy intentando adaptarme de nuevo a una vida normal —dije.

—Has pasado por mucho, pero estás a salvo.

—Lo sé. No podría estar más agradecida a los dioses por habernos rescatado de los pantanos.

Ella asintió. Entonces, me miró con suspicacia.

—¿Y qué hay de Sulveh?

—Reencontrarme con el hermano de mi barog me colma de felicidad. Mi hijo tiene el mejor protector de Nemea. Aprenderá de él y se convertirá en un barog de honor.

—Ya, todo eso está muy bien, y no me cabe duda de que Sulveh cuidará de vosotros y te ayudará a criar al pequeño. Siempre ha sido un barog excepcional.

—Cierto, Marla. La vida al fin nos sonríe un poco de nuevo.

—¿Y qué me dices de vosotros dos?

La miré sin comprender… o casi.

—Te lo he dicho, ahora somos una familia.

—Todos hemos presenciado vuestro reencuentro, Sylvia.

—¿Y eso qué significa?

Suspiró.

—Incluso las que no os conocían se han dado cuenta del brillo que despedían vuestros ojos cuando os habéis visto.

—¡Por supuesto! ¿Qué esperabas? Es el hermano de mi marido muerto, mi cuñado, mi… amigo. Además, tiene el mismo rostro que mi barog. Creo que mi emoción estaba más que justificada.

—No era el reencuentro entre cuñados, ni siquiera entre mejores amigos. Era el de una pareja, Sylvia. El reencuentro con tu *hoa uhane.*

Los nervios se me arremolinaron en el estómago.

—No digas tonterías, Marla. No nos insultes. Elena era el alma gemela de Sulveh; Sonah la mía.

—Mira, voy a decirte algo y, si me lo pides, no volveré a mencionarlo, ¿de acuerdo?

—Eres mi amiga, habla con libertad.

Tuve la sensación de que reunía el valor suficiente para soltarme lo que estuviera pensando.

—Sulveh te escogió en la Tierra y te trajo aquí. Desconozco lo que ocurrió en esa cacería terrible a la que fuimos lanzadas sin piedad ni por qué saliste de la selva de la mano de Sonah, en lugar de la de Sulveh.

Me incliné un poco hacia atrás en un acto reflejo para apartarme de ella.

—Los dioses decidieron por nosotros —dije sin más, intentando contener la emoción de mi voz.

—Lo que tú digas. Oye, puede que vosotros dos creáis que habéis fingido muy bien durante cuatro siglos, pero los demás no estamos ciegos ni somos tontos.

—No sé de qué me hablas.

—¡Sulveh y tú, Sylvia! No saliste de la cacería con el hermano correcto. ¡Te uniste al gemelo equivocado!

Me llevé una mano al pecho. El dolor era insoportable.

—No vuelvas a mencionar eso, te lo ruego. Sulveh amaba a Elena; ella era su *hoa uhane.*

—Elena tampoco estaba ciega, ¿sabes? Fue ella la que me habló de ello la primera vez. Estaba convencida de que su barog te amaba a ti, pero él era demasiado honorable como para admitirlo o meterse entre Sonah y tú.

—Estás muy equivocada.

El corazón me latía desbocado con la sola posibilidad de que Marla estuviera en lo cierto. Si Sulveh me había amado alguna vez… No, ¡eso era imposible!

—Puede que sí… o puede que no. Solo dime una cosa: dime que amabas a Sonah con toda tu alma, que él era tu *hoa uhane* y que preferirías que hubiera sobrevivido él, en lugar de Sulveh.

Sus palabras fueron un golpe directo a mi corazón. Las lágrimas desbordaron mis ojos.

—¡Cómo puedes pedirme algo así!

Empezaron a temblarme las manos.

—Sylvia, escúchame, soy tu amiga y te quiero. Solo deseo lo mejor para ti. ¡Que seas feliz, maldita sea! —dijo, cogiendo mis manos entre las suyas.

Desvié la mirada hacia el sol que entraba por la ventana, desparramándose en la sala de mi nuevo hogar.

—Amaba a Sonah, los dioses lo saben.

—Nadie dice que no fuese así.

Ya no podía controlar el llanto. Las lágrimas rodaban libres por mis mejillas.

—Era mi mejor amigo, mi compañero. Un buen barog que me amó con toda su alma. Cuidó de mí y se entregó a mí por completo. Y siempre le querré y recordaré con un profundo cariño desde el

fondo de mi corazón. —Hice una pausa e inspiré hondo, sin saber si sería capaz de pronunciar en voz alta lo que mi corazón llevaba tanto tiempo gritando—. Pero él no era mi *hoa uhane*.

Estallé en sollozos y Marla me abrazó y me acunó en sus brazos, como si fuese la madre que vi por última vez cuatrocientos años atrás. Los barogs me arrancaron del lado de mis padres y de mi precioso hermano pequeño. Ya ni siquiera recordaba sus rostros. Y, sin embargo, si pudiera volver atrás, cruzaría de nuevo el portal junto a Sulveh. Le seguiría hasta Nemea, a cualquier otro mundo, incluso sabiendo lo que me ocurriría mucho después.

—No pasa nada, niña. Todo se arreglará. Los dioses son sabios y os han reunido de nuevo para enmendar su error.

Me aparté de ella, me sequé las lágrimas con los dedos e intenté ordenar mis ideas.

—No quiero que le menciones nada a él.

—Tenéis que hablar, Sylvia, este sufrimiento ya ha durado demasiado tiempo.

—Digas lo que digas, Sulveh amaba a Elena y su pérdida lo destrozó. No quiero decir ni hacer nada que pueda incomodarlo y haga difícil la convivencia entre nosotros.

—Tienes miedo a perderle, a que se aleje de ti si le confiesas tu amor.

—Estoy aterrorizada por muchas cosas, Marla.

—Eso no va a suceder. Sulveh te ama, no tengas ninguna duda.

Negué con la cabeza.

—Júrame que no le dirás nada, por favor.

Sus ojos astutos escrutaron mi cara.

—No le diré nada. Soy tu amiga y jamás haría nada para perjudicarte. Pero no puedo prometerte que Goria o cualquier otro no se lo mencione. Fue muy obvio para todos cuando os reencontrasteis.

La herida me dio una punzada. El recuerdo de sus manos sobre mi piel me hizo estremecer.

—Debo centrarme en recuperarme y en mi hijo, Marla. No puedo perseguir ilusiones absurdas.

—Te equivocas, niña. Esto es algo muy real. Sulveh ha perdido tanto como tú. Reencontrarte le ha devuelto a la vida.

—¡Qué sabrás tú de él! Llevabas una década sin verlo.

—Sí, igual que a ti. ¿Acaso crees que, solo por eso, no te conozco?

—No quería decir eso, perdona.

—Sulveh también es amigo mío. No importa los años que hemos permanecido separados. Nada podría borrar todos los siglos compartidos.

Tenía razón. Por mucho tiempo que hubiéramos permanecido separados, era como si nos hubiésemos visto ayer.

—Ahora, vamos a hablar de cosas más alegres. Como todos esos inventos modernos que mencionan las recién llegadas. Callie, Lorna y las demás están revolucionando la aldea —dijo soltando una carcajada—. Y esa nueva reina, Tina, va a ser tan grande como Tatiana… o incluso mejor.

Sonreímos y el ambiente se relajó.

Poco después, vinieron Penny, Susi y Artia. La *aninf* cuidaba de mí como una verdadera amiga. Todas la apreciábamos de verdad. Se había arriesgado muchas veces por nosotras durante el cautiverio, hasta que ella misma acabó encerrada en la celda. Le debíamos mucho. Ahora, seguía cuidando de mí y ayudándome con Sonah. Algunos en la aldea cuchicheaban sobre ella. Decían que no se le debería permitir vivir entre nosotros; que no era más que un animal que pertenecía a las profundidades de la selva.

¿Acaso los barogs eran muy distintos a ellas?

Algunas *aninfs* eran peligrosas e impredecibles, incluso astutas. Artia era mucho más inteligente que la mayoría de las de su especie, además de bondadosa. Sus ojos podían ser inexpresivos, plateados por completo y sin distinción entre iris y pupila. Pero sus gestos y sus gruñidos comunicaban a la perfección lo que pretendía decir.

La defenderíamos a capa y espada si fuese necesario.

Penny nos sirvió una copa de licor de moras a cada una y, cuando las tuvimos en la mano, Susi, la más luchadora y valiente de nuestro grupito de amigas, elevó la suya en un brindis:

—Por los reencuentros y los nuevos tiempos —dijo. Todas dimos un primer trago que nos supo a gloria. Entonces, añadió—. Por la victoria… y porque nuestros barogs aplasten a Ux.

Un brillo afilado cruzó sus hermosos ojos verdes.

Me estremecí.

Vencer a los hermanos perdidos no iba a ser tan fácil.

Nosotras lo sabíamos mejor que nadie.

5 VAMOS A ENTRENAR
CALLIE

—Ven aquí, amor. Vuelve a la cama —ronroneó Daryos, estirándose como un felino.

—Ni hablar, que ya me sé tus tretas. Voy a darme una ducha y a ver a las chicas. Iremos a entrenar un rato. A ver si, cuando llegue Lansh de la asamblea, se siente orgulloso de nuestros avances.

—Últimamente me quieres menos, preciosa.

—No seas cuentista, que nos conocemos, barog.

—Qué cruel eres, amor mío.

Puse los ojos en blanco.

—Te acuerdas de que tienes que ir a la reunión, ¿verdad?

—No me apetece demasiado. Preferiría quedarme aquí y follarte durante todo el día.

—Claro, porque las dos veces que llevas desde que ha salido el sol no son suficientes.

—Si me dices que para ti lo son, me tiro por la ventana.

—No creo que eso te causara ni siquiera un rasguño.

Soltó una risilla, que intentó disimular.

¡El tío era un caso digno de estudio!

—Solo una vez más. Así podré aguantar hasta el mediodía.

—¿Tú crees que es normal pensar a cada segundo en follar cuando estamos al borde de una guerra bíblica?

—Pues por eso mismo, amor. Hay que divertirse mientras aún estamos vivitos y coleando. Sobre todo, *coleando*.

Solté una carcajada. Era imposible no pasárselo bien con él. La vida con Daryos era una fiesta constante. Incluso en los momentos más duros, en los que muchos otros estaban tensos,

nerviosos y cagados de miedo, él mantenía su sentido del humor y lograba arrancar algunas sonrisas.

Me acerqué de nuevo a la cama, me incliné sobre mi príncipe y le di un beso de esos de caerse de culo. Le metí la lengua hasta la campanilla y lo manoseé un poco entre los muslos. ¡Cualquiera se resistía ante semejante portento de la naturaleza!

Él gimió.

—¿Lo ves, amor? Te apetece tanto como a mí —me dijo en ese tono zalamero que me ponía a cien.

—O más.

—Eso lo dudo —afirmó con una sonrisa pícara mientras se agarraba la polla y la apuntaba hacia mí. Soltó varios gemidos y se retorció sobre la cama para provocarme.

Se me hizo la boca agua, pero no iba a caer en la tentación. Se puso bocabajo y empezó a empujar con las caderas contra el colchón.

«¡Por todos los rinos!», pensé, acalorada.

—Vale, se acabó. Te dejo por imposible. —Le di un cachete en ese culo de escándalo y me alejé hacia la ducha.

—¡No puedes dejarme así, amor! ¡Es crueldad pura!

Hice rodar los ojos mientras me metía en el baño.

El rugido largo y profundo de Enzo desde el piso inferior me confirmó que estaba tan harto de escuchar a Daryos como yo.

¿Cómo demonios había acabado con un barog y un león como compañeros de piso? La vida podía ser muy rocambolesca.

Mientras volcaba el primer cubo de agua sobre mi cabeza, le escuché protestar de nuevo.



A medio camino hacia la morada del rey, Daryos y yo nos encontramos con Jenny y Xerx, que venían tan contentos y cogiditos de la mano. ¡Hacían una pareja estupenda! A mi amiga le había

costado dar el paso, pero, en cuanto lo había hecho, se la veía muy feliz. Y ¡Xerx babeaba por ella!

—¿De dónde venís tan temprano, parejita? —preguntó Daryos.

—De sellar nuestra unión en el lago esmeralda —explicó su amigo. El círculo naranja que rodeaba sus iris brilló con fuerza.

—¡Felicidades, amigo mío! —dijo Daryos, abrazándolo con cariño y dándole varias palmadas en la espalda.

Jenny se había puesto colorada y se mantenía en silencio. Xerx le lanzó una miradita cargada de amor.

Mi amiga y yo nos separamos de nuestros barogs, que siguieron rumbo a la asamblea, y nos dirigimos a la casa posada para reunir a las mujeres que quisieran entrenar un poco.

Cualquier conocimiento sobre cómo defendernos podría ser de gran utilidad cuando se desatara la guerra. El rey y todos sus guerreros barogs habían prometido que nos protegerían y que no permitirían que nos sucediera nada. No obstante, ya sabíamos lo que había ocurrido en la guerra anterior… Toda prudencia era poca. No nos arriesgaríamos a estar completamente desvalidas. ¡Ni hablar!

Poco después, llegaron a la posada Susi, Marla y Penny. Habían pasado antes a ver a Sylvia y al bebé por su nuevo hogar, y Artia se había quedado con ellos para ayudarlos. Sylvia también quería entrenar; pero, hasta que el sanador diera su conformidad, no debía hacer esfuerzos que pudieran reabrir la herida. Además, tenía que centrarse en su precioso hijo.

Tina permanecería al lado de Cyrus durante la asamblea. Aunque Daryos también me había pedido que le acompañara, yo prefería ayudar a las otras descendientes a pelear y defenderse que escuchar al rey dando órdenes sobre la construcción de empalizadas, la confección de flechas o los turnos de vigilancia. Si había algo importante, me lo contarían después.

Ya estábamos a punto de salir cuando apareció Lorna. Llevaba su moño habitual en lo alto de la cabeza y se le habían escapado algunos mechones. Sus mejillas estaban encendidas y el vestido, un poco arrugado.

—¿Te has revolcado por el suelo, McPhee? —pregunté.

Se recogió un mechón tras la oreja con la dignidad de una primera dama y se alisó el vestido.

—No, Calista. Me he dado un buen revolcón en la cama con mi barog. ¿Algún problema? —Me miró desafiante.

—Ninguno, mujer —dije mostrándole las palmas de las manos en son de paz—. Yo he hecho exactamente lo mismo con el mío. Dos veces. Aunque, si fuera por él, no saldríamos de la cama en todo el día.

Las risas de las mujeres reverberaron por toda la posada.

—Así me gusta, que os mantengáis en forma —intervino Marla con una sonrisa traviesa. Esa mujer era muy divertida.

Por desgracia, algunas como Susi todavía rehuían esos temas. Las pobres habían pasado un calvario y tardarían en sanar.

—¿Quién tiene ganas de lanzar unas flechas? —pregunté para cambiar de tema.

Solo unas pocas levantaron la mano, entre ellas Jenny, Marla, Susi y Penny.

—Venga, chicas, ¡un poco de entusiasmo!

—Yo todavía tengo agujetas en los brazos de la última vez. ¿Podemos entrenar con el cuchillo? —propuso una de las mujeres.

Ensanché una sonrisa.

—¡Por supuesto! Lo importante es que sepamos cómo utilizar esas armas en caso de necesidad. Si os sentís más cómodas con el cuchillo, no hay problema. Es cierto que es más fácil defenderse de esos animales a una cierta distancia, pero un cuchillo bien clavado en las pelotas puede noquear a cualquier macho.

Más risillas.

—¿Y el machete? —preguntó otra.

Abrí los ojos como platos. ¡Se estaban animando! Eso era genial. Esas mujeres habían pasado por mucho, pero ahí estaban: dispuestas a defenderse. No podría sentirme más orgullosa.

—Lo que queráis. Habrá que tener cuidado, no sea que alguna se motive demasiado y le corte el brazo de cuajo a alguien. Vayamos fuera, chicas. Cuando Lansh nos vea, ¡va a flipar!

Al final, se animaron unas veinte mujeres y, entre todas, cogimos las armas para practicar. Estábamos a punto de salir cuando

miré alrededor.

—¿Dónde está Emi?

Mi amiga rubita no había aparecido.

—Está con Xioh. El sanador ha pasado a buscarla por aquí antes de que llegaras, Callie. Va a formarla para que le ayude con los heridos durante la batalla —dijo una descendiente a la que recordaba de la celda de los pantanos. Pobrecilla.

—Eso está muy bien —murmuré.

No dejaba de tener su gracia que Emi, que vomitaba a la que veía un poco de sangre, fuera a ayudar a Xioh a curar espantosas heridas de guerra. ¿Mi amiga sabía realmente dónde se metía?

A ver, últimamente se estaba endureciendo y ya le había ayudado algunas veces. Además, no debíamos olvidar que, en la Tierra, Emi quería convertirse en enfermera y estaba estudiando para ello, por muy inverosímil que pareciera en una persona tan sensible a la sangre como ella.

Sin embargo, las lesiones con las que se encontraría en un enfrentamiento de ese tipo serían espantosas. En realidad, en una situación así, todas tendríamos que soportar cosas para las que, en un principio, ninguna se sentía preparada.

Nuestras vidas habían cambiado radicalmente desde que pusimos un pie en Nemea, un planeta precioso…, pero condenadamente salvaje.

Cruzamos la plaza, directas a la primera línea de la selva. Por razones obvias, no podíamos adentrarnos más allá de los puestos de vigilancia más cercanos. Había barogs, leones y panteras distribuidos por todo el perímetro y en varias líneas de defensa. Cyrus y Daryos así lo habían ordenado. Por muy sigilosos y hábiles que fueran, los hermanos perdidos no podrían lanzarnos un ataque sorpresa. Los detectaríamos a varios kilómetros de distancia, en cuanto empezaran a aproximarse a la aldea o al lago esmeralda.

Al llegar al pequeño claro que solíamos utilizar para entrenar, Susi me ayudó a colocar la diana, sujetándola al tronco de una palmera. Varios *llitops* pasaron junto a nosotras, rozándome las piernas y soltando sus ruiditos habituales. Cada vez estaba más enamorada de esos animalillos.

Había visto a Naranjito por la ventana esa mañana. Siempre rondaba cerca y se aseguraba de que estuviera bien. ¡Lo que daría yo porque pudiera hablar! Nos apañábamos bastante bien para comunicarnos a través del hormigueo en mi marca de nacimiento. Era un modo primitivo y limitado de hablar, pero funcionaba.

No tenía ni idea de si, cuando comenzara la batalla, los *llitops* seguirían allí, a nuestro lado, o si huirían a las profundidades de la selva. Tampoco si, llegado el momento, podrían realmente contribuir en algo. Por muy afilados que fueran sus dientes, no conseguirían causar demasiados estragos contra esas bestias. Eran astutos, pero también muy pequeños.

Eso sí: algo en mi interior me decía que no se alejarían de mí tan fácilmente. ¡Los dioses sabrían por qué!

—¿Quién quiere ser la primera? —pregunté.

Marla y Lorna alzaron la mano.

—¿Qué os parece si empiezo yo, que soy la mayor? —soltó mi mejor amiga. ¡Y se quedó tan ancha la tía!

Unas cuantas cuchichearon, otras alzaron una ceja y unas pocas abrieron los ojos como platos.

—Ejem, Lorna, me da a mí que no has echado bien las cuentas.

—¡Pero si solo hay que vernos a todas! —protestó ella, señalando a Marla.

—Una cosa es el aspecto que tengan, y otra muy distinta, su edad. Eres consciente de que aquí eres de las más jóvenes, ¿verdad? Las demás tienen, como mínimo, unos doscientos veinte años.

Lorna puso los ojos en blanco. ¡Uf, iba a ser un entreno muy largo! Empezaba a compadecer al pobre Lansh. ¡Qué paciencia tenía el tío! Yo no tenía tanta.

Gracias a los dioses, Marla le cedió el turno y dejó que Lorna lanzara con el arco primero.

Y empezamos a entrenar.

6 LA ASAMBLEA
DARYOS

Le rodeé los hombros con el brazo a mi amigo y dejamos a nuestras *hoa uhanes* atrás para dirigirnos a la asamblea.

—Al final te has salido con la tuya, ¿eh, chaval? —dije, dándole una palmada en el pecho.

Xerx sonrió.

—Lo mío me ha costado. Jenny me ha hecho sudar tinta, D. ¡Creía que me tendría años esperando!

—Con lo buen mozo que eres… Un poco rarito, eso sí.

—Vete a la mierda.

Ambos soltamos una carcajada.

—Te lo he dicho con cariño, hombre. Sabes que me alegro mucho por ti.

—Lo sé. Al fin, estamos todos emparejados. ¿Puedes creerlo?

—No mucho, la verdad. Es un maldito milagro que esas mujeres espectaculares nos amen.

—Los dioses nos han sonreído, D.

—Los dioses debían ir ciegos de licor de moras; no le encuentro otra explicación.

Volvimos a reírnos.

—Mira, yo soy un tarado y tú… Bueno, tú eres un buen tipo, bastante centrado y todo eso. Pero también tienes tus momentos de locura transitoria. La mía, en cambio, es permanente.

Apuesto a que hasta el *Mo'o* azul escuchó su carcajada desde el lago de la cascada.

—Una buena manera de describirnos, D —dijo sujetándose la barriga mientras seguía riendo. Yo hacía lo mismo.

—Jenny y tú os habéis encontrado, amigo mío. Sois tal para cual. Que si los papiros antiguos, que si las estatuas del templo, que si los símbolos marcados en las piedras negras…

—Ya veo a dónde quieres llegar.

—Sois unos frikis, no lo niegues. ¿Se dice así? Callie suelta a veces algunas palabras muy extrañas, y nunca sé si las uso bien. Vaya, que sois un par de estudiosos y motivados de esa clase de cosas.

—Eso seguro. Pero, al menos, no somos un par de zumbados como Callie y tú. Los dioses la crearon para ti, D, no hay duda.

Nos desternillamos de nuevo.

—Y volviendo a lo importante, ¿qué tal fue en tu lugar especial?

—Increíble, D. Jamás había sentido nada igual.

—¿Tu primera vez con una humana fue como esperabas?

—¡Fue mucho más! Hacer el amor con ella es… Joder, ¡me vuelve loco! Ni siquiera soy capaz de describir lo increíble que fue.

—Te aseguro que te entiendo. Con Callie… ¡Uf! No puedo quitarle las manos de encima. Es que me trastorna, te lo juro. Me entra un no sé qué cuando la tengo cerca… Y cuando no está cerca, no puedo dejar de pensar en ella. Es como un frenesí que me domina. Se me pone dura como una piedra y…

—Vale, D, los detalles para Lansh o Ax.

Soltamos otra carcajada. Mi amigo siempre había sido el más reservado del grupo.

—Jenny estaba loca por ti desde el principio, solo que es muy joven. Traerlas aquí, a Nemea, fue un *shock* para todas. Cada una de ellas se ha adaptado a su propio ritmo.

—Pensaba que tardaría mucho más en aceptarme por completo, y te juro que iba a respetarla. Habría esperado lo que ella me hubiese pedido. Lo más importante para mí es su felicidad.

—Eso está bien, Xerx. Por eso te quiere tanto, porque sabe que eres un buen barog, leal y de fiar. Se lo has demostrado con creces.

—Eso fue lo que la convenció.

—Eso… y todo lo demás —dije señalando de la cabeza a los pies a mi amigo—. A ver si te crees que se ha acostado contigo solo por tu inteligencia.

—Eres gilipollas. Lo sabes, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco.

—Seguro que todo el numerito ese que te marcaste para rescatarla del nido de las águilas la dejó extasiada. A partir de ahí, todo fue pan comido.

—Es imposible hablar contigo, D.

Me abalancé sobre él y le revolví el pelo con la mano.

—Lo único que cuenta es que ya estáis juntos. ¡Soy muy feliz por ti, amigo mío!

Seguimos bromeando y haciendo el idiota, tal como era habitual en nosotros, hasta que llegamos ante la morada de mi hermano. Cuando eché un vistacillo alrededor, pesqué a unos cuantos *llitops* atravesando los arbustos a la carrera.

—¡Ahí van los tocahuevos esos! —grité.

—¿Qué te han hecho los pobres? No ocasionan ningún daño y adoran a Callie.

—Estamos invadidos, Xerx. Nunca se habían acercado tanto a la aldea ni durante tanto tiempo. ¡Hay decenas de ellos! Y están aquí por mi *hoa uhane*. Algo se cuece, te lo digo yo.

—Deberías estar agradecido. Liberaron a tu hembra y a las demás descendientes de los pantanos.

—Lo sé y se lo agradezco un montón, créeme. Pero todo este rollo de que la sigan a todas partes me provoca escalofríos. Qué quieres que te diga, siento curiosidad, eso es todo. Y no olvidemos los dientecitos que tienen. Podrían arrancarnos unos cuantos dedos sin pestañear.

—Apuesto a que están de nuestro lado, ¿no crees?

—Eso parece, aunque todavía no sé por qué.

Xerx escrutó la primera línea de palmeras con sus ojos anaranjados.

—¿Y no te preocupa que tengamos también una invasión de leones? A las panteras las fuimos a buscar, pero todos esos leones que están apareciendo por propia voluntad…

—Tienes razón. Enzo ha reclutado a unos cuantos, pero hay muchos que no tenemos ni idea de dónde han salido.

—Los leones siempre han sido nuestros amigos y aliados, tiene sentido.

—Ya, pero llegan de todos los rincones de Nemea. Algo los está atrayendo hacia la aldea. La guerra ni siquiera ha empezado aún y ya llevan días aquí. De todos modos, lo agradezco. Cualquier aliado es bienvenido. Nos harán falta todas las fuerzas que podamos reunir.

Un breve silencio se abrió entre nosotros.

—¿Crees que venceremos, D?

Quería creerlo, pero debíamos ser realistas.

Ux iba a darlo todo en esa guerra. Era su última oportunidad, así que no teníamos ni idea de las hordas que lanzaría sobre nosotros. Había muchos animales temibles en Nemea que podía intentar unir a su causa. Engrosaría su ejército de hermanos perdidos todo cuanto pudiera. Exploraría cualquier alternativa.

Y algunas podrían ser terribles para nosotros.

—No tengo ninguna duda. Ganaremos, Xerx. Contamos con los guardianes del templo, las panteras, los leones y los… *llitops.* ¡Incluso con una *aninf*! —dije sonriendo—. ¿Qué puede salir mal?

Absolutamente todo, pero eso no lo mencioné. Xerx no era tonto y conocía el peligro que corríamos tan bien como yo.

—Que los dioses nos ayuden, D.

Apreté la mandíbula y alcé la vista hacia el cielo, claro y soleado, de mi hermoso planeta.

—Lo harán. Porque, si no, Nemea y toda nuestra especie se degradarán para siempre. Ux no puede vencer. Eso destruiría a los barogs.

Mi amigo asintió.

—Puede que tengas razón, pero no podemos bajar la guardia ni confiarnos —dijo con una sombra de inquietud.

—No lo haremos, Xerx. Somos los mejores guerreros de Nemea y tenemos al mejor rey de todos los tiempos. No lo dudes: aplastaremos a los hermanos perdidos y destrozaremos a su líder psicópata. ¡Ux obtendrá su merecido! —Jamás había odiado a un

barog con tanta fuerza. Otros, como Cienchy, Sulveh o todas las descendientes que ese monstruo retuvo en los pantanos, tenían aún más motivos que yo para hacerlo—. Ahora, démonos prisa. Mi hermano tiene muchas virtudes, pero la paciencia no es una de ellas.

—Cyrus ha mejorado mucho —murmuró.

—Siempre fue un buen barog.

—Lo sé, D, pero pasamos momentos duros. Por fortuna, los superamos.

—Volvemos a ser la panda de amigotes descerebrados de siempre, ¿verdad?

Se rio.

—En cuanto a lo de descerebrados… Habla por ti, tío. En eso no te supera nadie.

Mi carcajada espantó a un grupo de *llitops* que se habían aventurado más de la cuenta en la aldea. Si me tocaban mucho las pelotas, se los daría a Enzo para cenar.

Entramos en el palacio, todavía bromeando. Y cuando llegamos a la sala donde se celebraba la reunión, ya se encontraban todos allí.



Al terminar la asamblea, cada uno de nosotros sabía lo que debía hacer. Entre Cyrus y yo, con el apoyo de los barogs de mayor confianza, expusimos lo que había que llevar a cabo en los próximos días. Debíamos ser rápidos y eficaces, porque no sabíamos cuándo llegarían los hermanos perdidos. Tanto podían tardar una semana… como aparecer en el próximo minuto.

No obstante, si algo habíamos aprendido de Ux, de la primera guerra y de lo que Callie y las demás descendientes cautivas nos habían contado, era que ese malnacido era muy astuto y no iba a precipitarse.

Podría haber perseguido a las mujeres cuando se escaparon de su celda e intentar darles caza. Sin embargo, no lo había hecho, a buen seguro porque desconocía si nosotros estábamos en los pantanos y cuántos éramos. Todo eso nos decía que, pese a la sed de venganza que lo dominaba, no se arriesgaría.

Nos atacaría cuando estuviera preparado.

El problema era que no teníamos ni idea de cuándo ocurriría eso.

Contaba con sus hermanos perdidos, tanto los barogs purasangre como los inferiores, y puede que también con algunas de las *aninfs* que convivían con ellos en su asentamiento. Pero ¿con quién más? Ese puto monstruo podría intentar reclutar a cualquiera que aún no hubiese elegido bando.

Casi todos los líderes de grupo se habían marchado al finalizar la reunión para empezar a cumplir las órdenes del rey. Había que construir fosos y empalizadas, fabricar lanzas, reforzar los turnos de vigilancia, organizar las posiciones que ocuparían los distintos grupos…

—Tal vez podrían usar rinos como monturas, pero no para luchar. E incluso como tales, serían completamente impredecibles —dijo Cyrus, que seguía dándole vueltas al asunto.

En la morada de mi hermano, ya solo quedábamos los más amigos: Cyrus, Lansh, Axeh, Xerx, Ciench, Toruch, Sulveh, Xioh y yo. El sanador había llegado un poco más tarde a la asamblea porque, tal como le había pedido el rey, estaba hablando con Emi sobre instruirla en su oficio. Con la batalla que se nos echaba encima, un solo sanador no sería suficiente. Alguien había propuesto también a Penny, que tenía algunos conocimientos muy útiles y mucho temple.

Tina se había marchado hacía un rato para unirse a las otras mujeres en sus entrenamientos. Pronto Lansh acudiría a comprobar sus progresos.

—Los rinos tienen el cerebro del tamaño de una nuez. No van a servirles de nada —intervino Toruch.

—Ya, pero si los asustan para que entren en la aldea en estampida, podrían causar destrozos considerables y allanarles el

camino, directos hacia nosotros. No podemos descartar esa opción —dije.

—Tienes razón, D. Aun así, podrían dar media vuelta y ocasionarles más problemas a ellos que a nosotros —aportó Ciench.

—¿Y qué hay de las *aninfs*? —preguntó mi hermano—. ¿Pensáis que podrían conseguir que lucharan a su lado?

—Nunca han sido nuestras enemigas, C. Puede que algunas de los pantanos, pero no creo que consigan que las de las madrigueras se metan en el conflicto. Siempre se han llevado bien con ambos bandos y no les conviene enemistarse con ninguno —explicó Xerx.

—Por lo que sabemos, ese hijo de puta es muy astuto. Tal vez les ofrezca algo que a ellas les interese. Las *aninfs* son caprichosas y curiosas por naturaleza. Yo no las descartaría por completo —comentó Lansh.

—Irá a por los peores, C —solté de repente. Hasta yo mismo me sorprendí.

—Eso no lo sabes, D —dijo Axeh—. Podemos esperar cualquier cosa de él.

—Tengo una corazonada. Ese cabrón va a intentar asegurarse la victoria como sea. Venderá a cualquiera si con eso puede comprar fuerzas y lealtad.

—¿En quién estás pensando, D? Los leones y panteras son nuestros, y los que quedan sueltos por ahí jamás se unirían a ellos.

—No lo sé. Sabéis de sobra la clase de seres que corren por nuestras selvas. Pulpos, águilas, linces, lagartos, gatas arcoíris… —enumeré.

—Ninguno de esos servirían a ninguno de los dos bandos. Van por libre, son difíciles de atrapar y no se les puede gobernar —afirmó mi hermano.

De pronto, noté un hormigueo en la marca de la espiral de mi espalda. En cuestión de segundos, se intensificó hasta que la piel me ardió de un modo insoportable. Comencé a sentir que me asfixiaba, como si me estuviera hundiendo en un lago denso, oscuro y viscoso al fondo de un precipicio. La vista se me nubló y una sola imagen invadió mi mente: *nashies*.

—¡D, reacciona, maldita sea! —gritó Xerx, muy cerca de mi oído.

Alguien me estaba zarandeando por los hombros.

—¿Qué narices te ocurre, hermano? ¡Despierta, Daryos! —exclamó Cyrus.

Había más voces a mi alrededor, todas preocupadas. Al fin, logré enfocar la vista. El rostro angustiado de mi hermano se encontraba a tan solo un palmo por encima del mío. Entonces, me di cuenta de que estaba tumbado en el suelo.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —dije levantándome.

—Acabas de desplomarte en el suelo, Daryos. Has perdido el conocimiento y no había forma de que lo recuperaras —dijo Sulveh.

—¿En serio? He sentido algo extraño, pero no la caída.

—Pues te has pegado una buena hostia. No te has dado con la mesa en la cabeza de milagro —soltó Ax.

—Tenías los ojos lechosos y has hablado en una voz que no era la tuya —intervino Xioh mientras me agarraba de la muñeca para tomarme el pulso.

—¿Y qué narices he dicho? —Clavé los ojos en los de mi hermano.

—*Nashies*.

—¿Qué? ¿Y eso qué significa? —pregunté, aunque empezaba a intuirlo.

—Justo antes de que te desmayaras o… lo que haya sido eso, estábamos hablando de los animales que Ux podría reclutar. Así que está claro que las repugnantes *nashies* te han venido a la mente —explicó Xerx.

Xioh seguía examinándome a conciencia.

—Recuerdo vagamente que he pensado en ellas —confirmé.

—Aparte de eso, ¿qué es lo último que recuerdas? —preguntó Sulveh, mirándome con suspicacia.

Me toqué el codo, me dolía un poco. Puede que hubiera caído sobre esa parte. Suerte que mis huesos, y los de cualquier barog, eran duros como el acero y no se rompían con facilidad.

—Lo último que recuerdo… es que me hormigueaba la marca de nacimiento de la espiral. Me ardía.

Sulveh achicó los ojos y me observó en silencio durante unos segundos.

—No te has desmayado, príncipe. Has tenido una premonición —soltó como si tal cosa.

—¡¿De qué narices hablas?! Ahora sí que estoy empezando a acojonarme —dije. No solía ponerme nervioso ni perder los estribos con facilidad, pero todo ese asunto era… demasiado.

Sulveh suspiró.

—¿No has pensado nunca que esa marca sagrada de la profecía sirve para algo más que para hacer bonito y combinar con la de tu *hoa uhane*?

Me llevé la mano a la parte baja de mi espalda. La piel seguía un poco sensible. Llevaba varios días sintiendo hormigueos esporádicos.

—Eso dice Callie. Ya sabéis que ella afirma que se comunica con los *llitops* y está segura de que la marca nos dará superpoderes o algo así. —Solté una carcajada.

Todos me miraron con detenimiento.

—Puede que tu pareja tenga más razón de lo que crees, Daryos, aunque supongo que lo iremos descubriendo —dijo el guardián en un tono enigmático.

—¿En serio crees que la marca les va a otorgar algún poder? —preguntó mi hermano, dejando traslucir su curiosidad.

—No lo sé. Jamás ha sucedido nada igual, y tampoco es que la profecía sea clara al respecto. Pero los ancianos guardaban la mayor parte de la información celosamente. Así pues, quién sabe.

—¿Algún consejo, Sulveh? —preguntó Cyrus.

—Yo que tú, me iría preparando para enfrentarme a las *nashies* —contestó el guardián, clavando su mirada de bronce en la mirada oscura del rey.

Todos temblamos.

7 LA CACERÍA
SYLVIA

La selva, Nemea, hace cuatrocientos años

La selva se cerraba sobre mí como un manto denso y amenazante. Mis pies descalzos tropezaban a cada paso, hiriéndose con piedras, astillas y cáscaras de frutos espinosos. No tenía ni idea de hacia dónde dirigirme. Corría por mi vida, sin detenerme, sin mirar atrás.

Los gritos de las otras mujeres llegaban hasta mis oídos. Gritos y lamentos desgarradores que se me clavaban en el alma. Pero no podía ayudarlas, del mismo modo que ellas tampoco podían ayudarme a mí. Ninguna de nosotras podía hacer nada contra las bestias que nos perseguían.

Mi única alternativa era alejarme de aquel horror tanto como pudiera y esconderme en alguna gruta. No conocía el terreno. Jamás había estado en la selva, y aquello no era una selva cualquiera, sino una de otro planeta que nada tenía que ver con la Tierra.

Los frutos eran más grandes, los animales extraños y peligrosos, los colores más vibrantes…

Sulveh me había prometido que vendría a por mí, que no tuviera miedo, que solo corriera. Él seguiría mi aroma y me encontraría. Pero llevaba una eternidad avanzando y no había ni rastro de él por ninguna parte. Era solo cuestión de tiempo que cualquiera de los otros barogs, fieros e inmensos, diera conmigo. Se desplazaban a la carrera como animales en celo.

Y si otro barog me capturaba…

Los veía al otro lado de los arbustos, saltando de árbol en árbol, trepando rocas y corriendo veloces entre las palmeras, con el

solo objetivo de cazar a alguna de nosotras. Era una barbarie.

En mi mundo, algunos se habían topado con tribus nativas feroces y sanguinarias, pero al menos se podía intentar razonar con ellos y comerciar. Con los barogs, en cambio, era imposible. Nos habían traído a la selva con un solo propósito, y ni ellos ni nosotras saldríamos de aquí sin que lo cumpliesen. Porque, para ellos, no era una cuestión de entretenimiento, sino de necesidad y… supervivencia.

La cacería era uno de sus ritos más sagrados, la forma en que se unían a las descendientes para toda su existencia. Temblaba con solo pensar en ello. Si Sulveh no llegaba hasta mí…

Él también era un barog, pero yo le había conocido en la Tierra como humano y sabía que podía confiar en él. Puede que, aquí, su aspecto fuese tan impactante y terrorífico como el de los demás, pero yo conocía su corazón: era pura bondad. A fin de cuentas, le había seguido por propia voluntad, aunque jamás imaginé que me encontraría con algo así.

A mi derecha, un par de chillidos desgarradores espantaron a una manada de… lo que fuese: unos animalillos de colores que no había visto en mi vida. Un golpe seco a mi izquierda me paró el corazón mientras una bandada de pájaros salía volando más allá de las copas de los árboles.

Había movimiento en los arbustos cercanos, así que me agaché al amparo de las anchas hojas y me arrastré de rodillas hasta ocultarme tras el tronco rugoso de una palmera gigante. Varios helechos me protegían de la vista de otros.

Respiraba con dificultad y me dolía el costado. Debía de ser por la caída de unos minutos antes. Había tropezado con una raíz retorcida y me había desplomado en el suelo cuán larga era. Por fortuna, no me había roto nada, o ahora mismo estaría aullando de dolor.

Mientras los gritos y sollozos continuaban, me asomé con cautela. Había una mujer morena tumbada de espaldas en el barro bajo el peso de un barog enorme. La reconocí enseguida. Era Penny, la muchacha con la que Elena y yo habíamos hablado en las

mazmorras. Procedía de otro asentamiento de colonos en el nuevo mundo, no muy alejado del nuestro.

Ese monstruo le había levantado el vestido y estaba entre sus piernas. La poseía entre rugidos y gemidos, sujetándole las muñecas con una mano por encima de la cabeza… hasta que ella dejó de resistirse.

Dejó de gritar.

Dejó de patalear.

Dejó de sollozar.

Se quedó inmóvil, en silencio, con la mirada clavada en la cúpula de hojas que cubría la selva, como si fuera una estatua. En cuanto el barog percibió que había dejado de luchar, le soltó las manos y siguió embistiéndola.

Tuve que taparme la boca con ambas manos para no gritar. Las lágrimas me anegaron los ojos y un dolor atroz se instaló en mi pecho. Puede que fuera una cobarde por no acudir en su ayuda, pero ¿habría servido para algo? Tal vez podría haberle tirado piedras o golpearlo con un palo. Eso le habría dado a Penny… ¿Cuántos? ¿Unos segundos para huir?

Lo único que habría conseguido habría sido enfurecerlo y ponerme al descubierto. No habría servido para nada, o eso es lo que me repetía para no sentirme tan miserable.

Tras un rugido que hizo temblar la Tierra, la abrazó durante un buen rato mientras todo su enorme cuerpo se sacudía y tensaba sobre ella. Después, se arrodilló entre sus piernas, tiró del vestido para cubrirla y la ayudó a levantarse con suavidad, como si no acabara de violarla.

Penny seguía con la mirada perdida, incapaz de reaccionar. Aquel barog le secó las lágrimas con los dedos y la besó con ternura. La cogió de la mano y la condujo a través de la selva, lejos de mí. Penny lo siguió sin rechistar.

Se me revolvió el estómago y vomité. En el nuevo mundo había visto algunas cosas terribles, pero nada tan crudo como la escena que acababa de presenciar. Y yo tenía muchas probabilidades de sufrir lo mismo que ella.

Me levanté, todavía pegada al tronco, y escruté la vegetación a mi alrededor. Los gritos se escuchaban más lejanos que antes y los arbustos cercanos parecían en calma, así que me aventuré a salir de mi escondite.

En cuanto puse un pie fuera, lo sentí: una presencia jadeante detrás de mí. Me di la vuelta y me encontré de frente con Sulveh. Tenía el cabello revuelto y enredado, la piel cubierta de sudor y los músculos tensos y abultados. El taparrabos primitivo que llevaba apenas le cubría desde la cadera hasta medio muslo.

Me quedé muy quieta, observando su figura imponente y, al mismo tiempo, aterradora. La cola, que se alzaba como un látigo, las garras extendidas y los colmillos que sobresalían de los labios me daban una idea bastante acertada de la clase de ser que era en realidad.

Me forcé a centrarme solo en sus ojos de bronce, tan cálidos y amables. Ahora mostraban un brillo más fiero, depredador. A fin de cuentas, estábamos en una cacería y yo era su presa.

No me moví. Estaba asustada, pues iba a poseerme. Sin embargo, sabía que no me haría ningún daño. Debía hacerlo en este momento, tan pronto nos encontráramos en la selva. Antes de que ninguno de los otros barogs llegara hasta mí.

Estaba preparada. Por supuesto, no era así como hubiera escogido que ocurrieran las cosas entre nosotros si hubiera podido elegir, pero así tenían que ser si quería unirme a él para disfrutar de una larga vida juntos.

Me tragué el miedo y avancé unos pasos temblorosos hacia él. Incluso logré sonreírle.

Él sonrió también, mientras el hambre voraz marcaba aún más sus facciones masculinas y resplandecía en sus ojos. Había algo distinto en él, en su modo de caminar, de balancear los brazos, de mirarme. Supuse que era efecto del rito de la cacería y de su excitación.

Avanzamos el uno hacia el otro y nos detuvimos a tan solo un palmo, nuestros cuerpos rozándose con cada respiración. Enredó los dedos en mi nuca y la otra mano en la cintura. Se inclinó lentamente sobre mí y ensanchó las fosas nasales. Mi aroma debió de gustarle

porque sonrió de nuevo. Un aroma que conocía bien, después de frecuentar mi compañía en la Tierra durante más de un mes. Hundió la nariz en mi cuello, encorvado sobre mí, y paseó la lengua por mi garganta.

Me empujó con suavidad hasta que mi espalda chocó con el tronco de la palmera.

Sus dedos bajaron por mi costado y siguieron su descenso por la línea de mi cadera. Cuando llegó al borde del vestido, empezó a subirlo lentamente. Cuando mi intimidad quedó al descubierto, retrocedió un paso y me contempló con los ojos encendidos. Me escrutaba con avidez, con una expresión nueva en el rostro. Creía conocer todas sus facetas. Estaba claro que no.

Le deseaba desde hacía tiempo y deseaba yacer con él, incluso con esa forma suya tan distinta a como le había conocido. Aun así, no pude evitar temblar bajo su mirada. Su aroma, mucho más espeso y oscuro que aquel al que me tenía acostumbrada, se me coló en la nariz. Me mareé.

—No tienes nada que temer de mí, preciosa. Te prometo que no voy a hacerte daño —susurró con la voz gutural mientras me acariciaba con delicadeza la mejilla.

—Lo sé. Confío en ti.

Abrió los ojos un poco más durante un instante, llenos de sorpresa.

Entonces, se despojó del taparrabos y ahogué un grito de asombro. Aquello era… era… demasiado grande para mí.

—Encajaremos a la perfección, no tienes nada de que preocuparte.

Asentí y le creí.

Sabía que en sus brazos estaba a salvo y que esa era la única forma de unirnos y estar juntos para toda la eternidad. Debíamos vincularnos en Nemea, en su forma barog.

Me agarró por el trasero y me levantó. Se hizo hueco entre mis piernas y me alzó los muslos para poder encajarse. Me agarré a sus hombros con fuerza y le apreté la cintura con las piernas para no caerme, aunque él me tenía bien sujeta.

—Relaja la musculatura, humana. Iré despacio.

Había algo distinto en su voz. El timbre era menos grave. Y el olor… Era el suyo y, a la vez, no lo era. El aroma a excitación y sexo debía de estar enmascarando todo lo demás.

Me relajé, tal como él me había pedido, y sentí cómo la punta de su miembro empujaba despacio dentro de mí, abriéndome lentamente para él. Siguió penetrándome con cuidado, centímetro a centímetro, mientras yo me mordía el labio para no gritar por la impresión.

Era enorme, pero me había dicho la verdad: no me dolía más que lo esperado en una primera vez. Cuando estuvo dentro del todo, hasta el fondo, se quedó quieto durante unos segundos, dándome tiempo para que me amoldara a su tamaño.

—¿Estás bien? —Su voz apenas fue un murmullo ronco en mi oído, interrumpido por gemidos.

Asentí.

Se estaba conteniendo por mí. Mi barog no se parecía en nada a todas esas bestias que corrían por la selva derribando mujeres con hondas y violándolas en el suelo. Yo era afortunada.

Empezó a moverse, retirando el pene despacio y volviendo a empujar justo después, hasta llegar de nuevo a lo más hondo. Repitió el movimiento varias veces, lento y tortuoso, a veces en círculos, hasta que me acostumbré a él.

Cuando aceleró el ritmo de las embestidas y desató su necesidad de mí, le pasé los dedos por la espalda, sintiendo los músculos poderosos bajo las yemas, el tacto de su piel curtida, el sudor que le corría por todas partes, fruto del esfuerzo. Le clavé los talones en los costados cuando dio una estocada más fuerte y profunda que las demás, y se me escapó un gemido.

Su risa oscura reverberó en mi piel.

Aquello era muy agradable, delicioso. Sin embargo…, no estaba sintiendo lo que creía que iba a sentir. Algo era distinto entre nosotros, como si nuestros cuerpos estuvieran conectados a la perfección, pero no nuestras almas. Quizá solo sería así la primera vez porque estaba nerviosa y pendiente de cada uno de sus movimientos, más que de abandonarme a todo lo que sentía mi corazón.

Debía dejarme llevar. Solo que no podía hacerlo por completo. Había algo que me retenía.

Con la última embestida, clavó sus ojos de bronce en los míos y su pene se enganchó en mi interior de un modo extraño y muy placentero. Me agarré a su cuello mientras su cuerpo se ponía rígido y su musculatura temblaba, presa de espasmos. Se liberó dentro de mí, caliente y resbaladizo, sin dejar de mirarme.

Y cuando al fin se vació del todo, acercó su rostro al mío y me rozó los labios en un beso suave y vacilante. Después, se apartó y me sonrió. Una amplia sonrisa de satisfacción y felicidad.

Me bajó las piernas con cuidado y, cuando mis pies se asentaron en el suelo, me abrazó y volvió a besarme. Esa vez fue un beso apasionado.

—¿Te ha gustado, preciosa? —me preguntó, acariciándome el pelo.

—Sí. Ha sido hermoso.

—¡Ha sido increíble! Nunca había sentido nada igual. Vamos a ser una pareja maravillosa tú y yo —dijo sonriendo. Sus ojos brillaban de ilusión.

La sensación de que algo no marchaba bien se acrecentó en mi pecho, alcanzando todos los rincones de mi ser. La ansiedad me devoraba y no tenía ni idea de por qué. Estaba con el barog al que amaba y con quien deseaba estar. Había cruzado el portal sin dudar de mi amor por él.

Entonces, ¿por qué sentía un vacío donde siempre había existido esa conexión abrumadora entre ambos?

Me tomó de la mano y entrelazó nuestros dedos, los suyos con las garras retraídas.

Caminamos un buen trecho en silencio, tan solo mirándonos de vez en cuando. Los gritos y lamentos cada vez eran más esporádicos. La cacería llegaba a su fin, y la selva se calmaba a nuestro alrededor, tras el horror que se había desatado. La pesadilla terminaba; aunque, para muchas, no había hecho más que comenzar.

Sentí un nudo en el estómago y una tristeza tremenda por todas esas mujeres que habían sido obligadas a unirse a alguien a

quien ni siquiera conocían.

—Enseguida llegaremos al lago esmeralda y sellaremos nuestra unión —dijo él.

—¿Todas las parejas se dirigen hacia allí?

Asintió.

—Te encantará el lago, ya lo verás. Es uno de nuestros lugares sagrados más bellos.

—Estoy deseando verlo.

Poco después, entre los helechos que se alzaban hacia el cielo, vislumbré las aguas esmeraldas de ese lugar sagrado. Jamás había visto nada igual. Parecía un paraíso, con todas esas piscinas naturales separadas por cañas de bambú y otra vegetación.

Al ensancharse el sendero, nos encontramos con otra pareja. Me alegré al reconocer a la mujer y ver su rostro tranquilo y feliz. Era Elena, una de mis amigas.

Cuando mis ojos se posaron en el rostro de su barog, mi corazón se detuvo. Él me miraba a mí con tanta tristeza que mi corazón crujió de dolor.

—Por cierto, me llamo Sonah —dijo el barog que me cogía de la mano—. ¿Cuál es tu nombre, preciosa?

La sangre se me heló en las venas y el planeta entero se sacudió bajo mis pies. Un abismo oscuro empezó a tragarme, directa a sus profundidades.

—Sylvia —balbuceé con las lágrimas cerrándome la garganta.

Sulveh seguía con los ojos clavados en mi rostro. Unos ojos de bronce con una mota dorada y brillante. Sus dedos estaban enlazados con los de Elena.

Miré al barog con el que acababa de yacer: Sonah. Sus ojos eran del mismo tono de bronce, pero no había en ellos ni rastro de la mota de oro.

Me costaba respirar.

—Felicidades, hermano —le dijo Sonah a Sulveh, acercándose a él y dándole un abrazo cargado de sentimiento.

Dos barogs como dos gotas de agua…, salvo por esa mota. El aroma también era distinto, así como algunas cicatrices. Y la voz de Sulveh era algo más grave. Por lo demás, eran idénticos.

Me había mencionado a su hermano, pero no tenía ni idea de que eran iguales.

En ese momento, la realidad me golpeó como un mazo implacable. Y supe que me había unido al barog equivocado… y que había perdido a Sulveh para siempre.

8 UN OJO DE CADA COLOR

El palacio, la aldea, Nemea, hace veintinueve años
Reina Tatiana

Tatiana empujaba con todas sus fuerzas cada vez que la comadrona oficial de la aldea se lo pedía. Drashir estaba justo a su lado, cogiéndole la mano y susurrándole palabras de ánimo. Pese a que la reina ya había dado a luz varias veces, ninguno de los partos anteriores había sido tan complicado como este.

Llevaba horas sufriendo terribles contracciones que la llevaban al límite de su autocontrol. Tenía la sensación de que el dolor iba a partirla en dos y, si se alargaba mucho más, no podría seguir soportándolo.

Penny, su mejor amiga, se encontraba al lado de la comadrona, asistiéndola en todo lo que esta le pedía. Tatiana agradecía su presencia, que la ayudaba a no desfallecer.

—Uno más, mi reina —pidió la comadrona, sudando a mares. El bebé era grande y, aunque venía en la posición correcta, no le daba la gana de salir—. Veo la coronilla, pero el muy cabezota debe de estar demasiado bien ahí dentro.

Drashir sonrió ante el comentario, y Tatiana lo habría hecho también si no estuviera sufriendo como una condenada. Los dioses no se lo estaban poniendo fácil; ese hijo sería de armas tomar. Pero ¿acaso alguno de sus hijos no lo era?

Cyrus correteaba por el pasillo, al otro lado de la puerta, al cargo de su hermano Ceeris, que lo adoraba. Aunque se llevaban muchos años, eran uña y carne, y se adoraban. Ambos, como el resto de la familia, estaban ansiosos por conocer a su nuevo hermanito, que tanta guerra estaba dando ya incluso antes de nacer.

—No puedo más… —murmuró Tatiana con un hilo de voz. Aunque Drashir le había dado de beber agua de coco, tenía los labios resecos.

El sudor le corría entre los pechos y empapaba la colcha bajo su cuerpo, tenso y tembloroso.

—¡Claro que puedes, amor! Lo has hecho antes y volverás a hacerlo —dijo el rey, acariciándole el pelo. Pese a sus palabras, había una mueca de preocupación en su rostro—. ¿Es normal que esté ardiendo? —preguntó cuando le rozó la frente.

—¿Has visto el esfuerzo que está haciendo tu hoa uhane, mi rey? —dijo la comadrona—. Recuerdo que me hiciste la misma pregunta cuando nació el pequeño Cyrus.

Drashir se tranquilizó un poco. Esa comadrona era la mejor; estaban en buenas manos.

—Todo irá bien, Tatis —le susurró con dulzura a la reina.

Ella se limitó a asentir. Cualquier otro movimiento le habría sido imposible.

De pronto, Tatiana arqueó la espalda, presa de terribles convulsiones, y profirió un grito desgarrador.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —preguntó el rey, con las facciones desencajadas.

La comadrona no contestó enseguida. Su concentración era palpable en cada línea de su rostro. Penny tampoco sabía lo que sucedía.

—Parece que… el niño se ha transformado en barog ahí dentro —balbuceó, desconcertada.

Drashir se puso lívido.

—¡¿Cómo es posible?! —gritó el rey—. No sobreviviría al parto. Ninguno de los dos lo haría.

Penny se llevó la mano al pecho, consciente del momento tan delicado en el que se encontraban.

Tras unos segundos de agonía, el cuerpo de Tatiana volvió a relajarse y dejó de sacudirse.

—Todo está bien, parece que ha vuelto a su forma humana —dijo la comadrona, aliviada—. Pero debemos darnos prisa por si

acaso. Otro de esos espasmos nos complicaría mucho las cosas. Y si vuelve a transformarse en barog… —Dejó la frase en el aire.

Drashir y Penny asintieron.

—Empuja una última vez, Tatiana. Con todas tus fuerzas. Un empujón largo y sostenido.

La reina, a pesar de estar a punto de desmayarse, obedeció. Traería al mundo a ese niño testarudo y lo amaría con toda su alma, tal como amaba a cada uno de los anteriores.

En apenas unos segundos, la cabeza y los hombros estaban fuera, y la comadrona tiró de él con suavidad hasta sacarlo por completo. El llanto del bebé retumbó en el dormitorio, vibrante y poderoso, arrancando lágrimas de felicidad a sus padres. Penny también lloraba y reía de emoción mientras cortaba el cordón umbilical y la comadrona lo pinzaba.

—Con esos pulmones, va a ser un barog sano y fuerte —comentó la comadrona, contenta con el desenlace, mientras aplicaba las curas correspondientes a Tatiana y Penny envolvía al niño en una colcha pequeña y colorida.

Cuando estuvo listo, se lo entregó a su madre.

Tatiana y Drashir, pegado a ella, contemplaron a su nuevo hijo con adoración, con los ojos vidriosos y los corazones henchidos de felicidad.

El pequeño Daryos tenía todavía la carita un poco hinchada y enrojecida por el esfuerzo de nacer, y los ojos cerrados. Su pelo era oscuro y la piel dorada. Una preciosidad.

—Es tan bonito… —murmuró Tatiana, besándole la manita.

—Lo más hermoso de Nemea —dijo Penny, junto a la cama.

La estampa que tenía ante sus ojos era maravillosa. Por un instante fugaz, se preguntó si alguna vez ella formaría parte de algo así. En cuanto le vino Gushia a la mente, desechó la idea. Mientras ella pudiera evitarlo, jamás tendría hijos con ese barog que decía amarla con locura, pero demostraba todo lo contrario.

—Es un fortachón. Va a ser un magnífico príncipe de Nemea —dijo su padre con orgullo, alzando su voz grave.

Tatiana miró al rey con ternura.

Entonces, el pequeño abrió los ojos.

Tatiana contuvo la respiración, sintiendo como la angustia la aplastaba.

—¡Fíjate en sus ojos, Tatis! —exclamó el rey—. ¿No son los más originales de toda la aldea? Uno verde esmeralda, como los tuyos, y uno celeste luminoso como…

Penny alzó la vista y se encontró con la mirada suplicante de su amiga. Supo al instante que todo podía saltar por los aires. Contuvo la respiración, pensando con rapidez cualquier argumento que pudiera justificar esa tonalidad en uno de los ojos del pequeño príncipe.

Tatiana estaba haciendo exactamente lo mismo, pero no se le ocurría nada, así que se mantuvo en silencio, aguardando a que su mundo se desmoronara en cuestión de segundos.

—¡Como mi abuelo materno, eso es! —dijo Drashir—. El muy cabrón tenía los ojos más azules que se habían visto nunca. —Soltó una carcajada de júbilo—. Una pena que yo solo heredara una pequeña mota grisácea en un ojo.

Tatiana y Penny suspiraron, aliviadas.

La reina se dijo que había estado sufriendo todo ese tiempo para nada. Todo había salido bien… o casi. Porque, aunque el abuelo del rey tuviera los ojos azules; aunque ella se hubiera tomado aquel tónico que le dio Penny tras acostarse con Ux; y aunque al día siguiente se acostó con Drashir, su verdadero hoa uhane y el único con el que debería ser capaz de engendrar…, algo le decía que ese niño era hijo de Ux.

Su ojo azul radiante.

Su pelito negro como el ónice.

Y su propia intuición.

Que los dioses la perdonaran si ese era el caso. A todos los efectos, sin embargo, Daryos era hijo del rey: una verdad bendecida por Ooris y sellada para siempre con el silencio del anciano.

Así que soltó el aire que había estado reteniendo y se convenció de que el bebé era de Drashir y ella, fuera verdad o no.

Miró a su amiga y sonrió. Penny, convencida de que todo había acabado bien y de que no había ninguna posibilidad de que Ux fuera el padre, le devolvió la sonrisa. Ella no tenía ninguna duda de

que Daryos era del rey. La mota azul en su ojo y el ancestro de ojos azules lo confirmaban, así como también se lo habían asegurado en el templo. La reina podía estar tranquila. Su desliz no había traído consecuencias y su secreto estaba a salvo con ella.

—Trae, deja que coja a mi hijo —dijo el rey, deslizando las manos bajo el cuerpecito de Daryos y acercándolo a su pecho musculoso—. Hola, hijo mío. Vas a ser un gran barog, ya lo verás. Tenemos mucha suerte de tenerte, y tú eres muy afortunado porque has nacido en una familia llena de amor y respeto.

Los ojos de Tatiana se llenaron de lágrimas y empezaron a resbalar por sus mejillas. La primera vez que contemplaba a su rey sostener a cada uno de sus hijos era un momento muy especial para ella. La emoción le subía por la garganta y se sentía tan feliz que el sentimiento apenas le cabía dentro del cuerpo.

Mientras Drashir seguía hablándole a su hijo y haciéndole carantoñas, Penny le pasó un paño húmedo y fresco a su amiga por el rostro y el cuello. Cuando la comadrona acabó con ella, la cubrieron con la colcha hasta la cintura.

—Gracias —murmuró Tatiana.

El agotamiento empezaba a adormilarla, pero no quería perderse detalle de la escena que tenía ante sí.

—Vamos a verte enterito, Daryos —dijo Drashir con una sonrisa.

En ese momento, la puerta se abrió y el pequeño Cyrus entró, tambaleándose de la mano de su hermano Ceeris. Toruch y Ciench asomaron por la puerta y se quedaron ahí, sonrientes.

—¡Mirad qué hombrecito tenemos en la familia! —les dijo Drashir, orgulloso, mostrándoles a su hijo. Ellos lo felicitaron. Entonces, se sentó en el banco que habían puesto junto a la cama y le hizo una señal a Cyrus para que se acercara—. Veamos si tu hermanito tiene todos los deditos, C. ¿Me ayudas a contar?

El niño asintió, sin saber muy bien lo que tenía que hacer, pero fascinado con su hermano. Le tocó la barriguita y la barbilla, y le hizo sonreír. Él soltó una carcajada.

—Uno, dos, tres, cuatro cinco dedos en esta mano. Veamos la otra —dijo el rey, repitiendo el proceso. Después, comprobó los

deditos de los pies—. Sí, parece que todo está en orden. Y tiene el pene y los testículos bien gordotes, como todos los miembros de esta familia —dijo soltando una carcajada. Cyrus se rio también.

—No seas bruto, mi rey —murmuró Tatiana sonriendo.

—Hay que decir las cosas como son, mi reina —soltó y luego le guiñó un ojo a C, que lo miraba atentamente. El niño adoraba a su padre—. Ahora, hay que esperar a que se transforme.

—Aún es pronto —dijo la comadrona.

—Todos mis hijos cambiaron a barog poco después de nacer.

Tatiana puso los ojos en blanco.

—Por una vez, ten paciencia, mi rey.

Drashir y Cyrus miraron fijamente al bebé durante unos minutos mientras el príncipe los observaba con sus grandes ojos dispares. Y tal como había dicho el rey, su cuerpecito empezó a temblar, una cola preciosa, de pelaje suave y negro, emergió de pronto y, en cuestión de segundos, se completó el cambio.

Daryos parecía muy sorprendido con lo que acababa de pasar. En lugar de llorar asustado, esbozó una sonrisa que encandiló a su padre y a su hermano.

—¡Ah, lo sabía! ¿Te das cuenta, Tatis? Todos nuestros hijos son unos portentos.

—Eso seguro, con un padre como tú, no es para menos.

Drashir se hinchó de orgullo.

—Veamos esa cola fuerte, pequeño D.

El rey le dio la vuelta y lo colocó bocabajo con cuidado sobre sus poderosos muslos. Y en cuanto sus ojos se clavaron en la parte baja de la espalda de Daryos, supo que ese hijo en concreto iba a ser el más extraordinario de todos.

Con una emoción desbordante y el corazón retumbando como un tambor en su pecho, alzó los ojos oscuros llenos de lágrimas y orgullo hasta encontrarse con los de su amada.

En cuanto ella lo vio, se apoyó en los codos para incorporarse un poco.

—¿Qué sucede, Drashir?

—Tiene la marca, Tatis.

—¿La marca… de la espiral? —aventuró ella con una creciente angustia en el pecho.

Drashir asintió.

—Nuestro hijo es el barog de la profecía —soltó él, exultante. Era el mayor honor que existía en su especie.

El recuerdo fugaz de lo que decía la profecía desfiló por la mente de Tatiana. Se estremeció mientras el rey envolvía de nuevo a Daryos con la colcha, lo alzaba en brazos y se apresuraba hacia sus amigos, que seguían aguardando en el pasillo, para darles la buena nueva.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de la reina.

Venían tiempos convulsos.

9 TODO ESTÁ BIEN
SYLVIA

La aldea junto al lago esmeralda, Nemea, hace setenta años

Sentados a orillas del lago esmeralda, disfrutábamos de un pícnic delicioso, regado con ese licor de moras que Ciench y Toruch destilaban. Era el favorito de todos nosotros.

Elena, Marla, Susi y yo charlábamos sobre los nuevos vestidos que Susi había confeccionado. Estábamos muy emocionadas por probárnoslos. Un grupo de llitops pasó correteando no muy lejos, y a nuestros barogs no se les ocurrió nada mejor que empezar a tirarles moras.

Los frutos maduros impactaban en sus suaves pelajes, embadurnándolos por todas partes. En cierto modo, aquellos machos enormes y fieros, de varios siglos de edad, conservaban un espíritu joven y juguetón. Los más jóvenes eran Ciench y Toruch, que ya tenían más de un siglo y medio. Los demás superaban los tres. Y ahí estaban, soltando carcajadas mientras apostaban a ver quién acertaba a más llitops.

—¡Llevo quince! —exclamó Sonah.

—Claro, capullo, porque tú estás más cerca —le soltó Goria, que corría como un loco para alcanzarle.

—Estoy de acuerdo con él, hermanito. Lo tuyo son las trampas, tío —dijo Sulveh entre risas.

—¡Veinte! —gritó Toruch.

—No, ¡imposible! —exclamó Ciench, lanzando otra mora—. ¡Eh, Sonah, deja de bloquearme el tiro!

Mi barog se rio de ese modo abierto y escandaloso que lo llenaba todo. Sonah era divertido, sociable y un poco alocado. Se

llevaba bien con todo el mundo y era el primero en apuntarse a cualquier aventura. ¡Cuánto más arriesgada, más le entusiasmaba!

—¡Dieciséis! —gritó—. ¡Fíjate bien, cariño! ¡Voy a vencerlos! —dijo, girándose un momento a mirarme.

Puse los ojos en blanco.

—Tu barog es inagotable y un optimista nato —me dijo Susi, soltando una carcajada.

—Dímelo a mí —murmuré con una sonrisa.

Cuando regresaron, sudorosos y con los dedos pringosos de bayas, Sonah se acercó a mí, me agarró de la nuca y me plantó un beso en los labios.

—¡Estás hecho un asco! —exclamé entre risas—. Me has llenado el pelo de trozos de mora.

Lo aparté de un empujón y él se desternilló.

—No exageres, amor.

«Amor».

Ni una sola vez en todos esos siglos había escuchado esa palabra de sus labios sin estremecerme. Capté la mirada que me dirigió Sulveh. La apartó en cuanto nuestros ojos se encontraron, tan rápido como siempre. Tan deprisa que a menudo me preguntaba si realmente la había visto o solo era producto de mi imaginación.

Quería a Sonah. Era un barog amable, alegre y cálido que llenaba mi vida de color y sucesos excitantes. Con el tiempo, nos habíamos convertido en grandes amigos y confiábamos el uno en el otro a ciegas. Sin embargo, jamás le había amado como se suponía que debía hacerlo. No sentía cosquillas en el vientre ni fuegos artificiales, ni esa excitación que te devora desde dentro cuando estás con tu alma gemela.

Sabía fingir y me había acostumbrado a ello. Compartir la intimidad con él era agradable e, incluso, placentero. Él me lo daba todo y se esforzaba por complacerme y hacerme feliz. Yo le aseguraba que era el amor de mi vida y que todo era perfecto. En cierto modo, lo era, pero no del modo en que debería haberlo sido.

Porque yo seguía amando a su hermano, con un amor de esos que queman y arrasan. Un amor devastador del que no podía desprenderme por mucho que lo intentara.

Por el bien de todos, me esforzaba por no mostrar ni una pizca de esas emociones prohibidas. Pero no podía evitar que me doliera el estómago y se ensanchara la brecha sangrante de mi corazón cuando veía a Sulveh con Elena.

A veces me preguntaba si él, al igual que yo, llevaba todo ese tiempo fingiendo. Si, en realidad, no amaba a Elena, sino que seguía amándome a mí. Si solo se había resignado a un destino que nos habían robado a los dos y había aceptado el designio de los dioses, contra el que nada podíamos hacer.

Sabía que Elena estaba locamente enamorada de Sulveh y creía firmemente que era su hoa uhane. No tenía ninguna duda al respecto. Y cuando hablaba de él, se le iluminaban los ojos de tal manera que yo tenía que apretar la mandíbula para no llorar. No había ningún error ahí.

Y en cuanto a Sonah, ocurría lo mismo: estaba loco por mí. Era imposible que estuviera fingiendo; era incapaz de hacerlo ni conmigo ni con nadie. Él era… tal cual. Podías leer en sus hermosas facciones sus emociones como en un libro abierto. Me amaba con locura.

Entonces, ¿qué narices había ocurrido conmigo? ¿Por qué ellos parecían completamente felices y yo me ahogaba en un amor no correspondido?

Cierto que, en alguna ocasión, Elena me había confesado que a veces Sulveh parecía ausente, perdido en sus pensamientos, y que, aunque era un cielo con ella, no solía mostrar tanto entusiasmo como Sonah conmigo, Ciench con Susi o Goria con Marla.

Toruch era un tema aparte… Era el único que no se había unido a nadie en la última cacería ni parecía tener demasiadas intenciones de hacerlo. Era un tipo encantador y peculiar, que amaba su libertad por encima de todo.

Entre esas confesiones de Elena y las miradas furtivas de Sulveh, me aferraba todavía a la esperanza, aunque se desvanecía cada día un poquito.

Y yo empezaba a resignarme.

Sonah no tenía ningún fallo. Era maravilloso, y yo rezaba a los dioses cada noche por que, al amanecer, le amara tanto como a

Sulveh. ¿Por qué no era capaz de entregarle mi corazón con la misma intensidad? Cualquiera de las descendientes hubiera sido plenamente feliz a su lado y se habría convertido en su hoa uhane. Cualquiera, menos yo.

Porque mi corazón pertenecía a su hermano.

Sulveh era sereno, amable y algo reservado. Le costaba más manifestar su alegría y emoción; pero, cuando lo hacía, sus ojos resplandecían de un modo tan hermoso que me dejaba sin respiración. Al igual que Sonah, era cálido y dispuesto siempre a ayudar a todo el mundo. Era valiente, aventurero y salvaje, aunque más prudente que su hermano. Tenía una capacidad de análisis de cualquier situación superior a los demás y era el pegamento del grupo, el que intermediaba cuando había una discusión acalorada y quien enderezaba cualquier cosa que se torciera entre sus amigos.

Y yo no podía olvidarle.

Jamás habíamos hablado de lo que había sucedido en la cacería. Nunca comprendí por qué eligió a Elena en lugar de a mí, cuando fue él quien me llevó a Nemea y me profesó su amor en la Tierra. Sus besos como humano, antes de atravesar el portal, habían sido sinceros y cargados de sentimiento. Me dijo que no podía esperar a unirse conmigo, que eso lo haría el barog más feliz del mundo.

Todo eso se desvaneció aquel día terrible en la selva.

En alguna ocasión a lo largo de los años, se había acercado a mí con palabras ambiguas, como si tanteara el terreno para sacar el tema. Pero yo no podría soportar una excusa o que me pidiera perdón. Prefería seguir suspirando por él e imaginando que todavía me amaba secretamente, aunque jamás desde la cacería me hubiera insinuado nada al respecto.

Además, éramos buenos amigos. Como hermano de mi barog, pasábamos mucho tiempo las dos parejas juntas. Sonah y Sulveh se adoraban, así que no había forma de alejarme de él o perderlo un poco de vista. Era imposible que la herida de mi corazón sanara.

Tras el pícnic a orillas del lago, nos desplazamos a nuestra casa para continuar con la fiesta. Se acomodaron todos en los

cojines y los bancos de la sala de estar, mientras Marla me ayudaba con las bebidas. Habíamos ingerido ya demasiado licor, pero nadie parecía dispuesto a renunciar a unos vasos más.

Cuando le tendí el suyo a Sulveh, sentado entre Elena y su hermano, nuestros dedos se rozaron. De inmediato, alzó la vista y nuestras miradas se encontraron. Por algún motivo, tardamos más de lo habitual en apartarlas. Quizá solo fuese por el licor que corría por nuestras venas.

La segunda vez que me levanté a buscar otra jarra a la despensa, él se ofreció a ayudarme y me siguió en silencio hasta ahí.

—¿Eres feliz, Sylvia? —me soltó de pronto, situado a mi espalda mientras yo cogía la jarra.

Cuando me di la vuelta, la mota de oro brillaba más que nunca en medio del bronce.

No contesté. Así que él insistió:

—¿Eres feliz con mi hermano?

Y ahí estaba la pregunta más complicada de responder.

—Sonah es un barog magnífico. Me ha dado una buena vida.

—No es eso lo que te he preguntado —dijo con la voz un poco ronca y temblorosa.

Suspiró. Levantó una mano y sus dedos me rozaron la mejilla. Después, cogió otra jarra, como si mantener las manos ocupadas fuera lo único capaz de evitar que me tocara.

—¿Y qué me estás preguntando exactamente, Sulveh? —lo desafié con un nudo en la garganta.

—¿No has pensado alguna vez cómo serían las cosas si… si yo hubiera llegado antes que él?

¿Me estaba hablando de la cacería?

—Tú llegaste a mi vida antes que él. Y me trajiste a Nemea.

«Y luego elegiste a otra y te olvidaste de mí», pensé con el corazón en un puño. Pero jamás tendría el valor de decírselo. No quería recriminarle nada, eso solo empeoraría las cosas y me haría sentir fatal.

Hizo una mueca de dolor.

—Lo sé. Me refiero a la cacería.

Negué con la cabeza.

—Elegiste a Elena, Sulveh. Los dioses trazaron nuestros destinos.

—Eso no fue lo que…

Sonah irrumpió en la despensa.

—Si tardáis más en traer el licor, vamos a tener una revolución en casa —dijo con una carcajada.

Me acarició el trasero y me cogió la jarra de las manos.

—Como sigamos bebiendo, van a acabar quedándose todos a dormir en nuestro salón —dije.

Soltó otra carcajada y salió de la despensa. Yo me apresuré tras él, pero Sulveh me agarró de la muñeca.

—Sylvia…

—Oye, todo está bien, ¿de acuerdo? Me hiciste algunas promesas que no cumpliste. No pasa nada. Lo comprendo. Tú amas a Elena y yo a Sonah.

Se llevó una mano al pecho, sobre el corazón.

—Me gustaría hablar de eso contigo.

—Mira, no necesito disculpas ni excusas. Tú y yo somos cuñados y buenos amigos, eso es… suficiente.

—¿Lo es para ti? —preguntó alzando las cejas y abriendo mucho los ojos.

—Como te he dicho, todo está bien. ¿Vamos?

Me solté, le di una palmadita en el brazo y le sonreí, aunque las ganas de llorar ganaban terreno. Pero no iba a derramar ni una lágrima. Me negaba a que se diera cuenta de que seguía patéticamente enamorada de él después de todo ese tiempo, mientras que él había pasado página y amaba a su pareja.

Salí de la despensa con el corazón galopando en mi pecho.

Él tardó un poco en aparecer y, cuando lo hizo, no me miró. Se mantuvo distante conmigo durante unos días, y después todo volvió a la normalidad entre nosotros.

Y yo seguí amándole.

10 ESTAMOS JODIDOS
CALLIE

—¿*Nashies*, en serio? —dijo Daryos mientras movía la pierna nerviosamente. El pobre estaba bastante pálido.

—No lo sabemos a ciencia cierta, hermano —dijo Cyrus por enésima vez, con una paciencia que le honraba. Yo habría enviado a la mierda a mi amorcito hacía rato.

—Tú escuchaste a Sulveh igual que yo —insistió.

—Que crea que tuviste una premonición, D, no significa que realmente la tuvieras.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué coño fue eso?

—Estamos sometidos a mucha presión, D. La guerra se nos echa encima.

—No me jodas, C, me conoces bien. A mí no me tumba ni una estampida de rinos. Puedo estar preocupado por la guerra, como tú y todos, pero yo no sucumbo al miedo ni a los nervios.

—Lo sé, hermano. Solo digo que… quizás simplemente te desmayaste —repitió el rey.

—¡Y una mierda! Sulveh no ha dudado.

—Pero tampoco ha asegurado que sea así.

—Es un guardián del templo, C. Veamos, de todos nosotros, ¿quién demonios va a saber de esa clase de cosas mejor que él? Seguro que, estando cerca de los ancianos, ha visto un montón de situaciones extrañas.

—Admite que tu hermano tiene razón, Cyrus. Si no, ¿qué otra explicación encuentras a lo que le ha sucedido? —intervine.

Me había quedado muy preocupada cuando Lansh apareció en el claro de la selva, me contó lo que había sucedido y me pidió que acudiera corriendo al palacio.

—No digo que no la tenga. Es solo que me cuesta comprender lo que os está ocurriendo con eso de la marca.

—¿Y a nosotros no? Mira, de pronto averigüé que podía comunicarme con los *llitops*, y ahora Daryos parece que puede ver el futuro.

—Tampoco te pases, amor —dijo mi barog, con una sonrisa estúpida en la boca.

—Eso, tú sigue sin creer que la marca sirva para algo. Quizá cuando una de esas *nashies* te arranque una mano empieces a tomártelo en serio.

—¿Te das cuenta, C? Mi *hoa uhane* siempre me dice unas cosas tan bonitas…

Puse los ojos en blanco.

—Callie tiene razón. Lo comprendamos o no, esas bolas peludas se comunican con ella de algún modo a través de la marca. Y si a ella le ocurre, ¿por qué no pensar que también pueda manifestarse algo en ti, Daryos? —dijo Tina con esa mirada oscura y penetrante que nos dejaba a todos clavados en el sitio. La tía había nacido para gobernar y lo estaba disfrutando.

—Tienes razón, mi reina, pero no es fácil de asimilar —dijo Cyrus.

—Pues mejor que os pongáis las pilas y lo asimiléis pronto, porque si esas *nashies* vienen realmente hacia aquí… —comencé.

Daryos acabó la frase por mí:

—Estamos bien jodidos.

Nos quedamos los cuatro en silencio, mirándonos.

—Habladnos de esos animales. ¿Por qué les tenéis tanto miedo? Hemos lidiado con pulpos y les hemos vencido —dijo Tina.

—Por los pelos, mi reina. ¿O acaso has olvidado la maravillosa experiencia de los pantanos?

—¡Vivís entre leones y panteras, por todos los dioses!

El rey y el príncipe intercambiaron una mirada que no me hizo ni pizca de gracia.

Tina resopló. Se levantó, salió de la sala y regresó al cabo de unos segundos con una jarra llena de licor y cuatro vasos de

madera. Los sirvió uno a uno mientras la observábamos en silencio. Cyrus esperó a que volviera a sentarse para empezar a hablar:

—Las *nashies* son como las hienas carroñeras de la Tierra, solo que mucho más grandes.

—¿Cómo de grandes? —pregunté, no muy segura de querer oír la respuesta.

—Casi como los felinos —dijo Daryos.

—Mierda —murmuré.

—Son traicioneras, astutas y sanguinarias. Comen restos de animales muertos, así que no necesitan cazar. Sin embargo, les encanta matar por placer y despedazar a sus víctimas. Son muy sádicas —continuó Cyrus.

Tragué saliva.

—¿Un león puede vencer a una *nashie*? —preguntó Tina.

—Enzo podría con cualquiera de ellas. El problema es que son muchas… y nunca atacan solas. Se lanzan en grupo a por su presa, la acorralan y la despedazan. Eso lo dificulta, aunque un león, una pantera o un barog podría incluso vencer a un grupo de ellas si tiene suerte y no lo muerden nada más empezar —explicó Daryos.

—Un solo mordisco de sus fauces podría atontarte o incluso dejarte fuera de combate —añadió Cyrus.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque su boca transmite infecciones casi inmediatas que se meten en la sangre y te debilitan. Son los animales más peligrosos de Nemea. —Las palabras de mi barog me dejaron helada.

—¿Por qué accederían las *nashies* a luchar para Ux? —preguntó Tina.

—No lo sé, pero una guerra les proporcionaría todo aquello con lo que se deleitan: sangre, vísceras y sufrimiento.

—¿Qué más puede ofrecerles Ux? —quise saber. La cosa se ponía cada vez más fea.

Recé para que nunca tuviera que encontrarme cara a cara con uno de esos monstruos.

—Cadáveres para darse un festín hasta hartarse; esa es su mejor baza. Tal vez, también el permiso para deambular por zonas

más cercanas a la aldea, que ahora les están vedadas —dijo Daryos —. ¿Tú qué opinas, C?

—Que Ux tiene que estar muy desesperado para acudir a las *nashies*. Sabe tan bien como nosotros que son imprevisibles y traicioneras. Podrían girársele en contra antes incluso de llegar aquí. Además, si quiere que las descendientes sobrevivan a la guerra, no puede lanzar a las *nashies* libremente sobre la aldea. Tendría que pensar en alguna manera de controlarlas o refrenarlas, y no se me ocurre ninguna —dijo el rey.

Nos quedamos pensativos.

—Puede que solo viera a las *nashies* porque es una posibilidad, pero que aún no se haya cerrado ningún trato entre Ux y ellas.

—Pongámonos en el peor escenario: supongamos que realmente tuviste una premonición y que sí que se van a aliar con los hermanos perdidos. ¿Cómo luchamos contra ellas? —pregunté.

Daryos y Cyrus se miraron.

—Ninguno de nosotros ha luchado contra las *nashies*, tan solo hemos oído viejas leyendas, todas terribles. Pero hay un guardián, el más antiguo de todos, que tuvo que enfrentarse a ellas en una ocasión hace siglos. O eso es lo que dicen las habladurías —explicó el rey.

—Entonces, hablemos con Sulveh y que nos traiga a ese guardián ahora mismo —soltó Tina con contundencia.

Todos asentimos.



—Fue hace casi diez siglos —empezó Thauren, el guardián más antiguo del templo. No aparentaba más de cuarenta años—. Tenían a un trío de líderes más ambicioso que los anteriores, y vagaban a su antojo por la selva. Atacaban a *aninfs*, rinos, linces…, principalmente por diversión, y casi siempre se salían con la suya.

—¿Y a barogs? —preguntó Cyrus.

—Solo un par de veces. Son astutas y saben que con nosotros tienen las de perder, a menos que pillen a uno solo y desprevenido. Pero sus artimañas estaban menguando la población de rinos y algunos otros animales. No podíamos permitirlo. Cada vez se envalentonaban más, así que el rey decidió cortarlo de raíz.

—¿Cómo lo hicisteis? —preguntó Daryos.

—Las esperamos en una zona por la que solían merodear y causar problemas. Las atrajimos con un cebo y, cuando se acercaron, poseídas por su sed de sangre y carroña, las despedazamos.

—¿Qué armas usasteis?

—Las lanzas. Empalamos a todas las que avanzaban al frente y las demás se dispersaron. Hicimos una formación de barogs, sólida e inquebrantable, agachados y ocultos en la vegetación. Cuando se lanzaron sobre nosotros, les clavamos las lanzas en el cuello, el pecho o el abdomen. Las masacramos, y ya no volvieron a molestarnos.

—¿Hubo heridos en vuestras filas? —preguntó Tina.

—Unos cuantos sufrieron mordiscos. Uno murió de la infección, los demás lograron sobrevivir gracias a los cuidados de nuestro sanador de entonces, un antepasado de Xioh —explicó.

Todos asentimos.

—La fórmula se transmite de sanador a sanador. Hablaré con Xioh para que confeccione reservas por si las necesitásemos —se ofreció Sulveh.

—Me parece bien. Dile que Emilia y Penny le ayuden. Si necesita a alguien más, que escoja un grupo de descendientes y les dé indicaciones de cómo prepararla —ordenó el rey.

Sulveh asintió.

Era buena idea. Los guerreros debían entrenarse y construir empalizadas y armas, pero las mujeres podían marcar la diferencia en esta guerra ayudando en cosas así. A buen seguro, agradecerían colaborar, fuese en lo que fuese. Yo misma me ofrecería a Xioh por si me necesitaba, aunque algo me decía que era mejor que siguiera entrenando. Solo por si acaso.

De pronto, me vino a la cabeza una pregunta obvia.

—¿Qué usasteis como cebo?

Thauren clavó sus ojos casi amarillos en los míos.

—*Llitops.*

—¡¿Qué?! —se me revolvió el estómago.

—Se coge a cuatro o cinco, se les hace un corte para que sangren y se les mete en una jaula en un claro en la selva —explicó.

—Eso no va a ser posible —dije negando con la cabeza, medio mareada.

Daryos intentó cogerme la mano, pero yo me aparté.

—He visto muchos *llitops* correteando cerca de la aldea, incluso dentro. No creo que tengamos ningún problema en capturar a unos pocos.

Me levanté de golpe, volcando mi vaso de licor a medio terminar, y apoyé las manos en la mesa.

—Mira, Thauren, seguro que eres un guardián muy experimentado y todo eso, y que lo que propones funcionaría. Pero nadie en esta aldea va a hacerle daño a uno de mis *llitops*. ¡Nadie! Y eso va por vosotros también —dije alzando una mano y señalando uno a uno a todos los presentes.

Thauren y Sulveh me observaron como si estuviera loca. Al menos mantuvieron el pico cerrado y se limitaron a mirar al rey y al príncipe, aguardando a que intervinieran.

—Amor, siéntate, ¿quieres? Nadie les va a hacer daño a tus amiguitos —dijo Daryos.

Le lancé una mirada furibunda. No estaba para tonterías.

—No estoy bromeando, amorcito. ¿Quieres quedarte sin el polvo del mediodía, el de la tarde y, ya puestos, el de la noche?

Negó enérgicamente.

—La sangre de *llitop* es un manjar para las *nashies*. Las excita tanto que pierden la cabeza y se lanzan en su busca. Es lo único que nos dará la ventaja necesaria para vencerlas —insistió el guardián—. ¿En serio son amigos tuyos? Jamás había escuchado nada igual.

—Pues sí. Un grupo de *llitops* serraron los barrotes de nuestra celda en los pantanos y nos liberaron. Desde entonces, pululan por aquí cerca y los considero mis amigos —expliqué de carrerilla.

Daryos tiró de mi brazo y al fin logró que me sentara. Me colocó una mano en la parte baja de la espalda, intentando transmitirme calma. A mí lo que me apetecía era arrearle una buena hostia.

—¿Hay algún modo de tenderles una trampa sin usar *llitops*? —preguntó Cyrus, que ya se estaba hartando de mí.

La paciencia no era precisamente una de las virtudes del rey y conmigo la perdía con bastante facilidad.

—Nada tan efectivo.

Mierda. Me estaba poniendo de los nervios.

—Callie —dijo el rey, clavando sus ojos en los míos—. Si las *nashies* entran en la aldea, nos harán picadillo.

—Ni siquiera sabemos si Ux ha pensado en reclutarlas, Cyrus.

—Tu barog pronunció esa palabra. Si nos pides que te creamos cuando afirmas que te comunicas con los *llitops*, me parece justo pedirte que creas al menos en la posibilidad de que Daryos haya tenido una premonición, ¿no?

«Ahí me ha pillado».

—Tienes razón, pero no vamos a desangrar a uno de nuestros aliados para ofrecérselo a esas bestias inmundas.

Tina dio un golpe en la mesa para llamar nuestra atención.

—Veamos, Thauren, ¿sería suficiente con unas gotas de sangre para atraerlas? ¿Podríamos hacerlo sin que peligrara su vida?

—Podríamos intentarlo, aunque tendríamos que impregnar una buena zona con su aroma.

—Callie —empezó Tina, mirándome fijamente. Cuando se ponía tan seria, acojonaba un poco, sobre todo ahora que tenía como mascota a la líder de las panteras—, tal vez podrías comunicarte con Naranjito de algún modo y explicárselo.

—¿Naranjito? —preguntó el guardián. Sulveh le hizo un gesto para que se callara.

—Podría intentarlo, pero no es que podamos mantener una larga conversación. Es más bien algo como… ¿prefieres esto o aquello?

—Inténtalo. Tienes que hacerle entender que necesitamos a cuatro o cinco de los suyos; que necesitamos su ayuda. Que les

haremos una pequeña herida y los encerraremos en la jaula, pero que no los abandonaremos a su suerte.

Resoplé.

—Si esas bestias llegan hasta aquí, nuestras probabilidades de vencer bajarán en picado. Tendremos que luchar contra ellas, los híbridos de barog y aninf, y quién sabe qué otras aberraciones. Tenemos que detener a las *nashies* y aniquilarlas —insistió mi amiga. Debía admitir que su discurso era convincente.

Todos me observaban.

Lo que me pedían era imposible… o casi. Pero no era estúpida: sabía bien lo que nos estábamos jugando. Era muy consciente de lo que Ux era capaz de hacer y lo que ocurriría si él ganaba la guerra.

No podía permitirlo.

—De acuerdo. Hablaré con Naranjito. Si finalmente Ux trae a las *nashies*, estaremos preparados.

—Gracias, Callie —dijo Cyrus.

Los guardianes se marcharon y el rey y el príncipe siguieron debatiendo todas las posibilidades. Tina y yo aportamos las ideas que se nos ocurrieron, y acabamos comiendo los cuatro juntos ahí mismo.

Y cuando al fin salimos de la morada de los reyes y el sol de mediodía me calentó el rostro, supe que todos y cada uno de nosotros íbamos a tener que poner de nuestra parte para vencer esa guerra.

Solo esperaba que el precio a pagar no fuera demasiado caro.

11 LAS NASHIES

Las cuevas subterráneas, la selva, Nemea, en la actualidad
Ux

Ux pensó que el olor denso y almizclero de las madrigueras de las *aninfs* era una broma, comparado con aquello. El hedor que emanaba de las profundidades de las cuevas de las *nashies* era algo difícil de soportar. El olor a tripas y sangre fresca de los tres rinos que llevaban a cuestas era una bendición, pues enmascaraba la peste a carroña y podredumbre.

Los túneles subterráneos que habitaban las *nashies* se extendían como un laberinto a lo largo de kilómetros bajo la superficie de la selva. Ux y los diez hermanos perdidos que había elegido para acompañarle a esas catacumbas avanzaban despacio tras su guía, una *nashie* inmensa del color del trigo. Al animal le faltaba un ojo y una cicatriz espantosa le cruzaba la cara sobre el párpado. El otro ojo era negro como el carbón.

Uno no podía aventurarse en esas cuevas sin un guía, salvo que quisiera perderse para siempre y no volver a ver jamás la luz del sol. Además, la entrada estaba fuertemente guardada por tres de ellas, que impedían que nadie fuera tan necio e imprudente como para entrar ahí sin permiso. Las otras dos cerraban la retaguardia.

Las enormes hienas de Nemea solían moverse siempre en manadas numerosas, que se subdividían en pequeños grupos de tres, que acostumbraban a permanecer y atacar juntas. Y tres eran también sus líderes, las más jóvenes y fuertes y, por lo general, también las más malvadas.

Ux jamás se había enfrentado a ellas y apenas las había tratado, más allá de alguna disputa esporádica por los restos de

alguna cacería, que en ningún caso había tenido consecuencias mayores. Así que no tenía ni idea de si funcionaría su plan.

Para empezar, había enviado a una partida de inferiores a cazar a esos tres rinos, puesto que no podían entrar ahí con las manos vacías. Esas bestias carroñeras siempre apreciaban una buena pieza tierna y sangrante. Después, les propondría un acuerdo: un festín asegurado como jamás se lo habían dado, a cambio de su ayuda.

Esperaba que eso fuera suficiente.

Sabía que las *nashies* no eran animales de fiar y que no había garantías de que cumplieran con su parte, pero debía intentarlo. Esos monstruos, lanzados sobre la aldea nada más comenzar la batalla, causarían estragos en las líneas enemigas y en sus defensas. Les allanarían el camino y entretendrían a los leones y las panteras del rey, dejando a la aldea mucho más expuesta.

No tenía ni idea de si los guardianes del templo continuaban buscando a Ooris como unos desesperados por toda la selva, siguiendo los señuelos que ellos habían plantado, o si habían regresado al templo. Tampoco si Cyrus había enviado ya a alguien allí para pedirles ayuda. En cualquier caso, lo más prudente era suponer que el rey contaría con los guardianes para la batalla. Había hecho todo lo posible para que no fuera así, pero los guardianes no eran tontos, así que pronto se darían cuenta de que no había sido más que una treta para alejarlos lo máximo posible.

La clave era cuánto se demorarían en llegar a la aldea.

Ux había matado a tres de sus ancianos, así que la necesidad y el deber de buscar al cuarto los empujaría a intentarlo hasta perder la esperanza por completo. Tal vez, con un poco de suerte, no llegarían a tiempo para la guerra.

Por si lo hacían, ahí estaban ellos: a punto de llegar al corazón de uno de los lugares más peligrosos del planeta. Puede que no fuese la mejor idea del mundo, pero no tenía demasiadas alternativas.

Tras cuatro o cinco recodos más, el hedor se intensificó de tal modo que tuvo que taparse la nariz y la boca con un pedazo de tela que llevaba en el zurrón.

El resto de sus fuerzas se había quedado en un claro a un par de kilómetros de la entrada a los túneles. Había dejado a Ooris con ellos, al cargo de dos de sus barogs más fieles. No muy lejos de allí, se encontraban las *aninfs* que los habían seguido. La mayoría de estas avanzarían hacia la aldea con su líder, Ausinca, tan pronto como Ux les mandara un emisario para avisarlas de que empezaban a moverse.

—Ya no debe de faltar mucho, ¿verdad, jefe? —murmuró Lorish una vez más.

Su segundo al mando llevaba protestando todo el camino. A veces se preguntaba por qué demonios no lo destituía y nombraba en su lugar a uno menos quejica. Pero su amigo era un perro fiel y un gran guerrero. Uno de los mejores que tenía. Llevaban ya mucho tiempo juntos.

—¿He estado yo alguna vez aquí dentro, Lorish?

—No, jefe, pero…

—Pues no tengo ni puta idea.

—Es que este hedor me está matando.

—A ti y a todos. ¿Podrías parar de quejarte?

—No te cabrees, Ux.

Este gruñó. Los necesitaba a todos alertas, no protestando, aunque imaginaba que era la manera que tenían de desahogarse un poco.

La hiena tuerta se giró a mirarle. Clavó su único ojo negro en su rostro y soltó un ruido parecido a una risa aguda y espeluznante. Entonces, hizo un gesto con la cabeza para indicarles que habían llegado.

Ante ellos se abría una amplia cámara circular iluminada por los rayos del sol, que se colaban por las numerosas grietas de la roca. Un par de docenas de *nashies* estaban dispuestas en círculo, pegadas a la pared. Al fondo, en una tarima de piedra elevada de un modo natural, se encontraban las tres *nashies* que lideraban la manada.

El pelaje de todas ellas era claro, manchado de sangre seca y restos, y los ojos, como dos bolas de ónice.

A una señal de Ux, los barogs que transportaban los cadáveres de los rinos se adelantaron a los demás y los depositaron en el centro de la caverna, a los pies de las tres líderes. Después, retrocedieron hasta sus posiciones y Ux dio un paso al frente, clavando la mirada en la del medio.

Realmente, impresionaban. Tenían una cierta expresión de locura en sus miradas oscuras.

Ux echó un vistazo a su alrededor. Había montañas de huesos de animales por todas partes y restos de vísceras amontonados en un rincón. Incluso a él le costaba no dar media vuelta y salir corriendo de ahí. Era imposible prever cómo acabaría ese encuentro. Quizás había sido demasiado optimista.

—Barog —dijo una de las líderes, en un tono tan agudo y chirriante que se asemejaba a un silbido.

Cuando aún vivía en la aldea, había escuchado viejas historias de que las *nashies* eran seres bastante astutos, capaces de formular algunas palabras. Pues bien, parecía que eran ciertas. Sus escasos encuentros anteriores con ellas habían sido breves y carentes de comunicación.

Ux caminó varios pasos en su dirección y se detuvo, inmóvil, sin hacer ningún gesto brusco que pudiera cabrearlas. Si percibían que eran una amenaza, atacarían sin pensárselo. Cuando la del centro le hizo una indicación con la cabeza, comenzó a hablar:

—Está a punto de estallar una nueva guerra entre barogs. El rey y toda la aldea, contra mí y mis hermanos perdidos. Te pido que las *nashies* luchéis a mi lado.

Un coro de esas risas estridentes y siniestras se elevó en la cámara.

Las tres líderes avanzaron unos pasos y se detuvieron al borde de la plataforma.

—Perdiste, Ux —chirrió una de ellas.

Él avanzó un poco más, hasta colocarse justo bajo uno de los rayos de sol que se colaban en la gruta. Dejó que la calidez bañara su cuerpo. La cicatriz en forma de espiral de su pectoral relució, amenazante. La de la cara, que le atravesaba desde la ceja hasta el pómulo, se estiró cuando dibujó una sonrisa siniestra.

—No volverá a ocurrir. Me estoy asegurando de ello —dijo con voz cavernosa y sin dejar de sonreír—. Tengo a mis guerreros barogs, a los inferiores y a todas las *aninfs* de las madrigueras.

Dejó que sus palabras calaran en las hienas.

—¿*Aninfs*?

—Todas, bajo la promesa de su líder. Sellé un trato con Ausinca.

Se le revolvió el estómago cuando recordó lo que tuvo que hacer para conseguirlo.

Los ojos color miel de Penny acudieron a su mente justo después. Una especie de calma lo invadió de inmediato. Sacudió la cabeza para alejar esa imagen de su mente. Ahora no era el momento de dejarse llevar por sentimientos absurdos.

—Traes regalo. ¿Más?

Cuando se giró para señalar los tres rinos desparramados sobre el suelo, las cuentas blancas y negras de sus collares tintinearon.

—Os he traído una ofrenda como muestra de respeto y buena voluntad. Los hemos cazado apenas media hora antes de entrar en vuestra morada. —Ux hizo una pausa deliberada mientras las *nashies* miraban los rinos, salivando—. Me preguntas si habrá más regalos. Bien, yo te prometo que habrá muchos más. Leones, panteras, barogs… Podréis devorar libremente a vivos y muertos. Cualquiera de esa aldea será para vosotros, excepto las humanas… y el príncipe. A esos no podréis tocarlos.

Las tres líderes lo miraron con suspicacia.

—¿El príncipe Daryos?

Ux asintió.

—Tengo un asunto pendiente con él. El príncipe será mío. El resto de los machos… me importan bien poco.

Otro coro de chirridos le hizo apretar los dientes. Le dolían los tímpanos.

—¿Después guerra?

Lorish contenía el aliento a su espalda.

—Pactaremos nuevos límites para vosotras. Os permitiremos entrar en zonas que ahora tenéis prohibidas.

Las tres *nashies* se apartaron al fondo para deliberar.

—Jefe, ¿crees que aceptarán? —preguntó Lorish en un susurro.

—Shh, cierra el pico. Lo descubriremos enseguida.

Esperaron segundos, minutos…, hasta que una de las líderes bajó de un salto de la plataforma y se plantó frente a él, a tan solo un par de pasos de distancia. El morro de aquella criatura estaba a la altura de su rostro. Cuando volvió a hablar, su aliento fétido casi le hace retroceder. Pero resistió, tal como lo había resistido todo en la vida.

—¡Nosotras solo acuerdo con fuertes! —chilló aquel ser.

—¿Estás poniendo en duda mi fortaleza? —Un brillo afilado cruzó la mirada celeste de Ux. Las motas de ónice danzaron en sus iris, multiplicándose y extendiéndose.

—Pelea y gana. Sella trato —dijo la hiena, acercándose tanto que su hocico casi rozó su nariz.

Sabía que las *nashies* eran grandes, pero esa era gigantesca. Aun así, no tenía miedo. Lucharía con cualquiera por la sola posibilidad de subir al trono de Nemea.

—Que así sea —soltó con contundencia.

Todas las *nashies* de la cueva chillaron y rieron de ese modo espeluznante. Unas pocas se acercaron a los rinos tendidos y los arrastraron con los dientes para despejar la parte central de la gruta. La líder regresó a la plataforma de un salto e impartió varias instrucciones a base de chillidos, que ningún barog comprendió.

Permanecían todos quietos, expectantes.

Un aullido punzante retumbó en la piedra.

Desde la oscuridad de la abertura que había en la pared del fondo, tras la plataforma, resonaron más aullidos… hasta que emergió una *nashie* inmensa de pelo erizado y fauces más grandes que las de cualquier otra. El brillo de locura en sus ojos negros era superior al de todas sus congéneres. Movía la cabeza y la cola de un modo espasmódico, como si la rabia la consumiera.

Ux inspiró hondo.

—Quizás esto no sea buena idea, jefe —dijo Lorish en voz baja.

—¿Tienes otra mejor?

—Esa hiena me da mala espina. ¿Has visto lo enorme que es? Y esa espuma blanquecina que saca por la boca…

—No me estás sirviendo de gran ayuda, amigo mío.

—Si te muerde, estás muerto, Ux. No hará falta que te despedace, la infección te matará.

—Si queremos que luchen para nosotros, tengo que pelear.

—¿Queremos realmente? No lo veo claro. ¿Por qué no designas a otro para luchar?

—¿Quieres hacerlo tú? —dijo curvando las comisuras de los labios.

—Si me lo pidieras, lo haría. Lo sabes bien. Pero no tengo ningunas ganas de morir hoy.

—Tranquilo, amigo. No haré que otro cumpla con mi deber. Y tú y yo sabemos que soy el único que tiene alguna posibilidad contra esa cosa.

—Jefe, vamos a pensarlo un momento, ¿de acuerdo?

—No es solo por el trato, Lorish. ¿Acaso no has aprendido nada? Desde el instante en que hemos pisado estos túneles, la única forma de salir vivos de aquí es demostrando nuestra valía. No solo peleo por que nos ayuden, sino para que no nos exterminen.

Lorish tragó saliva.

Aquel monstruo siguió avanzando hasta situarse en el centro mismo de la cámara. Los gritos de las hienas eran ensordecedores. La lucha y la sangre las excitaba. Bien, era justo lo que necesitaban para ganar la guerra contra el rey de Nemea.

El hijo de su amada Tatiana era su gran enemigo ahora. Había que reconocer que el destino era un hijo de puta y a veces te obligaba a tomar caminos terribles y muy tristes. Porque, en realidad, Cyrus no tenía la culpa de los errores de sus padres y, aun así, iba a pagar por ellos.

Como él tampoco tenía la culpa de que, entre todos, le hubieran convertido en el enemigo de la aldea que era ahora. Los ancianos, Drashir… Todos sus amigos le habían dado la espalda. Pues bien, había llegado su momento de la venganza. La primera guerra había sido tan solo un aperitivo de la que estaba por venir.

En esta ocasión, no fallaría.

Clavó su mirada celeste en el rostro preocupado de Lorish.

—Si muero, quiero que encuentres al príncipe y le cuentes la verdad sobre sus padres y sobre mí —le dijo.

—No vas a morir. Tú mismo se lo contarás.

—Lo sé. Aun así, júramelo, amigo mío.

Lorish lo hizo sin rechistar. Haría cualquier cosa por su jefe. Él no era nada hasta que confió en él y lo nombró su segundo al mando.

Ux avanzó hasta colocarse frente a la bestia que echaba espuma por la boca y rezumaba odio por los ojos.

No conocía a Daryos, así que ni siquiera podía evocar una imagen de su hijo. El hijo que le habían arrebatado, como tantas otras cosas. La traición de Tatiana había ido mucho más lejos de lo que él jamás habría imaginado. Ni siquiera Yolk le habló nunca de ello. O bien la reina se lo ocultó hábilmente, o bien compró su silencio. Ambas cosas eran posibles.

Un hijo entre humana y barog, fruto del amor. Eso reafirmaba lo que él siempre había creído: que Tatiana era su *hoa uhane*, no la de Drashir.

Sabía que Daryos era un barog valiente, honorable e íntegro. Uno de buen corazón y amado por todos.

Ux también había tenido buen corazón mucho tiempo atrás.

«Yo te contaré la verdad, hijo. Entonces, tendrás que elegir entre tu medio hermano y yo».

—¡Pelea! —gritaron al unísono las tres líderes.

Y el monstruo saltó sobre él.

12 ¿ESTÁS BIEN?
CALLIE

Daryos estaba un poco apagado.

—Debo ir a revisar las líneas de vigilancia y reforzar los turnos. Después tendré que supervisar la construcción de la empalizada; debería estar levantada por completo al anochecer.

—Espera, vamos un momento a casa —dije, cogiéndole de la mano y tirando de él hacia nuestro hogar.

—¿Estás bien? —preguntó, escrutándome con sus ojos dispares. Uno brilló como una esmeralda puesta al sol y el otro como un zafiro atravesado por un rayo.

—Sí, solo preocupada.

Tiró de mí y me pegó a su cuerpo. Sus manos subieron hasta mi rostro y me acunaron la cara.

—No sufras, amor, ganaremos la guerra y acabaremos con Ux, te lo prometo. —Me dio un suave beso en los labios.

—No es eso, Daryos.

—¿Los *llitops*?

Varios barogs cruzaron por nuestro lado, así que lo agarré del brazo y reemprendí la marcha hacia casa. Enzo apareció de algún rincón y nos siguió.

—Son muchas cosas. Quiero que hablemos unos minutos, ¿te parece bien?

—Lo que tú quieras, amor —dijo con expresión angustiada.

Cuando al fin entramos en nuestra sala de estar, él hizo ademán de dirigirse a los cojines desperdigados por el suelo; yo me senté en uno de los taburetes de madera de la mesa de comer. Torció el gesto, pero me imitó.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—¿Te apetece un poco de zumo? —me ofreció.

—Sí, gracias, amorcito.

Me sonrió y se dirigió a la despensa. Tras servir un gran vaso de zumo de piña y plátano para cada uno, se sentó frente a mí de nuevo. Estiré las manos sobre la mesa y agarré las suyas.

—Cuéntame otra vez lo que ha ocurrido.

Suspiró.

—Cyrus y yo ya os hemos explicado todo lo que hemos acordado en la asamblea y…

—No, eso no. Quiero que me cuentes lo de la premonición.

Suspiró de nuevo.

—No hay mucho más que contar, amor. La marca ha empezado a picarme y a quemarme la piel, la visión se me ha vuelto borrosa y he perdido el conocimiento. Me he desplomado en el suelo de golpe. Al abrir los ojos, tenía encima el careto de mi hermano, muy preocupado.

—¿Y mientras estabas inconsciente?

—He visto una imagen de una *nashie* en una gruta. Creo que había más detrás de ella.

—¿Qué estaba haciendo el animal?

—¡Y yo qué sé, Callie! Solo ha sido una imagen.

—Esfuérzate un poco, hombre —dije apretándole los dedos.

—Pues… me estaba mirando fijamente con sus ojos negros.

—¿Algo más?

Reflexionó un instante.

—Tuve la sensación de que estaba hablando con alguien.

—¿Las *nashies* hablan?

«¡Primera noticia!».

—Algo, muy poco. Menos que las *aninfs*. Puede que alguna palabra o dos sueltas, mezcladas con chillidos. O eso es lo que siempre han contado de ellas.

Ese planeta cada vez me alucinaba más.

—Quizás lo que viste estaba ocurriendo de verdad. Tal vez Ux estuviera allí.

—No lo sé, amor. Lo único seguro es que, mientras me encontraba en el suelo, las nombré en voz alta.

Nos quedamos pensativos.

—¿Estás bien?

—No me gustan este tipo de cosas inexplicables. Soy un barog, Callie, un ser primitivo y muy salvaje —se rio—. No me da ningún miedo luchar contra hermanos perdidos, pulpos, *nashies* o quién sea. Soy intrépido y valiente, un guerrero. Pero estar en medio de situaciones que no comprendo me pone nervioso.

«Por supuesto, porque cruzar un portal a otro planeta, transformarse entre humano y barog, bañarse en un lago sagrado, formar parte de una profecía… es la mar de normal», pensé. Me mordí la lengua para no mencionar nada de eso. El pobre lo estaba pasando mal.

—Te dije que la marca de nacimiento serviría para algo, Daryos. Y tener premoniciones no es nada malo.

—¿En serio crees que eso es posible? —Se estremeció.

—No debes tener miedo.

Clavó sus ojos en los míos de inmediato.

—Yo no tengo miedo —se apresuró a aclarar—. Lo único que me causa terror es que pueda pasarte algo a ti, a mi hermano o a mis amigos. O que ese cabrón de Ux gane la guerra.

—Ya me entiendes. Creo que, si los dioses te han concedido ese don, es por algo. Esa premonición que has tenido…

—Si es que era una premonición.

Puse los ojos en blanco.

—Si lo es, va a sernos de mucha ayuda. Podemos prepararnos para la llegada de esas hienas mutantes y nos proporciona ventaja sobre Ux. Si no, esas bestias nos habrían pillado desprevenidos.

—No sabemos si Ux ha pensado siquiera en arriesgarse a pactar con las *nashies*. Aunque fuese así y las trajera hasta aquí, no creas que va a ser fácil acabar con ellas.

—Les tenderemos una trampa, lo lograremos.

El suspiro profundo que soltó me erizó la piel.

—No es tan sencillo, Callie. Si las hienas aparecen, cualquier cosa es posible. Las atraeremos hacia la trampa y empalaremos a las de las primeras filas, pero no son estúpidas. Las demás puede que den media vuelta y se larguen, o que decidan arremeter contra la

aldea desde otro punto. Hemos de estar preparados para cualquier cosa.

—Los dioses me otorgaron la capacidad de comunicarme con los *llitops* y eso nos salvó de los pantanos. Ahora, te han obsequiado con una premonición que puede salvar la vida de muchos. Y no tenemos ni idea de qué otros poderes desarrollaremos.

—¿Otra vez con eso de los superpoderes, amor? —dijo con media sonrisa y un brillo burlón en los ojos.

—Tú ríete si quieres. Pero, si los dioses nos están dando dones para defendernos, significa que están de nuestra parte.

—Puede que tengas razón, amor, aunque no sabemos si a Ux también le están brindando apoyo. No tenemos ni idea de nada.

—Te lo digo yo, Daryos: los dioses del manantial quieren que ganemos. Los dioses a veces son vengativos y caprichosos, y actúan en su propio beneficio, pero no son tontos. Apuesto a que saben que, si Ux vence, destruirá el culto hacia ellos y hará lo que le venga en gana. Será el fin de las viejas tradiciones, el respeto al templo y los ancianos y, en definitiva, de la especie barog como la conocemos.

—Eso es verdad. Ha matado a tres ancianos y se ha llevado a Ooris. No tiene ningún respeto por los dioses ni por nuestros guías espirituales.

—Te lo he dicho: los dioses están de nuestro lado. Así que agradezcamos todo lo que nos ofrezcan.

—¿Crees que tendré más premoniciones de esas? Sinceramente, preferiría que no.

—No lo sé. Pero si las tuvieras, las aprovecharíamos.

—¡Qué sabia eres, amor!

Se llevó mi mano a los labios y me besó los dedos uno por uno.

—Deberíamos irnos. Hay mucho trabajo por hacer —dije levantándome.

Él se apresuró hacia mí y me rodeó la cintura con sus brazos musculosos. Sentía los latidos atronadores de su corazón contra mi piel.

—Espera, amor…

—Si vas a pedirme que follemos ahora, ya te adelanto que no estoy de humor.

Torció el gesto y me abrazó con más fuerza.

—¿En serio crees que solo me importa eso? —parecía ofendido.

—Perdona, no debí decir eso.

—Lo que quiero es saber cómo estás tú. Hemos hablado de mí todo el rato, pero ¿qué hay de lo que tienes que hacer con Naranjito?

Bajé la vista y resoplé.

—Lo haré, Daryos, hablaré con él. Es solo que… me entran náuseas con solo pensarlo.

—Sé que lo harás, no es eso lo que me preocupa. Solo quiero que sepas que aquí me tienes para lo que necesites, ¿de acuerdo? Puedo acompañarte a hablar con él y pensar juntos en una manera de hacerlo.

—No es solo por lo de la herida para que su sangre atraiga a esos monstruos. Es que… ¿Y si las *nashies* consiguen llegar hasta la jaula? A nadie va a importarle un puñado de *llitops* cuando la guerra estalle.

Deslizó dos dedos bajo mi barbilla y me alzó el rostro para que volviera a mirarle.

—A mí me importan tus *llitops*, Callie. Te prometo que los protegeremos.

Le creí. Sus ojos transmitían una sinceridad rotunda.

Inclinó el rostro, tan apuesto y masculino que se me hinchaba el pecho de amor, y me besó. Un beso lento y profundo, cargado de tanto sentimiento que me cerró la garganta y me llenó los ojos de lágrimas.

—Saldremos de esta, amor mío —me dijo con la voz ronca.

—Que los dioses te oigan.

Tras unos cuantos besos más que me calentaron la sangre y otras partes del cuerpo, al fin nos separamos.

—Entonces, no hay polvo, ¿verdad? —preguntó alzando una ceja.

—Eres incorregible —contesté entre risas, dándole un manotazo.

—Voy a ver cómo va esa empalizada antes de que mi hermano ordene que me empalen a mí con cualquiera de las lanzas recién afiladas.

—Y yo voy a entrenar un poco con las chicas, antes de que Lansh decida salir corriendo y lanzarse por el Acantilado de la Muerte Abismal para acabar con su sufrimiento.

Soltamos varias carcajadas y seguimos bromeando hasta que, ya en la plaza, cada uno siguió su camino. Mientras se alejaba, fui testigo de cómo varios de esos leones recién llegados a la aldea lo seguían con la mirada y se acercaban a él, avanzando despacio y manteniéndose a cierta distancia. ¿De dónde demonios venían todos esos leones?

Cuando me adentré en la selva, un grupito de *llitops* estaba saltando al lado de un arbusto para alcanzar las bayas más maduras y jugosas.

Pronto tendría que pensar en una manera de explicarle la situación a Naranjito… y conseguir que aceptara ayudarme.

13 A MUERTE

Las cuevas subterráneas de las nashies, la selva, Nemea, en la actualidad
Ux

El sudor le corría por la espalda y el pecho, y jadeaba. Llevaba la última media hora saltando, girando, golpeando… y aquella bestia no parecía perder ni una sola chispa de su fuerza. Debía pensar en algo para poner fin a la pelea, antes de que el agotamiento lo hiciera fallar. Antes de que fuera demasiado lento.

Esquivó sus fauces por un par de centímetros y cayó al suelo. Cuando la *nashie* volvió a arremeter contra él, rodó sobre la superficie de piedra y huyó de sus colmillos afilados. La boca de aquel ser tenía varias hileras de dientes amarillos y nauseabundos, que le desgarrarían la carne de arriba abajo con solo rozarlo.

Lorish y algunos de los otros barogs gritaban desde la banda del improvisado ring para ayudarlo. Pero no había nadie que pudiera echarle una mano.

Estaba solo contra ese demonio.

Se había destrozado las palmas de las manos y las piernas con algunas de las caídas contra las rocas afiladas que recubrían el suelo de la gruta. Por algo las *nashies* tenían las pezuñas más duras del reino animal de Nemea.

—¡Jefe! —lo advirtió Lorish.

Retrocedió de un salto con el tiempo justo para esquivar un zarpazo que iba directo a su estómago. La cola de aquel monstruo, sin embargo, consiguió llegar hasta él. Le barrió los pies y lo lanzó de espaldas. En un segundo, la tenía encima. Ladeó el rostro y aquella baba blanquecina le manchó la mejilla.

—Vamos, dioses, ¡no me jodáis ahora! No he llegado tan lejos para morir devorado por este bicho hediondo —murmuró para sí.

La hiena sobre él soltó una carcajada estridente que le hizo sangrar el oído. La empujó con todas sus fuerzas y logró apartarla lo justo para rodar fuera de su alcance. Se puso en pie de un salto, se giró en redondo y, cuando ella se abalanzaba de nuevo sobre él, le asestó un golpe de garras en el pecho. Las hundió hasta el fondo y las extrajo de un tirón, lo más deprisa que pudo, retrocediendo enseguida para alejarse de la trayectoria de su hocico enfurecido.

Apenas había podido alcanzarla con un zarpazo dos o tres veces; acercarse demasiado habría sido un error. Y los colmillos no le servían para nada en esa contienda: si mordía a la *nashie*, su carne podrida lo envenenaría.

Sus opciones eran limitadas.

Paseó la mirada por toda la cámara. Nunca tenía miedo, pero una ligera pátina de pánico se dejaba traslucir bajo su determinación. Si aquel duelo infernal se prolongaba, la hiena lo alcanzaría tarde o temprano.

Y una herida de esa cosa sería letal para él.

Mientras su contrincante se pavoneaba, pensó con rapidez en todas las posibilidades. Él era Ux, el barog más astuto del planeta, el mejor sanador que habría visto su mundo si no se hubiera desviado, el barog que había soportado humillaciones y traiciones y, aun así, había resurgido de sus cenizas.

E iba a derrotar a esa hiena pestilente.

De pronto, todo encajó en su mente. Sabía lo que debía hacer.

Atrajo a la hiena con provocaciones hasta que la tuvo exactamente donde quería: a un par de metros de la plataforma. Las tres líderes se afilaban las garras con las que le rajarían el vientre para darse un festín con sus tripas.

Entonces, fue retrocediendo sin apartar la mirada de los ojos de esa aberración, oscuros como pozos enloquecidos. Esperó y esperó, hasta que la hiena se abalanzó sobre él con las fauces abiertas.

Ux no perdió ni un segundo. Corrió el trecho que lo separaba de la plataforma, saltó sobre ella y se impulsó hacia arriba. Su melena azabache ondeó en el aire corrompido de la cueva durante un instante antes de caer sobre el lomo de la bestia.

Cerró los brazos musculosos alrededor de su cuello como un cepo de hierro y apretó. Cuando la hiena empezó a revolverse como si estuviese poseída, propinando dentelladas a diestro y siniestro, Ux lanzó la cola hacia sus patas, la enroscó en ellas y tiró con todas sus fuerzas. Era ahora o nunca.

La hiena cayó de lado y Ux con ella. El golpe hizo crujir los cimientos de la gruta, amenazando con derrumbarla, y todos los huesos del jefe, que aulló de dolor. Aun así, no la soltó.

Sus barogs perdidos comenzaron a aplaudir y a rugir.

—¡A por ella, jefe! —gritó Lorish.

—¡Ya la tienes! —exclamó otro.

La hiena trataba de morderle los brazos, pero Ux los apretaba bien alrededor del cuello fornido del animal, así que no había forma de que llegara hasta él. Se retorció hasta que quedó tendida de espaldas sobre el torso de Ux y este sobre la piedra. Los cantos le desgarraban la piel de la espalda, pero no aflojó su agarre ni un milímetro. Esa era la única oportunidad que tendría. Si el monstruo se soltaba, estaría perdido.

Pensó en alzar una mano y clavarle las garras en el vientre, pero se arriesgaba a que consiguiera soltarse.

Tiró con la cola un poco más, tensándola al máximo, e inmovilizó por completo las patas del animal. Después, le rodeó el cuerpo con las piernas, y enlazó los talones frente a su vientre para que no pudiera liberarse.

La hiena resoplaba, chillaba, se removía presa de espasmos espantosos y escupía espuma en todas direcciones. Con cada sacudida, se abrían nuevas heridas en la espalda de Ux. La sangre manaba de ellas, caliente y pegajosa. Pero él seguía agarrado sin ceder.

Pensó en todo lo que quería conseguir, en lo que los dioses le debían, en los placeres que alcanzaría cuando se erigiera rey de su especie. Sin embargo, todo eso palideció de pronto bajo lo que, muy

a su pesar, más deseaba en esos momentos tan cercanos a una posible muerte: volver a ver a Penny.

La hiena empezó a boquear, luchando por llenarse los pulmones de aire. Los brazos de acero del barog le oprimían la garganta, impidiendo que entrara una sola gota de oxígeno. Aumentó un poco más la presión y la tráquea crujió.

Y en cuestión de segundos, la *nashie* dejó de patalear. Ux había vencido.

Con un esfuerzo titánico, apartó a un lado el cuerpo inerte de su oponente y se levantó. Se dobló hacia delante y apoyó las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento. Las palmas también estaban ensangrentadas. Se irguió y, mientras sus amigos se unían a él y lo vitoreaban, comprobó si tenía algún mordisco o arañazo, por pequeño que fuera.

Nada. Todas las heridas habían sido causadas por las piedras, afiladas como cuchillos. Lorish tendría que suturarle alguna, eso era todo.

Alzó el rostro hacia las tres líderes, que se paseaban de punta a punta de la plataforma, inquietas. Se acercó hasta que sus piernas chocaron con la piedra. El ónice de su mirada conquistaba al azul.

Una de ellas se detuvo y sus ojos se encontraron. Nadie podría decidir cuáles eran más feroces, si los de la hiena… o los del barog.

—Trato, barog. *Nashies* a guerra.

Él inclinó levemente la cabeza en señal de agradecimiento, en medio del clamor que se alzaba en la gruta. Levantó una mano de garras ensangrentadas y la colocó sobre su marca de la espiral, encima del corazón.

Puede que Ux se hubiera perdido mucho tiempo atrás, pero seguía siendo un barog.

Y dio gracias a unos dioses en los que ya apenas creía… por haberle ayudado.

14 ¿NOS AYUDARÁS?
CALLIE

Era ya bien entrada la tarde cuando pusimos fin al entrenamiento y regresamos a la aldea. Estábamos todas cansadas pero contentas con los avances. Emi no había aparecido, pues seguía practicando con Xioh. ¡Bien por ella! Aunque no quería ni pensar en las heridas que tendría que tratar, saber que el sanador contaría con ayuda era un alivio.

Enfilé hacia mi casa, pero una idea me rondaba la cabeza desde hacía rato. Así que, tras pasar un momento para asearme, salí de nuevo, con Enzo pisándome los talones. Daryos todavía no había regresado y me había enviado a su león para que no me perdiera de vista. ¡Malditos barogs territoriales y sobreprotectores!

Llamé a la puerta de casa de Xerx y Jenny y esperé pacientemente. Con haber sorprendido una vez a Lorna y Toruch en plena faena, tenía más que suficiente. No es que los barogs fueran un pueblo especialmente respetuoso con la intimidad y la privacidad de los demás, puesto que entraban y salían de las casas de sus amigos cuando les venía en gana, pero yo prefería no llevarme más sorpresitas.

—Hola, Callie. ¿Todo bien? —me saludó Xerx—. Pasa, Jenny está en el cuarto de baño.

—En realidad, vengo a verte a ti.

Abrió mucho los ojos, como si fuera algo tan extraño que yo quisiera hablar con él. A ver, ese barog de cabello con reflejos rojizos y yo no habíamos empezado con muy bien pie. Pero de eso hacía ya bastante tiempo… y parecía mucho más. Ahora, nos respetábamos y apreciábamos. Era el mejor amigo de Daryos y el barog de mi estudiante favorita. ¿Cómo no iba a quererle?

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Tienes papel y lápiz? —dije alzando una ceja—. Consígueme un poco de eso y sentémonos. Tengo que pedirte un favor.

Asintió.

Una hora después, Jenny, él y yo estábamos sentados en los taburetes de la pequeña mesa de comer, observando los dibujos que Xerx había hecho en varias hojas de papiro. Le había pedido que los hiciera para mí, y él había sido un verdadero artista. Ese barog era un tipo listo.

Entendía perfectamente por qué a Jenny le gustaba: encajaban a la perfección. Inteligentes, reservados, reflexivos… A veces me entraban ganas de sacudirlos para que fueran un poco más impulsivos, pero llevaban un rollo muy bonito entre ellos. Apostaba a que, cuando estaban solos, no eran tan tímidos como nos pretendían hacer creer a todos. ¡Formaban una pareja preciosa!

—¿Estás segura de que van a entender todo esto, Callie? —preguntó Xerx, rascándose el mentón.

Se había esforzado al máximo en cada trazo.

—No tengo ni idea, pero tiene que funcionar. No se me ocurre nada mejor. Usaré gestos, frases cortas y tus dibujos. Recemos para que Naranjito sea tan listo como creo, porque si no…

Nos quedamos en silencio durante unos segundos.

Los tres sabíamos lo importante que era tender una trampa a las *nashies* para quitarlas de en medio y evitar que llegasen hasta el corazón de la aldea. La pura verdad era que ninguno estaba seguro de nada. Se me erizaba la piel con solo pensar en esos monstruos de los que Thauren había hablado. Debía recordarme a mí misma que nosotros teníamos barogs, leones y panteras.

—Los *llitops* os sacaron de esa celda, Callie. Estoy convencida de que te ayudarán —dijo Jenny, poniéndome una mano en el antebrazo.

Hasta que ella me tocó, no me había dado cuenta de que yo temblaba. Aquello no me gustaba un pelo. Si Naranjito pensaba que le estaba traicionando, se me partiría el corazón. No permitiría que le ocurriera nada ni a él ni a ninguno de los suyos, y Daryos me había

prometido que los protegería. Pero, siendo sinceros, ¿cuántas probabilidades había de que salieran ilesos frente a una jauría de hienas rabiosas y hambrientas?

Me sacudí un escalofrío de encima.

Esa guerra iba a ser un infierno para todos.

«Por favor, dioses, no permitáis que Ux y sus hordas monstruosas nos venzan, os lo suplico».

—Eso espero, Jenny. Estoy nerviosa y no me gusta lo que tengo que hacer.

—Todo irá bien, Callie. Ganaremos esta guerra, ya lo verás. Tendremos que hacer algunos sacrificios, pero, al final, venceremos a esos malnacidos.

Suspiré.

—Eso es lo que más me preocupa: lo que tendremos que sacrificar. Quién saldrá herido; quién… morirá. Cuál será el precio que pagaremos.

Nos quedamos en silencio de nuevo. Entonces, Xerx me puso su manaza en el otro antebrazo y con la otra cogió la de su *hoa uhane*. Nos quedamos así durante unos segundos, nuestras pieles en contacto, nuestros ojos clavados en los dibujos ante nosotros.

—Nos aseguraremos de que todos salgamos de la batalla sanos y salvo —dijo Xerx con determinación, alzando la vista—. Ese hijo de puta de Ux tiene los días contados.

Sonreí.

—Así me gusta, barog. Que hables con convencimiento.

Él soltó una carcajada suave. La mirada de Jenny le recorrió el rostro, con tanto amor y ternura que me estremecí. Me alegraba muchísimo por ella. Por ambos.

Xerx enrolló las hojas de papiro y me las entregó.

—Llévate también el carboncillo por si necesitas añadir algo.

—Mis habilidades artísticas nunca han sido mi punto fuerte —dije guiñándoles un ojo, pero lo cogí de todos modos.

Nos levantamos y caminamos hacia la puerta.

—¿Vas a hacerlo ahora, Callie? —preguntó Jenny.

Asentí.

—Cuanto antes, mejor. No me quedaré tranquila hasta que haya hablado con Naranjito.

—¿Quieres que te acompañemos?

—Daryos vendrá conmigo. Y tal vez le pida a Tina que venga también.

Jenny alzó una ceja.

—¿Estás segura? Tina es maravillosa, pero no sé si los asustará más que otra cosa.

Resoplé.

—Lo sé. Pero Daryos es un derroche de sonrisas y amabilidad; yo estoy como un flan y me preocupan demasiado los *llitops*; y Tina aportará el punto de gravedad a la situación. Al fin y al cabo, es la reina de Nemea. Si los *llitops* no aceptan por las buenas… —dije, encogiéndome de hombros.

—… ella podría obligarlos —terminó Xerx por mí, comprendiendo—. Mejor ella que Cyrus.

Esbocé media sonrisa.

—Tenemos un rey maravilloso, pero no es un derroche de paciencia y dulzura.

—Veo que ya nos conoces bien a todos —dijo Xerx, devolviéndome la sonrisa.

No me pasó por alto la mano que había colocado con suavidad en la espalda de Jenny. Ella lo miraba con adoración con sus hermosos ojos azules. Los de él brillaron en naranja. Ese barog no solo era muy apuesto y listo, también era especial. Como mi querida Jenny.

Durante un instante, la imagen de la antigua Jenny, la joven estudiante de Ciencias de Columbia, la alumna tímida, dulce e inteligente, acudió a mi mente, con sus vaqueros de tiro bajo y su suéter azul cielo. Caminando por los pasillos de la facultad, ensimismada en sus pensamientos.

Todavía quedaba mucho de esa antigua mujer en la que tenía ante mis ojos, solo que ahora había bastante más: valor, resiliencia, fuerza. Ninguna de nosotras éramos las mismas.

Jamás volveríamos a serlo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me las arreglé para contenerlas mientras me despedía.

—Hala, os dejo tranquilos. Ya podéis hacer… lo que sea que tuvieras planeado —solté, guiñándoles un ojo.

Jenny se sonrojó un poco. Xerx rio entre dientes.

Salí de su casa y, antes de regresar a la mía, pasé por el palacio para recoger a Tina. Al rey no le hizo ninguna gracia que me llevara de paseo a su reina. Por lo que pude ver, estaban a punto de darse un bañito muy placentero. Esos barogs calentorros…

Cuando le expliqué lo que iba a hacer, dejó de protestar, le plantó un beso de película a la reina y la despidió con una mirada oscura tan larga e intensa que no me cupo duda de lo que le esperaba a mi amiga en cuanto volviera.

Incluso al borde de una guerra cruenta y decisiva para el destino de su especie, los barogs no perdían el apetito por sus mujeres. Bueno, más que apetito era hambre voraz.

Solté varias risillas mientras Tina y yo salíamos del palacio, rumbo a mi casa.

Bazzeila se unió a Enzo y nos cubrieron las espaldas, soltando algún gruñido de vez en cuando. Aquel par de felinos magníficos, que habían llegado a odiarse como enemigos acérrimos, se llevaban de nuevo de maravilla. Caminaban muy pegados, con el pelaje brillante como el ónice rozándose. De vez en cuando se miraban mientras proferían sonidos que ni la reina ni yo comprendíamos.

Al llegar a casa, Daryos estaba en la entrada hablando con Lansh y Xioh.

—Al fin llegas, amor. Me tenías preocupado —dijo rodeándome la cintura con un brazo y atrayéndome hacia su cuerpo.

Puse los ojos en blanco.

—Estaba en casa de Xerx y Jenny.

—¿Y eso? —preguntó alzando ambas cejas.

—Necesitaba su ayuda con algo.

Miró a Tina y luego a mí de nuevo.

—¿Qué estáis tramando?

—Vamos a hablar con Naranjito.

—¿Ahora? Yo tenía otros planes para nosotros… —ronroneó con los ojos brillantes.

—No me mires con esa cara de bobo que tenemos trabajo.

Lansh soltó una carcajada.

—¿Todavía no te has cansado de tu amorcito? —comentó en tono burlón.

—Parece que no. Algo tendrá para que no pueda despegarme de él —dije, dándome unos golpecitos en la barbilla como si dudara.

Daryos me pellizcó el trasero. Yo le di un manotazo.

Xioh y Lansh se rieron.

—Bueno, nosotros nos retiramos a descansar un poco. Os dejamos con vuestros retorcidos planes —dijo el sanador, frotándose los ojos. Parecía cansado.

—Eso, que nosotros también tenemos los nuestros —dijo Lansh, plantándole un beso en la mejilla a su novio.

—Deseadnos suerte. Espero que Naranjito no se cabree conmigo y venga a arrancarme todos los dedos mientras duermo —dije.

—Cada vez que lo llamas así, me entran unas ganas de desternillarme —dijo Lansh. Le lancé una mirada de advertencia.

—Suerte, Callie. Ese *llitop* te adora; seguro que todo irá bien —me animó el sanador. Agarró del brazo a su novio rubiales y empezó a tirar de él en dirección a su casa.

—¿Y yo no puedo acompañaros?

—Necesitamos que acceda a nuestro plan, no que salga despavorido, huyendo hacia la selva, Lansh.

—¡Ni que yo fuera un ogro! ¿En serio vas a llevarte a Tina en lugar de a mí? Sin ofender, mi reina.

—Haría falta mucho más que eso para ofenderme, Lansh —soltó ella, agitando una mano para quitarle importancia.

—¿Lo ves, Callie? Nuestra reina es fría como un témpano. Los *llitops* se sentirían más cómodos conmigo.

—Claro, seguro que han olvidado todas las veces en que les has lanzado bayas a la cabeza.

Él soltó una carcajada y, finalmente, desaparecieron.

—Vamos —dije a Tina y Daryos—. Acabemos con esto.

Ambos me siguieron hacia la primera línea de la selva sin rechistar.



Tina estaba sentada a mi lado, Daryos al otro. Naranjito se encontraba frente a mí, flanqueado por dos *llitops* lilas monísimos que no paraban de pasear la mirada de los dibujos hacia mi cara y de nuevo de vuelta al papel. Naranjito llevaba unos segundos con sus enormes ojos marrones clavados en los míos, sin pestañear siquiera. La cosa no estaba yendo demasiado bien, así que volví a empezar.

—Las *nashies*, feas y malas, vienen hacia aquí —dije señalando el dibujo que Xerx había hecho. Les había puesto unas fauces afiladas y terribles que habían paralizado a los *llitops* nada más les habían echado el primer vistazo—. ¿Lo entiendes?

La marca de la espiral en mi espalda hormigueó una vez. Uno era para sí, dos para no. Eso si realmente nos estábamos entendiendo y no haciendo el gilipollas como tenía la sensación.

—¿Crees que se están enterando de lo que dices? —preguntó Daryos en un susurro.

—Cuando han visto a la *nashie*, se han puesto a temblar —soltó Tina—. Tontos no son.

—Ya, pero…

—Shh. Callaos, ¿queréis? —Estaba empezando a arrepentirme de haberlos traído conmigo, aunque tuvieran razón. Volví a concentrarme en Naranjito—. Las *nashies* se acercan —repetí, moviendo dos dedos como si caminara, avanzando por el dibujo hasta la aldea—. Llegarán pronto y tenemos que impedirlo.

La marca vibró de nuevo.

—Bien, parece que eso lo ha entendido —murmuré.

—¿Lo sientes en la espiral? —preguntó Daryos.

—Sí, cada vez. Voy a avanzar un poco más. —Puse los dedos sobre el dibujo de un *llitop* con un cortecito en una pata, que sangraba un poco.

Xerx había pintado unas pocas gotas de sangre con la suya propia, pinchándose un dedo con la punta de su cuchillo. Así le conferíamos más realismo a su obra de arte. Esperaba que eso no espoleara a mi amiguito a largarse de ahí, corriendo hacia la selva sin mirar atrás.

—Las *nashies* comen *llitops* y les gustan mucho. Si les tendemos una trampa, podremos atraparlas y matarlas.

Deslicé los dedos desde el dibujo del animalillo hasta el de la jaula, que contenía a dos *llitops* más. Xerx había puesto un caminito de sangre entre ambos.

Seguí señalando detalles hasta que le conté todo el plan completo. Lo repetí tres veces, despacio, punto por punto, y esperé para darle tiempo para comprender. Naranjito siguió el movimiento de mis dedos con la mirada cada una de las veces.

Estaba siendo incluso más difícil de lo que esperaba. Si no funcionaba, juro que me pondría a llorar. Y si funcionaba, pues también. Porque atrapar a unos cuantos *llitops* indefensos en una jaula y esperar a que llegaran las hienas gigantes era una pesadilla.

No pude evitar recordar aquella otra jaula atestada de *llitops* en el asentamiento de los pantanos. Me estremecí.

—Callie, quizá esto es demasiado complejo para ellos —dijo Tina.

—Es inútil, amor. No lo entiende —dijo Daryos en un tono tierno y comprensivo. A mí me entraron ganas de partirle la cara.

—Inútil o no, tiene que funcionar por narices. Así que dejad ya de ser tan negativos y ayudadme un poco, joder. Para eso estáis aquí.

Sentí como se intercambiaban una mirada, pero pasé de ellos y lo repetí una última vez, de la manera más sencilla posible y señalando de nuevo los magníficos dibujos de Xerx.

—*Nashies* vienen; barogs pondrán trampa con *llitops*; *nashies* atacarán; y barogs matarán *nashies*. ¿Comprendes? —insistí, mirando a Naranjito a los ojos.

—¿Te crees que estás utilizando una tabla ouija? —susurró Tina.

Resoplé. Tenía razón: esto era casi tan difícil como comunicarse con los supuestos espíritus del más allá.

Esperé durante unos segundos, conteniendo el aliento. Entonces, la marca me hormigueó al fin, una sola vez. Fue una vibración prolongada, que me hizo arder la piel.

Naranjito se acercó hasta mí, dando algunos saltitos, y se pegó a mi rodilla. Su pelaje suave me hizo cosquillas. Nuestros ojos se engancharon de un modo, no sé, místico. Y entonces, la espiral volvió a hormiguear en mi espalda. Los otros dos *llitops* se me acercaron también y apoyaron la cabeza en mi regazo.

Me quedé muy quieta hasta que, al cabo de unos segundos, se retiraron. Los dos de color lila se apresuraron sobre sus dos patitas hasta perderse tras un arbusto. Naranjito me lanzó una última mirada, parpadeó una sola vez y se alejó también.

—Lo han entendido, ¿verdad? —preguntó Tina.

—Eso creo. Supongo que lo veremos cuando llegue el momento de la verdad.

—Los *llitops* te adoran, Callie. Se han convertido en nuestros aliados gracias a ti —dijo mi amiga. No había ni una pizca de burla en su voz.

—Esperemos que no tengan que sufrir demasiado durante la guerra. No me lo perdonaría nunca —dije apesadumbrada.

Daryos me puso la mano en la mejilla y me obligó a mirarle.

—Oye, si nos ayudan, es porque así lo han decidido. No son tontos y puede que sepan que, si Ux gana, todo el planeta se verá afectado, no solo nosotros. Si se está aliando con *nashies* o incluso con *aninfs*, los principales depredadores de los *llitops*, no creo que a estos les convenga que él suba al trono. Así que nos ayudarán no solo porque te adoran, sino por el bien de su propia especie.

Asentí.

Quería creer con todas mis fuerzas que yo no era el único motivo que tenían para arriesgar sus vidas en esta batalla.

Nos levantamos y regresamos a la aldea. Dejamos a Tina en la plaza, donde la esperaba una Bazzeila muy alerta, y Enzo nos

siguió de vuelta a casa.

Una vez dentro, dejé los dibujos a buen recaudo y pasé por el cuarto de baño. Daryos lo hizo poco después y, una vez limpios, nos sentamos a la mesa y compartimos un bol de fruta, unos panecillos y algo de potaje de rino que Marla nos había dejado en la cocina. ¡Esa mujer guisaba de maravilla!

—Lo has hecho muy bien con Naranjito, Callie. Tienes que estar muy orgullosa —me dijo, sirviéndome un poco más de zumo.

—Pues yo me siento como una mierda.

—Esa trampa va a salvar muchas vidas, ya lo verás.

—Eso espero. Estoy un poco asustada, Daryos. Por todo.

Se levantó de un salto, corrió a mi lado y se arrodilló en el suelo junto a mí.

—Todos lo estamos, pero te prometo que saldrá bien. Cyrus y yo no permitiremos que Ux nos derrote. Ni hablar.

Le acaricié la mejilla y dejé la mano ahí, sintiendo el calor que emanaba de su piel. Él entornó los ojos.

—Si algo te ocurriera, Daryos… —dije con un hilo de voz.

Abrió los ojos de golpe y me abrazó.

—No va a ocurrirme nada ni a ti tampoco. Ni a ninguno de nuestros amigos, te lo prometo.

—No puedes prometerme algo así porque no sabes lo que sucederá.

—Puedo prometerte lo que quiera. Somos los mejores guerreros barogs que han existido nunca, amor, y vamos a por todas —dijo, dedicándome una sonrisa arrogante.

Le agarré de la barbilla y lo obligué a mirarme.

—Escúchame bien, barog. Tú no le conoces, yo sí.

Sus ojos brillaron como gemas preciosas.

—Callie…

—Ux es muy astuto, Daryos, más que la mayoría. Lleva siglos de experiencia y de odio acumulados. Ha tenido un espía en la aldea durante muchísimo tiempo, así que sabe más cosas de vosotros que al revés. Su sed de venganza no tiene límites y hará cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

—Jamás te tendrá, Callie. Ni a ti ni a ninguna de las otras descendientes.

—No le subestiméis, por favor. Díselo a Cyrus. Insístele en que tenga mucho cuidado.

—Mi hermano es el barog más fuerte y valiente de Nemea, amor mío. Nadie podrá con él.

—Nadie debería enfrentarse a Ux solo, te lo digo muy en serio, ni siquiera el rey. Y sus objetivos principales sois tu hermano y tú. Os buscará para mataros. Representáis todo lo que él odia: la traición de vuestro padre.

Se puso en pie y tiró de mí hasta pegarme a su cuerpo.

—Le haremos frente, Callie. No temas por nosotros.

—¡Por supuesto que sí! Te quiero con toda mi alma, atontao. ¡¿Cómo no voy a sufrir?!

Él sonrió. Pero fue una sonrisa un poco triste.

—Nada me hace más feliz que escuchar de tus labios que me quieres.

—¿Y has escuchado algo más de todo lo que acabo de decirte, barog? —le reprendí.

—Todo, amor. Pero, ahora mismo, no quiero pensar en lo que nos deparará esa guerra. Sabemos bien lo que arriesgamos y lo que puede ocurrir.

Lo miré a los ojos y suspiré, dándome por vencida.

Daryos tenía razón. ¿Quién era yo para darle lecciones sobre los peligros de una batalla de tales dimensiones? Puede que él no hubiese luchado en la última, pero asesinaron a sus padres en ella y a muchos otros, y secuestraron a varias mujeres de la aldea. Tanto él como el rey sabían bastante mejor que yo a qué enemigo se enfrentaban y cómo combatirlo.

Aun así, no podía evitar preocuparme ni dejar de pensar que yo, de algún modo, tenía algún papel en todo eso. Por el momento, había conseguido que los *llitops* nos ayudaran en nuestro plan contra las *nashies.* ¿Qué otras sorpresas nos encontraríamos?

—Tienes razón. Disfrutemos mientras podamos —reconocí al fin.

—¡Ese es el espíritu, mujer!

—Tú, con tal de follar… —murmuré.

Él soltó una sonora carcajada. Y antes de que pudiéramos empezar a subir las escaleras, su cuerpo se quedó muy quieto y rígido, sus ojos se empañaron de una pátina blanquecina y se desplomó.

Y mientras yo me abalanzaba sobre él gritando su nombre e intentando que recuperara la conciencia, él pronunció tres palabras, en una voz tan oscura y cavernosa que apenas parecía la suya:

—Ooris está vivo.

15 REVELACIONES Y UNA AGRADABLE CENA
SYLVIA

Sulveh regresó a casa a media tarde, cansado y polvoriento, cuando Sonah todavía estaba durmiendo la siesta. Tras la asamblea, había estado entrenando con los guardianes en una zona situada al otro lado de la aldea, junto a las chozas provisionales en las que se habían instalado.

Una vez se hubo aseado, aprovechamos para sentarnos a la mesa y me puso al corriente de todo lo que habían hablado, así como de lo que le había sucedido a Daryos.

—¿El príncipe está bien? —pregunté cuando acabó de contármelo.

Le serví más zumo. El primer vaso se lo había bebido de un trago.

—Un poco aturdido, eso es todo.

—¿De veras crees que ha sido premonición?

—No le encuentro otra explicación, Sylvi. Supongo que lo averiguaremos cuando tenga la siguiente o cuando se cumpla algo de lo que ha visto.

—¿Habrá más?

Reflexionó un instante.

—La profecía es muy compleja y tiene más pasajes de los que conocemos, así que no estoy seguro.

—¿Te lo dijeron los ancianos? —pregunté. Aquel tema era misterioso y fascinante.

—Ooris, el más sabio de todos ellos, me mandó llamar una vez a su alcoba. Jamás le había visto tan preocupado como aquel

día. Me dijo que la marca de la espiral sagrada en el barog y en la descendiente elegidos jugarían un papel crucial en la guerra que estaba por venir.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos años, tal vez cuatro o cinco. Cuando la anterior guerra tuvo lugar, solo sabíamos que el príncipe tenía una mitad de la marca sagrada. No teníamos ni idea de cuándo aparecería la humana con la otra mitad, aunque suponíamos que sería con la siguiente apertura del portal.

—La profecía no sirvió para nada en la primera guerra.

—Exacto, pero Ooris me aseguró que sería decisiva para la segunda, la que está a punto de estallar. La guerra definitiva.

Me estremecí.

—Entonces, ¿crees que esas premoniciones son parte del poder que le otorga la marca sagrada y que van a ayudarnos a vencer? —aventuré.

Asintió.

—Daryos ha tenido una premonición y Callie se comunica con los *llitops*. No me cabe la menor duda de que algo más grande que todos nosotros se ha puesto en marcha.

—¿Te habló Ooris de esas otras partes de la profecía?

—No, nunca me habló de lo que decían ni me las mostró, ni tampoco me comentó nada concreto sobre premoniciones u otros dones. Jamás tuve acceso a la profecía completa. Sin embargo, me dijo expresamente que, ocurriera lo que ocurriese, yo debería ayudar al rey y al príncipe —explicó en tono vehemente. Hizo una pausa, le dio otro trago al zumo y prosiguió—: Me ordenó que, cuando Cyrus mandara a alguien para pedirme ayuda, yo debería acudir. Y también mencionó que seríamos testigos de muchas cosas extraordinarias. Me pidió que, llegado el momento, permaneciera a su lado y los guiara.

—Pero, cuando Daryos y Cyrus acudieron al templo, los ancianos les negaron la ayuda y les dijeron que no enviarían a los guardianes a la guerra debido a la negativa del príncipe a subir al trono y a la rebeldía de ambos, ¿verdad?

Nos lo contaron cuando regresamos a la aldea tras ser liberadas, mientras nos alojábamos en la casa posada.

—Así fue. Sin embargo, esa misma noche, cuando me crucé con Ooris en el pasillo del templo, me agarró del brazo y me dijo: «Recuerda lo que te pedí, Sulveh. Ocurra lo que ocurra, tú acudirás en su ayuda». Me soltó y siguió su camino como si nada.

Eso era asombroso.

—¿Por qué crees que dijo todo eso?

—No lo sé, Sylvia. Puede que él también tuviera premoniciones sobre el futuro de toda la especie. O puede que esas partes de la profecía que nos estaban prohibidas a todos, salvo a los ancianos, revelaran mucho más de lo que pensamos. Por cómo se comportaba, he llegado a pensar que, tal vez, solo Ooris tenía acceso al texto entero.

—Sea como fuere, cumpliste tu parte: cuando Xerx fue al templo a buscarte, convenciste a tus compañeros y vinisteis aquí. Cumpliste la orden de Ooris.

—Lo habría hecho de todos modos, incluso si él me hubiese ordenado lo contrario. Jamás habría abandonado a la aldea a su suerte. Este es mi hogar, Sylvia, tú lo sabes mejor que nadie. Puede que me refugiara en el templo cuando la tristeza y la desesperación me destrozaron por dentro. Pero jamás olvidaría a mis amigos. Mi corazón siempre ha pertenecido a este lugar. Así que no importa lo que me hubiesen pedido los ancianos: yo siempre habría acudido a la llamada de Cyrus.

El brillo de sus hermosos ojos se coló hasta lo más hondo de mi ser. Sulveh era un buen barog, leal y valiente. Siempre anteponía a sus seres queridos a lo demás, incluso a él mismo, y se sacrificaría por cualquiera de nosotros. Por eso, perdernos a todos casi acabó con él.

Pero yo seguía aquí. No me había perdido.

—Lo sé. Te conozco bien, Sul. Nunca abandonarías a los tuyos.

Él sonrió con una mezcla de orgullo y tristeza.

—Mencionó algo más, Sylvia. Algo a lo que le he estado dando vueltas durante todo este tiempo —empezó en tono

enigmático—. Dijo que debíamos vencer a toda costa esta nueva guerra, que no podíamos permitir que Nemea cayera en manos de Uxuer. Que, si eso ocurriera, toda nuestra especie estaría condenada a la extinción. Que nuestros dioses no permitirían que los barogs siguieran existiendo en la depravación y la involución. Que tenían grandes planes para nuestra especie, pero que jamás se cumplirían si Cyrus caía y un barog perdido ocupaba el trono.

—¿Los dioses? Si Ux gana esta guerra, vendrán siglos de oscuridad y horror, eso lo sabemos todos. Ni siquiera puedo pensar en esa posibilidad. Pero de eso a la extinción de la especie…

Él se encogió de hombros.

—Eso mismo pensé yo. Cuando le pregunté algo parecido, dijo que la profecía era clara al respecto y que los seres alados así se lo habían comunicado.

Me quedé de piedra.

—¿Los seres alados? Pensé que no eran más que leyendas y habladurías.

—No lo sé, Sylvia. No sé qué son ni si realmente existen. Ooris era un gran orador… y también manipulador. Desconozco si todo lo que me contó era verdad.

—¿Y qué opinan los demás guardianes o el rey de lo que te dijo Ooris?

Él negó con la cabeza.

—Nunca hasta ahora le había contado esto a nadie.

—¿En serio? —dije con voz temblorosa.

Él suspiró.

—No tengo ni idea de por qué Ooris me contó todo eso a mí, pero espero poder preguntarle cuando le encontremos. Si es que Ux no lo mata también, como a los otros tres ancianos.

Un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Por qué crees que lo mantuvo con vida?

—Para tendernos una trampa. Imagino que supuso que seguiríamos sus huellas a través de la selva para rescatarlo y que eso nos alejaría de la aldea. Sabe que la llegada de los guardianes en la primera guerra decantó la balanza. Además, algo me dice que el papel de Ooris no ha acabado. Puede que Ux vaya a utilizarlo

como rehén si las cosas se tuercen para él, o que quiera sacarle información. No lo sé. Tú conoces a ese monstruo mucho mejor que cualquiera de nosotros.

Sentí una punzada en el pecho que casi me hace doblarme sobre la mesa.

—Por desgracia, Susi, Penny, Callie y yo lo conocemos demasiado bien, así como las otras mujeres que estaban con nosotras —dije con un hilo de voz.

Él hizo una mueca de dolor y estiró la mano para coger la mía. Me aparté. En ese instante, no quería que él ni nadie me tocara. Todo lo que Ux me había hecho, los momentos que me había obligado a compartir con él regresaron de golpe a mi mente y me mareé.

—Sylvia, lo siento. Me refería a… Joder, no debería haber mencionado a esa bestia.

Su mirada expresaba lo mal que se sentía. Negué con la cabeza.

—No pasa nada. Puedes nombrarlo, no voy a desmoronarme. Mi hijo me ha dado la fuerza necesaria para superar a ese monstruo. Es solo que, a veces, cuando pienso en lo que ocurrió en los pantanos… —Volví a negar, con los labios apretados en una fina línea.

Sulveh no sabía todo lo que había hecho para sobrevivir, para complacer a ese barog cargado de rencor y a muchos otros, para obtener su favor y que no me hicieran daño. Jamás le contaría nada de eso. Formaba parte de mi pasado y no renegaba de él, pues era parte de la mujer en la que me había convertido, la que era ahora. Pero nunca le contaría los detalles. No quería que me mirara de otro modo ni que sintiera más lástima por mí de la que ya sentía.

Había sobrevivido, eso era lo único que importaba ahora.

—No tienes que explicarme nada. Estoy aquí para lo que necesites, ¿de acuerdo? Nada de lo que me cuentes o no me cuentes va a alejarme de ti —declaró, clavando sus ojos en los míos. La mota dorada resplandeció con fuerza.

Asentí con un nudo en la garganta. Tras unos segundos de incómodo silencio, me levanté y me dirigí hacia la cocina.

—Goria y Marla están a punto de llegar. Deberíamos preparar algo, ¿no? —comenté para cambiar de tema.

En ese instante, mi hijo empezó a hacer ruiditos. Se había despertado.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó con una amplia sonrisa. Parecía que el pequeño Sonah le gustaba de verdad.

—Si te apetece, por mí, perfecto.

—¿Bromeas? Estaba deseando que se despertase. Ese minibarog me tiene robado el corazón. —Había tanta ternura en su mirada que me emocioné.

—De acuerdo, ve tú. Además, a mí aún me duele un poco la herida cuando me agacho para sacarlo de la cuna.

—Encantado de encargarme, mujer.

—Mientras tanto, prepararé el licor de moras y algo para picar.

—No hace falta que prepares demasiado. Goria me ha dicho que traerán estofado de serpiente en salsa de cangrejo picante y mango.

—Oh, ¡adoro ese estofado!

Me dedicó otra sonrisa y desapareció por el pasillo, rumbo a mi dormitorio. Escuché cómo le hablaba a mi hijo y cómo ambos se reían. Algo crujió en mi corazón.

Debería haberme unido a Sulveh, no a Sonah. Debería haber disfrutado de cuatro siglos con él y engendrado varios hijos. Habría sido el mejor padre de Nemea. ¡Del universo entero!

No debía pensar esas cosas ni hacerme ilusiones.

Yo era la viuda de su hermano y mi hijo no era suyo. Ni siquiera era realmente su sobrino.

Aun así, cuando apareció de nuevo en la sala con mi bebé en brazos, se me llenaron los ojos de lágrimas. Se observaban el uno al otro, fascinados, mientras Sulveh le acariciaba la barriguilla y le hablaba con suavidad. Sonah no apartaba la vista de su tío.

Entonces, me fijé en la melena negra de mi pequeño, que nada tenía que ver con el tono castaño claro de la de Sulveh, y en sus ojos celestes, tan distintos del bronce de los del guardián.

Me di la vuelta para que no me viera llorar y me sequé las lágrimas, que ya rodaban por mis mejillas, con un trapo. No podía permitirme ser débil. Las cosas eran como eran, y más me valía empezar a aceptarlas o acabaría con el corazón hecho trizas… otra vez.

Se acomodaron en los cojines coloridos de un extremo de la sala mientras yo terminaba de preparar algunos aperitivos, y luego me uní a ellos. Poco después, llegaron nuestros amigos.

Cuando Marla cruzó el umbral y clavó sus astutos ojos en la escena que tenía ante ella, suspiró. Sulveh estaba lanzando a Sonah al aire y atrapándolo de nuevo entre risas con sus manazas, y yo me deshacía de amor contemplándolos.

Mi amiga buscó mi mirada con la suya, pero la comprensión y la ternura que vi en sus ojos me obligó a desviar la vista enseguida. No quería que me alentara a buscar algo que quizá no era real. Yo no tenía ni idea de cuáles eran los sentimientos de Sulveh, de cuánto echaba de menos a Elena ni de si se había planteado jamás volver a vincularse. Y, aunque pensara hacerlo, no tenía por qué ser conmigo. Había otras mujeres sin emparejar en la aldea, que también habían escapado de los pantanos.

—Ya veo que estáis recuperando el tiempo perdido. Así me gusta —dijo Goria con una carcajada. Fue directo hacia mi hijo y se lo quitó a Sulveh de las manos.

—Hemos traído estofado de serpiente —dijo Marla—. Nos ha quedado para chuparse los dedos.

—Vuestro estofado siempre es impresionante, vieja amiga —dijo Sulveh con una sonrisa. En ese momento se le veía feliz.

Durante un instante fugaz, recordé que antes solíamos ser seis. Ahora, Sonah y Elena ya no estaban entre nosotros. Aun así, pese a la pena que a veces nos desgarraba por dentro, no nos quedaba otro remedio que salir adelante.

Aparté los recuerdos y me levanté para acompañar a Marla a la cocina y acabar de preparar la cena.

—Eso que he visto ahí…

—No empieces, Marla. Ya me diste tu opinión.

—Si es lo que quieres, me callaré.

—Sé que lo haces con buena intención, pero me haces más daño que otra cosa.

Se llevó una mano al pecho.

—Perdona, Sylvia. No era lo que pretendía. No debería meterme en tus asuntos. Lo siento.

Negué con la cabeza.

—No, perdóname tú. No debería haberte dicho eso. Es que… el regreso está siendo un poco duro para mí.

—¿Tu regreso o el de tu cuñado *buenorro*? —dijo alzando una ceja.

—Eres incorregible. ¿Se te ha pegado el lenguaje de las recién llegadas? —le dije, esforzándome por sonreír.

Ella sonrió también y me dio un apretoncito en el brazo.

—Te juro que no volveré a decir ni mu sobre el tema, salvo que lo saques tú.

—Te lo agradezco.

Nos reunimos en la sala con los barogs, hasta que, poco después, los dejé allí charlando a los tres y me fui al dormitorio a darle de mamar a Sonah. Al cabo de un rato, Sulveh se asomó a la puerta.

—¿Cómo vais? —preguntó desde el umbral.

—Casi hemos terminado. Este pequeño es un glotón de mucho cuidado.

—Eso es bueno. ¿Quieres que lo deje en la cuna?

Asentí mientras contemplaba a mi hijo, un verdadero tragón, que se estaba adormilando.

Sulveh caminó hasta la cama, se inclinó sobre nosotros y lo cogió con delicadeza entre sus brazos musculosos. El movimiento provocó que me rozara fugazmente un pecho, pero ambos fingimos que no había sucedido. A fin de cuentas, yo solo estaba amamantando a mi hijo, el momento no tenía nada de erótico.

Un vistazo a su rostro me dijo que quizá para él el roce no había sido tan insignificante. Sus ojos brillaban como dos gemas doradas y su respiración se había acelerado.

Cuando se apartó de la cama y lo llevó hasta la cuna, me convencí de que aquello solo eran imaginaciones mías. Me subí la

parte superior del vestido y coloqué los tirantes en su sitio.

—¿Quién es el bebé barog más hermoso de Nemea? —le susurró, achuchándolo y dándole un beso en la mejilla, suave y redonda, antes de dejarlo en la cuna.

Lo hizo con delicadeza, como si estuviera acostumbrado.

Después, vino directo hacia la cama de nuevo y me ayudó a incorporarme. Cuando estuve de pie, en lugar de apartarse, se quedó ahí mirándome, con el cuerpo muy cerca del mío.

—¿Estás bien? —me dijo. Sus dedos se alzaron hasta mi rostro y me acarició la mejilla.

Me quedé petrificada, incapaz de reaccionar. Después me recogió un mechón tras la oreja y sonrió. Yo me las arreglé para apartarme y dirigirme hacia la puerta.

—Estoy muerta de hambre, ¿y tú?

—Ni te imaginas cómo me ruge el estómago. Debo confesar que he probado la salsa del estofado.

—¿Y?

—Deliciosa.

Mientras atravesamos el pasillo para regresar a la sala, me rozó los dedos con los suyos como si fuese el gesto más natural del mundo.

Al fin nos sentamos a cenar y, en cuestión de minutos, entre los cuatro dimos buena cuenta del estofado y del licor de moras. Puede que bebiera demasiado, pero esa noche no quería preocuparme por nada. Deseaba disfrutar de la buena comida, la charla alegre y distendida, y la mejor compañía del mundo: mis mejores amigos… y mi *hoa uhane*.

Y en cuanto ese pensamiento cruzó mi mente, la culpabilidad me aguijoneó sin piedad. Porque otro buen hombre me había llamado a mí su *hoa uhane* durante mucho tiempo.

Tras la cena, Marla y Goria, que había bebido más que nadie, se marcharon a su casa. Sulveh se ofreció a acompañar a su amigo, que se tambaleaba un poco, pero Marla le aseguró que no era necesario.

Los despedimos entre risas y promesas de muchas cenas más como esa y nos metimos en casa de nuevo. Entre los dos recogimos

la cocina y, después, nos acomodamos en la sala. No habíamos intercambiado ni dos frases cuando Axeh, ese barog rubio perteneciente a una familia de espléndidos cazadores de rinos, irrumpió en nuestra puerta.

—Siento mucho interrumpiros, pero el rey reclama tu presencia, Sulveh.

—¿En el palacio? —dijo, empezando a levantarse.

—No, en casa del príncipe.

—¿Le ha ocurrido algo a Daryos? —preguntó, alarmado.

Axeh asintió.

—Tú también puedes venir si quieres, Sylvia. Hay otras mujeres allí.

—Si no es imprescindible, prefiero no tener que despertar a mi hijo.

El barog rubio asintió.

—Luego te cuento —me dijo Sulveh.

Hizo el gesto de acercarse a mí, como si fuera a abrazarme para despedirse o algo así. En el último momento, se contuvo y se limitó a agitar la mano.

Ambos barogs desaparecieron por la puerta hacia la oscuridad de la aldea, iluminada por la luz de la pareja de lunas y algunas antorchas.

¿Qué habría ocurrido? Decidí que esperaría despierta hasta que regresara. Axeh parecía preocupado, así que debía de ser algo grave. Quizás el príncipe había tenido otra de esas misteriosas premoniciones.

Me arrellané en los cojines mientras mi mente evocaba el momento anterior en el dormitorio, cuando Sulveh me había acariciado la mejilla. Me llevé la mano a ese lugar y entorné los ojos, como si fuera capaz de sentirlo de nuevo.

Las cosas se estaban complicando demasiado entre nosotros. Y no tenía ni idea de lo que ocurriría.

16 LO HE VISTO
CALLIE

Tras varios intentos para despertarlo, dejé a Enzo con él y corrí a pedir ayuda. Avisé primero a Xerx y, mientras él y yo nos apresurábamos de vuelta a mi casa, Jenny fue a buscar a los demás. Los últimos en llegar fueron Cyrus y Tina. Daryos estaba empezando a abrir los ojos cuando entraron por la puerta.

Su hermano se lanzó de rodillas al suelo junto a él y le dio un apretón en el hombro. Xerx le sostenía la cabeza sobre sus muslos y Axeh lo miraba con angustia. Mientras Xioh le tomaba el pulso, Lansh maldecía entre dientes. Todos estábamos muy preocupados.

—Eh, ¿estás bien? —le dije cuando abrió los ojos por completo y nos miró, confuso.

—¿Ha vuelto a ocurrir? —preguntó con la voz pastosa, como si hiciera mil años que no pronunciaba palabra.

—Sí, cariño, has perdido el conocimiento. ¡Menudo susto me has dado!

Me arrodillé y le acaricié el pelo. Tenía la frente perlada de sudor y estaba muy pálido.

—No nos des estos sustos, hermano. Esto ya empieza a ser una fea costumbre —bromeó Cyrus con una sonrisa.

Lo ayudaron a levantarse y lo llevaron hasta los cojines, donde lo acomodaron. El rey se sentó a su lado y yo al otro. Nuestros amigos se distribuyeron por la sala. Emi llevaba el pelo suelto, revuelto alrededor del rostro, y sus mejillas sonrosadas daban fe del ejercicio saludable que debía de estar haciendo justo antes de venir. ¡Bien por ella!

—¿Recuerdas algo, Daryos? —le preguntó el rey con suavidad, rodeándole los hombros con el brazo.

Mi barog cerró los ojos e hizo una mueca de dolor.

—Eh, ¿estás bien? —le susurré al oído.

—Solo un poco aturdido y con dolor de cabeza. Me debo de haber golpeado con fuerza. Suerte que la tengo dura como una piedra —dijo dándose un golpecito en la frente y sonriendo; pero sus ojos a mí no me engañaban: había temor en ellos.

Deslicé los dedos entre los suyos y le agarré la mano.

—No te preocupes, amor. No pasa nada, ¿vale? —solté, mirándolo a los ojos con cariño.

Él asintió, un poco más tranquilo.

—¿Pronuncié algo mientras estaba en el suelo? —me preguntó.

Asentí mientras los demás me observaban, expectantes.

—«Ooris está vivo» —solté sin más.

Se extendió un murmullo general.

—Lo recuerdo. El anciano se encontraba frente a mí en su forma humana y me miraba como si estuviéramos manteniendo una conversación.

—Ax, ve a avisar a Ciench, Toruch y Sulveh. Que vengan aquí enseguida —ordenó el rey.

El barog rubio asintió y corrió a por sus amigos.

—¿Recuerdas algo más, D? —preguntó Xerx, sentado frente a él. Jenny estaba a su lado.

—Había una hoguera y muchos barogs alrededor del fuego.

—Has mencionado que viste a Ooris en su forma humana —dijo Tina, como si estuviera reflexionando. Daryos asintió—. ¿Acaso los habéis visto alguna vez en su forma barog?

Todos negaron con la cabeza.

—Los ancianos nunca se han transformado en barog ante nosotros. A veces me pregunto si todavía pueden hacerlo —comentó el rey.

—Y, sin embargo, Daryos ha especificado eso. ¿Sabes por qué? —le preguntó Tina.

Él negó con la cabeza.

—Era como si… esperara a que Ooris cambiara de forma en cualquier momento. Pero no sé por qué lo he dicho así. —Parecía

muy confundido, el pobre.

Xioh le trajo un vaso enorme de agua de coco. Daryos le dio las gracias y se lo bebió de un trago. Al menos le había vuelto el color a la cara y sus ojos brillaban de nuevo.

En ese momento entraron Ax, Ciench, Toruch y Sulveh. Susi y Lorna aparecieron detrás de ellos. Imaginé que Sylvia se habría quedado con el pequeño Sonah. Lorna se abrió paso y se hizo hueco justo a mi lado en silencio. Se lo agradecí.

—¿Ooris estaba herido? —preguntó Sulveh. Sus ojos de bronce relampaguearon.

Ciench y Toruch observaban a mi barog en silencio. Si bien ese nuevo don de mi amorcito podía sernos de gran ayuda, él no lo llevaba demasiado bien.

—Aunque su túnica estaba manchada de sangre, no parecía herido. Estaba hablándome, pero yo no podía oírle.

—¿Recuerdas algún detalle más, D? —dijo su hermano.

Cerró los ojos como si se estuviera concentrando en esa imagen que había visto.

—Están cerca —soltó de pronto, muy serio—. Reconozco el claro en el que han acampado.

Cyrus se tensó.

—¿A cuánto de aquí?

—Dos jornadas completas, tal vez algo menos. Depende de lo rápido que se desplacen sus fuerzas. Puedo enseñaros el lugar exacto en uno de los mapas de Xerx.

Los barogs asintieron.

Tras intercambiar una mirada cargada de muchas cosas con Tina, el rey le dio un apretón afectuoso en el brazo a su hermano y se levantó de un salto.

—Descansemos esta noche. Mañana a primera hora os quiero a todos en el palacio. Toruch y Ciench: id a avisar a los barogs en turno de vigilancia. Informadles de lo que el príncipe nos ha contado, pero que no se confíen. Deben permanecer alertas. No sabemos si lo que Daryos ha visto es lo que está sucediendo ahora mismo, o si ocurrió hace horas… o días.

—Es el presente, C —dijo mi barog con determinación.

—¿Estás seguro?

Daryos alzó la mirada y se encontró con los ojos del rey.

—No estoy seguro de nada, pero es lo que he sentido —explicó él con su sencillez habitual.

Le apreté un poco los dedos con los míos para transmitirle ánimo.

—Bien. Entonces, tenemos dos días. Sulveh, informa a tus guardianes. Que se preparen para lo que se acerca.

El guardián asintió.

Cyrus miró al sanador, esperando un veredicto sobre el estado del príncipe.

—Está bien, C. Fuerte y sano como un rino, igual que siempre. Tan solo le saldrá otro chichón en la cabezota esta de chorlito que tiene.

Daryos se rio y le dio un golpe amistoso al sanador en el hombro.

Cuando nuestros amigos empezaban ya a retirarse, Toruch y Ciench se disponían a salir disparados hacia la selva, y Sulveh a ver a sus guardianes, Daryos me miró de un modo extraño.

—Esperad. Hay algo más. No había caído hasta ahora.

Todos se detuvieron.

—¿De qué se trata, hermano?

Mi barog tragó saliva.

—Mientras estaba ahí, mis dedos cogieron algo que me colgaba alrededor del cuello. Los sentía como míos, pero no lo eran. Daba la sensación de que estaba viendo a través de otra persona.

—¿Algo que te diera una pista? —preguntó el rey.

—Bajé la vista un instante. Había cuentas negras y blancas en un collar sobre mi pecho.

Miré a Susi en un acto reflejo mientras ambas nos estremecíamos. Se llevó una mano a la garganta y su rostro se llenó de terror.

—Ux —solté—. Lleva varios collares con esas cuentas. Estás viendo a través de sus ojos, amor.

La sangre se me heló en las venas. Apostaría que a mi barog le ocurrió lo mismo.

Ciench rodeó la cintura de Susi y la sacó de nuestra casa. Sentí como su pena y su dolor me golpeaban de lleno en el pecho. Éramos las únicas de esa reunión improvisada que le conocíamos. De todos los que nos encontrábamos ahí, solo Sulveh, Toruch y Ciench habían luchado en la primera guerra, pero ninguno de ellos le conocía. Ux se había marchado de la aldea muchos siglos atrás y, aunque se hubieran cruzado con él durante la batalla, desconocían el aspecto que tenía.

Solo algunos de los barogs más antiguos de la aldea le conocían. Únicamente estos y las mujeres que habíamos permanecido cautivas en los pantanos podríamos ayudar a encontrarlo entre sus hordas. Aunque no creía que él quisiera pasar desapercibido, sino todo lo contrario.

Cuando al fin se marcharon y mi barog y yo nos quedamos a solas, lo acompañé a la cama y me tumbé a su lado, bien pegadita a su enorme y cálido cuerpo. Le acaricié la frente y el pelo con suavidad hasta que se quedó profundamente dormido entre mis brazos mientras Enzo dormitaba en la planta inferior.

Daryos había tenido otra premonición y había visto el mundo a través de los ojos de ese monstruo.

¿Cuántas sorpresas más nos traería la marca de la espiral?

17 ¿QUÉ HACEMOS AHORA?
SYLVIA

Cuando Sulveh regresó, parecía preocupado. Me contó que el príncipe había tenido otra premonición y que había visto al anciano Ooris, rodeado de hermanos perdidos. Además, había sido capaz de ubicar el lugar en el que se encontraba: un claro en la selva a tan solo unas dos jornadas de la aldea. Según esa información, Ux y sus hordas podrían estar aquí en un par de días. Daryos afirmaba que lo que había visto estaba ocurriendo en el mismo momento de la premonición.

Cyrus le había pedido que avisara a sus guardianes y ya lo había hecho antes de regresar a casa, así que estarían preparados.

Cuando acabó de contármelo todo, yo temblaba de la cabeza a los pies. Él se mantenía sereno, pero sus ojos lo delataban: había angustia y algo de temor en ellos. Sulveh era un barog valiente y experimentado, además de un guardián del templo desde hacía una década, que rara vez sentía miedo por nada. Sin embargo, sabía bien lo que podía suceder en una guerra así.

Él lo había perdido todo en la anterior.

Nos acomodamos en la sala, sobre los almohadones, y serví un poco de licor que nos había sobrado de la cena con Marla y Goria. Quizás habría sido mejor beber zumo, pero la expresión de Sulveh pedía algo más fuerte.

—Entonces, ¿piensas de verdad que llegarán dentro de dos días? —pregunté, intentando ocultar el temblor de mi voz. El de las manos era imposible.

—Nada es seguro, Sylvia, pero apostaría a que sí. El rey nos ha convocado mañana al amanecer. Supongo que declarará el estado de guerra y todos ocuparemos nuestras posiciones.

—¿Irrumpirán en la aldea sin más?

Estaba aterrorizada.

—No. Las líneas de vigilancia que hemos establecido alrededor de la aldea y del lago esmeralda los detectarán a varios kilómetros y nos darán el aviso. Cuando lo hagan, tendremos al menos un par de horas para hacer los últimos preparativos.

—¿Y nosotras? ¿En qué podremos ayudar?

—El rey y el príncipe han ordenado que, en cuanto suenen los cuernos, os refugiéis en la posada. Ciench y su grupo estarán asignados en la puerta. Nadie podrá traspasarla, te lo aseguro.

—¿No hay nada en lo que podamos colaborar?

—Lo mejor será que os quedéis ahí a salvo. Si salís, estaréis en peligro y nos costará más protegeros, aparte de que podríamos perder la ventaja o la concentración.

—Callie y muchas otras han estado entrenando.

—Y eso quizás sería muy útil si las cosas llegaran a ponerse feas de verdad.

—O sea, si los hermanos perdidos entraran en la posada.

—O si empezaran a ganarnos terreno y nuestra victoria flaqueara. Si algunas de las descendientes pudieran defender a las demás llegado el caso, aunque solo fuera para aguantar durante unos minutos, eso nos ganaría tiempo para llegar hasta vosotras. A veces, un solo segundo puede marcar la diferencia.

Recordé la primera guerra y todas las cosas horribles que sucedieron en apenas unos segundos. Él tenía razón.

—No te pasará nada, ¿verdad? —solté sin pensarlo.

Un destello cruzó su mirada.

—Haré todo lo posible para salir vivo de esta guerra, Sylvia. Lo logré la última vez, cuando estábamos mucho menos preparados que ahora. No te preocupes: ganaremos y regresaré aquí, a *nuestro hogar*. —El modo en que pronunció esas dos últimas palabras me hizo estremecer hasta los huesos.

Me gustó demasiado que lo llamara así.

Le dio un largo trago al licor y dejó el vaso en el suelo. Entonces, clavó sus ojos en los míos y me miró con tanta intensidad que agradecí estar sentada.

—Sylvia, lucharé con todas mis fuerzas, te lo prometo. Pero, por si no sobrevivo…

Me llevé las manos a la garganta.

—No digas eso. Ni se te ocurra.

Él posó una de sus manos sobre su corazón y suspiró.

—Deja que te confiese algo, por favor. No me perdonaría jamás irme de este mundo sin decírtelo.

—¿A qué… te refieres? —balbuceé.

—Sé que no quieres hablar del pasado. Ni de la guerra, ni de la cacería, ni de nada de eso. Me lo has dejado muy claro todos estos siglos y, créeme, lo comprendo. Aun así, necesito decirte esto. ¿Me lo permites, Sylvia? —hizo una pausa y añadió—: No más secretos entre nosotros, por favor —suplicó.

Lo observé con cautela y, al fin, asentí.

—De acuerdo. Dime lo que sea, Sul. No más secretos.

Contuve el aliento, con las pulsaciones repiqueteando con fuerza en mi pecho.

—Cuando vencimos la primera guerra y expulsamos a los hermanos perdidos, os busqué a los tres. En cuanto encontré los cuerpos de Elena y Sonah, me rompí en mil pedazos. Había muchos cuerpos calcinados, así que creí que tú también habías muerto.

Durante unos segundos, permanecimos en silencio, tan solo mirándonos con ojos vidriosos.

—Tal como te conté, Elena me salvó la vida —dije con un hilo de voz—. En cuanto murió, uno de esos monstruos me arrastró hacia la selva. No pude ayudarla ni hacer nada para que no se me llevaran —expliqué con el estómago encogido, recordando el momento más triste y espantoso de mi vida—. No querían matarla; a ninguna de nosotras. Deseaban capturarnos a todas con vida. Pero Elena forcejeó y murió de un golpe. Su muerte fue un triste accidente.

Cerré los párpados con fuerza mientras mi mente regresaba a ese horror del pasado. Cuando los abrí de nuevo, ambos teníamos lágrimas en los ojos. Odiaba recordar aquello. Y odiaba aún más que él sufriera. Me dolía el pecho de un modo insoportable.

Inspiró hondo, como si estuviera reuniendo valor. Entonces, clavó sus ojos de bronce en los míos y dijo:

—Que los dioses me perdonen, Sylvia, pero pensar en que tú también habías muerto… fue lo que más desgarró mi corazón. —Soltó el aire que retenían sus pulmones—. Lloré a mi hermano y a Elena, los dioses saben que los amaba a ambos. Pero perderte a ti fue lo único que no pude soportar; lo que me llevó a recluirme en el templo y a dedicar mi existencia a los ancianos. Pensar en un mundo sin ti me partía el alma. —Hizo una pausa para tomar aire de nuevo. Su musculatura temblaba como una hoja. Entonces añadió—: Cometí un gran error en la cacería, Sylvia. El peor error de todos.

Me sentía incapaz de procesar sus palabras. Estaba petrificada.

—¿Qué? —mi voz apenas fue un susurro.

Ni siquiera me atrevía a pensar en lo que trataba de decirme. En lo que eso significaba.

—Yo te encontré en la Tierra, me enamoré locamente de ti y te traje a Nemea. Yo debería haberme unido a ti en la cacería, no mi hermano. Tendría que haber llegado a tiempo hasta ti o, al menos, interrumpiros cuando os encontré, sin importar si ya era tarde. Fui un cobarde y te fallé. Cometí una equivocación imperdonable.

Respiraba con dificultad. Jamás lo había visto tan alterado. Así que decidí abrirme a él.

«No más secretos entre nosotros», me repetí, armándome de valor.

—Yo cometí el error, Sulveh —solté con convicción. Sus ojos recuperaron el brillo de golpe—. Creía que eras tú. Debería haberme dado cuenta.

—Oh, Sylvia… —Se acercó un poco más a mí y sus dedos me rozaron el brazo—. Tú no sabías que Sonah y yo éramos gemelos idénticos. Iba a decírtelo aquella misma tarde, pero la cacería se adelantó. También planeaba hablar con mi hermano. Ni siquiera nos habíamos visto desde que atravesamos el portal de regreso a Nemea. Si tan solo hubiésemos tenido unas horas más…

—Te conocía bien, tendría que haber sabido que no eras tú. Había algo que no cuadraba. El aroma era distinto, pero lo achaqué

a tu forma barog y a tu excitación. Y, aunque tu hermano fue gentil conmigo, no era tu modo de acariciarme ni de mirarme. No había esa complicidad que tú y yo compartíamos. Fui una idiota y no me di cuenta. Estaba tan nerviosa, tan ilusionada…

Él negó con la cabeza.

—Debería haber intervenido cuando os encontré, no unirme a Elena. Si hubiese hablado con Sonah, él tal vez lo habría comprendido. Pero, cuando llegué hasta vosotros, mi hermano ya estaba entre tus piernas, gimiendo, y tú… parecías conforme. —Hizo una mueca de dolor.

Pensar en que él nos había visto me quebró el alma.

—¡Solo porque creía que eras tú! Me atormentaba no sentir lo que creía que iba a sentir cuando hiciéramos el amor. ¡Había deseado tanto que llegara ese momento! Sin embargo, algo fallaba y no entendía por qué.

—Debí pedirle que se detuviera y explicarle quién eras para mí. Mi hermano era un buen hombre y me quería muchísimo. Pero pensé que su instinto de barog sería más fuerte que nuestro lazo de sangre de hermanos. ¡Os habíais unido en suelo sagrado de Nemea! Fui un cobarde y te perdí. Tendría que haberme arriesgado.

Sentí náuseas al recordar esos momentos.

—No lo sé, Sulveh. Por mucho que hubieras intervenido en la cacería o después, no sé si Sonah se hubiera retirado. Él me amaba de verdad. Fui su *hoa uhane*, aunque él no lo fuese para mí.

Se estremeció.

—Nos equivocamos, Sylvia. Fue un terrible error. Pensé en las leyes de los ancianos, en que lo que se había unido ya no podría ser separado, en nuestras tradiciones ancestrales. Después, sellasteis la unión en el lago esmeralda y yo… creí que me moría.

Un sollozo escapó de mis labios. ¡Tanto tiempo amándolo en silencio y creyendo que él amaba a otra!

—Y yo creí que escogiste a Elena. Que, en cuanto la viste, la preferiste a ella. Os unisteis y me rompiste el corazón.

Me cogió las manos entre las suyas, cálidas y fuertes, y la mota dorada titiló en su iris.

—Cuando me topé con Elena, estaba sentada en el suelo, con la espalda pegada a una roca para ocultarse, aterrorizada y llorando. Aun así, en cuanto pasé cerca de ella, me miró y me habló. Ella me escogió a mí cuando vagaba por la selva como un alma en pena. Pensé en lanzarme por el Acantilado de la Muerte Abismal. Ella me rescató y me amó, aunque siempre sospechó lo que yo sentía por ti.

—¿Lo sabía? —pregunté con voz temblorosa.

Marla me había comentado algo sobre eso.

—Desde el principio, pero no le importó. Me amaba demasiado. Fui débil; debería haberme enfrentado a todo y a todos y llevarte conmigo. Pero ya conoces la historia de Ux y Tatiana; eso no acabó bien para ninguno de los dos. Todos habíamos aprendido a no desafiar las leyes —dijo con pesar—. No quería perjudicarte. No habría soportado que sufrieras por mi culpa. Así que me resigné. Al menos, estabas con mi hermano. Él era un buen barog y cuidaría bien de ti. Te daría la vida que yo habría deseado compartir contigo.

—Solo que yo jamás le amé. Al menos, no del modo en que se supone que se aman las parejas de vida. Nunca me habría unido a otro que no fueras tú. Como bien has dicho, fue un error espantoso. Te amaba, Sulveh. Siempre te he amado, durante todos estos siglos. Y sigo amándote.

Con los ojos empañados por las lágrimas, se aproximó despacio hasta que nuestras rodillas se tocaron, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia su cuerpo. Su piel desprendía ese calor seco que tanto había añorado. Su olor a miel especiada y a licor denso y sabroso me embriagó hasta marearme.

—Mmmm —ronroneó él, hundiendo la nariz en el hueco de mi cuello—. Melocotones maduros bañados en caramelo. El mejor aroma del mundo. No sabes cuánto lo he echado de menos.

Me quedé muy quieta, sintiendo el roce de su nariz en la piel, sus manos grandes y cálidas en mi espalda, y su cuerpo temblando junto al mío.

Yo también temblaba.

—¿Así huelo para ti?

Él asintió. Levantó el rostro y clavó sus preciosos ojos en los míos. Una mirada suya bastaba para convertirme en mantequilla

derretida.

—Durante todo ese tiempo, cuando nos reuníamos los seis en casa de uno u otro, siempre me las arreglaba para estar cerca de ti en algún momento. Sabía que no podía tocarte porque eso podría descontrolarme por completo, así que me contentaba con olerte. Estaba a punto de volverme loco, pero al menos podía saborearte de algún modo. Patético, ¿verdad? —dijo, soltando una carcajada amarga.

—No si yo hacía lo mismo. Me empapaba de tu aroma a miel especiada y a licor fuerte cada vez que pasabas junto a mí. Era un triste consuelo, pero me acompañaba siempre.

Esbozó una suave sonrisa cargada de ilusión y me agarró las manos. Se las llevó a los labios y las besó, primero una, luego la otra, en las palmas. Se me tensó el pecho y me ruboricé un poco.

—Siempre te he querido, Sylvia. Desde el instante en que te vi entre los tallos altos de maíz, en aquel campo dorado de la lejana Tierra. Supe que estabas predestinada a mí, que eras mi *hoa uhane*. Y cuando cruzamos las primeras palabras y me miraste, el mundo cambió de dirección y te convertiste en mi centro de gravedad para siempre.

Las lágrimas se precipitaron por mi rostro.

Me atreví a alzar una mano y acariciarle con dedos trémulos la mejilla. Tocarlo era un regalo de los dioses. Algo tan sencillo y tan sobrecogedor al mismo tiempo. Porque nunca había podido tocarlo libremente, tan solo durante el breve tiempo que compartimos en la Tierra. Por entonces nos vigilaban mis padres y varias decenas de pares de ojos más, así que no pudo robarme más que unos pocos besos y algunos abrazos.

—No sabes las veces que soñé que me decías que me amabas, Sul. Cuando despertaba, sentía que tenía que ser cierto. Pero luego me daba de bruces con la cruda realidad. Y ahora… ahora… —La emoción me cerró la garganta y no pude continuar.

Él lo hizo por mí:

—Ahora ha llegado nuestro momento, amor mío. Hemos pasado por un calvario hasta llegar aquí. Al fin tenemos la oportunidad de estar juntos y gritar a los cuatro vientos que nos

amamos. Ahora sabemos la verdad: que hemos suspirado el uno por el otro durante cuatro siglos y que, por ser demasiado buenos o estúpidos —sonrió de nuevo—, antepusimos la felicidad de otros a la nuestra. Pero, por desgracia, ellos ya no están y solo quedamos nosotros. Los dioses saben que renunciaría a ti si mi hermano pudiera volver a la vida, pero eso es imposible. Así pues, que los dioses me perdonen, pero, por primera vez en cuatro siglos, voy a pensar en ti y en mí, y en nuestro hijo.

Me tembló la barbilla y empecé a sollozar.

—No tienes por qué hacer eso, Sulveh. Ese niño…

—Ese niño no tiene la culpa de que su padre biológico sea un hijo de puta. Eso no podemos cambiarlo, pero sí podemos darle un hogar lleno de amor y respeto, y criarlo juntos para que llegue a ser un barog honorable y bueno como era mi hermano. No en vano lleva su nombre.

—Y como eres tú, Sulveh. Siempre fuiste un gran hombre y un gran barog.

Cediendo a mis impulsos, lo abracé y me aferré a él con fuerza, como si temiera que pudiera desvanecerse ante mis ojos. Apoyé la mejilla en su pecho y me deleité con el potente sonido de su corazón. Él me acariciaba la espalda con delicadeza y me besaba la coronilla.

Y en ese instante comprendí que todo lo que había tenido que hacer en los pantanos para sobrevivir, por muy desagradable y doloroso que hubiera sido, había valido la pena. Porque me había llevado hasta aquí, hasta este preciso momento, junto a mi barog.

Sulveh me amaba y era mío. Y yo me entregaría a él por completo, en cuerpo y alma, puesto que ya le había entregado mi corazón hacía mucho tiempo.

Tras ese arrebato, me separé despacio y lo miré a los ojos.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté.

Él esbozó una amplia sonrisa.

—Ahora, viviremos juntos en este hogar, seremos una familia y nos amaremos durante toda nuestra existencia, que espero que sea muy muy larga para compensar el tiempo que hemos perdido. ¿Te parece bien?

—Me parece un plan perfecto.

Soltamos unas risillas nerviosas, cargadas de ilusión.

—No hay nada que desee más que compartir esta vida contigo, hermosa Sylvia. Apenas puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad. Y sé que se nos viene una guerra horrible encima, pero te juro por los dioses que voy a protegerte con todas mis fuerzas y que no permitiré que nadie te haga daño.

Acercó los dedos a mi rostro y me acarició el pómulo con suavidad.

De pronto, recordé que todavía estaba convaleciente, que la herida de mi vientre aún estaba tierna y que las pesadillas de lo ocurrido en los pantanos aún me atormentaban.

—Hay un tema que… Bueno, yo aún no me he recuperado del parto, y no sé si podré…, ya sabes: darte todo lo que esperas de mí. Durante unos días más, al menos.

Él abrió los ojos como platos y soltó una carcajada. Yo me sonrojé como si fuera una adolescente, en lugar de una mujer de más de cuatrocientos años, viuda y superviviente de diez años de cautiverio. Pero ese era el efecto que Sulveh causaba en mí.

Su amor era curativo para mi alma. Su risa, reparadora de mis heridas.

—Hermosa Sylvia, he esperado cuatro siglos para yacer contigo y vincularme a ti de todas las formas posibles. Te aseguro que puedo esperar unos días más.

—Perdona, no sé por qué lo he mencionado. Yo solo… no quiero decepcionarte.

—Eso es imposible, amor mío, porque eres una mujer maravillosa, valiente, buena e inteligente que me tiene robado el corazón. Te amo tanto que me duele aquí —dijo señalándose el pecho—. Aunque tenga este aspecto, no soy ningún bruto. Esperaré cuanto haga falta, hasta que tus heridas se cierren. Las de la piel… y las del alma.

Su mirada estaba cargada de comprensión. Y si ya lo amaba con locura, en ese instante lo amé todavía más.

—Si quieres, podríamos dormir juntos a partir de ahora. Solo si lo crees oportuno —propuse con timidez.

Sus ojos brillaron como bronce recién bruñido.

—Me muero por dormir contigo, amor mío. ¡Creí que no me lo pedirías nunca! —exclamó emocionado.

Cada vez que me llamaba «amor mío», mi alma saltaba de alegría. Apenas podía creerlo y, al mismo tiempo, lo sentía como lo más natural del mundo. Todas las piezas dentro de mí encajaban al fin.

Y así, sin más, entre palabras cómplices, miradas cargadas de esperanza y risas sensuales, nos metimos en mi dormitorio y nos tumbamos en la cama. Me abrazó con cuidado, como si un gigante jugara con una delicada flor. Así me sentía yo.

Tiró de la fina colcha hasta cubrirnos y su cola se enrolló en mi pierna, desde el tobillo hasta el muslo. ¡Cuántas veces había deseado ese roce!

Justo antes de cerrar los ojos, aproximó su rostro al mío y me besó con suavidad, solo con los labios. Un beso tierno y respetuoso, que nos encendió a ambos.

Mi mano buscó su pecho y se quedó ahí, vibrando con sus latidos, sintiendo su calor y su fuerza en las puntas de los dedos.

Y así, nuestra bella historia de amor retomó su camino tras un largo desvío.

Al fin habíamos llegado a casa.

18 LEONES
CALLIE

Coros de rugidos me despertaron en mitad de la noche. Por un momento, no sabía ni dónde me encontraba. Daryos estaba sentado en la cama, muy quieto, escuchando. Los rugidos eran bajos y prolongados.

—¿Qué demonios es eso? —dije arrodillándome en la cama y arrastrándome hasta él, cagada de miedo—. ¿Los hermanos perdidos?

Lo abracé fuerte por la espalda y apoyé la cabeza en su hombro. Su cola se me enroscó en la cintura con suavidad.

Él negó con la cabeza. El resplandor de la pareja de lunas arrancaba destellos verdosos a las líneas masculinas y marcadas de su rostro. Su ojo verde brillaba como una llama esmeralda incandescente.

—Leones.

Otra tanda de rugidos llegó hasta nosotros.

—Parece que haya muchos.

—Cientos.

Su cola me soltó y se levantó de la cama, directo hacia los arcos que daban a la calle. Yo le seguí, estremeciéndome con cada nueva explosión de rugidos. Cuando llegué a su altura, ahogué un grito de sorpresa.

Decenas de leones desfilaban bajo la ventana en dirección a la plaza de la aldea. Otros emergían de los márgenes de la selva y avanzaban hacia el mismo lugar. De todas partes salían leones de pelaje negro y ojos dorados, y se unían a la masa palpitante y rugiente que alfombraba la aldea.

—¿Qué está ocurriendo, Daryos?

—No tengo ni idea, amor. Estoy tan sorprendido como tú.

Se llevó la mano a la marca de la espalda y se rascó. Mi vista se clavó de inmediato en la espiral. Estaba enrojecida y tenía un ligero brillo.

Se apartó de la baranda y se dirigió a las escaleras. Bajamos a toda velocidad y salimos a la calle. Enzo se erguía sobre sus robustas patas, con la cabeza alzada y la mirada clavada en el mismo punto que la nuestra.

Daryos me cogió de la mano y empezamos a caminar entre los felinos hacia el lugar donde se estaban concentrando. Todos nos observaban a nuestro paso. Mejor dicho: observaban a Daryos. Su marca de la espiral resplandecía ahora con más fuerza, en un tono dorado.

Nuestros amigos empezaron a salir de sus casas y a moverse en la misma dirección.

—¿Qué demonios está ocurriendo, D? —preguntó Axeh con los ojos somnolientos. Caminaba hacia nosotros con Emi pegada a él.

—Hay cientos de ellos —dijo Xerx, apareciendo por un recodo junto a Jenny.

Lansh, Xioh, Ciench, Susi, Toruch, Lorna, Sulveh e incluso Sylvia, con su hijo a cuestas, fueron uniéndose a nosotros hasta que logramos llegar a la plaza. En cuanto entramos, la masa se abrió ante Daryos y yo, dejando un pequeño sendero entre los leones, que se amontonaban a cada lado.

Cyrus y Tina se asomaron a la escalinata del palacio, contemplando el espectáculo.

—No te separes de mí, Callie. Esto es muy extraño. Nos están mirando todos.

—Te miran a ti, amorcito. ¿No te das cuenta?

Avanzamos juntos, con Enzo guardándonos las espaldas, hasta situarnos en el centro mismo de aquella aglomeración. Parecía un mar de olas oscuras, suaves y calientes, meciéndose al son del rugido que lanzaban al unísono al cielo de la noche nemeniana.

Daryos se volvió a rascar la marca.

—Tu espiral está brillando, Daryos.

Giró un poco la cabeza para comprobarlo.

—Me quema.

Entonces, como si fueran un solo ente, doblaron las patas delanteras y agacharon las cabezas… en dirección a Daryos.

—Esto es lo más increíble que he visto nunca —murmuré.

Nuestros amigos y también los reyes se habían acercado un poco. Observaban la escena a una cierta distancia, tan asombrados como nosotros.

Un león inmenso al que ya habíamos visto antes, con una cicatriz que le atravesaba un ojo ciego, alzó el rostro y se aproximó hasta que su cabeza se detuvo a la altura de la de mi barog. Se miraron a los ojos en silencio.

De pronto, los rugidos cesaron. Tan solo rasgaban el aire las respiraciones.

—Parece que están esperando algo —murmuré.

—Creo que se han reunido aquí todos los leones de Nemea —dijo Daryos, atónito.

—Esto es…

—Échame una mano, amor. Tú sabes de estas cosas.

—Sé de *llitops,* Daryos, no de leones gigantescos. Esa es más tu especialidad.

—Tengo la piel de gallina —susurró.

Reflexioné un instante.

—Pregúntale si están aquí para ayudarnos en la guerra.

Abrió los ojos como platos.

—¿Y cómo se supone que va a contestar?

Puse los ojos en blanco.

—Un rugido para sí; dos para no —dije mirando a la cara al león de la cicatriz.

«Igual me he vuelto loca de remate», pensé, conteniendo una risa histérica. Esto empezaba a ser muy surrealista.

Daryos asintió e hizo la pregunta. El león emitió un único rugido, largo y grave.

—Pregúntale si los ha traído Enzo.

—¿Os ha traído mi león?

Esta vez, dos rugidos cortos y vibrantes.

Miramos a Enzo, que se mantenía erguido y tan expectante como nosotros. Sabíamos que él había reclutado a algunos, pero no a la mayoría, que parecían provenir de los rincones más lejanos de la selva.

—¿Quién os ha traído entonces? —preguntó mi barog con cautela, con un respeto reverencial.

—A eso no va a poder contestar con un sí o un no, amorcito, pero puedes…

La masa de felinos se agachó un poco más y su rugido sordo reverberó por todas partes. Lo sentimos en el suelo, en las palmeras, en el aire, en nuestra propia piel.

El león de la cicatriz levantó una de sus enormes patas y la posó en el muslo de Daryos. Agachó la cabeza y le dio con el morro con suavidad en el centro del pecho. Tras ese gesto, se inclinó como los demás.

—Tú los has traído hasta aquí, hermano —dijo Cyrus, que había avanzado hasta situarse junto a él—. Están aquí por ti, el barog de la profecía.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Daryos se quedó paralizado. Paseó la mirada por toda la masa vibrante de leones hasta clavarla de nuevo en el que tenía enfrente, que parecía el líder.

—Gracias, amigo mío —dijo con la voz quebrada por la emoción—. Será un honor que nos acompañéis en la batalla y luchar a vuestro lado.

Colocó la mano sobre la cabeza peluda del felino, y este y los demás rugieron de nuevo.

En unos segundos, los leones empezaron a dispersarse y se adentraron en la selva. Pero no se alejaron demasiado. Se quedaron ahí, vigilantes, a la espera de la llegada de nuestros enemigos.

Mi barog me cogió de nuevo de la mano y emprendimos el camino de regreso a nuestro hogar, rodeados de nuestros amigos. Todos los barogs de la aldea habían salido a contemplar el espectáculo y ahora observaban a su príncipe con orgullo.

Y cuando al fin llegamos a casa, Cyrus y Daryos se miraron y se abrazaron con fuerza.

—Ganaremos esta guerra, D. Vengaremos a nuestros padres y hermanos —dijo Cyrus.

Me emocioné ante esas palabras tan sentidas.

—Que los dioses te oigan, hermano. Lucharemos con todo lo que somos. Borraremos a ese monstruo de la faz de Nemea —contestó mi barog.

Tras separarse, se marcharon a sus casas y nosotros entramos en la nuestra. Enzo se restregó contra las piernas de Daryos y se tumbó en la sala.

Subimos las escaleras en silencio.

Una vez arriba, le agarré del brazo e hice que se girara a mirarme. Nuestros ojos se encontraron en la penumbra, tan solo rota por la suave luz de las lunas.

Me puse de puntillas, me agarré a sus hombros y le besé. Él me devolvió el beso con todo lo que tenía.

19 LOS HERMANOS PERDIDOS

La selva, Nemea, en la actualidad
Ux

Tras enviar a uno de sus barogs perdidos a avisar a las *aninfs* para que se pusieran en marcha y asegurarse de que las *nashies* acampaban no muy lejos de ellos, Ux ordenó a sus tropas que se detuvieran. Se instalaron en un claro a unas dos jornadas de la aldea.

Ya quedaba muy poco para que llegara el momento que tanto había ansiado: la batalla que le permitiría vengar todas las afrentas y humillaciones que había sufrido, así como culminar su venganza.

No es que ansiara la guerra en sí misma, pero tampoco la temía. La veía como un medio necesario para conseguir un fin. Terrible, por supuesto, pero así eran las cosas entre los de su especie.

Lo que más le preocupaba era que las descendientes sufrieran algún daño. Ni una sola de ellas debía padecer en ese enfrentamiento; él se aseguraría de ello. Había dado instrucciones precisas a todos sus barogs e inferiores de que su máxima prioridad era protegerlas. También se lo había dejado claro a las *aninfs* y a las *nashies*, aunque sabía que no podía fiarse de ellas por completo.

Solo esperaba que todo el mundo cumpliera sus órdenes a rajatabla y que las bajas fuesen mínimas.

Había algo más que le preocupaba casi tanto como lo anterior: su hijo, el príncipe Daryos de Nemea.

Desde que el despreciable Ooris le había contado la verdad sobre él, las cosas se habían complicado. Después de lo que había

sucedido en la primera guerra, no tenía la menor duda de que Daryos le odiaba tanto como Cyrus. A fin de cuentas, él había matado a sus padres y hermanos, dejándolos a ambos huérfanos y sin familia.

En realidad, no había matado a Tatiana, eso solo había sido un tremendo error por parte de un idiota a sus órdenes. Pero todo el mundo creía que sí lo había hecho. Él mismo se lo había dado a entender a Callie, que, a buen seguro, ya le habría contado a su barog y al rey todo lo que él le había confiado en su choza en los pantanos.

Y ahí radicaba el segundo problema.

Puede que, con astucia, hubiera podido intentar ganarse a Daryos y ponerlo de su parte o, al menos, lograr que sintiera suficiente curiosidad por su verdadero padre como para permanecer a su lado. Pero había tocado a su *hoa uhane* e intentado vincularse a ella, a la pareja de vida de su hijo. Y eso hacía la situación más difícil, porque los barogs se volvían muy territoriales y agresivos cuando otro macho se acercaba a sus hembras.

Así que debía pensar bien en las palabras que le diría a Daryos cuando se encontraran, ya que no dispondría de mucho tiempo para convencerlo.

Esa era precisamente una de las razones por las que mantenía con vida al anciano. Ooris podría corroborar que todo cuanto le dijera al príncipe era la pura verdad. Podría confirmar que Tatiana se había unido a él por propia voluntad y que era el verdadero padre de Daryos.

Además, Ux conservaba la carta que la anterior reina le había escrito mucho tiempo atrás. Aquella en la que confesaba que lo había amado y le pedía que pusiera fin al enfrentamiento. La había guardado todo ese tiempo en una bolsita de cuero que llevaba en un pliegue de piel impermeable cosido a cada uno de sus taparrabos. Era su joya más preciada. Esa carta demostraba que sus sentimientos por él habían existido y, por lo tanto, que Drashir y los ancianos habían urdido una gran traición para arrebatarle a su pareja.

Así que necesitaba al anciano, al menos hasta que terminara la guerra.

Si Ux vencía, obligaría a Daryos a escucharle y a escoger bando. Si perdía…, tal vez el testimonio de Ooris y la carta le salvarían la vida. Por lo que había oído durante todos esos años por boca de Yolk, el príncipe era un barog bueno y honorable. ¿Mataría un barog así a su propio padre si llegaba el caso?

Por un momento, Ux se preguntó qué aspecto tendría su hijo, si se parecería a él, cómo habría sido criarlo… Durante unos segundos, agradeció en silencio que Daryos no se hubiera encontrado en la aldea durante la primera guerra. De haberse cruzado sus caminos, habría matado a su propio hijo sin saberlo.

Trató de apartar todo eso de su mente, pues las sensiblerías no le llevaban a ningún sitio. Si se encontraban frente a frente durante la batalla o al final de esta, ya habría tiempo para preguntas y charlas. Ahora, su única preocupación debía ser vencer.

Sin embargo, ya que tenía a un anciano a su merced, no desaprovecharía la ocasión. Había muchas incógnitas acerca de su especie y los dioses sobre las que necesitaba respuestas.

Y Ooris era el único que podía dárselas.

Mientras Lorish gritaba órdenes a diestro y siniestro para que prepararan la cena y se organizaran para pasar la noche, Ux se acomodó en el suelo junto a Ooris. El anciano se mantenía en silencio, con la mirada en la hoguera recién prendida.

Las cuentas blancas y negras de los collares de Ux tintinearon cuando se giró a mirar al anciano.

—¿Por qué no nos deleitas con una transformación, Ooris? —preguntó con malicia.

—Creía que me habías prohibido hacerlo —dijo él sin inmutarse ni apartar la mirada del fuego.

El sol se había escondido ya y las llamas fluctuantes arrancaban destellos afilados a las facciones marcadas de Ux. Duras y hermosas al mismo tiempo.

—Siento curiosidad. ¿Realmente puedes hacerlo, después de tantos siglos reprimiéndote?

Como si se tratase de una señal de los dioses, el resplandor verdoso de la pareja de lunas se paseó por la figura cansada y un poco demacrada del anciano. Este apartó la mirada del fuego y la clavó en el rostro del jefe de los hermanos perdidos.

—Nunca he dejado de transformarme, Ux. No lo he hecho a menudo, pero lo suficiente para no atrofiarme.

—¡Ah, viejo astuto! Sabía que debía mantenerte con vida. Siempre has sido un tipo listo. Los demás no eran más que tus marionetas.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer conmigo cuando acabe la guerra, Uxuer?

—No adelantemos acontecimientos, anciano. Todavía queda mucho para eso. Por ahora, te necesito con vida. Date por satisfecho.

Se observaron el uno al otro durante unos segundos.

—No lograrás engatusar al príncipe, Ux. Jamás traicionará a su hermano para unirse a ti. Eso no sucederá.

—No me hará falta engatusarle, anciano. Para eso te tengo a ti. Tú les confirmarás que digo la verdad.

—Aun así, no funcionará. Esos hermanos son uña y carne, y mataste a toda su familia, los masacraste.

Ux rugió, enfurecido. Luego, se pasó la mano por la melena azabache para serenarse.

—No maté a Tatiana. Eso servirá de algo, ¿no crees?

—Les confirmaré que lo que dices es cierto, si es lo que quieres. Pero eso no te ayudará a esquivar la pena de muerte. No será suficiente.

—Por lo que yo sé, Daryos no es un barog corriente. Es bondadoso y todo el mundo le aprecia. No permitirá que asesinen a su padre.

—El único padre que conoció fue Drashir. Y lo amaba con locura. Ni siquiera yo puedo probar que sea tu hijo, aunque crea que así es, y no del antiguo rey.

Ux gruñó. En eso tenía razón. Solo un gran parecido podría convencerlo, y él no tenía ni idea del aspecto que tenía su hijo.

—Sembrará la duda; eso será más que suficiente. Confirmarás mis palabras, o te desangraré como a un rino.

Ooris suspiró.

—Confirmaré tus palabras porque es la verdad, aunque vayas a matarme de todos modos.

Ux esbozó una sonrisa maléfica y las motas negras brillaron como ónice pulido en ese mar azul que eran sus iris. Cogió un palo largo y retorcido, y removió los troncos de la hoguera.

—¿Se parece a mí? —preguntó Ux con un leve temblor en su voz gutural.

—¿El príncipe?

El barog perdido asintió.

—¿Nos parecemos? —insistió.

Ooris reflexionó un instante. Ya no tenía sentido ocultarlo. Tarde o temprano, Daryos y Ux se encontrarían en el campo de batalla, vivos o muertos. Si le había contado lo demás, no importaba proporcionarle esos detalles. Quizás, cuanto más supiera de su hijo, más se inclinaría a mantener a Daryos con vida. No creía que nada ni nadie pudiera ablandar el corazón de piedra de Ux ni hacerle cambiar de idea respecto a la guerra, pero no dejaría de intentarlo.

—Se parece a ti, pero también a su madre. Sus facciones son un poco más suaves que las tuyas. Tiene el cabello tan negro y espeso como tú y… —Se quedó callado, evocando la mirada tan especial del príncipe. Tan única.

—Continúa, anciano —dijo expectante. Apenas era consciente de que estaba conteniendo la respiración.

—Tiene un ojo de cada color. Uno verde esmeralda, como los de la bella Tatiana. El otro…, azul como los tuyos, aunque libre de motas negras.

Ux sintió una presión en el pecho y una nueva carga sobre los hombros que jamás había experimentado hasta ahora. Volvió a remover la hoguera y se detuvo, con la mirada perdida en algún punto de las llamas.

—Creo que no se te habrá pasado por alto, Ooris, que mi hijo es el poseedor de la marca de la espiral sagrada. El barog de la

profecía. Ironías del destino, supongo. —Soltó una risa amarga—. Los dioses son unos bromistas, ¿no crees?

—Los dioses nunca se equivocan.

El rostro de Ux se volvió serio y volvió a mirarlo a los ojos.

—Entonces, anciano, convendrás conmigo que Tatiana y yo estábamos destinados a estar juntos y engendrar a Daryos.

—Así es, Ux. Pero no significa lo que estás pensando.

—¿Y qué estoy pensando, vejestorio?

—Que eso demuestra que ella era tu *hoa uhane*, que erais pareja de vida, y que Drashir y nosotros nos interpusimos en vuestro destino.

—¡Por supuesto que significa eso! Rompisteis una pareja sagrada, Ooris. Y pagarás por ello.

—Te equivocas. Sabes bien que es posible engendrar fuera de la unión sagrada, tú mismo lo has experimentado. Me contaste que la humana Sylvia se quedó embarazada durante el cautiverio y que dio a luz a un bebé barog perfecto, que posiblemente también es hijo tuyo.

—Eso es distinto —dijo Ux rechinando los dientes.

—Dejaste embarazada a Tatiana y puede que seas el padre de Daryos, pero eso no significa que ella fuera para ti.

Ux se puso en pie de un salto, furioso.

—No hagas que me cabree, anciano.

—Rompiste las leyes sagradas de tu pueblo y sufriste por ello. Tú mismo te buscaste tu ruina, no nos culpes a los demás.

—Si aprecias tu vida, rata asquerosa, no seguirás por ese camino. Mi paciencia tiene un límite.

Ooris no añadió nada más. Se sumió en el silencio y aceptó el cuenco de estofado que Lorish le ofreció en el momento oportuno. El segundo al mando los miró de reojo a ambos. El ambiente se había caldeado demasiado.

—Puedes decir lo que quieras, anciano. Yo sé la verdad. Tatiana y yo estábamos destinados a encontrarnos y unirnos, y nuestro hijo, el barog de la profecía, es prueba de ello. Todo lo demás… es un misterio —dijo el jefe, recuperando su autocontrol.

—Solo los dioses saben la verdad, Uxuer.

Este agitó la mano para dar por zanjado el tema. Le pidió a Lorish que le sirvieran más estofado y este mandó a un barog a llenarle de nuevo el cuenco. Engulló la segunda ración como si todavía no hubiera probado bocado y aún siguiera hambriento.

Tal vez el hambre que perduraba siempre en su cuerpo era, en realidad, de otro tipo.

—Cambiemos de tema, anciano, antes de que me aburras tanto que decida darte de comer a las *nashies*.

Ooris sonrió con tristeza.

—¿De qué quieres hablar, Uxuer?

—Cuéntame todo lo que sepas del portal.

—Entonces, acabaré pronto. Lo único que sé es lo mismo que tú: se abre cada doscientos años y nos permite traer a Nemea a las descendientes con el fin de perpetuar la especie.

—¿Por qué cada dos siglos? —preguntó, dándole un trago al licor de moras. Lorish lo destilaba bastante bien, pero no era tan dulce como el que solía beber en la aldea mucho tiempo atrás.

¡Cuántas cosas echaba de menos de aquel lugar!

—Imagino que tiene que ver con las generaciones humanas, para que las descendientes no se conozcan entre sí y las desapariciones se diluyan con el tiempo. Así las nuevas generaciones olvidan lo que pasó y no pueden evitar la siguiente oleada de secuestros.

—Tiene sentido —murmuró Ux.

—Por lo que me han contado algunos de los que estuvieron en la Tierra la última vez, la esperanza de vida de los humanos se alarga y pueden llegar a vivir entre ochenta y noventa años gracias a sus avances. Quizás algún día lleguen a los doscientos; no sé lo que ocurrirá entonces.

El barog perdido reflexionó.

—¿Quién abre el portal?

Ooris se tensó.

—Los dioses.

—Sé más específico. —El destello en los ojos de Ux fue amenazante.

—No lo sé.

—¿Los seres alados? Hay estatuas de ellos en el templo y leyendas de que los han visto en las tierras remotas de Nemea. Así que no me mientas anciano; algo tienes que saber.

—Desconozco si los seres alados abren el portal o si solo son meros vigilantes al servicio de los dioses que velan porque todo ocurra como debe ser. Los ancianos nunca hemos podido influir en la apertura ni sabemos cómo sucede. Simplemente, un día, hace millones de años, el portal se abrió y trajo aquí a nuestros primeros antecesores humanos, que evolucionaron como barogs en Nemea para adaptarse a este planeta.

—Esa es la misma historia que se nos cuenta desde siempre. No te ofendas, pero yo le veo muchas lagunas.

—Lagunas o no, es lo único que sabemos.

—¿Alguna vez intentasteis forzar la apertura del portal? Nos sería muy útil poder movernos a voluntad entre ambos mundos y conseguir hembras cuando nos diera la gana.

Ooris lo miró como si él no fuera más que un niño inocente e ignorante. Ux apretó la mandíbula para no arrancarle la cabeza.

—Eso lo dices porque no conoces bien a los humanos. Han evolucionado mucho desde que tú cruzaste a su mundo. Si eso ocurriera, acabarían por darse cuenta de nuestra existencia. Entonces, vendrían aquí con sus inventos y aniquilarían a nuestra especie.

Ux soltó una carcajada.

—Los barogs somos mucho más fuertes, anciano. Un humano no tiene nada que hacer contra uno de nosotros.

—Uno no, pero ¿unos cuántos miles de millones? Nos exterminarían. Nos superan en número de un modo apabullante y la suya es una civilización mucho más avanzada que la nuestra.

Ux lo miró pensativo.

—Son insignificantes, Ooris. Si piensas de ese modo, es que te estás debilitando más de lo que creía. Eres un viejo temeroso.

Los barogs perdidos y los inferiores a su alrededor empezaron a tumbarse en el suelo, con la cabeza sobre el zurrón o una almohada improvisada de hojas de palma, preparados para

descansar. Les quedaban todavía dos largas jornadas hasta la aldea y, después, una cruenta guerra.

Mientras los barogs de la aldea dormían en sus cómodas camas junto a sus *hoa uhanes*, ellos lo hacían al raso, envueltos en el calor sofocante de la selva y con solo un puñado de *aninfs* para descargar tensiones. Las demás, lideradas por Ausinca, se reunirían con ellos en un punto cercano a la linde de la selva, a pocos kilómetros de la aldea.

El anciano terminó su cena y se aovilló, con un brazo bajo la cabeza y la mano sobre el colgante de la espiral.

Ux permaneció sentado un rato más, paseando la mirada por todos sus barogs y preguntándose si serían suficientes para vencer.

—¿Por qué esas leyes sagradas tan crueles? Las marcas a fuego en las descendientes, las cacerías, las prohibiciones de unirse con las hembras en la Tierra… ¿Por qué, anciano? Y no me hables de los dioses.

Ooris suspiró.

—Porque ellos nos las dictaron.

La musculatura de Ux vibró.

—¿Los seres alados?

Asintió.

—Nos dijeron que de ello dependía la supervivencia de la especie barog. Nos impusieron pocas normas, pero debíamos cumplirlas. Solo así engendraríamos, sobreviviríamos, y avanzaríamos por el camino correcto —explicó.

Tal vez no debería haberlo mencionado, pero estaba cansado y algo le decía que debía usar todo cuanto pudiera para disuadir a Ux de la barbarie que estaba a punto de cometer… otra vez.

Porque, si vencía, sería el fin de los barogs. El rey Cyrus debía ganar a toda costa.

—¿Y les creísteis sin más? —preguntó.

Aquello sonaba absurdo, como un cuento para niños. Uno que les habían obligado a creer y a seguir durante muchísimo tiempo. Él le pondría fin.

—Yo no estaba allí, Ux. Fueron los ancianos muy anteriores a mí. Desconozco si una parte del mensaje se tergiversó por el

camino.

—Todo este tiempo habéis mantenido unas leyes absurdas, dictadas por los seres alados, los dioses o quiénes demonios sean, ¿y jamás os las habéis cuestionado?

—Uno no cuestiona a los dioses, Uxuer.

—Podría llegar a comprender algunas de esas normas, en aras simplemente a controlarnos a todos y mantener un orden en la especie. Pero ¿las brutales cacerías? Tendría que haber otro modo de emparejarse. ¿Y marcarlas a fuego? Eso no sirve más que para atormentarlas. Y luego el bárbaro soy yo —dijo con una carcajada siniestra.

—Por si no te has dado cuenta, los barogs seguimos aquí, más numerosos y fuertes que nunca.

—Dudo mucho que sea por esas leyes sagradas de mierda. Cuando gane esta guerra, lo primero que haré será imponer mis propias normas. Se acabó la tiranía del templo, de los ancianos y de los dioses y sus enviados, si es que eso es lo que son esos entes que casi nadie ha visto. Puede que no sean más que un invento vuestro y que ni siquiera existan. Esculpís unas estatuas misteriosas, os sacáis unas cuantas leyendas de la manga…

—Desapareció una especie entera por no hacerles caso, Ux. Esto no es ninguna broma.

—¿Las antiguas *aninfs*? Otra de vuestras patrañas. Nadie sabe siquiera si fueron reales.

—¿Acaso no has visto nunca las extrañas inscripciones que hay en diversos puntos de Nemea? ¿En la Gran Roca, por ejemplo?

—Por lo que a mí respecta, podríais haberlas hecho vosotros mismos.

—Si ganas esta guerra y no respetas las leyes ni las tradiciones de tu pueblo, llevarás a tu especie a su fin, Uxuer. A la extinción.

—¿Es una amenaza, viejo?

—Es solo un consejo de alguien que ha visto pasar muchos más siglos que tú. Piénsalo bien, antes de que el daño a tu gente sea irreparable. Todavía estás a tiempo de detener esta guerra.

Se quedaron en silencio.

—Duérmete, anciano. Tú también necesitas descansar.

Ooris no insistió. Observó la danza de las llamas durante unos segundos y cerró los ojos. Pese a su terrible situación, el agotamiento lo noqueó y se durmió enseguida. Su alma, más que su forma humana, estaba cansada.

La hoguera se apagaba lentamente mientras los ronquidos de los barogs y los inferiores llenaban el aire, junto con los gemidos de los pocos que fornicaban con alguna *aninf* en algún rincón.

Ux se tumbó al fin, bocarriba, con la vista fija en las estrellas y los brazos doblados bajo la cabeza.

Dos astros más brillantes que los demás llamaron su atención. Siempre le había gustado contemplar el cielo de la noche nemeniana. Solía hacerlo a veces en los pantanos, cuando su choza lo asfixiaba y necesitaba salir de allí. En esas noches, buscaba a Penny en secreto y la llevaba cerca de la choza grande de la colina. A ella también le gustaba contemplar las estrellas junto a él.

Se había acostado con todas las descendientes cautivas, pero ninguna de ellas, ni siquiera la deliciosa y valiente Susi, o la dulce Sylvia, le habían calado de ese modo tan hondo. La ternura y la comprensión de Penny le habían tocado el alma.

Cuando ella lo miraba, tenía la sensación de que le veía de verdad. No a un monstruo hijo de puta, sino a él. Ella le escuchaba y, por increíble que pudiera parecer, no le temía. Jamás se apartó ni retrocedió ante él. Jamás rehuyó sus caricias ni la proximidad de su cuerpo. Lo miraba a los ojos, con los suyos color miel llenos de algo que ni siquiera se atrevía a analizar.

Puede que no sintiera por ella el impulso arrollador y enfermizo, el amor incendiario y obsesivo, la atracción ardiente que sentía por Tatiana. Pero era innegable que sentía algo por Penny. Despertaba en él sentimientos que ni siquiera sabía que existieran ni que jamás le serían correspondidos. Alentaba en él una esperanza que no podía permitirse. Le hacía sentir una vulnerabilidad peligrosa. La había sentido con Tatiana y su historia había acabado en un desastre espantoso.

No podía volver a caer en algo así.

Además, cuando conoció a Penny, la muerte de la reina era muy reciente y todavía la lloraba en silencio, en la soledad de su choza.

Por eso mismo se la había asignado a otro barog durante los primeros años. El más bondadoso de cuantos formaban los hermanos perdidos; él lo había escogido para ella. Y se había asegurado de que jamás le hiciese daño ni la obligara a hacer nada que ella no deseara. Si la hubiese forzado una sola vez en contra de su voluntad, él mismo lo hubiese despellejado.

Ux siguió llevándola a la choza de la colina de vez en cuando, incapaz de prescindir de ella por completo.

Después, cuando iniciaron las rondas y todo se volvió más duro para las descendientes, la sacó secretamente de la rueda e hizo que solo yaciera con él cuando le tocaba su turno. Obligó a los demás a guardar silencio y a no contárselo nunca a las otras mujeres. Todas creían que Penny participaba igual que las demás, y ella tampoco lo desmintió.

Quizá ni siquiera debería haber establecido esas rondas, fue demasiado para las humanas. Pero era el único modo de intentar engendrar descendencia. Estaba desesperado y no se le ocurría otra manera.

Al menos hizo lo que pudo para que Penny no sufriera, para que jamás volviera a tener que soportar lo que había soportado con su barog, Gushia. Tal vez eso no había sido suficiente. Tal vez debería habérsela quedado para él desde el principio. Puede que hubiera cometido un tremendo error.

Allí, tendido en el suelo junto a la hoguera, sus pensamientos lo traicionaron y evocaron viejos recuerdos.

Recuerdos del espantoso día en que murió Tatiana… y Penélope irrumpió en su vida.

20 QUE LOS DIOSES NOS PROTEJAN
PENNY

La selva, Nemea, hace diez años

Su mano enorme agarraba mis muslos por detrás, sujetándome bien sobre su hombro para que no me cayera. A nuestro lado, corrían muchos de los suyos, varios de ellos acarreando también a alguna mujer. Otros se habían desperdigado y nos llevaban ventaja o iban detrás de nosotros.

Mi captor, Ux, líder de los hermanos perdidos, daba órdenes a diestro y siniestro a sus hordas. Habían sido derrotados, pero la victoria de la aldea, a buen seguro, sería amarga.

Porque muchos barogs habían muerto.

Porque nos habían capturado.

Y porque Drashir y Tatiana habían sido asesinados.

Mi mejor amiga ya no estaba y, con ella, había desaparecido toda su familia. Los únicos de los que no sabía nada eran sus dos hijos menores, Cyrus y Daryos, a los que ella había amado con locura. Puede que hubiesen sobrevivido. De ser así, el joven Cyrus pronto subiría al trono para reinar sobre un pueblo devastado por la guerra.

Cerré los párpados con fuerza para contener las lágrimas. Apenas lo conseguí.

Los rugidos y gruñidos de los barogs perdidos y de los temibles híbridos retumbaban a nuestro alrededor. Desde que salimos de la aldea, horas atrás, apenas habíamos parado un par de veces a descansar unos minutos. Ux me había dado agua de su

cantimplora de piel y había ordenado a los otros que dieran de beber a todas las mujeres.

Sylvia y Susi, tan aterrorizadas como yo, cruzaron miradas conmigo, pero ninguna de las tres se atrevió a moverse. Las otras sollozaban o se encogían, sumidas en el terror más absoluto.

Sin embargo, había algo que me diferenciaba de las demás: yo no iba a echar de menos a Gushia ni a llorar su muerte. Verlo morir ante mis ojos me había imbuido de una extraña paz. Me sentía como si, al fin, después de siglos sometida, me hubiera quitado un enorme peso de encima, lo cual no distaba mucho de la realidad.

Cuando Ux clavó sus ojos azules, claros y luminosos, en los míos y volvió a recorrerme de arriba abajo, tal como había hecho en el palacio, temblé. Por supuesto, tenía mucho miedo. No había que ser muy lista para adivinar lo que nos esperaba cuando llegásemos a nuestro destino. Aun así, la sensación de liberación era superior al temor. Estaba tan acostumbrada a los maltratos y la obsesión de Gushia que, por muy terrible que fuese lo que nos esperaba en los pantanos, al fin era capaz de respirar de nuevo.

No podía decirse lo mismo de mis amigas, cuyas expresiones de profunda tristeza me inundaban de pena. No tenía ni idea de lo que les había sucedido a Sonah, Ciench o cualquiera de los otros, ni tampoco de si los barogs de la aldea lograrían encontrarnos.

Tras la tercera parada, Ux dio orden de no detenernos hasta que llegásemos a los pantanos, ese lugar de pesadilla del que tanto había oído hablar, pero que nadie conocía de verdad.

—Lorish, quédate en la retaguardia y espolea a los rezagados. No quiero sorpresas de última hora —ordenó Ux a quien parecía su segundo al mando.

—No nos siguen, jefe. Podemos estar tranquilos.

—Lo estaré cuando alcancemos el asentamiento. ¿Te crees que van a permitir que nos llevemos a sus mujeres sin más? —gruñó.

—Solo digo que les hemos dado donde más duele.

El cuerpo entero de Ux vibró. Lo sentí por todas partes mientras me agarraba a su espalda musculosa para no irme de

bruces al suelo. Él no iba a permitir que me cayera, pero el vértigo era considerable. Era un barog enorme.

—¿Acaso debo recordarte que hemos perdido, Lorish?

—Aparecieron los guardianes, jefe. Luchábamos en desventaja.

Ux murmuró una ristra de improperios con su voz cavernosa, la mitad de los cuales ni siquiera comprendí.

—Al menos mataste a la familia real —insistió Lorish.

Me entraron náuseas.

—No a todos, idiota.

—Y les hemos robado unas cuantas humanas descendientes. Yo diría que hemos ganado bastante.

Tuve la sensación de que, de no cargar conmigo, le habría arrancado la cabeza.

—¿Cómo piensas repartirlas, jefe? Creo que son alrededor de una docena, y nosotros somos más.

—Todavía no he pensado en ello. No es que haya tenido mucho tiempo.

Resopló un par de veces y su segundo al mando tuvo la prudencia de cerrar la boca un rato y aflojar el ritmo para esperar a los rezagados e instarlos a ir más rápido.

—¿Vas bien, mujer? —me preguntó de pronto, con esa voz gutural que me erizaba la piel.

Tardé unos segundos en reaccionar. Esperó pacientemente a que respondiera.

—Sí —contesté con un hilo de voz.

—Ya queda poco. Cuando lleguemos, tú y las demás podréis descansar.

Aunque no pudiera verme la cara, asentí igualmente.

Seguimos avanzando hasta adentrarnos en una zona pantanosa, donde el aire era más sofocante y viciado que en el resto de la selva. Los troncos de las palmeras y los helechos se oscurecieron, tornándose de una tonalidad verde grisácea. Los arbustos desaparecieron o se convirtieron en matojos raquíticos, y los caminos se volvieron senderos embarrados.

Hasta donde mi vista podía alcanzar, la ciénaga se extendía por todas partes.

—Estad atentos. Si detectáis movimiento en el agua, tocad el cuerno. Lo que menos necesitamos ahora es toparnos con un pulpo.

«¿Se refiere a los temibles pulpos gigantes? ¿De verdad existen?», pensé, aterrorizada.

No cabía duda de que acababa de adentrarme en un territorio completamente desconocido, el lado más tenebroso del planeta. Tenía la sensación de que era el inicio de una nueva vida, tan distinta de la anterior.

Ux se hundía en el agua turbia hasta las rodillas y arrastraba los pies por el barro sin flaquear. Daba la impresión de que apenas notaba mi peso, como si no fuera más que un ligero fardo para él.

Cuando al fin llegamos a su asentamiento, ubicado en un amplio claro en el corazón de la zona pantanosa, se me cayó el alma a los pies. La ciénaga se detenía en la linde de la vegetación, pero el suelo entre las chozas estaba enfangado. El lugar era mucho más sencillo y primitivo que la aldea, y había bastantes menos chozas.

Cuando varias aninfs salieron a nuestro encuentro, se me encogió el estómago. Aquellos bichos, casi desconocidos para nosotras, tenían fama de ser inofensivos, pero no por ello su aspecto era menos aterrador. Las había hembras y machos, y algunas copulaban en un rincón a la vista de todos.

Una de ellas se encontraba sola, de pie ante una choza mucho más grande que las demás. Nos miró fijamente con sus extraños ojos plateados mientras los barogs que nos transportaban desfilaban por la arteria principal del asentamiento.

Unos segundos después, nos depositaron en el suelo y, tras ofrecernos agua y un poco de comida, Lorish nos condujo a aquella choza grande.

—Por el momento, os hospedaréis aquí —dijo, abriendo la reja de madera que funcionaba como puerta.

—Esto es horrible —susurró entre sollozos una de las descendientes a mi espalda.

Una vez dentro, nos encontramos en un espacio amplio, pero bastante oscuro, con jergones desperdigados por el suelo y una

zona de cacharros de cocina.

Cuando Lorish cerró la reja tras nosotras, Sylvia, Susi y yo nos sentamos acurrucadas unas con otras sobre uno de los jergones del fondo. No intercambiamos ni una sola palabra. Nos limitamos a cogernos de las manos y a mantenernos juntas.

Las demás mujeres nos imitaron y formaron tristes grupitos aquí y allá.

—Que los dioses nos protejan —murmuró Susi. Había un terror absoluto en sus ojos verdes, pero también odio y determinación.

Solo esperaba que no hiciera ninguna tontería. Esos barogs perdidos no parecían demasiado comprensivos ni razonables. Hasta ahora no nos habían hecho daño, pero eso no significaba que las cosas no fueran a cambiar.

Lorish se asomó entre los barrotes.

—Descansad un poco. El jefe decidirá pronto qué hacer con vosotras —dijo antes de marcharse.

Y en cuanto desapareció, el llanto y los temblores aumentaron dentro de esa celda infernal.

Nuestro nuevo hogar.

21 POR SI NOS QUEDA POCO TIEMPO

CALLIE

Ese beso estaba cargado de tantas cosas que se me encogió el corazón. Nos encontrábamos a las puertas de la mayor guerra de la historia de Nemea. Los dos bandos nos estábamos preparando a conciencia, reuniendo todas las fuerzas posibles. El rey, el príncipe, los guardianes y todos los barogs de la aldea eran guerreros experimentados y estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de protegernos. Pero las motivaciones de Ux también eran muy fuertes: odio, rencor, venganza y ansias de poder y de conquista.

Por mucho que quisiera creer que íbamos a vencer, cualquier desenlace era posible. La mirada celeste de Ux, astuta y curiosa, me vino a la mente. Ese barog no era ningún tonto impulsivo. Vendría a por nosotros cuando estuviera convencido de que podía ganar. Solo en ese momento conduciría a sus temibles hordas directamente hacia la aldea. Lo daría todo en la batalla, porque él sabía tan bien como nosotros que era su última oportunidad.

Quería pensar que la marca de la espiral sagrada en nuestra piel nos confería el favor de los dioses. ¿Por qué, si no, le estarían enviando esas extrañas premoniciones a Daryos? ¿Por qué, si no, facilitarían que nos pudiéramos comunicar de ese modo con los animales?

La aparición en la aldea de cientos de leones que se inclinaban ante mi barog había sido muy impactante. Y, aunque menos llamativos, mis *llitops* también iban a desempeñar un papel clave en el enfrentamiento, en la trampa contra las *nashies*.

Aun así, nadie sabía realmente lo que deseaban los dioses.

—¿Estás bien, Callie? —dijo cuando nuestros labios se separaron.

—Todo lo que ha ocurrido esta noche ha sido... —Negué con la cabeza—. Ni siquiera sé cómo describirlo.

—Yo tampoco. No tengo ni idea de lo que nos está pasando, *hoa uhane*; pero, si eso supone más fuerzas de nuestro lado, es bienvenido. Reconozco que me inquieta bastante, pero necesitamos toda la ayuda que los dioses nos puedan enviar.

Asentí.

—Me gustaría... —empecé, pero la voz se me quebró enseguida.

Me sonrió con ternura y me acarició el rostro.

—¿Olvidarte de todo por un rato? —preguntó con su hermosa voz grave.

—Eso mismo, sí. Ya veo que, además de tener premoniciones, lees la mente.

Soltó una suave carcajada y me abrazó con fuerza. La calidez de su cuerpo se filtró en el mío hasta la médula.

—Puede que en dos días esos monstruos lleguen hasta aquí, así que intentemos disfrutar el uno del otro... —Se calló en seco.

—... mientras aún podamos —concluí yo, temblorosa.

Se apartó un poco de mí y nos miramos a los ojos.

—Ganaremos, Callie, te lo prometo.

—Al menos, lo intentaremos, ¿verdad?

—No permitiré que nadie te haga daño. Te protegeré con mi vida, y eso sí puedo jurártelo.

Me estremecí.

Mis ojos se pasearon por sus atractivas facciones, memorizándolas una a una, y le acaricié la mejilla, intentando transmitirle todo lo que sentía por él: ese amor tan grande que desbordaba mi alma.

—Lo sé —le dije, posando la mano en su pectoral, sobre el corazón, para sentir sus poderosos latidos—. Y por si no tengo otra ocasión de decírtelo, quiero que sepas que...

Palideció.

—No digas eso, amor. Podrás decirme todo lo que quieras durante miles de años. Sobreviviremos a esta guerra y disfrutaremos de una larga y placentera vida juntos.

—Seguro que sí, pero por si acaso...

—Callie... —suplicó.

—Déjame decirte esto, por favor —le pedí. Él asintió, no muy convencido, y clavó sus ojos dispares en los míos. Ya jamás podría vivir sin esa mirada—. Quiero que sepas que te lo he perdonado todo, de verdad, de corazón, sin rencores ni resquicios. Quiero que sepas que, si volviésemos atrás, te seguiría hasta Nemea con los ojos cerrados. Quiero que sepas que eres el barog y el hombre más bueno, maravilloso, divertido, leal, valiente y, por supuesto, *sexy* del universo.

Aunque las lágrimas le anegaban los ojos, soltó una carcajada de pura felicidad.

—Me has emocionado mucho, amor. Todo eso que sientes por mí me honra. Nada podría hacerme más feliz que escucharte decir eso.

—Espera, que falta la mejor parte.

Estrechó su abrazo en torno a mi cintura.

—Ah, ¿todavía hay más?

Asentí.

—Y quiero que sepas que te amo con locura y que estoy deseando pasar contigo el resto de nuestra larga existencia.

En cuanto pronuncié la última palabra, sus manos subieron hasta mi cuello y su rostro se inclinó sobre el mío.

Entonces, me besó. Un beso apasionado y hambriento.

La vibración de su cuerpo hizo temblar el mío cuando empezó a transformarse, sin apartarse de mí, con su boca todavía pegada a la mía. En apenas unos segundos, los colmillos, las garras y la cola desaparecieron hasta mostrarme a la versión humana de mi barog. ¡El hombre más espectacular de todos los mundos!

—¿Y esta sorpresita? —pregunté alzando una ceja.

—Como tú has dicho, por si nos queda poco tiempo, *hoa uhane* —dijo con la mirada rebosante de amor y una pizca de tristeza.

Asentí y, tras contemplarlo de arriba abajo con anhelo, me agarré a sus hombros y lo atraje hacia mí de nuevo.

Poco importaba en realidad cuál de las dos pieles vistiera. Ambas eran magníficas y escondían un corazón inmenso y puro.

Mientras su lengua se abría paso en mi boca para devorarme, lo empujé por el pecho hasta la cama. Cuando sus pantorrillas musculosas chocaron con el borde, le pedí que se sentara.

—Mmm, ¿en qué estás pensando, *hoa uhane*? —ronroneó mientras obedecía y clavaba la mirada en mis tetas.

Me fascinaba que siempre me mirara como si yo fuera algo nuevo, excitante, sorprendente y terriblemente *sexy*. Como si fuera la primera vez que me veía. Me hacía sentir hermosa y deseada.

Me coloqué entre sus muslos y le tiré del pelo hacia atrás para que me mirara a los ojos.

—En cabalgarte como te mereces, ¿qué otra cosa si no, amorcito?

Me agaché un poco y desaté el taparrabos. Apoyó las manos hacia atrás en el colchón y levantó las caderas para que pudiera quitárselo. Se me hizo la boca agua cuando su espectacular pene quedó a la vista, duro y firme, apuntando hacia arriba.

—Mmm, qué bien hecho estás, joder. Los dioses se emplearon a fondo contigo —murmuré, relamiéndome.

Él soltó una risilla, complacido.

La polla se le tensó un poco más y rugió. Lo ansiaba tanto que hasta me mareé. Le deseaba y amaba de un modo atroz. Deseo descarnado… y amor profundo y auténtico. Por algo era mi *hoa uhane*, las dos palabras más bonitas del universo.

Me incliné y le pasé la lengua por la garganta, fuerte y robusta, la línea marcada de la mandíbula y, finalmente, la unión de los labios, que abrió para mí.

Me hundí en su boca con desesperación mientras él me levantaba el vestido y me sentaba en su regazo, con una pierna a cada lado, y se enterraba en mí despacio, implacable y tremendamente excitado.

—Joder, esto es la mejor sensación del mundo —dijo con la voz enronquecida y los ojos clavados en los míos.

—Sin duda, amorcito —murmuré, incapaz ya de hilvanar dos pensamientos seguidos.

Tiró de mi vestido melocotón hacia arriba y me lo quitó. De inmediato, lo lanzó y cayó sobre su taparrabos. Era una suerte que lleváramos tan poca ropa: tardábamos un periquete en despelotarnos. Empezaba a apreciar las ventajas de no llevar bragas.

Me agarró un pecho y se llevó el pezón a la boca, saboreándolo como si fuese una de esas bayas exquisitas.

—Tarta de manzana con crema y fresas maduras. El mejor aroma del mundo —murmuró sobre la zona más sensible, restregando la nariz por mi piel.

Tras darme un lametazo que me erizó de la cabeza a los pies, me agarró por el trasero y me elevó sobre él. Salió de mi cuerpo hasta la punta y volvió a empujar, lanzando las caderas hacia mí.

Gemimos juntos, tan fuerte que Enzo emitió un gruñido de protesta en el piso de abajo. Que se aguantara o se fuera a dar una vuelta con esos amiguitos nuevos que habían aparecido en la aldea.

Daryos continuó moviendo las caderas con brío, impulsándose con los pies en el suelo y las manos en el colchón para enterrarse entre mis pliegues, recorrer mi humedad con su impresionante largura y penetrarme hasta el fondo.

¡Era un placer indescriptible!

Entraba y salía mientras yo me agarraba a sus hombros y gritaba, poseída por el espíritu de nuestra pasión.

—Mírame, amor mío —me dijo con la voz áspera, cavernosa —. No dejes de mirarme.

Y eso hice.

Anclé mis ojos en los suyos mientras entraba y salía de mi cuerpo, una y otra vez, y sus vaivenes se convertían en estocadas frenéticas y ávidas de mí.

Hice oscilar las caderas sobre él, montándolo sin darle tregua, sintiéndolo por todas partes, tan dentro de mi ser que no sabía dónde acababa yo y dónde comenzaba él.

—Te quiero, Daryos.

—Te quiero, Calista.

Y, esta vez, ya no me molestó que me llamara así. Daryos podía llamarme como quisiera porque se había convertido en mi familia… y en el amor de mi vida.

Las embestidas se hicieron todavía más enérgicas y descontroladas hasta que su pene empezó a sacudirse y vaciarse dentro de mí.

Alcanzamos juntos el orgasmo y, mientras su miembro se enganchaba en mi interior y Daryos rugía como el animal que era, lo abracé muy fuerte y él me rodeó también con sus brazos.

Nos quedamos así un buen rato, vinculados del modo más hermoso en que un macho y una hembra pueden unirse: en cuerpo, mente y alma. Un alma única bendecida por la espiral sagrada que marcaba nuestras pieles como hijos de Nemea… y elegidos por la profecía.

Y cuando al fin nos desenredamos, nos arrastramos sobre la cama y nos acercamos el uno al otro, piel con piel, satisfechos y felices, disfrutando de nuestros aromas y del eco de nuestros latidos.

—Tus ojos me vuelven loca. ¿Te lo había dicho alguna vez, amorcito? —solté con voz perezosa, medio adormilada, mirándolo a la cara.

—Muchas, amor. Pero puedes decírmelo siempre que quieras. —Él todavía sonaba enronquecido.

—No es habitual tener un ojo de cada color. Son muy hermosos y extraños.

—Los ojos de los barogs son muy especiales. ¿Te has dado cuenta? —preguntó, dibujando caricias en uno de mis pechos, después en una nalga… mientras yo paseaba los dedos por la zona musculosa de su vientre.

—A ver, los de Xerx y Xioh son impresionantes, con ese círculo naranja tan llamativo. Y los de Lansh y Ax, con ese verde radiante de tonalidades distintas, impactan un montón. Y los de… Bueno, todos tenéis unos ojos espectaculares. Pero los tuyos, amorcito, son únicos.

Él esbozó una sonrisa preciosa y se hinchó como un pavo, apretándome un poquito más contra su cuerpo, enorme y cálido.

—Nuestros ojos reflejan la herencia de nuestros ancestros. Mi madre tenía los ojos verdes esmeralda, como este ojo de aquí —dijo señalándoselo—. Y mi abuelo paterno tenía los ojos de un azul tan intenso como el cielo en el día más soleado de Nemea.

—Como este ojo de aquí —señalé yo. Le acaricié la mejilla, me acerqué a él y le besé el párpado del ojo azul.

—Así es, amor.

—Pues eso: que me encantan tus ojazos, barog.

Soltó una suave carcajada y me besó la frente. Me acurruqué contra su pecho y me dejé llevar por su aroma envolvente a chocolate, café y coco, y por el arrullo de los latidos de su corazón. Un corazón noble y valiente.

Puede que se acercara una guerra terrible, liderada por el peor de los monstruos, pero no podría con nosotros.

22 MONSTRUO

La aldea, Nemea, hace muchos siglos
Ux

Eve profería gritos desgarradores con cada una de sus contracciones, que se sucedían con apenas unos segundos entre una y otra. Su barriga abultada daba fe de que el bebé barog que llevaba en su vientre era grande. Por supuesto, como en todos los partos de Nemea, venía en su forma humana. Si una descendiente diera a luz a su hijo en su forma barog, probablemente moriría.

—¡Sacádmelo ya! ¡Este monstruo me está matando! —chilló Eve entre contracción y contracción, con las bellas facciones desfiguradas por un dolor atroz.

Tenía el cabello pegado a la piel sudorosa y todos los tendones y los músculos tensos por el esfuerzo. El parto se estaba prolongando durante horas y estaba exhausta.

Petequias rojizas decoraban sus párpados, fruto del esfuerzo, y había ojeras moradas bajo sus hermosos ojos.

Gorosh, su barog y un gran sanador, intentaba darle consuelo con palabras amables, pero ella no quería escucharle. Estaba furiosa con él por haberla dejado preñada.

Era un buen barog que siempre se había portado bien con ella, desde el día mismo en que se habían unido en la cacería. Gorosh e Eve habían tenido una bonita historia de amor al principio. Sin embargo, con el tiempo, en lugar de adaptarse a Nemea, ella empezó a odiar su nuevo planeta.

Añoraba a su familia en la Tierra y, aunque seguía sintiéndose atraída por Gorosh, comenzó a aborrecerlo también. Le echaba en cara que pasaba mucho tiempo fuera de casa para atender sus

quehaceres como sanador y ella se aburría allí sola, y se sentía abandonada.

Eve era una mujer sencilla, procedente de una época muy antigua de la Tierra, casi analfabeta y con pocos conocimientos del mundo, pero astuta e intuitiva.

—Ya falta poco, amor mío. Unos cuantos empujones más y le veremos la carita a nuestro pequeño —dijo Gorosh con paciencia mientras el sudor le corría por la frente y el pecho.

Él también estaba exhausto… y preocupado. Su hijo venía grande y le costaba salir, sobre todo porque Eve ya no podía más y el cansancio que acumulaba le impedía empujar con la fuerza necesaria.

Además, ese parto estaba siendo distinto a todos.

No le había mencionado a ella que el bebé se había transformado dos veces en barog ahí dentro, y que él temía por su vida. Por fortuna, hacía rato que permanecía como humano y su cuerpecito no había vuelto a vibrar. Rezó a los dioses del manantial para que siguiera así hasta que naciera.

—¡Solo quiero que lo saques! ¡No quiero saber nada de él!

La descendiente que ayudaba al sanador como comadrona miró a Eve con lástima. No era así como debía venir un niño al mundo; no con tanto resentimiento de su madre, sino con amor e ilusión, por mucho que el alumbramiento fuera traumático.

Mientras Gorosh se concentraba en animar a su mujer y sacar al niño, la comadrona se apiadaba de él. Todas las descendientes de la aldea conocían el veneno que destilaba Eve y lo bondadoso que era su barog.

A diferencia de su hoa uhane, él anhelaba ser padre desde hacía siglos. Siempre había deseado tener un hijo al que poder criar y transmitirle todos sus conocimientos y experiencia para que, algún día, se convirtiera también en un gran sanador.

Había intentado decidir el nombre con Eve, a la que amaba con locura. Pero ella no quería saber nada del tema. Le había escupido terribles palabras sobre que no deseaba ser madre y no iba a encargarse de ese hijo. Le importaba muy poco el nombre que su padre eligiera para él.

—¡Ya no puedo más, Gorosh! ¡Quiero que esto pare! —gritaba ella, con el vientre hinchado a punto de reventar.

El niño llevaba rato encajado y ya coronaba la cabecita, pero no acababa de salir.

—¡Empuja, Eve, ya veo la cabeza! Solo un poco más, amor. Ya sale. Por favor, una vez más, hazlo por mí.

Ella empujó con las pocas energías que le quedaban mientras sentía que ese bebé partía su cuerpo en dos. Hasta que, al fin, Gorosh lo tomó en sus brazos mientras la comadrona cortaba el cordón umbilical.

—Mi pequeño Uxuer —susurró el sanador, llamándolo por el nombre que él había escogido.

Lo contemplaba con una ternura infinita mientras el bebé de apariencia humana rompía en su primer llanto, a pleno pulmón, síntoma de fortaleza y salud.

Su padre sonrió con lágrimas en los ojos.

Eve había cerrado los párpados, a caballo entre el sueño y la vigilia, mientras la comadrona terminaba. La cubrió hasta la cintura y se retiró con discreción para dar intimidad a la pareja con su recién nacido.

El niño abrió de pronto los ojos, de un azul intenso y hermoso, y los clavó en el rostro de su padre.

—Hola, hijo mío. Acabo de conocerte y ya te quiero con locura. —La voz le temblaba de emoción.

Entonces, el cuerpecito que sostenía entre sus brazos fornidos vibró y, en apenas unos segundos, se transformó en barog. Uno precioso y saludable, que acababa de robarle el corazón a su padre por completo.

—Así me gusta, Uxuer —murmuró embelesado—. Eres un hermoso barog, un ser perfecto. Estoy seguro de que estás destinado a hacer grandes cosas.

Caminó hacia la cabecera de la cama y se sentó al lado de su mujer, con el bebé en brazos.

—Mira a nuestro hijo, Eve. Es el barog más hermoso de cuantos ha visto Nemea.

Ella entreabrió los párpados y lo miró de reojo.

—Apártalo de mi vista —murmuró, negando con la cabeza y girándose hacia el otro lado para no verlo.

—Eve, ¿no es un bebé precioso? —insistió él, hipnotizado con sus gorgoritos.

Lo sostuvo un instante con un solo brazo y le acarició la frente a su hoa uhane.

—Eve, amor, mírale. Es nuestro hijo, Uxuer. Podríamos llamarlo Ux, es un bonito diminutivo. ¿Qué te parece?

Se inclinó un poco y le besó la mejilla a su mujer.

Entonces, ella se giró a mirarle con los ojos muy abiertos, tan azules como los de su hijo, y con una voz gélida le soltó:

—Aparta a ese monstruo de mí. —Y desvió la vista de nuevo.

Él se estremeció, pero no se dio por vencido.

—Vamos, amor mío, sé que ahora estás cansada y dolorida, y yo voy a cuidar de ti. Pero este pequeño va a necesitarte. Eres su madre y acabarás adorándolo —insistió, esperanzado.

Ella no contestó.

Gorosh se quedó ahí sentado, admirando la perfección de su hijo, sin dar mucha importancia al comportamiento de Eve. En el fondo, era una buena mujer y acabaría por adorar al niño tanto como él. Esto no era más que una reacción involuntaria provocada por el estrés y el sufrimiento que había pasado durante el parto.

Pensó que solo sería pasajero y que criarían juntos a su hijo para que se convirtiera en un gran barog. Y se convenció de que sería una buena madre y le amaría de un modo incondicional, tal como él ya le amaba.

Por desgracia, se equivocó.

23 ¿QUÉ TE OCURRE?
LANSH

—Eso ha sido espectacular, Xioh. ¿Te puedes creer que el descerebrado de Daryos ha atraído a todos los leones del maldito planeta? —dije con entusiasmo.

Aquello había sido… ¡una puta locura! Nuestro querido D era el auténtico barog de la profecía. Esa marca monísima que tenía en la espalda desde que nació —¡y qué pedazo de espalda!— parecía que serviría para algo.

—Ha sido muy impactante —murmuró mi amorcito mientras entrábamos en casa.

Se fue directo a la mesa del rincón a hacer inventario de los suministros médicos otra vez.

—Al final, va a resultar que la pobre Callie no está tan loca y sí que se comunica con los pollos despeinados —comenté, soltando una sonora carcajada.

—Tal vez —murmuró de nuevo Xioh, con la vista fija en sus potecitos llenos de potingues y a saber qué otras cosas.

Por muchas veces que me explicara qué contenía cada uno y para qué servían, yo no me enteraba de nada. Puede que el hecho de que desconectara en cuanto empezaba a hablar de ello tuviera algo que ver.

—Hay que reconocer que esa parejita se lo curra. Entre los dos, nos han llenado la aldea de *llitops* coloridos, leones de todas partes y hasta una *aninf*. ¡Yo flipo con esos dos, te lo juro!

Adoraba al príncipe de toda la vida. Era uno de mis mejores amigos y, aparte de un polvazo increíble, tenía el corazón más grande de todo Nemea. Y a Calista la adoraba también, desde el instante mismo en que nos conocimos. ¡Cómo no hacerlo! Era lista,

divertida, fácilmente cabreable y una gran persona. ¡Ah! Y hacía muy feliz a mi amigo; eso era lo más importante. Nos habíamos hecho grandes amigos. En realidad, nos parecíamos bastante más de lo que ninguno de los dos estaría dispuesto a admitir jamás.

Me encantaba incordiarla, era uno de mis pasatiempos favoritos. ¡Ella tampoco se quedaba corta! Teníamos un rollo de esos muy guay al estilo de mejores amigos, pues nos podíamos soltar cualquier burrada que el otro nunca se enfadaba de verdad. En mi opinión, Nemea había mejorado muchísimo desde la llegada de esa profesora valiente y mordaz, que traía loquito a D y nos alegraba la vida a todos.

Desde que pisó nuestro planeta, a la pobre le habían pasado un montón de cosas horribles. Sin embargo, ahí estaba: con la cabeza bien alta y aprendiendo a tirar con arco como la que más, o al menos intentándolo.

Me reí para mis adentros con solo pensar en las clases de entrenamiento que le daba a ella y las demás. ¡Sus discusiones con Emilia eran épicas! Había que reconocerlo: aunque a mí las mujeres me atraían tanto como una piraña, debía reconocer que, desde que había llegado la última tanda a través del portal, mi existencia era una fiesta continua.

Y en gran parte era gracias a mi amiga.

—Me voy a tomar un poco de licor. Después de todas las emociones de hoy, necesito emborracharme —solté con otra carcajada.

Caminé hasta la despensa y cogí una de las jarras llenas de licor de moras, el preferido de casi todos los barogs, salvo de unos pocos rancios. ¡Hay de todo en la viña de los dioses!

—¿Te sirvo un poco? Por la cara que traes, lo necesitas más que yo.

Él seguía ahí, junto a la mesa, susurrando extraños nombres de pócimas y ungüentos. Mi amado sanador siempre había sido peculiar, por no llamarlo "rarito" directamente, pero hoy estaba más ausente y ensimismado de lo habitual.

—Xioh, te estoy hablando, tío. ¿Quieres un vasito de licor? Venga, que te subirá un poco el ánimo e igual, con suerte para mí,

también otra cosa —le dije guiñándole un ojo. Ni siquiera me miró.

«¡Pues sí que es grave el asunto!».

—No, gracias. Ya es de madrugada —contestó al fin—. Solo algo de zumo, por favor.

—Marchando, amorcito.

Jamás le confesaría a Callie que, en privado, yo llamaba a mi compañero del mismo modo que ella llamaba a su queridísimo barog. ¡Si es que hasta en eso nos parecíamos! No había duda: Calista y yo éramos amigos predestinados.

En cuanto serví ambos vasos, alcoholizado para mí y afrutado para mi sanador buenorro, me acerqué a él y se lo di. Me lo agradeció con un murmullo que ni entendí y se lo bebió de un trago.

—A ver, amor de mi alma, suéltalo ya, que me estás agobiando.

Al fin levantó el rostro y me miró. El precioso círculo naranja de sus ojos estaba más apagado de lo normal.

«Ups, mala señal».

—¿Qué?

Enseguida desvió la mirada de nuevo.

Solté un suspiro de exasperación pura. Le puse una mano en el hombro y le obligué a girarse hacia mí.

—¿Qué coño te pasa? Porque parece que acabas de enterrar a toda la aldea, Xioh.

—Por desgracia, eso es algo que puede llegar a pasar —dijo con un tono de voz incluso más grave que el suyo, que ya era de los más guturales, y muy lúgubre.

—No seas cenizo, hombre. Aquí no se va a morir nadie —solté, dándole un golpecito en la mejilla con suavidad.

—¿Te has olvidado de la guerra que se nos echa encima? Dos días, Lansh. Dos días y tendremos a ese monstruo y sus hordas aquí.

—Pueden venir los que quieran que no podrán con nosotros. ¿Quieres que te repita las fuerzas con las que cuenta Cyrus? Veamos… Todos los guerreros de la aldea, incluidos nosotros dos, que somos la hostia, los supermegafortachones guardianes del templo, los leones, las panteras, los…

—Ya vale, Lansh. Conozco nuestras fortalezas, no nací ayer.

—¡Joder, tío, hoy estás inaguantable!

—Claro, porque para ti la solución es tomártelo todo a broma.

—Cada uno tiene sus mecanismos para afrontar las cosas, ¿no crees, sanador?

Xioh solía ser el barog más sereno, centrado y de buenos modales de toda la aldea, y muy rara vez estaba de mala leche. Si ahora lo estaba, se debía a que la situación era muy grave. ¡Yo ya lo sabía!

—Oye, mírame. —Lo agarré por ambos hombros y lo zarandeé hasta que clavó sus ojos, ahora más encendidos, en mi rostro—. Sé tan bien como tú la mierda que pronto nos va a caer encima, ¿de acuerdo? No soy gilipollas. Pero preocupándome no gano nada, solo me hace perder energías.

Resopló, pero no se soltó de mi agarre. Si es que mi barog era un trozo de pan. Tan enorme, duro y macizo por todas partes, y por dentro puro algodón.

—Lo sé, pero, a veces, con tanto cachondeo me da miedo que no calibres bien el peligro en el que vamos a encontrarnos inmersos.

—¡Auch! ¿En serio piensas eso? Porque habría jurado que llevábamos un montón de años juntos y que me conocías al dedillo.

Él sacudió la cabeza y se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar.

—Lo siento, perdona, Lansh, esta noche no soy muy buena compañía. Supongo que la guerra inminente, las premoniciones de Daryos, las *nashies*, los leones… No sé. Ha sido demasiado para todos.

—Lo de Daryos es una bendición, amorcito. Gracias a él, ahora sabemos que esas hienas gigantes y apestosas vienen galopando hacia aquí. ¿Y quién va a ayudar a combatirlas? Pues Naranjito y su pandilla, los amigotes de Callie. ¡Manda huevos! —Solté otra carcajada.

—Shh, baja la voz. Los leones ya nos han desvelado a todos. Necesitamos dormir y descansar para tener nuestras fuerzas intactas para la batalla.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, vale, aguafiestas. Vayamos a dormir. —Lo agarré de la mano y tiré para que me siguiera al dormitorio, pero sus pies no se movieron ni un milímetro.

A la luz de las antorchas de nuestro hogar, los reflejos rojizos de su cabello oscuro resplandecían como rubíes. Todavía recordaba la primera vez que le pasé los dedos por el pelo, a orillas de aquel lago, la excitación y los nervios recorriéndome el cuerpo, sin tener ni idea de cuál sería su reacción.

—Ve tú, yo debo revisar las existencias.

—¿Otra vez? Te sabes de memoria todo lo que hay en esta mesa —dije, dando un golpecito a la madera. Entonces, suavizando la voz, añadí—. Ven a la cama conmigo, sanador. Lo tienes todo controlado; podrás curar a los heridos que lleguen a tus manos.

—¿A los que las *nashies* abran en canal también? —dijo con pesar, dejándose caer en el banco con los hombros un poco encogidos.

Me agaché frente a él, le agarré la mandíbula cuadrada con suavidad y le obligué a prestarme atención.

—Eh, eres el mejor sanador que ha tenido la aldea en siglos. Si alguien puede salvar a los desafortunados que reciban un zarpazo, ese eres tú. No tengo ninguna duda de ello, amor mío.

—Lo sé, es solo que… muchos morirán, Lansh.

—Aunque no lo creas, soy muy consciente de ello. Pero regodearme en esa tremenda posibilidad no me va a ayudar a mantenerme cuerdo y fuerte. Necesitamos dar lo mejor de nosotros en esa guerra. No podemos permitir que Ux venza. Eso sería el fin de la aldea y de la especie entera.

Él asintió.

—Nosotros nunca hemos luchado en una guerra, Lansh. Nos libramos de la última por la bondad de los dioses. Si hubiéramos estado ese día en la aldea, puede que ahora no estuviésemos aquí.

Suspiró.

—Pero aquí estamos. Quizás no hayamos peleado en una batalla así, pero tú y yo hemos pasado por muchas cosas, lo sabes bien. Tuvimos que afrontar el desprecio de buena parte de la aldea y

luchar por nuestro amor. La situación nunca fue fácil para nosotros —solté, mirándolo a los ojos—. Y nos hemos convertido en barogs guerreros y experimentados. Tú, yo y todos nuestros amigos. Somos los más fuertes y mejor preparados que han existido en la aldea en mucho tiempo.

—Lo sé, no dudo de ninguno de nosotros. Sé que combatiremos con honor y que lo daremos todo. Y aunque no podemos saber a ciencia cierta si venceremos, apostaría a que sí. Somos más y más fuertes que ellos. Los dioses no permitirán que gane el enemigo de la especie. Ese desalmado.

—Entonces, ¿qué te preocupa, sanador?

Sus ojos se llenaron de angustia.

—Que tú mueras. Que alguno de nuestros amigos o sus *hoa uhanes* sean asesinados. Me desgarra por dentro el dolor que muchos sufrirán, incluso si ganamos. Porque será una guerra espantosa.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Entonces, tiré de sus manos para levantarlo y ambos nos pusimos en pie. Sin mediar palabra, lo rodeé con los brazos y me apreté contra su cuerpo, piel con piel, músculo contra músculo.

—No nos ocurrirá nada malo, Xioh. No lo permitiremos.

—No lo sabes. Si algo te sucediera, yo…

—Shhh —lo interrumpí, ciñendo aún más su cuerpo con el mío. Mi cola se paseó por su pierna y se le enroscó en la pantorrilla —. Vamos a sobrevivir todos, te lo prometo.

—No puedes prometer algo así, Lansh. No tienes ni idea de lo que va a suceder.

Me separé y lo miré a los ojos.

—Puede que no lo sepa, de acuerdo. Pero sí sé varias cosas: Daryos y Callie no llevan en la piel la marca de la profecía como elemento decorativo. Tina no tiene por mascota a la líder de las panteras de ojos rojos de la cueva sin motivo alguno. Los leones y los *llitops* no corren por la aldea para hacer turismo. —Inspiré hondo y añadí—: Cyrus no se convirtió en nuestro rey y se sentó en el trono para ser derrotado, sino para vengar la muerte de su familia.

Mi compañero me observaba ahora con los ojos muy abiertos, ardientes como las llamas de la hoguera de las celebraciones.

Tras unos segundos, asintió con vehemencia.

—Tienes razón —soltó, recuperando su serenidad habitual.

—Siempre la tengo, ¿recuerdas? —dije guiñándole un ojo.

Me agarró la cara con una mano, acercó el rostro y me plantó un beso cargado de todo ese amor que sentíamos el uno por el otro desde siempre. Xioh era mi *hoa uhane*, no importaba lo que dijeran al respecto esos ancianos miserables, de los que ya solo quedaba uno. Él y yo lo sabíamos, y también nuestros amigos. Con eso nos bastaba.

Xioh era mi centro de gravedad, mi punto de cordura. Sin él, estaría perdido. Nos amábamos con locura, pero también nos complementábamos como dos mitades perfectas de un puzle. Como si formáramos una única alma. Él me daba equilibrio; yo le daba un toque de desenfreno.

Fuimos mejores amigos desde que nacimos y, a medida que crecíamos, nos dimos cuenta de que éramos mucho más. Lo éramos todo. Todos los obstáculos que, a lo largo de nuestras vidas, otros habían puesto a nuestro amor, los habíamos superado uno a uno, demostrando que nada ni nadie podría separarnos, salvo la muerte. Y para eso todavía faltaban miles de años, e iba a disfrutar cada uno de ellos a lo grande con mi barog.

—¿Vas a dejar ya esos cachivaches tuyos de gran sanador para que podamos irnos a la cama? —le pregunté con una sonrisa traviesa.

Él puso los ojos en blanco.

Me agarró del brazo y me llevó hasta el dormitorio. Nada más entrar, se aproximó a mí, enmarcó mi cara entre sus manos, tan grandes como las mías, y me miró a los ojos:

—Te amo, Lansh.

—Yo también a ti, amorcito.

Soltó una risilla.

—Quiero que sepas que, si algo te sucediera en la guerra, me tiraría por el Acantilado de la Muerte Abismal para reunirme contigo

junto a los dioses —me soltó muy serio y profundo, como si acabara de protagonizar el acto más romántico de la historia de Nemea.

Le di un manotazo en el abdomen. Él se encogió un poco sin comprender.

—A ver, barog, deja de decir cosas así, ¡por todos los rinos!

—Y yo que creía que te estaba haciendo una declaración de amor eterno —dijo soltando una carcajada—. Contigo es imposible, tío.

—Como vuelvas a insinuar que uno de los dos puede palmarla, te vas a hacer las mamadas tú solito. A ver cómo te las apañas, chaval.

—No te cabrees —dijo acariciándome el trasero con su cola larga y suave.

¡Ahora el tío intentaba provocarme!

—¿Yo? ¡Eres tú el que lleva un buen rato hundido en la miseria!

Tiró de mí y nuestros cuerpos se pegaron.

—Qué haría yo sin ti.

—Pues aburrirte mucho, eso seguro.

Sonrió de aquel modo que me hacía temblar de arriba abajo y me la ponía dura al instante y me empujó hacia la cama.

Nada más caer juntos sobre el colchón, hecho a medida para nuestras dimensiones, se colocó encima de mí, enroscó la cola en uno de mis muslos, muy cerca de la ingle, y me besó.

Cuando nuestras bocas se fundieron, la guerra, los enemigos, el peligro y el puto mundo desapareció de mi vista.

Todo, menos mi barog.

Deshice el nudo que ataba su taparrabos e hice lo mismo con el mío, y aparté ambas prendas. En cuanto nuestros cuerpos desnudos se rozaron, se me electrificó la columna, vértebra a vértebra. Sentirlo tan cerca, era la mejor sensación del mundo.

Mientras él seguía besándome con los ojos cerrados y me recorría el pecho con las manos, yo me concentré en la transformación. En cuanto percibió la vibración de mi musculatura, abrió los ojos de golpe.

—¿¡Qué demonios haces!? ¿Quieres que Cyrus nos desuelle vivos? —preguntó escandalizado.

—Relájate, Xioh. No creo que a nuestro rey se le ocurra hacernos una visita de noche. Puede que haya aprendido a aceptarnos, pero nunca le ha gustado demasiado vernos follando.

—Aun así, estamos a punto de una guerra, Lansh. No es el mejor momento para abandonarnos al placer en nuestra forma humana.

Le acaricié la mejilla, todavía en su forma barog.

—Ese hijo de puta de Ux no llegará hasta dentro de dos días, así que no hay de qué preocuparse.

Deslicé los dedos entre nuestros cuerpos encendidos y le agarré la polla. Dio un respingo y su cola me inmovilizó la mano. Cuando quería, podía ser un cabronazo.

La diferencia de tamaño entre ambos ahora mismo no era alarmante, pero sí considerable.

—¿En qué momento has decidido que te crees a pies juntillas las supuestas premoniciones de D?

—Déjate ya de rollos y transfórmate.

—Lansh…

—¿No eras tú el que decías que igual no salíamos vivos de esta mierda de guerra y…?

Me calló con un beso mientras se transformaba.

En el momento en que su cola traviesa me liberaba la mano, volví a hacer de las mías. La bajé entre sus muslos poderosos y le agarré los huevos con suavidad. Él gemido largo y profundo que emitió me puso a cien.

—¿Era esto lo que querías, rubiales? —dijo con la voz enronquecida, rodeándome el pene con los dedos y apretando un poco, tal como sabía que me gustaba.

—Exactamente esto, sí. Gracias, sanador. ¡Qué haría yo sin tus cuidados!

Para recompensarle, hundí un dedo, ya sin garras, entre sus nalgas duras y musculosas. ¡El mejor culo del mundo!

Cuando volvió a gemir, casi me corro de puro placer. Hacerlo gozar era una de las prioridades de mi existencia.

—Joder —dijo cuando hundí un poco más el dedo mientras le acariciaba los testículos con la otra mano.

Empezamos a masturbarnos el uno al otro, con la fuerza y el ritmo perfecto para cada uno. A esas alturas, nos conocíamos bien y habíamos recorrido todos los rincones del cuerpo del otro infinidad de veces. Sabíamos dónde acariciar, apretar, chupar, morder… para volvernos mutuamente locos.

Mis dedos le soltaron la polla y le recorrieron los impresionantes abdominales y el pecho. Cuando le pellizqué un pezón, rugió y me metió la lengua hasta la campanilla. Mi barog besaba como los dioses.

—Suerte que no querías sexo esta noche… —murmuré, estremeciéndome con el mordisco que acababa de darme en la mandíbula.

Mañana tendría un moretón que luciría con orgullo. Se lo devolví mordiéndole el cuello, robusto como una columna.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —preguntó con un murmullo ronco.

Se me escapó una risilla, que se transformó en un sonoro gemido cuando me apretó el glande y después me estrujó los huevos.

—Hoy te veo con ganas de empotrarme —le susurré al oído. Tembló sobre mi cuerpo.

—Siempre tengo ganas de eso, Lansh. —Deslizó la lengua por mi garganta, subió por el mentón y se hundió de nuevo en mi boca de un modo territorial y posesivo.

Le agarré la melena, tan original con esa mezcla de mechones oscuros y rojizos, y tiré un poco, lo justo para que se detuviera y me mirara a los ojos. ¡Qué bueno estaba mi barog, joder!

—Hoy me toca a mí metértela, sanador.

—No lo creo —gruñó, intentando besarme de nuevo. Lo tenía bien sujeto, así que no logró alcanzar mi boca. Esbozó media sonrisa, tan excitado como yo.

—Ya veo que tienes memoria solo para lo que te interesa.

Deslizó la mano sobre mi polla, arriba y abajo, suplicándome con la mirada. Le solté el pelo, dejándome llevar por ese roce

experto de mi amante.

—Tienes razón. Haremos lo que tú quieras —claudiqué, rindiéndome a sus encantos y a sus caricias largas sobre mi pene, hinchado y duro como la gran roca del claro.

—Me da igual quién se la meta a quién, mientras disfrutemos juntos —murmuró él.

Y por comentarios como ese, entre muchas otras cosas, era por lo que adoraba a ese barog impresionante.

Así que me rendí a él. A mí también me daba igual la posición que adoptásemos, siempre que fuese juntos. Así que me di la vuelta, bocabajo sobre la cama, y elevé el culo hacia su cadera para provocarle. ¡Y vaya si lo hice!

Me agarró el trasero y, tras masajearme un poco por todas partes, aproximó la punta de la polla a mi entrada, que se moría por sentirlo.

Empujó con cuidado, avanzando despacio, arrancándome rugidos de placer con cada centímetro que conquistaba de mi ser. Cuando llegó hasta el fondo, yo me deshice bajo el peso de su cuerpo, fuerte y poderoso. Salió lentamente y embistió de nuevo, esta vez un poco más rápido.

Repitió el movimiento varias veces hasta que empezó a acelerar, bombeando con brío en mis entrañas, meciendo esas gloriosas caderas que me volvían loco.

Nuestros corazones retumbaban al unísono, más ruidosos que los tambores de la aldea en noche de celebración.

Cuando sentí de nuevo sus dedos en mi polla, mi cerebro se desconectó por completo. Siguió penetrando entre mis nalgas, estocada tras estocada de su deliciosa verga, mientras su mano causaba estragos. Deslizaba los dedos, hábiles y experimentados, arriba y abajo por mi pene, apretando y excitando de un modo embriagador.

Acompañé sus vaivenes con mi trasero, invitándolo a hundirse en mí una y otra vez, sin detenerse, hasta que me mordió el hombro y empezó a correrse.

El sudor nos empapaba la piel mientras él se vaciaba en mi interior y yo entre sus dedos, ambos rugiendo como los barogs que

éramos, incluso en nuestra forma humana.

Con la musculatura rígida y sacudidos por espasmos, liberamos nuestra pasión el uno en el otro, disfrutando del calor de nuestros cuerpos. Cuando acabamos, nos desplomamos sobre la cama, él encima de mi espalda y aún en mi interior, jadeantes y temblorosos.

Me apartó la melena y me acarició la nuca con ternura, porque nosotros los barogs también éramos capaces de ser dulces y tiernos, y recorrió mi columna con los dedos desde arriba hasta el lugar donde nacía mi cola en mi versión más salvaje.

Me besó el hombro y salió de mí, haciéndose a un lado para que pudiera darme la vuelta.

Nos contemplamos embelesados, bebiéndonos las facciones del otro en silencio durante unos segundos. Yo le acariciaba el pecho y él a mí el abdomen.

—Me debes dos seguidas, barog —le solté. Él sonrió.

—Como tú quieras —dijo apartándome un mechón dorado de la frente sudorosa.

—Pienso cobrármelos, no creas que voy a olvidarme.

Soltó una carcajada gutural y se acercó más a mí.

—Anda, ven aquí, amor mío —dijo, abrazándome—. ¿Te ha gustado?

—Me ha encantado, como siempre.

Soltó un gruñido suave de satisfacción que reverberó en mi piel un instante antes de regresar a su forma barog. Yo lo imité y nos quedamos abrazados.

La suave luz verdosa de la pareja de lunas danzaba sobre nuestros cuerpos, inmensos y musculosos, ahora relajados y abandonados al eco de las sensaciones que acabábamos de experimentar.

—¿Venceremos, Xioh? —pregunté con los párpados ya entrecerrados.

—Eso espero, si no, nunca saldaré la cuenta de los polvos que te debo.

Sonreí y me pegué más a su cuerpo, que tanto conocía y amaba.

Mi cola se tendió sobre sus muslos y ya no se movió.

Y así nos quedamos dormidos, a dos días de que la peor guerra de todos los tiempos sacudiera nuestra pequeña aldea barog.

24 LOS REYES DE LA SELVA
TINA

Ya de vuelta en el palacio, caminamos en silencio por el pasillo hasta nuestro dormitorio. Cyrus seguía absorto en sus pensamientos, con el ceño fruncido de ese modo que me confirmaba que estaba muy preocupado. La situación no era para menos, pero los acontecimientos del largo día habían incrementado su malestar.

Nos desnudamos y nos metimos en la cama, mirándonos de frente.

—¿En qué piensas, mi rey? —pregunté, pasándole la mano por el pelo alborotado.

Mis dedos encontraron la tira de cuero que ataba una de las trenzas y la desataron. Deshice la trenza lentamente y repetí el proceso con la otra, mientras él seguía con la mirada perdida.

—En las premoniciones de mi hermano —dijo, al fin clavando sus ojos en los míos.

—Por lo que parece, van a darnos una ventaja considerable.

—Si son ciertas.

Arqueé una ceja.

—¿No crees que lo sean?

Soltó un largo suspiro y me acarició la mejilla. Su mano descendió por el lateral de mi cuello y se quedó jugando en mi clavícula, dibujando sobre mi piel con las yemas de los dedos. Su cola, larga y sedosa, se me enroscó en el tobillo con suavidad.

—Supongo que sí. Al menos, lo suficiente para hacerles caso y actuar en consecuencia.

—Haces bien.

—¿Eso piensas, mi reina?

—Tu hermano y Callie tienen esa marca tan especial de la profecía, y ya se ha demostrado que a ella le ha conferido ciertos dones.

Me miró alzando las cejas.

—Si consideras un don hablar con *llitops*… —dijo sonriendo.

—Búrlate si quieres, pero esos bichos las sacaron de los pantanos y ahora puede que te salven el culo con las *nashies*, mi rey. Así que no subestimes a nuestra cuñada.

—No lo hago, créeme —dijo negando con la cabeza—. Solo intento aligerar esta atmósfera de apocalipsis inmediato que tengo aquí dentro. —Se tocó el centro del pecho.

—Más te vale, porque Callie ha demostrado ser de gran ayuda.

—Si algo he aprendido desde que se lanzó por una pendiente en la cacería para huir de mí, es que sería un error subestimar a esa mujer —dijo soltando una risilla.

—Ha pasado por mucho, pero no pierde los ánimos.

—Eso es cierto. No sabes las ganas que tengo de atrapar a ese cabrón de Ux y descuartizarlo ante Callie y las demás mujeres que sufrieron el cautiverio. Pienso hacer justicia. Se lo debo a todas ellas.

—Y también a tu familia —dije con tiento.

Sus ojos se entristecieron.

—Vengaré a mis padres y mis hermanos, Tina. Es una promesa que he hecho a los dioses y a mí mismo. No descansaré hasta atravesar el corazón de ese monstruo con mi cuchillo y destrozarlo.

—Que así sea. Apuesto a que tu hermano te ayudará gustoso. Y Ciench, Sulveh y muchos otros.

Permanecimos en silencio, acariciándonos con ternura, perdidos en la mirada del otro.

—Te preocupa algo más, ¿verdad? —pregunté. Lo conocía demasiado bien.

—Me preocupan muchas cosas, mi reina. Quién morirá, quién resultará herido, proteger a todas las descendientes… Pero, ahora mismo, quién más me angustia es mi hermano. Todo esto de las

premoniciones le viene muy grande, lo veo en sus ojos. Temo que no pueda manejar bien este asunto, por no mencionar que, cada vez que tiene una, pierde el conocimiento y se desploma. ¿Qué le ocurrirá si sufre una en plena batalla?

—Primero: Daryos es un barog fiero y valiente, que, además, cuenta con Callie a su lado. Te aseguro que pueden cuidarse solitos. Y segundo: si los dioses han querido bendecirle con ese don, y a nosotros con esta ventaja, dudo mucho que vayan a putearlo de ese modo. No se desmayará cuando esté luchando contra el enemigo, mi rey.

—Eso no lo sabes.

—No lo sé, pero lo intuyo. Así que deja ya de preocuparte por todo y céntrate solo en cómo vencer a esos hijos de puta que llegarán dentro de poco.

Sonrió, me agarró por la cintura y me atrajo hacia su cuerpo. Su cola liberó mi tobillo y trepó por mis piernas, mi trasero y mi columna, hasta acariciarme la nuca.

—Tú siempre tan pragmática, mi reina. —Acercó el rostro y me besó en los labios con suavidad.

Era increíble cómo un simple beso de los suyos lograba incendiarme por dentro.

—Uno de los dos tiene que serlo.

—¡Auch! Tiras a matar. Suerte que sé que, en el fondo, me quieres, que si no…

—No te hagas la víctima conmigo —le dije, agitando el índice ante su cara.

Soltó una carcajada y atrapó mi dedo entre los dientes. Tras mordisquearlo un poco, se lo metió en la boca y lo chupó. Tiré para librarme de él, fingiendo exasperación. El ambiente entre nosotros se estaba caldeando.

Algún pensamiento funesto debió de cruzarle la mente, porque, de pronto, suspiró y la mota verde de uno de sus ojos se apagó.

—Este enorme peso que recae sobre mí me está matando, Tina. Todos confían en que los llevaré a la victoria y yo… tan solo soy un rey principiante que, en el fondo, nada sabe de guerras. Ni

siquiera he luchado en ninguna. —Su pesadumbre me alcanzó de lleno.

—No estás solo. Tienes a tu hermano y a todos tus amigos que te apoyan y comparten esa carga contigo. No pretendas llevarla toda tú solito.

—Yo soy el rey, Tina. A mí me corresponde asumir esa responsabilidad y garantizar que ganaremos.

—¡Y lo haremos!

—¿Cómo puedes estar tan segura? Trato de convencerme de que sí, de que lo conseguiremos. No puede ser de otro modo. Pero por mucho que me lo repita, en realidad, no dependerá de mí, sino de la voluntad de los dioses.

Negué con la cabeza.

—Te equivocas, Cyrus. Dependerá de ti y de los tuyos. Los dioses aquí no pintan nada, por mucho que os empeñéis en creer que sí.

—Mi reina, no blasfemes antes de una batalla —dijo entre atemorizado y divertido.

—Mira, cuentas con todos tus guerreros, leales hasta la muerte.

—Eso de «hasta la muerte» es lo que más me preocupa, y no solo a mí. ¿Has visto la cara de Xioh últimamente? El pobre está muy angustiado y no es para menos.

—¿Vas a escucharme? —Aguardé a que asintiera y proseguí —: Además de a tus valerosos guerreros de la aldea, tienes a los guardianes del templo, que ya lucharon en la anterior guerra. ¿Tú los has visto bien? Esos tipos dan mucho miedo.

Soltó otra carcajada y me abrazó más fuerte.

—Me encanta escucharte cuando te pones en plan reina de Nemea.

—Me alegro, porque todavía no he terminado.

—Lo imaginaba.

Le lancé una miradita de advertencia.

—Por si eso no fuera suficiente, tenemos de nuestro lado a todos los leones y panteras del planeta. Y te recuerdo, por si lo has olvidado, que la líder de las cuevas es ahora mi mascota.

—Lo cual es impresionante, mi reina —dijo en un tono un poco más juguetón, pellizcándome una nalga. Al menos, estaba consiguiendo arrancarlo de su melancolía.

Puse los ojos en blanco.

—Y por supuesto, la guinda del pastel: una *aninf* y un montón de *llitops*. ¿Qué más se puede pedir?

—Absolutamente nada más, mi amor. Me has convencido: ese hijo de puta de Ux no tiene ni una sola posibilidad contra nosotros. Los masacraremos.

—Así me gusta, que estés positivo, mi rey.

—Es gracias a ti. En un momento me has subido la moral y… otras cosas.

Como si su comentario no me lo hubiese dejado lo bastante claro, se restregó contra mi cuerpo.

—¿Intentas pedirme algo, mi rey?

Como respuesta, me tumbó de espaldas en la cama y se encajó entre mis muslos.

—¿Qué te parece un poco de sexo para acabar bien este día de mierda?

—Querrás decir, para *empezar* bien el nuevo día. Está a punto de amanecer. ¿No deberíamos dormir un poco antes de que se nos llene la casa de barogs con ganas de repartir hostias?

—Descansar media hora no va a marcar la diferencia. Creo que me va a dar muchas más energías follar que dormir.

—Ya veo…

Deslicé la mano hacia su trasero y le acaricié los glúteos y la base de la cola. Era suave y gruesa, pura fuerza muscular y ondeante. Como un látigo letal y, al mismo tiempo, sensual y sinuoso.

—¿Eso es un sí?

—¿Tú qué crees? —dije, elevando un poco la pelvis para frotarme contra su pene.

—Siempre tan directa…

Su boca se unió a la mía y empezamos un delicioso baile de lenguas mientras empujaba con suavidad entre mis pliegues, hundiendo la punta en mi interior.

Se quedó muy quieto mientras yo le acariciaba los hombros, la espalda, la cola, como si aguardara a que le rogara por más.

—¿Estás esperando algo, barog?

—Te veo muy ansiosa, mi reina.

—Tú has empezado esto, así que, como juegues conmigo…

No me dio tiempo a acabar la frase. Adelantó las caderas y empujó con fuerza en mi interior hasta hundirse por completo. Solté una mezcla de grito y gemido que le hizo sonreír. ¡Maldito rey arrogante!

—¿Así está bien, mi preciosa reina de las panteras? —preguntó con voz ronca.

Salió lentamente de mi cuerpo, hasta la punta, y se quedó ahí, moviendo el miembro en círculos sobre mi parte más sensible. Mi rey era un provocador nato.

Le clavé las uñas en las nalgas y lo atraje hacia mí. Me penetró de nuevo, esta vez con más furia, y ya no se detuvo. Y mientras el gran rey de Nemea me poseía una y otra vez, murmurándome al oído palabras de amor y deseo, el sol empezó a asomar al otro lado de la ventana, bañando la aldea.

Una aldea que, muy pronto, sería testigo de un espantoso enfrentamiento.



Apenas nos dio tiempo de dormir unos minutos y darnos una ducha tras nuestra sesión de sexo increíble. Después llegaron Daryos y Callie al palacio, y nos reunimos con ellos a solas antes de que aparecieran los otros. Estuvimos charlando un rato los cuatro sobre cada uno de los puntos clave a tener en cuenta en los próximos dos días, antes de que Ux asomara a las puertas de la aldea.

Cuando irrumpieron en la sala nuestros amigos y los demás líderes de grupo, discutieron de nuevo sobre los preparativos, las defensas, las empalizadas, la protección de todas nosotras, la

coordinación y posiciones de nuestras fuerzas cuando los barogs perdidos iniciaran el ataque…

Tras enterarnos de lo esencial, Callie y yo nos retiramos a mi dormitorio y los dejamos debatiendo los pormenores. Nos acomodamos sobre unos taburetes y bebimos un poco de zumo.

—¿Tienes miedo? —soltó de repente.

La pregunta me pilló por sorpresa. Supongo que ni siquiera había tenido tiempo de pararme a pensar en ello. Ahora que lo hacía, me di cuenta de que estaba aterrada.

—Sí. ¿Y tú?

—¡Como para no tenerlo! Estoy acojonada —contestó. Sin embargo, su rostro permanecía tranquilo.

Cogió un panecillo de color melocotón, espolvoreado de azúcar de caña, y se lo zampó en un par de bocados. Esa era mi querida profesora: mantenía el apetito incluso en los momentos más jodidos. Se me escapó una sonrisita.

—¿De qué te ríes, mi reina?

—Entre otras cosas, de cómo hemos acabado en esta situación inverosímil. ¿Alguna vez te imaginaste algo así?

—Ni en mis peores pesadillas. —Dejó ir una carcajada y le dio un sorbo al zumo. Quizás tendría que servir algo más fuerte—. Esto es raro de narices, Tina Martins. La parte buena, si es que hay alguna, es que nos tenemos las unas a las otras y, además, hemos encontrado al amor de nuestra vida.

—Eso sí, aunque podríamos haberlo encontrado un poco más cerca de Nueva York, señorita Dawson.

Soltamos carcajadas histéricas. Éramos dos chicas de ciudad, con apenas experiencia en la vida, que, sin comerlo ni beberlo, habíamos acabado en un planeta alienígena rodeadas de bestias.

—Habría sido más fácil, es verdad. Pero también menos divertido —dijo guiñándome un ojo y engullendo el tercer panecillo.

—Eso seguro. Aunque jugarnos la vida a cada segundo no sé si puede considerarse "divertido".

—Míralo de este modo, mi reina: estamos viviendo aventuras y peripecias dignas de una novela *bestseller*, ¿no crees? ¡Iría directa al número uno de Amazon! —se rio.

—Lástima que nadie vaya a poder escribir esta historia, más que nada, porque nadie en la Tierra tiene ni puta idea de dónde estamos ni qué demonios nos pasó.

—Ahí le has dado, Martins. Tienes más razón que una santa.

Tras unos segundos, en que yo aproveché para mordisquear un panecillo color pistacho, hice la única pregunta que realmente importaba ahora:

—¿Ganaremos?

—¡Por supuesto! —afirmó sin titubear—. Le daremos su merecido a ese cabronazo y a todos sus secuaces.

Aunque parezca absurdo, escuchar de los labios de mi profesora una respuesta tan contundente me reconfortó en el acto. Su mirada desafiante y confiada expresaba exactamente lo que había dicho. Lo creyera de verdad o no, me transmitió una calma que ni siquiera sabía que había perdido.

Yo era la roca sobre la que, secretamente, se apoyaba el rey.

Puede que Callie, esa mujer alocada y valiente, fuera la mía.

Aunque jamás lo reconocería ante nadie, y mucho menos ante ella.

25 UN INFIERNO COMO CUALQUIER OTRO
PENNY

Asentamiento de los hermanos perdidos, los pantanos, Nemea, hace diez años

Al anochecer, nos trajeron agua de coco y bandejas con comida, suficiente para el doble de las que éramos allí dentro. Al menos no tenían intención de matarnos de hambre; si fuera así, no se estarían tomando tantas molestias. Por supuesto, eso también significaba muchas otras cosas, en las que en ese momento prefería no pensar.

Lo poco que hablamos entre nosotras, nos acongojó y entristeció todavía más. Sylvia sabía que Sonah, su barog, había sido asesinado. Puede que lo viera morir o que se lo dijera alguno de los hermanos perdidos. Elena, su cuñada, había muerto ante sus ojos mientras intentaba protegerla. No tenía ni idea de si Sulveh, el hermano gemelo de su barog y pareja de Elena, había sobrevivido. Los ojos marrones claros de Sylvia, siempre tan cálidos, estaban apagados y fijos en un punto indeterminado ante ella.

Por su parte, Susi no tenía ni idea de si Ciench seguía vivo. Se repetía una y otra vez que, si no lo estuviera, ella lo habría sentido de algún modo, dado el fuerte vínculo que tenía con su hoa uhane. Ni Sylvia ni yo le llevamos la contraria. Bastante pena tenía ya.

Les conté que Gushia había muerto defendiéndome y me abrazaron con fuerza para consolarme, pese a que apuesto a que ambas intuían que mi relación no se parecía en nada a las suyas. No

mencioné la sensación de liberación que se había instalado en mi pecho. Un monstruo menos en Nemea.

Lástima que hubiéramos caído en manos de otros.

Tras la cena, que apenas probamos porque teníamos el estómago encogido, nos tumbamos a descansar. Por muy desoladas y asustadas que estuviéramos, el agotamiento tomó el control y nos quedamos dormidas enseguida. Sylvia, Susi y yo no nos separamos. Juntamos dos jergones y nos tendimos las tres.

Con los primeros rayos del amanecer, cuando ya se colaban entre los barrotes hasta la mitad de la celda, un barog perdido abrió la reja y nos instó a salir. Fuera nos esperaba Lorish y otros dos barogs. Esos tres nos escoltaron sin darnos explicaciones por un sendero estrecho, más o menos seco, hasta que llegamos a orillas de un lago de aguas mucho más claras que todos esos pantanos que nos rodeaban.

Una vez allí, se sentaron en el suelo, a cierta distancia de la orilla. Mientras los otros dos charlaban entre sí como si fuera un día de lo más normal, Lorish nos señaló el agua.

—Podéis lavaros ahí. Es el único pantano de agua limpia en toda la zona. Ahora os traerán vestidos nuevos —dijo.

En cuanto acabó de hablar, apareció uno de esos inferiores escalofriantes y entró en un cobertizo que había a unos metros. Al salir, llevaba una pila de prendas, que depositó sobre una roca plana cerca de la orilla.

—Está claro que estos hijos de puta nos esperaban. Tenían la celda preparada, vestidos… Seguro que tenían previsto llevarse a unas cuantas de nosotras en el caso de que perdieran la guerra —susurró Susi con rabia. Sus ojos verdes ardían de odio.

Eché un vistazo alrededor.

Todas las mujeres estaban metiéndose con la ropa puesta en el agua, mirando de reojo a los tres barogs perdidos para no perderlos de vista. Supongo que se temían lo peor: que en cualquier momento se abalanzarían sobre nosotras y nos violarían. Francamente, yo pensaba lo mismo. ¿Para qué otra cosa nos querían si no?

Al menos, en el tiempo que llevábamos ahí, todavía no nos habían golpeado ni humillado, exceptuando el hecho de que nos habían secuestrado, encerrado en una celda y, ahora, instado a bañarnos y cambiarnos delante de ellos.

Pero los barogs de la aldea también nos secuestraron y, además, nos lanzaron a una cacería terrible en la que nos forzaron a unirnos. Así pues, ¿eran los barogs perdidos realmente peores que nuestras parejas y amigos? Imaginaba que no tardaríamos mucho en descubrirlo.

—Los muy cabrones nos obligan a desnudarnos delante de ellos —dijo Susi temblando.

—No pienses en eso. Vamos a meternos en el agua, seguro que nos vendrá bien —le sugerí. Estábamos sucias y doloridas.

La agarré de un brazo y, con la otra mano, cogí a Sylvia, que seguía perdida en algún lugar muy lejano. Esperaba que pronto volviera en sí. Para sobrevivir, necesitábamos estar en plenas facultades.

Quería evitar por todos los medios que Lorish o cualquiera de los otros escucharan a Susi y se metiera en problemas. Mi amiga era dulce y amable, pero también tenía mucho carácter. No soportaba las injusticias, el sufrimiento ajeno ni la falta de respeto. Todo aquello la superaba. Sin embargo, hasta que supiéramos cómo iban a ser las cosas en los pantanos, lo más aconsejable era ser prudente y mantener la boca cerrada.

Lo peor que podíamos hacer era provocarlos.

Sobre otra roca había varias telas dobladas para usarlas como toallas y raíces jabonosas partidas por la mitad. Con estas podríamos lavarnos a fondo y eliminar la mugre que habíamos acumulado durante la batalla y la travesía por la selva y los pantanos.

Por primera vez desde que habíamos llegado, fui consciente de la costra de barro, sudor y sangre que recubría algunas zonas de mi cuerpo.

La sangre no era mía, sino salpicaduras que habían volado por todas partes mientras los rugidos y el entrechocar de los machetes inundaban la aldea. Tenía algunos rasguños en las piernas y cortes insignificantes en los pies, eso era todo.

—Necesito saber si Ciench sigue vivo —dijo Susi. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero ella apretó la mandíbula para controlarlas—. Vendrá a por mí. Todos lo harán. Nos encontrarán y acabarán con estos malnacidos.

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Y si no vienen —dijo Sylvia de pronto, clavando sus ojos, ahora un poco más vivos, en los míos—, huiremos nosotras.

Algo me decía que no iba a ser tan fácil; ni lo uno ni lo otro.

Nos enjabonamos en silencio el cuerpo y el cabello, y nos aclaramos lo mejor que pudimos, teniendo en cuenta que el vestido, harapiento y empapado, se nos pegaba a la piel.

Cuando empezamos a salir, los tres barogs clavaron la vista en nosotras. No cabía duda de que deseaban disfrutar del espectáculo.

Algunas lloraban y otras maldecían mientras se desnudaban con rapidez de espaldas a ellos, cubriéndose entre ellas con las toallas, y se enfundaban los vestidos limpios. Susi los miró con desaprobación. Eran de un tono marrón oscuro insípido, de una tela mucho más simple y rígida. Nada que ver con las maravillas de todos los colores que ella nos cosía en la aldea.

—Bueno, tendrán que valer —murmuró. Parecía consternada.

Sylvia, con el largo cabello castaño rubio chorreando, miraba el vestido y luego a nosotros sin moverse ni pronunciar palabra.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Susi—. Penny, tú y yo nos colocaremos aquí, extendiendo las toallas de punta a punta, y cubrimos a Sylvia mientras se cambia. Después, repetiremos lo mismo hasta que las tres nos hayamos vestido. ¿De acuerdo?

Ambas asentimos.

Sylvia parecía aliviada. Lo único que se me pasó a mí por la cabeza fue que esas bestias nos verían desnudas cuando les diera la gana. Si no era hoy, sería mañana. Teníamos todas las de perder. Si algo había aprendido de Gushia es que era imposible resistirse contra un barog. Un hombre humano normal y corriente ya era más fuerte que ninguna de nosotras. Un barog…

Luchar no servía de nada. Lo mejor era complacerlo, no crear problemas y rezar para que el momento pasara lo más rápido

posible. Eso haría exactamente cuando uno de ellos viniera buscándome.

Y seguro que vendrían.

Una vez cambiadas y más o menos secas, emprendimos el regreso al asentamiento. En lugar de llevarnos directamente a la celda, nos indicaron que nos sentáramos en el suelo alrededor de la hoguera y nos dieron varios panecillos y un potaje espeso que sabía a estofado de serpiente, pero más insípido.

—A partir de mañana, cocinaréis para nosotros —soltó Lorish —. No sabéis las ganas que tenemos de probar de nuevo las mejores recetas de la aldea. Aquí no disponemos de los mismos ingredientes, pero seguro que os apañaréis —dijo sonriente.

—Si te crees que vamos a serviros, estás muy equivocado, monstruo —escupió Susi.

Todas palidecimos.

—¿Qué demonios haces? —le susurré al oído.

Sabía bien las consecuencias de llevarle la contraria a un barog malnacido.

—No voy a agachar la cabeza, Penny. No les será fácil doblegarme.

Lamentablemente, sí que les iba a ser fácil. Harían con nosotras lo que quisieran, y más le valía a mi amiga comprenderlo cuanto antes.

—En mi opinión, es mejor cocinar para ellos aquí fuera que estar encerradas todo el tiempo en la celda —comenté, intentando rebajar la tensión.

Ella negó con la cabeza y sus ojos verdes resplandecieron de ira.

Se escucharon murmullos a nuestras espaldas, y Lorish y los otros miraron en esa dirección. Todos enmudecieron mientras se acercaban pasos poderosos.

Ux, líder de los barogs perdidos, se plantó al lado de su segundo al mando, de pie frente a nosotras. Se había aseado y ya no estaba cubierto de sangre y restos. El corte de la cara, que iba de la ceja hasta el pómulo, seguía un poco sanguinolento, pero no

parecía tan terrible. Se había aplicado encima de la herida algún ungüento.

Era un barog inmenso con una espiral sagrada tallada en el pectoral. Nunca había visto algo así, pues todos los barogs de la aldea llevaban varios tatuajes de la espiral en el torso y los brazos, pero ninguno marcada en su cuerpo como la de Ux. Tenía la melena, negra y reluciente como el ónice, y la piel un poco húmeda. Sin duda, él también acababa de lavarse. Los collares de cuentas blancas y negras tintinearon cuando se sentó y empezó a comer del cuenco de estofado que alguien le puso en las manos.

—¿Cómo te llamas, humana? —preguntó Ux con voz cavernosa, señalando a mi amiga.

—Susi —respondió ella sin titubear.

—Bonito nombre. Y dime, Susi, ¿por qué no quieres cocinar para nosotros?

Todas conteníamos la respiración y a mí me dolía el estómago de un modo terrible. No quería que le ocurriera nada malo.

Susi no se amilanó.

—No eres mi pareja ni mi amo.

Un murmullo generalizado se extendió por el asentamiento, mezclado con rugidos y gruñidos de desaprobación.

—Puede que eso sea cierto, pero ahora vives en mi aldea, y aquí todos contribuimos en algo.

—Yo no pedí venir aquí. Nos habéis traído a la fuerza.

—Tenía todo el derecho a hacerlo. Sois mi botín de guerra. —Le lanzó una mirada afilada mientras un destello cruzaba sus ojos azules.

—No hay botín para el bando perdedor.

Ux rugió y todas nos estremecimos. Susi mantuvo la cabeza bien alta.

—Sin embargo, aquí estáis. Podemos decir que la guerra ha quedado… en tablas. —Esbozó una sonrisa siniestra que me heló la sangre.

Sin embargo, había algo en él, en sus ojos, en la manera de moverse, en el modo de mirarme, que me transmitía una especie de

calma extraña. Sentía como si jamás fuese a hacerme daño. Era absurdo pensar eso, lo sé, pero era algo visceral.

—Ciench y todos los demás nos buscarán. Y cuando lleguen aquí, os masacrarán.

—Ahora mismo, tu querida aldea es un caos de heridos y lamentos, y ni siquiera tenéis un rey en el trono.

Algo crujió en mi pecho al recordar a Tatiana y Drashir yaciendo sin vida, con los cuerpos ensangrentados.

La mirada de Ux se cruzó con la mía y juro por los dioses que su pesar me golpeó con fuerza y se unió al mío. Él también lloraba a Tatiana. No me cabía duda alguna de que la había amado de verdad. Y ella a él, aunque al final se hubiese quedado junto a Drashir.

—Eres un monstruo traidor a tu especie. No tienes ningún honor —escupió Susi, con tanto veneno que juraría que hasta los pájaros y la brisa enmudecieron de golpe.

—Jefe, están asustadas y…

—Cierra la boca, Lorish.

Este obedeció.

Ux dejó el cuenco en el suelo a su lado y clavó los ojos en el rostro de Susi. Sin embargo, fue a mí a quien habló.

—Penny —pronunció con esa voz profunda que me acariciaba los huesos. Di un respingo—, explícale a tu amiga lo que te dije cuando nos conocimos en el palacio de los reyes —me pidió, sin apartar la mirada del rostro de Susi.

Todas las demás mujeres me miraron. Sylvia se apretó más a mí y me dio un apretoncito en el brazo como un gesto silencioso de apoyo.

Intenté mantener la calma, pero apenas lo conseguí. Estaba muy nerviosa; sabía lo mal que podía acabar aquello.

—Me dijiste… que no me harías daño —balbuceé.

—Así es. ¿Y me crees?

Asentí en silencio como una estúpida.

—Te creo.

—Ahora, explícale a tu amiga que tampoco le haré daño a ella ni a ninguna de las otras mujeres, siempre y cuando me respeten y hagan lo que les pida.

Me quedé petrificada, sin saber muy bien qué hacer. Susi estaba ahí, a mi lado. Acababa de oír lo mismo que yo. ¿Debía explicárselo de nuevo?

Ux clavó sus ojos en los míos y movió el mentón levemente. Así que obedecí y repetí sus palabras.

—No pienso cumplir tus órdenes, maldito monstruo. Y no creas ni por un momento que me trago eso de que no vas a hacernos daño. Sé bien el tipo de barog que eres, Uxuer.

Él se puso en pie de un salto, rodeó la hoguera y se plantó delante de nosotras, a tan solo un par de pasos. Tuvimos que alzar la vista e inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

Sus iris, de un azul muy hermoso, estaban cercados por ónice puro, que le ganaba terreno al celeste con cada segundo que pasaba.

Los dedos de Sylvia ciñeron más fuerte mi brazo.

—Para tu desgracia, Susi, no tienes ni idea del tipo de barog que soy. —Capté la amenaza velada tras sus palabras. Apuesto a que Susi también.

Por un instante, todas contuvimos el aliento. Ux era una mole inmensa, acechando por encima de nuestras cabezas.

—A partir de mañana, nos prepararéis el desayuno, la comida y la cena, y haréis todo cuanto me dé la gana. Espero que comprendas cuál es tu situación lo antes posible, Susi. Eso será lo mejor para todos. —Entonces, sus ojos se desviaron hacia los míos —. Lorish, en cuanto acaben de desayunar, llévalas de vuelta a la celda. Hoy pueden descansar y reponer fuerzas. Las van a necesitar.

—Claro, jefe. Ya habéis oído a Ux. Hoy tenéis el día libre.

Un coro de risas y burlas se elevó en aquel claro en medio de los pantanos. Alrededor, barogs, inferiores y aninfs nos escrutaban de arriba abajo, curiosos o ávidos, burlones o excitados.

Aquello, sin duda, se asemejaba bastante al infierno. Por suerte o por desgracia, yo llevaba cuatro siglos en uno similar.

Cuando acabamos, nos pusimos en pie, dispuestas a seguir a Lorish y otro barog de vuelta a la celda. Susi y Sylvia caminaban agarradas del brazo y yo iba pegada a ellas. Entonces, una voz atronó a nuestra espalda.

—Tú no —dijo Ux, deteniendo nuestro avance.

Se acercó a nosotras y yo di un paso instintivo para interponerme entre Susi y él.

Abrió mucho los ojos y la herida se le estiró sobre el pómulo.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Lorish desde delante de la triste rúa.

—Penny se viene conmigo.

—No —dijo Susi, tirando de mí y tratando de ocultarme tras su cuerpo—. Llévame a mí, hijo de puta, ella ya ha sufrido bastante.

Sus palabras me calaron muy hondo. A mi amiga no se le había pasado por alto que las cosas entre Gushia y yo no habían sido como deberían. Nunca me había sincerado con ella del mismo modo que con Tatiana. Aun así, las mujeres intuían muchas cosas y hablaban entre ellas.

—Apártate, mujer. No seas ansiosa. Ya llegará tu turno, más pronto de lo que crees —soltó él con una sonrisa oscura.

Las carcajadas cavernosas estallaron a nuestro alrededor.

—Vamos, Penny. Aquí también tenemos algún lugar hermoso. Sígueme.

Sylvia susurró mi nombre y Susi maldijo.

Yo me obligué a poner un pie delante del otro por un caminito que llevaba ladera arriba… tras el barog más temible de Nemea.

26 POR SI ES NUESTRA ÚNICA OPORTUNIDAD

SUSI

La noche había sido movidita. La aparición de cientos de leones en la aldea era una gran noticia. Cierto que todo aquello de las premoniciones del príncipe me provocaba escalofríos; pero, hasta ahora, esas marcas de la espiral sagrada que él y Callie lucían en la espalda no habían hecho más que beneficiarnos de algún modo. Así pues, había esperanzas de que los dioses estuvieran de parte del rey y la aldea.

Tras la reunión con Cyrus y los demás en el palacio al amanecer, Cienchse había pasado el día ayudando a construir las defensas necesarias para repeler el ataque de los hermanos perdidos, fabricar armas y participar en cualquier otra actividad para la que el rey o el príncipe le requirieran.

La inminente guerra, que, según Daryos, estallaría en dos días, era una realidad terrible para cualquier habitante de la aldea. Pero, para algunos de nosotros, sería más aterradora que para la mayoría.

Porque habíamos vivido la guerra anterior.

Porque habíamos perdido a muchos seres queridos.

Y porque, por culpa de esa guerra, habíamos pasado diez largos años separados, llenos de dolor e incertidumbre.

Para las mujeres que habíamos estado cautivas, esta batalla era nuestra peor pesadilla. No podíamos pensar en la posibilidad de ser derrotados. Sabíamos bien la clase de futuro que nos aguardaba si Ux lograba salirse con la suya.

Yo no quería vivir en un mundo así.

Pensar en la probable victoria tampoco apaciguaba nuestra inquietud, ya que, incluso habiendo vencido la primera guerra, nosotras habíamos perdido de todos modos.

Intenté controlar mi terror visceral y mi angustia. Ambos iban en aumento. Más allá del temor a que pudieran secuestrarme de nuevo, estaba el miedo atroz a que mataran a Ciench. Pese al horror que supuso para nosotros la primera guerra, fuimos bastante más afortunados que otros, ya que sobrevivimos y nos reunimos de nuevo.

No teníamos ni idea de lo que ocurriría ahora.

Mi barog estaba convencido de que venceríamos. Ninguna otra posibilidad cabía en su cabeza, y yo no pensaba transmitirle mi angustia. Eso solo lo debilitaría.

Mientras Ciench se encontraba fuera, pasé un rato entrenando con el arco, el machete y el cuchillo con Callie y las demás en ese claro entre palmeras en el que solíamos reunirnos.

Todas éramos conscientes de que no teníamos ninguna posibilidad en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con un barog; pero, tal vez, una flecha o un cuchillo bien lanzados en un momento decisivo podrían concedernos los segundos necesarios para huir o para que llegara ayuda.

Tal como decían Callie y Tina, la nueva reina, incluso unas pocas horas de entrenamiento podían marcar la diferencia. Así que muchas de nosotras practicábamos, con la secreta esperanza de no tener que llegar a usar esas habilidades para salvar nuestra vida o la de nuestras amigas.

Además, mientras entrenábamos, se construían lazos sólidos entre nosotras y nos íbamos conociendo un poco mejor. Éramos una amalgama de mujeres procedentes de eras y tiempos muy distintos de la Tierra, pero con más cosas en común de las que nos imaginábamos. Al fin y al cabo, salvo Lorna, todas habíamos vivido tan solo alrededor de un par de décadas en nuestro anterior planeta y nos habíamos tenido que adaptar a Nemea.

Las que llevábamos más tiempo aquí, compartíamos nuestros conocimientos y experiencias con las más nuevas. Estas, por su parte, nos hablaban de adelantos y descubrimientos que se habían

hecho en los últimos siglos en la Tierra. Todas ganábamos. Y, lo más importante, nos convertíamos en buenas amigas.

Tras el entrenamiento, Lansh, el barog con más paciencia de la aldea y mejor humor, nos hizo de guía para mostrarnos las defensas que se habían alzado, los posibles escondites para nosotras en caso de que los necesitásemos, las posiciones que ocuparían nuestras fuerzas, la vía de escape más discreta y segura en caso de que las cosas se torcieran…

Cyrus y Daryos le habían pedido que se asegurara de que todas las descendientes tuviéramos la información necesaria para sobrevivir. No era agradable escuchar los consejos que debíamos seguir si la aldea comenzaba a perder la batalla, pero era mejor pasar el mal rato ahora que encontrarnos expuestas y sin tener ni idea de qué hacer si eso se producía.

Lansh nos volvió a explicar el plan que seguiríamos inicialmente: las descendientes nos encerraríamos en la posada mientras ellos luchaban, y un grupo liderado por Ciench custodiaría la entrada y no permitiría que nadie se acercara. Para mí, era un alivio que el rey hubiera designado a mi barog, pues, más allá de la confianza ciega que tenía en él, nos encontraríamos cerca el uno del otro durante la batalla.

Después de entrenar, comimos juntas en la posada, entre risas y charlas, lo que aligeró levemente el agobio prebélico que nos aplastaba.

Lorna y Callie amenizaron el rato bromeando y lanzándose pullas la una a la otra. Ese par era muy divertido. Hasta Sylvia se nos unió, con el pequeño Sonah a cuestas, que nos había robado el corazón a todas. Artia, que se había convertido ya en una parte indispensable del grupo, se mantuvo cerca y la ayudó con el bebé mientras Sylvia comía. La *aninf* nos había ayudado en los momentos más duros. Le teníamos un genuino cariño y ella a nosotras, sobre todo a Sylvia y Callie.

Observaba a esta última sin apartar la mirada durante minutos y se acercaba a ella siempre que podía. Nadie sabía por qué, pero estaba claro que tenía una especie de adoración por Callie, que yo diría que rayaba un poco la obsesión. Mi amiga se las

apañaba bien para lidiar con ella y apartarla de buenas maneras cuando la atosigaba demasiado. Era divertido verlas juntas y ser testigo de cómo se comunicaban. Artia entendía mucho más de lo que parecía, y juraría que el sarcasmo de ambas estaba bastante igualado.

En definitiva, formábamos un grupo muy variopinto, que lo era aún más cuando los nuevos amiguitos de Callie, los *llitops*, merodeaban cerca. Esa mujer atraía a seres muy raros.

—Oye, Calista, ¿no crees que Naranjito y Artia están un poco obsesionados contigo? —soltó Lorna, mirando a su amiga y apurando su segundo vaso de licor.

A esa mujer le iba la buena vida. No me extrañaba que se llevara tan bien con Toruch: estaban hechos el uno para el otro.

Este, el mejor amigo de mi barog, solía ser un espíritu libre, hasta que se topó con la mujer humana que había acabado en Nemea por error. Por lo que había visto hasta ahora, puede que fueran tan almas gemelas como cualquiera de las demás parejas.

Callie resopló.

—No empieces con eso otra vez, McPhee, que te conozco.

—Solo digo que te estás echando amiguitos muy esperpénticos.

—¿Y yo qué quieres que haga si los pobres me adoran y encima nos ayudan? Tengo que estarles agradecida por salvarnos el culo.

—Ya, ya, no digo que no. Es solo que… yo me preguntaría por qué acabas atrayendo a todos los locos.

Callie alzó una ceja.

—Puede que tengas razón, McPhee. Viéndote a ti, no hay duda de que los locos son mi especialidad. Los atraigo como la miel a las moscas.

—Muy graciosa, Calista —dijo Lorna sin alterarse demasiado, agitando una mano y atusándose el mono con la otra—. Luego no vengas a pedirme ayuda si un rino o una serpiente gigante decide que también quiere jugar contigo.

Callie puso los ojos en blanco y nos reímos.

Seguimos hablando un rato más, hasta que Emilia se levantó y nos pidió ayuda para traer los suministros médicos a la posada. Habían decidido que Xioh, el sanador, se instalaría aquí cuando acabara el enfrentamiento para remendar y curar a los heridos. Emi y Penny le asistirían en lo que pudieran. Cualquier otra descendiente que quisiera colaborar trayendo agua caliente, paños limpios o lo que fuese sería bienvenida.

Me ofrecí a ayudarla, junto con algunas otras, y trasladamos todo lo que nos indicó el sanador. Lo depositamos en una de las mesas del fondo de la posada y dispusimos una zona de jergones para los heridos.

Al acabar, Marla y yo acompañamos a Sylvia y su bebé a su casa. Las dejé allí y me dirigí a mi hogar para esperar a que llegara Ciench.

Había estado dándole vueltas a algo y, aunque los nervios me devoraban, deseaba hablarlo con él cuanto antes.

Así que, nada más entrar, abrí el baúl de las telas y los utensilios de costura y me acomodé sobre los cojines de la sala para crear nuevos diseños. Trabajaba en varios vestidos de prueba con otros materiales, como pieles y cuero, que probablemente los harían más resistentes para excursiones o cosas así.

Estaba uniendo dos pedazos de cuero pulido cuando llegó mi barog.



Pese a estar sucio y cansado, esbozó una gran sonrisa en cuanto me vio. Yo se la devolví de inmediato. Cada vez que lo veía, sentía que era un regalo de los dioses. A veces, me lo quedaba largo rato observando, incapaz de apartar los ojos de él por si se desvanecía.

Tenía la sensación de que estaba inmersa en un hermoso sueño, del que algún día despertaría para encontrarme con la espantosa realidad: que yo seguía en la celda de los pantanos y

jamás regresaba junto a él. Por su expresión, creo que a él le ocurría más o menos lo mismo.

Sin embargo, Cienchera muy real y estábamos juntos de nuevo.

Suspiré y volví a sonreír.

—¿Te apetece un vaso de zumo? Lo he exprimido hace poco —dije, dejando a un lado los utensilios y poniéndome en pie.

—No es necesario que te levantes, amor. Yo mismo me lo serviré.

—No me cuesta nada y tú estás agotado. Anda, siéntate. Te pondré también algo para picar y que aguantes hasta la hora de la cena.

—No tienes que servirme, Susi, de veras.

—Recuerdo que, antes, tú solías servirme a mí todo el tiempo, no veo por qué no puedo hacerlo yo ahora.

Esbozó una preciosa sonrisa.

—Está bien, tú mandas, mujer. Iré primero a lavarme las manos. Me he pasado el día trabajando ahí fuera y sudando como un condenado.

Desapareció en el cuarto de baño y regresó a los pocos segundos. Se había lavado también la cara y algunos de los mechones de pelo frontales se le habían mojado.

Tras llenarle un vaso de zumo de piña, plátano y sandía, y poner ante él un plato con varias tortas de trigo untadas con miel, me senté frente a él.

—¿Ha ido todo bien?

—Cyrus está nervioso, lo cual es normal, teniendo en cuenta que estamos al borde de una guerra, que él no ha participado antes en ninguna y que es el rey, responsable de todos nosotros. Pero, con la ayuda de D, nos está liderando muy bien. Además, nos escucha y se deja aconsejar. —Le dio un trago al zumo y prosiguió—: Hemos acabado lo que teníamos previsto para hoy y apenas quedan algunos flecos que terminar mañana. Reforzar la segunda línea de empalizada, montar la trampa para las *nashies*… cosas así.

—¿Acabaréis a tiempo?

En sus bonitos ojos, entre grisáceos y azules, brilló la inquietud.

—Si el enemigo no aparece hasta pasado mañana, tal como afirma Daryos, entonces sí.

—Recemos para que sea así.

Nos quedamos en silencio mientras él masticaba y yo me servía también un poco de zumo. ¡Estaba riquísimo!

—Te prepararé un baño. Creo que lo necesitas —dije sonriendo, señalando su pecho y sus brazos llenos de polvo, grasa y a saber qué más.

—Tienes razón. Estoy hecho un desastre. —Soltó una carcajada que me calentó la sangre.

Desde que había entrado por la puerta, mis nervios habían ido en aumento. No iba a echarme atrás, pero no podía evitar sentirme así. Había pasado mucho tiempo desde la última vez y demasiadas cosas terribles entre medio.

Llené la tina de madera, dejando un palmo hasta el borde para que el agua no rebosara cuando mi enorme barog se sumergiera. Tras echar varias esencias de flores, el baño entero olió como un campo en primavera. Por un instante fugaz, me invadió el recuerdo de los pícnics que solíamos celebrar los domingos mis padres y yo en aquella colina cercana a casa. Ciench nos había acompañado alguna vez, durante el breve tiempo que pasamos juntos en la Tierra.

Un recuerdo de otra vida, que parecía pertenecer a otra persona.

Cuando regresé al presente, él estaba detrás de mí, contemplando el agua. Los cubos que había utilizado para llenarla yacían vacíos a un lado.

Aparte de la morada de los reyes, pocas casas estaban abastecidas con esas rudimentarias bañeras. No tenía ni idea de dónde la había sacado mi barog. En nuestro anterior hogar, a orillas del lago esmeralda, no teníamos ninguna, pero sumergirnos en el lago cuando nos venía en gana era más que suficiente.

—Ni te imaginas cuánto me apetece esto ahora mismo —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Mientras yo acercaba un pequeño taburete de madera, él se quitó el taparrabos con total naturalidad y se metió en la bañera. Fue bajando lentamente hasta sumergirse hasta el pecho.

Le había visto infinidad de veces desnudo, tanto en su versión barog como en la humana. Aun así, ahora todo era un poco diferente. La década que habíamos pasado separados había hecho que algunas cosas volvieran a ser nuevas en parte.

—Esto es maravilloso —ronroneó, apoyando la cabeza en el borde y los brazos a ambos lados mientras cerraba los ojos.

—¿Quieres que te lave el pelo? —pregunté con voz temblorosa.

Su pecho vibró, pero tuvo la deferencia de mantener los ojos cerrados.

—Sí, por favor.

Arrastré el taburete y me coloqué cerca del extremo donde se apoyaba. Me llené las palmas de jabón aromático y se lo apliqué con suavidad en el cabello. En cuanto empecé a masajearle el cuero cabelludo, gimió de placer.

—¿Te gusta?

Él asintió, completamente relajado. Bajé las manos llenas de espuma por los laterales de su robusto cuello y las deslicé hasta sus hombros. De ahí, arrastré los dedos hasta su pecho y subí de nuevo cuando sus gemidos se intensificaron y el vaivén del agua me dejó claro lo que estaba ocurriendo ahí dentro.

Su cola, larga, gruesa y recubierta de pelaje negro brillante, salió del agua y se desparramó por el borde de la tina, como una invitación para que la lavara también. Me llené de nuevo las manos de jabón y masajeé su cola, deslizando los dedos por toda la extensión que estaba a la vista.

—Susi… —Su voz fue un murmullo ronco.

Cuando retiré las manos, sus dedos aferraron mi muñeca con suavidad y abrió los ojos de golpe.

—¿Quieres meterte aquí conmigo? —preguntó, titubeante.

Me levanté del taburete y me alejé unos pasos.

—Yo… te dejaré solo para que acabes de disfrutar del baño.

—Susi, si te he importunado, no era mi intención.

Negué con la cabeza, tratando de dominar mi miedo.

—No lo has hecho, de veras. Te espero en el dormitorio —dije.

Me di media vuelta y salí del baño.

Cuando llegué a nuestra habitación, empecé a pasearme con nerviosismo de un extremo al otro. En un arranque de valentía, abrí el baúl y saqué el vestido color marfil que había cosido para la ocasión. Era más corto y escotado que los habituales y estaba decorado con hilo color oro, que me había costado mucho teñir.

Me quité el que llevaba y me puse el nuevo, que se ajustaba ligeramente a mis curvas. Me solté la trenza y me pasé los dedos por la melena castaña. En cuanto escuché sus pasos aproximándose, me quedé de pie junto a la cama y esperé.

Cuando entró, su expresión fue de sorpresa. Entonces, me recorrió de arriba abajo con la mirada, demorándose en cada centímetro de mi piel hasta regresar a mi rostro. Como iba desnudo, se hizo evidente lo mucho que le gustaba lo que estaba viendo.

—Susi, ¿qué…?

Las ondas oscuras de su cabello chorreaban agua sobre sus anchos hombros.

—Ven, siéntate a mi lado, Ciench —dije, acomodándome en el borde de la cama. Di una palmadita en el colchón para incitarlo a acercarse.

Él tardó unos segundos en reaccionar. De pronto tenía la mirada nublada y la boca un poco abierta. Juraría que hasta podía escuchar sus potentes latidos a esa distancia.

Esperé hasta que sacudió la cabeza ligeramente, como si quisiera despejarse, y caminó despacio hasta mí. Al sentarse a mi lado, el colchón se hundió bajo su peso. Intenté no desviar descaradamente la mirada hacia su miembro, completamente erecto. Apenas lo conseguí.

Mi corazón se aceleró, la boca se me secó y la humedad se concentró entre mis muslos. Por un instante, olvidé por completo mi discurso. Me entraron ganas de abalanzarme sobre él y dejarme llevar sin más.

—Me gustaría hacer el amor contigo esta noche —logré decir al fin.

Su musculatura tembló y tragó con dificultad.

—¿Lo dices en serio, amor mío? —preguntó con voz ronca—. No te mentiré: ahora mismo estoy muy excitado, como puedes ver. —Esbozó una sonrisa algo avergonzada que me conquistó por completo—. Pero puedo esperar.

—Quiero hacerlo, Ciench. No deseo aguardar más.

—¿Esto es por la guerra? Porque te aseguro que sobreviviremos y…

—Esto es porque te amo y te deseo y estoy harta de esperar. Y sé que ganaremos, pero, si los dioses nos arrebataran la suerte, jamás me perdonaría no haber compartido al menos una noche contigo.

—Susi, amor —dijo tomándome ambas manos con las suyas —. No hay nada que desee con mayor fervor que unirme a ti ahora mismo y recuperar la intimidad contigo. Pero solo lo haré si estás realmente preparada y convencida. No hay por qué apresurarse. No pienso irme a ningún sitio… ni morir.

Quería creerle, pero ni él ni yo sabíamos cómo acabaría la batalla ni qué destino tenían preparado los dioses para nosotros. Puede que tan solo nos hubieran regalado un soplo de tiempo para volver a estar juntos… y después nos separaran de nuevo.

No iba a arriesgarme. Ni hablar.

Además, deseaba estar con él de todas las formas imaginables. No solo vivir con él, dormir con él, abrazarnos… Lo necesitaba dentro de mi cuerpo, tomando de nuevo posesión de lo que era suyo por el vínculo sagrado.

Así que, pese a que un ligero temor todavía corría por mis venas, no iba a dejar que eso ni ninguna otra cosa me impidiera entregarme a él y disfrutar de mi barog.

Acerqué la mano a su muslo y lo recorrí desde la rodilla hasta la ingle, deteniéndome a unos pocos centímetros de su pene. Él contuvo el aliento mientras se le erizaba la piel y su cuerpo se estremecía.

—Te deseo, amor —dije con la mayor contundencia de que fui capaz.

Le regalé una caricia fugaz entre las piernas, que le arrancó un gemido ronco, y me arrastré por la cama hasta tumbarme, aguardando a que se uniera a mí.

Él no se hizo de rogar. Subió una rodilla a la cama y luego la otra, y avanzó hasta mí. Me contempló desde arriba durante unos segundos y sonrió con una mezcla maravillosa de ternura y fuego. Su cola trepó por la colcha, me acarició un pie y siguió subiendo hasta enroscarse con suavidad en mi muslo.

—¿Prefieres que cambie de forma? —propuso con la voz gutural.

—La próxima vez.

Él sonrió de felicidad. Se tumbó a mi lado y me acarició la mejilla con tanta suavidad que mi corazón se derritió.

—Mi bella Susi. No sabes cuánto tiempo he deseado hacer esto. Te he echado de menos cada segundo de cada día de cada uno de estos diez años separados. Te prometo que no permitiré que nada nos separe de nuevo.

Entonces, me besó.

Sus dedos me acariciaron el cuello, la clavícula y el hombro, tan respetuoso que me enternecí. Sus labios se movieron cautelosos sobre los míos y nos saboreamos entre suspiros. Todo era conocido y al mismo tiempo nuevo. Temblé entre sus brazos cuando su lengua entró en mi boca, en busca de la mía. Al deslizarse la una sobre la otra, sentí como si flotara.

Se incorporó de rodillas y agarró el borde de mi vestido.

—¿Estás segura, amor?

En cuanto asentí, me lo quitó lentamente, descubriendo mi piel centímetro a centímetro, contemplándome como si fuese la primera vez que me veía desnuda. Su cara de enamorado me arrancó una sonrisa.

Volvió a tumbarse y me acarició los pechos con suavidad, mirándome a los ojos en todo momento por si detectaba rechazo o arrepentimiento por mi parte. No había ni pizca de eso.

Su pene, duro y caliente, se apretaba contra mi muslo, buscando algo de alivio. Sabía que él esperaba a que yo diera el primer paso para permitirse ir más allá. Por nada del mundo se habría apresurado. Así pues, bajé la mano hasta allí y lo recorrí con suavidad desde la base hasta la punta, presionando en los puntos que recordaba que lo volvían loco. Al parecer, no había olvidado su cuerpo ni lo que le causaba placer, puesto que empujó con las caderas entre mis dedos y rugió con fuerza.

—Por todos los rinos, esto es… delicioso. Me vuelves loco, Susi.

Envalentonado por mis avances, deslizó la mano entre mis pechos, cruzó mi estómago y mi vientre, y llegó a la unión de mis muslos. Di un respingo cuando sus dedos resbalaron en mi humedad.

—¿Estás bien? —me susurró al oído—. ¿Quieres que pare?

—Sigue, no te detengas.

—Como desees, amor.

Su boca buscó la mía de nuevo y, mientras me besaba de ese modo que hacía que mis piernas temblaran, me separó las piernas y hundió dos dedos en mi interior, despacio, con delicadeza, mientras su cola me acariciaba el interior de los muslos.

Gemí y me retorcí, ante una sensación largamente olvidada. Le mordí un poco el labio cuando los sacó y volvió a meterlos hasta lo más hondo de mi ser, atento en todo momento a las reacciones de mi cuerpo y a mi mirada.

Sus ojos, tan hermosos que me dejaban sin respiración, brillaban con destellos plateados y azules mientras seguía besándome y tocándome.

Dibujé caricias sobre la piel de su pecho, bajé uno a uno sus abdominales, atravesé su ombligo y descendí por la musculatura de su vientre hasta que mis dedos aferraron de nuevo su virilidad, completamente preparada para mí. Mi mano se ahuecó bajo los testículos, sintiendo el delicioso peso en la palma, y subió de nuevo hasta el pene. ¡Cómo le había echado de menos!

El deseo que sentía por él era casi doloroso.

—Oh, Susi, esto es… es… un sueño hecho realidad. Te amo tanto que me desborda.

—Yo también te amo, Ciench, mi amor, mi barog, mi *hoa uhane*. Yo tampoco dejé de pensar en ti ni un solo segundo durante el tiempo que nos arrebataron.

Mis palabras lo espolearon a encajarse entre mis muslos mientras besaba mi rostro, mis pechos, mi hombro…

—Ahora, voy a dártelo todo, mi hermosa Susi. Ahora y para el resto de nuestra larga existencia.

Tras decir esas palabras, contrajo los glúteos y empujó dentro de mí con cuidado, hundiéndose poco a poco, con la mirada clavada en la mía.

Alcé las piernas y le rodeé la cintura para atraerlo, provocando que se enterrara por completo en mí. Gemimos al unísono, con el pulso latiéndonos con fuerza bajo la piel sudorosa.

Salió despacio y embistió de nuevo, mientras yo me aferraba a sus hombros y tiraba de él para que volviera a besarme. En cuanto lo hizo, nuestros cuerpos se desataron y comenzaron a moverse al unísono, con un vaivén delicioso y el ritmo perfecto para ambos.

Bombeaba en mi interior con movimientos expertos que me elevaban un poquito más hacia las estrellas con cada nueva embestida. Las penetraciones, al principio lentas, se hicieron más rápidas y profundas, enérgicas y poderosas, y nos acercaron a la liberación.

El orgasmo nos alcanzó al mismo tiempo, como una oleada de placer sublime que me fundió la mente y me enardeció el cuerpo hasta que no fui más que una madeja sensible y complacida. La desesperación, el miedo y la pena se desvanecieron mientras mi barog rugía entre mis piernas y me abrazaba con fuerza.

Su pene se ancló en mi interior, presa de espasmos y convulsiones, mientras me colmaba de esa sensación de calidez deliciosa.

Yo también lo abracé. Lo mantuve bien sujeto mientras sus músculos, tensos y rígidos por el esfuerzo, se relajaban lentamente sobre mí. Incluso después de vaciarse, permaneció dentro de mí un poco más, prolongando el placer sublime para ambos.

Me acarició el rostro y me cubrió de besos una y otra vez, entre hermosas palabras de amor que salían directamente de su corazón y se filtraban en el mío.

Su aroma y su calidez cerraron mis heridas a medio cicatrizar y, pese a que todo lo que había sufrido no podía borrarse de un plumazo, consiguió que, por primera vez en mucho tiempo, creyera de verdad que podría volver a ser la mujer que había sido.

Una chispa luminosa de esperanza anidó en mi pecho y, al fin, sonreí de verdad, con el alma.

—¿Estás bien, amor? ¿Te ha gustado? —preguntó con voz ronca, deslizándose hacia mi lado.

Me rodeó con sus brazos musculosos y su cola, y me atrajo hacia su cuerpo.

—Ha sido maravilloso. Tal como lo recordaba.

Acaricié la piel de su pecho, justo encima del corazón, y planté allí un beso con todo el sentimiento que salía a borbotones de mí. Presioné los labios contra ese punto, sintiendo su pulso en ellos.

—Te amo, Susi Bell. Ahora y siempre.

—Te amo, mi *hoa uhane*. Y no deseo otra cosa más que gozar de una larga vida junto a ti.

Y tras esas hermosas palabras, nos aferramos el uno al otro sin pensar en nada más que no fuese nosotros… y nuestro futuro juntos.

Justo antes de dormirme, lancé una breve plegaria a los dioses del manantial para que no nos arrebataran ese futuro que ambos merecíamos.

Quién sabía si me escucharían.

27 NO TIENES NADA QUE TEMER
PENNY

Asentamiento de los hermanos perdidos, los pantanos, Nemea, hace diez años

Cuando al fin alcanzamos el final del sendero, una choza grande se elevaba ante nosotros. Ux se hizo a un lado para dejarme pasar y entró detrás de mí. El espacio era amplio y acogedor, decorado con poco más que una cama enorme a ras de suelo, cubierta por una colcha y decorada con varios cojines.

El sol de la mañana se colaba por los ventanucos abiertos en las paredes de bambú y madera, dibujando luces y sombras en el suelo de grandes tablones de madera. El suelo de nuestra celda era de tierra pisada y, por lo poco que había atisbado, el de las otras chozas también. Ese lugar era diferente, y no estaba segura de si eso era positivo o todo lo contrario.

Porque la cama no dejaba lugar a dudas de para qué me había traído allí.

Estaba nerviosa y asustada, pero no tanto como debería haberlo estado en una situación así. Había algo en Ux que me transmitía una extraña serenidad. Puede que solamente fuera por todo lo que Tatiana me había contado sobre él. Ella nunca pensó que fuese malvado. Le amaba, se había acostado con él, e incluso se había planteado, aunque solo hubiese sido por una ínfima fracción de tiempo, huir con él.

Ux jamás la había maltratado y, por lo que yo misma había presenciado, no la había matado. Nunca habría podido hacerlo. La

amaba de verdad.

Quizás todo eso influía en que no le temiera como cabría esperar, pese a que mi cuerpo traicionero temblaba.

Y no debía olvidar algo importante: yo no era Tatiana, así que debía ir con cuidado. No tenía ni idea de lo que podía esperar.

Tras años de verme obligada a mostrar sumisión ante Gushia, sabía bien lo que ese macho barog quería de mí. Cuanto antes se lo diera, antes me dejaría regresar a la celda junto a las demás mujeres.

Así que, mientras él se acercaba a la cama, yo desabroché la cuerda que me ceñía el vestido a la cintura. Cuando se giró a mirarme, comencé a bajar uno de los tirantes de mi vestido.

Me contempló en silencio con los ojos azules brillantes y los clavó en uno de mis pechos en cuanto quedó al descubierto. Cuando el otro tirante ya descendía por mi hombro, avanzó hacia mí y, en dos zancadas, se plantó a tan solo un palmo.

—No es necesario que hagas eso —dijo, deslizando los tirantes hacia arriba, cubriéndome de nuevo.

El roce de sus dedos me hizo estremecer. El rubor me tiñó las mejillas. Tal vez yo no le gustaba; no era suficiente para él. Él había amado a una reina, todavía debía de amarla. Acababa de verla morir; quizás estaba desconsolado.

—Yo… pensé que… Lo siento —dije bajando el rostro, avergonzada.

—No tienes por qué pedir perdón, Penny. Ven, sentémonos —dijo tendiéndome la mano y tirando de mi con suavidad hacia la cama.

Nos sentamos sobre el colchón y yo me quedé muy quieta.

—Tatiana era mi mejor amiga —solté sin más.

Las palabras habían brotado de mí sin que yo supiera por qué. Probablemente, eso no había sido lo más inteligente. Era como si sintiera que el hecho de que ambos quisiéramos a la fallecida reina pudiera acercarnos un poco.

—Entonces, debes de estar muy triste.

—Apenas puedo asimilar que se haya ido para siempre. Ella y yo… —Traté de contener las lágrimas, pero algunas se escaparon de

mis ojos—. Tenía un gran corazón y siempre se portó muy bien conmigo. Nos apoyábamos la una a la otra.

Cometí la imprudencia de alzar la mirada y me encontré con sus luminosos ojos azules escrutando mi rostro.

—Yo no la maté, si es eso lo que te estás preguntando.

—Lo sé. Lo vi.

Suspiró sonoramente y tuve la sensación de que dejaba caer esa máscara de frialdad y dureza, y sus facciones se volvían más cercanas. Más… amables. Aunque puede que solo fuesen imaginaciones mías. No debía confiarme.

También Gushia parecía amable a ojos de todos.

—La amaba, ¿sabes? —dijo, con la mirada de pronto perdida en algún lugar de su interior—. Jamás le habría hecho daño.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Sus dedos buscaron los míos y los entrelazó. Tuve la sensación de que necesitaba ese contacto en un momento de profunda tristeza.

—¿Te habló ella de mí? —preguntó con curiosidad en la mirada.

Era un barog impresionante. Tenía un magnetismo fuera de lo común. Y puede que fuese realmente el monstruo que todos aseguraban que era y el enemigo de la especie, pero yo conocía otra faceta de él. Esa faceta que le había mostrado a Tatiana y sobre la que ella me había hablado.

—Sí.

Sus dedos apretaron un poco los míos y su pulgar me acarició la palma. Me estremecí un poco más.

—¿Qué te contó?

—Me habló de cómo os conocisteis en la Tierra; de lo que ocurrió cuando cruzasteis el portal y Drashir y los ancianos se interpusieron entre vosotros; y de… vuestro encuentro en la cascada, hace veinte años.

Su musculatura tembló y el círculo negro que rodeaba sus iris se intensificó.

—¿Te habló de lo que hicimos en la cascada y del trato que le ofrecí?

Asentí.

—Solo me lo contó a mí.

Parecía que quería preguntar algo más, pero que dudaba. Finalmente, habló de nuevo:

—¿Me amó de verdad alguna vez? —preguntó, mirándome expectante.

—Sí, Ux. Tatiana te amó.

Se llevó la mano al corazón.

—Si me amaba, ¿por qué no huyó conmigo?

Una pregunta muy delicada.

—Porque también amaba al rey y no podía abandonar a sus hijos.

Él gruñó. Un gruñido mezclado con un lamento profundo.

—Debería haber venido conmigo. Habría evitado la guerra, el baño de sangre, la pérdida de barogs valerosos.

—Estuvo a punto de ir, pero no podía traicionar a Drashir ni dejar a su pequeño Cyrus.

—Sin embargo, sí que pudo traicionarme a mí. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza, negando en silencio.

—Lo siento —dije sin saber qué más añadir.

Por mucho que yo no le tuviera miedo y que supiera más cosas sobre él que la mayoría, no podía olvidar la evidencia: que, por su culpa, muchos barogs buenos habían sido masacrados y muchas de mis amigas habían sido traídas a los pantanos a la fuerza. El destino que les esperaba, y también a mí, era espantoso.

—Yo también lo siento, Penny. He perdido a la mujer a la que amaba, mi hoa uhane, y tú has perdido a tu mejor amiga. Ambos estamos sufriendo. No creas que eludo mi culpa, pues, aunque no la haya matado, soy el único responsable. Llevé a mis barogs perdidos a la aldea.

—Tú no querías que muriera. Tengo la sensación de que no querías que le ocurriera nada a ninguna de nosotras. —Ni siquiera sé por qué dije aquello.

Sus ojos chispearon.

—Es cierto, di orden expresa a mis hermanos perdidos de que no le hicieran daño a ninguna mujer. Pero una guerra es una guerra,

y no todos me hicieron caso. La culpa por la muerte de cualquier descendiente recae enteramente sobre mí —dijo con vehemencia.

Tatiana había muerto.

Elena había muerto.

El silencio se apoderó de la choza de nuevo.

Nos quedamos allí sentados, uno al lado del otro. Sentí que, de algún modo, nos estábamos dando consuelo mutuo.

Apenas podía creer que Tatiana y Drashir hubieran muerto; que Sylvia, Susi, las demás y yo misma hubiésemos acabado prisioneras del enemigo; y que, ahora mismo, estuviese a solas con el temible Ux, el antiguo amor de mi amiga y causante de una tremenda desgracia para la aldea.

Pero aquí estábamos.

—¿Quién es tu barog, Penny?

—Era Gushia. Uno de los tuyos lo mató cuando trataba de protegerme.

—Lo siento.

—Yo no —dije con rabia, sin poder contener las palabras.

Él elevó las cejas, sorprendido.

—¿Acaso no le amabas?

Bajé la vista y me retorcí una mano con la otra. No tenía ni idea de si contar eso me beneficiaba o perjudicaba. Así que opté por contar la verdad. ¿Qué más tenía que perder?

—Lo intenté. Durante cuatro siglos.

—¿Y él te amaba?

—Eso decía constantemente, pero demostraba lo contrario.

—Ya veo. No era un buen barog.

Me encogí de hombros.

—No era bueno conmigo, pero era un guerrero valiente y un barog leal al rey. Supongo que yo esperaba algo distinto, aunque no sé por qué.

—¿Te alegras de que haya muerto?

Una pregunta peligrosa. Negué con la cabeza.

—No es eso; no le deseaba ningún mal. Pero es como si… me hubiera liberado de un yugo, de la opresión, incluso aunque ahora sea más prisionera de lo que era antes. —Clavé mis ojos en los

suyos, intentando hacerle comprender que, para mí, esta nueva situación no era tan diferente de la anterior.

Al menos, ahora no tenía que fingir. Podía mostrar miedo, dolor o repugnancia porque estaba justificado. Antes, en cambio, todo el mundo presuponía que Gushia y yo nos amábamos y éramos felices. Que todo era perfecto, cuando yo solo tenía ganas de llorar la mayor parte del tiempo.

—¿Por eso no tienes miedo? —preguntó con la voz un tono más grave.

Me apartó un mechón ondulado de la frente, que se me había escapado del moño, y me lo recogió tras la oreja.

—Sí que tengo miedo. Mucho. Sobre todo, por mis amigas. Han dejado a buenos barogs atrás y están aterrorizadas —dije, intentando controlar el temblor de mi voz. En un susurro, añadí—: Llevamos suficiente tiempo en Nemea como para intuir lo que nos espera.

Él apretó la mandíbula y me acarició la mejilla. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, entre espasmos y temblores, se transformó en su versión humana.

Contuve el aliento mientras lo recorría de arriba abajo, incapaz de apartar la mirada de él. Todos los barogs eran muy atractivos como hombres, pero este que tenía delante de mí… era él más apuesto de todos.

Me pregunté por qué los dioses les habían dado una apariencia tan hermosa a unos seres tan brutales. Porque por mucho que estuviera siendo gentil conmigo, por mucho que Tatiana le amara, por mucho que todavía no hubiese golpeado a ninguna de nosotras…, en realidad, yo no tenía ni idea de lo que sería capaz de hacernos.

—He pensado que esta forma te sería más agradable, sobre todo, si tu barog no te trataba bien.

—Te lo agradezco, aunque tu forma barog no me desagrada en absoluto. Era su corazón negro lo que me disgustaba, no su apariencia.

Sus ojos me evaluaron con una pizca más de avidez.

—Eres una buena humana descendiente, Penny. No es justo que te tocara en la cacería un macho de mierda.

Di un respingo.

—Ya sabes… cómo funcionan las cosas en la aldea.

—Si hubiera ganado, te aseguro que habría cambiado muchas cosas. Pero, ya ves, tendremos que esperar unos años más y otra guerra para lograrlo. —Soltó una carcajada que me heló la sangre.

Pensaba que, con su derrota, se daría por vencido y ya no habría más guerras. Por lo visto, me equivocaba.

Una sensación muy desagradable se me instaló en la boca del estómago. Puede que Ux sí que fuera un verdadero monstruo, al fin y al cabo, con independencia de cómo me tratara.

—Déjame ver dónde te pegaba tu barog, Penny.

Me quedé petrificada.

—¿Quieres que me desnude? —dije con un hilo de voz.

Tras haber estado hablando un rato con él y percibir esa extraña conexión, ahora me daba más vergüenza.

—Solo si tú quieres.

Por absurdo que pueda parecer, le creí.

Me puse en pie de nuevo y deslicé el vestido por mi cuerpo hasta quedarme desnuda. Cuando él se levantó también, agaché la mirada al suelo y contuve la respiración. No me molesté en cubrirme, él podía hacer conmigo lo que quisiera, y oponerme de cualquier modo no serviría de nada.

Ironías del destino, mi querida Tatiana estaba muerta y yo había acabado en brazos de su barog.

Cuánto sufrimiento habría podido evitar si se hubiera reunido con él aquel día, veinte años atrás, y se hubiera marchado con él. No se lo recriminaba; comprendía bien por qué se había quedado. Pero muchos otros habían sufrido y sufrirían por ese amor maldito y esa traición.

Ux empezó a dar vueltas a mi alrededor, dibujando con las yemas de los dedos sobre mi piel en aquellos lugares donde todavía quedaban las marcas de los abusos de Gushia. Su contacto era agradable, pero la humillación era demasiado grande para que pudiera obviarla.

—Mírame, Penny —me ordenó, ahora plantado delante de mí. Obedecí. No estaba en situación de hacer otra cosa—. Ese barog no supo valorar lo que tenía.

—No lo sé, yo…

Deslizó los dedos bajo mi barbilla y me alzó el rostro.

—Hagamos un trato. Te prometo que nadie en este asentamiento te golpeará jamás —soltó con contundencia. Su voz se había enronquecido y la astucia en sus ojos era más aguda que la de cualquier otro barog al que hubiese conocido.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Yo no era tonta y sabía que un trato requería algo por ambas partes.

—¿A cambio de qué?

El suavizó la expresión, aunque el resplandor de sus ojos se incrementó.

—De que seas amable conmigo y me respetes, eso es todo.

—O sea, de que haga todo lo que me pidas sin rechistar —solté sin pensarlo. Eso se parecía demasiado a lo que Gushia pedía de mí, y yo ya sabía dónde y cómo acababan ese tipo de tratos.

Él torció el gesto.

—No es eso lo que yo he dicho. Mis palabras no iban con doble sentido, Penny. Estoy cansado de que todo el mundo me odie y me tache de monstruo, cuando, aunque puede que lo sea, no soy peor que tu Gushia o que muchos otros. ¿Amabilidad y respeto es tanto pedir?

Negué con la cabeza de inmediato. No quería disgustarlo ni enfurecerlo. Aceptaría su trato, fuera el que fuese, porque no me quedaba más remedio. Con o sin él, Ux haría conmigo cuanto quisiera.

Pero seguía habiendo algo… algo que me empujaba a confiar en él. A sentirme a gusto con él.

—De acuerdo. Tú me has dado ambas cosas desde que estoy en tu hogar, no veo por qué yo no iba a darte lo mismo.

—Sabía que nos entenderíamos —dijo sonriendo. Y esa sonrisa me pareció sincera—. Tienes unos ojos muy hermosos, Penny. Como miel de abejas rojas derretida. ¡Ah, cómo la echo de

menos! Por aquí solo abunda la de las azules, y no es lo mismo. No es tan dulce.

Algo crujió en mi interior. A diferencia de Gushia, yo también prefería la de abejas rojas.

—Gracias. Tus ojos también son muy hermosos. —En cuanto las palabras brotaron de mis labios, me reprendí. ¿Cómo se me ocurría mencionar algo así? ¡No debía alentarle!

Esto no era un encuentro de enamorados. ¡Era un secuestro!

Juraría que estaba sorprendido.

—Ven, sentémonos de nuevo —propuso con suavidad. Otra vez, obedecí—. ¿Puedo? —preguntó señalándome el cabello.

Asentí y, con delicadeza, soltó la tira de cuero que recogía mi pelo, y las ondas se desparramaron por mis hombros. Tuve la sensación de que contenía el aliento.

Pasó los dedos entre los mechones para desenredarlos y gimió un poco.

—Qué desconsiderado por mi parte tenerte aquí desnuda mientras yo no lo estoy —dijo, desabrochándose el taparrabos y dejándolo a un lado.

Cuando vi su erección, tragué saliva. Su cuerpo era una verdadera obra de arte, pero ese no era nunca el problema de un barog. Todos eran esculturales. Lo que yo quería averiguar es si realmente merecía mi respeto.

—No voy a mentirte, Penny: me muero por hacerte el amor. Tampoco es que pueda disimular mi excitación —dijo sonriendo un poco mientras se señalaba la entrepierna—. Pero no voy a hacer nada que tú no quieras. Si me dices que no, te prometo que te dejaré en paz—. Parecía hablar en serio, pero no podía fiarme.

—¿Dónde está la trampa?

—No la hay. Solo te pedí amabilidad y respeto, no que me complacieras siempre que me viniera en gana. Nunca te forzaré.

—¿Por qué?

Tuve la sensación de que sopesaba la respuesta.

—Lo creas o no, Penny, yo nunca he forzado a nadie, mucho menos a una mujer. Siempre les doy a… escoger.

—Pero si las consecuencias son terribles, no es dar a escoger libremente.

—Cierto, pero, en tu caso, jamás habrá tales consecuencias.

—Repito, ¿por qué?

Suspiró.

—Porque ya has pasado por demasiado, porque eras amiga de Tatiana, porque me has mirado a los ojos sin hacer una mueca de asco o terror profundo… O quizás solo sea porque me gustas, no lo sé. Ya te dije que la miel es mi debilidad —sonrió.

Me estremecí. Sabía que no todo eran buenas intenciones y que, de algún modo, me estaba manipulando.

—¿Y qué pasará si digo que no?

—Que te vestirás de nuevo, charlaremos un rato más y te acompañaré a la celda.

Apretó ligeramente la mandíbula. Puede que cumpliera su parte, pero le molestaría el rechazo.

—En ese caso, ¿buscarás la compañía de alguna de las otras mujeres?

En sus ojos relampagueó un destello que me inquietó.

—Eso no debe preocuparte. Mi trato es contigo, no con las otras.

—Pero ellas…

—Tú decides, Penny. —Sus dedos me rozaron el pómulo y luego la clavícula.

Su miembro se tensó un poco más y su deseo me golpeó con fuerza. Su mirada me recorrió los pechos, el vientre, la unión de los muslos… Después, se volvió a clavar en mis ojos, aguardando una respuesta.

Puede que yo no fuera tan lista como él, pero hacía mucho tiempo que había aprendido a leer entre líneas: si yo no me acostaba ahora con él, elegiría a cualquier otra. Todas estaban en peligro. ¿Y si escogía a la dulce Sylvia, traumatizada por la reciente muerte de Sonah? O, peor aún, a Susi, tan rabiosamente enamorada de Ciench que lucharía con uñas y dientes contra Ux o cualquier otro. Eso la destrozaría.

No. No pensaba huir de esta choza como una cobarde y dejar que las demás pagaran las consecuencias. Yo ya estaba acostumbrada a estas cosas, y Ux me estaba tratando mucho mejor de lo que Gushia lo había hecho durante siglos.

Por supuesto, no iba a dejarme engañar: en cualquier momento él podría cambiar de opinión respecto a mí y romper nuestro trato. Y dudaba mucho de que el líder de los hermanos perdidos se conformara con poseerme solo a mí cuando tenía casi una docena de mujeres más a su disposición. Pero, mientras pudiera, les ahorraría a mis amigas el mal trago.

Además, en lo más hondo de mi alma había algo que ni siquiera me atrevía a reconocerme a mí misma. Una chispita de algo que no había sentido nunca. Monstruo o no, Ux despertaba en mí una clase de sensaciones totalmente desconocidas.

Así pues, reuniendo valor, posé una mano con suavidad en su poderoso muslo.

Él abrió un poco más los ojos, casi de manera imperceptible.

—Puedes hacerme el amor, Ux —dije, intentando que mi voz no vacilara.

Él esbozó media sonrisa sensual y se abalanzó sobre mí.

Y ese día, cumplió su palabra de no hacerme daño. Ese día y todos los que siguieron. Fue el primero de muchos llenos de charlas, confesiones, caricias y complicidad. Momentos que yo anhelaba secretamente, tanto o más que él.

Jamás rompió nuestro trato.

Jamás me obligó a nada.

Jamás permitió que otros me lastimaran.

Por desgracia, las demás no tuvieron tanta suerte.

28 DECISIONES

La selva, Nemea, en la actualidad
Ux

Todavía no despuntaba el alba cuando Ux abrió los ojos. Había percibido un ligero temblor en la tierra debajo de él, como si cientos, miles de pisadas marcharan al unísono. Seguramente, solo habían sido imaginaciones suyas, fruto del sueño alterado antes de la batalla.

La conversación de la noche anterior con ese viejo manipulador le había dado que pensar. Ux sabía que era más lo que ocultaba que lo que le había contado, pero no por ello dejaba de ser interesante. En el fondo, sospechaba que Ooris tampoco tenía todo el conocimiento que quería hacerle creer. Esos seres alados eran un gran misterio incluso para él.

Por el momento, se centraría en la guerra, en usurpar el trono y erigirse el nuevo rey de Nemea, y en intentar ganarse a su hijo de algún modo. Esta última parte aún tenía que meditarla bastante. Pero de una cosa estaba seguro: la aldea y todas las humanas descendientes serían suyas. Ya se preocuparía de los temas divinos y religiosos más adelante.

Se preguntaba si tomaría a una sola mujer como pareja. Callie, muy a su pesar, había quedado descartada. Puede que eligiera a la rebelde e indomable Susi, que tanto le calentaba la sangre y le había gustado someterla, aunque no le traería más que problemas. Además, tendría que aniquilar a Ciench. O quizás a Sylvia, cuyo barog había muerto y cuyo hijo era más que probable que fuera suyo. De ser así, tal vez eso le ayudaría a convencer a Daryos, dado que eran hermanos.

O tal vez Penny, que despertaba sentimientos y anhelos en él que no era capaz de descifrar ni afrontar. Sería muy agradable despertarse cada mañana a su lado y acostarse cada noche junto a ella, poder compartir sus preocupaciones, charlar mirando las estrellas y…

No, Penny no podía ser. Por mucho que le gustara, por mucho que algo lo empujara hacia ella, no era la mejor elección. Porque eso significaría… significaría…

Meneó la cabeza para ahuyentarla de nuevo de su mente y, en silencio, se puso en pie.

Eso sí: nada de cacerías, ni de seguir las leyes y tradiciones ancestrales de los ancianos, nada de turnos tampoco… Ya pensaría en algún sistema mejor y mucho menos traumático para las descendientes.

En realidad, haría lo que le viniera en gana. Las normas las dictaría él según le apeteciera en cada momento. Por supuesto, debería haber un mínimo de reglas a cumplir por todos los demás, porque no era estúpido: una sociedad sin leyes conducía al caos y el desastre.

Primero, vencería; después, ya pensaría en todo eso.

En ningún caso sería como los otros reyes que había tenido Nemea, subyugado por los maquiavélicos ancianos. Su era había llegado a su fin, tanto si acababa matando a Ooris como si no.

El improvisado campamento de sus barogs perdidos, que se extendía por toda la extensión del claro, continuaba dormido.

«Bien. Que sigan así durante un rato más. Necesito un tiempo a solas».

Si todo marchaba según lo previsto, en dos jornadas llegarían a las puertas de la aldea, después de diez años desde la última vez que había puesto un pie allí dentro. Pese a todo lo que le habían hecho, seguía amando ese lugar. Pero, por encima de todo, quería someterlo a su voluntad. Él les devolvería multiplicadas por mil cada una de las humillaciones que le habían infringido.

Una vez matara al rey, todo barog que quisiera sobrevivir tendría que jurarle lealtad a él… o morir. Incluidos los guardianes del templo. A lo mejor tendría que hacer una pequeña purga con los

pertenecientes al núcleo de confianza de Cyrus. Lo decidiría sobre la marcha.

Sus pasos lo llevaron a orillas de un pequeño lago, semioculto entre los helechos, altos y espesos. El suave resplandor de la pareja de lunas todavía teñía de verde la superficie en calma y le confería al lugar un halo etéreo. Avanzó un poco más y metió los dedos en el agua. A diferencia del aire sofocante de la selva, estaba ligeramente fresca.

Se quitó el taparrabos y lo lanzó sobre una roca. Cuando empezó a sumergirse, lentamente, disfrutando de la sensación, el contacto le hormigueó en la piel y le revitalizó los músculos. Caminó hacia el centro del lago, que apenas le llegaba al poderoso pecho, y se sumergió por completo. Cuando emergió, se sentía más despejado. Puede que esas aguas, al igual que muchas otras en el planeta, también tuvieran propiedades curativas o energizantes.

De rodillas sobre el lecho, hundió la mano en el fango para buscar alguna raíz jabonosa. Dio con una del tamaño de un mango y la extrajo. Se puso en pie y, cuando la partió por la mitad, el crujido retumbó en el silencio que lo rodeaba. Se desplazó hacia la zona en que cubría menos y empezó a enjabonarse.

Eliminar el polvo y otra suciedad de su larga melena negra le llevó unos cuantos minutos. Tras aclarársela a conciencia, siguió con el cuerpo. Quién sabía cuándo iba a tener la oportunidad de darse un buen baño… o una ducha. Si vencía la guerra, sería muy pronto. Si no…

No iba siquiera a plantearse ese "si no". No tenía margen de error. Era ganar o morir. No habría una tercera oportunidad, ni para la aldea ni para él.

Se enjabonó los brazos, el pecho, los abdominales, un muslo, luego el otro, hasta detenerse en su entrepierna. Mientras frotaba la espuma en esa zona, sus recuerdos lo traicionaron de nuevo. Recuerdos de aquellas horas, dulces y ardientes al mismo tiempo, que compartía con Penny en la choza de la ladera, a veces casi en secreto. Ella bajo su cuerpo… o encima, contemplándolo con esos ojos que parecían oro líquido y que expresaban mucho más de lo que él estaba dispuesto a aceptar o a entregar.

En esos diez años, se había esforzado por mantener ocultos los sentimientos hacia ella, escondiéndolos incluso de él mismo. La había librado de los turnos y de muchas otras cosas. Solo Lorish sabía algo y no todo.

Siguió lavándose, imaginando que eran las pequeñas y delicadas manos de Penny las que lo tocaban. Incrementó la fricción, mordiéndose el labio para mantener los gemidos a raya, hasta que explotó entre jadeos y espasmos de su imponente cuerpo.

Lejos de querer analizar el revoltijo de deseo y emociones que lo embargaba cuando pensaba en ella, acabó de lavarse, se sumergió de nuevo y salió del lago. Se sentó en una roca mientras su cuerpo se secaba al aire del incipiente amanecer y el sol naciente sustituía a las lunas y doraba el agua.

Regresó al claro poco después, donde la actividad ya empezaba a bullir. Circulaban los cuencos de madera rellenos de estofado, sopa o fruta, así como los odres de agua de coco o zumos de bayas. Necesitaban meter nutrientes en esos cuerpos enormes para llegar al enfrentamiento en plena forma.

Se aproximó a Lorish, que estaba sentado devorando un pedazo de boa azul refrita, y se acomodó a su lado. Alguien le sirvió enseguida una porción generosa de estofado de rino. Algunos habían salido ya a cazar una nueva pieza para reponer existencias. Era un ejército grande y hambriento. Por suerte, las *nashies* se apañaban solas, aunque les regalarían los restos de los animales que cazaran. Había que ser generoso con los aliados.

Ooris estaba sentado al otro lado de la hoguera saboreando un panecillo lleno de nueces y varios trozos de piña jugosa. Sus miradas se encontraron un instante, pero eso fue todo. Ninguno de los dos se dirigió al otro.

Tras el desayuno, Ux reunió a sus hordas allí mismo. Aunque habían repasado una y otra vez el plan de ataque, en connivencia con las *nashies* y las *aninfs*, había algo que necesitaba recordarles para que quedara grabado en sus mentes. No eran sus barogs perdidos de pura sangre los que le preocupaban, sino los inferiores y, por supuesto, las bestias con las que se habían aliado. Ya se lo había dejado claro y volvería a hacerlo antes de entrar en batalla.

De ningún modo podía permitir que murieran descendientes durante el enfrentamiento, tal como había pasado con Tatiana o con Elena en el anterior.

—En esta guerra, ninguna humana resultará herida, mucho menos asesinada. ¿Lo habéis entendido?

Todos asintieron.

—Por supuesto, jefe, lo sabemos. Es la regla de oro —soltó su segundo al mando para reforzar el mensaje, tal como habían acordado.

—Las mujeres son lo más importante que tiene este planeta y hay que protegerlas a toda costa. Si os topáis con alguna, no quiero que la toquéis. Esta vez, no tenemos que secuestrarlas para arrastrarlas a los pantanos.

—¿Qué debemos hacer con ellas, jefe? —preguntó otro barog, uno de los más aguerridos.

—Quiero que le pidáis que se esconda hasta que acabe la batalla. Si es necesario, vosotros mismos la llevaréis a un lugar seguro, el primero que encontréis. ¿Entendido?

—¡Sí, jefe! —exclamaron todos al unísono.

—No quiero incidentes. No habrá perdón para quienquiera que infrinja esta orden. Yo mismo me ocuparé de despellejar y descuartizar a quien la incumpla.

Un murmullo de asentimiento se extendió por el claro y agitó las copas de las palmeras.

Tras algunas indicaciones más, dio por concluida la improvisada reunión y, al fin, levantaron el campamento. Los barogs perdidos, con Ux y Lorish a la cabeza, avanzaron hacia la aldea.

Tan solo dos días y la victoria sería suya. Estaba impaciente por ocupar ese trono que tanto se merecía.

29 UN JUEGUECITO COMPLETO
LORNA

Llevaba ya un rato sola en casa y me subía por las paredes. Toruch había ido a construir defensas y armas, o eso es lo que entendí. Tampoco es que le prestara demasiada atención. Yo no tenía ni idea de guerras y empezaba a estar acojonada. ¡Quién me mandaría a mí cruzar el dichoso portal! Ya me lo decía mi madre, que en paz descanse, que siempre había sido un poco temeraria.

El caso es que, cuando vi cómo arrastraban a Calista hacia esa selva al otro lado, actué sin pensar, tal como solía ocurrirme. No es que me arrepintiese… demasiado. A ver, adoraba a Callie. Era mi mejor amiga y no iba a abandonarla a su suerte. ¿Qué iba a hacer ella sin mí en otro planeta?

Sin embargo, con esa maldita guerra de monstruos en ciernes, ya no veía el asunto tan claro. Con lo bien que habría estado con mi Terry acurrucaditos en el sofá bajo una mantita, viendo una reposición de *Sexo en Nueva York*…

¡Ains, qué tiempos aquellos! ¡Y qué lejos quedaban ya!

Me sequé una lagrimilla de la comisura del ojo.

A ver, no es que realmente echara de menos a mi anterior novio, pues, siendo sincera, era un patito feo al lado de mi flamante Toruch. Estaba más enamorada de mi barog de lo que había estado de cualquier hombre en toda mi vida. Y, francamente, la vida en Nemea, obviando esa maldita batalla, era mucho más divertida que ser profesora en Nueva York.

¡Me encantaba mi nueva vida!

Le estaba dando tantas vueltas a la cabeza que me estaba entrando un agobio… Me serví un vasito de licor y me senté en un taburete. Pensaba tomármelo tranquilamente, sorbito a sorbito, pero acabé bebiéndomelo de un trago. No podía seguir encerrada ahí dentro mientras el bullicio de los preparativos iba subiendo de volumen ahí fuera.

¡Si al menos pudiéramos entrenar!

Pero hoy Lansh tenía que unirse a los demás comandantes de Cyrus, o lo que fuesen, para que el rey y el príncipe les dieran más indicaciones. Se pasaban la mitad de las horas reunidos. ¡Buf, qué aburrimiento!

Sin Lansh, no había entrenamiento; todos los demás barogs o estaban ocupados, o no nos hacían ni puñetero caso. ¡Con lo que a mí me gustaba ver a Callie tirando con el arco!

Intenté entretenerme ordenando la casa, limpiando, haciendo inventario, pero a quién quería engañar: sin mi Toruch, necesitaba Netflix, música… ¡O una novela romántica muy tórrida que me entretuviera un rato!

Necesitaba salir de allí.

Pasé por el baño, me acicalé con esas cremas tan naturales que ríete tú de las de The Body Shop, me rehíce el moño y me marché en dirección a casa de mi mejor amiga.

A lo largo de los pocos metros que separaban nuestras viviendas, me crucé con algunas de las descendientes, que acarreaban armas y suministros de aquí para allá. Me invitaron a acompañarlas, pero me excusé y les dije que tenía algo que hacer. ¿Qué narices hacían trabajando tan temprano? Vale, que sí, que el tipejo ese, Ux, galopaba hacia nosotros y aparecería en cualquier momento. Pero ¡un poco de sentido común, por favor!

—¡Callieeeeee! —grité desde la puerta cuando llegué a su casa. Tuve que pasar por encima de su enorme león, que estaba tumbado sobre sus patas guardando la entrada—. ¡Callieeee!

Pocos segundos después, apareció mi amiga con cara de pocos amigos, y ese aspecto fresco y lozano que lucían todas las descendientes, menos yo. ¡Cómo las envidiaba! Ser la vieja del

grupo no me gustaba nada. Qué digo del grupo… ¡De todo el planeta!

—¿Es necesario que grites como si te estuvieran trinchando? —preguntó. Se metió en la boca el pedazo de panecillo que llevaba en la mano y me hizo una indicación para que entrara—. A ver, McPhee, ¿se puede saber qué demonios te pasa? Me has dado un susto de muerte con tus gritos.

—Mujer, es que no contestabas.

—Cinco segundos, Lorna. He tardado solo cinco segundos. Sabes que estamos al borde de una guerra, ¿verdad? ¿Quieres que me dé un infarto?

—Hay, Calista, no seas exagerada, que hasta mañana no llegan los enemigos.

Alzó las dos cejas.

—Claro, claro, por eso estamos la mar de tranquilos.

No sé por qué las conversaciones con mi mejor amiga nunca iban por dónde había planeado.

—De eso precisamente quería hablarte. Esta mañana me he despertado y mi Toruch se ha tenido que marchar muy temprano. En cuanto me he quedado sola, he empezado a pensar y…

—Al grano, McPhee, que no tengo todo el día —soltó resoplando y cruzándose de brazos, tan simpática ella como siempre. ¡Suerte que la adoraba, que si no…!

«¡Madre mía, qué impaciencia! Esta juventud de hoy en día acabará por volverme loca».

—¿Me pones un vasito de licor de moras? —dije, abanicándome con la mano—. Menudo calor que hace hoy aquí.

—¿No serán los sofocos de la premenopausia? —preguntó, caminando hacia la zona de la cocina, si es que se le podía llamar así.

—Muy graciosa, Calista. ¿No se supone que eres mi mejor amiga?

—Era una broma, mujer. Hoy estás muy susceptible.

—Lo que estoy es asustada, Callie. ¿Tú no?

—Anda, pues claro. A ver si te crees que estoy saltando de alegría.

Se metió en la pequeña despensa y salió con una jarra. Cogió dos vasos de madera y los puso sobre la mesa de comer. Tras acomodarnos, nos sirvió a ambas. En cuanto di el primer sorbo, torcí el gesto.

—Esto no es licor de moras.

—Es zumo de frambuesas. Ya has tomado demasiado licor por hoy.

—¿Ahora eres mi madre, Callie? Porque es más bien al revés.

—No te cabrees, mujer, que lo hago por tu bien. Ahora deben de ser… Veamos… —dijo, mirándose un reloj imaginario de la muñeca—. ¿Las siete, las ocho? Ni puta idea, pero debe de ser pronto porque no hace demasiado que ha amanecido. El caso es que no puedes empezar a beber alcohol nada más levantarte, Lorna.

—No es como si fuera *whisky* o ginebra, Callie. Es un simple licor de moras. Eso lleva más agua y zumo que cualquier otra cosa.

—Pero ¡si es casi alcohol puro!

—Eres una exagerada. Toruch y Ciench lo beben todo el tiempo y no les afecta para nada.

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Cuánto pesa un barog, Lorna?

—Ni idea. ¿Ciento veinte kilos?

—Y ciento cincuenta también. El caso es que nosotras pesamos alrededor de un tercio de lo que pesan ellos, un poco más.

—Eso tú y las demás descendientes esmirriadas. Yo rondaré los sesenta y cinco, incluso un poco más. No es que disponga de una báscula en medio de la selva.

Puso los ojos en blanco.

—Lo que trato de decir es que tu querido Toruch o mi Daryos podrían beberse varias botellas de *whisky* y apenas lo notarían. Pero a cualquiera de nosotras, eso nos tumbaría.

—Solo te he pedido un vasito de nada, no es como si estuviera amorrada a la jarra todo el día.

—Lo que tú digas. Anda, bébete el zumo que está riquísimo y suelta ya lo que hayas venido a decirme. Tengo trabajo que hacer con Naranjito.

—Últimamente, pasas más tiempo con esos peluches que conmigo.

—¡Porque debo asegurarme de que me entienda! Mañana de madrugada, tendremos que preparar la trampa para esas hienas horripilantes, y no quiero que él ni ninguno de sus amiguitos salga despavorido.

—No debe de ser tan difícil.

—Prueba a comunicarte con los *llitops* a través de una marca en la espalda. ¿Quieres intentarlo tú?

—Yo los atraparía, los metería en la jaula y listo.

—Yo flipo contigo.

—¡Ay, Calista! He venido a que me tranquilices, no a discutir.

Le dio un trago a su zumo y clavó sus ojos avellana en los míos. ¡Si es que la quería un montón! Mi vida era sosa y monótona hasta que Callie entró a trabajar en la universidad. Fue un flechazo instantáneo. ¡Con ella, hasta el infinito y más allá! No habíamos viajado al infinito, pero Nemea se le acercaba bastante.

—Tienes razón, perdona. Estoy un poco nerviosa —dijo cogiéndome las manos por encima de la mesa.

—No me digas eso, porque si tú estás nerviosa, es que las cosas están muy feas y…

—Las cosas están muy feas, no voy a mentirte, Lorna. Pero te prometo que nuestros barogs vencerán a ese hijo de puta. No importa lo que nos lance encima, podremos con ellos.

—Pues, oye, ya me dejas un poco más tranquila.

—¿Tú has visto a todos los guerreros de Cyrus? ¿Y a Sulveh y sus guardianes? Esos tipos son la leche. No permitirán que Ux gane ni que nos ocurra nada malo a ninguna de nosotras.

—Ya sabía yo que hacía bien en venir. Siempre consigues calmarme.

Esbozó una sonrisa un poco triste que me llegó al alma. Pero no iba a dejarme arrastrar de nuevo por la preocupación. Yo era la mayor y debía ser un ejemplo de valentía para todas esas pobres mujeres tan jóvenes que apenas habían salido de la adolescencia.

En la Tierra, había tenido tiempo para madurar y disfrutar de la vida allí, y había sido mi elección cruzar el portal. Ellas, en cambio,

habían sido arrancadas de sus hogares a la fuerza cuando ni siquiera les había dado tiempo de comprender de qué iba la vida.

Lo supieran o no, Callie y las demás me necesitaban, aunque yo estuviera más aterrorizada que cualquiera de ellas.

—¿Para qué están las amigas si no? —dijo guiñándome un ojo y dándome un apretoncito cariñoso en el brazo. ¡Si es que era un dulce! Entonces, su mirada se volvió traviesa y su tono cambió cuando añadió—: Y dime, McPhee, ¿no te habrá hecho tu Toruch alguna proposición deshonesta, ¿verdad?

La muy gamberra sabía bien cómo cambiar de tema, y yo siempre caía de cabeza.

—Pues verás, ya que lo mencionas, pensaba acostarme con él esta noche.

Abrió los ojos como platos.

—¿Tienes deseos de morir empalada?

—No seas bruta, Callie.

—Además, creía que ya te habías acostado con él. ¿No me contaste que…?

Negué con la cabeza.

—Hemos hecho un montón de cosas increíbles, pero todavía no hemos consumado nuestro amor —dije, juntando las manos y aleteando las pestañas.

—Vale, no me cuentes más. Solo quiero saber que tendrás cuidado.

—Le pediré que se transforme en su forma humana. Verás, como te decía, ya hemos hecho de todo, salvo echar un polvo completito. Así que he pensado que…

Seguimos charlando un buen rato hasta que Tina vino a buscarla para todo ese asunto de Naranjito. Salí con ellas y nos separamos en la plaza. Me dirigí hacia la posada para reunirme con las otras mujeres y ofrecerme a ayudar en lo que pudiera.

Pero esa noche iba a retozar de lo lindo con mi barog.

Quién sabía cuántas noches más nos quedaban.



Cuando llegué a casa casi al anochecer, Toruch me esperaba con un cuenco para cada uno de estofado humeante y un buen vaso de licor.

«¡Este es mi chico!».

Pese a que hacía poco que estábamos juntos, me conocía bien.

—Mmmm, ¡qué bien huele! Qué maravilla llegar a casa y encontrarme la cena hecha.

Me indicó uno de los bancos de madera para que me sentara y él lo hizo enfrente.

—El mérito no es mío, preciosa. Lo ha guisado Marla. Pero yo se lo pedí.

—Lo único que importa es que aquí estás y que has traído esta delicia —dije, haciendo aletear las pestañas y atusándome un poco el moño.

En cuanto acabáramos de cenar, pasaría por el baño, me soltaría el pelo y me pondría uno de esos pareos sugerentes, que había cortado hasta más arriba de medio muslo. Aquí no disponíamos de lencería ni nada para avivar el fuego de la pasión, así que una debía ingeniárselas como pudiera.

Las jóvenes tenían suficiente con menear el pandero, pero yo tenía que currármelo un poco más. No por Toruch, quien parecía embelesado cada vez que sus ojos se posaban en mi cuerpo, sino por mí misma. Necesitaba sentirme atractiva y deseada para estar bien conmigo misma, sobre todo si íbamos a tener sexo. ¡Uy, me moría de ganas!

—¡Madre mía, está delicioso! —dije, saboreando la cucharada que me había metido en la boca y volviéndola a hundir en el guiso.

—Marla es una cocinera estupenda y Goria también. Además, les encanta preparar comida para todo el mundo.

—Cuando esta guerra de las narices termine, me pasaré un día por su casa para que me den unas cuantas recetas. Así podría prepararlas para nosotros siempre que nos apeteciera.

Me miró con tanta intensidad que tuve que apretar los muslos con fuerza.

—¿Quieres cocinar para mí, Lorna?

—Quiero hacer muchas cosas para ti, Toruch. —Le dediqué una sonrisa sensual que le provocó unos segundos de hiperventilación.

«Así me gusta, que suspire por mí».

—Ya que lo mencionas, y teniendo en cuenta que mañana tendré que luchar como un condenado para salvar el pellejo, ¿no tendrás algo pensado para esta misma noche? —Levantó dos veces las cejas y yo ahogué una risilla.

—Pues mira por dónde, barog, parece que hoy vas a tener suerte. He pensado que podrías transformarte y llevarme a la cama.

Se le desencajó la mandíbula.

—¿Para uno de nuestros jueguecitos ardientes? —Me guiñó un ojo—. Ya sabes que siempre estoy dispuesto para eso.

—Más bien para un jueguecito *completo*. Vaya, que ya es hora de que me folles, barog.

La cuchara se le resbaló de la mano y cayó dentro del bol, salpicando salsa por todas partes, incluido su pecho.

—¿Cuándo empezamos?

Sonreí con picardía.

—En cuanto acabes de cenar.

—Puedo acabar después. Anda, vamos a la cama. Ya me has puesto duro como una roca —dijo, haciendo amago de levantarse.

Me incliné un poco hacia delante y posé la mano sobre su antebrazo. Entonces, hice ese truquito con la mirada que siempre me había funcionado con cualquier hombre: una caída de ojos en toda regla. Sin rímel ni sombra sugerente, no era lo mismo, pero aquí los hombres eran incluso más primitivos que en la Tierra, así que el gesto era infalible.

—Termina el estofado. Necesitas reunir energías y yo quiero ir a retocarme un poco.

—¿Y qué demonios vas a retocar, preciosa? Lo tienes todo tan perfecto que debería ser pecado.

Fingí que me ruborizaba un poco. ¡Para ruborizarme estaba yo a esas alturas de la vida! ¿Cuántos años buenos me quedaban? ¿Quince? ¿Veinte? Y eso siendo muy optimista. Fueran los que fuesen, iba a aprovecharlos al máximo. Y ese barog atractivo y fortachón tenía todo cuanto yo necesitaba… y más.

Solté otra risilla, me levanté y caminé despacio, contoneándome hacia el cuarto de baño.

Una vez ahí, me apresuré a lavarme la cara, las manos y las axilas, enjuagarme la boca y soltarme el pelo. Siempre había tenido una buena melena, larga y ondulada, de un tono castaño oscuro con algunos reflejos más claros. Y como solía decir mi madre, muy bruta ella: «Donde hay pelo, hay alegría». Aunque ella se refería a otra parte del cuerpo…

Después, me anudé en la cintura el pareíto que había convertido en una falda diminuta y me dejé los pechos al aire. Total, Toruch me los había visto ya un montón de veces y le encantaban. No es que lo dijera yo; él no paraba de repetírmelo. Lo cierto es que, incluso a mi edad, seguían estando estupendos y en su sitio.

Era maravilloso cómo Toruch y yo, pese a haber nacido en mundos y épocas tan distintos, teníamos el mismo rollo. Él tenía como doscientos treinta años y yo cuatro décadas y media, pero vibrábamos en la misma onda. Vaya, que nos habían hecho el uno para el otro. ¿Y si también estábamos predestinados?

Es verdad que yo no era una descendiente, pero, oye, con la de cosas raras que pasaban en Nemea, ¿por qué no podríamos ser nosotros dos una excepción? ¡A ver si solo las jovencitas podían tener algo así!

Me metí en el dormitorio y me senté en la cama, en una posición *sexy* y arrebatadoramente sensual, y lo esperé allí.

—¿Puedo entrar ya, hermosura? —preguntó desde el pasillo que conectaba la sala con el dormitorio.

Tan salvaje y tan caballero. ¡Era un verdadero amor!

—Adelante, cariño.

En cuanto entró, los ojos se le salieron de las órbitas, lo que me confirmaba que yo aún estaba la mar de buena. ¡Gracias a los dioses!

Se acercó a la cama, con la cola ondeando tras él, y se detuvo a los pies, contemplándome, mientras su despampanante cuerpo vibraba y empezaba a cambiar. Cuando la transformación terminó, era yo la que lo miraba con la boca abierta, babeando.

Su aspecto barog era espectacular, pero el humano… ¡Qué bárbaro! Lo tenía todo tan bien puesto, tan bonito y tan grande, que era difícil no desmayarse. Un hombre *sexy*, enterito para mí.

—Contigo me ha tocado la lotería —le solté, relamiéndome.

Ya teníamos una edad, no hacía falta andarnos con remilgos.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir. Por tu expresión, imagino que es algo bueno.

Me puse de rodillas y avancé hacia él.

—Muy bueno, cariño.

En cuanto llegué frente a él, le eché los brazos al cuello y pegué las tetas a su pecho desnudo musculoso. Al instante, sus manos fueron directas a mis nalgas.

—Entonces, hoy vamos a follar de verdad —dijo con esos preciosos ojos marrones, encendidos como fuegos artificiales del cuatro de julio.

—Así es, barog. Hoy vamos a darlo todo. Si mañana la palmamos, que nos quiten lo *bailao*. Y, si sobrevivimos, pues repetimos tantas veces como queramos —dije, bajando la mano hasta su trasero y pellizcándolo.

Él me dejó hacer.

—Sabes, cuando acabe la guerra, vas a tener que enseñarme todas esas expresiones tuyas. A veces tengo la sensación de que no hablamos el mismo idioma, aunque siempre nos entendamos bien, preciosa —dijo con la voz enronquecida y ese delicioso y peculiar acento que tenían todos los barogs.

Me acarició la mejilla y luego bajó hasta mi pecho y me lo estrujó un poco, del mismo modo que yo hacía con su culo espectacular.

—Eso es porque tú hablas como de hace doscientos años. Si hubieras venido a buscarme con la última apertura del portal… —Le puse ojitos.

—Créeme, si hubiera sabido que semejante diosa andaba por la Tierra, me habría lanzado de cabeza a por ti.

—Qué cosas tan bonitas me dices.

Me incliné hacia él y le besé el pecho, la garganta y la mandíbula. ¡Menuda mandíbula! Ni Arnold Schwarzenegger la tenía así en sus mejores tiempos. Mientras le mordía el lóbulo de la oreja, paseé los dedos por sus abdominales y bajé hasta su polla. Se la agarré fuerte, como a él le gustaba, y empecé a mover la mano arriba y abajo.

—Cómo disfrutas provocándome, bruja —soltó entre gemidos.

—Me encanta, ya lo sabes.

Se inclinó sobre mí y buscó mi boca.

El beso fue tan ardiente que me entraron todavía más calores de los que ya tenía. Nos devoramos el uno al otro, mientras agarrábamos, acariciábamos, excitábamos… ¡Estaba en el paraíso!

Le succioné la lengua y él me pellizcó un pezón. ¡Menudas manos tenía! Me masajeaba las tetas como si fuera un pastelero profesional. Y yo me arqueaba contra su cuerpo, pidiéndole más y más.

¡Me lo iba a comer enterito!

Toruch se iba a enterar de lo que era follar con una mujer de verdad; una de rompe y rasga con experiencia y un apetito sexual saludable y sin complejos. ¡Esa era yo!

Cuando me empujó a la cama y se montó encima de mí como un caballo en celo, solté unos cuantos gritos, fingiendo que me había cogido desprevenida. En realidad, había contado los segundos hasta que hiciera eso.

Me recorrió las tetas de besos, luego el abdomen y por último el vientre. Metió la lengua en mi ombligo e hizo de las suyas, mientras yo me retorcía bajo su cuerpazo.

Siguió bajando y me dio unos cuantos lametones en el punto exacto, que me dejaron con las piernas temblando y más húmeda de lo que jamás había estado.

«¡Uf, qué calor!».

Si seguía chupándome el clítoris de ese modo, me iba a correr a la velocidad de la luz.

—Hazme tuya, barog —solté en plan peliculero. Siempre había querido pronunciar esa frase. Y, mira por dónde, le iba al dedillo a la escena.

Tiré de él para que subiera por mi cuerpo hasta que lo tuve exactamente donde quería: con la polla entre mis muslos, dura y caliente, preparada para demoler las murallas de mi ciudad. ¡Nuestra pasión me estaba volviendo tan poética!

Bajé los dedos y le estrujé los testículos de ese modo que lo ponía a cien. Sus rugidos retumbaron por todas partes. ¡Bien podrían demoler la casa entera! Y es que nuestro deseo era colosal, grandioso, incontenible.

Conduje su pene hinchado hacia mí y subí las caderas a su encuentro.

Y cuando me penetró, el universo entero suspiró nuestros nombres.

—¡No pares! ¡Más fuerte, mi amor! ¡Más fuerte! —grité, poseída por un ardor incontrolable.

—¿Así? ¿Es ahí donde me quieres, preciosa? —preguntó con la voz ronca, clavándose en mí hasta la empuñadura de una sola embestida.

—Ajá —murmuré con un hilo de voz y el cuerpo convertido en gelatina.

¡Por favor! ¡Ese hombre era un portento de la naturaleza!

Cuando grité su nombre como una posesa, soltó una carcajada gutural sobre mi hombro que vibró en mis huesos. Entonces, me mordisqueó el cuello, salió de mi cuerpo y me penetró otra vez, con más brío que antes. Le di un par de cachetes en el culo para animarlo a empujar con más fuerza. El pobre obedecía sin rechistar, con esa energía inagotable suya que me maravillaba.

Gemí sin reparos. Eso es lo bueno de la edad: que ya te da igual todo y, si disfrutas, pues gimes como una loca sin problema.

—Puedo estar así durante horas, mi amor —murmuró con esa voz cavernosa que estaba a punto de hacerme perder el juicio.

Sus manos, grandes y callosas, me voltearon sobre la cama y me sujetaron por las caderas.

—¿Quieres más, preciosa?

Colocó el abultado glande en posición, como un ariete preparado para golpear, y lo restregó por mi agujero secreto, poniéndome a mil.

—Si no sigues follándome ya mismo, no respondo de mis actos, barog.

Él soltó otra de sus carcajadas.

—Ya veo que estás ansiosa… Podría follarte toda la noche, hasta el amanecer. ¿Quieres eso, hermosa mía?

Eché las caderas hacia atrás y alcé el culo, buscando su verga enorme para que me penetrara de una vez. ¡Le iba a dar una hostia si no lo hacía!

—Quiero que me la vuelvas a meter ahora mismo. ¡Deja de jugar ya! O si no…

No pude continuar. La estocada me dejó sin respiración y me lanzó al espacio sideral.

«¡Madre mía, qué bien armado está este hombre!». Habría que crear una nueva categoría de Récord Guinness para él bajo el título de *Megapollón.*

Salió despacio y me penetró de nuevo, sin titubeos. El muy sinvergüenza sabía bien lo que se hacía. Bombeó sin descanso dentro de mí, una y otra vez, sin detenerse, mientras gemía y rugía como un león y yo jadeaba y gritaba su nombre.

Fue un encuentro explosivo, una colisión de mundos. La vitalidad inagotable de él colmaba a la perfección mi pasión desbordante. Chillé de placer, una y otra vez, mientras él seguía enterrado entre mis piernas, clavando una estocada tras otra. Perdí el sentido del tiempo y de cualquier cosa que no fuéramos él y yo. ¡Hasta me olvidé de mi nombre!

Ese hombre era un follador nato. ¡Y cómo se movía!

Cada empujón era un recordatorio de que, aunque yo no fuera más que una humana mortal de mediana edad, en sus brazos era absoluta y rotundamente deseada.

¡Lo bien que sentaba sentirse así!

Un rugido más fuerte y prolongado que cualquiera de los anteriores me avisó de que estaba llegando al orgasmo. Me agarró de las caderas y dio una última embestida, profunda y demoledora, y entonces…

«¿Qué demonios está pasando?».

Aunque algunas de las mujeres me lo habían explicado, sentirlo fue algo muy distinto, especial. ¡Una experiencia única!

La base de su pene se ensanchó un poco más y el miembro se enganchó a mi interior como un ancla mientras se corría. Su semen me llenaba, con una calidez deliciosa y excitante.

El orgasmo me alcanzó cuando ese surtidor me regó por segunda vez y siguió dentro de mí durante varios minutos. Me arqueé y grité mientras Toruch seguía vaciándose y me pasaba la palma de la mano por la columna. Un contacto íntimo y delicioso que no hizo más que incrementar la conexión entre ambos.

Cuando al fin se desenganchó y salió de mí, nos tumbamos bocarriba, uno al lado del otro, agotados, felices y muy muy satisfechos.

Nos giramos a mirarnos al mismo tiempo y sonreímos.

—Menudo semental estás hecho, mi amor —le solté, acariciándole el pecho sudoroso.

—Viniendo de una amazona como tú, es todo un cumplido, preciosa —contestó, pasando los dedos por la curva inferior de uno de mis pechos.

Como si estuviéramos perfectamente coordinados, nos lanzamos el uno a los brazos del otro y nos besamos entre risas.

Al fin habíamos hecho el amor. Y había sido increíble, maravilloso, sublime… ¡Mucho más que eso!

Había sido perfecto.

30 HÁBLAME DE TI
LORNA

Después de una sesión maratoniana de sexo increíble y desinhibido y cuatro orgasmos, estaba acurrucada en el hueco de su brazo, pasándole la mano con suavidad por el torso. Recorría uno a uno los dibujos de sus tatuajes, casi todos de la espiral sagrada. Había algo que me rondaba por la cabeza y que siempre había querido preguntarle.

—¿Por qué no te has vinculado nunca?

—Tampoco es que haya tenido tantas oportunidades.

Incorporé la cabeza para mirarle a los ojos.

—Pudiste hacerlo doscientos años atrás cuando se abrió el portal y otra vez ahora, con la llegada de las últimas descendientes.

—Cierto. Supongo que no sentí la necesidad.

Resoplé y dejé caer de nuevo la cabeza sobre él.

—¿Podemos hablar en serio un ratito, mi amor?

—Si me lo pides con tanta vehemencia… —Sus dedos se clavaron en mi costado y me hizo cosquillas.

Me retorcí entre risas y se las devolví.

Cuando al fin logré que parase, insistí:

—Eres un barog muy atractivo, con un carácter afable y maravilloso, y un gran corazón.

—Te olvidas de lo más importante, amor mío: una polla enorme.

Le di un manotazo en el pectoral. Mi mano rebotó en todos esos músculos.

—Hablo en serio.

—Lo sé, mujer —dijo sonriendo. Entonces, su expresión cambió a una más reflexiva—. Supongo que no encontré a la

descendiente adecuada.

—Todas son jóvenes y muy bellas. Cualquiera sería afortunada de unirse a un barog como tú.

Intenté que mi voz no temblara. Era un tema difícil para mí.

—Puede que lo sean, tengo ojos en la cara y no puedo negarlo. Pero ninguna de ellas tenía… lo que yo necesitaba. Eran demasiado jóvenes, demasiado inexpertas y atemorizadas.

—Hombre, ¿cómo no iban a estar aterrorizadas si las metíais en las mazmorras, las marcabais a fuego y las lanzabais selva adentro para cazarlas?

—Todo eso fue un gran error, y yo nunca quise participar. Yo soy más de seducir lentamente, charlar, cultivar la complicidad… Ya me conoces.

—Aun así, Toruch, hay muchas que, pese a su juventud, son magníficas. Inteligentes, valientes, llenas de energía…

—Ninguna me llamó lo suficientemente la atención, y supongo que yo tampoco me esforcé. Las descarté sin más, convencido de que no iban a llenarme y de que solo les causaría sufrimiento. Quizá, si le hubiera dado una oportunidad a alguna, hubiésemos llegado a algo. No lo sé.

—Conmigo, sin embargo, te pegaste a mí desde el primer momento. ¿Por qué?

—Vi en ti todo eso que yo necesitaba y que ni siquiera sabía que podía existir. Tu carácter, tu alegría y buen humor, tu pasión por la vida… Todo eso me encandiló. Eras una mujer hermosa, segura de ti misma y con la suficiente madurez como para no acobardarte. Tuve la sensación de que ibas por la vida pisando fuerte y llena de positivismo.

—Así que mi madurez te encandiló —solté con amargura. Suspiré.

«Maravilloso».

Me agarró la barbilla y me obligó a mirarle a los ojos.

—Escúchame bien, Lorna MacPhee. Puede que dobles la edad a alguna de las descendientes y que no vayas a gozar de la eterna juventud, pero no es eso lo que yo busco. Eres muy hermosa, para

mí la que más, y estás llena de vida. Nos quedan muchos años para compartir juntos y disfrutar el uno del otro al máximo.

—Claro, para ti es muy fácil decirlo cuando vas a tener este aspecto de actor de Hollywood de entre treinta y treinta y cinco durante miles de años.

Intenté girar la cara, pero me sujetó de nuevo para que no le rehuyera.

—¿Olvidas que tengo doscientos treinta años? A mi lado, eres una cría, así que no me vengas con esas, amor.

No pude evitar sonreír.

—Es verdad, pero, a diferencia de ti, yo envejezco cada día que pasa, y en apenas un par de décadas luciré muy distinta a ahora. Puede que por entonces cambie tu opinión sobre mí.

—Eso es imposible. Por si no te habías dado cuenta yo… te amo, Lorna. Te amo de verdad. Y claro que me gustaría que fueras una descendiente y nuestras existencias se entrelazaran, en lugar de tener que asumir que en cuatro o cinco décadas te unirás a los dioses. Si fueras como las otras, vivirías miles de años como yo. ¿Te crees que quiero perderte? Me ha costado más de dos siglos encontrarte; no volveré a tener tanta suerte.

—¡Claro que tendrás suerte! Encontrarás a una descendiente joven y maravillosa en la siguiente apertura del portal y te hará muy feliz. Ahora ya sabes lo que deseas y lo que buscas. Cuando yo ya no esté, quiero eso para ti: que te unas a alguien que te ame tanto como yo.

Me miró con los ojos muy abiertos, en silencio.

—¿Tú… me amas?

—¿En serio me lo preguntas? ¡Por supuesto que te amo! Es cierto que nos conocemos desde hace poco y que nos queda mucho recorrido por delante, pero ¿cómo no amarte? Eres un barog magnífico. Eres todo cuanto podría desear, Toruch. Te amo y más te amaré con cada día que pasemos juntos.

Se estremeció contra mi cuerpo y me abrazó con fuerza.

—No voy a rendirme, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? —pregunté sin comprender.

—Ahora que nos hemos unido en tierras de Nemea, cuando acabe la guerra, te llevaré al lago sagrado. Puede que sus aguas alarguen tu esperanza de vida y te mantengan joven por mucho más tiempo.

—¿Puedes hacer eso? ¿Llevarme al lago?

—¡Por supuesto que sí! Sirve para sellar la unión entre barog y humana descendiente, pero, una vez completado ese rito, cualquiera puede bañarse en el lago cuando quiera. Y antes de emparejarnos, también podemos sumergirnos en sus aguas. Además, tienen propiedades curativas y relajantes.

—¿Y crees que conmigo funcionaría? Yo no soy una descendiente, Toruch, solo una humana normal y corriente.

—Por probarlo no perdemos nada. Hay muchos misterios y enigmas en este planeta, Lorna. Muchas cosas que no comprendemos y un montón de leyendas. Agotaremos todas las posibilidades antes de darnos por vencidos. Xerx es inteligente y le gusta investigar sobre estos asuntos. Le pediremos ayuda. Puede que en el templo haya algunos escritos o inscripciones que nos den alguna pista.

Sonreí. Aunque hasta ahora era bastante escéptica, empezaba a tener esperanza. Anidaba dentro de mí como una chispa dorada. No debería, lo sé. Pero el mero hecho de que él quisiera intentarlo ya me llenaba de ternura y amor por mi barog.

—Jenny también podría ayudar. Era la más lista de toda la universidad, y apuesto a que estará encantada de entretenerse con algo así.

—Esos dos son tal para cual, ¿eh? —dijo sonriendo.

Le cogí la cara entre las manos y dije:

—Igual que nosotros, que estamos hechos el uno para el otro.

Le besé en los labios, poniendo todo el sentimiento en ese beso. Le amaba, ¡y tanto que sí! Y pasaría todos los días de mi vida, fueran muchos o solo unos pocos, disfrutando con él y haciéndole feliz.

Y pese al horror que llegaría a la aldea al amanecer, por esa noche, Toruch y yo fuimos muy felices.

Charlamos un rato más, entre risas, besos y caricias, hasta que, al fin, me quedé dormida en brazos de mi barog.

31 ¿QUÉ LE HE HECHO?

La aldea, Nemea, hace muchos siglos
Ux

—¿Por qué maa no me quiere? —preguntó Ux a su padre mientras rellenaban los tarros con la masa aceitosa que el sanador acababa de preparar.

—Claro que te quiere, Uxuer. Es solo que está cansada —contestó Gorosh sin mirar a su hijo a los ojos.

Habían tenido esa misma conversación cientos de veces, y Ux jamás se daba por satisfecho.

—No la excuses, paa, sé perfectamente que no me soporta. Ni siquiera me mira y, en las pocas ocasiones en que lo hace, es con repugnancia y hastío. ¿Qué le he hecho?

El sanador midió bien las palabras que iba a pronunciar, como siempre. El rechazo de su amada Eve hacia el hijo de ambos era algo que lo destrozaba y que jamás había logrado comprender.

Ux era un buen hijo: amable, inteligente y responsable. Era muy trabajador y aprendía deprisa. Además, siempre estaba dispuesto a ayudar. Quizá era demasiado sensible y emocional para un barog, pero puede que eso fuera culpa de su madre. Tanto despecho había hecho mella en él desde bien pequeño.

Gorosh, en cambio, adoraba a su hijo. Desde el mismo instante en que había contemplado su carita, con esos ojos azules enormes llenos de curiosidad, lo había amado con locura. Le encantaba pasar ratos con él y enseñarle el oficio de sanador. Estaba seguro de que algún día se convertiría en uno de los más grandes.

—No le has hecho nada, hijo. Eres un buen barog y siempre te portas bien con nosotros. Todo el mundo en la aldea te valora, no temas por eso. No hay nada malo en ti.

—Y, sin embargo, maa no me quiere.

Estuvo tentado de mentirle, pero hacía mucho tiempo que había aprendido que eso era mucho peor. Ux no soportaba la mentira ni la traición. Lo destrozaban. Así que debía ser sincero, pero sin hundirlo aún más.

—No sé lo que pasa por la cabeza de tu madre, Ux, pero ella no está bien; nunca lo ha estado. Así que no se lo tengas en cuenta. Cuando se quedó embarazada, era muy joven y todavía no se había adaptado por completo a este planeta. No estaba preparada para ser madre, eso es todo. No tiene nada que ver contigo.

Su hijo alzó una ceja y sonrió con amargura.

—Yo creo que tiene todo que ver conmigo, paa.

—Me refiero a que no es culpa tuya. Tú eres un hijo modélico. No podríamos haber tenido uno mejor.

—Quizás hay algo maligno en mí que no le gusta. Algo que nadie, salvo ella, es capaz de ver —dijo Ux pensativo.

Su padre, un buen barog y gran sanador, sintió que se le encogía el estómago. Las humanas descendientes, por mucho que les costara adaptarse a su nueva vida en Nemea, siempre amaban a sus hijos. No importaba lo mal que lo hubiesen pasado a su llegada o en la cacería. Aprendían a querer a sus barogs, a aceptar su situación y a ser felices en su nueva vida. Y siempre, siempre, acogían como una bendición el nacimiento de sus hijos.

Todas, excepto Eve. Jamás lo comprendería.

—Escúchame bien, hijo —dijo agarrándolo por los anchos hombros y haciendo que se girara a mirarlo—. No hay más que bondad en tu corazón. Me gustaría decirte que un día tu madre verá en ti lo mismo que veo yo, pero no voy a mentirte, sé cuánto odias eso. Así que te diré la pura verdad, ¿de acuerdo?

—¿Y cuál es esa, paa? —Sus ojos resplandecieron cual llamas celestes mientras el círculo negro que rodeaba sus hermosos iris se ensanchaba y oscurecía de pronto su astuta mirada.

—Que rezo cada noche para que ella se dé cuenta del hijo tan maravilloso que tenemos y de que los dioses nos han sonreído trayéndote a nuestra vida. Que, tanto si se da cuenta como si no, algún día encontrarás a una mujer que te amará con locura y te

elegirá a ti por encima de cualquier otro. Una mujer que se enamorará de ti y se convertirá en tu hoa uhane.

Las palabras de su padre se clavaron hondo en su alma. Era precisamente eso lo que Ux más ansiaba en el mundo.

—Ojalá sea así, paa. Solo deseo que me acepten y me amen. No es tanto pedir, ¿verdad?

Gorosh lo miró con ternura, lo abrazó y lo atrajo hacia su cuerpo. Su hijo era ya un macho enorme y musculoso, tan fuerte como él, pero siempre sería su niño. El mejor hijo de Nemea.

—Algún día obtendrás todo cuanto mereces, Uxuer. Te lo prometo. Que los dioses te bendigan con su gracia.

Tras ese abrazo, retomaron sus tareas, fabricando más ungüentos y tónicos para los habitantes de la aldea.

En una cosa su padre tenía razón: algún día Uxuer recibiría todo cuanto merecía.

32 LA ÚLTIMA CENA
CYRUS

Había sido un día largo y agotador. Sin embargo, solo era un paseo comparado con lo que nos esperaría a partir del amanecer. Mi hermano había ido a buscar a los demás, a nuestros mejores amigos. Quería tenerlos a todos conmigo antes de que empezara la batalla. Pronto llegarían y cenaríamos juntos. Una cena agradable, entre charlas y risas…, que podría ser la última.

Hasta el momento, no había tenido ni un segundo libre para pensar en lo que estaba a punto de ocurrir. Entre dar órdenes e indicaciones a diestro y siniestro, discutir el plan y la estrategia, y colaborar en la construcción de todo lo necesario, se me habían pasado las horas volando.

En el momento en que me había detenido y me había sentado a la mesa junto a mi hermosa *hoa uhane*, el miedo y la preocupación se colaban en mí hasta lo más profundo de mi ser.

Porque todo lo que sucediera a partir de mañana recaería sobre mí: los heridos, las muertes, la victoria o la derrota. Yo era el rey que iba a llevarlos a la gloria… o a la aniquilación.

Y era un peso demasiado grande para mis hombros.

Apenas me había acostumbrado a ocupar el trono y ya debía lidiar con una guerra. Y no una cualquiera, sino la Segunda Gran Guerra Barog. Una incluso peor que la primera, puesto que los odios y las venganzas se habían enquistado en todos nosotros durante la última década.

Al fin iba a enfrentarme al barog más temible de todos los tiempos; la peor amenaza de nuestra especie; aquel que había asesinado a mis padres y hermanos, y secuestrado a tantas descendientes.

Ux había perdido la batalla anterior, sí. Pero, a mis ojos, nosotros habíamos perdido mucho más que él.

No podía volver a ocurrir.

Le arrancaría la cabeza con mis propias garras; no pensaba dejar en manos de otro ese deber. Mío era el cometido de vengar a mi familia y a todo mi pueblo.

La afrenta hacia barogs como Cienchy, Sulveh o el fallecido Sonah había sido terrible, por no mencionar lo que había supuesto para Daryos y para mí perder a casi todos nuestros seres queridos. Si no hubiese sido por nuestros amigos, no habríamos salido adelante.

Por entonces, no estábamos preparados para la tarea que se nos encomendó: ni él para ser príncipe, ni yo para ser rey.

En realidad, ni siquiera ahora lo estábamos, pero no nos quedaba más remedio que fingir que sabíamos lo que hacíamos, aunque a veces me temblaran las manos, y hacerlo lo mejor posible. Porque no había nadie más para desempeñar ese papel.

Por fortuna, no nos faltaba coraje ni fuerza y no estábamos solos. Contábamos con los mejores guerreros que la aldea había tenido jamás y con los inquebrantables guardianes. Juntos, lo conseguiríamos.

No había otra opción.

Quería pensar que también contábamos con el apoyo de los dioses. Si no, ¿por qué tendrían Daryos y Callie esas marcas de la espiral? ¿Por qué permitirían que atrajeran a leones y *llitops*? ¿Por qué habrían enviado esas visiones a mi hermano?

Sí, los dioses estaban de nuestro lado. Y fuera cierto o no, iba a creerlo a ciegas. ¡Necesitaba creerlo! Eso, y que todos sobreviviríamos. No quería siquiera pensar en otra alternativa.

—¿Estás bien, mi rey? —La voz de mi amor me sacó de mis cavilaciones.

Me giré a mirarla, esforzándome por sonreír.

—Estoy bien, mi reina —dije, cogiéndole la mano. Me la llevé a los labios y le besé la palma.

Inspiré su aroma a pastel de arándanos para que me transmitiera fuerzas. No sé qué habría hecho sin ella.

—Estás preocupado —afirmó, acariciándome la mejilla con esos dedos largos y elegantes que me volvían loco.

—Sería un necio si no lo estuviera, pero eso no significa que no crea que vamos a vencer.

—Lo sé, Cyrus. Ganaremos. Pero te confieso que tengo miedo.

Arrastré su taburete hacia mí para tenerla más cerca y le rodeé la cintura.

—Yo también estoy asustado, Tina. Una guerra es algo terrible y sangriento. Ojalá no tuvieras que vivir algo así; no sabes lo que me tortura pensar que por mi culpa te encuentras en esta situación.

—¿Por tu culpa? Nada de esto es culpa tuya, mi rey.

—Me refiero a que yo te traje a Nemea. Si algo te ocurriera…

Ella negó con la cabeza y sus dos largas trenzas de ébano se agitaron.

—Olvídate de eso. Este era mi destino. Y pase lo que pase mañana, aunque me aterrorice, cruzaría yo misma el portal por propia voluntad una y mil veces para estar contigo.

Tragué saliva.

Era tan afortunado de tenerla que no podía más que estar agradecido a los dioses. Me habían arrebatado mucho a lo largo de mi vida, pero me la habían dado a ella. Tina y Daryos eran lo que más quería en el mundo.

—Estaréis a salvo. Ciench custodiará la posada y no permitirá que ninguno de nuestros enemigos cruce la puerta. Preferiría ser yo mismo quien te protegiera, pero debo liderar a mis barogs y luchar al frente de nuestras fuerzas.

—Lo comprendo, mi rey. Es ahí donde tienes que estar. Es solo que… temo por ti. Si algo te sucediera, no sé cómo podría seguir viviendo sin ti —dijo acariciándome la mejilla de nuevo.

Había lágrimas en sus hermosos ojos oscuros. Tina era la mujer más fuerte a la que había conocido jamás. Si ella lloraba…

Se me encogió el estómago y algo crujió en mi pecho.

—Sobreviviré. Todos lo haremos, mi reina. Y cuando todo esto acabe, lo primero que haré será llevarte a mi lugar especial.

¿Recuerdas que te lo prometí?

Ella asintió con una sonrisa triste y a la vez ilusionada.

—Nada me haría más feliz, Cyrus.

Le devolví la sonrisa y me esforcé por que expresara convicción, aunque el miedo también corriera por mis venas.

—Y después de eso, viviremos una larga existencia juntos, como reyes de Nemea, liderando a una especie fuerte, valiente, honorable… y en paz. Estableceré nuevas leyes y no permitiré que nadie se desvíe de ellas. Protegeremos a todas las humanas descendientes y erradicaremos las viejas tradiciones. Crearemos nuestras propias reglas, Tina. Tú, Daryos y Callie me ayudaréis a hacerlo. Todos nuestros amigos lo harán.

Acuné su cara entre mis manos y la besé.

En ese preciso momento, como si los hubiera invocado, aparecieron nuestros amigos. Nuestra familia.

—¿Interrumpimos, C? —preguntó Lansh, sonriendo de oreja a oreja.

—Os estábamos esperando.

—No sé yo… Os hemos pillado muy acarameladitos —insistió, acomodándose en el banco al otro lado de la mesa y robando una uva de la fuente de fruta que habíamos preparado.

—La culpa la tiene Tina, que me provoca continuamente —dije sonriendo.

Ella se hizo la ofendida.

—Gracias por la invitación, C —dijo Xioh, el gran sanador de la aldea, echando un vistazo a los manjares y ocupando el lugar junto a su novio—. Estoy hambriento —añadió con una sonrisa.

En cuanto se sentó, Lansh le rodeó los hombros y le plantó un beso en la mejilla. Atrás quedaba el tiempo en que los expulsé de la aldea y, con mi mal carácter y peores decisiones, a punto estuve de perderlos a todos. Jamás me había importado que fueran diferentes. Simplemente, estaba cabreado con todos y lo pagué con aquellos a los que más quería: mi hermano y mis mejores amigos. Por fortuna, había dejado de comportarme como un capullo y ellos me habían perdonado.

—¡Joder, C! ¡Menuda cenita nos has preparado! Para ser un rey todopoderoso, te lo montas bastante bien —soltó Axeh, guiñándome uno de sus ojos verdes luminosos mientras conducía a su querida Emilia hacia nuestro banco y se sentaban a continuación de Tina.

Emi y mi reina empezaron a cuchichear y a reírse.

Ax era todo alegría y espontaneidad. Era uno de los mejores cazadores de la aldea, y un barog leal y bondadoso. Me alegraba mucho que hubiera encontrado a una descendiente dulce y buena persona, además de una aprendiz de sanadora que nos vendría muy bien en la aldea. Xioh ya había empezado a instruirla.

Poco después, entraron Xerx y Jenny, discretos e inteligentes. Se sentaron junto a Lansh y Xioh, incorporándose a la conversación del grupo. Sin duda, estaban hechos el uno para el otro. Me maravillaba comprobar que todos y cada uno de nosotros se había emparejado con la persona perfecta. No podríamos habernos unido a nadie mejor.

—Con toda la tensión de estos días, te agradecemos esto, C —dijo Xerx, clavando sus ojos anaranjados en los míos.

Él y yo habíamos tenido bastantes enfrentamientos en el pasado, y quizás había sido el hueso más duro de roer. Pero superamos nuestras diferencias, y el cariño que nos profesábamos desde que éramos unos mocosos había podido con todo lo demás. ¡Me alegraba mucho por ello!

Por último, llegó mi querido hermano, el barog más alegre, cálido y divertido de todo Nemea. Un rayo de luz en medio de los días más oscuros. Sus ojos de diferente color llamearon en cuanto entró y nos vio a todos allí reunidos. Venía riendo con su *hoa uhane*, la valiente e indomable Callie, la mujer a la que estaba tremendamente agradecido por hacer tan feliz a mi hermano. Iban cogidos de la mano y transmitían una energía positiva envolvente.

—¿Cómo lo llevas, hermano? —dijo, acercándose a mí por la espalda y dándome un abrazo.

Le di una palmada en la mano y sonreí.

—Todo lo bien que puedo, dadas las circunstancias, D. Como todos vosotros, supongo.

Me agarró la cara y me plantó un beso en la mejilla.

—Aplastaremos a esos cabrones, C. Contigo como rey, somos invencibles —soltó, con tanto convencimiento que un suspiro generalizado de alivio corrió como la pólvora entre nosotros—. Mañana al anochecer, estarán huyendo de regreso a los pantanos con el rabo entre las piernas y sin ganas de volver a meterse con nosotros.

No le dije que, en esa guerra, el bando perdedor no saldría vivo. Si Ux perdía, él y los suyos serían aniquilados. No habría una tercera oportunidad. Todo acababa en este enfrentamiento.

—Que los dioses te oigan.

No podría haber deseado un hermano mejor que él. Siempre conseguía levantarnos el ánimo a todos y era un segundo al mando magnífico. Formábamos un gran equipo.

Él y Callie se sentaron juntos en el tercer banco y, sin esperar ninguna señal, se lanzaron a comer. Daryos empezó a servirse estofado y Callie fue directa a por los panecillos.

—Eso D, tú no te cortes, hombre —soltó Lansh con una carcajada.

—¿Qué pasa, tío? Estoy muerto de hambre, ¿tú no? —dijo Daryos con la cuchara a medio camino entre la olla y su cuenco de madera. Callie le acercó su bol para que le sirviera.

—Pues que sois los últimos en llegar y os estábamos esperando para empezar —explicó Xerx sonriendo. Conocía bien a mi hermano y lo adoraba.

—Oh, ¡qué buenos amigos sois! No hace falta que esperéis más, comed, por favor —dijo Daryos, fingiendo que no se había enterado de nada.

Se le daba muy bien eso. En realidad, era más listo que el hambre, aunque un poco inocente a veces. La combinación perfecta.

—Qué considerado, D —comentó Ax, riéndose también—. Hala, todos a comer. Me ruge el estómago más que todos esos leones juntos que merodean por la aldea.

—¿Te refieres a esos que han venido por mí y me adoran como a un dios? —bromeó D.

—Eso es porque no te conocen como nosotros —comentó Xioh, masticando un pedazo de rino asado.

—Muy gracioso, sanador —dijo mi hermano apuntándolo con la cuchara.

—Al menos a ti te veneran los animales más nobles de la selva. Tu querida *hoa uhane* no puede decir lo mismo. —A Lansh le encantaba meterse con Callie. Se habían convertido en grandes amigos y siempre se lanzaban pullas el uno al otro. Eran un espectáculo digno de ver.

Al instante, un panecillo salió volando, cruzó la mesa y le dio en la cara a Lansh.

—¡Auch! ¡Eh, contrólate, mujer! —soltó él, fingiendo un cabreo descomunal que no tenía. Pocas veces había visto a mi amigo enfadado, y ninguna con Callie.

—Eso por meterte conmigo y burlarte de mis *llitops*. Lo tengo decidido: cuando acabe la guerra, los mandaré a por ti. A ver quién es el que ríe entonces.

—No te cabrees, Calista, con lo que yo te quiero.

Ella le sacó la lengua y siguió comiendo como si nada.

—Amorcito, ¿podrías dejar un poco de estofado para los demás? —le dijo a mi hermano, quitándole el cucharón.

—Pero si solo me he servido tres cucharadas, ahora iba a ponerte a ti.

Ella puso los ojos en blanco y le pasó el cucharón a Emi.

—Mmm, qué buena pinta tiene esto. ¿Lo has cocinado tú Tina? —dijo Emi, sirviéndose en su cuenco y, después, a su barog.

Jenny y Callie la miraron con los ojos muy abiertos, luego a Tina y, de nuevo, a Emi.

—Gracias, preciosa —dijo Ax mientras se le caía la baba mirándola.

Dioses, nos habíamos convertido en una panda de barogs enamorados hasta las trancas.

—¿Desde cuándo me dedico a cocinar, Emi? —preguntó mi reina. En su tono había ese toque de mala leche que solía emplear conmigo cuando le tocaba mucho las narices.

Me alegraba comprobar que también lo usaba con sus amigas. Tuve que llenarme la boca de estofado para no romper a reír.

—Mujer, siempre hay una primera vez para todo. Si yo puedo aprender a tirar con arco y usar el machete, tú puedes cocer un poco de serpiente —contestó Emilia sin mirarla y con absoluta calma.

—Pues como cocine tan bien como tú tiras con arco, Emi, creo que mi rey va a pasar mucha hambre —soltó Tina.

Daryos y Axeh soltaron sendas carcajadas y escupieron un poco de salsa por todas partes.

—¡Eh, no seáis guarros! Nos habéis salpicado a Jenny y a mí, joder —protestó Xerx, limpiándola primero a ella.

—No pasa nada —murmuró Jenny—. Tina es tan graciosa que suele causar esa reacción en la gente —dijo, conteniendo una risilla.

—¿Tú también vas a meterte conmigo, Jenny? —preguntó mi amor. Empezaba a echar humo.

—No te cabrees, *mi reina* —intervino Callie, lanzándole la mitad del panecillo que se estaba comiendo—. Encima de que Emi confiaba en tus habilidades culinarias…

—Ya, claro. Todas tenéis muy buenas intenciones, pero ninguna de vosotras me respeta. Tú menos que nadie, Callie. Os recuerdo que soy vuestra reina, así que mucho ojito. No sea que un día me cabree y os mande una manada de panteras para que os devoren. ¿O te crees que eres la única que tiene amiguitos especiales?

—¿Has visto cómo me habla la reina, amor? —dijo mirando a Daryos—. Qué rápido ha olvidado que yo era su profesora… y ella una estudiante que venía a suplicarme por una A, cuando le había puesto una B cogida con pinzas.

—Menuda profesora estabas hecha, lanzando grapadoras a las alumnas y tirándote al jefe de seguridad en el cuarto de mantenimiento de la uni —soltó Tina con una sonrisa traviesa.

—¿Con esas tenemos, eh, Martins? Ya veo que sigues siendo la niña pija, estirada y prepotente. —Callie le lanzó otro panecillo. Le dio en una trenza y la llenó de migas.

—De hecho, profesora Dawson —empezó Emi, cortando un mango en trozos muy pequeñitos y repartiéndolos entre el plato de Axeh y el suyo—, técnicamente Tina tiene razón en todo lo que ha dicho.

Callie puso los ojos en blanco.

—Todas contra mí. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—¿Qué has dicho de los cuervos, amor? —preguntó mi hermano con la boca llena.

—Creo que vamos a tener que daros unas clases aceleradas de las expresiones que se usan en la Tierra. Jenny, ¿te apuntas?

—Me encantará. Aunque, cuando vuelva a abrirse el portal, seguro que nuestras expresiones estarán tan desfasadas como las suyas, Callie.

—En eso tienes razón.

Se miraron las cuatro amigas y estallaron en carcajadas. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Siguieron las risas y las bromas durante toda la cena hasta que, finalmente, nos despedimos para irnos a dormir. Disponíamos de apenas tres o cuatro horas para recobrar fuerzas, pues habíamos quedado de madrugada para dirigirnos a la trampa que habíamos confeccionado para las hienas.

Desconocíamos por dónde entrarían ni cuándo las lanzaría Ux hacia nosotros. Si yo fuese él, lo primero que haría sería espolearlas hacia la aldea para crear caos y terror, y allanar el camino para el resto de sus hordas. Así que, entre mi intuición y la premonición de Daryos, nos aferraríamos a esa posibilidad.

Que los dioses nos ayudaran si nos equivocábamos.

La sala se había vaciado casi por completo y ya solo quedábamos Tina, Callie, mi hermano y yo.

—Lo conseguiremos, C. Venceremos a ese hijo de puta y la paz reinará al fin en la aldea —dijo D con los ojos vidriosos, estrechándome el brazo. Yo estreché el suyo, también emocionado.

—Vengaremos a nuestra familia y acabaremos con Ux para siempre.

Nos dimos un abrazo mientras Tina y Callie hacían lo mismo. Nos deseamos buena suerte y nos emplazamos para unas horas

después para encaminarnos hacia la trampa.

Cuando al fin se marcharon, Tina me cogió de la mano y me condujo a la cama. No nos desnudamos, puesto que en cualquier momento podían sonar los cuernos avisándonos de la llegada de los enemigos. Me cubrió de besos y me estrechó muy fuerte entre sus brazos, suaves y delgados.

Seguramente no lograría dormirme, pero, al menos, descansaríamos un poco. Mis oídos estaban alertas y mi mente bien despierta. La guerra estaba a punto de comenzar y, aunque lo habíamos preparado todo con sumo detalle, las cosas podían torcerse en cualquier momento.

Solo los dioses sabían quién llegaría con vida hasta el siguiente anochecer.

Acurruqué a mi reina contra mi pecho y le dije cuánto la amaba. Se durmió enseguida y traté de relajarme junto a ella… hasta que el cuerno de uno de los puestos de vigilancia más lejanos retumbó en medio de la noche.

Estaban cerca.

33 YA VIENEN
TINA

Me desperté de golpe, sobresaltada con el sonido profundo del cuerno que retumbaba por toda la aldea. Cyrus ya estaba en pie y alerta junto a la ventana. Bazzeila, justo a su lado, pegada a él. Ambas colas negras, largas y gruesas, ondeaban tras ellos.

—Es la línea de defensa más lejana. Han visto movimiento, pero todavía tardarán un par de horas en llegar.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Solo por el sonido?

Se dio la vuelta para mirarme. La mota verde refulgía en uno de sus iris. Su rostro permanecía sereno, aunque una especie de determinación salvaje vibraba en sus ojos y en su pecho. Se había pintado unas líneas negras en la cara, desde la frente hasta el pómulo, que le conferían un aspecto aún más fiero.

Pinturas de guerra.

—Nuestro oído es mucho más fino. Podemos identificar notas que vosotras no captáis. Créeme, la advertencia viene del último puesto de vigilancia. Hay que ponerse en marcha.

—¿Hacia la trampa?

Él asintió.

—Tal como habíamos planeado, Daryos estará aquí de un momento a otro. Tú encárgate de llevar a todas las descendientes a la posada. La mayoría ya se encuentra dentro, pero asegúrate de que no quede ni una sola rezagada. La aldea pronto se convertirá en un campo de batalla y no quiero que ninguna de vosotras corra peligro.

—¿Ciench también irá hacia allí?

—Habrá escuchado el cuerno igual que nosotros. Ya se habrá puesto en movimiento. Confía en él a ciegas, Tina, tal como confías

en mí. Él no permitirá que os pase nada, pero debes obedecerle. Predica con el ejemplo para que nadie se aventure fuera de la posada ni haga nada temerario, sobre todo tus amigas.

Mis amigas eran, sin duda, las menos proclives a cumplir órdenes. Sin embargo, una guerra era algo que nos superaba incluso a nosotras.

—Tranquilo, mi rey. No haremos ninguna estupidez… salvo que sea imprescindible.

—Es esa segunda parte de tu frase lo que me pone nervioso —dijo con una sonrisa más apagada de lo normal—. No me hagas sufrir, Tina. Estaré metido hasta el cuello en la peor guerra de todos los tiempos. Necesito saber que estarás a salvo.

Caminé hacia él, le puse una mano sobre el corazón y lo miré a los ojos.

—No te preocupes por mí, Cyrus. Llevaré a todas las mujeres a la posada y me encargaré de que ninguna se mueva de allí. Esgrimiré mi título de reina de Nemea para imponerme si es necesario. Seguiré las órdenes de Ciench y no causaré ningún problema. Tú solo preocúpate de ti y de tus guerreros. Las descendientes, déjamelas a mí.

Suspiró, algo aliviado.

—Bazzeila se quedará contigo —soltó con contundencia.

—¿Qué? ¡No! Ella tiene que luchar a tu lado, la necesitas.

—Permanecerá a tu lado, ya lo he decidido.

—Pero, mi rey…

—Si los barogs perdidos logran irrumpir en la posada, ella te protegerá. Daría su vida por ti, ya lo sabes. También dejaré un destacamento de panteras y leones junto a Ciench y su grupo.

—No estoy de acuerdo, pero supongo que no tengo elección.

Él negó con la cabeza y las dos trenzas que recogían los mechones frontales de su melena se agitaron. Yo se los había trenzado el día anterior. Me estremecí al recordar ese momento de intimidad entre nosotros.

¿Y si no teníamos ocasión de repetirlo?

«No pienses en eso. Volveréis a tener un montón de momentos así».

No había cruzado un portal a otro planeta y seducido al mismísimo rey de la selva para perderlo justo cuando las cosas entre nosotros iban tan bien. Ni hablar.

—La líder de ojos rojos, tu fiel nueva amiga, y las demás vendrán conmigo. Estaré rodeado de las panteras más letales, Tina, así que no temas por mí.

—Creía que lo estaba llevando bien, pero, ahora mismo, estoy aterrada. Supongo que es lo normal —dije esforzándome por sonreír.

Me rodeó con sus brazos musculosos y me atrajo hacia su cuerpo. Su calidez y su aroma me envolvieron, transmitiéndome algo de la calma que yo había perdido. Había un toque más oscuro en su olor, más primitivo. La guerra iba a sacar a la luz la parte más feroz de mi barog; su esencia más pura.

—Todos tenemos miedo, mi reina, pero eso no va a paralizarnos, al contrario. Va a espolearnos a luchar con más fuerza, más astucia, más concentración. Haremos todo cuanto esté en nuestra mano para masacrar al enemigo, te lo prometo.

—Júrame que sobreviviremos —solté en un arranque de desesperación, aferrándome a él.

Su mirada se oscureció y sus facciones se endurecieron.

—Esta es mi aldea, mi pueblo, mi especie. Juro que la defenderé con todo lo que soy y que lucharé con honor como un rey valiente y entregado.

—Eso no es exactamente lo que…

—Y juro que venceremos y volveré a ti, mi reina. Porque nuestra historia no puede acabar aquí. Sobreviviremos, te lo prometo.

—Más te vale, barog. Porque, como me dejes aquí sola…

No pude terminar. Me agarró la cara y me besó con tanta intensidad que me subió la emoción a la garganta. Y yo le devolví ese beso que, aunque me negara a pensar siquiera en ello, podría ser el último.

Mis ojos se clavaron en los suyos y estaba a punto de decir algo más cuando Daryos y Callie irrumpieron en nuestro dormitorio.

—¿Preparado para repartir hostias, hermanito? Hoy me he levantado con ganas de cargarme a unos cuantos hijos de puta. ¿Y

tú? —soltó Daryos.

El príncipe llevaba las mismas líneas de pintura negra en el rostro, pero, en su caso, solo en un lado: el del ojo verde. También lucía algunas en el pecho, emulando más espirales. Curiosamente, la loca de Callie se había embadurnado la cara y los brazos con la misma pintura.

—¿Por qué te has pintado, profesora Dawson? ¿Acaso te crees una guerrera barog? —bromeé.

Ella me sacó la lengua.

—Muy graciosa, mi reina. He pensado que, ya que no nos queda más remedio que pasar por esta mierda de guerra, al menos hagámoslo con estilo, ¿no crees?

—Hay que reconocer que tienes agallas.

—No me hagas la pelota, Tina Martins.

Intercambiamos una mirada y media sonrisa que lo decía todo: ambas estábamos angustiadas y asustadas. No era para menos.

—Dejemos a los hermanos que vayan a por las hienas. Nosotras tenemos que recoger a las descendientes que aún queden en las casas y conducirlas a la posada.

Callie negó con la cabeza.

—Buena suerte con eso, mi reina. Yo me voy con ellos a la selva.

—¡¿Qué?! —gritamos Cyrus y yo al unísono.

—Pues lo que habéis oído. Tengo que estar cerca de la jaula cuando pongáis en marcha la trampa.

—Se te ha ido la olla. Tienes que venir a la posada como todas las demás, Callie —insistí, interrogando a Daryos con la mirada.

—Déjalo, Tina. Llevo toda la noche intentando disuadirla. Se le ha metido entre ceja y ceja que tiene que estar ahí —dijo él, apesadumbrado.

Sin duda, mi amiga hacía lo que le daba la gana con el príncipe.

—Callie —empezó mi rey, caminando hacia ella—, tú no vienes. Es una orden.

Ella alzó una ceja, desafiándolo.

—No pienso abandonar a mis *llitops* a su suerte. O voy con vosotros, o no hay trampa. Tú decides.

Cyrus resopló.

—Amor, te he jurado una y otra vez que me mantendré cerca y no permitiré que les ocurra nada malo a tus amiguitos.

—Olvídalo. Si algo se tuerce, nadie estará pensando en Naranjito y los demás. Han accedido a ayudarnos porque confían en mí —dijo ella, mirándolo con ojos de asesina mientras se señalaba a sí misma.

—Si algo se tuerce, amor, estaremos todos muy jodidos. Las *nashies* atacarán la aldea y lo de menos serán tus *llitops*, créeme.

—¿Ves por qué necesito ir? —dijo Callie, clavando sus ojos en los míos como si buscara apoyo. Lástima que yo no pudiera dárselo. No en esto. Era demasiado arriesgado.

—Explícales que deben confiar también en nosotros y que velaremos por ellos —intervino Cyrus.

—Mirad, ningún *llitop* va a entrar en esa jaula si yo no estoy presente. Nadie puede comunicarse con ellos aparte de mí. Así que id haciéndoos a la idea de que voy a ir.

—Correrás peligro, Callie. Las hienas son impredecibles y, si la cosa sale mal, tendremos que luchar y no podremos escoltarte de vuelta a la posada.

—No necesito niñera, Cyrus. Además, la trampa funcionará.

—Probablemente, pero todo es posible.

—¡Tú eres el rey, maldita sea! Encárgate de que funcione.

Cyrus gruñó y su cola se agitó tras él con impaciencia.

—No podemos perder más tiempo, Callie. Si vienes, nos complicarás las cosas —soltó con dureza.

—Si no vengo, no hay *llitops*.

Se habían ido acercando el uno al otro y se miraban a los ojos, echando chispas como si fueran a arrancarse la cabeza mutuamente. Eran dos fuerzas de la naturaleza a punto de colisionar. Si no fuera por lo jodido de la situación, la escena tendría su gracia.

—Hermano, zanja tú este tema —rugió el rey.

Daryos miró a Cyrus y luego a Callie.

—Mi *hoa uhane* viene con nosotros, C. Tiene razón: los *llitops* solo se fiarán de ella.

—¿Quieres que la maten, D? Sabes de sobra que es una posibilidad.

La realidad era que, en medio de esa guerra, cualquiera de nosotros podía morir en cualquier momento y lugar. Nada garantizaba nuestra completa seguridad. Sería de ilusos pensar eso. Sin embargo, lanzarse de cabeza hacia el sitio por el que aparecerían esas hienas enormes asesinas no era lo más inteligente.

Pero ¡así era Callie!

—Enzo no se despegará de ella. Le daré la orden de que permanezca a su lado pase lo que pase. Si todo se va a la mierda, montará en su lomo, y él la llevará de regreso a la aldea a toda velocidad.

Nos quedamos unos segundos en silencio, conteniendo el aliento. Hasta que, al fin, mi rey dio su brazo a torcer:

—De acuerdo, pero, en cuanto las *nashies* caigan en la trampa y empecemos a aniquilarlas, abrirás la jaula para liberar a los *llitops* y te largarás con Enzo a galope tendido y sin mirar atrás. Te quiero en la posada, Callie, no merodeando por la selva o la aldea.

—Prometido, mi rey —dijo ella en un tono solemne que no le pegaba nada.

—Lo digo muy en serio. Necesito a mi hermano concentrado en el enfrentamiento y luchando a mi lado, no angustiado por ti.

Ella asintió y al fin pudimos soltar el aire.

—Nos vamos.

Cyrus cogió sus armas, un machete inmenso, un cuchillo de varios palmos y una lanza larga de madera con punta de hierro, y salimos del palacio. Varias antorchas iluminaban la plaza y los senderos. Todavía faltaba bastante para el amanecer, y la pareja de lunas seguía brillando en el cielo con ese extraño resplandor verdoso, que confería al paisaje un aspecto irreal.

Antes de separarnos, le di un abrazo a cada uno. Cuando llegué a Cyrus, se me hizo un nudo en la garganta. Tuve que

disimular poniendo mi expresión más arrogante y segura de mí misma para que no se diera cuenta de que estaba hecha un flan.

—Mucha suerte, mi rey —dije, acariciándole la mejilla y tirando un poco de una de las trenzas frontales.

Iban a luchar a golpe de garras y machetazos vistiendo tan solo un taparrabos. Ni escudo, ni armadura, ni siquiera un maldito chaleco antibalas. Ellos iban a pecho descubierto, como bárbaros que eran.

—Ten cuidado, mi reina.

—Machacadlos a todos.

—Cuenta con ello —dijo esbozando esa sonrisa oscura y siniestra que tanto me gustaba.

Todo en él era digno de un gran rey.

—¡No hagas locuras, Callie! —le grité a mi amiga, cuando ya se alejaban.

—¿Cuándo he hecho yo algo así?

Pese al horror que nos esperaba, no pude evitar sonreír. Recé a todos los dioses de Nemea, de la Tierra y de cualquier otro planeta del universo para que los protegieran. No importaba que, en realidad, jamás hubiese creído demasiado en ninguno de esos dioses.

Hoy los necesitaríamos más que nunca.

Tras separarnos, tenía el corazón encogido. Cyrus se giró a mirarme una última vez. Sus ojos brillaron mientras sus labios pronunciaban en silencio «te quiero». Yo le devolví las mismas palabras, memorizando cada una de sus facciones y su imponente cuerpo para grabar su imagen a fuego en mi alma para siempre.

Cruzaron la plaza, rumbo a la selva, y se adentraron en la vegetación.

Inspiré hondo y me fui en busca de las descendientes.

La primera parada la hice en casa de Emi. Ya salía por la puerta cuando llegué allí.

—Vamos casa por casa, Emi. Hay que conducirlas a todas a la posada.

—Jenny ya ha ido hacia allí con unas cuantas —dijo mi amiga —. Ax y Xerx han estado corriendo la voz para que todas las mujeres

se apresuren a resguardarse.

—Perfecto. ¿Dónde está tu barog?

—De camino a la selva, a reunirse con el rey y el príncipe. ¿Y Callie? ¿Ya está en la posada?

—Mejor no preguntes, Emi.

Abrió los ojos como platos mientras recorríamos los caminos de la aldea en semipenumbra e íbamos llamando a las puertas, con Bazzeila pisándonos los talones. Sabía bien que la pantera no iba a separarse de mí ni un momento. Francamente: me alegraba que así fuera.

—No me dirás que ha ido con ellos, ¿verdad?

—¿Tú que crees?

Lanzó un gritito de terror y maldijo de todas las maneras imaginables.

En cuanto agrupamos a las pocas descendientes que quedaban por ahí, marchamos todas juntas hacia la posada.

Ciench ya se encontraba cerca de la entrada, a los pies de la escalinata, con el grupo de feroces barogs al que comandaba, todos ellos con los mismos trazos de pintura negra en el rostro y otras partes del cuerpo. Los acompañaban unos cuantos leones y panteras. Estaba hablando con Sulveh, el cuñado de Sylvia, y un par de guardianes más. Parecían muy concentrados y, por lo que pude escuchar cuando pasamos por su lado, estaban concretando los detalles de nuestra protección.

Una vez dentro de la posada, nos encontramos con Jenny y nos unimos al grupito formado por Penny, Susi, Marla, Sylvia y su bebé, y Artia.

Lorna revoloteaba por todas partes, con el rostro desencajado, repartiendo vasos de zumo entre las mujeres. Porque era zumo, ¿verdad? Últimamente, la profesora McPhee se había aficionado demasiado al famoso licor de moras. ¡Y no la culpaba! Estaba delicioso.

Ciench entró para despedirse de Susi. Le dio un abrazo de oso y le susurró palabras al oído que nadie más oyó. Se separaron con lágrimas en los ojos y promesas de que todo saldría bien.

Por su parte, Sulveh nos sorprendió a todas cuando se acercó a Sylvia, le puso una mano en la mejilla con suavidad y se inclinó para besarla. Un beso en los labios cargado de sentimiento, no un beso fraternal en la mejilla. Todas los miramos petrificadas. Después, el guardián acarició el bracito del pequeño Sonah y le besó la frente.

En cuanto los barogs se marcharon, acribillamos a preguntas a Sylvia, que se limitó a sonreír, acunar a su bebé… y confirmarnos que Sulveh y ella pronto se convertirían en una pareja oficial.

Nos sentamos sobre jergones en el suelo y escuchamos la sorprendente, triste y a la vez hermosa historia de amor de ambos. Nadie sabía que estaban secretamente enamorados desde que se conocieron en la Tierra ni que Sylvia se había vinculado al hermano gemelo equivocado en la cacería.

Su relato nos distrajo un poco de la angustia que nos dominaba a todas. Jenny, Emi y Lorna también reflejaban preocupación en sus ojos, aunque, por indicaciones mías, intentaban disimularlo. Les había pedido ayuda para mantener los ánimos altos y el optimismo entre las mujeres. No podíamos derrumbarnos, puesto que no sabíamos lo que tendríamos que hacer en las horas o días siguientes para mantenernos con vida.

Susi era la que parecía más triste, aunque era fuerte y también se esforzaba por dar ejemplo. La pobre era una de las que más había sufrido las consecuencias de la anterior guerra. Al menos, su barog estaba tan solo al otro lado de la puerta, no como Cyrus, Xerx, Axeh, Sulveh o cualquiera de los otros, que se dirigían hacia el enemigo. Toruch se había quedado como comandante de las fuerzas de la aldea en nombre del rey, hasta que este regresara de la trampa a las hienas.

Marla tenía el rostro descompuesto. No solo su barog estaba también ahí fuera, listo para luchar, sino que ambos habían vivido la primera guerra y habían perdido a familiares y amigos muy queridos, como Sonah y Elena. Además, no habían sabido nada de Sylvia durante una década y Sulveh se había recluido en el templo. Sin mediar palabra, Sylvia la cogió de la mano e intercambiaron una mirada llena de comprensión.

—¿Dónde Callie? —preguntó de pronto Artia, tirando del brazo de Susi. Esta miró alrededor y, al no ver a nuestra amiga, me interrogó con la mirada.

—Callie está en la selva con Daryos y el rey. Se reunirá con nosotras un poco más tarde —le expliqué.

La pobre *aninf* parecía consternada, y eso que era poco expresiva. Pero algo en su postura me indicó que aquello no le gustaba nada.

—¿Trampa *na-shies*? —preguntó.

Por lo visto, estaba al corriente de todo. ¡Y parecía tonta!

—Sí, Artia. Callie está preparando la trampa junto con el rey, el príncipe y los otros. Pero no te preocupes, no le pasará nada. Enzo también está con ella.

La *aninf* meneó la cabeza y la cola con energía, más corta y gruesa que la de los barogs, y se puso en pie de un salto. Sus ojos plateados relampaguearon.

—Artia ir con ella. Callie ami-ca —proclamó. Entonces, bajó la vista hacia Sylvia y su bebé y añadió—: ¿Tú necesitas mí?

Sylvia la miró con ternura.

—Estoy bien, Artia. Ve con Callie. Te necesita más que yo. Ellas me ayudarán —dijo señalando alrededor.

Toda la escena era surrealista.

La puerta estaba empezando a cerrarse desde fuera, empujada por Ciench. Artia dio un salto, corrió y se coló por la abertura con gran agilidad, antes de que se cerrara por completo.

Observamos en silencio el lugar por el que había desaparecido.

—Me quedo más tranquila si Artia está con Callie —dijo Emi con una mano sobre el corazón. Algunos rizos rubios se le escapaban del moño y estaba un poco pálida.

—Yo también —dijimos Jenny y yo al unísono.

—Artia y Enzo cuidarán de ella. Y el rey y el príncipe no permitirán que le ocurra nada malo —comentó Susi.

—¡Ay, mi Calista! —exclamó Lorna de pronto, con las lágrimas rodando por las mejillas como si fuera la protagonista de un

culebrón—. Es una imprudente. ¡Debería estar aquí dentro con nosotras! Si algo le ocurriera…

Las palabras se ahogaron en su garganta cuando empezó a sollozar. Emi se levantó y fue hacia ella. Le rodeó los hombros con el brazo y la condujo hasta nosotras para que se sentara.

—No le ocurrirá nada, señorita McPhee. Callie es lista y muy valiente. Sobrevivió a una caída por un precipicio y a los pantanos. Nada podrá con ella —le dijo con dulzura.

Mientras las demás seguían consolándola, yo intenté convencerme de que todo iría bien. Sin embargo, la inquietud se había enganchado a mi cuerpo como una garrapata y no me soltaba.

La guerra estaba a punto de comenzar y nadie tenía ni idea de cómo acabaría.

Como si me leyera la mente, Bazzeila se acercó a mí y me envolvió con su cola, mientras todo su cuerpo permanecía alerta.

Otro cuerno sonó en la distancia y, luego, otro más.

La posada entera enmudeció de golpe y nos dispusimos a esperar.

34 LA TRAMPA
CALLIE

—No va a pasaros nada, te lo prometo, Naranjito. ¿Ves esos arbustos? —dije señalándolos—. No me moveré de ahí.

Cinco *llitops* me miraban fijamente, con sus grandes ojos clavados en mi rostro, mientras yo seguía agachada frente a ellos. Llevaba ya un buen rato y las piernas me dolían. Permanecían inmóviles desde que habíamos llegado junto a la jaula, ubicada en el centro de un pequeño claro cercano a la aldea.

La jaula estaba atada a una cuerda anclada al árbol más alto y robusto, una lupuna gigantesca. En cuanto las *nashies* se aproximaran, Axeh, encaramado ahí arriba entre sus ramas, tiraría de la cuerda y los izaría hasta que pasara el peligro.

Daryos, Cyrus, Xerx, Lansh, Xioh y yo permaneceríamos cerca, agazapados, mientras un grupo numeroso de barogs de la aldea y guardianes se ocultaban delante de nosotros a lo largo de todo el perímetro, comandados por el valiente e inteligente Sulveh. Una vez las hienas entraran en el claro y cayeran en la trampa, cualquiera que fuese la dirección que decidieran tomar, acabarían ensartadas en las largas lanzas de todos ellos.

Era arriesgado y muy sangriento. Pero no había otra manera de dejarlas fuera de combate, y necesitábamos hacerlo antes de que aparecieran los barogs perdidos.

Si todo ocurría según suponíamos, Ux enviaría a esos bichos repugnantes y enormes como avanzadilla para destrozar nuestras defensas y así tener vía libre hacia la aldea. Pero tampoco teníamos la certeza de que fuera a suceder así. Quizás decidía abalanzarse sobre nosotros con todas sus fuerzas al mismo tiempo, lo que sería un desastre.

Recé en silencio para que todo saliera como habíamos previsto y que, una vez neutralizada la amenaza de las *nashies*, nos diera tiempo de llegar a la aldea para enfrentarnos a la oleada de ataques de nuestros enemigos.

—Callie, debemos apresurarnos. No tenemos todo el día —protestó el rey por enésima vez.

—Shh, si sigues con ese mal humor, vas a asustarlos todavía más.

—Ya los habías convencido, ¿por qué demonios estás tardando tanto?

Puse los ojos en blanco.

—¿Te crees que esto es fácil? Están acojonados, los pobres. Es comprensible, ¿no?

—Amor, mi hermano sabe que estás haciendo todo lo que puedes —dijo Daryos, echando una miradita de advertencia al rey—, pero es cierto que no tenemos mucho tiempo. O entran en la jaula, o debemos regresar todos a la aldea ya mismo y enfrentarlas juntos ahí.

—Dadme un par de minutos. Tanta impaciencia me está sacando de quicio.

Cyrus siguió protestando, mi amorcito intercediendo y nuestros amigos discutiendo sobre el tema. Pasé de ellos y me concentré solo en Naranjito.

—Somos amigos, ¿verdad? —La marca de mi espalda vibró una vez—. ¿Confías en mí? —Otro hormigueo—. Pues necesito que me dejes hacerte una pequeña herida para que tu sangre atraiga a las *nashies* y que os metáis en la jaula.

La respuesta tardó unos segundos en llegar, durante los cuales casi le da un ataque de histeria al rey. Pero mis *llitops* eran muy valientes y no me defraudaron.

Naranjito se acercó al cuchillo que yo había dejado en el suelo a mi lado y le dio un golpecito con la pata. Me miró a los ojos, luego el arma y volvió a mi rostro.

—Vale, allá vamos —dije aferrando el cuchillo y acercándolo al pelaje de mi amiguito.

Naranjito, hay que reconocerlo, se mantenía quieto y tranquilo. Yo, en cambio, estaba hecha un flan. De pronto, pensar en hacerle un corte, por muy pequeño que fuera, me parecía una aberración. Entre el calor, que empezaba a ser sofocante, y los nervios, empecé a sudar.

—¿Estás bien, amor? —me preguntó Daryos. No me pasó desapercibido que aferraba el brazo de Cyrus con una mano para retenerlo.

Los demás nos observaban, conteniendo el aliento. Supongo que todos estaban hasta las narices de esperar.

—No creo que pueda hacerlo —dije, con un tembleque considerable en las manos.

—¿Quieres que lo haga yo?

—Te lo agradecería, aunque primero se lo tengo que preguntar a Naranjito. —Inspiré hondo y, asegurándome de que observara lo que estaba haciendo, le di el cuchillo a Daryos—. El príncipe lo hará por mí. Es mi *hoa uhane* y podéis confiar en él.

En cuanto la espiral se retorció de nuevo en mi espalda, lo interpreté como un sí. Y antes de que pudiera arrepentirme, Daryos practicó un pequeño corte en la pata de mi amigo. Xerx colocó un cuenco de madera debajo y recogió las gotas de sangre que brotaron de la herida. Cuando consideraron que tenían suficiente, se levantaron y se apresuraron hacia los alrededores para marcar los troncos de las palmeras, que conducirían a las bestias directamente hacia la jaula.

Se me revolvió el estómago.

Sí, ya sé que había visto cosas mucho peores desde mi llegada a Nemea y que, por desgracia, vería bastantes más cuando los enemigos irrumpieran en la aldea. Pero, por algún motivo, me afectaba mucho lo que pudiera pasarles a los *llitops*. Habíamos desarrollado una conexión muy especial. Además, ¡eran tan monos!

—Has sido muy valiente —le dije a Naranjito mientras abría la jaula y me hacía a un lado para que entraran.

Enzo continuaba pegadito a mí. Se había convertido en mi sombra y sabía que no se apartaría en ningún momento.

Mientras cerraba la reja y me dedicaba a hablarles para transmitirles calma, los barogs regresaron. Daryos se agachó a mi lado, metió los dedos entre los barrotes y acarició a uno de los *llitops*. Este dejó que lo hiciera y todos lo miraron con casi tanta devoción como a mí. ¡Y eso que mi amorcito solía despotricar de ellos de lo lindo! Al fin había comprendido lo importantes que eran para mí.

—No sueltes la jaula, Ax —dije, poniéndome en pie y mirando a los ojos al barog rubiales de Emi.

—Confía en mí, Callie. En cuanto las *nashies* se acerquen, los izaré.

—¿Estáis seguros de que esas bestias no podrán saltar hasta allá arriba y atraparlos? —Alcé la vista hacia el dosel de la selva y busqué la lupuna frondosa y robusta en la que Axeh estaría encaramado.

Estaba realmente muy arriba, pero qué sabía yo de cuánto podían saltar las hienas o de si podían trepar. Empecé a ponerme nerviosa.

—Tranquila, Calista —dijo Lansh, rodeándome los hombros con su brazo enorme—. Mi hermanito es el mejor para estas cosas. No permitirá que esas hijas de puta apestosas se zampen a tus *llitops.*

—Y ahora, si no queremos que se nos zampen a *nosotros*, más nos vale ocultarnos enseguida —gruñó Cyrus.

Mi cuñado favorito se había puesto en modo «rey todopoderoso cascarrabias». No lo culpaba, pues casi toda la responsabilidad recaía sobre él. No lo envidiaba en absoluto. Así que le hice caso y lo seguí hacia los arbustos. Los demás hicieron lo mismo.

Contemplé la jaula antes de ocultarme. Naranjito tenía los ojos clavados en mí y, aunque parezca absurdo, sentí su valor en mi interior. La espiral vibró en mi espalda una sola vez, de un modo largo e intenso, reconfortándome.

Me agaché entre Daryos y Lansh, en la zona de espesa vegetación tras la línea que formaban los guerreros barogs armados con lanzas. Las puntas de hierro medían por lo menos dos palmos, y

el palo, de madera resistente, varios metros. Con eso podrían atravesar cualquier cosa. Mi *hoa uhane* y mis amigos, en cambio, empuñaban machetes, enormes y amenazantes.

Pensé en Tina, Jenny, Emi, Susi y todas las demás, encerradas en la posada y muy asustadas, rezando para que tuviéramos éxito.

«Todo irá bien», traté de convencerme.

Las *nashies* seguirían el caminito de miguitas de pan o, mejor dicho, el que marcaba el aroma de la sangre de *llitop*, y se abalanzarían directas hacia la trampa: las lanzas de los barogs y los guardianes, apostados en el claro tras la vegetación.

En realidad, no teníamos ni idea de nada, tan solo conjeturas, intuiciones y las premoniciones de Daryos. Se me ocurrían un montón de cosas que podrían alterar el plan. ¿Y si las *nashies* olían a los barogs y detectaban que era una trampa? ¿Y si aparecían primero Ux y los hermanos perdidos? ¿Y si las hienas saltaban como canguros y alcanzaban la jaula?

Sentía el corazón a punto de estallar y la cabeza como una olla a presión.

—Callie, ¿estás bien? —me preguntó Xioh desde el otro lado de Lansh.

—Voy aguantando, sanador —dije, esforzándome por sonreír.

—Inspira hondo varias veces —me aconsejó.

Le hice caso de inmediato, aunque la sensación de pánico seguía clavada en mi pecho.

—Última oportunidad para marcharte, Callie —dijo Cyrus con esa voz cavernosa y siniestra que se le ponía cuando estaba muy cabreado o preocupado.

—Eso, amor. No tienes que demostrar nada a nadie. Todos sabemos lo valiente que eres. Estarías más segura en la posada, y nosotros cuidaríamos de tus *llitops*. —Los ojos de mi barog estaban cargados de terror. Por mí.

Miré a Xerx, que permanecía en silencio, observándome.

—¿Tú qué dices? —le pregunté en un susurro.

—Yo digo que tienes tanto derecho a quedarte como cualquiera de nosotros —soltó para mi sorpresa.

—Eso es cierto —se apresuró a decir Daryos. Sus ojos brillaron como piedras preciosas: una esmeralda y un zafiro.

—En ningún sitio estarás mejor protegida que aquí con nosotros, tus amigos —intervino Lansh.

Todos me miraron y asintieron, incluso Cyrus. Ese gesto me transmitió el valor que necesitaba para hacer lo que debía.

—Me quedo.

Como si Enzo hubiera comprendido la situación, se acercó un poco más a mi espalda y me rozó con su pata. De ese modo, él también me transmitía que estaba junto a mí y que no iba a dejar que me ocurriera nada malo.

—Bien. Vamos a darles un gran recibimiento a esas hienas —murmuró Cyrus.

—Que no se diga que los barogs de la aldea no somos hospitalarios —dijo Daryos dedicándome una sonrisa.

Entonces, un cuerno profundo retumbó en la selva. Tocó tres veces, con largos sonidos de advertencia.

—En posición —ordenó el rey.

Axeh silbó en la copa de aquel árbol. La cuerda, que él había enredado en las ramas más gruesas y que sostenía, se tensó un poco más.

Los barogs y los guardianes que aguardaban entre los helechos y arbustos frente a nosotros, agachados o tumbados en el suelo, alzaron un poco las lanzas, en el ángulo perfecto, pero sin delatarse. Sulveh era quien les daba las órdenes. Cyrus confiaba mucho en él.

De pronto, el suelo de la selva empezó a temblar como si acabara de desatarse un terremoto.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté en un susurro.

—Ya están aquí —murmuró Xerx.

—¿Eso… lo están provocando las *nashies*?

—Son muchas —dijo el rey, sin apartar la vista del frente—. Puede que todas.

El sonido era ensordecedor y el suelo se sacudía como si una estampida de cientos de búfalos viniera directa hacia nosotros.

Solo que era algo bastante peor que búfalos.

—Prepárate, amor. Si rompen la línea de nuestros guerreros, trepa a lomos de Enzo y regresa a la aldea.

—Ya veremos.

—Lo prometiste —dijo apretando la mandíbula.

—Que sí, pesado.

Suspiró, aliviado.

En ese momento, otro cuerno distinto, más oscuro y terrorífico, hizo eco por todas partes.

Y los monstruos más horribles que había visto en mi vida irrumpieron en el claro.

35 ¡CUIDADO!
CALLIE

Sus chillidos, similares a risas histéricas, se me clavaban en los tímpanos mientras avanzaban hacia la jaula. Eran enormes, mucho más de lo que había imaginado, y tenían todo el pelaje color trigo erizado, con algunas manchas negras. Las observaba entre las hojas de los helechos y los arbustos de moras mientras entraban en tromba, pateando el suelo y profiriendo esos sonidos escalofriantes. Sus ojos eran negros como pozos de tormentos sin fin.

La selva entera temblaba a nuestro alrededor. Aunque las lunas seguían en el cielo, la suave luz del amanecer empezaba a desparramar una tenue claridad sobre la jungla.

Miré a derecha e izquierda: el rey, el príncipe y todos nuestros amigos estaban completamente concentrados en lo que ocurría en el claro, aferrando sus machetes, con los cuerpos en tensión y las garras extendidas, y preparados para lanzarse a la carga en cuanto fuese necesario.

Como si percibiera mi desasosiego, Daryos me acarició la espalda con la cola. Una caricia firme para transmitirme fuerza y valor. Porque lo cierto es que estaba aterrorizada.

¿Dónde demonios me había metido? ¿Desde cuándo era yo tan temeraria?

Me había hecho la valiente, pensando que podría quedarme aquí como si nada. Pero esto era incluso más terrible de lo que había imaginado.

Las *nashies* eran una maldita pesadilla.

—A mi señal —ordenó Sulveh, a unos metros de distancia. A través de la línea de arbustos que teníamos delante, vislumbraba su melena castaña clara y su cuerpo enorme tatuado. Era un barog

imponente—. No os levantéis hasta que yo os lo indique. Debemos esperar a que estén casi encima de nosotros.

Las hienas continuaban llegando al claro, persiguiendo el olor a sangre que previamente habíamos plantado en los troncos de las palmeras y en las hojas. Agitaban las patas, presas de una excitación sanguinaria. Sacudían las cabezas y las colas de un modo espasmódico, alzando los hocicos y ensanchando las fosas nasales para captar mejor el aroma. Pronto las primeras detectaron la jaula y se abalanzaron a por ella.

Se me encogió el estómago cuando mis *llitops* empezaron a soltar gritos y a ponerse nerviosos. Todos, menos Naranjito, que permanecía sereno.

Axeh silbó de nuevo desde lo alto y, de un fuerte tirón de la cuerda, la izó varios metros. Los *llitops* se balancearon dentro de la jaula, golpeándose contra los barrotes y los unos contra los otros. ¡Daban lástima, los pobrecitos!

«Por favor, por favor, que no les ocurra nada malo», recé.

Levanté la vista.

El barog rubiales estaba ahí, medio confundido entre el dosel de la jungla, con los músculos abultados por el esfuerzo. Lansh le observaba también; juraría que había una pátina de preocupación en sus ojos. A fin de cuentas, su hermano se estaba jugando el pellejo de lo lindo.

Las hienas se agolparon en la zona donde segundos antes se encontraba la jaula y empezaron a estirar el cuello hacia arriba, olfateando y retorciéndose para intentar alcanzarla. Se volvían más locas y descontroladas con cada segundo que pasaba, chillando aún más fuerte.

La mayoría se puso a correr por el claro, fuera de sí, pegando los morros al suelo o a los troncos, como si buscaran el rastro que las llevaría hasta los *llitops*. Iban de aquí para allá, hasta que comenzaron a lanzarse hacia los arbustos de bayas y los helechos.

—Aguantad —pidió Sulveh, con la voz varios tonos más grave.

—Las tenemos casi encima —comentó uno de sus guardianes, situado entre dos barogs de la aldea.

—Quietos —rugió Sulveh—. Quietos —repitió.

Todos contuvimos el aliento.

Cyrus dio la orden a nuestro grupo para que se prepararan también. Después, me lanzó una mirada afilada que no necesitaba de palabras: me transmitía en silencio que cumpliera la orden de largarme si las cosas se torcían.

Como si Enzo hubiera interpretado lo mismo, emitió un rugido bajo y constante, y se colocó en una posición que me permitiera subirme a su lomo de un salto sin problemas.

—¡¡Ahora!! —rugió Sulveh a pleno pulmón.

La línea al completo de barogs y guardianes se levantó al unísono, como una gran masa de músculo feroz e inquebrantable. Alzaron las lanzas en diagonal, con el extremo de hierro a la altura de los vientres de las hienas. Apuntaban hacia allí, dispuestos a destriparlas.

Las *nashies* no los vieron venir. Sus propios chillidos, el ruido de sus patas y la polvareda que levantaban nos habían mantenido ocultos tras la vegetación. Además, el aroma a la sangre de *llitop*, mucho más fuerte que nuestro olor corporal, había cegado sus instintos hasta convertirlas en depredadoras rabiosas.

Barogs de la aldea y guardianes corrieron hacia ellas, con las rodillas un poco flexionadas y las lanzas preparadas. Los gritos de dolor enseguida llenaron el claro cuando las primeras lanzas empezaron a hacer diana.

Se clavaban hasta la base de las puntas de hierro, causando estragos en las partes blandas de las hienas, que no tenían escapatoria. Por todas partes, los nuestros surgían de los arbustos, rodeándolas y ensartándolas con sus lanzas.

—¡Cuidado! —gritó el rey cuando varias de ellas lograron eludir el cerco y saltar hacia nosotros.

Ante todas ellas, iban las tres más grandes y de aspecto más feroz. Por cómo se movían, tuve el presentimiento de que ese trío eran sus líderes.

En un acto de puro instinto protector, Daryos me empujó tras él y alzó el machete hacia la hiena que galopaba hacia nosotros.

—¡Vete, Callie! ¡Ahora! —rugió.

Retrocedió un poco más, empujándome hacia Enzo. El león flexionó las patas delanteras para facilitarme la maniobra.

A la derecha, Lansh le asestaba un golpe mortífero a una de las tres hienas líderes en el cuello mientras Xerx se lanzaba por el suelo y le abría el vientre en canal a otra, aunque eso no detuvo sus dentelladas, que propinaba al aire intentando alcanzarlo.

Xioh y Cyrus peleaban contra la tercera, a machetazos y zarpazos, hostigando a aquella bestia inmunda. Parecía que la habían dejado moribunda en el suelo, sangrando por múltiples heridas, pero la *nashie* se alzó de nuevo como un resorte sobre sus cuatro patas y volvió al ataque.

No iba a ser tan fácil vencerlas. ¡Había muchísimas!

—¡Márchate, Callie!

Daryos blandió el machete en el instante en que la hiena saltaba hacia nosotros con las fauces abiertas y las garras, largas, afiladas y llenas de roña, directas hacia su pecho. Logró esquivarla y le asestó un mamporro en la cabeza. Se escuchó el crujido de su cráneo. Acto seguido, le dio un golpe de garras en el lomo.

Tras mirarme de reojo y comprobar que ya estaba subiendo una pierna sobre su león, se giró hacia la hiena en el instante en que esta trataba de alcanzarle el brazo con los colmillos. Mi barog se agachó y los esquivó por unos milímetros.

El animal, enfurecido, saltó hacia él, pero mi amorcito lo esperaba con el machete en posición vertical, sujetando la empuñadura con ambas manos.

De un solo movimiento, se lo hundió en el pecho hasta el fondo, entre las costillas. Un chorro de sangre brotó de inmediato del tajo y roció el rostro, el pecho y los brazos de mi barog. La *nashie* se desplomó de lado y la tierra retumbó un poco más.

Ya instalada sobre Enzo, me agarré a su espeso pelaje, dispuesta a galopar hasta la aldea y, de allí, a la posada con mis amigas. Solo esperaba que ninguno de esos monstruos hubiera llegado hasta allí.

Traté de tranquilizarme, convenciéndome de que, si alguna lo había logrado, Toruch y todos los guerreros apostados en la aldea las harían picadillo antes de que pudieran siquiera cruzar la plaza.

Miré a mi barog por última vez antes de partir. Enzo empezó a darse la vuelta para regresar y…

Varios gritos inconfundibles llenaron el aire, helándome la sangre: mis *llitops*.

Tirándole del pelo, obligué al majestuoso león a darse la vuelta de nuevo para que pudiera ver lo que estaba ocurriendo. Y cuando al fin lo conseguí, casi me caigo de mi montura.

Una *nashie* saltaba en medio del claro hacia la jaula como si se propulsara en una colchoneta elástica, mientras que otras dos trepaban por dos árboles cercanos a la lupuna en la que se encontraba a Axeh. Se impulsaban en el tronco con todas sus fuerzas y se lanzaban contra la jaula en la que se apiñaban mis pobres *llitops.* ¡Estaban aterrorizados!

Ax tiraba de la cuerda para intentar izarlos un poco más, pero las hienas repetían el movimiento una y otra vez, empeñadas en alcanzarlos. Si el barog no lograba subirla hasta la copa, tarde o temprano lo conseguirían.

En el último salto, una logró meter las garras en la jaula y la otra darle un manotazo, haciéndola oscilar peligrosamente cerca de su compañera.

Naranjito me miró desde allá arriba y la espiral me hormigueó más fuerte que nunca.

Era una llamada de socorro, y pensaba acudir en su ayuda.

Todos los barogs estaban enfrascados en la lucha encarnizada, diezmando las filas de las *nashies* y destripándolas a diestro y siniestro. Al menos, las estaban conteniendo. Pero nadie parecía darse cuenta del peligro que corrían Ax y los *llitops*. Mi amigo hacía malabarismos para sostener la jaula y hacerla oscilar para alejarla de las fauces de las hienas, que se acercaban más y más con cada salto circense que daban.

De pronto, tras varios intentos, una de ellas se impulsó con las patas traseras en el robusto tronco de una palmera, se abalanzó sobre la jaula y logró alcanzarla con los dientes. Sus fauces enormes se cerraron en torno a uno de los barrotes inferiores, rozando a uno de los *llitops,* que retrocedió de un salto.

El peso del animal, que colgaba de la jaula, tensó la cuerda y la arrastró un par de metros más abajo y, con ella, a Axeh. El barog trastabilló, se tambaleó sobre una rama y a punto estuvo de caerse desde ahí arriba. Ax era ágil y muy acostumbrado a moverse por las alturas, así que, probablemente, habría logrado caer de pie en el suelo. Pero aquello estaba muy alto…

Acabó tumbado sobre una rama, no tan robusta como su cuerpo descomunal requería, rodeándola con las piernas para agarrarse mientras sostenía con las manos la cuerda que mantenía la jaula en el aire. Cuando la rama crujió bajo su peso, alzó la cola como un látigo y se agarró más arriba, enroscándola en una rama. La hiena se soltó del barrote y cayó de nuevo al suelo, pero el daño ya estaba hecho.

El rostro de Ax estaba desencajado por el esfuerzo. Miraba a derecha e izquierda, donde dos hienas trepaban de nuevo para saltar sobre la jaula, ahora más accesible.

Para su desgracia, ninguno de los otros barogs se había dado cuenta de su situación. Seguían luchando contra esas bestias entre machetazos, zarpazos, gritos y rugidos espeluznantes.

Daryos tenía una larga herida en el pecho, fruto de un zarpazo, y Cyrus, el hombro ensangrentado. Xerx, Xioh y Lansh seguían de una pieza, pero también se habían llevado varios zarpazos. ¡Al menos no eran mordiscos! Sulveh atacaba con la lanza, ensartando *nashies* de dos en dos. ¡Los barogs eran todo un espectáculo!

Algunas hienas se retiraban a toda velocidad hacia la espesura de la selva y las que quedaban en el claro estaban siendo masacradas. Faltaba poco para que los míos se anotaran el primer tanto en la guerra.

Sin embargo, no sería a tiempo de ayudar a Ax.

Una de esas bestias volvió a impulsarse y, esta vez, alcanzó de lleno la jaula. Se aferró con las patas delanteras e intentó hundir el hocico entre los barrotes. Por fortuna, no cabía.

Los gritos de socorro de mis amigos peluditos subieron de volumen y la espiral me quemó como si me estuvieran marcando de nuevo al rojo vivo.

Y entonces, la cuerda se rompió y la jaula y la hiena cayeron al claro como un amasijo.

Como si el tiempo se detuviera y todo sucediera a cámara lenta, Ax y yo nos miramos. Acto seguido, se puso en pie y saltó hacia otra rama un poco más abajo. Se agarró con la cola, se balanceó y repitió el movimiento. En dos o tres saltos, ya estaba en el suelo con una hiena a cada lado y la otra a sus pies junto a la jaula.

No pensé. Ni siquiera tuve tiempo de sentir miedo.

—¡Vamos, Enzo! ¡Hay que ayudarlos! —El león no se movió. Ax levantó el machete y bloqueó la ofensiva de una de las *nashies*—. ¡Necesitan nuestra ayuda! —grité de nuevo.

Le clavé los talones en los costados, pero, en lugar de dirigirse hacia el claro, empezó a dar media vuelta para regresar a la aldea.

El barog de Emi seguía luchando él solo contra aquellas dos bestias. La tercera se había levantado ya y jugaba con la jaula, empujándola con todas sus fuerzas y tirando de los barrotes para intentar romperlos. Sabía que eran resistentes, pero ¿cuánto aguantarían? Las embestidas del animal cada vez eran más furiosas y no iba a conformarse fácilmente con un fracaso.

Naranjito rodaba en el interior junto a sus compañeros, formando entre todos una bola de pelo polvorienta e incapaces de mantenerse en pie.

Tenía un nudo en el estómago y sentía el pulso golpeándome en las sienes y el pecho con fuerza.

Tiré de nuevo del pelaje de Enzo e intenté que se diera la vuelta. Me incliné hacia un lado, le apreté con las piernas y clavé los talones tan profundamente que puede que hasta tuviera moretones después de eso. Pero el muy jodido no daba su brazo a torcer. Desesperada, me agaché hasta su oreja y le dije bien clarito:

—Si no vamos ahora mismo a ayudar a Ax y los *llitops*, saltaré al suelo e iré yo sola. Ya le explicarás tú a Daryos después por qué acabé medio devorada por una hiena.

El pelaje se le erizó y se me pinchó los muslos. Se puso tieso y resopló, claramente descontento. Y, al fin, empezó a moverse.

Cuando pasamos cerca de Daryos y Xerx, que en esos momentos se enfrentaban juntos a una de esas bestias que escupía espuma por la boca, mi barog abrió mucho los ojos y gritó algo que no escuché. No tengo ni idea de si Enzo le oyó. Si fue así, le hizo caso omiso, igual que yo, y aceleró el paso.

Mi león galopó hasta el centro mismo del claro, esquivando algunos cuerpos sin vida de las hienas y los enfrentamientos furibundos que había a cada paso, y llegó hasta la jaula.

Sin detenerse, empotró la cabeza como un ariete contra el costado de la hiena, que se tambaleó, alejándose varios pasos de la jaula. Entonces, dobló levemente las patas y gruñó hacia mí. Lo interpreté como una señal para que desmontara, así que me deslicé hacia el suelo por su lomo lo más deprisa que pude.

Cuando la *nashie* recobró el equilibrio y se encaró hacia Enzo, no vacilé: me lancé de rodillas en el suelo, junto a la jaula. Los *llitops* me miraron fijamente en cuanto mis manos buscaron la cerradura. Juraría que suspiraron de alivio. Por un momento, tuve un déjà vu, pero no me dejé llevar por el pánico.

La jaula era de hierro, así que no habrían podido liberarse a mordisco limpio, tal como nos soltaron a nosotras en los pantanos. No tenía cerradura, sino solo un pasador que se giraba varias vueltas y se incrustaba en el metal. O sea, ideal para que las hienas no pudieran abrirlo, pero tampoco los pobres *llitops*.

—¡No os preocupéis, enseguida os saco de aquí! —dije, intentando hacerme oír por encima del fragor de la batalla.

Enzo emitió un rugido de protesta a mis espaldas, pero le ignoré. Tendría que aguantarse, porque, hasta que no lograra liberarlos, no me iría de allí.

El león luchaba a dentelladas contra una hiena casi tan grande como él y el doble de traicionera. Mientras tanto, Ax seguía peleando con las otras dos.

Otra recién llegada irrumpió en el claro y husmeó el aire.

«Mierda», murmuré.

Las manos me sudaban y me temblaban tanto que pensé que sería incapaz de abrir la maldita jaula.

La hiena clavó sus ojos negros en mí y empezó a avanzar. Nadie parecía darse cuenta de su presencia, pues todo el mundo estaba repartiendo hostias, enfrascados en sus propios combates. Venía directa hacia nosotros.

«Venga, dioses del manantial, echadme una manita antes de que estos pobres peluches y yo acabemos en la panza de una hiena apestosa».

Cuando se encontraba a tan solo unos pasos, algo peludo y estilizado cayó sobre su lomo. La hiena se revolvió y retorció para quitárselo de encima. Al fijar la vista, ahogué un grito.

¡¡Artia!!

¿De dónde demonios había salido? ¡Creía que se había quedado en la posada con las demás!

Me miró un instante con sus ojos plateados y, acto seguido, alzó las afiladas garras y las bajó de golpe hasta hundirlas en el lomo de la hiena. Esta se agitó como un toro mecánico e inició una carrera frenética hacia el interior de la selva con Artia sobre ella.

Como si no tuviera suficientes preocupaciones, ahora mi *aninf* favorita también corría peligro. Inspiré hondo y traté de serenarme para apaciguar el temblor de mis manos.

—¡¿Qué demonios haces, Callie?! —me gritó Ax, inclinando el torso hacia atrás para esquivar el zarpazo de la hiena que tenía delante. Después, se agachó para salir del alcance de las fauces de la otra y se alejó de ambas de un salto.

El tío parecía un enorme saltimbanqui. ¡Habría triunfado en el circo!

—¿Tú qué crees?

Había logrado dar dos vueltas al cerrojo, que se había encallado en la tercera. La caída había abollado la jaula y uno de los barrotes presionaba contra la abertura, dificultándome la maniobra.

«¡Venga ya!», protesté.

Enzo, que acababa de arrancarle la garganta de un mordisco a la hiena, se abalanzó contra una de las que acosaban a Ax. Ahora la cosa estaba más igualada: Ax y Enzo contra dos *nashies* malolientes. ¡Y vaya si olían mal! Al tenerlas cerca, el olor a podredumbre que desprendían me provocaba ganas de vomitar.

¡Hasta me picaban los ojos! No era de extrañar, teniendo en cuenta lo que solían comer esas bestias carroñeras.

—¡Monta sobre Enzo y lárgate ahora mismo! —me gritó Ax.

Giró sobre sí mismo y le estampó un codazo en las costillas a su enemiga. Cuando escuché el crujido de huesos y su chillido, me encogí. ¡Me dolió hasta a mí!

—¿No crees que necesitas que Enzo te eche una manita, rubiales? —dije mientras conseguía dar la tercera vuelta al maldito cerrojo.

No me había dado cuenta hasta ahora de que tenía las yemas de los dedos en carne viva. De todos modos, ese era el menor de mis problemas.

—Daryos va a matarnos a los tres como no te largues ya mismo. ¿De verdad vale la pena morir por esos animalitos?

Sus ojos color menta brillaron cuando movió de abajo arriba el machete y lo incrustó en la garganta del animal. La sangre caliente le manchó las manos y los brazos.

—Tú preocúpate de tu hiena y déjame a mí mis *llitops.*

—¡Pues abre la jaula de una maldita vez y lárgate, Callie! Si D nos ve…

No pudo terminar la frase.

Una de las pocas hienas que todavía quedaban en pie se abalanzó sobre él y lo lanzó al suelo. Ahogué un grito cuando empezaron a forcejear y los dientes de aquel engendro del infierno se cerraron en torno al brazo de mi amigo. Su rugido de dolor me vibró en los huesos. Logró evitar un segundo ataque rodeando el cuello de la *nashie* con su cola y apretando. Pero no se daba por vencida.

Por suerte, Enzo, que acababa de cargarse a la otra *nashie*, acudió en su ayuda. Embistió a la hiena para que Ax pudiera arrastrarse y salir de debajo de su cuerpo enorme.

El barog recuperó su machete, que el mordisco le había hecho soltar, y se levantó de un salto. Iba a necesitar que Xioh le administrara una buena dosis de antídoto. Tenía el brazo desgarrado y sangrante, pero eso no le impidió lanzarse al ataque de nuevo.

Enzo y él comenzaron un enfrentamiento encarnizado contra ese monstruoso animal.

Con toda la fuerza de que fui capaz, logré dar la última vuelta al pasador y abrir la jaula. Tenía los brazos doloridos y llenos de agujetas. Los *llitops* no perdieron el tiempo: salieron uno a uno, saltando sobre mí, despeinados y sucios. Corrieron a situarse tras mi espalda y se me pegaron como lapas. ¡Como si yo pudiera protegerlos de las *nashies*!

El último en salir fue Naranjito. Se lanzó a mis brazos y sus enormes ojos marrones me transmitieron gratitud y la necesidad de salir cagando leches de allí.

Alcé la vista buscando a Enzo y me puse en pie. Sentía las piernas entumecidas, pero eso no iba a detenerme.

El león le dio una dentellada en el cuello a la hiena y, un segundo después, Ax le clavó un cuchillo en el ojo. ¡A punto estuve de vomitar!

En cuanto la dejaron fuera de combate, Enzo trotó hasta mí. Flexionó las patas y me instó con el morro a que subiera.

Un cuerno atronó en la selva, distinto a los sonidos de los cuernos de los barogs de la aldea.

Era un cuerno enemigo.

La selva empezó a sacudirse de nuevo con un temblor y un ruido ensordecedor.

Miré por todas partes, buscando a Artia. La *aninf* había desaparecido entre la vegetación sin dejar rastro. Esperaba que estuviera bien. A ver, era un ser fuerte, con garras, cola y todo eso. Seguro que podía apañárselas solita. Aun así…

—¡Monta y vete, Callie! —rugió Ax.

Asentí de inmediato.

Subí a los cinco *llitops* a lomos de Enzo y yo monté un segundo después. Me agarré con fuerza a su pelaje y eché un último vistazo al claro, alfombrado de cadáveres. Por suerte, ninguno era de barog, pero eso no les había librado de heridas y golpes, más o menos aparatosos.

Daryos y yo cruzamos miradas en el instante en que el cuerno de los hermanos perdidos volvía a sonar. El amanecer se desplegaba

ya sobre la selva, y un rayo temprano que se colaba entre las hojas se reflejó en el ojo verde esmeralda de mi barog.

—¡Vete, Callie! —rugió él por encima del repiquetear de cientos de pasos, acercándose a través de la jungla hacia nosotros.

Hacia la aldea.

El rey y el príncipe tenían razón: las *nashies* habían sido la primera oleada. Ux las había mandado contra nosotros para desgastarnos y extender el pánico. Habíamos podido con ellas. Sin embargo, debíamos correr para prepararnos para el ataque más demoledor.

Asentí, contemplando una última vez los hermosos ojos de mi amorcito. Estaba herido y cansado, pero yo sabía que eso no iba a restarle fuerza ni fiereza.

Al darme de nuevo la vuelta, me encontré con Artia. Estaba de pie a un par de metros de nosotros. Le hice una señal para que se acercara y le indiqué que nos siguiera.

—Rumbo a la posada, amigo mío —le dije a Enzo mientras le espoleaba los costados con suavidad en esa dirección.

No tuve que repetírselo.

El león aceleró el paso, impulsando sus patas a la carrera. Los *llitops* iban en mi regazo o se agarraban como podían a mi vestido mientras cabalgábamos de regreso.

Atravesamos la linde de la selva, con Artia corriendo veloz tras nosotros, y entramos en la plaza. Toruch se encontraba en posición, junto con cientos de barogs dispuestos a cumplir sus órdenes. Estaban preparados para recibir el impacto del enemigo.

Mis ojos se cruzaron un instante con los suyos, de ese hermoso marrón cálido, y asentí para desearle buena suerte. Él me devolvió el gesto a modo de saludo.

—¿Ha ido todo según lo previsto? —preguntó con su voz grave en cuanto pasé junto a él.

Su melena castaña, con ese mechón gris en la parte delantera, se agitó cuando cambió la lanza de mano.

—Han acabado con casi todas, solo unas pocas han huido.

—¿Alguna baja? —preguntó. Tuve la sensación de que contenía el aliento, a la espera de mi respuesta.

Negué con la cabeza.

—Todos siguen vivitos y coleando, al menos cuando los dejé en el claro. Machacados, pero de una pieza.

Soltó el aire de golpe y su pecho se hundió un poco.

—Me alegro de que tus amiguitos también hayan sobrevivido. Enfrentarse a las hienas y vivir para contarlo es una gran hazaña. Si D no nos hubiera advertido y nos hubieran cogido por sorpresa… —Meneó la cabeza—. No quiero ni pensar en lo que habría ocurrido.

—Estamos todos bien, Toruch, eso es lo único que importa.

Él asintió con una vehemencia que no solía mostrar.

Proseguimos nuestro camino hasta que Enzo nos dejó al pie de las escaleras de la posada e hizo el gesto de seguirme, pero yo le detuve con la mano.

—Ve con Daryos, amigo mío. Puede que te necesite. —Rugió una vez—. Yo estaré bien.

Mis palabras lo tranquilizaron. Dio media vuelta y trotó de regreso a la selva, en busca de su mejor amigo.

Me crucé con Ciench cuando los *llitops* y yo subíamos los escalones en varios saltos apresurados.

—Ya he oído lo que hablabas con Toruch. Es un alivio que todos estéis bien.

—Ha sido terrorífico, pero vosotros los barogs podéis con cualquier monstruo de Nemea —solté, guiñándole un ojo para aligerar esa sensación que me oprimía el pecho.

—Que los dioses te oigan, Callie —dijo con una llama plateada en el fondo gris azulado de sus ojos—. Una vez dentro, atranca de nuevo la puerta —me pidió—. Y pase lo que pase, no la abráis.

—Descuida. Nos quedaremos dentro y cuidaremos las unas de las otras.

Él asintió. Uno de los suyos nos abrió y los *llitops*, Artia y yo entramos.

El sonido de otro cuerno se elevó en la jungla.

Y las puertas de la posada se cerraron.

36 A POR TODAS

La selva, Nemea, en la actualidad
Ux

—Jefe, algo va mal —dijo Lorish, nada más agazaparse de nuevo al lado de Ux.

—Suéltalo. —Tenía que esforzarse para controlar su temperamento y su impaciencia, o acabaría arrancándole la cabeza a alguno de los suyos.

Necesitaba empezar a pelear cuanto antes.

—Las hienas se han desviado. O mejor dicho, entretenido.

Ux abrió mucho los ojos y miró a su segundo al mando. Este llevaba también trazos de pintura negra en el rostro, un símbolo de guerra entre el pueblo barog.

—No han llegado a la aldea.

—¿Y se puede saber dónde demonios están esas estúpidas?

—En un claro a unos doscientos metros de allí. Según me han dicho nuestros exploradores, algo ha llamado su atención y las ha desviado de su trayectoria.

—¿Sabemos de qué se trata?

Lorish meneó la cabeza, aun consciente de que eso no haría más que encolerizar a su jefe.

—Han virado de pronto como si algo las hubiera atraído.

—¿Qué han detectado los exploradores?

—Solo un fuerte olor a *llitop*, eso es todo. Pero esos bichos son muy comunes en esta zona de la selva, así que no es extraño.

Ux se quedó pensativo. Por lo que él sabía, esos animalillos peludos eran uno de los manjares preferidos de las *aninfs*… y de las hienas. Si estas encontraban alguno vivo o muerto, se volvían locas con su carne y, sobre todo, con las vísceras.

«No puede ser solo una coincidencia», se dijo, arrugando el ceño. La cicatriz de su rostro se retorció.

—Lo sabían —soltó.

—¿El qué, jefe?

—Que las *nashies* atacarían.

—Eso es imposible. Ningún barog las había reclutado jamás. Nunca hemos estado en buenos términos con ellas y apenas nos habíamos relacionado hasta ahora. No pueden haberlo adivinado, jefe.

Ux se giró lentamente a mirar al anciano, agachado unos metros por detrás de su posición. En cuanto habían empezado a marchar hacia la aldea, había designado a dos de sus mejores barogs para que lo escoltaran en todo momento y no lo perdieran de vista.

El rostro de Ooris permanecía impasible, pero sus ojos, viejos e inteligentes, se clavaron en los de Ux. El líder de los hermanos perdidos era demasiado astuto como para creer en meras coincidencias o causalidades. Alguien estaba detrás de lo que sucedía.

—Tráeme al anciano —le ordenó a su segundo al mando.

Lorish no protestó. Se desplazó tras los arbustos de frambuesas y las grandes hojas de los helechos hasta donde se encontraba Ooris, lo agarró del brazo y lo llevó en presencia de su jefe.

—¿Tú sabes algo de todo esto, viejo?

—No tengo ni idea de a qué te refieres, Uxuer.

—¿Crees que les han tendido una trampa a las *nashies*? ¿Que sabían que íbamos a lanzarlas sobre ellos antes de empezar?

Por una vez, el anciano parecía sorprendido.

—Como no tengas un traidor entre tus filas, no veo de qué forma.

—¿Insinúas que tengo disidentes?

—Es lo único que se me ocurre.

A Ux no se le pasó por alto la chispa fugaz que prendió en los iris de Ooris. Sin duda, había pensado en algo más.

—¿Seguro?

El anciano asintió y devolvió su rostro a su anterior inexpresividad. No mencionó que había otra posibilidad. Una relacionada con la profecía, que jamás había ocurrido antes. Pertenecía a aquella parte de los viejos escritos que nadie, salvo los ancianos, conocían. Incluso había unas líneas que siempre se había guardado para él mismo y ni siquiera había compartido con los otros tres.

Si la profecía era cierta, y hasta ahora todo le llevaba a pensar que sí, la marca de nacimiento del príncipe y de la humana descendiente ya se estaría manifestando… o lo haría pronto.

Ooris no tenía ni idea de los dones que conllevaría para sus portadores, pero no le cabía la menor duda de que tendrían algunos, sorprendentes e inesperados.

Quizás todo lo que sucedía con las *nashies* estaba relacionado con ello. O puede que fuera ya muy viejo y tuviera la cabeza llena de ideas absurdas. Llevaba demasiados milenios encerrado en el templo. En realidad, esa expedición junto a los hermanos perdidos le hacía sentir más vivo de lo que se había sentido en muchísimo tiempo.

Por supuesto, la muerte de los otros ancianos y la guerra inminente eran horrores que despreciaba y que harían tambalear los cimientos enteros de su especie. Sin embargo, las charlas con Ux, las largas caminatas por la selva… No había sido consciente de lo mucho que echaba de menos todo eso.

De repente, los chillidos inconfundibles de las hienas llenaron el aire. Aunque lejanos, no le cabía la menor duda de que estaban luchando por su vida.

Ux torció el gesto y se levantó. Los demás le imitaron.

La pareja de lunas se retiraba, dando paso a un hermoso amanecer, que prometía un día caluroso y radiante. Mientras contemplaba el despliegue de colores que se extendía sobre el dosel de la selva, se pasó la mano por la cicatriz del pectoral: una espiral sagrada perfecta grabada en su carne.

Se preguntó si viviría para ver otro de esos amaneceres que tanto amaba. Uno de esos que tanto le gustaría compartir con alguien especial; alguien a quien le importara de verdad.

Tatiana ya no existía, al menos en este mundo. Quizás Penny…

Sacudió la cabeza para alejar todas esas cursiladas y sensiblerías de su mente. Su alma seguía siendo demasiado romántica, incluso después de todas las decepciones que la vida le había traído en el amor.

El amor que él había anhelado en el pasado no existía. Era una ilusión, una quimera, por lo menos para él. Los dioses se lo habían vedado.

—En marcha. Hay que averiguar qué demonios les está ocurriendo a esas carroñeras.

—Entonces, ¿hacia el claro, jefe?

Ux asintió.

—Con cautela. Que los exploradores vayan de avanzadilla. Nos quedaremos a una buena distancia. Envía a alguien a avisar a Ausinca. Ella y sus *aninfs* deberían reunirse con nosotros en el margen de la selva a mediodía.

—¿Quieres atacar en la hora más sofocante, jefe?

Ux sonrió de un modo siniestro.

—Qué mejor que un calor insoportable para desatar un buen baño de sangre —murmuró.

—Por supuesto, jefe —dijo Lorish, tratando de mostrar entusiasmo. Aunque era muy temprano, ya estaba sudando copiosamente.

Ooris alzó la vista hacia los rayos que empezaban a filtrarse entre las palmeras y las anchas hojas de los árboles allí arriba. Rezó a los dioses para que el rey y el príncipe estuviesen preparados para lo que se les iba a echar encima.

Y no estaba pensando solo en la guerra.

37 LA SEGUNDA GRAN GUERRA
DARYOS

Cuando al fin vi desaparecer a mi amor a lomos de Enzo hacia la aldea respiré un poco más tranquilo. Como siempre, ella había hecho lo que le había dado la gana. Al caer la jaula, intenté correr a rescatar a los malditos *llitops*, pero una de las hienas que quedaban no me lo permitió. Ni siquiera sabía cómo esa criatura monstruosa se mantenía en pie, tras todos los golpes de garras y latigazos de mi cola que se había llevado. Aunque me repugnaran las hienas, debía reconocer que esa en particular era una auténtica luchadora.

Lástima que jugara en el bando equivocado.

Se abalanzó sobre mí y a punto estuvo de arrancarme la tráquea a dentelladas. Me rozó un par de veces la piel y creí que no lo contaría, que ahí se acababa la historia de Daryos, el príncipe más breve de Nemea. ¡Uf! ¡Me fue de un pelo!

Sus ojos negros y sus chillidos eran escalofriantes.

Cuando al fin logré partirle el cuello con mis brazos, después de revolcarnos ambos por el suelo y emplear todas mis fuerzas, Callie ya estaba salvando a sus amiguitos.

Esa mujer era muy valiente. Tenía miedo, porque temblaba de la cabeza a los pies, pero eso no le impedía hacer lo necesario para rescatar y ayudar a aquellos que le importaban. Por eso yo la amaba y respetaba tanto. ¡Y por un sinfín de cosas más!

Era la mujer más increíble de todo el universo.

Estaba muy enfadado con ella por haber sido tan temeraria. Pero, al mismo tiempo, me tenía alucinado. Y no nos engañemos:

hiciera lo que hiciese, yo jamás iba a enfadarme de verdad con mi *hoa uhane*.

Enzo cumplía mis órdenes a rajatabla y no se separaba de ella; eso me daba cierto consuelo. Además, había que reconocer que esa *aninf*, Artia, era también una buena guardaespaldas. Callie se rodeaba de las amistades más sorprendentes y variopintas, dispuestas a jugarse la vida por ella. No iba a ser yo quien pusiera objeciones. ¡Por todos los rinos, ni hablar!

Proteger a mi preciosa *hoa uhane* era una tarea extenuante, y la muy gamberra me hacía sufrir muchísimo. Así que, si tenía ayuda, tanto mejor. Cualquier cosa con tal de que mi Callie no sufriera jamás ningún daño.

Traté de correr de nuevo hacia ella para ayudarla, pues Ax se encontraba en un aprieto y Enzo no estaba mucho mejor que él. Pero el grito de Xerx a mi lado me obligó a socorrer a mi amigo, a punto de ser ensartado por las garras de otra de esas cabronas. Sulveh acudió también en su ayuda, y entre los tres la despedazamos en cuestión de segundos. Eran duras de pelar, pero no podrían con nosotros.

No muy lejos, otros barogs hacían exactamente lo mismo, aniquilando a las últimas que quedaban. Algunas habían huido en desbandada, pero no me preocupaban demasiado: no parecía que les quedaran ganas de volver a meterse con los míos y se alejaban en dirección contraria a la aldea.

Recé para que ninguna se desviara.

Cuando quise darme cuenta, Callie ya había terminado y, por fin, se alejaba de ese claro infernal. Toruch y Ciench se encontraban en la aldea junto con el grueso de nuestras fuerzas, los leones y las panteras. Si hubiésemos sabido que nos enfrentaríamos a la manada entera de las *nashies*, habríamos traído a unos cuantos felinos más, al menos a Itzaar, el feroz león de Xerx, y Zaala, el de Ax.

—¿Estás bien, hermano? —me preguntó Cyrus, rodeándome los hombros con el brazo.

—Como tú, más o menos —le contesté con media sonrisa.

Le señalé y luego a mí. Estábamos cubiertos de arañazos, cortes y sangre, propia y de las hienas. Como, en el fondo, a veces

éramos un par de descerebrados, soltamos una carcajada.

—Parece que seguimos vivos —dijo Xioh al llegar, cojeando un poco—. Aunque veo unos cuantos tajos que requerirán de mis habilidades. Ese de ahí va a necesitar de muchos puntos de sutura, ese también y ese otro… —Señaló mi pecho, el abdomen de mi hermano, el muslo de Xerx, el brazo de Lansh, el pectoral de Sulveh…

—No será para tanto, sanador —le dije, dándole una palmadita en el brazo, también ensangrentado.

Su expresión de seriedad se agravó. Abrió una pequeña bolsa de piel que llevaba atada a la cintura y nos entregó una dosis de antídoto a cada uno de los que habíamos sido alcanzados por alguna dentellada. Nos lo tomamos sin rechistar. No podíamos esperar, pues la infección que provocaba el mordisco de una hiena podría extenderse por la sangre a toda velocidad. Más nos valía ser precavidos.

Estábamos hechos una mierda, pero más o menos enteros. ¡Era un milagro! El resto de los guerreros de la aldea y los guardianes, que habían seguido magistralmente las órdenes de Sulveh, tenían un aspecto tan desastroso como el nuestro. Xioh repartió también unas pocas dosis entre ellos.

El sonido de dos cuernos se alzó a nuestro alrededor: uno, procedente de la aldea, como una llamada para que nos apresurásemos a regresar. Seguramente, Callie ya había llegado y había informado a Toruch y a Ciench.

El otro, el del enemigo. Un toque largo y vibrante que solo podía significar una cosa: a la guerra.

—Están todavía a un par de horas de distancia —dijo Ax, que venía de encontrarse con uno de nuestros vigilantes—. Algo menos. No parece que hayan avanzado mucho desde la última vez que escuchamos sus cuernos.

—No debemos confiarnos —dijo mi hermano, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Puede que prevean atacar a mediodía, cuando el sol esté en su cenit —dijo Xerx.

—¿No sería mejor para ellos lanzarse a por nosotros ahora mismo? Estamos cansados y heridos, sería una gran jugada —comentó Lansh.

—Desde luego, siempre que estuvieran más cerca. Apuesto a que Ux esperaba que las *nashies* llegaran hasta la aldea y causaran estragos, allanándoles el camino. A estas alturas, ya deben de haber oído sus chillidos y lamentos, y hasta puede que se hayan cruzado con alguna que huía de aquí en retirada —comentó Sulveh.

El guardián, uno de los mejores guerreros que había tenido el privilegio de conocer, lucía otro buen tajo en la mejilla.

No parecía haberse dado cuenta. Seguramente, yo también tenía algunas dentelladas y zarpazos con los que me ocurría lo mismo. En el fondo, por mucho que tuviéramos un lado humano, no dejábamos de ser tan animales como cualquiera de los otros que habitaban nuestro hermoso planeta. Unos cuantos rasguños no nos detendrían. ¡Nada lograría impedir que defendiéramos nuestra aldea!

—No contaban con que conocíamos sus planes y estábamos aguardando a sus bestias desalmadas y carroñeras —dijo Cyrus con media sonrisa—. Y todo gracias a ti, D.

—No sé si me acostumbraré nunca a esas premoniciones, pero, si nos sirven de ayuda, bienvenidas sean. ¡Mientras no me desplome en mitad de la batalla como un idiota! —dije pasándome la mano por el cabello. Todos nos reímos.

Descubrí que incluso en la cabeza tenía sangre. Creo que me había golpeado con una roca al rodar por el suelo. ¡Suerte que tenía el cabezón duro como el hierro! Si no, ya se me habría abierto como un melón unas cuantas veces.

—Pues una visión sobre dónde se encuentra Ux exactamente y por dónde entrará en la aldea nos vendría de perlitas, príncipe —bromeó Lansh—. ¿No sientes nada?

Negué.

—Nada de nada.

Las premoniciones esas venían cuando les daba la gana. Me acojonaban bastante más de lo que estaba dispuesto a admitir. Yo era un tipo sencillo, un barog de pura cepa, muy aventurero y salvaje, pero poco dado a las cosas esotéricas. ¡Me ponían los pelos

de punta! Prefería vérmelas con un pulpo gigante o una *nashie* que con una de esas extrañas premoniciones.

Sacudí un poco los brazos a ambos lados del cuerpo para alejar esa desagradable sensación.

—En marcha, amigos míos —dijo C—. Si nos apresuramos, podremos remendarnos un poco antes de que Ux y los suyos aparezcan.

Emprendimos el rumbo, acelerando el paso de vuelta a la aldea.

Pese a los nervios y el enorme temor por nuestras *hoa uhanes* y nuestros amigos, el brillo en los ojos nos delataba: la excitación del enfrentamiento con las hienas todavía nos corría por las venas. ¡Nos encantaba una buena refriega! Pero, en esta, nos jugábamos demasiado como para disfrutar de los mamporros.

Y no teníamos margen de error.

—¿Cómo va esa pierna, sanador? —le pregunté a mi amigo.

—¿La verdad? Me duele como si tuviera cristales dentro —dijo con una sonrisa—. Nada que no pueda arreglarse con un buen baño relajante, un masaje y un ungüento. Pero eso será, con suerte, mañana.

Le di un golpecito de apoyo en el brazo y seguimos avanzando, rumbo a la aldea. Cuando Lansh se unió a nosotros y empezaron a hablar, apreté el paso para llegar hasta mi hermano. Tenía la expresión seria y concentrada.

—Esto no ha hecho más que empezar, D —dijo en voz baja, imbuida de la responsabilidad que recaía sobre él como rey.

Yo solo quería que me dejara aligerarle un poco ese peso. No tenía por qué cargarlo solo.

—Lo sé, hermano. Pero, al menos, el marcador empieza a nuestro favor —le dije, dándole un apretón en el hombro.

—¡Barogs de la aldea 1 - hienas apestosas y Ux 0! —exclamó Ax a nuestra espalda.

Cyrus soltó una carcajada.

Por desgracia, ambos sabíamos bien a lo que nos enfrentábamos. Las hienas no eran nada comparado con lo que estaba por venir.

38 LA CASA POSADA
CALLIE

Una vez dentro de la posada, todas me miraron como si acabaran de ver un alien. Bueno, quizás ese no era el mejor ejemplo.

Los *llitops* corrieron a refugiarse en un rincón, todavía sucios y temblorosos, y Artia permaneció a mi lado. De pronto, los nervios y el miedo que había pasado en ese claro hicieron mella en mí. Me doblé un poco hacia delante y apoyé las manos en las rodillas.

Sentía que me faltaba el aire y me estaba mareando.

—Ven a sentarte, Callie —dijo Emi, preocupada. Se estaba tomando su nuevo papel de enfermera muy en serio.

Me acompañó hasta un banco que había pegado a la pared del fondo, y agradecí poder descansar. Alguien me puso un vaso de agua de coco en la mano y bebí como si no lo hubiese hecho en siglos.

—¿Estás bien? —me preguntó Jenny, sentándose a mi lado.

—¿Qué demonios era ese temblor? ¿Las *nashies*? —me interrogó Emi, mordiéndose las uñas con la mirada clavada en la doble puerta.

Cuando vio las yemas de mis dedos despellejadas, ahogó un grito.

—Los chillidos eran espantosos —intervino Susi, sentada junto a Sylvia, Penny y Marla.

El pequeño Sonah hacía gorgoritos ante ellas, sobre un jergón. Artia se acercó al grupito, pero no apartó la mirada de mí.

Estaban todas acojonadas. ¡Y no era para menos!

—Estoy bien y… sí, eso han sido las *nashies*.

—¿Son tan terribles como suenan? —preguntó otra descendiente.

—Peores. Son unos monstruos enormes, casi tanto como los leones, pero con muy mala leche. Apestan, tienen unos colmillos muy afilados y…

Las caras de espanto eran considerables.

—Quizás no nos hace falta una descripción tan detallada, profesora Dawson, ¿no crees? —dijo Tina, alzando una ceja y cruzándose de brazos—. Ya nos has acojonado lo suficiente.

Solté una risilla histérica.

—Tienes razón. Con que sepáis que son espantosas tenéis bastante. La buena noticia es que nuestros queridos barogs han acabado con casi todas. Tan solo unas pocas sobrevivieron y huyeron por la selva. Ya deben de estar muy lejos de aquí. —Me esforcé por dedicarles una sonrisa tranquilizadora, aunque yo misma seguía hecha un flan.

—¿Algún herido? —preguntó la reina, clavando sus ojos oscuros en los míos mientras contenía el aliento.

—Rasguños, cortes, moretones… Nada grave. Lo de siempre, vaya. Algunos han recibido un mordisco, pero Xioh ya se ha encargado de que se tomen los antídotos. Todos están vivos y con ganas de seguir repartiendo leña.

Tina puso los ojos en blanco. No se me escapó el suspiro de alivio que soltó poco después. Seguro que, al igual que a todas, los nervios la habían devorado mientras su rey se enfrentaba a las temibles hienas.

—¡Calista! —gritó Lorna desde la otra punta. Se apresuró hacia mí y se hizo un hueco a mi lado en el banco—. Estaba muy preocupada por ti. ¡Cómo se te ocurre ir a cazar hienas!

—A ver, McPhee, no era eso lo que estaba haciendo exactamente, pero…

Me dio tal abrazo que me cortó la respiración.

—Ni se te ocurra volver a salir de aquí, ¿de acuerdo? —me dijo en cuanto nos separamos, mirándome a los ojos, muy seria. Entonces, suavizó la expresión y preguntó—: ¿Has visto a mi Toruch? ¿Está bien?

—Sí, está de jefe de la aldea hasta que Cyrus y Daryos regresen. No creo que tarden demasiado, ya que…

Dos cuernos distintos retumbaron en la distancia, en las profundidades de la selva.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Emi, temblorosa.

—Cuernos de guerra. Uno, nuestro. El otro…, de los enemigos.

—¿Cuánto crees que tardarán en llegar? —preguntó Jenny.

—No lo sé, supongo que una o dos horas. En el claro no había ni rastro de Ux y los suyos. La intuición del rey y los demás era acertada: ese cabrón ha enviado a las *nashies* de avanzadilla, esperando que le hicieran parte del trabajo sucio. Supongo que ahora estará agrupando a sus hordas bárbaras, dispuesto a conducirlas hasta aquí.

—¿Viste algo más, Callie? —preguntó Tina.

—Nada. Solo las hienas. Creedme, si hubieran llegado hasta la aldea, habría sido un infierno. La trampa de *llitops* ha funcionado de maravilla.

—Tan preocupada que estabas por ellos y mira qué bien ha salido, profe —comentó Emi con su dulzura habitual.

—Bueno, varias *nashies* han saltado sobre la jaula, la cuerda se ha roto y la jaula se ha caído al suelo. Ax casi se parte la crisma; ha tenido que bajar a luchar para evitar que las hienas se zamparan a mis amigos. Enzo y Artia también han acudido en nuestra ayuda y…

Emi había palidecido y las demás me miraban con expresiones de horror.

—¿Y tú qué hacías mientras tanto? —preguntó Tina, enarcando una ceja de nuevo. La reina me conocía bien.

Bazzeila se encontraba justo detrás de ella y parecía que, cada vez que la reina se movía un poco, ella daba un paso en la misma dirección.

—Intentar abrir la jaula. Y, mirad por dónde, ¡lo conseguí! —dije señalando al grupito de *llitops*, que ahora mismo dormitaban sobre un jergón, tan exhaustos como si hubieran corrido una maratón. ¡Las emociones de aquella aventura los habían dejado KO!

—¿Estabas en medio de ese claro con las hienas? —Lorna me observaba con los ojos como platos.

Asentí.

—Dejad de atosigarla; bastante ha tenido ya. Ahora que estamos todas juntas, desayunemos algo —dijo Tina con esa autoridad que le imprimía a su tono de voz cuando estaba en «modo reina de la selva».

—Tienes los dedos en carne viva, Callie —observó Emi—. Ven conmigo. Aquí están todos los suministros médicos. Te pondré un ungüento y te los vendaré.

—Es por la jaula. La muy maldita no quería abrirse y me destrocé las manos. —Me las miré con atención: daban pena.

Seguí a Emi hacia una gran mesa de madera que habían instalado a un lado. Sobre la superficie había vendas confeccionadas con tiras de tela; tarros de ungüentos diversos; botecitos de todos los colores y tamaños con tónicos; e instrumentos de metal, como pequeños cuchillos y agujas de sutura. Intenté apartar la vista de los más espeluznantes. Prefería pensar que Xioh no iba a tener que utilizarlos con ninguno de los barogs.

Me senté en un taburete y coloqué las manos hacia arriba sobre la mesa. Emi me curó dedo a dedo, untando con cuidado el espeso ungüento, y también las palmas, que tampoco tenían buen aspecto. Cuando acabó, me las vendó despacio.

—Xioh te ha enseñado bien, ¿eh?

—El sanador es un gran profesor. Tiene mucha paciencia.

—Así que es mejor profe que yo —dije, guiñándole un ojo.

Ella sonrió.

—Es distinto, Callie. Pero no te preocupes: pase lo que pase, tú siempre serás mi profesora favorita.

—Tampoco es que vayas a tener muchas más.

—Aun así. En la universidad, siempre lo fuiste. Todas te adorábamos.

—Hasta que llegamos aquí y me conocisteis más a fondo. Entonces, el mito se fue a la mierda —dije soltando una carcajada. Ella se rio también.

—¡Qué va, Callie! Ahora eres mucho más que nuestra profesora: eres nuestra amiga. Y no solo eso: todas te admiramos muchísimo por lo valiente que eres.

Aquello se coló en mi corazoncito y lo reconfortó. Emi era una gran persona. ¡Todas lo eran!

—Gracias —le dije, poniéndome en pie mientras miraba el estupendo trabajo que había hecho con mis manos—. Yo también os admiro… y os quiero mucho.

Los ojos se le pusieron vidriosos y se lanzó a abrazarme.

—Ganaremos, ¿verdad, Callie? —preguntó con un hilo de voz.

—Si han podido con esas hienas enormes y apestosas, te aseguro que podrán con los hermanos perdidos —dije con sinceridad.

Nos separamos y fuimos a reunirnos con nuestras amigas. Lorna se colocó a mi lado y empezó a hablar por los codos, tal como era habitual en ella. En esa situación tan estresante y angustiosa, las demás lo agradecimos. Al menos nos servía de distracción y nos alejaba de la terrible realidad.

Las cosas en la posada estuvieron tranquilas… hasta que el suelo tembló de nuevo, y espeluznantes rugidos y gritos de guerra empezaron a retumbar ahí fuera.

39 BATALLA BAROG
DARYOS

Nada más llegar a la aldea, pusimos a todos al corriente de lo que había ocurrido con las *nashies* y adoptamos cada uno nuestra posición, preparándonos para el inminente ataque. No había tiempo para curarnos las heridas ni para nada más allá de comer algo y bajarlo con unos cuantos tragos de agua de coco, mientras el sol iba elevándose sobre nuestras cabezas.

Aunque teníamos ganas de correr a ver a las descendientes antes de la batalla, lo más seguro para ellas era permanecer allí, encerradas y a salvo. No teníamos ni idea de en qué momento aparecerían Ux y los suyos, así que no podíamos arriesgarnos.

Me había encontrado a Enzo a medio camino de regreso a la aldea. Al principio me cabreé con él, pues le había ordenado que no se separara de Callie. Pero ahora ella se encontraba en la posada… y, a buen seguro, se las había arreglado para enviarme al pobre Enzo de vuelta porque se preocupaba mucho por mí. ¡Mi *hoa uhane* me quería tanto!

Apostamos barogs de la aldea y guardianes a lo largo de todo el perímetro en varias filas, armados hasta los dientes. Los leones y las panteras reforzaban los grupos y se diseminaban por todos los accesos, así como por la primera línea de la selva. De esta manera, evitaríamos que el enemigo nos sorprendiera o se colara por algún sitio.

Cyrus, Ax, Xerx, Xioh, Lansh, Toruch y yo, junto con nuestros grupos correspondientes, nos ubicamos en la plaza, desde donde gozábamos de una buena vista del acceso principal a la aldea. Por ahí llegaría, probablemente, el grueso de las hordas de Ux.

Nuestros leones permanecieron cerca de nosotros para guardarnos las espaldas, tal como siempre hacían. ¡Eran los mejores! Bazzeila, en cambio, se había quedado dentro de la posada por orden del rey con Tina y las demás mujeres. Francamente: me alegraba que la pantera de mi hermano estuviera ahí con ellas. En su lugar, la impresionante pantera de ojos rojos, la líder de las cuevas, no se alejaría demasiado del rey y le cubriría las espaldas.

Ciench continuaba al cargo de proteger el acceso a la posada, con Sajeh, su león, a su lado. Además, había colocado a algunos de sus mejores barogs guardando cada una de las ventanas traseras, también cerradas a cal y canto, mientras que él y los demás se mantenían alertas al pie de las escaleras. Su rostro estaba más serio que nunca y había una especie de ira contenida y oscuridad en sus ojos que jamás había visto antes. Vaya, que nunca lo había visto tan cabreado. ¡Y no era para menos! Aquel monstruo les había arrebatado diez años a Susi y él, convirtiendo sus vidas en un infierno. Solo por eso, Ux ya merecía la peor de las muertes.

Supongo que todos nos habíamos transformado un poco para poder afrontar esa maldita guerra.

Por su parte, Sulveh y sus guardianes más veteranos se habían situado en el otro extremo de la aldea, junto a las mazmorras, para bloquear cualquier ataque que llegara desde esa dirección. Contar con él y los suyos desde el principio de la contienda suponía una gran ventaja. Eran guerreros experimentados, entrenados en el templo bajo las prácticas más duras y estrictas. Y no debíamos olvidar que la primera guerra se ganó gracias a ellos.

Cuando el cuerno enemigo aulló de nuevo, esta vez muy cerca, aferramos las armas con determinación y fijamos la mirada en la selva. Mis pensamientos volaron hacia Callie, mi maravillosa *hoa uhane*, el amor de mi vida, la luz de mi existencia. Aunque sabía que en la posada estaría a salvo y bien protegida, sentía una gran angustia en el pecho.

Nadie sabía realmente lo que sucedería a partir de este momento ni qué espantosas situaciones tendría que afrontar cada uno de nosotros. Los acontecimientos eran impredecibles, por

mucho que nos esforzásemos en imaginar cualquier situación posible. Quizás otra de esas premoniciones nos hubiera venido bien, pero no había tenido ninguna más ni sabía cómo convocarlas. Por mucho que las temiera, lo había intentado. Pero nada de nada. Ese supuesto don iba y venía a su antojo.

Aquello era un gran misterio para mí.

—Preparaos. En posición —ordenó C con esa voz tan cavernosa que solía poner cuando se metía hasta el fondo en su papel de rey concentrado.

Obedecimos.

¡Qué suerte teníamos de que él nos liderara! Confiaba a ciegas en mi hermano. Siempre había sido así. Incluso en los peores momentos, cuando pensé que me arrebataría a Callie, siempre hubo dentro de mí una chispa de esperanza de que, al final, él haría lo correcto. ¡Y no me equivocaba! Cyrus era un gran rey y el mejor hermano del mundo mundial.

¡Yo lo admiraba muchísimo!

Desde que éramos unos mocosos, siempre había cuidado de mí. Como era un poco reservado, a veces daba la sensación de que estaba malhumorado y un poco distante. Pero yo le conocía bien: tenía un corazón enorme. ¡La de veces que me había salvado de peligros tremendos!

Aunque su expresión era insondable, sus ojos no engañaban, al menos a mí. Había temor e incertidumbre, pero también fiereza y una determinación férrea. Los míos debían de reflejar más o menos lo mismo. Habíamos perdido demasiado en la primera guerra como para tomarnos esa nueva batalla a la ligera. Nosotros no íbamos a luchar solo para proteger la aldea y a nuestro pueblo. Nosotros también lucharíamos por venganza.

Por el rey Drashir, nuestro padre.

Por la reina Tatiana, nuestra madre.

Por todos los príncipes que perecieron aquel día, nuestros hermanos.

Por las doce descendientes que habían sido arrancadas de sus hogares y llevadas a los pantanos a la fuerza. Por Susi, Sylvia, Penny y todas las demás. Por mi valerosa *hoa uhane*.

Por los honorables barogs y las descendientes que perdieron la vida aquel día, como Sonah y Elena.

Vengaríamos a nuestra familia, haríamos justicia y extirparíamos el mal del planeta para siempre. Y, al fin, reinaría en nuestra especie la paz que tanto deseábamos.

¡Ux tenía las horas contadas!

Como si Cyrus estuviera pensando exactamente lo mismo, se giró a mirarme. Cuando nuestros ojos, tan distintos, se encontraron bajo el cielo de ese decisivo día, ambos asentimos.

—Lo lograremos, hermano. Juntos —dijo con voz firme, manteniendo a raya las emociones que yo sabía que le embargaban igual que a mí.

—Juntos, hermano —repetí.

Devolvimos la vista al frente, donde la jungla empezaba a agitarse ante nosotros, retumbando bajo el paso de cientos de pisadas.

—¡Por la aldea! ¡Por Nemea! ¡Por el pueblo barog! —gritó C, alzando el machete en lo alto, por encima de su cabeza, para que todas las líneas lo vieran. Un rayo de sol arrancó destellos al filo de metal—. ¡Que los dioses del manantial nos protejan!

Un rugido profundo surgió de la selva, coreado por muchos más. Entonces, los hermanos perdidos irrumpieron en la aldea, acompañados por hordas de *aninfs*, que se situaban en el claro de un ágil salto. A ellas no las esperábamos; no fue una sorpresa agradable.

Los felinos, tanto los de la aldea como los que habían llegado de todas partes de la selva durante los últimos días, rugieron en respuesta.

La jungla entera se estremeció ante tal despliegue.

—Mierda —murmuró Axeh, contemplando las fuerzas enemigas.

—¿No se suponía que las *aninfs* eran imparciales? —preguntó Xerx, flexionando un poco las rodillas y apuntando al frente con el machete.

—Pues parece que han dejado de serlo, las muy cabronas —dijo Lansh con una sonrisa que no ocultaba demasiado bien su

preocupación.

—Nuestros leones y panteras harán picadillo a las que osen enfrentarse a nosotros —solté, tratando de convencerme de que aquello no marcaba diferencia alguna.

Tuve la sensación de que Enzo, Benju, Zaala, Itzaar y los demás asentían.

Sin embargo, un vistazo a la *aninf* más alta y estilizada que cualquiera de sus congéneres, que permanecía un paso por delante y nos observaba con sus ojos inexpresivos, me provocó un escalofrío. Tan solo que una décima parte de ellas fuera como Antara, estaríamos bien jodidos.

No entendía por qué las cosas tenían que complicarse tanto. ¡Siempre nos habíamos llevado bien con ellas! ¡Por todos los rinos!

—¿Por qué demonios han tomado bando? ¿Cómo las habrán convencido? —preguntó Toruch.

Benju, su león, le dio con el morro en la pierna. Parecía tan disgustado como mi amigo. Enzo no estaba mucho mejor y también se pegó a mí.

—Esto no tiene sentido. ¿Qué les habrá ofrecido? —murmuró Xioh.

—Lo único que debe preocuparnos es que, si están con los perdidos, están contra nosotros. Acaban de convertirse en nuestras enemigas —dijo mi hermano—. ¡Sin piedad, barogs!

—¡Sin piedad! —repetimos.

Sin embargo, algunos de nuestros compañeros torcieron el gesto. La mayoría de nosotros había retozado con las de su especie durante la adolescencia. Jamás habíamos imaginado que tendríamos que luchar contra ellas… y matarlas. Algunos debían de sentirse incómodos, aunque ninguno iba a cuestionar la orden de mi hermano.

La verdad: desde que Antara había empujado a Callie por el precipicio del río, mi simpatía por ellas había bajado muchos puntos. De hecho, estaba por los suelos. Salvo con Artia. Ella era amiga de mi *hoa uhane* y eso la convertía en la mía también.

De pronto, un barog enorme de larga cabellera negra y brillante como el ónice y los ojos tan azules como uno de los míos,

emergió de la selva. Tenía el pectoral marcado con una espiral enorme y una cicatriz que le recorría la cara del pómulo hasta la ceja. Varios collares con cuentas descansaban sobre su pecho. Portaba una lanza corta, toda de madera negra y muy afilada. Madera sacada de los árboles de los pantanos.

No hacía falta que nadie hiciera las presentaciones: era Uxuer, jefe de los barogs perdidos. Asesino, secuestrador y enemigo de la especie. Un hijo de puta de mucho cuidado que había matado a mi familia y retenido a mi amor durante días y a una docena de descendientes durante una década.

Sentí como la respiración de mi hermano se aceleraba. La mía también. La bilis me subió a la garganta y la mayor ira que había sentido en mi vida estuvo a punto de cegarme. Descubrí que le odiaba con todas mis fuerzas.

Paseó la mirada por nuestras filas, con un destello oscuro en los ojos y una media sonrisa siniestra. Se detuvo en el rostro de Cyrus, probablemente a quien estaba buscando.

No se conocían. No se habían visto jamás, así que supuse que había identificado a mi hermano del mismo modo que nosotros sabíamos quién era él: porque encabezaba sus fuerzas, por su porte de líder y por las descripciones que otros habían hecho de él. Ese cabrón tenía un aspecto temible y carismático, eso había que reconocerlo.

—Un honor conocerte al fin, *mi rey* —dijo en tono de burla, con voz cavernosa y una reverencia teatral. Unos cuantos de los suyos se rieron.

Ese barog no sentía respeto por nada ni nadie.

—Siento no poder decir lo mismo, Uxuer —soltó C sin retroceder ni un milímetro.

«¡Ese es mi hermano! ¡El gran rey de Nemea! ¡Acostúmbrate, cabronazo!», grité en mi interior.

Sentí un escalofrío al recordar que mi *hoa uhane* había estado muy cerca de ese monstruo durante varios días. Demasiado cerca. Me entraron ganas de vomitarle en la cara y de arrancarle la garganta a mordiscos, todo al mismo tiempo.

—Así que aquí estamos, a punto de matarnos los unos a los otros… o de intentarlo —dijo Ux. Sus ojos brillaban con malicia.

—Todavía puedes decidir dar media vuelta y marcharte a los pantanos, para no salir nunca más de allí. ¿Qué me dices, Ux? ¿Evitamos el baño de sangre?

Todos sabíamos que mi hermano iba a pronunciar esas palabras. Un buen rey que se preocupaba por su pueblo debía intentar evitar la guerra y el sufrimiento a toda costa y hasta el último momento. En ese caso, no teníamos ninguna duda de que sería inútil.

Ux jamás renunciaría a sus ansias de poder y conquista.

—Siento tener que declinar tu generosa oferta, *mi rey*.

—Lo imaginaba. Viniendo de alguien como tú, no es ninguna sorpresa.

Entonces, el barog perdido escrutó uno a uno cada rostro de los que nos encontrábamos en la primera fila, cerca de Cyrus, y se detuvo en el mío.

Abrió un poco más los ojos y suavizó su ferocidad durante apenas un instante.

—Y tú debes de ser Daryos, el príncipe.

Reconozco que me estremecí, pero me forcé a sonreír. No iba a mostrarle a ese monstruo ni un ápice de debilidad.

—El mismo. Supongo que mis ojos de distinto color me delatan.

—Uno verde y otro azul. No es algo muy habitual.

—Es que el pobre es bastante rarito —soltó Lansh para desviar su atención. Se lo agradecí.

Ux me sostuvo la mirada durante unos segundos más y la apartó de golpe para centrarla de nuevo en mi hermano.

—Como ya os habréis dado cuenta, vengo muy bien acompañado. Os presento a Ausinca, líder de las *aninfs* de las madrigueras. Hoy luchará a mi lado. Apuesto que no la esperabais. —Otra vez esa sonrisa odiosa. Me moría de ganas de borrársela de un zarpazo.

La aludida dio unos pasos sinuosos para situarse junto a Ux, pero no pronunció palabra. A su otro lado, un barog perdido, con

una mirada bastante menos inteligente que la de su líder, sonrió y murmuró algo. Probablemente era Lorish, su segundo al mando. Gracias a Callie y a las demás, teníamos mucha información sobre ellos.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, Ausinca? Las *aninfs* siempre habéis sido amigas de los barogs de la aldea. Si hoy luchas contra nosotros, te convertirás en nuestra enemiga para siempre —dijo C con voz calmada pero fría como el hielo.

Ella pareció reflexionar mientras repasaba a mi hermano de arriba abajo. No me gustaba nada esa *aninf.* Era muy desagradable.

—Hoy trato con Ux-uer. Otro día contigo, Cy-rus —dijo sin pestañear siquiera, hablando algo mejor que la mayoría de las de su especie.

—Me temo que esto no funciona así —soltó C, apretando la mandíbula.

Ella se limitó a asentir como si lo comprendiera y se resignara. Era una pena.

—Ya lo ves, Cyrus. Vas a tener que enfrentarte no solo a mis barogs y mis inferiores, sino también a ellas.

—Hemos liquidado a tus dulces mascotas, las *nashies*. Esto no será tan difícil —soltó mi hermano con contundencia y una de sus sonrisitas oscuras. ¡Era el mejor!

Estuve a punto de aplaudirle.

—Eso ya lo veremos —gruñó Ux, perdiendo un instante la compostura—. ¿Empezamos?

Sin darnos un segundo de tregua más, Uxuer, líder de los hermanos perdidos, cambió la lanza por un cuchillo enorme serrado y saltó hacia nosotros, directo hacia mi hermano. Buscando el cuerpo a cuerpo con el rey de Nemea.

La Segunda Gran Guerra Barog acababa de empezar.



Cyrus y Ux llevaban enzarzados en una brutal pelea desde el inicio de la batalla. El sonido del entrechocar de sus armas se alzaba por encima de cualquier otro enfrentamiento en la plaza. Los golpes que se asestaban hacían temblar el suelo y los zarpazos entre ellos eran terribles.

Yo sufría cada vez que Ux lanzaba una ofensiva, que casi siempre terminaba en una nueva herida abierta en el cuerpo de mi hermano. El barog perdido también estaba recibiendo lo suyo y lucía ya varios tajos sanguinolentos.

Luchar contra cualquiera de los dos no era ninguna broma.

Lejos de debilitarse, ninguno de ellos cedía terreno al otro ni mostraba signos de flaqueza. Continuaban combatiendo sin descanso, sin perder de vista ni un instante a su oponente ni bajar la guardia. Aquel que lo hiciera, moriría.

Ambos eran guerreros magníficos. Habría sido todo un espectáculo contemplarlos… si no fuese porque yo temblaba con cada mazazo que ese cabrón propinaba a mi hermano.

Estaba muy preocupado por C. Aquel combate llevaba demasiado rato en tablas y cualquiera de los dos podría acabar derrotando al otro. Las habilidades estaban bastante equiparadas y solo bastaba un pequeño error, una reacción un segundo más lenta, un tropiezo para que la balanza se decantara por uno u otro.

Y no nos engañemos: Ux le llevaba siglos de experiencia de ventaja a mi hermano y su repertorio de trucos, a buen seguro, era mucho más extenso.

Quería correr en ayuda de mi hermano. Entre los dos, habríamos sido capaces de reducirlo. Pero yo tenía mis propias preocupaciones: dos inferiores enormes como montañas que se habían empeñado en desafiarme una y otra vez. Eran algo más lentos que los barogs, pero tan corpulentos que parecían dos muros infranqueables. Tenía que sacármelos de encima cuanto antes para poder acudir junto a C.

Enzo luchaba cerca de mí, impidiendo que se me aproximaran más enemigos. El pobre estaba rodeado, pero su fiereza los mantenía a raya. Ya había despedazado a unos cuantos.

No me quitaba de la cabeza que Ux había asesinado a mi padre, uno de los guerreros más poderosos de todos los tiempos.

Mi hermano era fuerte, valiente y el mejor guerrero de nuestra era. Aun así, era muy joven aún, mientras que nuestro padre tenía muchos siglos a sus espaldas.

—¡Cuidado, D! —la voz de Xerx me hizo centrarme de nuevo en esos dos mastodontes.

Me agaché con el tiempo justo para esquivar las garras de uno de ellos y giré para que la lanza corta del otro no se hundiera en mi costado. Aproveché el movimiento para coger impulso y clavarle el machete en la espalda. El pobre infeliz aulló de dolor mientras su compañero volvía a la carga.

Desde algún lugar, una flecha cortó el aire y le atravesó un lado de la garganta. Uno de los guardianes la había lanzado desde varios metros de distancia. Más tarde se lo agradecería. Ahora mismo, no tenía tiempo que perder.

Aproveché que ambos estaban heridos para saltar sobre uno y arrancarle de cuajo la tráquea con mis garras. Después, le pateé los riñones al otro, desenfundé el cuchillo y, colocándome a toda velocidad frente a él, se lo enterré en el pecho, directo al corazón. Se desplomó entre borbotones de sangre y espasmos terribles.

No me quedé para contemplar su agonía. Tenía que moverme deprisa si quería llegar hasta C.

Al fin me había librado de esos dos, aunque estaba rodeado de barogs perdidos, inferiores y *aninfs*. ¡Todos lo estábamos!

Ax, que acababa de romperle el cuello a una de nuestras antiguas amigas, embistió de cabeza contra un barog perdido que se abalanzaba sobre él. Después, lo inmovilizó rápidamente con su cola y le desgarró el pecho a zarpazos mientras Zaala, su valiente león, le reventaba las tripas. ¡Formaban un buen equipo!

Lansh y Xioh, tan fieros que daban miedo, luchaban espalda contra espalda contra un grupo de inferiores más lentos que ellos, pero no por ello menos letales. Sus melenas estaban enmarañadas y sus impactantes ojos, muy encendidos por la excitación de la batalla. ¡Era todo un espectáculo verlos luchar! Sus impresionantes leones tampoco andaban lejos.

Xerx se las arreglaba para mantener a raya a varias *aninfs* mientras enfrentaba a un barog perdido con muy malas pulgas. Una de esas traidoras saltó de pronto sobre su espalda, haciendo que perdiera el equilibrio y su torso quedara expuesto.

El barog enemigo cogió impulso y levantó el machete, dispuesto a machacar a mi amigo. Mientras Toruch, aparecido de pronto, arrancaba a la *aninf* del cuerpo de nuestro amigo y la ensartaba con su cuchillo sin remilgos, yo salté hacia delante y asesté un golpe de cola al barog que corría hacia él.

Ese hijo de puta se tambaleó el tiempo suficiente para que Xerx pudiera enterrar las garras en su vientre y destriparlo de arriba abajo. Cuando aterricé al lado de mi amigo, le ayudé a rematarlo. Itzaar, su feroz león, se cargó a otros dos enemigos que corrían directos hacia nosotros.

La lucha se extendía por todas partes, recrudeciéndose con cada segundo que pasaba, bajo ese sol de justicia que nos hacía sudar a mares. Los rugidos, gritos, gruñidos, golpes… se elevaban hacia el cielo nemeniano, sacudiendo el planeta entero.

Los leones y las panteras desgarraban vientres y gargantas a diestro y siniestro, despedazaban cuerpos y mutilaban sin distinguir entre *aninfs*, inferiores o barogs perdidos. Le daban su merecido a cualquiera al que alcanzaran con sus fauces. La pantera líder de ojos rojos arremetía contra las *aninfs* como si les tuviera un odio especial y se hubiera propuesto exterminarlas a todas.

Todos los guerreros barogs y los guardianes de la aldea luchábamos con tanta ferocidad como los felinos, atravesando al enemigo con nuestras lanzas, mucho más largas que las suyas, partiéndolos en dos con los machetes o rajándolos con los cuchillos. Los colmillos, las garras y las colas hacían también su trabajo de un modo implacable.

Sin tregua. Sin descanso.

Ambos bandos éramos formidables y valientes, y ninguno estaba dispuesto a rendirse. La plaza empezaba a teñirse de rojo y a llenarse de vísceras y otros restos, en los que resbalábamos mientras seguíamos combatiendo.

Me abrí paso como pude entre aquella masa palpitante de combatientes, intentando llegar hasta mi hermano. Desgarré una garganta por la derecha, destripé un vientre por la izquierda… Paso a paso, salto a salto, iba aproximándome a mi objetivo.

Al fin, tras azotar con la cola a un inferior y clavarlo al suelo por el estómago con su propia lanza, logré alcanzar a C.

Mi aparición detuvo su combate. Me coloqué al lado de Cyrus y apunté el machete en dirección a Ux.

—Los dos hijos de Drashir contra mí. Ni en mis mejores sueños habría imaginado poder disfrutar de semejante honor —dijo Ux con una sonrisa siniestra. Sin embargo, retrocedió dos pasos.

—¿Tienes miedo, Uxuer? —soltó C.

Él sonrió de nuevo.

—Esta batalla prefiero reservarla para el final. Quiero saborear el momento de gloria cuando al fin te mate, Cyrus.

Mi hermano y yo tratamos de abalanzarnos sobre él, pero rugió y, al instante, varios de los suyos se interpusieron entre nosotros. Se escabulló en cuestión de segundos, confundiéndose con la muchedumbre que seguía batallando.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo mi hermano.

En cuanto habíamos unido fuerzas contra él, se las había arreglado para desaparecer.

Cyrus y yo apenas tuvimos tiempo de intercambiar una mirada. Alzamos los machetes de inmediato para bloquear un nuevo ataque.

Tendríamos que eliminar a Ux más tarde.

40 NO VOY A LUCHAR CONTRA ÉL

Ux

Cuando Daryos apareció de repente junto a su hermano, Ux palideció. No porque le intimidara lo más mínimo luchar contra el rey y el príncipe al mismo tiempo, sino porque jamás pelearía contra su hijo.

«No voy a luchar contra él», se repitió como un mantra una y otra vez.

Sabía que no tenía la certeza absoluta de que fuera su hijo, puesto que Ooris le había dicho que Tatiana había yacido con Drashir poco después. Sin embargo, el anciano creía que lo era. Lo veía en sus ojos cuando lo miraba, en su expresión. Y Ux sentía en el centro de su pecho que ese barog era sangre de su sangre.

Solo había que observarlos a ambos con detenimiento.

Las facciones de Daryos eran algo más suaves que las suyas, puesto que también se parecía a Tatiana, pero el color del pelo, la forma del rostro, las líneas marcadas de la mandíbula, la nariz y los pómulos, el modo de moverse… Todo eso era suyo.

Y el ojo azul. Un azul sin ónice alrededor, pero tan intenso y luminoso como el suyo.

Si alguien se fijara en ambos de verdad, uno junto al otro, vería enseguida el asombroso parecido. Como dos hermanos, o como padre e hijo.

Tal como Cyrus era el vivo retrato de Drashir, Daryos lo era de él.

Necesitaba encontrar el modo de hablarle a solas. Si tan solo tuviese unos minutos para explicarse…

No era estúpido; sabía que, probablemente, aquello no cambiaría las cosas. Aun así, debía intentarlo. Y hasta que encontrase el momento adecuado, rehuiría el enfrentamiento con él por todos los medios.

Debía pelear contra el rey y borrarlo del mapa, aunque eso no le congraciara con su hijo. Pero ya habría tiempo para eso. Cuando él ocupara el trono, tendrían milenios para conocerse y para que Daryos le perdonara. Seguiría siendo el príncipe de Nemea y reinaría cuando Ux muriera.

Como su hijo, no como el de Drashir.

Debía centrarse y evadir a toda costa ese enfrentamiento. Ya encontraría al rey de nuevo a solas… y lo haría picadillo.

—Los dos hijos de Drashir contra mí. Ni en mis mejores sueños me habría imaginado poder disfrutar de semejante honor —dijo, intentando que su voz no reflejara todo lo que estaba sintiendo.

—¿Tienes miedo, Uxuer? —soltó el rey.

¿Miedo? Si se creía que alguien como él podía sentir temor por el mero hecho de combatir contra dos barogs jóvenes, por mucho que fuesen de la realeza, estaba muy equivocado. Ux ya casi no le temía a nada ni a nadie. Era demasiado astuto… y había vivido mucho tiempo.

Se esforzó por esbozar una sonrisa, en lugar de abalanzarse sobre el rey y arrancarle la cabeza, que era exactamente lo que le apetecía hacer.

—Esta batalla prefiero reservarla para el final. Quiero saborear el momento de gloria cuando al fin te mate, Cyrus —dijo.

Captó la frustración en sus expresiones. Los muy idiotas intentaron abalanzarse sobre él, pero, con un simple rugido, llamó a varios de los suyos para que se interpusieran entre ellos. En cuanto lo rodearon, se alejó en busca de otros objetivos hasta que pudiera encargarse de Cyrus de una vez por todas.

Había dado orden a sus fuerzas de que no tocaran al príncipe. Podían luchar contra él, pero no matarlo ni herirlo de gravedad. Si alguno no lo cumplía, él mismo lo desmembraría en la plaza al terminar la guerra. Ya ocurrió una desgracia con Tatiana… No iba a permitir que sucediera de nuevo.

«No te preocupes, amor mío. Protegeré a Daryos. Jamás dejaré que le ocurra nada a nuestro hijo».

En cuanto ese pensamiento cruzó su mente, se sorprendió de lo mucho que estaba empezando a importarle. Ahora que se habían visto en persona, que había comprobado lo valiente y fuerte que era y lo mucho que se asemejaba a él, la realidad lo había golpeado con más fuerza: ese barog era hijo de Tatiana y de él, fruto de su inmenso amor.

Ni siquiera se dio cuenta de que Lorish corría a su lado hasta que su segundo al mando le habló, en medio del fragor de la batalla:

—Las humanas están en la posada, jefe.

Se desplazaban uno junto al otro, en el centro de un grupo formado por barogs e inferiores. Las *aninfs* iban por libre. Trepaban a los tejados y saltaban sobre los guerreros de la aldea para destriparlos con sus largas garras… o intentar follar con ellos. No estaban siendo unas aliadas muy útiles, pero al menos armaban barullo y desconcertaban a sus enemigos. Tampoco es que esperase gran cosa de ellas.

La rápida derrota de las *nashies*, en cambio, sí que había supuesto un duro revés. Todavía no comprendía cómo el rey y los suyos se habían enterado de que las lanzaría sobre ellos. Que él supiese, jamás otro barog había logrado un trato con esas bestias desalmadas. Así pues, ¿cómo demonios lo habían adivinado?

Había enviado a un pequeño grupo a recuperar a las que se habían dispersado y no andaban lejos para que se unieran a su bando en la aldea. Acababa de ver a un par de ellas liarse a dentelladas con el enemigo, pero no serían suficientes para marcar realmente la diferencia.

No le quedaba más remedio que confiar en sus barogs y sus híbridos, más todas aquellas *aninfs* que luchaban a su lado y no se distraían en otros menesteres. Todos juntos eran una fuerza arrolladora.

Eso tendría que bastar.

Sin embargo, le preocupaban los felinos. No había contado con que hubiera tantos, y estaban diezmando a los suyos a marchas forzadas.

«¿De dónde demonios han salido tantos leones? ¿Y cómo han logrado una alianza con las panteras de las cuevas?», se preguntó mientras esquivaba el zarpazo de un león y la lanza larga y mortífera de un guardián del templo.

Lorish no tuvo tanta suerte. Gruñó cuando una pantera de ojos rojos le clavó las garras en el costado, pero logró sacársela de encima con un golpe de machete.

—Ve a la posada y asegúrala —ordenó Ux.

—Está custodiada por Cienchy un grupo de los mejores guerreros y guardianes.

—Así que el barog de Susi, ¿eh?

—Se ha cargado a un montón de los nuestros. Ni uno solo ha logrado pasar del primer escalón.

—Tú lo conseguirás, amigo mío —dijo Ux con los ojos encendidos por la sed de sangre.

—Pero, jefe, ¿no es mejor que yo siga a tu lado?

—Sé cuidarme solito, Lorish. Escoge a veinte y lánzate contra Cienchy los suyos. No dejéis títere con cabeza.

Lorish asintió. No le hacía ninguna gracia enfrentarse a uno de los mejores guerreros de la aldea, y mucho menos si era el barog de una de las mujeres cautivas. El rencor y el odio que Cienchsentiría hacia ellos lo espolearían a dar lo mejor de sí mismo. Pero la orden de Ux no daba lugar a la discusión.

—¿Y qué hacemos con las descendientes?

Ux curvó la comisura de los labios en esa sonrisa oscura tan habitual en él.

—Las sacáis de ahí por las ventanas traseras y las lleváis a la Gran Roca. No te despegues de ellas por nada del mundo y no permitas que nadie les ponga una mano encima. Yo personalmente le cortaré las pelotas al que ose tocarles un solo pelo, ¿entendido?

Lorish asintió.

—¿Y no estarían mejor dentro de la posada hasta que la contienda termine?

Ux negó con la cabeza.

—No quiero que haya incidentes… como en la guerra anterior. Es mejor ocultarlas en la selva, lejos de la batalla.

Aun ahora, a veces tenía pesadillas sobre el instante en que había entrado en el palacio y había presenciado la muerte de Tatiana. Ella también se suponía que estaba protegida en un lugar seguro…

—¡De acuerdo, jefe! —gritó por encima de los aullidos de las *aninfs* y los rugidos de todos los demás.

—¡No me falles, Lorish!

—¡No lo haré!

Cuando se separaron, la lucha se había recrudecido y los caminos de la aldea eran un barrizal sanguinolento. La piel de los barogs relucía con manchas de la sangre de sus oponentes y de sudor.

Ux sabía que, si ganaba, no sería por el favor de los dioses. Si tales entidades realmente existían, sin duda les habría enfurecido que hubiese matado a tres de sus queridos siervos. Tampoco les haría mucha gracia que arrastrara al último anciano que quedaba en medio de ese brutal caos.

Miró hacia atrás: Ooris seguía avanzando en su forma humana, custodiado por un par de barogs y otros tantos inferiores.

Ux se quitó de encima a una pantera de ojos rojos, cuyas fauces iban directas a su entrepierna, y la ensartó en su lanza corta. Después, corrió hacia ese grupito y les indicó que resguardaran al anciano en una de las casas y no se separaran de él hasta que fuese en persona a buscarlo. Obedecieron sin titubear.

—¡Conmigo, barogs! —ordenó a los que lo rodeaban mientras corrían por uno de los caminos que serpenteaban entre las casas—. Vamos a cargarnos a unos cuantos guardianes del templo. Muy pronto no serán necesarios, pues ya no habrá ni un solo anciano al que proteger —dijo con una sonrisa perversa—. Nadie los echará de menos.

Los ojos del líder de los hermanos perdidos brillaron cuando varios guardianes experimentados les bloquearon el paso, dispuestos a pelear. Venían del otro extremo de la aldea, desde las mazmorras, donde se escuchaba también el estruendo de la batalla.

—Muy bien, vamos allá —dijo Ux, avanzando con el machete en alto hacia el que parecía el líder: un barog inmenso de ojos de

bronce y cabello castaño revuelto—. Esta vez no tendréis tanta suerte como en la anterior guerra.

El guardián desnudó los dientes en una sonrisa salvaje y adoptó posiciones.

—¿Hablas de esa en la que matasteis a mi hermano y a mi *hoa uhane*, y os llevasteis a mi cuñada? ¿A eso lo llamas suerte, monstruo?

Ux aferró su arma con más fuerza mientras lo miraba con sorpresa.

—Así que tú eres Sulveh, el hermano del barog de Sylvia.

—El mismo. Y tú eres Uxuer, el cabrón que quiere aniquilar a su propia especie.

Ux ignoró la pulla.

—Siento mucho lo de tu *hoa uhane*. Lo creas o no, jamás quise que ninguna de ellas sufriera daño alguno —dijo con sinceridad, mientras ambos bandos empezaban a acercarse, tanteándose el uno al otro.

—¿Tampoco a las doce humanas que secuestrasteis y violasteis durante una década? Por favor, no me hagas reír. Puedes ahorrarte tus discursitos.

—Sabes tan bien como yo, Sulveh, que no sois mucho mejores que nosotros.

—No se te ocurra compararnos, tú no tienes ningún honor.

Ux rugió y avanzó hacia él con el cuchillo serrado en una mano y el machete en la otra. La lanza sería para otra ocasión: a este guardián arrogante quería verle la cara de bien cerca mientras lo destripaba. Mejor aún: usaría las garras y los colmillos, y saborearía su sangre. Sería un gran aperitivo antes de matar a Cyrus.

—¿Qué tal está el bebé de Sylvia? ¿Ya conoces a mi hijo, Sulveh? —soltó con la más siniestra de sus sonrisas.

El rugido del guardián sacudió el planeta entero mientras saltaba hacia Ux con el machete en lo alto. Este interpuso el suyo entre sus cuerpos a tiempo de bloquear el ataque. El choque de metal contra metal reverberó por sus huesos e hizo vibrar la imponente musculatura de ambos.

No hubo más palabras ni pullas, solo golpes, zarpazos, mordiscos, latigazos de sus largas colas… y el estruendo constante de sus armas. Estaban dispuestos a masacrarse mutuamente. Los dos estaban bien entrenados y eran dos de los guerreros más experimentados que había en ese campo de batalla.

Cualquiera de ellos podía vencer.

Pero, mientras en los ojos de Ux danzaba una chispa de diversión, pues disfrutaba enfrentándose a un rival digno de él, en los de Sulveh solo se reflejaban una rabia y un dolor infinitos.

Mataría a ese monstruo y vengaría a su familia. Y después, dejaría sus restos humeantes esparcidos por la selva para que sus asquerosas *nashies* se dieran un buen festín.

Los demás luchaban a su alrededor en combates tan sanguinarios como el de sus líderes.

No muy lejos de allí, Lorish y un grupo de veinte barogs perdidos se aproximaron a la posada.

Al pie de las escaleras, se inició otro de los enfrentamientos más cruentos de esa guerra.

41 UN SOLO SEGUNDO
CALLIE

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Lorna.

El golpe había hecho retumbar la posada entera.

—Pues me temo que un barog enorme se ha empotrado contra la puerta —dije acercándome hacia allí. Otro mamporro me hizo retroceder de un salto.

Tina me lanzó una mirada reprobatoria mientras Bazzeila se colocaba frente a ella y emitía un rugido que casi nos deja sordas a todas. No cabía duda de que los instintos de la pantera detectaban un peligro inminente. ¡Si hasta yo podía sentirlo!

Jenny y Emi se abrazaron, mientras los *llitops* se apiñaban en el rincón más alejado de la entrada. ¡Menudos valientes estaban hechos! Imaginaba que ya habían tenido más que suficientes dosis de emoción por un día.

Los claros sonidos de un enfrentamiento llegaron hasta nuestros oídos. Susi se tensó. Caminó temblorosa hasta mí y se agarró a mi brazo.

—Ciench está ahí fuera. No dejará que ningún enemigo entre aquí —dijo.

Asentí con firmeza.

—Tu barog es un gran guerrero. Con él custodiando la entrada, nadie podrá cruzar la puerta —solté.

Sin embargo, el estruendo aumentó y la posada entera se sacudió de nuevo.

—¡Ay, Calista! ¿Qué haremos si consiguen entrar? —preguntó Lorna, apresurándose hacia mí y agarrándose a mi otro brazo, tan fuerte que me estaba cortando la circulación.

—No entrarán —contestó Susi por mí.

Penny, Sylvia, Marla y Artia nos miraban desde los jergones donde estaban sentadas. El pequeño Sonah seguía jugando, ajeno al peligro que nos acechaba.

—Pero ¿y si lo consiguen? —preguntó Emi, retorciéndose una mano con otra junto a Jenny.

Clavé los ojos en la puerta cuando crujió de nuevo.

—Lucharemos —solté sin más.

—¿Qué? Yo no sé luchar —balbució Emi con la voz tan temblorosa que supe que se pondría a llorar, o a vomitar, de un momento a otro.

Me giré en redondo y la miré.

—¡Por supuesto que sabes! Muchas de las que estamos aquí hemos entrenado con el arco y otras armas. ¿Os creíais que era un juego? ¡Nos estábamos preparando para esto, chicas! —solté como si de pronto estuviera arengando a mis tropas. Si Russel Crowe me viera ahora mismo, me ficharía para una de sus pelis.

«Céntrate, Callie. No es momento para divagar», me reprendí.

—Seamos realistas, profesora Dawson. Por mucho que hayamos entrenado, no tenemos ninguna oportunidad contra ellos —intervino Jenny con un hilo de voz, caminando hacia mí con Emi pegadita a ella.

Tras otro golpe, el lomo de Bazzeila se erizó. El animal flexionó un poco las patas, preparándose para saltar sobre cualquiera que osara atravesar esa puerta. Tina le acarició entre las orejas y le murmuró algo que no oí. La reina se mantenía serena. ¿Cómo guardaba tan bien la compostura? La muy puñetera tenía práctica. ¡Lo llevaba haciendo toda su vida!

—¡Soy realista, Jenny! —grité, un poco histérica, lo reconozco. Lorna dio un respingo, se apartó de mí y se fue a sentar junto a Marla—. Ya sé que no tenemos ninguna oportunidad ni siquiera contra un solo barog. ¡No soy estúpida!

—Yo no he dicho eso, Callie. Es solo que…

Tina nos observaba con atención.

—Lo importante no es que podamos con ellos, sino que los entretengamos el tiempo suficiente como para que llegue la ayuda. Recordad que un solo segundo podría marcar la diferencia.

Todas enmudecieron, con sus miradas aterrorizadas fijas en mí. Yo no quería esa responsabilidad. ¡Yo no era la reina!

—¿Crees de verdad que podemos defendernos? —preguntó Emi con la mirada un poco más brillante que segundos atrás.

—Tina —dije, señalándola—, puedes intervenir cuando quieras. Seguro que, a ti, mi reina, te harán más caso que a mí.

Con toda su altivez y parsimonia, que juro que a veces me sacaba de quicio, caminó hasta mí.

—Callie tiene razón, lo sabéis bien. Además, no estamos solas: tenemos a Bazzeila y Artia, y os aseguro que ellas sí que saben luchar. Así que poneos en pie y elegid un arma cada una. Todas, salvo Sylvia y el bebé. Penny, tú quédate con ellos dos por si te necesitan.

—Pero yo también quiero luchar —dijo ella, levantándose. Sus ojos color miel refulgían de valor.

—Lo sé, pero Sylvia no puede quedarse sola. Instalaos en ese rincón de ahí, junto a los *llitops*.

Sylvia y Penny obedecieron sin oponer más objeciones.

Susi ya estaba junto al baúl que contenía las armas. Lo abrió y empezó a sacarlas y a colocarlas sobre la mesa, junto a otras que ya estaban allí. Las descendientes se acercaron con cautela y temor, pero cumplieron las órdenes de la reina y escogieron alguna.

—Gracias, mi reina —le dije a Tina. Ella inclinó levemente la cabeza en mi dirección.

Ambas habíamos escogido un arco cada una y un cuchillo, que habíamos metido en el cinturón del vestido. Así podríamos sacarlo deprisa si alguno de esos cabrones se abalanzaba sobre nosotras.

—Volcad las mesas —propuse, en un arranque de ingenio—. Haremos un parapeto con ellas.

Tina asintió, y unas cuantas nos pusimos manos a la obra. Entre Susi, Marla, Jenny, Emi y yo le dimos la vuelta a la más pesada y la arrastramos hasta el centro de la posada, con el gran tablón de madera maciza orientado hacia la puerta.

Tina, Lorna y algunas más nos imitaron con las otras mesas.

Conseguimos hacer una especie de muro de madera, que, aunque no fuese a contener a los barogs, al menos los ralentizaría un poco y nos permitiría ganar tiempo.

—Todas a este lado —ordenó Tina alzando la voz, pues el estruendo del exterior cada vez sonaba más potente y cercano.

Obedecimos y nos colocamos tras las mesas, agazapadas y agarrando cada una su arma. Tina, Jenny y yo cargamos una flecha en nuestro arco y apuntamos por encima del borde hacia la puerta, que seguía crujiendo y sacudiéndose. Las dos hojas de madera se separaban un poco con cada nuevo golpe, permitiéndonos un atisbo de lo que ocurría al otro lado: una pelea descomunal.

Noté algo peludo y suave que me rozaba el pie izquierdo, y algo peludo y áspero que me rozaba el derecho. Cuando miré hacia atrás, ahogué un gritito de sorpresa: Naranjito y su grupito estaban junto a mí, pegados a mi pierna, mirando con recelo a Artia, que se había situado detrás de mí, al otro lado.

—Tienes varios guardaespaldas, Callie —dijo Tina en voz baja, con ese tonito que dejaba bien claro que estaba conteniendo la risa, incluso en esa situación infernal.

Susi, no muy lejos de mí, me miró con el rostro desencajado.

—¿Crees que Ciench estará bien?

—No me cabe ninguna duda —respondí sin vacilar.

Ella suspiró, aunque la angustia seguía pintada en su cara.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, escuchando con atención los ruidos provenientes del exterior y el gruñido grave y constante de Bazzeila, completamente alerta.

Los *llitops* y Artia se acercaron tanto que empecé a agobiarme. Hacía un calor sofocante de mil demonios y estábamos todas sudando. ¡Solo me faltaban esos animales de peluche pegaditos a mí! Pero tenerlos ahí me transmitía un poco de calma y atenuaba el terror que sentía, así que no iba a pedirles que se apartaran.

De pronto, la marca de la espiral empezó a hormiguearme y a arder, lo que aumentó la sensación de bochorno. ¡Debíamos de estar a cuarenta y cinco grados por lo menos! ¡Ah! Y con una humedad por las nubes. Eso no había quien lo aguantara. Era el día más

caluroso de cuantos habíamos pasado en Nemea. ¡Tenía que ser precisamente hoy!

—¿Estás bien, Callie? —me preguntó Susi.

—¿Quieres decir aparte de aterrorizada? Pues estoy asada como un pollo al horno. ¡Qué calor!

Hubo un murmullo general dándome la razón.

—¿Algo más? Es que…, no sé. Tienes mala cara —insistió.

—No estoy en mi mejor momento, Susi. Como vosotras, supongo.

Se extendió otro de esos murmullos, que parecían mi coro.

Emi clavó sus enormes ojos color aguamarina en los míos.

—Susi tiene razón. Hay algo… Jenny, ¿tú ves algo raro en la señorita Dawson?

Jenny se giró a mirarme también.

—Los ojos te brillan mucho, Callie, pero no es solo eso.

Tina también me observó con detenimiento.

—Pues yo la veo tan guapa e insoportable como siempre —bromeó. Sin embargo, sus ojos se demoraron en mi rostro unos segundos más de la cuenta—. ¡Esos arcos! Seguid apuntando hacia la puerta, no os despistéis —ordenó, de nuevo en ese «modo reina de la selva» que me gustaba y me mosqueaba por igual.

—¡Ay, Calista, tengo mucho miedo! —dijo Lorna desde la segunda fila, abrazada a Marla, que intentaba mantener el cuchillo en alto mientras mi mejor amiga se apretujaba contra ella.

—Todas lo tenemos, McPhee, pero te prometo que no va a pasarte nada.

—No es solo por mí por quien temo, Callie, es por vosotras, tan jóvenes y llenas de vida…, y que os encontráis en esta situación tan horrible.

Varias de las descendientes más asustadizas la miraron con los ojos llenos de lágrimas.

—Shh, no te pongas dramática, McPhee, que las estás acojonando más de lo que ya están, las pobres.

—Y mi Toruch, ahí fuera, luchando contra esas bestias. ¿Y si le ocurriese algo? ¡Qué haría yo sin él!

Puse los ojos en blanco. Eso era lo que menos necesitábamos en ese momento.

—Inspira hondo y recupera la compostura, Lorna. Recuerda que fuimos profesoras de muchas de estas chicas. Que no se diga que flaqueamos en el momento en que más nos necesitaban —la pinché.

Mis palabras surtieron efecto: se enderezó enseguida y dejó el tono lastimero.

—Tienes razón, Callie. Debemos predicar con el ejemplo.

Suspiré. ¡Aleluya!

—Eso mismo. Anda, coge un machete y prepárate. —Entonces, eché un vistazo alrededor, escrutando los rostros aterrados que me rodeaban. Me miraban como si esperaran algo de mí; como si necesitaran que las guiara. Pero yo no era ninguna líder. Aun así, reuní coraje y dije—: Cuando esa puerta se abra, vamos a por todas. Clavad, retorced, patead… Lo que sea necesario para que no se os lleven fuera de la posada.

—Nos harán daño —murmuró una con voz temblorosa.

—Pero no os matarán. Al menos, no intencionadamente.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Emi.

—Que Ux, su líder, quiere mantenernos a todas con vida. No desea que nos maten y es más que probable que haya ordenado a los suyos que no nos hagan daño —respondió Susi por mí.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso? —preguntó Marla.

—Porque nosotras pasamos diez años entre ellos. Los conocemos mejor que nadie. Ux lucha por el trono, por venganza y para conseguir humanas. Somos el bien más preciado para él —contestó Susi de nuevo.

—Así es —dije asintiendo, sintiéndome orgullosa de mi amiga. Todavía tenía muchas heridas en el alma por cicatrizar, pero eso no le había impedido nunca ser una mujer valiente y luchadora, incluso en los momentos más terribles.

—Pero mataron a algunas en la primera guerra, ¿verdad? —preguntó Jenny.

—Eso fue un error —dijo Sylvia desde el rincón más alejado —. Elena murió ante mí y os puedo asegurar que fue un accidente.

Eso puede ocurrir, que nos golpeemos cuando intentemos defendernos o que ellos nos aparten con demasiada fuerza. Pero no es su intención. Nos necesitan.

—¿Y la reina Tatiana? Todo el mundo sabe que Ux la mató —preguntó otra.

—Ux no lo hizo —soltó Penny con contundencia. Las demás nos giramos a mirarla, sorprendidas. Yo la primera, pues no era lo que tenía entendido—. Yo estaba allí. Uno de los suyos la mató por error. Ux destrozó a ese barog en el acto.

—¿Estás segura de eso, Penny? —le pregunté, incrédula. Él mismo me había dado a entender que la había matado.

Ella asintió con vehemencia.

A ver, que Ux no hubiera asesinado a la reina no cambiaba nada. Había masacrado a Drashir y a casi todos sus hijos, más allá de que había traicionado a su propio pueblo y provocado una guerra terrible. Y era un cabrón de mucho cuidado que había abusado de varias mujeres durante años. Yo misma había sufrido su ira, aunque no hubiese llegado a violarme de puro milagro.

Ux era el peor monstruo que existía y esperaba que Cyrus o cualquier otro acabara con él lo antes posible y de la manera más lenta y dolorosa existente. Bueno, esto último era solo un deseo personal.

—Ya las habéis oído. Si los enemigos logran entrar por esa puerta, pelead con todas vuestras fuerzas con lo que tengáis a mano. Bazzeila nos ayudará, y apuesto a que Artia y los *llitops* también —dijo Tina mirándolos. La espiral me picó un instante, como si hubiesen asentido—. Solo tenemos que resistir el mayor tiempo posible.

—¡Eso mismo! ¡Resistiremos! —grité a pleno pulmón, dejándome llevar por la emoción del momento. Me vine un poco arriba, lo reconozco. Entonces, miré a Tina y murmuré—: Qué reina tan estupenda eres, Tina Martins. ¡Menudo discursito! Si hubieras expuesto en clase con la misma pasión el tema de la reproducción celular, te habría puesto una A. Está claro que naciste para esto.

Ella soltó una risilla.

Gritos y rugidos cada vez más fuertes nos llegaban desde la puerta. De pronto, varios golpes seguidos, demoledores y terribles, combaron una de las hojas de madera. Todas chillamos cuando el brazo enorme de un barog se metió por la abertura y empezó a tirar para desencajarla de los goznes.

—Mierda, van a entrar —murmuré, horrorizada.

¿Qué demonios le habría pasado a Ciench? Si llegaban hasta nosotras, era porque él no había logrado bloquearles el paso. ¡Maldita sea! ¡Era uno de los mejores guerreros de la aldea!

¿Y si le había ocurrido algo a Daryos? ¿Seguiría Cyrus en pie? ¿Y si estábamos perdiendo ahí fuera?

Empecé a agobiarme y a respirar con dificultad.

—Callie, ¿qué te ocurre? Estás sudando mucho y hay algo en tu cara… —dijo Emi.

Me toqué la mandíbula. Me dolía, y también los pómulos y los dientes y…

Con un nuevo mazazo, la puerta se abrió de par en par y allí, justo en el medio, apareció la figura de Lorish.

—¡Disparad! —gritó Tina.

La espiral me quemaba como si hubiesen prendido fuego a mi piel, pero eso no iba a detenerme. Me sequé el sudor de la frente con el antebrazo para evitar que siguiera cayéndome sobre los ojos y apunté a ese hijo de puta que sonreía.

Y disparé.

La flecha no acertó en el blanco, el centro de su pecho, pero al menos se le clavó en el brazo musculoso. Él miró la parte que sobresalía de su carne, luego a mí y después la flecha otra vez. Se la arrancó de un solo tirón, sin siquiera pestañear, y la lanzó al suelo.

—Veo que has estado ocupada, Callie —dijo Lorish con esa voz gutural espantosa que tanto odiaba. ¡Qué asco me daba ese barog!

Susi temblaba. ¡Todas lo hacían!

Como si el espíritu del valor las hubiera poseído de golpe, tiraron sus flechas contra él y los demás hermanos perdidos que se agolpaban en la entrada, listos para abalanzarse sobre nosotras.

Algunas dieron en la diana, la mayoría no. Eso tampoco nos detuvo. Cargamos de nuevo y volvimos a lanzar nuestras flechas mientras Bazzeila saltaba sobre uno de ellos y le destrozaba el brazo de un mordisco y luego la garganta. A partir de ahí, la pantera empezó a masacrar a diestro y siniestro.

Cuando ya no nos quedaban más proyectiles, agarramos los cuchillos y los machetes. Me puse en pie; Tenía que ver con mis propios ojos qué narices estaba ocurriendo ahí fuera. Las demás permanecían agachadas.

—¿Estás loca? ¡Agáchate, Callie! —Me gritó Tina, agarrándome del vestido y tirando hacia abajo. La aparté de un manotazo.

—Solo un momento, mi reina.

Al otro lado de la doble puerta, la batalla continuaba. Identifiqué a varios barogs de los pantanos peleando contra el grupo de Ciench. El problema era que no solo estaban ellos… ¡Había *aninfs* atacando a los nuestros! ¿De dónde habían salido esas? ¿No se suponía que eran imparciales? ¡Ya sabía yo que eran unas zorras! Menos Artia, por supuesto.

Me giré a mirar a mi amiga *aninf* un instante. Juraría que se encogió de hombros, un gesto muy humano que quizá solo imaginé. Pero ese destello de ira en sus ojos plateados no eran imaginaciones mías.

Por si fuera poco, también había dos nashies. ¿En qué momento habían llegado a la aldea? Así que Ciench y su grupo estaban un poco sobrepasados, pero seguían luchando con fiereza y sin desfallecer.

Las *aninfs* lanzaban sus afiladas garras mientras sus colas se enredaban en los tobillos de los guerreros de la aldea y los hacían caer por las escaleras. Ninguna *aninf* podría con un barog en un cuerpo a cuerpo, pero había diez de ellas por cada uno de los nuestros. Eso había dejado vía libre al asqueroso Lorish y los demás.

Ahora Ciench y un guardián se encontraban en las escaleras, varios peldaños más abajo, enfrentándose juntos a una *nashie* gigantesca. Se me revolvió el estómago y me encogí cuando la hiena casi le alcanza la garganta con las fauces. Mi amigo se apartó en el

instante en que la bestia cerraba los colmillos en el aire a tan solo unos centímetros de su piel.

—¿Ves a Ciench, Callie? —preguntó Susi.

—Sí, está ahí en las escaleras, luchando contra… —Me lo pensé mejor y decidí no mencionar a la hiena—. Está peleando como un jabato. Seguro que pronto viene hacia aquí y le patea el culo gordo a Lorish.

El aludido soltó una carcajada, avanzando varios pasos en el interior de la posada. Sin embargo, se detuvo cuando Bazzeila saltó frente a él y le enseñó los dientes. Se había interpuesto entre las mesas que nos hacían de escudo y nuestros enemigos recién llegados. Tenía el morro y los bigotes manchados de sangre.

Sin duda, la pantera pelearía hasta el final para proteger a su reina y a nosotras. Pero ella sola no podría con todos los enemigos que iban entrando.

—Tan deslenguada como recordaba, Callie —dijo Lorish sonriendo.

—Vete a la mierda, cobarde.

Mi insulto no le sentó demasiado bien. Susi me miró como pidiéndome que no le provocara. Puse los ojos en blanco. ¿Qué más daba provocarle o no? Nada lo detendría.

—¿Dónde está tu principito? ¿Te ha dejado indefensa?

—Ninguna de nosotras está indefensa, imbécil. ¿O has olvidado la flecha que te he disparado antes?

—¡Ah, sí! Ha sido como una caricia, mujer.

—Si te ha gustado, puede que te lance otra en los huevos. A ver si esa caricia también te gusta.

—¿En serio? —me reprendió Susi en voz baja.

Tina, pese a lo terrible de la situación, se rio. ¡Se rio! Por eso ella y yo nos llevábamos tan bien.

—No sabes las ganas que tengo de tenerte un ratito para mí solo. Te borraría la bravuconería de un plumazo —escupió él.

—¿Estás seguro de que Ux te dejará jugar conmigo? No creo que tu amo te lo permita.

Ensanchó la sonrisa para esconder el cabreo de tres pares de cojones que se estaba pillando por mi culpa.

¡Que se cabreara! De ese modo, se desconcentraría con mayor facilidad. Además, la cháchara los mantenía entretenidos y eso le daba tiempo a Ciench para llegar hasta nosotras… si conseguía matar de una maldita vez a la hiena. No parecía que mi amigo llevara mucha ventaja en esos momentos.

—¡No permitáis que las cojan! ¡Entrad en la posada! —gritó Ciench a sus hombres.

Susi se encogió y me interrogó con la mirada. Resoplé.

—Tu barog enseguida vendrá. Está un poco ocupado con… una *nashie.*

Palideció.

Emi meneó la cabeza en señal de desaprobación. Mis exalumnas eran un verdadero fastidio cuando se lo proponían. ¿Qué iba a hacer: mentir a Susi? Ciench era su barog, y ella tenía derecho a saber lo que estaba ocurriendo. ¡Durante bastante rato se lo había ocultado ya!

Lorish empezó a avanzar junto a otros cuatro barogs, dos por cada lado. Bazzeila los miró uno por uno y se lanzó a por Lorish. ¡Era lista la jodida! Por desgracia, uno de los inferiores se interpuso y recibió toda la ira de la pantera mientras el segundo al mando la esquivaba se dirigía hacia nosotras.

El chillido de la *nashie* nos causó escalofríos. ¡Era una buena señal! Había sonado como un lamento, igual que los que había escuchado en el claro de la selva cuando Cyrus y las demás las masacraban.

La hiena estaba herida. ¡Bien por Ciench!

—¡Aguantad! —nos gritó él—. ¡Pronto estaremos ahí!

Susi se llevó una mano al corazón y tembló, pero siguió empuñando el cuchillo y mirando al frente.

—Cuidado no os vayáis a hacer daño con esas armas tan afiladas —dijo el gilipollas de Lorish, ya a unos pocos metros de la improvisada barricada.

Al otro lado de la entrada, los barogs del grupo de Ciench luchaban contra los hermanos perdidos. Estos trataban de impedir que entraran en la posada y acudieran en nuestra ayuda. Los nuestros los hostigaban con fuerza y avanzaban posiciones, pero

tenían ante ellos un grupo de enemigos numeroso que les bloqueaba el paso.

—¡Ahora, Cienchi! —gritó alto y claro la voz de Toruch.

Lorna aplaudió con emoción cuando escuchó a su barog.

El chillido de la *nashie* nos atravesó el tímpano.

—¡Cuidado con la otra, Toruch!

Mierda, había olvidado que había dos. Nuestros amigos rugían por el esfuerzo mientras esquivaban las garras y los colmillos de las hienas y blandían sus machetes, asestándoles un golpe tras otro. En cuanto las vencieran, subirían las malditas escaleras y Lorish estaría bien jodido.

Hasta entonces, debíamos apañarnos solas.

Solo teníamos a Bazzeila, que se estaba dejando la piel luchando contra tres barogs a la vez, y a Artia, que nos protegía como podía, blandiendo sus garras para evitar que se acercaran. Pero aquella resistencia no duraría mucho.

Eché un vistazo al rincón en el que se encontraban Sylvia y Penny. Se abrazaban y cubrían a Sonah con sus cuerpos. Marla se encontraba cerca de ellas, empuñando un machete para protegerlos.

Debía hacer algo, así que me puse en movimiento.

—¿Qué demonios crees que haces? —me preguntó Tina.

Acabé de pasar la pierna sobre la mesa, me senté en el borde y pasé la otra.

Ahora estaba de pie en el lado donde se encontraban esos barogs hijos de puta, apuntando con mi arco un poco hacia arriba, justo hacia el careto de Lorish.

—¡Callie, vuelve aquí! —gritó, Emi.

—¡Es muy peligroso! —exclamó Jenny.

Lorna sollozaba.

—Unas mesas no van a detenerlos. —Mi voz sonó extraña, un poco más grave y decidida.

Debería estar acojonada y meterme de un salto de vuelta junto a mis amigas. Sin embargo, una furia descontrolada hervía dentro de mí y me impulsaba a quedarme ahí de pie, plantando cara a esa panda de monstruos desalmados.

Me sentía más fuerte, más poderosa, más llena de energía.

La espiral ardía en mi espalda y mi cuerpo vibraba, de la cabeza a los pies. Un rugido sordo llenaba la posada, agitando el aire a mi alrededor. ¿De dónde procedía?

No venía del exterior, donde Ciench y Toruch, junto con Sajeh, Benju y los otros barogs de la aldea, luchaban contra la *nashie* que quedaba, las hordas de *aninfs* y los inferiores. Tampoco de Lorish y el grupito que se había traído con él, ni de Bazzeila, que en esos momentos tenía el morro metido en las vísceras de uno de nuestros enemigos.

—Callie, no te hagas la valiente. ¿Qué pretendes hacer contra todos ellos? —dijo Tina mirándome con los ojos muy abiertos.

—Contra todos, no. Pero a este hijo de puta que tengo delante podría atravesarle los sesos con mi flecha.

—¿Se puede saber qué te he hecho yo, Callie? Que yo sepa, nunca te puse la mano encima —dijo Lorish empezando a mosquearse de verdad.

—No me hagas hablar de lo que les hiciste a las otras, cabrón.

De un salto, Artia apareció a mi lado. Nos miramos un instante y volvimos a clavar la vista al frente. A los pocos segundos, Naranjito se encontraba también junto a mí. Ahí estaban mis protectores: una *aninf* defectuosa y un pollo listo como el hambre.

La maldita espiral seguía torturándome la espalda.

El suelo se movió bajo mis pies, ¿o era yo la que me movía? Me mareé un poco cuando sentí como si algo se agitara dentro de mí, bajo la piel. Algo no iba bien. ¡Algo iba jodidamente mal! Y ese rugido seguía sonando, reverberando dentro de mi pecho.

Lorish abrió mucho los ojos y retrocedió un paso. Los demás lo imitaron.

—No es posible… —murmuró, escrutándome de arriba abajo.

De repente, tuve la sensación de que me elevaba y veía el suelo más abajo. El dolor me recorría los músculos, como si se estirasen y creciesen, aguijoneándome por todas partes. La piel se me tensaba sobre los tejidos mientras un dolor insoportable se extendía por mi mandíbula y mis encías. Pero aquello no era nada

comparado con lo que sentía en la parte baja de la espalda, como si el coxis se me abriera y el hueso se retorciera bajo la piel y la carne.

—¿Qué demonios…? —me pregunté, cuando unas garras largas y afiladas emergieron de la punta de mis dedos.

Miré hacia abajo, donde estaba ocurriendo lo mismo en los dedos de mis pies. ¡Unos pies grandes que no eran míos!

—No jodas —murmuró Tina a mi espalda.

Me giré a mirarla, a ella y al resto de mis amigas. Estaban todas con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—¿Esto es normal? —le preguntó Emi a Jenny sin dejar de observarme.

—¿Tú qué crees? —contestó mi alumna más aventajada.

—¡Ay, Calista! ¡Esto sí que no me lo esperaba! —gritó Lorna. ¿Por qué su voz sonaba aterrorizada?

Miré a Artia a mi izquierda. La *aninf* asintió y se acercó más a mí. Naranjito hizo hormiguear mi marca de nacimiento y se aproximó también.

Una cola enorme azabache se asomó entre mis piernas y se retiró de nuevo hacia atrás, alzándose a mi espalda.

Mi propia cola.

Y entonces rugí.

42 LUCHA CONTRA MÍ
CYRUS

Avanzaba por las calles de mi aldea en busca de Ux, con la pantera líder de ojos rojos siguiéndome de cerca. No se había despegado de mí desde que había estallado la guerra, cubriéndome las espaldas como lo habría hecho mi fiel Bazzeila.

Mientras contemplaba todo a mi alrededor, sentía el estómago revuelto y una fuerte presión en el pecho. No era así como se suponía que debía sentirse un rey barog, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Estaba sufriendo por mi pueblo.

Levantaba el machete una y otra vez para bloquear estocadas que venían de cualquier parte y fingía que nada de todo aquello me afectaba: ni la sangre, ni el olor nauseabundo, ni los gritos de mis guerreros o de los enemigos, ni la incertidumbre de si Tina estaría bien o de si todos mis amigos sobrevivirían a esa batalla.

Fingía y peleaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué habría hecho mi padre? Él se mostraba siempre sólido e inquebrantable y jamás flaqueaba. Pero ¿se había sentido así alguna vez?

Un rey debía predicar con el ejemplo, y eso estaba haciendo yo.

Unos minutos atrás, un grupo de cinco *nashies* había irrumpido en la aldea, guiadas por varios hermanos perdidos. Entre Daryos, Lansh, Xioh y yo nos habíamos encargado de dos de ellas, mientras que un par de guardianes había aniquilado a otra. Las dos últimas habían corrido hacia la posada, y Ciench y Toruch estaban combatiéndolas.

Por supuesto, nuestros leones y la pantera líder de ojos rojos nos habían ayudado.

Recé para que se las cargaran lo antes posible. No quería ni imaginar lo que habría ocurrido si todas las hienas que habían asomado al claro hubiesen llegado a la aldea.

Me estremecí, no solo por culpa de ese pensamiento, sino porque mi machete chocó contra el de uno de esos híbridos de *aninf* y barog, enorme y con la mirada vacía. Eran fuertes, pero necesitaban cumplir órdenes concretas y no improvisaban bien. Logré apartarlo de un empujón y seguí mi camino.

Mientras me alejaba de la plaza en dirección a las mazmorras con Xioh y Lansh junto a mí, seguía escuchando los rugidos de Ax y Xerx. Se habían abalanzado sobre ellos tantas *aninfs* que, por un momento, ni siquiera se los veía bajo esa montaña de pelo, colas, melenas y garras afiladas como cuchillos.

Gracias a los dioses, habían logrado salir del cerco y cargarse a unas cuantas de esas traidoras. Ahí seguían, peleando contra ellas. ¡Nunca había visto a tantas de su especie juntas!

Las había con pocas facultades mentales y aún menos emociones. Estas perdían pronto el interés por la guerra y se tumbaban en algún rincón a la sombra o entraban en las casas a curiosear y robar comida. Pero había otras que sabían bien lo que estaban haciendo y, sin duda, luchaban para Ux.

La peor de todas ellas era Ausinca. Ahí había dejado a mi hermano, peleando contra ella a zarpazo limpio. No me cabía duda de que ganaría Daryos, pero iba a llevarse unas cuantas heridas feas si no tenía cuidado. Lo que me tranquilizaba era que Enzo se había quedado con él y, entre los dos, iban a arrancarle esa odiosa cabecita a la líder de las *aninfs*. ¡Se lo tendría bien merecido!

—¡Allí, C! —gritó el sanador, señalando la explanada frente a las mazmorras.

Al igual que en la plaza central, en ese lugar se estaba desarrollando una batalla encarnizada entre los guardianes de Sulveh y un buen número de los barogs de Ux. En el centro mismo de la masa enardecida, se encontraban ambos: el líder de los hermanos perdidos y el mejor guerrero barog entre los guardianes.

En cuanto los vi, aceleré el ritmo. No era Sulveh quien debía pagar el precio de esa guerra terrible, sino yo. Cierto que él tenía

casi tantas personas que vengar como Daryos y yo, pero no le correspondía a ninguno de los dos arriesgar su vida peleando contra el enemigo más terrible.

—¿Adónde demonios crees que vas, C? —preguntó Lansh por encima del estruendo.

—¡A por ese cabrón!

—Sulveh se las está arreglando muy bien con él, por lo que parece.

—Lo sé. Pero seré yo quien lo destripe como a un cerdo, te lo garantizo.

Corríamos, saltábamos y nos impulsábamos hacia delante, batiendo enemigos de un solo golpe, zarpazo o dentellada. Los leones a nuestro alrededor estaban haciendo bien su trabajo y allí por donde pasaban no dejaban títere con cabeza. ¡Bien por ellos! Mi hermano los había atraído con su marca de la espiral, honrando a esa antigua profecía a la que tiempo atrás yo quería engañar. ¡Cuán equivocado estaba por entonces! No volvería a ocurrir.

La pantera líder se encargaba de cualquiera que se acercara demasiado. En lo que llevábamos de batalla, había arrancado muchos brazos, piernas… y también cabezas. Los bigotes se le habían teñido de rojo y tenía alguna herida en el lomo. Era un animal magnífico: leal y majestuoso.

De un último salto, aterricé junto a Sulveh.

—¡Eh, lucha contra mí, Ux! —le grité.

Él miró alrededor como si estuviera buscando a alguien y volvió a centrarse en mí.

—Como desees, *mi rey* —se burló.

—¡Puedo con él, Cyrus! Ve a donde puedan necesitarte más —gritó Sulveh, preparándose para arremeter de nuevo contra su oponente.

—Lo sé, eres mejor guerrero que yo.

—¡Yo no he dicho eso!

—Déjamelo a mí, Sulveh. ¡Yo debo enfrentarme a Ux, no tú!

Mi amigo tenía un brillo puramente salvaje en los ojos. Estuvo a punto de replicar, pero yo era el rey y aquello había sido lo más cercano a una orden que podría darle.

Asintió, se dio la vuelta y empezó a lanzar estocadas a diestro y siniestro junto a sus guardianes para cubrirme las espaldas. Xioh y Lansh hicieron lo mismo.

—Así que aquí estamos de nuevo, *mi rey*.

—Esto se resuelve entre tú y yo. No hace falta involucrar a nadie más.

Se rio, pero, a diferencia de las ocasiones anteriores, no me pareció una sonrisa burlona, sino más bien… amarga, cansada.

—Sin duda, eres digno hijo de Drashir. Una pena que tenga que matarte. Puede que hasta nos hubiésemos llevado bien.

Con las rodillas algo flexionadas, empezó a caminar despacio a mi alrededor, como un depredador centrado en aterrorizar a su presa. Solo que yo no era un cervatillo asustado.

¡Era el rey de Nemea!

—No lo creo. No suelo relacionarme con asesinos y violadores.

Torció el gesto en una mueca colérica. Nos habíamos despojado al fin de las máscaras.

—¡Y yo que pensaba que habías marcado a fuego a las descendientes y las habías lanzado a la cacería! —exclamó con una carcajada.

Ahí me dio donde más dolía, pero no iba a permitir que ese sádico me manipulara. Puede que no fuese tan antiguo ni astuto como él, pero lo era lo suficiente para no caer en su trampa.

—Lo mío fue un grandísimo error y me arrepentiré hasta el fin de mis días. Sin embargo, no fue nada comparado con lo que hiciste tú: traicionar a toda tu raza y asesinar al rey, a tu amada y a casi todos sus herederos. Lástima que mi hermano y yo escapáramos a tu crueldad, ¿verdad?

—¿Te cuento un secreto? Yo no maté a vuestra madre. La amaba con toda mi alma barog y jamás le habría hecho daño.

—Ve con ese cuento a quien quiera creerte, si es que encuentras a alguien.

—Tal vez tu hermano lo haga.

—Después de cómo trataste a su *hoa uhane*, dudo mucho que esté predispuesto a escucharte siquiera.

—Eso ya lo veremos —murmuró, abalanzándose sobre mí.

Bloqueé su ataque furibundo a duras penas. Los machetes chocaron a la altura de mi pecho, a escasos centímetros de mi piel, con una virulencia descomunal. Pero, si creía que iba a intimidarme, iba a llevarse una desagradable sorpresa.

Empujé con todas mis fuerzas y lo repelí. Retrocedió unos pasos y volvió a afirmar los pies en el suelo. No tardó ni tres segundos en lanzarse de nuevo contra mí, saltando como un felino por encima de mi cabeza. Esquivé la punta de su cuchillo en el último instante, virando hacia un lado.

Aproveché que su flanco estaba desprotegido para propinarle un zarpazo directo a los riñones. Apenas se inmutó cuando mis garras se le hundieron en la carne.

Las cuentas de sus collares tintinearon cuando regresó al suelo.

Al separarnos, esbozó esa maldita sonrisa cargada de malicia.

—No está mal para un chaval de poco más de treinta. Tu padre te enseñó bien. Aunque diría que en la última década has sido autodidacta.

Mi rugido agitó las palmeras.

Arremetí contra él con las zarpas de una mano mientras con la otra blandía el machete. Le abrí un par de heridas sanguinolentas, pero mi arranque de ira me valió un tajo profundo en el muslo. Me la había hecho con ese cuchillo serrado que destrozaba piel y músculo.

Gracias a los dioses, no llegó al hueso, pero la sangre manaba copiosamente de mi herida.

Me alejé unos pasos cojeando; él no estaba mucho mejor que yo.

—¿No te has cansado ya, rey Cyrus?

—Descansaré cuando estés muerto y tu cabeza se alce clavada en una pica en algún claro de la selva, esperando a las alimañas.

—Supongo que, a tus ojos, soy el villano de la función. No podrías estar más equivocado.

—¡Ja, esta sí que es buena! Parece que te lo crees de verdad.

—Hay muchas cosas que desconoces, Cyrus. Sobre tu madre, tu padre y los ancianos.

—Créeme: sé lo suficiente para condenarte de todos modos. Así que ahórrame el suplicio de escuchar tu voz petulante y dediquémonos a luchar.

Su furia no se hizo esperar. Me atacó con todo lo que tenía, como una imparable fuerza de la naturaleza, y me hizo retroceder.

—¿Todo bien, C? ¿Necesitas refuerzos? —gritó Lansh. Un segundo después, asestó un machetazo en la cabeza de un barog perdido y los sesos saltaron por los aires.

Negué con la cabeza.

Estaba muy orgulloso de mis amigos y, en definitiva, de todos los barogs de la aldea. ¡Eran unos magníficos guerreros!

—Parece que estás rodeado de amigos que te aprecian, rey. Espero que nunca te traicionen, tal como tu padre me traicionó a mí.

—Mi padre era el barog más honorable que ha existido jamás.

—Si tú lo dices…

Había conseguido provocarme y sacarme de mis casillas, pero eso no significaba que fuera a perder el control ni a descuidarme en la lucha.

Nos lanzamos de nuevo el uno contra el otro y comenzamos una danza de golpes, zarpazos y estocadas que parecían no tener fin. Usábamos todas las armas a nuestro alcance, incluidos los colmillos, las garras y las colas, que se alzaban y descargaban contra el oponente una y otra vez.

Cuando yo saltaba sobre Ux, él lograba salir de mi alcance en el último segundo o se ganaba tan solo un leve rasguño. Y lo mismo ocurría al revés. Me dio una patada detrás de la rodilla, pero logré mantener el equilibrio y, en el último momento, giré y le propiné un zarpazo en el estómago.

Me abrió un tajo en el pecho y yo otro a él en el muslo. Ahora ambos cojeábamos.

A nuestro alrededor, con el sudor corriéndoles por el cuerpo tal como nos ocurría a nosotros, mis barogs y guardianes seguían defendiéndose y atacando sin descanso, ayudándose entre ellos y

protegiéndose unos a otros, tal como habíamos aprendido a hacer desde niños.

Este era mi pueblo: un pueblo unido de valientes. Y no iba a permitir que Ux ni ningún otro amenazara con destruirlo. Había muchas cosas que mejorar, cierto. Pero, con la ayuda de nuestras increíbles parejas de vida, lo conseguiríamos y nos convertiríamos en una civilización ejemplar.

Antes debía derrotar a Ux, el último escollo.

Tras unos cuantos golpes más, los dos estábamos cubiertos de sangre y polvo. Habíamos rodado por el suelo varias veces y el agotamiento empezaba a hacer mella en nosotros. No obstante, ni él ni yo estábamos dispuestos a rendirnos. Solo podía quedar uno, y ambos lo sabíamos.

De pronto, mi hermano apareció entre el barullo, machete en mano y con Enzo pisándole los talones.

—¿Divirtiéndote sin mí, hermano? —preguntó con una de sus luminosas sonrisas.

Él también estaba cubierto de sangre, con la melena pegoteada de grumos y varios cortes sanguinolentos aquí y allá. No tenía mejor aspecto que nosotros.

—Eso intento, pero este cabrón no me da tregua.

Ux interceptó la lanza que acababa de lanzarle, que yo había cogido de uno de sus barogs caídos, y observó a mi hermano.

—¿Otra vez buscando pelea, príncipe? —le espetó Ux.

—El otro lado de la aldea se estaba poniendo aburrido. ¿Sabes que por ahí vas perdiendo?

—Lo dudo mucho.

—Yo que tú iría pensando en regresar huyendo a los pantanos, salvo que quieras acabar empalado. Mi hermano tiene una gran afición por la tortura.

Miré a Daryos con los ojos como platos. Estaba mintiendo, por supuesto, pero había sonado muy convincente. Yo prefería arrancar gargantas o abrir vientres. Evitaba la tortura…, salvo que fuese imprescindible. Un rey tiene que hacer cuanto sea necesario para proteger a su pueblo.

—Tengo miles de años, príncipe. Si lo que pretendes es amedrentarme, pierdes el tiempo.

—¿No te apetece reunirte de nuevo con esas mascotas tan bonitas y cariñosas que tenéis en los pantanos? Esas gigantescas, llenas de tentáculos y ventosas, que habitan en la ciénaga.

—Hay que reconocer que tienes agallas —dijo Ux con una sonrisa más sincera que cualquiera de las anteriores. Entonces, con un tono más bajo, añadió—: No hay duda de que eres digno hijo de tu padre.

Daryos se colocó en posición a mi lado, con Enzo justo tras él, dispuesto a unirse a mí en la pelea.

—Y yo que pensaba que odiabas a nuestro padre —comenté.

Ux iba a contestar cuando un rugido alto y potente sacudió la selva entera. Un rugido de barog, pero distinto. No tan grave, no tan profundo, más…

Nos quedamos todos completamente paralizados.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunté.

Miré a Ux: él también parecía desconcertado. Nunca habíamos escuchado algo así. Xioh, Lansh y Sulveh se detuvieron. Todos habían parado de luchar.

Daryos se llevó la mano al pecho y se tambaleó.

—Algo ha cambiado. Algo… no va bien —dijo D, palideciendo.

Y tras pronunciar estas palabras, empezó a correr de vuelta a la posada y nosotros le seguimos, alejándonos de Ux y de la contienda que acababa de reanudarse allí atrás, junto a las mazmorras.

En cuanto llegamos a la plaza, nos encontramos con Xerx y Axeh. Miraban en dirección a las escaleras, tan sorprendidos como nosotros.

Allí, junto a Ciench, Sajeh, Artia y Naranjito, estaba la *hoa uhane* de mi hermano.

En cuanto la vi, supe que había sucedido algo imposible, un milagro incomprensible y, al mismo tiempo, maravilloso. Lo más grande que había ocurrido jamás en Nemea.

Entonces, una masa multicolor de *llitops* emergió de la jungla y se extendió por la plaza, mordiendo a nuestros enemigos, saltando

sobre ellos, atacándolos sin miedo. Yo sabía que estaban allí por Callie. Ella, la descendiente de la profecía, los había convocado a todos para que vinieran en nuestra ayuda, del mismo modo que Daryos había hecho con los leones, aun sin ser consciente de ello.

Callie tenía razón: la marca de la espiral les había otorgado superpoderes.

Miré a mi hermano. La emoción le desbordaba los ojos de distinto color. Cayó de rodillas allí mismo sin dejar de mirarla.

Los dioses acababan de hablar alto y claro.

43 ALGO IMPOSIBLE
CALLIE

La posada, un rato antes

—No, no, no… Esto es imposible. ¿Estoy alucinando? —dije, mirando de nuevo a mis amigas.

Los únicos que parecían estar tranquilos con aquello eran Artia y Naranjito, como si lo que acababa de ocurrirme fuese lo más normal del mundo. Casi como si… lo esperaran.

—Si estás alucinando, nosotras también —dijo Tina.

—Ux no lo va a creer cuando se lo cuente —murmuró Lorish con voz temblorosa, sin dejar de mirarme.

De hecho, todo el mundo me observaba.

Traté de avanzar un paso, pero perdí el equilibrio, así que me quedé quieta, intentando asimilar lo que acababa de pasar y adaptarme a la situación lo más rápido posible. Porque los enemigos seguían estando a tan solo un par de metros de nosotras, y la guerra, sangrienta y brutal, continuaba ahí fuera como si nada hubiese cambiado.

En realidad, todo había cambiado.

—Eres una… barog —dijo Emi con un hilo de voz. ¡Justo lo que necesitaba oír!

Tampoco es que su confirmación cambiara los hechos, pero fue como recibir un mazazo en la cabeza. Aunque no tenía ningún espejo a mano, no era como si me hiciera falta: veía las garras en mis dedos y la cola que se mecía a derecha e izquierda como si tuviera vida propia —y que pesaba como una tonelada—, y mi melena había crecido tres palmos en cuestión de segundos. ¡La tenía casi tan larga como las *aninfs*!

Y eso sin mencionar mi altura. Lo veía todo con otra perspectiva, desde mucho más arriba. No era tan alta como los barogs que tenía enfrente, pero apostaba que había alcanzado por lo menos el metro ochenta y cinco. ¡Había crecido unos veinte centímetros de golpe! Eso era un gran inconveniente en muchos aspectos…, sobre todo en lo que se refería a la ropa. Porque ahora mismo, el vestidito que llevaba estaba hecho un desastre y me tapaba las ingles de puro milagro.

Me desabroché el cinturón trenzado y dejé que la tela cayera suelta sobre mi cuerpo, mucho más musculoso y voluminoso que en mi forma humana. Al menos había ganado un par de centímetros, pero fijo que hoy todo el mundo me vería el trasero y todo lo demás.

—¿Tan horrible estoy? —pregunté a mis amigas.

—Solo… diferente —dijo Tina, con sus ojos negros clavados en los míos. Supongo que era la única capaz de contestar a esa pregunta.

Las demás eran incapaces de mentir.

De pronto, fui consciente de que no tenía ni idea de cómo transformarme. Aquello había ocurrido sin más, de manera espontánea. ¿Y si jamás lograba regresar a mi forma humana? ¡¿Y si a Daryos no le gustaba!?

«¡Céntrate, joder! Todo eso ahora no importa. Ya te preocuparás más tarde, cuando hayamos vencido la guerra», me recriminé.

Ahora era más grande, más fuerte, más ágil y rápida… Bueno, esto último todavía estaba por ver. Hasta que no dominara mi nuevo cuerpo, tampoco sabía si sería de gran utilidad, pero debía intentarlo.

La cola me estaba matando. ¿Cómo demonios la movían con tanta facilidad? Cuando ellos lo hacían, parecía algo sencillo y natural. Yo, en cambio, me sentía como un pato mareado, arrastrado hacia atrás por el peso de ese extraño apéndice.

«Vale, puedo hacerlo. Si ellos lo logran a diario, yo también. Cierto que nacieron así y han tenido años para practicar, mientras que yo solo…». Negué con la cabeza. La negatividad no me llevaba a ninguna parte.

«Tienes garras, colmillos, fuerza sobrehumana… ¡Úsalos contra ellos, maldita sea!». Si me había transformado en barog en ese instante, la razón era muy clara: debía proteger a mis amigas y luchar.

El estruendo se hizo más intenso allá fuera. Estaban peleando pegados al hueco de la puerta.

—¿Qué vas a hacer, Callie? —preguntó Susi.

Roté un brazo, luego el otro; una pierna, un pie, el cuello y la cola… Después, acerqué mis dedos a la boca y toqué los colmillos, duros y afilados. ¡No estaban nada mal! No tenía ni idea de cómo usarlos, pero seguro que algo se me ocurriría.

Cuando terminé de comprobar todo mi nuevo y poderoso cuerpo, clavé la mirada en el rostro de Lorish. Ese hijo de puta iba a pagar muy caro cada segundo que le había puesto un dedo encima a mis amigas.

—Si los dioses me han otorgado un superpoder, será para usarlo, ¿no creéis? Y quién mejor que esta chusma para empezar a ponerlo en práctica. —Mi voz era más grave de lo habitual y mis rugidos, que soltaba sin proponérmelo, tenían un timbre distinto al de los barogs macho.

—No sé yo, Callie. Igual te estás viniendo demasiado arriba —dijo Emi con voz temblorosa. Solo le veía los ojos y el moño rubio por encima del borde de la mesa.

—Pues yo digo que a por ellos, Callie —soltó Tina.

Entonces, emitió un silbido que casi nos revienta el tímpano y, al instante, Bazzeila se colocó junto a mí, con las patas prestas para saltar sobre nuestros enemigos, el lomo erizado y los colmillos expuestos.

—Así me gusta, mi reina. Que te impongas cuando la situación lo requiere.

—Bueno, ya basta de cháchara —gruñó Lorish. Miró hacia la puerta, consciente de que no le quedaba mucho tiempo antes de que los nuestros irrumpieran—. Por muy impresionante que sea lo que acaba de ocurrir, tenemos trabajo que hacer. Ya lidiará Ux con… lo que sea que signifique esto —dijo señalándome.

—Significa que Callie va a patearte el culo —soltó Sylvia de pronto.

El segundo al mando de los perdidos rugió.

—No hagáis que me cabree, humanas. Sabéis de sobra que yo soy mucho más amable que Ux, pero también puedo perder la paciencia.

—Eres un gusano inmundo que se escuda tras su jefe para que tome las decisiones difíciles. ¡Eres un cobarde! —le escupió Susi.

—¡Y tú una desagradecida, mujer! Lo reconozcáis o no, cuidé de todas vosotras durante muchos años. ¿Acaso no merezco un respeto por ello?

—¿Quieres una medalla, gilipollas? —le solté.

Él rugió de nuevo.

—¡Vosotros dos! —gritó, señalando a dos de sus barogs más fornidos—. Comprobad que las ventanas traseras estén despejadas. Las sacaremos por allí para llevarlas a la selva.

Sus dos secuaces se asomaron con cautela al hueco que había en una de las ventanas del fondo, fuera de nuestra barricada, y asintieron. Arrancaron las maderas que cubrían casi la totalidad, y que uno de nuestros amigos había clavado el día anterior.

—Despejado, jefe. Los inferiores han hecho bien su trabajo.

¡¿Qué?! ¿Se habían cargado a los barogs que Ciench había apostado ahí detrás? ¡Mierda!

—Perfecto. Ahora, uno de vosotros que espere fuera mientras los demás las sacamos una a una por la ventana.

Artia, Naranjito y yo rugimos al unísono. ¡Pues sí que estábamos compenetrados! Los otros cuatro *llitops* se unieron a nosotros.

—Como toques a una de mis amigas, te haremos picadillo, monstruo —le amenacé con una convicción que hasta a mí me sorprendió.

Casi todo el miedo se había esfumado de mi organismo. ¿Era así como se sentían Daryos y los demás? ¿Poderosos, fuertes e invencibles, la mayor parte del tiempo? ¡La sensación molaba un montón! Aun así, no debía perder de vista la gravedad del asunto.

—No nos lo pongas difícil, Callie. Ux ha dado orden expresa de que no os hagamos ningún daño. Te aseguro que estaréis mucho más a salvo en la selva que aquí dentro. La guerra se extiende por todas partes.

—Callie, quizás deberías venir aquí con nosotras —dijo Lorna. Su voz sonaba aterrorizada.

—No te preocupes, McPhee. Voy a darle a este imbécil su merecido.

Lorish perdió la paciencia y vino directo hacia mí. Para su desgracia, no pudo dar ni dos pasos antes de que Artia saltara sobre él y le cruzara la cara con las garras. Cuando Bazzeila se abalanzó sobre otro barog enorme, el caos estalló en la posada.

Los *llitops* se aferraron con los dientes a las piernas de otro desafortunado. Antes de que pudiera siquiera rozarme, cayó de bruces, chillando como un loco.

Aprovechando que mis guardaespaldas estaban ocupados, otro de los perdidos intentó agarrarme, pero mi nuevo y flamante cuerpo viró con facilidad y lo esquivó. Sin siquiera ser consciente de lo que estaba haciendo, le di un coletazo que lo desequilibró y le clavé las garras en la garganta. De una patada lo empujé al suelo, donde se desplomó como un fardo, escupiendo sangre.

Me mareé un poco, pero también me invadió una excitación desconocida.

Seguramente, había podido con él solo porque lo pillé desprevenido. Creía que me costaría moverme y pelear, pero no fue así. En cuanto la amenaza se cernió sobre nosotras, se me activó el piloto automático y mi cuerpo empezó a reaccionar y a actuar por sí solo.

Lejos de quedarse quietas, mis amigas usaron todo lo que tenían a mano para impedir que ninguno de esos barogs las arrastrara fuera de la posada por la ventana.

Por el rabillo del ojo, vi a Emi empuñar el machete y blandirlo ante la atónita cara de un hermano perdido; a Tina golpear con un taburete de madera la espalda de otro que agarraba a Marla para llevársela; a Jenny lanzando flechas; a Lorna, Susi y Penny tirándoles a la cabeza vasos, cuencos y todo lo que pillaban por ahí…

Sylvia seguía agazapada al fondo, con el pequeño Sonah en brazos, observando todo lo que sucedía ante ellos. Por su expresión, juraría que estaba deseando unirse a las demás, pero no podía arriesgarse a que su bebé sufriera algún daño.

—¡Seguid así! ¡No tengáis miedo! ¡Tienen órdenes de no matarnos! —grité a pleno pulmón, esquivando el puño de Lorish.

Si me alcanzaba, a buen seguro me noquearía. ¿O tal vez no?

Artia y yo luchábamos contra él mientras Bazzeila defendía el espacio frente al muro de mesas sin ceder ni un ápice.

—Incluso en tu forma barog, Callie, no podrás conmigo. Soy un guerrero experimentado y tú acabas de transformarte y no tienes entrenamiento.

Puse los ojos en blanco.

—No tengo que ganarte, tan solo entretenerte hasta que mis amigos consigan entrar. Yo de ti me iría preparando, porque uno de los que ya asoma por la puerta está deseando hacerte picadillo.

Artia se colgó de su espalda y lo alejó de mí unos segundos. Mis ojos se cruzaron con los de Susi, que ahora amenazaba con un cuchillo enorme a uno que intentaba llegar hasta ella.

Todas las mujeres peleaban.

Descendientes, *llitops*, una pantera y una *aninf* luchábamos codo con codo con todo lo que teníamos. ¡Éramos un espectáculo!

Tras morder a Lorish en el brazo, me llevé una buena hostia. Empezábamos a flaquear y apenas resistiríamos unos segundos más.

Si dudaba de que los dioses estuvieran de nuestro lado, dejé de hacerlo de inmediato cuando, al fin, Ciench y Toruch irrumpieron en la posada. Estaban cubiertos de sangre y otras sustancias en las que prefería no pensar, y sus magníficos leones, Sajeh y Benju, venían tras ellos.

—¡Ains, mi Toruch! —gritó Lorna aplaudiendo, olvidándose de pronto de que seguíamos en peligro.

Él le guiñó un ojo un segundo antes de arrancarle la tráquea a un enemigo. Ella continuaba mirándolo con adoración, incluso desgreñado, sucio y con pinta de salvaje.

La comprendía perfectamente.

Susi y Ciench intercambiaron miradas. Había alivio en las de ambos.

—¡Todas hacia la pared del fondo! —gritó Ciench a las mujeres—. ¡No os mováis hasta que hayamos acabado con ellos!

Bloqueó con el machete una lanza que alguien había arrojado contra su pecho y esquivó unas garras que iban directas a su abdomen. Era una maravilla verlo pelear. Sus ojos grises relampagueaban mientras giraba, saltaba y golpeaba.

—Yo me quedo con vosotros —dije con mi recién estrenada voz, un poco cavernícola.

Todos los barogs de la aldea que acababan de entrar se volvieron a mirarme con los ojos como platos.

—Pero ¿qué demonios…? —empezó Ciench.

—¿Cómo narices has hecho eso, Callie? —preguntó Toruch, placando al barog perdido que estaba a punto de embestirlo.

Me limité a encogerme de hombros.

—Joder, pues sí que es importante la marca de la profecía… —murmuró Ciench—. Aun así, ve con las demás. Protégelas, ¿de acuerdo?

Asentí, pues no era momento de poner problemas a mis amigos, con la de mamporros que se estaban llevando los pobres.

Artia, los *llitops* y yo nos colocamos justo delante de la barricada, mientras que Bazzeila, Benju y Sajeh formaron una implacable línea de defensa frente a nosotros. Cualquiera que lograba atravesar el muro que formaban nuestros amigos barogs, caía en las garras hambrientas de los felinos.

Lucharon con todas sus fuerzas, agotados y heridos, hasta que, al fin, un único barog enemigo quedó en pie: Lorish.

Ciench se secó el sudor de la cara con el antebrazo y, cojeando ligeramente, se acercó a ese monstruo.

—Arrodíllate —le ordenó, con una ferocidad aplastante.

—Yo solo me arrodillo ante Ux, líder de los hermanos perdidos y, muy pronto, de todos vosotros —escupió él. Aunque sus palabras mostraban bravuconería, podía percibir el olor a su miedo tan fácilmente como el de la sangre que se coagulaba en charcos por todas partes.

—He dicho que te arrodilles —insistió Ciench, propinándole un tremendo golpe con el mango de su cuchillo en el estómago.

Lorish se dobló hacia delante. Entonces, Toruch le golpeó la parte trasera de las rodillas y cayó al suelo. Sus manos pararon el golpe y enseguida se enderezó, de rodillas frente a Ciench.

—¿Conoces a este monstruo, amor? —preguntó, mirando a Susi.

Ella se limitó a asentir.

—Todas conocemos a este cabrón —comentó otra de las mujeres que habían estado en los pantanos.

Penny y Sylvia observaban la escena desde detrás de la barrera. Habían palidecido y juraría que estaban temblando. Todo aquello debía de ser muy doloroso para ellas. Para todas las cautivas. A buen seguro, tener ahí mismo a Lorish les traía recuerdos espantosos.

Despacio, Susi separó un poco dos mesas y salió del parapeto. Con pasos firmes y el mentón bien alto, caminó hasta su barog.

—Le conozco bien. Es Lorish, el segundo al mando de Ux.

Ciench se llevó un instante una mano al pecho, pero se recobró enseguida.

—¿Qué quieres hacer con él, amor? —le preguntó.

—Matarlo. Merece morir, como todos los demás.

Lorish palideció.

—Susi, vamos, nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Ella se acercó unos pasos más a él hasta que sus rostros estuvieron casi a la misma altura, ella de pie y él de rodillas ante ella. Demasiadas veces habían estado en la posición inversa.

Nunca más.

—Y por eso mismo voy a matarte, cabrón de mierda. Porque *te conozco bien*.

Se extendió un murmullo de aprobación entre las mujeres.

—¿Sabes cuántas veces intercedí por ti ante Ux? ¿Cuántas veces te defendí?

Ciench indicó a dos de los suyos que agarraran a Lorish por cada brazo. Enseguida lo inmovilizaron por completo mientras

Toruch lo agarraba desde atrás por el cuello. Lorish se removió para soltarse, pero no tenía ninguna posibilidad.

—Dime cómo quieres que lo haga, amor. Cumpliré cada uno de tus deseos. Puedo arrancarle la cabeza, destriparlo aquí mismo, atravesarle el corazón, desollarlo… —dijo con una frialdad abrumadora, sin apartar sus hermosos ojos grisáceos de los de Lorish. Este tragó con dificultad.

—Yo lo haré —dijo ella con un tono cortante—. Dame el cuchillo.

—Susi, ¿en serio? ¿Vas a hacerme suplicar? —preguntó Lorish.

—Silencio, hijo de puta. Tienes suerte de que quiera hacerlo ella. Si dependiera solo de mí, te ataría a una de esas mesas y te cortaría en pedacitos, lentamente, empezando por los huevos. Después, los dejaría esparcidos por la selva para vuestras amigas, las *nashies*. Apuesto a que algunas todavía corren por los alrededores, aguardando las sobras de la batalla.

Lorish intentó girar la cabeza para mirar a las otras mujeres.

—Sylvia, Penny, ¿no vais a decir nada? ¡Callie, por favor! Tú puedes ayudarme. Quiero hablar con el rey o con el príncipe. ¡Detén esto!

—Tú mismo cavaste tu propia tumba cuando traicionaste a tu pueblo y te uniste a Ux —soltó Tina con voz firme, saliendo de detrás del parapeto y acercándose a nosotros. Bazzeila la siguió.

—Hay muchas cosas que no sabes, Callie —dijo, mirándome suplicante—. Cosas que están a punto de cambiarlo todo —insistió de un modo inquietante.

Me intrigó, pero no lo suficiente como para intervenir a su favor. Tampoco hubiera servido de nada. Susi y Cienchse merecían su venganza. Y las demás mujeres también.

—Sujetadle bien —pidió Susi, mirando a Toruch. Apoyó la punta del cuchillo sobre un extremo de la garganta de Lorish—. Esto es por todas nosotras, monstruo. Por cada vez que nos obligaste a hacer algo que ninguna quería hacer. Por cada vez que nos tocaste o nos obligaste a desnudarnos ante ti. Por cada humillación hacia nosotras y hacia nuestras parejas.

—Susi, por favor. Ten piedad —suplicó él.

Pero mi amiga estaba muy lejos de sentir cualquier piedad por ese barog perdido, que ya jamás regresaría a su pueblo. Se detuvo un instante y miró a Tina, como si pidiera permiso sobre lo que estaba a punto de hacer.

—Mi reina —dijo Ciench por ella—, ¿podemos proceder?

Tina asintió con vehemencia.

Aferrando la empuñadura con fuerza con ambas manos, Susi le cortó la garganta de derecha a izquierda, con un tajo lento y profundo del que salía sangre a borbotones.

Lorish convulsionaba, con los ojos desorbitados fijos en el hermoso rostro de Susi. Toruch y los otros barogs no lo soltaron hasta que la vida abandonó el enorme cuerpo del segundo al mando de Ux.

Con un movimiento rápido y poderoso, Ciench remató la faena y lo decapitó.

Las manos manchadas de rojo de Susi soltaron el cuchillo, que tintineó en el suelo. Cuando se tambaleó, Ciench se apresuró a sujetarla. Se abrazaron con fuerza mientras se susurraban palabras que nadie más oyó.

En cuanto se separaron, Ciench y Toruch intercambiaron una mirada.

—Esta guerra aún no ha terminado. Llevamos ya una considerable ventaja ahí fuera; pero, por lo que sabemos, Ux sigue vivo y buena parte de sus fuerzas todavía continúan luchando —dijo Ciench—. Os quedaréis aquí hasta que todo acabe. Toruch permanecerá con vosotras en la posada. No cometeremos el mismo error dos veces.

El barog de Lorna asintió mientras a ella se le iluminaban los ojos. ¡Por todos los dioses, qué empalagosa se había vuelto! Ni con Terry se comportaba así. Me atrevería a afirmar que mi amiga se había enamorado de Toruch de verdad.

—Atrancaremos todos los accesos y no permitiremos que nadie irrumpa de nuevo. Benju y tres de mis barogs se quedarán también —dijo Toruch.

Ciench asintió.

—Bazzeila irá con vosotros esta vez —intervino Tina—. La necesitaréis más allá fuera.

—Pero, mi reina, Cyrus le ordenó que no se separara de ti —protestó Toruch.

—Prefiero que corra a su lado y le ayude a vencer a Ux.

Ninguno de ellos objetó nada más.

Seguí a Cienchhacia el exterior. Por supuesto, Artia y los *llitops* vinieron conmigo.

—Callie, esto es… Ni siquiera sé cómo describirlo —dijo, contemplándome de arriba abajo.

—Cuando Daryos te vea, va a flipar. Se pondrá inaguantable, ya le conoces —dijo Toruch con media sonrisa.

Acto seguido, él y otro barog comenzaron a cerrar la doble puerta de nuevo.

—Cualquiera diría que soy la única hembra barog que ha existido jamás —bromeé.

Intercambiaron una mirada que me dijo todo cuanto necesitaba saber: aquello era un maldito milagro. ¡Yo era un caso único en la historia barog!

«Maravilloso».

—Será mejor que vuelvas a la posada. Barog o no, la batalla no es para ti —me dijo Cienchh.

—Ni lo sueñes. Necesito encontrar a mi amorcito y asegurarme de que está bien. Después del mal rato que he pasado, no pienso regresar ahí dentro. Ni lo sueñes. Voy a luchar.

—Callie, por favor, si bajas ahí —dijo señalando la plaza—, estarás en grave peligro y Daryos nos matará por haberlo permitido.

—Mirad, agradezco vuestra preocupación, pero soy la descendiente de la profecía y haré lo que me dé la gana. Además, tengo a Enzo, a Artia y a Naranjito para protegerme, así que…

De pronto, como si los hubiera invocado, cientos de *llitops* de todos los colores emergieron de la selva como una marea palpitante llena de dientes afilados. Un rugido poderoso emergió de mi garganta. La marca de la espiral se retorció en mi espalda mientras mi pequeño amigo se ponía a saltar y a emitir esos ruiditos tan graciosos.

Sin embargo, cuando empezaron a saltar sobre los inferiores, aquello no tuvo nada de gracioso para ellos.

Nos detuvimos en lo alto de la escalera, contemplando anonadados el espectáculo. Por todas partes, los barogs de la aldea, los guardianes, los leones, las panteras y los *llitops* peleaban con valentía contra los barogs de los pantanos, los híbridos y las *aninfs*.

El enfrentamiento seguía siendo brutal y sangriento, pero ya no cabía duda de que estábamos ganando terreno. La batalla se había concentrado en la plaza, donde en breve se decidiría el vencedor.

Allí se encontraban algunos de nuestros amigos luchando como los salvajes valerosos que eran. Axeh saltaba, trepaba, machacaba a un enemigo tras otro con su lanza y su cuchillo, acompañado por su fiel león Zaala. Xerx destripaba, cortaba, segaba con su machete como si fuera lo más fácil del mundo, mientras Itzaar protegía la retaguardia.

Pero ¿dónde estaban el rey y el príncipe? ¿Y Xioh, Lansh y Sulveh? Localicé a Cyrus un segundo después, entrando en la plaza.

Entonces, en medio del barullo, mis ojos se encontraron con los de mi barog, que refulgían en verde y azul. Suspiré al constatar que, aunque bastante magullado, seguía vivo.

Me contempló durante unos segundos sin dar un paso, con la mirada llena de amor y admiración y sorpresa. ¡No era para menos! Acababa de enterarse de que su querida *hoa uhane* podía transformarse.

Cayó de rodillas sin dejar de observarme, mientras la guerra enardecía a su alrededor y todos se preparaban para el gran final.

44 DETRÁS DE TI
CALLIE

En medio de aquel caos ensordecedor, Daryos se puso en pie y logró abrirse paso hasta las escaleras. Hasta mí. Subió los escalones que nos separaban y me miró con tanta intensidad que me temblaron las piernas.

—Tenías razón, amor. Tenemos superpoderes —soltó con esa voz grave y hermosa que me erizaba la piel de todo el cuerpo, incluso en mitad de tanto horror.

—Ya era hora de que lo reconocieras, barog.

—Esto es… increíble —dijo señalándome de arriba abajo.

—¿A que sí? Me encanta mi nueva forma —dije guiñándole un ojo.

—Estás preciosa. —Tenía la mirada nublada y todo su cuerpo temblaba.

Dudaba mucho de que fuera así, pero si a él le gustaba, ¿quién era yo para contradecirle?

—Y tú estás hecho una mierda. Xioh va a tener que coserte por todas partes.

Sonreímos.

—Eh, por si no os habíais dado cuenta, tortolitos, todavía estamos en guerra —dijo Ciench.

Daryos le dio una palmada en el brazo y se colocó a nuestro lado en el escalón. Los tres miramos hacia la batalla que continuaba desarrollándose en la plaza.

—Estamos ganando, pero ellos no van a darse por vencidos fácilmente —dijo mi barog, escrutando a los enemigos que aún quedaban en pie. Entonces, me miró y añadió—: Regresa a la posada, Callie. Allí estarás a salvo.

—Ni lo sueñes. Yo me quedo. Además, tengo que liderar a mi ejército de pequeños soldaditos. —Señalé a Naranjito, que saltaba y hacía ruiditos a mi lado. Artia observaba la batalla, en la que muchas de su especie todavía combatían con ferocidad.

Daryos meneó la cabeza.

—De acuerdo, pero quédate aquí arriba. Enzo no se moverá de tu lado.

Asentí. Tampoco iba a ser tan idiota como para creer que podía luchar como ellos. Tenía un nuevo aspecto y habilidades muy útiles, pero tenían razón: no tenía ningún entrenamiento y no era una guerrera.

—No te preocupes. Artia tampoco se despegará de mí.

Durante unos segundos, seguimos contemplando la escena ante nosotros. Los leones y las panteras, con sus pelajes negros brillantes y sus fauces descomunales, masacraban hermanos perdidos, uno tras otro. Las hordas de *llitops* luchaban en grandes grupos coloridos, devorando a cualquiera que se les pusiera por delante, mientras barogs y guardianes entrechocaban los machetes con los de los enemigos. Aunque sangraban y recibían golpes brutales, ninguno desfallecía. Las *aninfs* que aún peleaban por Ux saltaban con sus cuerpos fuertes y estilizados, causando estragos con sus garras cuando caían sobre nuestras filas.

De algún modo incomprensible, podía sentir a todos y cada uno de los *llitops* conectados a mí a través de la marca de la espiral. Quizás a Daryos le ocurría lo mismo con los leones.

De pronto, la espiral en mi espalda empezó a arder de un modo insoportable, irradiando latigazos eléctricos por todo mi cuerpo.

—Joder —murmuré, llevándome la mano a la espalda. Mi piel era puro fuego.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó Daryos con una mueca de dolor—. La marca me está destrozando. Parece que me hayan puesto brasas ardientes en la piel.

—Sí, y la sensación se está extendiendo por todo el cuerpo. Es como si la electricidad me corriera por todas partes —dije.

—Me siento más fuerte, más poderoso, como si acabaran de recargarme la energía —dijo sorprendido, rascándose la espiral.

—A mí me ocurre lo mismo.

—Vuestras marcas se han enrojecido. Parece que una línea de fuego las recorra —intervino Ciench, con la vista fija en nuestras espaldas—. ¿Vamos allá, príncipe?

Daryos cerró las manos en grandes puños y asintió. Tras intercambiar una mirada con mi amorcito, los dos barogs saltaron desde las escaleras hacia la masa que luchaba en la plaza.

El salto de Ciench fue impresionante, pero el de Daryos… Había algo nuevo en él. Una especie de energía más potente que recorría el cuerpo de mi *hoa uhane* y el mío propio, como si una fuerza poderosa emergiera directamente de la espiral que nos había marcado desde el nacimiento.

Se unieron a sus mejores amigos, que repartían mamporros, dentelladas y zarpazos al ritmo de sus tremendos rugidos. Cyrus, Xioh, Lansh, Axeh, Xerx y Sulveh luchaban en medio de la plaza, rodeados de una horda de enemigos y apoyados por el resto de nuestros guerreros. Su salvajismo no difería demasiado del que mostraban las panteras y los leones. Era difícil asimilar todo lo que estaba presenciando. Pero ahí estaba, aguantando.

El ser humano es capaz de adaptarse a las situaciones más cruentas, inverosímiles y brutales. Situaciones con las que jamás habría imaginado que se encontraría. Sin duda, es el instinto de supervivencia y adaptación al medio lo que nos hace tan poderosos y distintos a cualquier otra especie.

Aunque, por lo visto, yo no era una simple humana. ¡Ni siquiera estaba segura de lo que era! Porque ninguna descendiente se había transformado jamás.

Esa fuerza que me recorría por dentro aguzaba mi vista y mi oído, así que estaba siendo testigo de cada detalle que ocurría en ese campo de batalla tan inusual. En el fondo, no importa el lugar ni las armas ni el motivo: una guerra es siempre algo terrible, un infierno que se desata y nadie puede predecir realmente sus consecuencias.

Cuando un par de hermanos perdidos se fijaron en mí y decidieron que sería divertido acercarse, rugí como la barog que era y lancé a Enzo y a Artia sobre ellos. Y cuando otros tantos osaron desafiarme, Naranjito atrajo a muchos de los suyos y, entre todos, les hicieron desear no haber mirado en mi dirección.

Me permití luchar contra otro imbécil que corrió escaleras arriba y se abalanzó sobre mí. Los demás estaban ocupados en ese momento, así que le clavé las garras en las pelotas y se las retorcí. Eso siempre funcionaba con cualquier macho.

Trató de estrangularme, pero enredé la cola en su garganta y apreté tan fuerte como pude. Todavía no dominaba al cien por cien mi nuevo cuerpo, pero lo contuve el tiempo suficiente hasta que Itzaar, el león de Xerx, salió de alguna parte, saltó sobre su espalda y le arrancó la columna a zarpazos.

De pronto, un murmullo intenso recorrió la plaza entera, tanto nuestras filas como las enemigas, extendiéndose como una ola inmensa sobre todos nosotros.

Ux acababa de aparecer por el camino del fondo.

El líder de los hermanos perdidos estaba cubierto de sangre y su aspecto era incluso más imponente y feroz que la última vez que lo había visto. Clavó sus ojos en el centro, justo sobre el rey, y empezó a avanzar hacia él.

Todos mis amigos estaban enfrascados en la lucha y ninguno parecía haberse dado cuenta de su presencia. Así que agarré una lanza enemiga que alguien había olvidado en el suelo, trepé a lomos de Enzo y, de un salto, me planté abajo.

—¡Cyrus, detrás de ti! —rugí a pleno pulmón. Gracias a los dioses, mi voz era mucho más sonora que antes y retumbó por todas partes como si hubiese usado un megáfono.

El rey se giró con el tiempo justo para detener con su machete la lanza afilada que Ux empuñaba directamente hacia el centro de su pecho. El choque hizo vibrar el suelo bajo nuestros pies.

Espoleé a Enzo para que avanzara un poco más, ignorando las advertencias de Lansh, que me gritaba que retrocediera y regresara a las escaleras. Necesitaba acercarme al combate que,

muy probablemente, pondría punto final a esa espantosa guerra que llevábamos horas soportando.

Miré un instante al cielo. El sol seguía ahí, pero había descendido en el horizonte y sus rayos, antes puro fuego, ya no calentaban tan rabiosamente. Estaba atardeciendo. ¿Cómo había pasado tan rápido el tiempo?

Ux y el rey se separaron.

Los barogs que los rodeaban les dejaron algo de espacio, formando un círculo a su alrededor mientras seguían luchando. En esa plaza nadie le daba tregua a su oponente; nadie se daba un respiro. Sin embargo, de algún modo, todos intuyeron que ese sería el gran combate, el que lo decidiría todo.

—¿Dicen que a la tercera va la vencida, no, *mi rey*? Veamos si esta vez podemos luchar sin interrupciones. Tú contra mí. Un rey… contra otro —soltó Ux con esa voz grave y siniestra que tanto había llegado a odiar. Sus ojos, azules como el cielo más intenso y luminoso, empezaban a oscurecerse por el círculo negro de sus iris.

Yo había contemplado esos ojos muy de cerca. Demasiado.

—No puedo prometerte nada, Uxuer. Hay unos cuantos barogs con ganas de arrancarte la cabeza. Has cabreado a mucha gente —soltó Cyrus con contundencia.

Parecía relajado, dominando la situación. Cualquiera de los dos daba esa impresión. Pero en el tiempo que llevaba en Nemea, había aprendido a captar el lenguaje corporal del rey: estaba en tensión y alerta, preparado para lo que fuera que ocurriese a partir de ese momento.

Preparado para defenderse y contraatacar.

—¡No luches contra él tú solo, C! —gritó Daryos, intentando llegar hasta su hermano.

—Barradle el paso al príncipe. No permitáis que ni él ni ninguno de sus amigos lleguen hasta nosotros —ordenó Ux a los barogs perdidos que le guardaban las espaldas—. Esta guerra aún no ha acabado, así que ¡luchad!

Ellos asintieron y se lanzaron contra Daryos, Xerx, Ax y todos los demás. La batalla se recrudeció y los gruñidos llenaron la plaza.

—Solos tú y yo, ¿eh, Ux? Tal como debe ser —rugió Cyrus. Su mirada parecía más oscura que nunca. La concentración y la furia se marcaban en su apuesto rostro.

—Esto es entre nosotros. El hijo del gran Drashir… contra su mejor amigo al que traicionó.

Se movían uno frente al otro, en círculos, vigilándose para tratar de anticipar cualquier movimiento de su contrincante. Las rodillas algo flexionadas, las musculaturas tensas y vibrantes, las lanzas de punta de hierro en la mano. Alguien le había pasado una al rey momentos antes.

—El único traidor que hay aquí eres tú, Ux.

—Me habría encantado que escucharas todo lo que aún no sabes; lo que todavía tengo que contar. Lástima que deba matarte.

—Me importa una mierda lo que te ocurriera o lo que creas que toda la especie te debe. Mataste a mi familia, arrancaste a doce descendientes de sus hogares y las separaste de *sus hoa uhanes*, asesinaste a tres ancianos, si es que Ooris todavía sigue con vida. Has cometido actos atroces y pagarás por ellos, uno a uno, te lo prometo.

—Puede que Ooris siga vivo, pero te aseguro que no será por mucho tiempo —dijo Ux, esbozando esa sonrisa tan desagradable y maliciosa—. Tan solo lo necesito unas horas más, eso es todo.

¿Para qué demonios necesitaba al anciano? ¿Acaso quería usarlo como rehén por si las cosas se torcían? Presentí que había algo más. Ux no daba un solo paso sin un motivo para ello y sin calcular las posibles consecuencias. El tío era un cabrón muy inteligente.

Cyrus alzó la lanza a la altura de su hombro y apuntó a su oponente.

—Bueno, hermano perdido, basta de cháchara, ¿no crees?

Ux no contestó, al menos no con palabras. Sus ojos se oscurecieron todavía más, eclipsando el celeste, y se cargaron de rabia. Un rugido gutural reverberó en su pecho e hizo temblar el dosel de la selva.

Y entonces, saltó sobre el rey.

Cyrus a duras penas logró esquivar su lanza, que le abrió una fea brecha en el hombro. La sangre salpicó el suelo, pero no supuso ninguna diferencia porque ya estaba convertido en un barrizal nauseabundo.

Bazzeila y la pantera de ojos rojos rugieron e intentaron correr hacia el rey, pero los barogs perdidos y los inferiores tenían órdenes muy claras de su líder: impedir a toda costa que Cyrus recibiera ayuda. Ux lo quería para él solo, como un duelo a muerte brutal y sangriento.

Atacó de nuevo, una vez y otra y otra, sin darle ni un instante al rey para recobrar fuerzas. Cyrus retrocedía, bloqueaba, giraba, saltaba, esquivaba… Cada uno de sus movimientos era para defenderse o apartarse, ninguno todavía para contraatacar. No podía, pues la superioridad de Ux se hacía cada vez más evidente.

Golpe tras golpe, estocada tras estocada, zarpazo tras zarpazo, el barog perdido fue cansando y debilitando a nuestro rey.

Cyrus era el mejor guerrero de la aldea, un barog fuerte, valiente y magnífico dispuesto a luchar hasta la muerte por su pueblo. Pero, por primera vez desde que había comenzado la guerra, me pregunté si eso sería suficiente para vencer a Ux.

Quizás habíamos sido demasiado optimistas, creyendo que un barog de treinta y dos años podría ganar a uno con tantos siglos a sus espaldas. Siglos aderezados de rencor, odio y un deseo enfermizo de venganza.

—¡Ya vamos, C! —gritó Xioh, atravesando el pecho de un enemigo con su enorme cuchillo.

—¡Dale a ese monstruo su merecido! —gritó Ciench. Empujó a un inferior enorme que llevaba un buen rato hostigándolo y se agachó para esquivar el machete del que tenía detrás.

—¡Cárgatelo, C! ¡Ese cabrón no sabe con quién se está metiendo! —exclamó Lansh con los ojos verdes refulgiendo y sin dejar de pelear. Varios mechones dorados de su melena se habían teñido de rojo.

—¡Puedes vencerle, hermano! —gritó Daryos tras aullar de dolor cuando un cuchillo le abrió otra herida en el abdomen.

Me quedé sin respiración durante un instante, temblando de la cabeza a los pies. Cuando siguió luchando como si nada le hubiera ocurrido, suspiré. ¡Dioses, aquello era un sufrimiento continuo!

Las imágenes que se sucedían ante mis ojos eran una pesadilla. Jamás podría quitármelas de la cabeza. No obstante, permanecía ahí, montada sobre Enzo, con Artia y Naranjito a mi lado, liderando a las hordas de *llitops* que no paraban de llegar de la selva. ¡Eran la especie más prolífica de Nemea!

Ese duelo de titanes se prolongó durante lo que pareció una eternidad. Cuando Ux saltó de nuevo y alcanzó a Cyrus en el pecho, un grito de horror se extendió por todas partes. La imagen de Tina me vino a la cabeza y se me encogió el estómago. Si algo le sucediera al rey…

En el último momento, y a pesar de estar agotado, Cyrus apartó la lanza de un machetazo. Tenía una herida en el pecho, pero no parecía profunda.

Ux celebró el golpe demasiado pronto, y el rey aprovechó para saltar sobre una de las panteras que había logrado acercarse lo suficiente. Cogió impulso y cayó sobre su enemigo como una roca. Le asestó un zarpazo en un lado del cuello y lo empujó con fuerza.

Puede que Uxuer tuviera mucha más experiencia que Cyrus, pero el cansancio también empezaba a afectarle. Lo veía en sus movimientos, un poco más lentos, y en sus reflejos, menos agudos que minutos antes. Cuando el rey retrocedió unos pasos, él miro alrededor.

Y vio lo mismo que estaba viendo yo.

Las pocas *nashies* que habían alcanzado la aldea llevaban un buen rato muertas. Muchas *aninfs* aún peleaban, pero nada podían hacer contra la fuerza demoledora de los felinos y los guerreros enemigos. Sus hermanos perdidos continuaban combatiendo como las bestias que eran, pero ya estaban en minoría.

Los barogs de la aldea y los guardianes luchaban cubiertos de heridas, cojeando y maldiciendo, pero no se detenían. Había demasiado en juego y no podían arriesgarse a perder.

Ux tenía de su parte los deseos de poder y venganza, la rabia por la traición y las humillaciones, y el ansia de convertirse en el rey

de un pueblo que siempre le había dado la espalda. Todas esas eran motivaciones muy potentes. Sin embargo, no tanto como las que tenían los nuestros: luchar por sus parejas, su familia y amigos; y evitar que un monstruo destrozara su civilización.

Su expresión cambió. Acababa de comprender que no podía vencer; que iba a perder… otra vez. Quizás podría derrotar a Cyrus, pero jamás escaparía de los demás, que iban acercándose a ellos poco a poco, abriéndose camino. Daryos nunca se daría por vencido e intentaría llegar hasta su hermano a toda costa.

Su momento de reflexión le costó caro: Cyrus lo golpeó con fuerza en el pecho con el puño, extendió las garras y se las hundió en la carne. Ux se tambaleó durante un segundo, tras el cual lanzó un latigazo con la cola a la cabeza del rey y lo lanzó a varios metros de distancia.

Daryos estaba a punto de alcanzarlos. Tan solo un par de inferiores lo separaban de su hermano. En breve llegaría hasta él y, entonces, Ux estaría acabado.

Ciench se encontraba también muy cerca, apenas a unos pocos metros. Todo su cuerpo vibraba, anhelando ayudar a su rey a despedazar a ese monstruo que había abusado de Susi durante tanto tiempo. Su historia era triste y dolorosa, y merecía justicia, venganza y, al fin, una clausura. Necesitaban pasar página a todo ese horror vivido, y el único modo era haciendo que Ux pagara por lo que había hecho.

Xerx, Ax, Sulveh, Xioh y Lansh peleaban también como jabatos para socorrer a su rey.

De pronto, las puertas de la posada se abrieron de par en par y Tina Martins, estudiante de ciencias, rica heredera de un imperio, pija insoportable, gran amiga y reina de todo un planeta, salió como una exhalación. Silbó con todas sus fuerzas y una pantera de ojos rojos apareció junto a ella en el acto. Cuando empezaron a galopar hacia la plaza, directos hacia Cyrus como si ella hubiera percibido que estaba en peligro, volví a clavar la mirada en Ux.

Y lo supe.

El líder de los perdidos se debatía entre quedarse y acabar lo que había empezado…, o huir. Tan solo tenía unos segundos para

decidirse. Pronto Bazzeila y la pantera de ojos rojos le alcanzarían, así como mi barog y todos sus amigos.

Si se quedaba, puede que lograra matar a Cyrus, pero jamás saldría de ahí con vida. No obtendría el trono de Nemea. La historia se repetiría y asesinaría al rey de su pueblo por segunda vez. Cyrus moriría tal como lo había hecho Drashir, pero a Ux no le serviría para nada.

Si escapaba ahora mismo, sin perder un solo instante, tal vez lograra llegar hasta la selva, ocultarse el tiempo suficiente para que no lo apresaran y huir de nuevo a los pantanos para no regresar jamás.

Difícil elección.

Daryos rugió, ahora a tan solo un oponente de distancia de su hermano. ¡Había tanta desesperación y angustia en el rostro de mi barog!

Como si estuviera sucediendo a cámara lenta, vi cómo Ux contemplaba con una expresión extraña, indescifrable, a Daryos mientras este avanzaba hacia él. No miró a nadie más. Ni siquiera se molestó en comprobar dónde estaban las panteras, cuyas fauces se aproximaban peligrosamente a su posición, ni Sulveh ni ningún otro. Simplemente, soltó un rugido largo y profundo, que caló en todas sus tropas.

Un grupo de barogs perdidos, los más cercanos a él, huyeron abruptamente de sus respectivas peleas y se apresuraron a rodear a su jefe con las lanzas en lo alto. Cuando Ux empezó a moverse, otros se unieron a ellos, hasta crear una especie de muro musculoso que bloqueaba cualquier intento de ataque a su jefe. Se movían todos como uno solo, protegiéndolo.

Comenzaba a anochecer y ya se adivinaba la silueta de la pareja de lunas, que pronto refulgiría en verde en el cielo estrellado.

Cyrus y los demás se lanzaron tras ellos, pero las *aninfs* y los hermanos perdidos que todavía quedaban en pie se interpusieron en su camino, desafiándolos a nuevos enfrentamientos y entorpeciendo la persecución.

Tina, fuerte y erguida sobre su montura, miraba en dirección a su rey. ¡Una auténtica reina!

Y así fue cómo Ux logró escabullirse de la batalla y escapar de una muerte segura. Los barogs perdidos que lo rodeaban marcharon directos hacia la selva acelerando el paso, sin que nadie pudiera llegar hasta ellos para detenerlos, ya que los inferiores se interponían una y otra vez con ferocidad. Había frustración en el rostro del rey, del príncipe, de Ciench y de Sulveh.

Todos estaban convencidos de que su gran enemigo había logrado huir otra vez y que, aunque lo perseguirían, pronto estaría fuera de su alcance. Se refugiaría en los laberínticos pantanos, hasta que reuniera una nueva fuerza para desatar la tercera guerra.

Sin embargo, Ux no entró en la selva.

No siguió a sus hermanos perdidos.

No huyó.

Viró en el último momento por el camino que conducía a los hogares, al interior de la aldea, él solo, como un fantasma en medio de la semipenumbra del anochecer.

Yo fui la única que lo vi, la única que se dio cuenta. Y lo seguí.

Clavé los talones en los flancos de Enzo y lo guie tras los pasos de Ux. No había tiempo que perder. Solo los dioses sabían lo que estaba tramando.

45 ESTO NO HA ACABADO
DARYOS

Tras derrotar poco después a las fuerzas enemigas que quedaban, nuestra victoria se hizo evidente. Ux había logrado escapar como una cobarde sabandija, pero su ejército estaba desmantelado y tardaría mucho tiempo en volver a reunir las fuerzas necesarias para atacarnos de nuevo… si es que osaba hacerlo.

La historia se repetía, solo que, en esta ocasión, el rey seguía vivo y todas las descendientes, a salvo en la aldea. Era un gran triunfo. ¡Mi hermano nos había conducido a la victoria! Estaba muy orgulloso de él. ¡Ya sabía yo que lo conseguiríamos!

Nos desperdigamos por las calles de la aldea y, en cuestión de minutos, rematamos a todos los barogs perdidos e inferiores que aún se encontraban con vida. Por supuesto, algunos consiguieron escapar, rumbo a la selva. Mi hermano dio orden a Toruch, que ya había salido de la posada y se había unido a nosotros, y a Lansh de que reunieran un pequeño grupo y los persiguieran varios kilómetros hasta que quedaran fuera de su alcance. Matarían a todos los que pudieran. Los demás, seguramente, no se detendrían hasta regresar a los pantanos junto al malnacido de su jefe.

Estábamos todos agotados y heridos, pero eufóricos. Habíamos masacrado a los enemigos y obligado a Ux a huir de nuevo. Recé para que se le hubiesen quitado las ganas de pelear durante mucho tiempo. ¡Lástima que no lo hubiésemos atrapado! Ese cabrón se había librado de una buena.

En cuanto ya no quedó en la aldea ni un solo enemigo con vida, nos organizamos para apilar sus cadáveres en la explanada junto a las mazmorras y los quemamos sin honores en una gran pira

funeraria. Por supuesto, a los cuerpos sin vida de los nuestros les daríamos el último adiós con la ceremonia que merecían.

Nos faltaba todavía mucho trabajo por hacer: limpiar la sangre de las calles, reconstruir algunas vallas y casas…, cosas así. Pero eso sería al día siguiente.

Permitimos que las *aninfs* que aún merodeaban por la aldea regresaran a sus casas. Una vez muerta Ausinca, su líder, y Ux desaparecido, dejaron de luchar contra nosotros y se rindieron. De pronto parecían tan inofensivas y amigables como antaño. Pero ni mi hermano ni yo nos fiaríamos nunca más de ellas. Habían cruzado una línea y ya no había vuelta atrás. Tendríamos que pensar en cómo relacionarnos con ellas a partir de ahora y establecer precauciones.

Yo había matado a Ausinca. Le había cortado la cabeza de un golpe limpio e implacable. No es que me vanagloriara de ello, pero tampoco me afectaba lo más mínimo. Ella se lo había buscado.

Las lunas ya brillaban por completo en el cielo cuando al fin terminamos por ese día y nos detuvimos a beber y comer algo. Lansh y Toruch acababan de regresar y se unieron a nosotros. Tina no se había despegado de mi hermano desde que había terminado ese duelo terrible con Ux.

Hacía un rato que no veía a Callie, pero la reina había dicho que debía de estar en la posada con las demás, descansando un poco. No tenía ni idea de cómo había logrado transformarse ni si habría regresado ya a su forma humana. Quizá los dioses le habían permitido cambiar a la forma barog una sola vez para la guerra o, tal vez, a partir de ahora, pudiese transformarse a voluntad. De todos modos, era una pasada. Me moría de ganas de estar a solas con ella en casa y hablar de ese milagro.

Porque era la primera y única descendiente que se había transformado. ¡*Mi hoa uhane* era increíble! Tenía tanta suerte de tenerla que, a veces, todavía me costaba creerlo.

—Esto no se ha acabado aún —dijo mi hermano tras dar un largo sorbo al licor de moras que Ciench nos había servido a todos.

La hoguera que acabábamos de encender en el centro de la plaza arrancaba sombras a sus facciones. El humo que emergía de

las llamas contribuía a purificar el aire de los horrores que habían tenido lugar allí mismo.

—Hemos vencido, hermano, y seguimos vivos. Cierto que algunos de los nuestros han sufrido terribles heridas y unos cuantos han muerto. Pero ha sido una victoria impresionante —dije con convicción.

Todos nuestros amigos presentes asintieron. Xioh ya se encontraba en la posada desde hacía un rato curando heridas abiertas, sanando huesos rotos y suturando lo que hiciese falta. Emi y Penny lo estaban ayudando. Al pobre sanador le quedaba todavía una larga noche por delante. ¡No me gustaría estar en su pellejo!

—Ux ha logrado escapar. Nuestro mayor enemigo sigue vivo, y eso significa que la cuestión no se ha zanjado todavía. Tardará algún tiempo, pero ese monstruo atacará de nuevo. Nos traerá problemas hasta el día en que acabemos con él —dijo con el rostro serio.

Mi hermano había luchado cara a cara contra Ux en una pelea brutal. Sin duda, de todos nosotros era el que más exhausto debía de estar.

—Pues lo buscaremos y lo aniquilaremos —propuso Ax.

—Hay que aprovechar ahora que sus fuerzas son casi inexistentes para darle el golpe de gracia —añadió Xerx, devorando en dos bocados un panecillo.

—Estoy de acuerdo. No podemos permitir que se rearme y se haga fuerte de nuevo —dijo Sulveh, apurando su vaso de licor.

—¿Tú qué opinas, D? —preguntó mi hermano, girándose a mirarme.

—Debemos hacer lo que dicen nuestros amigos. Descansemos unos días, curemos las heridas y diseñemos un plan para aniquilarlo. Ya estuvimos en los pantanos y sabemos a qué atenernos. Conocemos el camino y los peligros. Esta vez las ciénagas no nos pillarán desprevenidos.

Todos asintieron. C también.

—Que así sea. Repongamos primero nuestras fuerzas. Después, organizaremos una partida de caza. Pero esta vez, no será

para cazar rinos —dijo mi hermano—. No será una victoria definitiva hasta que el corazón de ese malnacido haya dejado de latir.

Se extendió entre nosotros un murmullo de aprobación.

Entonces, el sanador apareció en la plaza. Tenía las manos manchadas de sangre y su expresión daba fe de su agotamiento.

—¿Cómo van los heridos, amigo mío? —le preguntó Cyrus.

Ciench colocó enseguida un vaso de licor en la mano del sanador y Lansh le rodeó los hombros con el brazo. Intercambiaron una mirada de complicidad.

—Hay una decena que puede que no vean el próximo amanecer —dijo con pesar.

—Que los dioses se apiaden de ellos y los mantengan con vida —murmuró Sulveh.

—Por lo demás, lo habitual: muchos cortes feos, carne desgarrada, huesos partidos… Nada que un buen sanador como yo no pueda arreglar —dijo con media sonrisa cansada. Sonreímos también.

—Te agradezco el trabajo que estás haciendo, amigo mío. Somos afortunados de contar con un sanador como tú en la aldea. Si necesitas ayuda con algo, solo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

Xioh asintió.

—Por ahora, C, me las apaño con Emilia y Penny. Son unas estupendas ayudantes. Podrían convertirse pronto en sanadoras tan buenas como yo.

Ax se hinchó como un pavo ante la alabanza que Xioh hizo de su *hoa uhane*.

—Eso es una gran noticia. Sigue entrenándolas y escoge a alguien más. Nos vendrá bien tener un mayor número de sanadores de ahora en adelante, liderados por ti. La aldea está creciendo y es mucho trabajo para uno solo.

—Así lo haré, C. —Había orgullo y satisfacción en la mirada anaranjada de Xioh—. Me vuelvo a la posada. Las he dejado cosiendo las heridas de un par de barogs malhumorados, pero hay otros casos que requieren mi atención.

—Descansaremos unos días, Xioh. Os mandaré llamar a todos cuando debamos reunirnos.

El sanador asintió y añadió:

—No olvidéis que vosotros tendréis que pasar por mis manos también. Veo algunas heridas que van a necesitar de todo mi ingenio.

—Así lo haremos. Iremos pasando por tus sabias manos uno a uno —le prometió mi hermano.

—Tú el primero, mi rey. Estás hecho un verdadero desastre —dijo Tina, dedicándole una sonrisa mientras le acariciaba la mejilla.

Todos nos reímos.

Xioh reemprendió el camino hacia la posada. Pero antes de que se alejara demasiado le grité:

—¡Eh, Xioh, dile a Callie que, cuando acabe, nos encontraremos en casa! No tardaré en ir hacia allí.

Él me miró sin comprender.

—Si la veo, se lo diré.

Algo se revolvió dentro de mí.

—Está en la posada, ¿verdad?

Se le tensó la mandíbula.

—No, D. No la veo desde que Cyrus estaba luchando contra Ux. La última vez estaba a lomos de Enzo.

El suelo se hundió bajo mis pies y una presión enorme me aplastó el pecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi hermano, acercándose.

—Callie no está en la posada. ¿Alguno de vosotros la ha visto?

Todos negaron con la cabeza.

—Dijiste que estaba ahí, mi reina —dijo C mirando a Tina.

—Dije que *suponía* que estaba ahí, no que la hubiera visto. Yo tampoco la veo desde hace rato.

En cuestión de segundos, todos mis amigos me rodearon.

—Seguro que está por ahí ayudando a alguien. Ya sabes que tu pareja no se puede estar quieta —bromeó Lansh, pero en sus ojos veía tanta preocupación como debía de haber en los míos.

—Voy a buscarla. Tengo que encontrarla. Quizás esté esperándome en casa. —La angustia crecía dentro de mí. Presentía que algo no iba bien.

—La buscaremos entre todos. Peinaremos la aldea en unos minutos. No te preocupes, D —dijo Xerx con voz calmada, intentando tranquilizarme.

Pero yo no estaba tranquilo en absoluto.

Algo iba muy mal. Lo sentía en el centro de mi pecho, en mi sangre, en mi alma.

«¿Dónde estás, amor mío?».

La plaza entera empezó a dar vueltas a mi alrededor y la vista se me nubló. Las voces de mis amigos me llegaban amortiguadas a los oídos mientras la oscuridad se apoderaba de mí.

Entonces, me desmayé.

Una sola imagen apareció en mi mente: Ooris cerca de mí… y Callie en su forma humana mirándonos con los ojos muy abiertos.

En nuestra casa.

46 UNA PÉSIMA IDEA
CALLIE

Sabía que no debería estar siguiendo a Ux sola y que tendría que haber avisado a alguien. Era una completa imprudencia y a mi amorcito le daría un ataque si se enteraba de lo que estaba haciendo. Pero todos estaban ocupados peleando y yo no podía permitir que ese monstruo escapara de nuevo. En cuanto averiguara a dónde se dirigía, daría media vuelta, regresaría a la plaza e informaría al rey y a Daryos de inmediato.

Además, no estaba sola: Enzo venía conmigo, aunque el pobre no parecía muy convencido de lo que estábamos haciendo. Había intentado abortar la misión varias veces en los pocos metros que llevábamos recorridos. Había tenido que hincarle los talones con fuerza para que siguiera avanzando.

Por un milagro de los dioses, tras resoplar y gruñir en señal de protesta, finalmente había claudicado. Así que ahí estaba yo, subida a su lomo, detrás del enemigo número uno de la aldea. ¡Muy lista, sí señor!

Todavía me encontraba en mi forma barog, enorme y poderosa, así que, si sucedía algún imprevisto, podría defenderme… más o menos. No era tan tonta como para creer que saldría airosa de un enfrentamiento con Ux.

Las sombras del anochecer me ayudaban a ocultarme mientras él seguía avanzando en solitario por uno de los caminos desiertos de la aldea, salvo por los cuerpos sin vida, ensangrentados, e incluso mutilados, de barogs de ambos ejércitos.

No tenía ni idea de adónde se dirigía. Por el momento, daba la impresión de que estaba dando tumbos de aquí para allá, buscando algo que no conseguía encontrar. ¿Por qué narices no

corría directamente hacia la jungla? ¿Acaso quería que alguno de los guardianes que merodeaban por esa parte lo descubriera y diera la voz de alarma?

Casi todas nuestras fuerzas y las pocas suyas que quedaban se concentraban en la plaza de la que acabábamos de salir, pero era inevitable que hubiera algunos por las calles. No obstante, tuvimos suerte: ni él ni yo nos topamos con nadie.

Cuando torció un nuevo recodo y enfiló por otro camino, el estómago se me encogió: era el que llevaba a mi casa. Había dado un buen rodeo para llegar. Por supuesto, sería una mera coincidencia, porque Ux no tenía ni idea de dónde vivíamos Daryos y yo, ni tampoco tenía motivos para ir hacia allí, cuando el rey y el príncipe estaban luchando todavía.

Entonces, ¿por qué sentía esa fuerte presión en el pecho?

Me asaltó la desagradable sensación de que algo muy malo estaba a punto de suceder. Me parapeté tras un cobertizo y desmonté de Enzo, que se quedó bien pegadito a mí, con el aliento calentándome la nuca.

Ux avanzó un poco más, se pegó a la pared y continuó unos pasos. Después, se agazapó tras una pila de troncos y, finalmente, cruzó la calle, subió las escalerillas y entró.

El corazón me dio un vuelco.

«¿Qué demonios hace ese cabrón? No puede estar en nuestro hogar por mera casualidad».

En cuanto desapareció por la puerta, salí de mi escondite y me apresuré hacia mi casa, con Enzo pisándome los talones. Por cómo rebufaba, a buen seguro pensaba que eso era una pésima idea. ¡Al diablo con él! No iba a permitir que Ux se saliera con la suya, fuera lo que fuese lo que estuviera tramando.

¿Y si Yolk, antes de morir, le había chivado dónde vivía el príncipe? Pero ¿para qué querría meterse aquí en lugar de huir?

Por más vueltas que le daba, no le encontraba ningún sentido.

Subí las escaleras y me asomé un poco. En el interior no había ninguna antorcha encendida y apenas entraba algo de luz por las ventanas.

«Mierda. ¿Qué se supone que voy a hacer si me topo con él?».

Negué con la cabeza, a punto de dar media vuelta. Entonces, la marca de la espiral vibró en mi espalda y un cuerpo pequeño, caliente y suavecito se restregó por mis tobillos.

Cuando miré hacia abajo, Naranjito estaba entre mis pies, observándome con sus grandes ojos marrones. Artia se encontraba justo detrás de mí, junto a Enzo. Cómo se llevaban tan bien mi *llitop* y mi *aninf* favoritos era todo un misterio. En general, a los *llitops* les aterrorizaban las *aninfs*, pues eran sus depredadoras naturales. Quizás había alterado la pirámide alimenticia de Nemea.

Meneé la cabeza para dejar de pensar en tonterías en un momento tan peligroso como ese. ¿Entrar… o salir cagando leches para avisar a mi barog? Era un dilema de los grandes. Si tuviéramos móviles, ahora mismo le mandaría un wasap. Pero no teníamos esa suerte. Como no le mandara señales de humo…

Si me largaba, tal vez Ux huiría a la selva y jamás lo encontraríamos… hasta que volviera a lanzar otro ataque terrible sobre la aldea.

Si me quedaba, existía una elevada probabilidad de que yo la acabara palmando.

Traté de convencerme de que podía defenderme bien en mi forma barog, más aún acompañada de mis tres guardaespaldas personales. En realidad, estaba bastante acojonada. No se escuchaba un alma ahí dentro. ¿Y sí se había escondido en el piso de arriba?

Di un paso, dos, tres…, adentrándome en la sala de estar.

«No, no. Ni hablar. Paso de que ese indeseable me rapte de nuevo».

Empecé a retroceder hacia mis amiguitos.

Entonces, alguien gruñó.

—Yo que tú me decidiría rápido, Callie. A menos que quieras que me cargue al último anciano que os queda —atronó la voz de Ux en medio de la semipenumbra de mi hogar.

De golpe sentía como si las paredes se estrechasen a mi alrededor. Ux estaba ahí, en alguna parte, esperándome. Y el muy

cabrón tenía a Ooris, o eso había insinuado. Así pues, me armé de valor y avancé hasta el centro de la sala.

Ese monstruo se encontraba junto a la pared del fondo de la sala y agarraba a Ooris ante él, apuntando un cuchillo enorme a la garganta del anciano. Lo tenía inmovilizado con un brazo, y un solo paso en falso por mi parte podría provocar que le rebanara el cuello y se desangrara allí mismo. En mi salón.

Tragué saliva.

«Estoy bien jodida».

¿Quién me mandaba a mí convertirme en una barog intrépida? Toda la culpa la tenía mi nueva forma, que parecía no tener miedo a nada.

De repente, fui consciente de que ambos me miraban con los ojos muy abiertos, como si acabaran de toparse con el Santo Grial, la octava maravilla o uno de esos mismísimos seres alados. En resumen: estaban flipando con mi transformación en barog.

—Esto es algo… inesperado —murmuró Ux sin apartar la vista de mi rostro.

—Un milagro. La profecía tiene un alcance muy superior a lo que había imaginado. Jamás se había visto antes una hembra barog… y nunca pensé que vería una —dijo Ooris.

—Te has superado, querida Callie. Eres un tesoro incluso mayor de lo que ya parecías en un principio, cuando te encontré en aquel río, te salvé la vida y te llevé a los pantanos.

—¿Te refieres al día en que me secuestraste?

—Debería haberme dado cuenta de que no eras como las demás. Me equivoqué contigo.

—Seguro que en algún momento te has planteado por qué demonios tuviste que llevarme a tu asentamiento. ¡La de problemas que te habrías ahorrado si me hubieses dejado en el río!

Soltó una risa siniestra.

—Montaste un buen espectáculo con los pulpos, eso hay que reconocerlo.

—Tuve ayuda. —Eché una miradita de reojo a Naranjito. La marca me hormigueó—. Apuesto a que lo que más te jodió fue que las liberé a todas y las saqué de ahí.

—Entre otras cosas, por supuesto.

Ooris me observaba con atención sin moverse un milímetro.

—Ah, espera. Seguro que tampoco te sentó nada bien que me fuera sin despedirme y antes de que pudieras violarme, ¿verdad, cabrón?

Él apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

—Te equivocas, Callie. Las cosas son muy distintas ahora.

—¿Cómo de distintas? ¿Has dejado de ser un hijo de puta maltratador, prepotente y malnacido? Porque eso sería una sorpresa fabulosa… y muy difícil de creer.

Volvió a curvar los labios, esta vez en una sonrisa amarga.

Había algo desconcertante en su mirada. Algo… profundo. Aunque suene absurdo, tuve la sensación de que no quería hacerme daño, al menos en ese momento.

«Te has vuelto loca de remate si piensas que este monstruo no va a aprovechar la más mínima oportunidad para atraparte, usarte de rehén y arrastrarte de vuelta a los pantanos para convertirte en su esclava sexual».

Retrocedí un par de pasos por instinto y, entonces, mi cuerpo entero se sacudió, mis músculos menguaron, los colmillos, las garras y la cola desaparecieron, y al fin regresé a mi forma humana. La transformación había sido menos molesta que la primera vez y nada dolorosa. El único inconveniente era que no la controlaba a voluntad. Además, en esa situación me hubiera venido mucho mejor mantener mi forma barog. Las transformaciones habían dejado el vestido roto y harapiento, pero al menos me tapaba un poco más abajo que segundos antes.

Mi cuerpo hacía lo que le daba la gana sin mi permiso.

—No sabría decirte cuál de tus dos versiones me gustan más, Callie. Las dos son muy hermosas y fascinantes.

—Es una suerte que nunca vayas a disfrutarme en ninguna de las dos —le solté.

Debería morderme la lengua y dejar de tocarle las narices, pero era incapaz.

—Como te he dicho, las cosas son distintas. No es mi intención hacerte ningún daño, Callie. De hecho, nunca lo fue.

—¿Esperas de verdad que me crea eso, cabrón? ¿Acaso has olvidado todo lo que les hiciste a las otras mujeres que tenías cautivas? ¿A Susi, Sylvia, Penny o a cualquiera de las otras?

Torció el gesto, como si mis acusaciones le estuvieran agujereando el pecho. ¿En serio le importaban?

—¿Crees que provocar a Uxuer es la mejor táctica, Callie? —intervino Ooris, suplicándome con la mirada que me callara.

—No importa lo que yo haga. Él ya debe de tener un plan y nada de lo que yo pueda decir cambiará las cosas.

Ux me miró de un modo enigmático.

—Siéntate, Callie. Ponte cómoda. Vamos a estar aquí un buen rato —me pidió. Su voz, grave y profunda, me arañaba directamente los huesos como si fueran las garras de un felino enorme.

Presionó levemente la garganta de Ooris con la punta afilada de su cuchillo, así que obedecí. No quería ser la responsable de la muerte del último anciano. No tenía ni idea de cómo acabaría ese encuentro entre Ux, Ooris y yo, pero algo me decía que se avecinaba una buena. Por el momento, debía hacer exactamente lo que me ordenase, a menos que quisiera arriesgarme a que el anciano se desangrara ante mis ojos.

Arrastré un taburete frente a ellos y me senté. Naranjito se colocó a mi lado y Artia en el suelo también junto a mí, como si estuviera dispuesta a escuchar pacientemente lo que fuera que Ux quisiera decir. Enzo rugió a mi espalda.

—Túmbate, amigo mío. Te necesito conmigo. No hagas ningún movimiento brusco, ¿de acuerdo? —le pedí en un susurro.

Tardó unos segundos en cumplir mis peticiones, pero, al fin, lo hizo. Se tumbó en el suelo al lado de Naranjito, pegado al taburete. Yo sabía que no se movería de ahí, que jamás me dejaría desprotegida. Si yo se lo ordenara, saltaría sobre Ux y le haría picadillo… o lo intentaría. Se jugaría la vida para darme la oportunidad de escapar y pedir ayuda.

Pero, si hiciéramos eso, Ooris moriría. Así que nos quedaríamos allí muy quietecitos y escucharíamos cuanto Ux tuviera que contar. Y si los dioses aún nos favorecían, Daryos aparecería tarde o temprano, a poder ser acompañado de sus amigos.

«Que no venga solo, os lo suplico. No permitáis que tenga que luchar contra Ux».

—Me maravilla la capacidad que tienes de comunicarte con los animales, Callie. Incluso mejor de lo que nos comunicamos los barogs con ellos. Parece que tienes un don y que tu marca de nacimiento no solo servía para hacer bonito.

No contesté. Cuanto menos hablara con él, mucho mejor. Aunque reconozco que, a esas alturas, me carcomía la curiosidad.

—Ya me tienes a mí, Uxuer. ¿Por qué no permites que ella se vaya? —dijo Ooris en un acto de valentía y generosidad.

Se lo agradecí en silencio, aunque sabía de sobra que era absurdo discutir eso con Ux. Jamás me dejaría marchar hasta conseguir lo que estaba buscando con ese jueguecito enfermizo, cualquiera que fuese.

El barog perdido ignoró la petición del anciano por completo como si ni siquiera le hubiese oído.

—Perdona, querida, ¿podrías encender una antorcha? Me gustaría poder mirarte bien a los ojos mientras charlamos.

Me levanté despacio e hice lo que me pedía, bajo la mirada atenta de Enzo, Naranjito, Artia, Ux y Ooris. ¡Menuda panda nos habíamos juntado! Mi vida era una fiesta la mayor parte del tiempo.

Tras iluminar la estancia, volví a sentarme. Me alisé un poco el vestido, me pasé los dedos por el cabello revuelto y esperé.

—¿Y bien? —pregunté, ocultando mi terror e inquietud tras la impaciencia.

Ux resbaló por la pared y se sentó en el suelo frente a mí, arrastrando consigo a Ooris, que quedó sentado delante de él, dándole la espalda. La punta del cuchillo seguía sobre su garganta.

Ahora podía discernir el azul luminoso de los ojos de Ux y el círculo de ónice de sus iris. Tenía una mirada hermosa y siniestra. Un escalofrío me recorrió la columna, saltando de vértebra a vértebra.

Aflojó un poco la presión del cuchillo sobre el cuello del anciano y suspiró. Un suspiro hondo y sonoro que no cuadraba con la personalidad que yo había conocido de ese monstruo ni con todo lo que sabía de él.

—Recuerdas la historia que te conté en los pantanos, ¿Callie?

—¿Sobre Tatiana, Drashir y tú?

Él asintió con vehemencia.

—¿Recuerdas que te dije que había más? —preguntó con un halo de misterio. Instintivamente, contuve el aliento—. Pues bien, parece que yo tampoco lo sabía todo. Voy a contarte el resto de mi historia, y aquí nuestro venerable anciano te confirmará que todo lo que voy a revelarte es la pura verdad. Una verdad oculta durante demasiado tiempo. Una verdad que lo ha cambiado todo. ¿No es así, Ooris?

Este asintió sin vacilar y, en sus ojos, vi tristeza y arrepentimiento y cansancio.

Entonces, Ux empezó a hablar.

47 LA PURA VERDAD
CALLIE

Cuando Ux terminó de hablar, me temblaba todo el cuerpo. Apenas podía procesar lo que acababa de contarme. Tenía los ojos llenos de lágrimas y me dolía el pecho. Llevábamos unos segundos en silencio, mientras yo intentaba asimilar una verdad muy difícil de digerir: que el monstruo que tenía ante mí, el que me había secuestrado, abofeteado y casi abusado de mí, el que había retenido contra su voluntad a una docena de mujeres, obligándolas a acostarse con él y con los demás barogs perdidos… era el padre de Daryos.

Y ahora que lo sabía…, no podía evitar ver el parecido entre ambos. ¿Cómo no me había dado cuenta?

No es que fueran como dos gotas de agua, ni mucho menos, pero había demasiados detalles… demasiado parecidos. Por supuesto, el más importante era ese ojo azul, tan llamativo y distinto al color de los demás barogs. Un azul claro, intenso y luminoso como el cielo en un día veraniego. Cierto que el de mi barog no estaba moteado ni rodeado de negro, pero el celeste era casi idéntico.

El cabello negro brillante, las facciones duras y marcadas, aunque las de Daryos fueran algo más suaves, la mandíbula poderosa, el modo de moverse…

«¡Joder!», grité dentro de mi cabeza. Ux era el padre de mi *hoa uhane*… ¡y me había besado e intentado forzarme!

Las ganas de vomitar se me arremolinaron en la boca del estómago. Estaba muy mareada.

—¿Es cierto? —dije mirando a Ooris mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas—. ¿Ux es el padre de Daryos? ¿Estás seguro?

El anciano me miró con compasión. Pero yo no quería su compasión: ¡quería putas respuestas!

—Todo lo seguro que se puede estar. Tatiana vino a mí. Se había acostado con ambos en dos días consecutivos así que, realmente, nadie podría afirmar que Daryos es hijo de uno u otro. Pero todo en ella me transmitía su convicción de que era hijo de Uxuer. Y cuando el príncipe nació… Bueno, supongo que ya no le quedaron dudas.

—¿Lo ves, Callie? Yo no miento.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No me contaste toda la verdad la primera vez.

—No quería empañar la memoria de mi amada Tatiana. ¿Qué habría ganado contándole a todo el mundo, a sus hijos, que hizo el amor conmigo? ¿Que engañó al rey? ¿Que me amaba?

—Que se acostara contigo no significa que te amara, solo que se sentía atraída por ti. ¡A saber por qué!

Soltó una risa oscura y amarga.

—Sus motivos tendría, ¿no crees, Callie? Puede que tú y tus amiguitos me hayáis juzgado mal desde el principio.

—Puede que Tatiana te deseara o incluso te amara. Está claro que hay muchas cosas que desconocíamos y que ella jamás podrá explicarnos. Pero yo no necesito juzgarte en base a historias pasadas: tengo muy presente lo que me hiciste a mí y a todas las demás en los pantanos. Y nada de lo que puedas contarme cambiará las cosas ni mi opinión sobre ti.

—¿Has escuchado toda la historia? ¿La parte en que Drashir y esta escoria —dijo mirando a Ooris— me traicionaron y me apartaron de mi *hoa uhane*?

—¡Claro que sí! Fue una putada y lo siento de veras por ti y por ella. Si os hubieran dejado en paz con vuestro amor o lo que fuese, nada de todo esto habría ocurrido. Ninguna de las cosas horribles que han pasado después, ni las guerras ni nada. Así que, en eso, debo darte la razón, Ux.

—¡Aleluya! Creía que no conseguiría ni siquiera eso de ti.

—Pero no importa que yo lo entienda, porque nada de eso disculpa todo lo que hiciste después.

—Ah, ¿no? Mi mejor amigo me traicionó. La mujer a la que amaba, y a quien debía unirme en rito sagrado en Nemea, me repudió. Los ancianos me prohibieron vincularme a ninguna otra descendiente hasta la nueva apertura del portal… ¡doscientos años después, Callie! ¿Te parece poco? ¿No fue acaso crueldad?

Miré a Ooris con reprobación. Los ancianos eran unos hijos de puta manipuladores, de eso ya no me cabía la menor duda.

—Dime, Callie, ¿qué otra cosa podía hacer? —insistió él.

—Para empezar, aguantarte. Hay mucha gente que sufre en este mundo y en cualquier otro, y no por ellos va jodiéndoles la vida a los demás ni declarando guerras horribles contra su propia especie. Siento lo que te ocurrió, Ux, de verdad, pero que te arruinaran la vida no disculpa lo que hiciste a Susi o a Sylvia, ni el calvario que le impusiste a Cienchó a cualquiera de los otros. Ni hablar.

—Te salvé la vida.

—¡Porque te interesaba! Me querías para engrosar tu harén de humanas descendientes. Así que no seas hipócrita.

—Tu querido Daryos y los demás barogs de la aldea os arrancaron de vuestro hogar en la Tierra y os trajeron aquí. Os marcaron a fuego como si fueseis ganado y os lanzaron por la selva en la cacería. ¿Quién es la hipócrita? Sabes de sobra que no soy peor que muchos de ellos. ¿Y qué excusa tienen? Yo al menos tengo una —soltó con voz gutural. Había sarcasmo en sus palabras, pero también mucha tristeza.

Puede que, en una pequeñísima parte, tuviera razón respecto a los barogs de la aldea. Pero poco importaba: él era un monstruo terrible. Fin de la historia.

Nos quedamos en silencio de nuevo.

—No puedo creer que seas su padre —murmuré.

—¿No te hace ilusión tenerme como suegro, Callie? Te aseguro que, cuando me lo propongo, puedo ser encantador.

Me entró una arcada.

—No me hagas contestar a eso.

Suspiró.

—Mira, piensa en lo que sientes por mi hijo y…

—No lo llames así. Él no te conoce, tú no le criaste. Su padre fue Drashir. Que seas su padre biológico no cambia nada.

Resopló.

—Lo que tú digas. Ya volveremos a eso después. Lo que trato de decirte es que pienses en lo que sientes por Daryos e intenta imaginar que alguien te lo arrebatara. Que no te permitieran acercarte a él nunca más. Que le perdieras para siempre. Y ahora, imagina que es tu mejor amiga, aquella en la que más confías, aquella que conoce todas tus debilidades, tus anhelos y tus secretos, la que te lo roba y se convierte en su pareja. ¿Cómo crees que te sentirías?

—Me volvería loca —solté sin pensar. Él sonrió con malicia.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—No, ni hablar, porque me volvería loca, pero no iría iniciando guerras ni matando a todo el mundo ni forzando a otros barogs a que se acostaran conmigo. Me jodería, pero no me dedicaría a hacer el mal.

—Claro, por supuesto, Callie. Porque tú eres una buena persona y yo… un completo monstruo hijo de puta.

—Tatiana no era tu *hoa uhane*, Ux —dijo de pronto Ooris.

El rostro del barog perdido se contrajo, y la ira y el odio se apoderaron de él.

—Quizás ese comentario no sea el más inteligente, dadas las circunstancias —le dije al anciano.

—Tal vez no, pero no me queda mucho tiempo, así que prefiero decir lo que pienso.

—Encontré a Tatiana en la Tierra. Nos amamos y yacimos juntos. Y cuando cruzamos juntos el portal y la traje a Nemea, Drashir se prendó de ella y me la arrebató. Tatis y yo no tuvimos ni una sola oportunidad: ¡nos las robasteis todas, anciano!

Cuando escuché a Ux llamarla por ese diminutivo, «Tatis», algo se removió en mi pecho. Había adoración, profundo cariño y respeto en esa pequeña palabra. Había cercanía, complicidad.

Por un instante, breve y fugaz, me puse en su piel y traté de entender lo que aquello había supuesto para él. Jamás le perdonaría por lo que había hecho, pero podía comprender su desesperación.

—Ella eligió libremente a Drashir.

—¡Eso no es cierto! No te atrevas a escupir semejante mentira. Vosotros la manipulasteis, ¡la obligasteis a elegirle! Drashir era el príncipe por entonces y tú querías ganarte su favor. Le concedisteis el capricho de quedarse con ella. ¿Qué importaba que yo la amara y ella me amara a mí?

—No niego que os amarais en la Tierra, Uxuer, como humanos. Tal vez tu forma humana conectó con ella a un nivel mucho más profundo de lo esperado y os unisteis de algún modo en cuerpo y alma. No digo que no, pues los caminos de los dioses son misteriosos y no lo sabemos todo. Hay muchos enigmas todavía por descifrar. —Escrutó mi rostro cuando pronunció las últimas palabras.

—Entonces, ¿qué demonios me estás diciendo, anciano? ¿Qué puede que fuera mi pareja de vida como humano, pero no como barog? Eso no ha ocurrido nunca y no tiene ningún sentido.

—Cosas más raras se han visto, Uxuer —dijo con ese tono inquietante, sin dejar de mirarme.

—En eso tienes razón, anciano. Estamos ahora mismo ante la descendiente de la profecía; la humana con la marca de la espiral; la única que ha logrado transformarse en nuestra forma primigenia. —Los ojos azules de Ux, ahora clavados en los míos bajo la luz anaranjada de las antorchas, se oscurecieron.

El ligero resplandor verdoso de las incipientes lunas se colaba por la ventana y formaba sombras a nuestros pies.

—Tatiana y Drashir eran almas gemelas, Ux. Lo sintieron ambos en cuanto se conocieron… y también lo sentimos los cuatro ancianos. No hay ninguna duda al respecto. El rey Drashir fue su *hoa uhane* durante toda su existencia.

—Mientes otra vez. Tú no hablas por los dioses, nunca lo has hecho. Eres un impostor, una lacra de nuestro pueblo.

—Piensa lo que quieras de mí, pero sabes que digo la verdad. Se amaban y estaban vinculados.

—También me amaba a mí, no puedes negarlo. Tuvo sexo conmigo, cruzó el portal conmigo, Ooris.

—No debiste yacer con ella en la Tierra.

—¿Habría supuesto alguna diferencia? Drashir la habría reclamado igualmente. Al menos tuvimos algo hermoso, único, antes de que él se interpusiera entre nosotros.

—Te ataste a ella de algún modo y tú mismo provocaste tu propio sufrimiento. Si no lo hubieras hecho, ¡te habrías ahorrado tanto dolor, Ux! ¡Tanta desgracia! A ti mismo y, después, a nuestro pueblo. Eras un barog magnífico y un gran sanador. Habrías podido unirte a otra descendiente en esa apertura del portal o en cualquiera de las siguientes. Habrías tenido la oportunidad de ser feliz.

—Jamás habría podido ser feliz sin Tatiana. Nunca me interesó vincularme a ninguna otra.

El anciano lo miró con suspicacia.

—¿Es eso lo que crees? No, yo pienso que sabes bien que habrías podido elegir otro camino; a otra descendiente.

Ux abrió los ojos un poco más de lo habitual, pero enseguida ocultó su sorpresa.

—No digas tonterías, anciano. No tienes ni idea de lo que hablas.

—Pero eres demasiado cobarde como para aceptar que te equivocaste con Tatiana y que has estado derramando sangre inocente una y otra vez para nada.

La mirada de Ux se oscureció aún más y sus facciones se endurecieron.

—Cuidado, anciano. Mi paciencia tiene un límite y hace varios siglos que lo rebasaste.

—Por eso sé que vas a matarme y que lo harás cuando ya no me necesites.

—Siempre has sido un cabrón muy astuto, Ooris. Pero no pretendas saber lo que voy a hacer. No tienes ni idea de en lo que me he convertido.

Ux aflojó un poco el cuchillo y permitió que el anciano se girara hacia él. Se miraron a los ojos durante unos segundos que me parecieron eternos. El odio entre ambos era palpable. Sin duda, había una larga historia entre ellos y era de todo menos bonita.

Fue el anciano quién volvió a hablar:

—¿Te he contado alguna vez por qué me eligieron como anciano, Ux, hace ya miles de años?

—Ilumínanos, Ooris. Seguro que Callie está deseando escucharlo.

La verdad es que sí. Seguía muy asustada. ¡La situación no era para menos! Sin embargo, lo peor no era el miedo a no saber si Ux asesinaría a Ooris o si yo lograría salir viva de allí. Lo peor era el daño que la revelación de Ux iba a causarle a Daryos. Conocía bien a mi barog, y enterarse de que ese hijo de puta era su padre lo destrozaría. Y si solo fuese eso…

Si era hijo de Ux, significaba que no era hijo del antiguo rey, ni hermano de Cyrus por parte de padre…, ni el verdadero príncipe de Nemea. Apuesto que esto último no le afectaría tanto, pero lo de Cyrus… ¡Ah, eso sería el golpe más duro! Me preguntaba también cómo se lo tomaría el rey.

Bueno, ya me enfrentaría a todo eso más tarde. Primero, debía sobrevivir. No tenía ni idea de cuáles eran los planes de Ux, y más me valía andarme con mucho ojo.

—Siempre he tenido un don muy especial: detectar a las parejas de vida.

Ux soltó una sonora carcajada, cargada de desprecio.

—Debo reconocer, Ooris, que te superas a ti mismo y logras sorprenderme cada vez que nos reencontramos en esta extraña existencia nuestra.

—No me creas si así lo prefieres, pero te aseguro que nunca me ha fallado.

—Y por supuesto, por eso sabes que Tatiana no era mi *hoa uhane*. ¿Es ahí a donde quieres llegar?

—No, Ux, no lo era. Te lo dije entonces y te lo repito ahora: ella y Drashir estaban predestinados el uno al otro.

El barog perdido alzó una ceja.

—Volvió a acostarse conmigo mucho tiempo después, cuando ya llevaba siglos vinculada a ese rey traicionero. Y no solo eso, sino que me dio un hijo, Ooris. ¡Se quedó embarazada de mí y tuvimos descendencia!

—Sabes bien que, a veces, es posible engendrar con una descendiente con la que el barog no está vinculado. Tú mismo me contaste que engendraste con la humana Sylvia un hijo y ella estaba unida a Sonah.

—¡Porque Sonah está muerto! ¿Conoces algún caso, anciano, de un barog que haya dejado preñada a una humana vinculada? No, ¿verdad? Porque el caso de Tatiana y yo es único.

—Eso no podemos afirmarlo a ciencia cierta. ¿Quién sabe si no se dieron otros casos con otras descendientes y se han mantenido ocultos? ¿Cómo saber con total seguridad quién es el padre de cada niño barog?

—En la Tierra podríamos averiguarlo. Tenemos tecnología infalible para determinar la paternidad —intervine.

Ni siquiera sé por qué dije eso. Supongo que me habría gustado poder comprobar si Ux era el padre de mi barog, aunque ya no me quedaban dudas al respecto.

La marca de la espiral me hormigueó con suavidad en señal de apoyo. Bajé la mano y le rasqué la cabecita peluda a Naranjito. Él y Artia seguían inmóviles a mi lado, mientras Enzo se mantenía en guardia. El león estaba nervioso, pero continuaba tumbado y no había vuelto a protestar. Era un animal leal y valeroso.

Miré de reojo hacia la puerta. Ni rastro de mi barog ni de nadie. Por el barullo que procedía de la plaza, estaba claro que la mayoría de los barogs seguían ahí, aunque el ruido de la batalla se había atenuado, como si estuviese llegando a su fin. Ojalá fuese así y la victoria estuviera ya en nuestras manos.

Deseaba con todas mis fuerzas que Daryos apareciera y me rescatara, aunque sabía que, en cuanto entrara por la puerta, cualquier cosa sería posible.

«Por favor, dioses, que no venga solo. Haz que sus amigos le acompañen. Echadnos un cable, anda», volví a pedirles a los dioses en silencio.

—Olvidas algo muy importante, anciano. Tatiana y yo no solo engendramos un hijo, el valiente y bondadoso Daryos, príncipe de Nemea. Engendramos al barog de la profecía. El barog con la marca sagrada de la espiral, unido a la descendiente Callie, la única

humana que se ha transformado en barog. Si eso no es el destino del que tanto te gusta hablar, no sé qué otra cosa puede ser.

Se hizo el silencio, aplastante y denso. El calor seguía siendo sofocante incluso ahora que el sol había desaparecido tras el horizonte de la selva. No corría ni una gota de aire.

—Ahí hay que reconocer que tiene razón —dije mirando al anciano. Quizá debería haber mantenido la boca cerrada, pero ¡maldita sea! ¡Todo cuadraba!

Ux inclinó levemente la cabeza en mi dirección en señal de agradecimiento.

—Por una vez, alguien que me da la razón —murmuró.

—Los designios de los dioses son caprichosos. No sabemos por qué os eligieron a Tatiana y a ti, pero el caso es que así es: vuestro hijo es el barog de la profecía.

—¿Caprichosos, anciano? Es gracioso cómo cambias de criterio según te conviene. Ooris, el gran defensor de los designios del destino, de las almas gemelas predestinadas… y no es capaz de aceptar lo que tiene ante sus propias narices —dijo, burlón. Su tono se volvió afilado y desafiante cuando añadió—: Tatiana y yo estábamos predestinados a unirnos y a procrear. Estábamos destinados el uno al otro desde los inicios de los tiempos de nuestro pueblo, pues la profecía, según tú mismo has defendido siempre, es lo más antiguo y sagrado que nos dieron los dioses.

—Eso no significa que Tatiana y tú fuerais *hoa uhanes*.

—¡Por supuesto que sí! Y también significa que los ancianos apoyasteis al barog equivocado. Os posicionasteis en el bando de Drashir, cuando deberíais haber sido fieles a vuestro cometido y respetar vuestras propias leyes y tradiciones. Lo hiciste todo mal, Ooris, y estáis pagando las consecuencias. Tu don de detectar parejas de vida te falló con nosotros. Quién sabe, quizá nunca tuviste tal don y solo has actuado por pura conveniencia desde siempre. Porque yo soy el padre del barog de la profecía y, sin mí, Daryos jamás habría existido.

—Te encaprichaste de Tatiana igual que te has encaprichado de muchas otras, buscando el amor que siempre te fue negado.

Ux rugió.

—No te atrevas a hablar de eso. ¡No te atrevas a mencionarla!

«¿A quién?», me pregunté en silencio. La conversación se estaba poniendo tan interesante que, por un momento, me olvidé hasta del peligro que corría.

—Tu madre jamás te amó. Te repudió desde el primer día, y has mendigado amor desde entonces. Pero lo haces en el lugar equivocado, Uxuer.

—¡Cállate! ¡No sabes de lo que hablas! Mi padre me quiso y cuidó de mí. Jamás me faltó de nada y me enseñó su oficio. Mi madre era una loca desgraciada que odiaba a todos en Nemea.

—Busca en tu corazón, Uxuer. Una vez fuiste un barog honorable y de bien. Ese barog tenía una pareja de vida destinada a él. Sabes quién es, lo presiento. Detén esta locura que iniciaste hace mucho y retírate. Renuncia a las armas, al trono, al poder. Búscala a ella y déjate llevar por lo que sientes, en lugar de luchar contra el rey y los demás con todas tus fuerzas. El amor no te hace vulnerable, Uxuer, al contrario. Y hasta que no lo aprendas, no lograrás salir adelante y superar todo lo que te ocurrió.

«¿Ux tiene una *hoa uhane* en alguna parte? ¿Quién demonios es?».

—He dicho que cierres la boca.

—¿Cómo sabes todo eso, Ooris? —pregunté.

—Ni se te ocurra alentar los delirios de este loco, Callie —rugió Ux.

Le ignoré por completo. Aquello acababa de ponerse muy interesante. Hasta Naranjito y Artia parecían estar escuchando atentamente, un poco inclinados hacia delante como si no quisieran perderse detalle.

—Os lo he dicho, es uno de mis dones.

Lo miré con suspicacia. Puede que Ux fuera un monstruo malnacido, pero el anciano tampoco me inspiraba demasiada confianza. Aun así, no tenía ninguna intención de contribuir a provocar su muerte.

—Me importa una mierda tu don, viejo. Tatiana y yo nos amábamos. Puede que también amara a Drashir, no voy a meterme

en eso. Pero yació conmigo antes de llegar aquí y volvió a hacerlo en la cascada, siglos después. Me dio un hijo, que, por lo que sé —dijo mirándome—, es magnífico. Y es el barog de la profecía ancestral de nuestro pueblo, el que se supone que nos traerá la victoria y la paz.

—A la aldea, Ux, no a ti.

—Eso ya lo veremos. —Hizo una inquietante pausa y concluyó —: Sin duda, por mucho que te fastidie, Ooris, tengo un papel importante en la historia de nuestro pueblo… como padre de Daryos —dijo con vehemencia.

—Y como el barog que traicionó a su especie y provocó dos guerras terribles.

En ese instante, los ojos de ambos echaban chispas. Tenía que hacer algo o la situación se descontrolaría por completo.

—¿De verdad no mataste a Tatiana? Penny nos lo contó en la posada.

Sus ojos resplandecieron con intensidad a la luz de la antorcha.

—La amaba con locura, Callie. ¡Jamás le habría hecho daño! Ni a ella ni a ninguna otra descendiente. Vosotras sois lo más hermoso, lo más valioso para el pueblo barog. Lo que realmente mueve nuestras vidas. Nunca he pretendido haceros daño. La muerte de Tatiana y de Elena fueron un error imperdonable y una gran desgracia. Y aunque yo no blandí el arma que segó sus preciosas vidas, nunca me perdonaré por ello. Es lo único que realmente lamento de mi existencia. Asumo la responsabilidad por sus terribles muertes.

Sentí en lo más hondo de mi alma que era sincero. Sentí cómo esas muertes pesaban sobre él y el dolor, el odio y la humillación que anidaban en su interior. Eso no justificaba ni perdonaba nada de lo que había hecho. ¡Ninguna de esas atrocidades! Aun así, le creí.

—No le escuches, Callie. Lo único que desea es arrebatarle el trono a Cyrus, hacerse con la aldea y con todas las descendientes, y ponerte a ti y a Daryos de su lado. No dejes que te manipule… o habrá vencido.

Juro que nada me habría gustado más que no creer ni una sola palabra que viniera de ese monstruo. Pero su amor por Tatiana era cierto. Él no la había matado; Penny había sido testigo de lo ocurrido.

—Acércate, Callie. Hay algo que quiero que veas.

Me levanté despacio y avancé hacia ellos. Las piernas me temblaban y estaba aterrorizada. Naranjito dio varios saltitos en mi dirección y Enzo se alzó sobre las cuatro patas, pero yo los detuve con la mano. Artia permaneció sentada, muy quieta, con los ojos plateados fijos en Ux. Pero sus garras afiladas estaban ahora extendidas sobre su regazo, preparadas para defenderme si llegara el caso.

Me detuve a un metro de ambos y miré hacia abajo, hacia el rostro del anciano.

—Ten cuidado, Callie. No debes fiarte de él —dijo Ooris.

Ux apretó la punta del cuchillo en su garganta y rasgó la piel. Un hilillo de sangre resbaló por su cuello y manchó un poco más su túnica beis, que estaba sucia y desgarrada.

—No soy estúpida, te lo aseguro. Pasé varios días con él. Sé perfectamente la clase de barog que es.

Ux soltó una carcajada cavernosa.

—Hay que reconocer que tienes agallas, mujer. Lo supe desde el momento en que nos conocimos. Me regocija que mi hijo haya escogido tan bien. No podría tener una nuera mejor que tú.

—Aquí me tienes. ¿Qué quieres? —le dije alzando la barbilla, tal como le había visto hacer a Tina un millón de veces.

Metió la mano libre en un pliegue del taparrabos de piel y extrajo una bolsita de cuero.

—Ábrela.

Obedecí. Saqué un pedazo de papiro doblado y lo abrí. Había algo escrito, como una carta. La firmaba Tatiana.

—Léela, Callie. En voz alta, por favor.

Tragué saliva.

Sujeté la carta con manos temblorosas y comencé a leer:

«Lo siento mucho, Ux. Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera. Ahora, no puedo hacer nada más que permanecer al lado de mis hijos y mi rey. Solo espero que lo comprendas y recapacites. Apelo al hombre que una vez conocí y al que ciertamente amé. Apelo a tu compasión, a tu buen juicio y a tu corazón. Y si alguna vez me amaste, si todavía me amas, te ruego que pongas fin a tus planes y no inicies esta guerra horrible que nos destrozará a todos.

Ojalá algún día podamos reencontrarnos como amigos, como dos seres que un día se amaron y no se guardan ningún rencor. Hasta entonces, espero que decidas con la sabiduría y la bondad del sanador que sé que todavía existe dentro de ti. Yo le conocí hace mucho… y le amé.

Te pido perdón por el daño que te hice y rezaré cada día del resto de mi existencia porque los dioses te concedan la felicidad que mereces.

Hasta que nos volvamos a encontrar.

Tatiana».

Cuando acabé, las lágrimas anegaban mis ojos. La guardé de nuevo en la bolsita y se la devolví.

—Si ella hubiera aparecido en la Gran Roca, si hubiera decidido escaparse contigo, ¿habrías cumplido tu promesa? ¿Habrías impedido la guerra?

Él asintió.

—No espero que me creas, pero es la verdad. Sin embargo, ella no apareció.

—Te creo —solté sin más.

Él suspiró.

—Gracias, Callie. No sabes lo que esas dos palabras significan para mí.

En mi pecho se agolpaban emociones muy contradictorias. Sabía que Ux seguía siendo peligroso y que debía guardarme para mí todo lo que pensaba.

Aun así, hablé:

—Deberías haberte detenido cuando todavía estabas a tiempo, Ux. Eres inteligente, quizás el más astuto de todos los

barogs que conozco, y un gran sanador. Podrías haber tenido tu lugar en la aldea, un lugar respetado y destacado, pero escogiste otro camino. Y esa decisión fue culpa tuya, de nadie más. Hiciste demasiado daño a demasiadas personas. No importa que Tatiana te amara, ni siquiera que seas el padre de mi Daryos. No te perdonarán jamás. No saldrás vivo de aquí.

Una llama intensa fluctuó en sus ojos, tan hermosos como siniestros.

—Supongo que pronto lo averiguaremos, ¿no crees?

—Entrégate ahora, Uxuer, y puede que el rey te conceda una muerte rápida y piadosa. Es un barog compasivo, a diferencia de ti —dijo Ooris.

—No creo que Ciench o el guardián del templo, Sulveh, permitan que Cyrus me mate sin más. Tienen muchas afrentas que vengar, y no los culparía por ello. —Lo dijo con serenidad y respeto, como si aceptara su destino.

Pero yo sabía que no iba a rendirse tan fácilmente. Había mantenido al anciano con vida para que corroborara su historia y me había obligado a oírla. Tenía algo planeado, eso seguro. Y apostaba a que iba a jugar la carta del papaíto de Daryos todo cuanto pudiera.

—Tú solo te lo has buscado, Uxuer. Los dioses no perdonan la traición al pueblo barog.

—Y, sin embargo, os han perdonado a vosotros los ancianos durante milenios.

«Ahí le has dado», pensé. No podría estar más de acuerdo.

Entonces, Ux clavó la mirada en mi rostro y percibí un cambio en él. Como si, de pronto, hubiera tomado una decisión. Por instinto, retrocedí unos pasos hacia el taburete que antes ocupaba. Pero no llegué a sentarme, me quedé a medio camino.

—Lo has escuchado todo bien, ¿verdad, Callie? Lo que he explicado y lo que Ooris ha confirmado como cierto.

Asentí.

—Sí, lo he oído todo.

—Y, si te pidiera que contaras mi historia y todo lo que has oído aquí, lo harías, ¿verdad?

—¡Qué remedio!

—¿Lo harás?

Asentí.

Una sonrisa tenebrosa se curvó en sus labios y comprendí demasiado tarde que las cosas estaban a punto de ponerse aún más feas.

Sin previo aviso, Ux deslizó el filo del cuchillo por la garganta de Ooris, de un extremo al otro, dibujando un corte profundo en su piel. El anciano mantenía la mirada clavada en mi rostro mientras se desangraba ante mis ojos.

No se resistió. Juraría que había aceptado su destino con calma, como si supiera que las cosas iban a acabar así para él desde el mismo instante en que Ux lo apresó en el templo y asesinó a los otros tres ancianos.

—¡No! —grité horrorizada, tapándome la boca con las manos —. ¿¡Por qué lo has hecho!?

—Creía que había quedado muy claro, Callie —dijo Ux con voz de ultratumba, soltando al anciano, que se desplomó bocarriba en el suelo.

Traté de apresurarme hacia él y socorrerlo, pero Enzo se interpuso en mi camino y me empujó hacia atrás, protegiéndome con su cuerpo. El león rugió, con uno de esos rugidos que emergían de su garganta cuando se acercaba un enemigo. Era imposible que Daryos no le oyera.

Pronto vendría a por mí.

—Ayuda al rey y al príncipe, Callie —murmuró Ooris, con los párpados ya cerrados—. Ayuda a tu especie, los barogs.

Me estremecí.

Porque esa era la verdad: yo también era una barog.

—Bien, Callie, ahora solo tú y yo conocemos la verdad. No me falles, ¿de acuerdo? —dijo Ux, poniéndose en pie y observándome con esos ojos afilados como navajas.

Caminó varios pasos hacia mí y se situó de lleno bajo la luz de la antorcha.

Sus ojos brillaban como dos zafiros encendidos, su melena negra caía salvaje y enmarañada sobre sus hombros, su cicatriz se estiraba sobre la piel del pómulo mientras él curvaba los labios en

una sonrisa helada. La espiral grabada en uno de sus pectorales relucía bajo el resplandor de las lunas, como una declaración implacable.

—¿Por qué lo has matado? ¿Solo por venganza?

—Ya no le necesitaba. Ahora te tengo a ti.

—Has exterminado a todos los ancianos de tu especie —balbuceé con lágrimas en los ojos.

—Te aseguro que nuestro pueblo estará mucho mejor sin ellos. Créeme, Callie: si los hubieras sufrido tanto tiempo como yo, sabrías que no eran más que escoria. Le he hecho un favor al rey.

Retrocedí un par de pasos más, parapetada tras Enzo.

—¿Harás lo mismo conmigo cuando ya no me necesites?

—Te lo dije, jamás mataría a una descendiente, y mucho menos a ti. Las cosas han cambiado mucho desde que estuviste en los pantanos. Eres la *hoa uhane* de mi hijo y nunca haría nada para perjudicarte a ti o a él.

Por un momento, me vino a la mente el hijo de Sylvia. Si su padre también era Ux, Daryos y el pequeño Sonah eran hermanos. ¡Dioses, menudo lío!

¿Y cómo se tomarían Cyrus y Daryos la traición de su madre hacia Drashir? A fin de cuentas, ella le había sido infiel. ¿Cómo les afectaría todo eso?

Era imposible que la situación acabara bien.

—¿Qué quieres de mí?

Ux avanzó un par de pasos.

—Tan solo que me ayudes a contar la verdad a tu barog, eso es todo. Necesito hablar con Daryos y que tú me ayudes a que me crea.

—Eso no te salvará.

Enzo rugió otra vez y me empujó hacia atrás con el morro.

—¿Confirmarás mi historia, Callie? Es lo único que te pido.

—Lo haré —contesté temblando—. No porque tú me lo pidas, sino porque es la verdad y el rey y el príncipe merecen saberla.

—Con eso me vale. No debes temerme, Callie. Te prometo que estás a salvo conmigo.

Solté una carcajada histérica.

Entonces, Daryos irrumpió en casa.

48 BENDICIONES
DARYOS

En cuanto entré en casa, el corazón me dio un vuelco. Callie y Enzo estaban en mitad de la sala, y Ux frente a ellos, al fondo. A sus pies yacía el cadáver de Ooris, desangrándose sobre el suelo de nuestro hogar. Nuestro pueblo acababa de quedarse sin ancianos.

Naranjito y Artia también se encontraban allí. Me tranquilizaba pensar que ese par siempre se mantenía cerca de Callie, dispuestos a protegerla, tal como hacía mi león.

La premonición que había tenido minutos antes en la plaza era completamente cierta. Solo que, en ella, Ooris todavía estaba vivo, así que Ux lo había matado en el poco tiempo que yo había tardado en llegar a casa.

La rabia y el miedo se arremolinaron en mi interior. Apenas me dejaban respirar. La marca de la espiral de mi espalda ardió en mi piel como fuego incandescente cuando alcé el machete y avancé, dispuesto a matar a ese monstruo que amenazaba la seguridad de mi preciosa *hoa uhane.*

Si le ponía una mano encima, se la cortaría de cuajo. Lo despedazaría y luego lanzaría sus restos a la hoguera para que se convirtieran en cenizas inmundas, que después tiraría a los pantanos hediondos, adonde ese malnacido pertenecía.

—¡Sal de aquí, Callie! ¡Corre! —grité como un desesperado, con la voz desgarrada por el pánico.

Sin embargo, nadie se movió. Tampoco Enzo, que seguía interponiéndose entre Callie y ese monstruo.

Ux permaneció apoyado en la pared y ni siquiera hizo el ademán de coger un arma, como si no tuviera intención alguna de

luchar contra mí. Se limitaba a mirarme directamente a los ojos con una expresión indescifrable.

De pronto, me asaltó una pregunta absurda: ¿por qué cada vez que había intervenido en el enfrentamiento entre mi hermano y él, este había evitado luchar contra mí? No tenía ningún sentido.

—¡Espera, Daryos! —dijo Callie, interponiéndose entre Ux y yo con la mano alzada a la altura de mi pecho.

Abrí los ojos como platos.

—¡Huye, Callie! ¡Los demás ya vienen! ¡Voy a encargarme de este cabrón!

Avancé unos pasos más, pero ella me impidió continuar. Había lágrimas en sus ojos y tenía las mejillas mojadas. ¡Había estado llorando! Empezó a dolerme el estómago.

—Espera, amorcito, por favor. —Apoyó las palmas de las manos en mi pecho y empujó para detenerme.

Me quedé helado. ¿Por qué narices Callie me impedía atacarlo? ¿Qué demonios ocurría?

Cuando miré a Ux, seguía inmóvil. No iba a pelear contra mí, hasta parecía relajado. Debería estar huyendo hacia la selva para salvar el pellejo. Podría haber escapado hacía rato y, sin embargo, se encontraba ahí, en mi casa, observándome en silencio.

—¿Por qué no quieres que acabe con él, Callie? Ahí fuera, hemos vencido. ¿Lo oyes hijo de puta? Tus barogs perdidos y tus inferiores están muertos o han escapado hacia los pantanos.

—Lo imaginaba —dijo él. No mostraba interés alguno por enfrentarse a mí o largarse.

—Pelea contra mí, cabrón. ¡Acabemos con esto!

Callie seguía entre nosotros, empujándome con todas sus fuerzas.

Si hubiese querido, habría podido apartarla sin apenas esfuerzo. Pero si ella estaba conteniéndome, algún motivo tendría. Y ese motivo desconocido para mí me estaba volviendo loco.

—No tengo ninguna razón para luchar contra ti, príncipe Daryos.

—Pues yo sí que tengo unas cuantas, así que coge tu arma y deja de actuar como un cobarde.

Se limitó a soltar una risa bastante amarga.

«¿Qué? ¡Menudo imbécil!».

—¿Acaso no quieres rebajarte a luchar contra mí? —insistí—. No te preocupes, pronto estará aquí el rey y, entre los dos, te haremos picadillo, si es eso lo que andas buscando.

Suspiró, cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y cruzó los brazos sobre el pecho, encima de esa espiral que no estaba tatuada, sino marcada en la piel del pectoral. ¡Como si el tipo se creyera el mismísimo barog de la profecía!

—No voy a luchar contra ti, Daryos —repitió—. Y no es porque no quiera rebajarme. Eres un barog valiente y fuerte, sería todo un honor.

Se me desencajó la mandíbula.

—En ese caso, ¿por qué, Ux?

—Esperaremos a que llegue tu hermano. Entonces, Callie os contará mi historia. Después de eso, podréis decidir qué hacer conmigo.

Me quedé de piedra. ¿Qué tenía que ver mi preciosa mujer con todo eso? ¿Acaso ese desalmado la había amenazado o le había lavado el cerebro? ¡Imposible! ¡A mi Callie no podía manipularla nadie! Menuda era mi *hoa uhane*. ¡Una fuerza de la naturaleza!

—¡Esto es ridículo! Pongamos fin a esto de una vez por todas. Tú y yo. Secuestraste a mi pareja, la golpeaste y trataste de abusar de ella. Mis motivos son más que suficientes para que nos enfrentemos ahora mismo.

—Espera, Daryos, hazme caso. Hay algo que no sabes. Algo muy importante —dijo Callie con voz temblorosa.

¡Aquí estaba pasando algo muy chungo!

—¡Pues dímelo! Tanta incógnita me está matando. ¿Por qué demonios no quieres que acabe con él? ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha amenazado con algo? ¡Ha perdido y no tiene ya ningún poder sobre nadie, Callie! ¡Está solo!

—Créeme, amorcito, nada me gustaría más que ver cómo lo destripas. Pero puede que, cuando conozcas la verdad, no quieras hacerlo.

—¿De qué verdad me hablas? Traicionó a nuestro pueblo, ha provocado dos guerras intestinas horribles, mató a mi familia, secuestró a muchas descendientes… No necesito saber ninguna otra verdad para convencerme de que es un monstruo que merece ser borrado de la faz de Nemea.

La mirada de Callie se entristeció.

—Aguarda hasta saberlo todo, príncipe. Tal vez cambies de opinión —dijo Ux.

—Lo dudo mucho —gruñí.

Varios pasos retumbaron en el suelo tras de mí. Cyrus y mis amigos habían llegado, con los machetes, las lanzas o los cuchillos en mano, tan dispuestos como yo a abalanzarse sobre Ux. Entre todos lo aniquilaríamos. No quedaría ni un solo pedazo reconocible cuando acabásemos con él.

—Bienvenido, rey de Nemea. Te estábamos esperando —soltó Ux.

Mi hermano se detuvo a mi lado y lo miró a los ojos sin comprender. Axeh, Lansh y Xerx lo miraron del mismo modo. Yo llevaba ya unos minutos allí y tampoco entendía nada.

Xioh no había venido. Supuse que habría regresado a la posada para seguir remendando a los heridos. Ahora mismo, el sanador era más necesario allí que nunca.

Mi hermano clavó la vista en el cuerpo de Ooris e hizo una mueca de desolación.

—¿Tenías que matarlos a todos? —preguntó, alzando la vista de nuevo hasta el rostro de Ux. Cuando sus ojos se encontraron, ambos rugieron.

—Créeme: te he hecho un favor. A ti y a todos. Los ancianos no eran más que escoria, y Ooris era el peor de todos. Estaréis mucho mejor sin sus manipulaciones maquiavélicas y sus tradiciones podridas.

Cyrus observó durante unos segundos el cadáver, murmurando una oración. Al acabar, dijo con vehemencia:

—La victoria es nuestra, Ux. Tus hordas han sido desmanteladas. Solo quedas tú.

—Mis felicitaciones, Cyrus. Parece que tus fuerzas eran mucho mejores que las mías. Has jugado bien la partida.

—Dejémonos de cháchara y acabemos con esto tú y yo.

—Antes de la última batalla, quiero que escuches a Callie. Que *todos* la escuchéis.

Mi hermano miró a mi *hoa uhane* y luego a mí.

—¿Tú sabes de qué va esto, D?

Negué con la cabeza.

—Ni idea, pero parece empecinado en contarnos su historia.

Tenía una sensación desagradable en el estómago. Algo me decía que no me iba a gustar lo que iba a contarnos ese desgraciado.

—Basta ya de chorradas, Ux. Luchemos ahora y pongamos fin a esta horrible guerra. ¿O acaso prefieres rendirte? Sé de unos cuantos a quienes les encantaría ponerte las manos encima —dijo mi hermano.

Como si los hubiera invocado, Ciench y Sulveh irrumpieron en mi casa, acompañados de Toruch. Por los rugidos que provenían de la entrada, sus leones debían de haberse quedado al pie de las escaleras.

—Matemos a esta bestia ahora mismo. No merece seguir respirando ni un segundo más —soltó Ciench.

Sus ojos, entre grisáceos y azules, se habían oscurecido. Jamás había visto esa expresión tan dura y atormentada en su cara.

Mi amigo estaba sufriendo. Tenía delante al cabrón que se había llevado a Susi y abusado de ella durante mucho tiempo. Callie había estado retenida tan solo una semana y yo ya odiaba a muerte a Ux. Podía imaginar cómo se sentía Ciench. ¡El dolor debía de ser insoportable!

Sulveh desenfundó su machete y se limitó a asentir. El barog perdido que teníamos delante era el responsable de la muerte de Elena y Sonah. Los ojos del guardián rezumaban un odio salvaje y brutal.

¡Y eso que Ciench y Sulveh eran dos de los barogs más centrados y calmados! Pero Ux les había destrozado la vida.

Ambos avanzaron en dirección a nosotros.

Ux lanzó una mirada a Callie y esta asintió. Eso me sentó como si acabaran de clavarme un cuchillo en mitad del pecho y me lo estuvieran retorciendo. O como una patada en las pelotas, vaya.

—Esperad. Necesitáis escuchar esto. Después, podréis hacer lo que queráis con él —dijo mi amor. Seguía teniendo los ojos vidriosos y todo su cuerpo temblaba.

Por primera vez desde que había llegado a casa, fui consciente de que había regresado a su forma humana. ¿Se transformaría a partir de ahora a voluntad? Deseaba acabar con esto y quedarme a solas con ella. Me moría por abrazarla y preguntarle muchas cosas. No habíamos tenido tiempo de nada.

—Deberías irte, Callie —dijo mi hermano con firmeza. En sus ojos había respeto y cariño por mi *hoa uhane*, y yo sabía que solo le había dado esa orden para sacarla de ahí y apartarla del peligro—. Regresa a la posada. La guerra ha terminado y estáis todas a salvo. Allí están Tina y las demás mujeres, y…

Callie meneó la cabeza.

—No puedo. Aún no. Es muy importante que, primero, dejéis que os lo explique.

—Vamos a matar a ese monstruo, Callie. Así que te sugiero que te apartes de nuestro camino ahora mismo. No es momento para heroicidades —insistió C.

Ella lo miró, no de un modo desafiante o burlón, sino todo lo contrario: con tristeza. Después me miró a mí del mismo modo, como si supiera que lo que estaba a punto de decirnos iba a hacernos daño.

—No podéis matarle, todavía no, Cyrus. Hay algo que no sabéis. Algo que puede… cambiarlo todo.

El cuchillo se clavó más hondo en mi corazón.

—¿Cómo puedes proteger a este monstruo, Callie? —solté, señalándolo—. ¿Después de lo que te hizo? ¿Después de lo que nos ha hecho a todos? Mató a mis padres, a mis hermanos…

—No mató a vuestra madre. Jamás le habría hecho daño.

—¿En serio le crees? ¡Cómo puedes! —gritó Cyrus.

Mi *hoa uhane* volvió a mirar a Ux.

—Adelante, Callie. Cuéntales la verdad —dijo él con voz grave y tranquila.

Ella se giró y se acercó unos pasos hacia nosotros. Enzo la siguió y se tumbó a sus pies. Naranjito y Artia se colocaron a su lado.

—Ux amaba a Tatiana… y ella le amaba a él.

—Eso no es cierto, no son más que mentiras. Nuestra madre amaba a nuestro padre —espetó mi hermano. Estaba perdiendo la paciencia, yo lo sabía, pero no debía pagarlo con Callie. Ella era solo la mensajera.

—Todo lo que voy a contaros lo ha confirmado Ooris. Ahora soy yo la que debo aseguraros que es la verdad, pues lo escuché de sus propios labios. El anciano no mentía.

—No importa lo que Ooris creyera. Mi madre era la *hoa uhane* de mi padre, fin de la historia. Y ahora, ¿podemos matarle ya?

Callie tragó saliva.

—Esto no ha hecho más que empezar, Cyrus —dijo ella con la voz apagada. Algo la estaba apenando.

—Deja que mi *hoa uhane* hable, C. ¿No quieres saber la verdad? Porque yo sí. Y por la expresión de Callie, apuesto a que es perturbadora.

Mi hermano y yo intercambiamos una mirada que bastó para que él accediera. Con un gesto de la mano, instó a Ciench, Sulveh y los demás a que bajaran las armas. Ellos obedecieron a regañadientes.

—Como os estaba diciendo —comenzó de nuevo, bajo la atenta mirada de Ux, que no le quitaba los ojos de encima, salvo para observarme a mí de vez en cuando. No al rey, *a mí*—, Tatiana le amó. Puede que de un modo distinto a como amaba al rey Drashir, y nadie sabe en realidad quién de los dos era su *hoa uhane*.

Ambos protestamos, indignados ante esas palabras.

—Continúa, Callie —le pidió Ux, avanzando dos pasos hacia ella con una familiaridad que me estranguló la garganta y me provocó arcadas.

Lo fulminé con la mirada y él se detuvo. Estaba demasiado cerca… Si daba un solo paso más, me abalanzaría sobre él y le

rajaría el cuello. ¡Y a la mierda con la verdad!

—Ux tiene una carta escrita por vuestra madre. La ha guardado todos estos años. Me la ha mostrado antes y la he leído. No hay duda de que una vez le amó de verdad. En ella le pedía que se detuviera, que no provocara la primera guerra. Fue después de que se encontraran en secreto… hace unos treinta años, y él le pidiera que abandonara a vuestro padre y huyeran juntos.

Cyrus palideció. Yo no estaba mucho mejor.

—¡Mentira! ¡Eso es imposible! —gritó Cyrus.

—Mi madre no se habría visto con él a escondidas de mi padre. ¡Jamás se habría puesto en peligro de esa manera! —dije, horrorizado.

Callie me observó con tristeza.

—Pues lo hizo. Supongo que pensó que, si acudía a ese encuentro, tendría una oportunidad de convencer a Ux de que renunciara a la guerra y dejara a la aldea en paz. Pero cuando llegó y se enteró de las condiciones, regresó junto a Drashir.

—Imagino que la condición era que se fuera con él —escupió mi hermano con desprecio.

—Y que llevara a veinte descendientes más con ella para los otros barogs perdidos.

Nuestros rugidos retumbaron por toda la casa. ¡Estábamos indignados! No tenía ni idea de lo que pretendía Ux contándonos todo eso y encima usando a mi *hoa uhane*. Pero si trataba de convencernos de que no lo destripásemos, no iba por buen camino.

—Hijo de puta —gruñó Ciench.

—Maldito cabrón —dijo Toruch.

—Siempre has sido un monstruo —murmuró Sulveh.

Ux ni se inmutó. Tan solo le vibró un músculo de la barbilla. Eso era lo único que delataba su intranquilidad, si es que realmente la sentía.

—El caso es que Tatiana no acudió a la Gran Roca el día acordado en que debía huir con él y se limitó a hacerle llegar la carta por medio de Yolk. No sabemos si decidió quedarse en la aldea por amor a vuestro padre o a sus hijos. Tú debías de ser muy pequeño

por entonces, Cyrus. Tu madre le dijo a Ux que no podía abandonarte, que la necesitabas. Ella te adoraba.

Miré a mi hermano. Apretaba la mandíbula para contener las emociones. Todo eso era muy duro para él. Para ambos.

Callie continuó.

—Vuestra madre, que yo sepa, jamás le habló a nadie de ese encuentro con Ux… salvo a Ooris. Fue al templo para hablar con él y pedirle consejo.

—¿Consejo sobre si huir con Ux y traicionar a nuestro padre? —preguntó C, alzando una ceja. Se mantenía incrédulo.

Mi *hoa uhane* negó con la cabeza.

—No, no. Esa decisión la tomó sola. Acudió al templo semanas después. Fue a hablar con el anciano… por otro motivo.

Todos contuvimos el aliento. Llegados a ese punto, no tenía ni idea de qué demonios era tan importante para que Callie nos hubiera pedido que no matáramos a Ux.

—¿Por qué acudió mi madre al templo, amor? —pregunté.

Tardó unos segundos en contestar.

—Para recibir las bendiciones de los dioses a través de los ancianos, como era costumbre en vuestro pueblo cuando la reina estaba… embarazada.

Esa sensación desagradable incrementó en mi estómago. Una vaga idea, todavía borrosa, empezaba a cuajar en mi cabeza.

—Has comentado que eso ocurrió hace unos treinta años, ¿no? Yo debía de tener alrededor de dos años y mi madre debía de llevar a Daryos en su vientre. ¿Qué tiene eso de raro? —preguntó Cyrus.

La mirada que Ux le lanzó… La que me lanzó Callie a mí…

Mi hermano abrió los ojos de par en par mientras la sangre se me helaba en las venas.

—Sí, Cyrus. Tu madre estaba esperando a Daryos —dijo Callie con la voz todavía más apagada y los ojos de nuevo llenos de lágrimas a punto de derramarse.

El rey apretó la mandíbula y tensó los hombros. Hubo un murmullo general.

Ux sonrió con una mezcla de malicia y amargura.

—No lo digas. Ni se te ocurra, Callie —suplicó Cyrus con la voz entrecortada.

Mi hermano se llevó la mano al corazón. Trató de decir algo más, pero los sonidos murieron en su garganta como un lamento.

Entonces, empecé a comprender.

Callie clavó sus bonitos ojos avellana en los míos y se aproximó a mí hasta que nuestros cuerpos se rozaron. Sus dedos se enredaron en los míos mientras una lágrima silenciosa recorría su mejilla, suave y sonrosada.

—Tu madre, Daryos, fue a recibir las bendiciones de los dioses y a pedirle consejo a Ooris. Estaba angustiada y desesperada, y no tenía ni idea de lo que debía hacer.

—¿Y eso… por qué? —balbuceé, aunque ya sospechaba la respuesta.

—Porque había yacido con Ux unas semanas atrás.

El silencio se espesó y me aplastó. Empecé a temblar violentamente mientras sentía que me ahogaba.

—No creas ni una palabra de esta historia, hermano —me pidió Cyrus, aproximándose a nosotros.

Me agarró por el hombro para que le prestara atención, pero yo solo podía mirar a Callie. A nadie más.

—Ux es tu padre, Daryos —dijo ella al fin.

El mundo entero se hundió bajo mis pies mientras un rugido terrible emergía de mi garganta.

49 NADA HA CAMBIADO
CALLIE

El rugido de Daryos me dolió más que cualquiera de las cosas que había sufrido en la vida. Más que la marca a fuego de la espiral en mi hombro, más que la caída por el precipicio al río, más que ser arrancada de la Tierra para no volver jamás.

—Escúchame bien, amor, eso no cambia nada —dije, cogiéndole la cara entre las manos e intentando que me mirara. Todavía había trazos de pintura negra de guerra en un lado de su rostro y en su imponente cuerpo, emborronados por el sudor y la sangre—. No importa quién sea tu padre, ¿me oyes? Tú sigues siendo el mismo: un barog honorable, bueno y valiente al que quiero con locura. Nada puede cambiar eso.

—¡Lo cambia todo! Si eso es cierto, soy hijo de un monstruo; del barog que mató a casi toda mi familia y que ha cometido tantas atrocidades. ¡Dime que no es cierto, Callie, por favor! —Sus ojos suplicantes estaban llenos de lágrimas.

—Ojalá pudiera, pero Ooris lo confirmó punto por punto. Y vi esa carta con mis propios ojos, Daryos.

Ux avanzó hacia nosotros, sacó de nuevo el papiro doblado y se lo tendió a Daryos. Este no se movió. Se limitó a mirarlo con tanto desprecio que se me quebró el corazón.

Cyrus se apresuró a coger la carta por su hermano. La abrió con avidez y la leyó en silencio.

Todos nuestros amigos estaban consternados y petrificados ante semejante revelación. Ax, Lansh y Xerx se habían aproximado un poco a mi barog. Nadie osaba pronunciar una sola palabra. Nadie, salvo Cyrus.

—Esta carta no prueba nada. Podría haberla escrito cualquiera.

Ux, que había retrocedido de nuevo hasta la pared, se tensó.

—Juro por los dioses del manantial y por mi propia vida que esas palabras las escribió vuestra madre.

Había que reconocer que el tío tenía un par de huevos: en lugar de largarse cagando leches de la aldea y huir a la selva para salvar la vida, se había quedado para contar su verdad.

—No sé lo que esperas obtener con esto, pero no creo que te salga bien —le dije en voz baja, mientras Daryos se acercaba al rey y leía también las palabras de su madre.

—Solo quiero que mi hijo sepa la verdad. Eso es todo, Callie —soltó él con vehemencia.

—Puede que nuestra madre sintiera algo por ti cuando os conocisteis en la Tierra, tal vez fuera así. Pero jamás habría traicionado a nuestro padre. Nunca se habría acostado contigo. ¡Eso no son más que mentiras! Ella amaba a mi padre con locura y nunca le habría mentido —escupió el rey, fuera de sí.

—Lo siento, Cyrus, pero te aseguro que eso fue lo que ocurrió. Aunque, como ya sabes, finalmente decidió permanecer al lado de Drashir, en lugar de huir conmigo. Una pena. Yo siempre amé a vuestra madre desde lo más profundo de mi alma, desde el día mismo en que la conocí a orillas de un hermoso río de la Tierra.

—Si la hubieras amado de verdad, no habrías iniciado esa guerra y matado a toda mi familia, mi madre incluida.

—Como te he dicho, yo no la maté. Jamás le habría hecho ningún daño.

—¿Y qué esperabas entonces? ¿Asesinar a Drashir y quedarte con ella y con el trono? —preguntó Cyrus en tono de burla.

—Tu padre era mi mejor amigo y me traicionó. Me robó a Tatiana y me arrebató mi honor y mi felicidad. Un barog no perdona algo así. —El rostro de Ux se había ensombrecido.

Daryos me devolvió la carta con manos temblorosas y yo se la entregué a Ux. Mi barog tenía el rostro desencajado y el dolor pintado en cada hermosa línea de su cara. Me dolía el pecho de verlo así.

—Es imposible que exista la certeza de que Daryos es su hijo, Callie —soltó Cyrus, clavando sus ojos oscuros en los míos, rogando por un resquicio de esperanza. La mota verde brillaba como una pequeña esmeralda en uno de sus iris.

—Sabemos que vuestra madre fue a encontrarse con él en la cascada y…

—¿La cascada? —preguntó Daryos de golpe, interrumpiéndome.

Estaba desolado. Ese era su lugar especial, aquel adonde me había llevado después de la cacería. El lugar en el que, al fin, le declaré mi amor.

Y él había sido concebido en el mismo sitio. Aquello no podía ser una mera coincidencia. El destino apuntaba hacia una dirección clara: Daryos era hijo de Ux. Ya no me cabía ninguna duda, aunque no tuviese la certeza científica.

—Sí, Daryos. Se vieron en la cascada *Wailele*. —Le transmití un «lo siento» con la mirada. Ni siquiera podía imaginar lo duro que debía de ser todo eso para él—. Tatiana se lo contó a Ooris cuando acudió al templo, así que no hay duda de que tuvieron sexo.

Miré por el rabillo del ojo a Ux. Estaba disfrutando con todo eso, no me cabía duda. Sin embargo, cuando miraba a Daryos, la preocupación afloraba en sus ojos.

—Pero si acudió a él, sería porque no estaba segura de quién la había dejado embarazada. Probablemente, se acostó también con mi padre por las mismas fechas. Ellos siempre gozaban el uno del otro. ¿Cómo podemos estar seguros de que Ux, y no el rey, fue quien lo concibió? —Cyrus seguía buscando un bote salvavidas. No lo había.

—Si estuviésemos en la Tierra, podríamos hacer una prueba de paternidad y determinar con absoluta certeza quién de los dos es el padre. En Nemea no tenemos esa posibilidad. Así que, por supuesto, cualquiera de ellos podría haberlo sido. Sin embargo… —Me callé y señalé a Daryos, luego a Ux y después al propio Cyrus.

Todos nuestros amigos siguieron la dirección que indicaba mi dedo en cada momento. Supongo que se dieron cuenta en ese

instante de lo mismo que había visto yo minutos atrás: el gran parecido entre Ux y Daryos.

Xerx se acercó a mi barog y le puso la mano en el hombro. Se quedó allí, como apoyo a su mejor amigo.

—No importa quién sea tu padre, D. Para nosotros siempre serás el mismo: nuestro gran amigo y uno de los mejores barogs que existen en este planeta —le dijo.

Daryos se encogió un poco y se llevó la mano al pecho. Supongo que él también se había dado cuenta del parecido. Me miró a los ojos y yo asentí. La esmeralda y el zafiro brillaron a la luz de la antorcha, anegados de lágrimas.

En ese instante, entraron en la sala Tina y Penny. La reina nos miró a todos y frunció el ceño.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —preguntó.

Cyrus suspiró y se pasó las manos por el pelo enmarañado. Todavía había restos de pintura negra en su piel, así como de sangre ya seca, y sus heridas de guerra eran bien visibles.

—Deberíais haberos quedado en la posada, mi reina.

—Estábamos preocupadas. Xioh nos contó que Callie había desaparecido —dijo, lanzándome una de sus miraditas reprobatorias —, y que tu hermano había tenido una de sus premoniciones. Una muy inquietante. Ya veo que era cierta. —Contempló el cuerpo desangrado del anciano y después clavó sus ojos oscuros en los de Ux.

—¿Las demás están bien? —preguntó Cienchcon voz temblorosa. Por supuesto, debía de estar pensando en su Susi.

Aunque había bajado el machete, seguía agarrando la empuñadura. Apostaba a que estaba haciendo tremendos esfuerzos para no saltar sobre Ux y arrancarle la cabeza.

—Sí, les he pedido que se quedaran en la posada. Penny ha insistido en acompañarme —explicó Tina.

Penny avanzó unos pasos, retorciéndose una mano con la otra, y sus ojos color miel se posaron en el rostro de Ux. ¿Este había palidecido un poco o eran imaginaciones mías?

—No deberías presenciar esto, Penny. No quiero que te veas involucrada —dijo Ux con una dulzura que nos sorprendió a todos.

—¿No crees que ya hace mucho tiempo que estoy involucrada con lo que sea que vaya a ocurrirte? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Regresa a esa posada. Esto no va a ser agradable.

Ella ignoró su consejo y, en cambio, preguntó:

—¿Por qué no has huido?

—Porque la verdad tenía que salir a la luz de una vez por todas. Estoy cansado de esconderme en los pantanos, Penélope. Tú mejor que nadie sabes por todo lo que he pasado. Prefiero morir a seguir ocultando la verdad.

—¿La verdad sobre Tatiana y tú? —preguntó ella.

Ux suspiró.

—Y sobre el príncipe Daryos. Mi hijo.

Tina abrió los ojos como platos.

Penny tembló de la cabeza a los pies y lanzó un sollozo.

—Yo… lo sospeché. Pensé en ello muchas veces, Ux. Pero Tatiana tomó el tónico justo después de acostarse contigo, y Ooris le aseguró que era imposible que el bebé fuese tuyo. Ella estaba vinculada a Drashir, él era su *hoa uhane*, así que el anciano le dijo que el niño solo podía ser del rey. Me convencí de que era así.

—Míranos, Penny. Míranos y dime que no ves el parecido que veo yo. ¡Que vemos todos!

—Pero ¿cómo es posible? Tatiana estaba unida a Drashir —balbuceó mi amiga.

Ux se encogió de hombros sin contestar.

—Ooris dijo que, tal vez, la versión humana de Ux se unió de algún modo a Tatiana cuando yacieron juntos en la Tierra. Puede que eso los afectara para siempre y que, aunque se vinculó después a Drashir en Nemea, algunos sentimientos y lazos entre ellos permanecieran. Es imposible de saber —expliqué.

Sulveh dio un paso adelante.

—Quizás yo pueda arrojar algo de luz sobre esto —soltó de repente—. No sé demasiado, puesto que los ancianos guardaban celosamente toda esa información, pero una vez Ooris me mencionó que, miles de años atrás, habían decidido prohibir las uniones en la

Tierra antes de cruzar el portal porque habían causado algunos problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Cyrus. Yo ya intuía la respuesta.

—Me contó que la unión de un barog en su forma humana con una descendiente antes de consagrar el apareamiento en Nemea podía afectar al vínculo si, después, la mujer acababa uniéndose con un barog distinto. Enseguida rectificó y me aseguró que había sido un designio de los dioses, pero tuve la sensación de que habían sido ellos quienes habían tomado esa decisión para evitar posibles conflictos.

—Tal vez es lo que os pasó a vosotros, Ux —dije, mirándolo.

Por un momento, todo el mundo parecía haberse olvidado de él, menos Daryos, Penny y yo. Mi barog no le quitaba ojo a su padre.

—No —soltó Ux con rudeza. Parecía herido—. Lo que hubo entre Tatiana y yo no fue una reminiscencia de mi unión humana con ella. Era mi pareja de vida, mi *hoa uhane*, y Drashir me la arrebató.

No le había gustado lo que Sulveh acababa de contar. Tenía cierto sentido, puesto que los humanos podíamos enamorarnos de cualquiera y unirnos a quien nos diese la gana, durante solo una noche… o para toda nuestra vida. Puede que esa dualidad de la naturaleza de su especie, humana y barog, afectara más a su existencia de lo que estaban dispuestos a reconocer. En el propio templo había estatuas que representaban ambas formas.

Con todos los ancianos muertos, jamás averiguaríamos la verdad absoluta sobre el asunto. Así que seguiríamos especulando.

—Quizás algún día, Ux, tendrás que aceptar que ella, aunque te amaba, no estaba predestinada a ti —dijo Penny con timidez, mirando al barog perdido.

Él le devolvió la mirada y un músculo tembló en su mandíbula.

—Sabes que no puedo aceptar eso, Penny. Toda mi existencia ha girado en torno a ese amor. Todo lo que he hecho ha sido por ella. —Su voz sonó muy grave y estrangulada.

—¿No puedes… o no quieres? Te niegas a aceptar otras verdades que están ante tus ojos. Te has obsesionado con Tatiana y con todo lo que os ocurrió, cerrándote a otras posibilidades. Pero no tiene por qué seguir siendo así y lo sabes —dijo caminando hacia él, extendiendo las manos como si quisiera alcanzarlo.

Estaba claro que Penny no le tenía ningún miedo.

Tina enarcó una ceja.

—Callie, me he vuelto a perder —me dijo en voz baja.

—Ahora yo también —susurré.

De pronto, un ligero temor se extendió por el rostro de Ux. Se pasó la mano por el pelo y se aplastó más contra la pared.

—Todas esas posibilidades de las que hablas, si es que alguna vez existieron de verdad, acaban de esfumarse. ¿No comprendes la situación? Van a matarme, Penélope.

Ella dibujó una mueca de horror. Avanzó deprisa hasta colocarse entre nosotros y Ux.

—Por favor, no lo matéis, os lo ruego —suplicó con lágrimas en los ojos.

Todos nos quedamos estupefactos. ¡Eso sí que era un gran giro de los acontecimientos! De hecho, llevábamos ya más de uno. En cualquier momento me daba un infarto.

—¿Cómo puedes defender a ese monstruo, Penny? —rugió Ciench, avanzando también—. Tú mejor que nadie aquí sabes lo que os hizo a todas. A Susi, a Sylvia, a ti misma… —La voz del barog se quebró.

Penny lloraba. Se me partía el corazón viéndola así.

—Lo sé, y lo que hizo es imperdonable. Pero no todo es maldad en él —explicó con voz temblorosa.

—Penny, vete a la posada, por favor. No estás pensando con claridad. Eres una víctima de Ux y, de algún modo, está claro que te ha manipulado para decir todo esto —dijo Cyrus con suavidad, intentando acercarse a ella.

Mi amiga negó con la cabeza despacio.

—No es así, mi rey. Es cierto que nos secuestró y… todo lo demás. No voy a disculpar lo que hizo en los pantanos ni tampoco las atrocidades de las guerras que él empezó. —Lo miró de reojo y él

apretó la mandíbula—. Creedme, yo tenía tantos motivos como vosotros para odiarle. Por su culpa, murieron Elena y Tatiana. Vuestra madre —dijo clavando sus ojos ambarinos en Daryos y Cyrus— era mi mejor amiga. Su muerte me dejó devastada. Pero él no la mató. Uno de los suyos incumplió sus órdenes y lo hizo. Ux lo destrozó con sus propias manos y lloró la muerte de vuestra madre. Yo fui testigo de ello. Estaba ahí mismo.

Se me encogió el estómago. Sus palabras eran desgarradoras.

—Penny, detente, nada de lo que digas va a poder salvarme —le rogó Ux.

Ella agitó una mano en su dirección para que la dejara hablar y prosiguió:

—Vosotros, los barogs de la aldea, condenáis lo que él hizo, y lo comprendo. Es así como debe ser. Pero yo sufrí durante siglos terribles maltratos a manos de Gushia, mi barog, y nadie movió un dedo para ayudarme, solo Tatiana. Como estábamos vinculados y se suponía que éramos *hoa uhanes*, se desentendieron. Mi obligación era seguir a su lado y hacerle feliz. Él me colmaba de atenciones y me decía cuánto me amaba, pero perdía los estribos cuando estábamos a solas y me golpeaba. Me controlaba y no me dejaba salir con las demás. Quería que me quedara en casa para servirle y complacerle.

Tenía un nudo en la garganta.

—Siento mucho todo lo que te ocurrió, Penny, pero yo no era el rey por entonces, y te aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que jamás vuelva a ocurrir algo así.

—Tu padre era el rey, un buen rey y un buen barog. Pero ni siquiera él podía transgredir los designios de los dioses… ni las leyes de los ancianos.

Pues sí que igual Ux nos había hecho un gran favor cargándose a Ooris y los demás. Eché una miradita al cadáver del anciano y volví a centrarme en la conversación.

—Te prometo que cambiaré todo eso —insistió Cyrus.

—Cuando Ux me secuestró, pensé que no sería tan distinto de lo que había vivido hasta entonces; que yo lo soportaría mucho mejor que las otras porque venía de un infierno. Me preparé para lo

peor. Pero eso no llegó nunca, porque Ux jamás me hizo daño. Me protegió y curó mis heridas —dijo entre lágrimas. Todo aquello era… muy difícil de creer. Y, sin embargo, ahí estaba Penny afirmándolo—. Sé que para Susi y las demás estos diez últimos años han sido un tormento. ¡Yo fui testigo de su sufrimiento! Y sé que merecen venganza y justicia. Para mí, sin embargo, que los hermanos perdidos me llevaran a los pantanos fue una liberación. Ux me salvó.

Un murmullo de sorpresa y malestar recorrió la sala de mi hogar.

Cyrus se movía inquieto mientras Toruch sujetaba a Cienchdel brazo para impedir que se abalanzara sobre Ux. Xerx seguía junto a Daryos, susurrándole palabras de apoyo, y Lansh y Axeh se mantenían cerca de ellos. Sulveh y Tina permanecían inmóviles, con los ojos fijos en el rostro de Penny.

Todos estábamos consternados.

No pude evitar pensar en que Ux también había curado mis heridas del ataque de Antara y de mi terrible caída por el precipicio. Si no lo hubiera hecho, probablemente hubiese muerto de una infección. Además, él salvó a Sylvia y su bebé en el parto…

«No sigas por ahí», me recriminé. «Me abofeteó, me obligó a besarlo, amenazó a Susi para instarme a hablar…». E hizo muchas otras cosas terribles. Ux era un monstruo y no debía ablandarme. ¡Ni hablar!

—Penny, por lo visto, tu experiencia en los pantanos fue muy distinta a la de las demás, pero no podemos perdonar a Uxuer solo por eso. Ha causado demasiado dolor y desesperación a muchos otros. Merece morir —sentenció Cyrus con vehemencia.

Entonces, Daryos se apartó de Xerx y de mí, y caminó decidido hacia Penny. Su cola estaba alicaída tras él y sus latidos, que de algún modo yo podía percibir, eran erráticos cuando se plantó ante ella.

—¿Es verdad que mi madre le amaba? —preguntó con la voz rota por el dolor.

—Tan verdad como que te tengo delante ahora mismo, mi príncipe. Aunque también amaba a Drashir con locura. Esa era su condena: los amaba a ambos.

Daryos se estremeció. Yo también.

—¿Y es cierto que ella le escribió esa carta y que Ux no la mató? —preguntó mi barog de nuevo. Ella asintió sin titubear—. Y… ¿es verdad que yacieron juntos en la gruta de la cascada hace treinta años?

Entonces, Penny esbozó una sonrisa triste y compasiva, y tomó a mi barog de ambas manos.

—Ux es tu padre, príncipe Daryos. Fuiste fruto del amor de ambos, fuesen *hoa uhanes* o no. Esa es una verdad indiscutible.

Él se tambaleó y retrocedió.

—Te creo, Penny —dijo. Y en un tono más firme, añadió—: Si todo eso fue así…, no podemos matarlo. Todavía no.

Se armó un gran revuelo.

Francamente: las palabras de mi amorcito no me sorprendieron. Le conocía bien y tenía un corazón demasiado grande. Me estaba temiendo que llegara a esa conclusión.

Ux había jugado bien sus bazas.

—¡No puedes tomar esa decisión tú solo, D! —rugió Cienchi. Toda la musculatura de su cuerpo vibraba. Toruch lo agarraba con fuerza por la cintura para contenerlo.

—No te corresponde solo a ti, Daryos —añadió Sulveh. Sus ojos echaban chispas, aunque se esforzaba por mantener la compostura.

Cyrus se frotó los ojos mientras Tina se colocaba a su lado y le hacía un gesto con la barbilla, supongo que para que interviniera y pusiera orden. Como no lo hiciera, lo haría ella, eso seguro.

—¿Acaso has olvidado lo que le hizo tu supuesto padre a Callie? —soltó el rey a bocajarro.

Daryos negó con fuerza y me miró, angustiado.

—Lo sé —le dije de inmediato, mirándolo solo a él, como si no existiera nadie más a nuestro alrededor. Nadie, salvo Ux. A él también lo tenía bien presente—. Sé que no lo has olvidado. Te apoyaré, decidas lo que decidas, amor.

Ux permanecía en silencio, observando la escena con atención. Seguía tranquilo, pero juraría que contenía el aliento, cruzando los dedos para que su recién revelado hijo lo salvara. Solo

había un punto que no me cuadraba: si solo hacía todo eso para salvar el pellejo, ¿por qué no había huido a la selva sin más? Empecé a pensar que quizás, solo quizás, Daryos le importara de verdad; aunque, conociendo a Ux, fuese una completa estupidez plantearse eso siquiera.

Y luego estaba Penny. Todo lo que ella había contado… Puede que hubiera muchas cosas de Ux que desconocíamos.

—Hermano, sabes que, si lo dejamos con vida, jamás podremos vivir en paz. Su mera existencia es una amenaza para nosotros y para toda la especie. ¿Quieres arriesgarte a una tercera guerra? Porque él no parará hasta matarnos, ocupar el trono, apoderarse de todas las descendientes y gobernar a su manera. Y ya sabemos qué *manera* es esa. —Los ojos del rey refulgían de odio y desconcierto.

—Jamás mataría a mi propio hijo —soltó Ux—. No tenía ni idea de que había dejado a tu madre embarazada, Daryos. Si hubiera sabido antes que eres mi hijo, habría hecho las cosas de un modo muy distinto.

Mi barog apretó la mandíbula y sus ojos dispares chispearon.

—Pero, esta mañana, cuando lanzaste a las *nashies* contra nosotros y cuando entraste en la aldea, ya lo sabías, ¿verdad? Por eso te retiraste de la pelea con Cyrus cada vez que yo acudía en su ayuda.

—Así es. Me enteré hace muy poco, tras capturar a Ooris. Él me lo dijo, quién sabe con qué intenciones. —Rio con amargura.

—Aun así, iniciaste la guerra de todos modos —insistió Daryos.

—No luché contra ti y di órdenes a mis barogs de que no te hicieran daño.

—¿Tal como ordenaste que no mataran a mi madre hace diez años?

El rostro de Ux se contrajo.

—Eso fue un trágico accidente. Yo deseaba que se sentara a mi lado en el trono. Si hubiera vencido la primera guerra, habría reinado con tu madre. Ella lo era todo para mí.

—¡Pues la cagaste bien, Ux! Conseguiste que yo te odiara. Y no creas que soy tan estúpido como para pensar que te importo lo más mínimo.

—Daryos…

—Todo este numerito tuyo no es más que un intento para salvar el pellejo sin necesidad de regresar a esa ciénaga plagada de pulpos. Porque tú no quieres huir y seguir viviendo como un paria. Deseas quedarte aquí, en la aldea, y vincularte a alguien. Querías matar a mi hermano y convertirte en rey, pero ya que tu primera opción te ha fallado, ahora te viene muy bien jugar la carta del papaíto perdido.

—Puede que tengas razón, pero eso no quita que sea tu padre y quiera conocerte.

Daryos resopló y se pasó la mano por la cabeza.

—Ve olvidándote de esa idea. Puede que vaya a intentar retrasar tu ejecución, pero yo no contaría con que vayamos a estrechar lazos, Uxuer. Golpeaste a Callie. ¡Casi la violaste! Abusaste de muchas descendientes.

—No hay un solo barog libre de culpa. Cruzamos el portal para secuestrar humanas. Las traemos aquí para que se vinculen con nosotros a la fuerza, así que no me des lecciones de moral, hijo. Para eso ya estaban los ancianos y mira cómo han acabado.

En realidad, no le faltaba razón, pero no por eso dejaba de ser un monstruo y un grandísimo hijo de puta.

—Como yo lo veo, Ux, tienes dos opciones: luchar ahora mismo contra mí y acabar con esto, o esperar a que decidamos qué vamos a hacer contigo. Y ya te anticipo que las cosas no van a acabar muy bien para ti —intervino Cyrus.

Daryos extendió los brazos, interponiéndose entre ellos.

—Nadie va a luchar contra nadie. Ya hemos derramado sangre suficiente para mil años más.

—No puedes pedirnos que le perdonemos la vida, Daryos —dijo Cienchi, cada vez más cabreado—. ¡Hay que hacer justicia!

—Y hay que librar a Nemea de esta lacra. Ux debe morir, hermano. Lo siento, pero es mi decisión —proclamó el rey.

—La decisión no es solo tuya, C. Solo te estoy pidiendo un poco de tiempo para reflexionar sobre todo esto. Si Ux es mi padre, yo ni siquiera soy príncipe, y tú y yo… solo somos medio hermanos.

Cyrus se llevó la mano al corazón.

—¡Ni se te ocurra volver a decir eso! Tú eres mi hermano no solo de sangre, sino porque te quiero. Nada ha cambiado. Sigues siendo el príncipe de Nemea. ¡Me importa una mierda quién fuera tu padre! Ni siquiera podemos estar seguros de que sea Ux. Eres mi hermano, eso es lo único que importa.

A mi barog se le llenaron los ojos de lágrimas.

Penny se acercó un poco más a Daryos.

—Cuando naciste, asistí en tu parto. Ocurrió algo que yo jamás había presenciado: antes de asomarte a este mundo, te transformaste en barog dentro del vientre de tu madre. Su vida y la tuya peligraron durante unos minutos. Por fortuna, regresaste a la forma humana y el alumbramiento tuvo lugar sin más contratiempos.

—¿Por qué nos cuentas esto ahora, Penny? ¿Acaso tiene alguna relevancia? —preguntó Cyrus.

—La tiene, ¡claro que la tiene! ¿Verdad, Penny? —soltó Ux.

Ella asintió.

—Hace poco, asistí otro parto. Como todos sabéis —y miró a Sulveh—, Sylvia dio a luz en los pantanos. Yo la ayudé en todo cuanto pude, pero quien le salvó la vida fue Ux. ¿Lo recuerdas, Callie?

Asentí, empezando a comprender.

—Si Ux no hubiese intervenido, Sylvia y el bebé habrían muerto —confirmé.

Todos nos escuchaban con mucha atención. Penny continuó:

—El parto se complicó porque el pequeño Sonah… nació en su forma barog.

Los gruñidos y expresiones de sorpresa se extendieron por la casa.

—Callie me pidió que acudiera porque había serias complicaciones. Tal como dice Penny, el niño nació como barog —explicó Ux.

—Para mí es otra prueba más que suficiente de que Daryos y Sonah son medio hermanos, porque Ux es el padre de ambos. Sonah tiene los ojos azules, del mismo color que su padre. Daryos, solo uno, y el verde procede de Tatiana —concluyó Penny.

Mi barog se giró a mirar a su hermano y sus amigos con expresión suplicante.

—Sé que deberíamos matarlo ahora mismo, pero dadme solo un par de días para pensar en ello, por favor. Acabo de enterarme de que es mi padre. ¡Toda mi vida se tambalea!

—Te lo dije, D, ¡nada ha cambiado! Sigues siendo mi hermano y el príncipe de Nemea. Me importa una mierda toda esta maldita historia. Sabes tan bien como yo que está usando esto para alargar su existencia y jodernos la nuestra.

—Aun así, C…, por favor. Tienes que comprenderlo.

Cyrus miró a Cienchque tenía los ojos vidriosos, y a Sulveh, que apretaba la mandíbula. Luego escrutó uno a uno los rostros de todos los barogs presentes, sus amigos, el mío y, por último, el de Tina, su reina.

—¿Vosotros qué decís?

Me coloqué al lado de Daryos y le agarré la mano, dándole todo mi apoyo. Entonces, miré a Tina y le rogué con la mirada. Ella comprendió sin necesidad de palabras. Se acercó a su barog y le cogió de la barbilla para que le prestara atención.

—Creo, mi rey, que lo que pide tu hermano es razonable. Intenta ponerte en su lugar y pensar cómo te sentirías tú.

—Te aseguro, mi reina, que ya me siento como una mierda.

Se soltó con suavidad y caminó hacia Daryos. Lo agarró por los brazos y lo miró a los ojos.

—Sabes que te adoro y que haría cualquier cosa por ti, D. ¡Eres mi hermano, maldita sea! —Apretó los labios en una fina línea y, entonces, añadió—: Tienes dos días para reflexionar sobre esto. Después —miró a Cienchun instante—, escucharé a las descendientes a las que secuestró y tomaré una decisión. Ellas y sus barogs tienen tanto derecho como nosotros a tomar parte.

Penny los miraba con lágrimas en los ojos. Ux no movía ni un solo músculo mientras escuchaba atentamente.

Daryos asintió.

—Me parece justo, C. Dos días. Después, acataré tu decisión.

El rey tiró de su hermano y lo abrazó con fuerza. Le susurró palabras que nadie más oyó y lloraron juntos mientras sus enormes cuerpos temblaban. La escena me estremeció hasta el tuétano. Cuando se separaron, había determinación en los ojos de ambos.

Daryos se colocó de nuevo a mi lado y me rodeó la cintura con el brazo. Enzo se situó a su espalda. Artia y Naranjito estaban muy quietos en un rincón, al que se habían apartado cuando el ambiente se había caldeado de verdad.

Todos nuestros amigos miraban al rey y al príncipe, preocupados.

—Ahora, Toruch y Lansh, llevad a Ux a las mazmorras, donde aguardará dos días, hasta que promulgue el veredicto definitivo sobre su destino. Axeh y Xerx, escoltadlos hacia allí. —Hizo una pausa para serenarse y añadió—: Sulveh, designa a seis de tus guardianes para que laven el cuerpo de Ooris, le pongan una túnica limpia y lo amortajen como exige la costumbre. Que lo trasladen al templo y le den sepultura en la montaña junto a los otros tres ancianos.

El guardián asintió.

—¿Y qué pasa conmigo, Cyrus? —preguntó Ciench.

—Tú y Sulveh, cuando él haya organizado el traslado de Ooris, id a descansar con vuestras parejas. Por hoy ya habéis tenido suficiente. No os quiero cerca de las mazmorras, ¿entendido? —les ordenó. Ambos asintieron, aunque no muy convencidos—. Mañana a mediodía, venid a casa con vuestras parejas. Traed también a las demás descendientes que fueron secuestradas y a sus barogs, las que los tengan. Quiero escucharos a todos. —Tras una breve pausa, miró a Penny—: Tú también ven al palacio mañana. Tienes tanto derecho a hablar como todas las demás.

—Gracias, mi rey —dijo ella, inclinando la cabeza.

—Deberíamos ir a la posada, mi rey, a ver cómo siguen los heridos. Xioh debe de estar agotado —propuso Tina.

Cyrus asintió.

Tal como había ordenado, Toruch y Lansh se acercaron a Ux y, sin que este opusiera resistencia alguna, lo agarraron de un brazo cada uno. Cuando pasaron junto a Daryos, Ux le dijo:

—Ven a verme, hijo. Hay muchas cosas de las que me gustaría hablar contigo antes del… veredicto.

Daryos no contestó. Lo siguió con la mirada mientras se lo llevaban, seguidos por todos sus amigos. Ciench y Sulveh se marcharon también, en dirección a la posada para recoger a Susi y Sylvia. Insté a Artia y a Naranjito a que se fueran con ellos. Quería estar a solas con mi barog y, por mucho que esos dos me gustaran, no quería tenerlos pululando a nuestro alrededor todo el tiempo, sobre todo tras el duro golpe que había sufrido Daryos.

Poco después, aparecieron seis guardianes enormes del templo y se llevaron el cuerpo de Ooris, tal como el rey había ordenado.

Cyrus volvió a abrazar a su hermano antes de marcharse. Lo estrechó con fuerza y le repitió otra vez que nada había cambiado y que lo quería muchísimo.

Cuando al fin nos quedamos solos, mi barog se dejó caer frente a mí de rodillas y me rodeó la cintura con fuerza con ambos brazos. Hundió el rostro en mi abdomen y mojó mi vestido andrajoso con sus lágrimas.

—Soy el hijo de un monstruo —murmuró entre sollozos.

—Sigues siendo tú, Daryos. El barog más bueno que existe, mi amor, mi *hoa uhane* —dije, acariciándole el cabello y los hombros, que se agitaban con el llanto.

Él no contestó. Continuó llorando, desolado, hasta que conseguí que se levantara y nos metiéramos en el baño. Él estaba herido y sucio, y yo hecha también un desastre. Nos lavé en la ducha como pude, mientras mi amorcito se limitaba a apoyarse en la pared y a no colaborar en absoluto.

Al salir, fuimos directos a la cama y nos lanzamos sobre la colcha, exhaustos. Le abracé, besé y acaricié hasta que, al fin, se quedó dormido entre mis brazos.

Habíamos ganado la guerra…, pero no sentíamos esa victoria en absoluto.

50 SOLO ESO
CALLIE

Era todavía de madrugada cuando abrí los ojos y Daryos no estaba en la cama. Me incorporé sobre los codos y lo busqué con la mirada. Lo encontré junto a la balconada, asomado a los arcos, contemplando la plaza un poco más allá. Me situé a su lado y me agarré a su brazo. Su cola me acarició la pierna al instante y se quedó ahí.

Tras un rato en silencio, observando cómo las lunas empezaban a desvanecerse para dar paso al amanecer, al fin habló:

—¿Crees que Ux debería morir?

—Sí, Daryos, creo que merece morir.

—Pero es… mi padre.

—Por eso no me corresponde a mí tomar esa decisión.

Se giró a mirarme. Había un dolor profundo y sobrecogedor en sus ojos, tan bonitos que me dejaban a menudo sin aliento. Jamás imaginé que podría amar tanto a alguien.

—Si dependiera solo de ti, ¿qué decidirías?

Era una pregunta delicada, pero no podía mentirle.

—Le mataría, Daryos. Sé que lo putearon muchísimo y que tenía razones para estar cabreado. Y también sé que no todos los barogs de la aldea son unos angelitos. Mira la pobre Penny el infierno que pasó. Aun así, nada de eso justifica lo que ha hecho. Tú no estuviste en su asentamiento de los pantanos, amor. Lo que vi allí… —Sacudí la cabeza, intentando alejar la imagen de Susi en medio de aquella plaza embarrada, a punto de ser violada por dos barogs—. Susi se merece justicia. Sylvia se merece justicia. Y todas las demás también.

—Lo sé, Callie. Pero mis padres tampoco actuaron bien. Le traicionaron, y los ancianos se pusieron de su parte. Le arrebataron a su amada y lo humillaron. Si alguien te arrancara de mi lado, amor… Créeme: podría volverme tan loco como él.

—Tú nunca forzarías a otras mujeres ni golpearías a ninguna.

—Jamás lo haría. Eso es imperdonable.

—Y no olvidemos que mató a tu padre y a tus hermanos. No dudes que, si os hubiera encontrado a Cyrus y a ti aquel día, también os habría exterminado.

Volvió a girarse hacia la ventana. Los primeros rayos de sol avivaron las tonalidades de sus extraños ojos. Ahora ya sabíamos a qué, o mejor dicho a quién, se debían esos colores.

—Pese a todo, no creo que pueda matarlo —murmuró.

—Pues díselo a tu hermano. En cualquier caso, la decisión no es solo tuya. Susi, Sylvia, Ciench, Sulveh y muchos otros tienen también algo que decir sobre ello. Cyrus tomará la decisión final, no tú.

Se quedó pensativo. El dolor desfiguraba sus facciones.

—Lo dejaré en manos de las mujeres cautivas. Ellas tomarán la mejor decisión. Solo a ellas les corresponde.

Asentí.

Me pegué a su cuerpo, enorme y cálido, y le puse una mano en el pecho. Su corazón repiqueteaba como un tambor tocando retirada. Le acaricié la piel con suavidad.

—Cuando resolvamos lo de Ux, tú y yo hablaremos de lo más importante, amor mío —dijo de pronto.

—¿A qué te refieres, barog?

Me miró y me agarró la cara con ambas manos.

—¿A qué va a ser? Que mi preciosa *hoa uhane* es una barog —dijo con la primera sonrisa que le había visto en horas. Sus ojos rebosaban amor y admiración.

Me emocioné.

—¡Ah, eso! Te dije que la marca nos daría superpoderes. ¿Ves como siempre tengo razón? —dije guiñándole un ojo mientras me atusaba la melena.

—Tenías razón, Callie. Tu transformación, mis premoniciones, los leones, los *llitops*, toda esa nueva energía desbordante… La marca de nacimiento nos ha conferido muchos dones. Doy gracias a los dioses por ellos, pues nos han permitido ganar la guerra.

—Y, además, mi forma barog mola un montón, ¿a qué sí?

Soltó una carcajada que me calentó la sangre.

—Muchísimo, amor. Es espectacular. ¿Crees que vas a poder transformarte cuando quieras?

—Sobre eso… Ni idea. Ni siquiera sé cómo ocurrió ni cómo regresé a mi forma humana. Pero dame un poco de tiempo y seguro que acabo averiguándolo.

—Apuesto a que sí. Yo te ayudaré. Y en cuanto vuelvas a transformarte, probaremos…, ya sabes, un poco de sexo barog —dijo alzando las cejas dos veces.

Le di un manotazo en el pectoral.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

—Por supuesto, amor. ¿En qué otra cosa quieres que piense? Solo soy un ser primitivo y descerebrado, completamente coladito por ti.

Ahora fui yo la que solté una carcajada.

Me agarró la cara y me besó con una intensidad que hizo que las piernas me temblaran. Por mucho tiempo que pasase, jamás me cansaría de él.

Yo también estaba completamente coladita por mi barog.

Nos abrazamos y contemplamos juntos el despliegue de colores del amanecer, disfrutando de esos momentos de calma, que sabíamos que durarían poco.

Hasta que no se dictara el veredicto sobre Ux, no se recuperaría la tranquilidad en la aldea.



Cuando Daryos y yo entramos en la sala del palacio, las caras eran muy largas. Penny y Susi tenían chorretones de lágrimas en las mejillas, y Sylvia no estaba mucho mejor que ellas. Sulveh, sentado a su lado, sostenía a Sonah con tanto amor que cualquiera hubiese afirmado que era su propio hijo. El pequeño soltaba risas y gorgoritos mientras agarraba el dedo del guardián y este le hacía cosquillas en la barriguilla. Su cola se agitaba sin parar.

A su alrededor, el ambiente estaba cargado de tensión y dolor.

Todas las descendientes secuestradas estaban ahí junto a su barog, las que lo tenían. Algunos habían sido asesinados en la primera guerra.

Los barogs presentes, incluidos el rey y el príncipe, lucían heridas y moretones, fruto de la reciente batalla. Al menos ahora estaban limpios, y la sangre, la mugre y la pintura habían desaparecido.

Tina estaba muy seria, más incluso de lo habitual, y pálida. Intuí que la conversación no estaba siendo agradable.

Nos sentamos en el extremo de uno de los bancos y aguardamos a que alguien nos pusiera al corriente de lo que se había hablado hasta el momento. La pierna musculosa de Daryos temblaba pegada a la mía bajo la mesa. Hacía esfuerzos por mantener la calma, pero yo lo conocía bien: estaba hecho un flan.

—Bienvenido, hermano. Tú también, Callie. Las descendientes han estado compartiendo con nosotros su punto de vista y las experiencias que sufrieron en los pantanos a manos de Ux y sus barogs perdidos —dijo, sin poder contener una mueca de disgusto. Él también estaba pálido y tenía ojeras bajo sus ojos oscuros. Sin duda, no había dormido bien—. Solo falta escucharte a ti, Callie.

Todos los pares de ojos en la sala se giraron a mirarme. Intenté no ponerme nerviosa, pero fue imposible. Rememorar aquello no era fácil para ninguna de nosotras. Miré a Tina, buscando algo a lo que aferrarme. Cuando asintió y me dedicó una mirada cálida, no demasiado habituales en ella, me sentí reconfortada en el acto.

Si esas mujeres habían podido hablar sobre ello, yo también.

—No voy a pretender que pasé por lo mismo que vosotras porque no fue así. Pasasteis en los pantanos una década, yo apenas una semana, así que no es para nada comparable.

—Eso no significa que no puedas dar tu opinión, Callie. Es tan válida como la de cualquiera de nosotras —dijo Sylvia. Esa mujer era tan dulce y compasiva que se me quebró el corazón. El recuerdo de ella tumbada en el suelo cochambroso de esa celda mientras Ux le practicaba una cesárea me encogió el estómago. Ella era, sin duda, de las que más habían sufrido y, sin embargo, se las arreglaba para sonreír y criar a su hijo con amor y alegría. Era un ejemplo a seguir.

—Estoy de acuerdo —intervino Susi—. Puede que solo pasaras allí una semana, pero también sufriste a manos de Ux. Además, fuiste testigo del tipo de cosas que tuvimos que soportar todos esos años.

Intercambiamos una mirada tan llena de emociones que apenas pude contener las lágrimas. Y cuando miré a Cienchy, su expresión suplicante acabó por desarmarme. El sufrimiento de ambos se me coló muy adentro, mezclándose con el de mi barog y con el mío propio.

Nunca había querido verme como una víctima de Ux, pero, me gustara o no, lo había sido.

—Habla pues, Callie —me alentó Cyrus.

—Cuando estuve en los pantanos, pasé largos ratos con Ux. Me contó muchas cosas y pude conocerle bastante bien. Fui testigo de cómo daba la orden de violar… a una de vosotras —dije, evitando mencionar a Susi para que no se sintiera peor de lo que ya se sentía —, así como también de cómo salvaba a Sylvia y a su bebé. Vi que trataba a Penny con respeto, pero sufrí su ira cuando me golpeó, una sola vez. Percibí su odio, su rencor y sus ansias de poder y, al mismo tiempo, su astucia y su capacidad de hacer el bien si se lo proponía.

—¿Qué tratas de decirnos, Callie? —me preguntó Tina.

Miré a Daryos y le hablé directamente a él:

—Sé que acabas de descubrir que Ux es tu padre y que, en el fondo, te gustaría mantenerlo con vida para poder conocerlo bien antes de tomar una decisión. Y estoy segura de que, hace mucho

tiempo, Ux era un buen barog, inteligente y con habilidades que habrían resultado muy útiles para la aldea. Los ancianos y vuestros padres le jodieron bien la vida, y eso lo llevó hacia la locura.

—Entonces, ¿cuál es tu veredicto, Callie? ¿Propones salvarlo? —preguntó Cyrus.

Negué con la cabeza sin apartar la vista de Daryos.

—Lo siento, amor, pero todo lo que vi en los pantanos…, ese dolor no puede quedar impune. Ux podría haber tomado otro camino y él mismo lo sabe. Si fuera solo por mí, apoyaría mantenerlo con vida. Pero Susi, Sylvia y todas las demás… merecen justicia.

Daryos palideció, pero asintió con vehemencia. Tras unos segundos de silencio, mi barog habló:

—Me guste o no, acataré la decisión que toméis vosotras. Sé que será la correcta.

Hubo un murmullo de aprobación en la sala.

—Bien, entonces, ¿queréis votar ahora el veredicto o esperamos a mañana? Podríais tomaros el día para reflexionar.

A todas les pareció bien aplazar la decisión al día siguiente. Las emociones estaban a flor de piel.

—Antes, me gustaría decir algo si me lo permites, mi rey — intervino Penny de pronto.

—Por supuesto que puedes. Adelante.

Ella tragó saliva y se retorció una mano con otra.

—Sé lo mucho que sufristeis en los pantanos, yo también estaba ahí y fui testigo de los horribles abusos. Puede que la muerte de Gushia para mí fuese una liberación y que Ux nunca me maltratara en ningún sentido ni permitiera que otros lo hicieran — dijo con convicción—. Pero eso no significa que no sufriera por todas vosotras, que no derramara lágrimas cada vez que…

Se detuvo, observándolas una a una. Las manos le temblaban muchísimo, así que, en un acto instintivo, estiré el brazo por encima de la mesa y le cogí una, tratando de darle ánimos. Ella me lo agradeció con la mirada.

—Cuidaste de todas nosotras, Penny, día tras día durante todos esos años. Hiciste cuanto pudiste para que no cayéramos en la

desesperación. Siempre te estaremos agradecidas por ello —dijo Susi, cogiéndole la otra mano.

—No sé por qué Ux decidió ser distinto conmigo que con todas vosotras. Creedme: intenté interceder miles de veces para que no os hicieran daño, para que cambiaran las cosas. —Sollozó una vez, pero se recompuso—. Y no entiendo por qué me siento así respecto a él. Fue bueno conmigo, me escuchó, me respetó, pero no es solo eso. Hay algo aquí dentro —dijo tocándose el pecho—, que no puedo eludir. Y pese a todos los horrores que ha provocado, no puedo evitar… amarlo.

En cuanto pronunció la última palabra, nos quedamos petrificados. Desde que lo había defendido la noche anterior, intuíamos que había algo más que Penny no nos había contado. Creí que simplemente pretendía exponer su historia porque, como mejor amiga de Tatiana, ella sabía lo que había sucedido en realidad. Pero lo que acababa de declarar delante de todos…

—¿Le… amas? ¿A ese monstruo? —preguntó Susi con el rostro demudado. Sylvia le acarició el brazo a su amiga.

Ciench, Sulveh y los otros barogs estaban tensos como la cuerda de un arco. Sus miradas estaban cargadas de odio y algo más. Temor, ¡eso era! Porque si le amaba, podía significar algo que ninguno de los allí presentes estaba dispuesto a aceptar.

—Sé que no debería, pero es lo que siento en lo más hondo de mi ser. Él ha afirmado siempre que Tatiana era su *hoa uhane* y se ha aferrado a esa convicción para seguir adelante y justificar sus actos. Pero ¿y si ella no era, realmente, su alma gemela? ¿Y si fue la conexión humana entre ellos lo que lo confundió durante siglos?

El silencio se hizo mucho más pesado.

—¿Estás diciendo, Penny, que puede que Ux sea tu *hoa uhane*? —pregunté sin rodeos.

Ella asintió y Susi dejó escapar un lamento.

—No puede ser, Penny. ¡Ese malnacido no puede ser el alma gemela de una humana bondadosa como tú! ¡Me niego a creer eso!

—Pero así es, Susi —dijo ella cabizbaja.

—Estás confundida porque te trató bien y te ahorró las cosas horribles que nos hacían a las demás —dijo Sylvia. Las otras mujeres

asintieron.

—Le he dado vueltas a eso muchas veces. Pero ¿qué sentido tiene que a mí me tratara de forma distinta? No soy la más hermosa, ni la más fuerte, ni la más valiente.

La miré, sorprendida.

—No digas eso, Penny. Eres una mujer muy hermosa, inteligente, generosa y llena de bondad. Cualquier hombre o barog sería muy afortunado de tenerte como pareja.

—Y, sin embargo, Gushia me maltrataba —dijo con media sonrisa tristísima.

—Era un cabrón malnacido —murmuró mi barog.

—Sabéis bien que Ux tenía predilección por vosotras dos —dijo Penny, mirando a Susi y a Sylvia. Ellas, Ciench y Sulveh se estremecieron—. A ti te escogió como pareja durante cinco años, Susi, y a ti te dejó embarazada, Sylvia. Así que alguna razón más allá de su comprensión, de sus deseos y de sus anhelos lo llevó a mantenerme a salvo. Y no puede ser otra que el hecho de que, tal vez, yo soy su *hoa uhane* y no Tatiana.

Aquella afirmación me hizo temblar.

—Si es así, las cosas se complican —dijo Tina—. Ese Ux es un monstruo que merece ser despellejado en la plaza y empalado hasta la muerte, pero ¿qué pasará con Penny si es su alma gemela? No podemos matarlo sin más, debemos pensar bien todo esto.

—La mayoría de ellas quiere ejecutarlo, mi reina. Hemos dicho que acataremos el voto de la mayoría. Hasta mi hermano ha claudicado, aunque no quiera que lo matemos aún.

Penny se levantó de golpe.

—¡Por favor, os lo ruego, escuchadme! —dijo paseando la mirada entre mi rostro y el de Tina, como si nosotras dos fuésemos su última esperanza.

» La civilización barog es muy distinta a la de la Tierra, mucho más salvaje, primitiva y brutal. Ni siquiera podemos comparar la época que vivisteis allí vosotras con la que vivimos Sylvia, Susi o yo misma, separadas por siglos.

» No podéis medir las acciones de Ux con el criterio de vuestro tiempo en la Tierra. Tampoco las de los barogs de la aldea,

que os recuerdo que nos secuestraron a todas y nos trajeron aquí, alejándonos de nuestros hogares para siempre. Algunas, como Susi, Sylvia o tú, Callie, ya amabais al barog con el que cruzasteis el portal, uno bueno y compasivo. Sin embargo, la mayoría no tuvimos tanta suerte y sufrimos terriblemente en la cacería. Y siento decir esto, mi rey, pero, hasta hace poco, la situación de algunas de nosotras en la aldea no era muy distinta de la que vivimos en los pantanos.

Tras pronunciar esas palabras, se sentó de nuevo. Por mucho que doliera, no había dicho más que verdades.

—Tienes razón, Penny, y como sabéis, van a cambiar muchas cosas a partir de ahora. No obstante, eso no quiere decir que debamos ni podamos perdonar a Ux —dijo el rey.

—No estoy pidiendo que le perdonemos ni olvidemos lo que ha hecho. No solo secuestrarnos, sino iniciar dos guerras, provocar la muerte de muchos, asesinar a vuestra familia… Ni yo misma deseo eso. Merece ser castigado por lo que hizo —dijo ella, mirando a Cyrus.

—Entonces, ¿qué propones, Penny? —preguntó Ciench.

—Lo único que pido… es que no le matéis. Solo eso —dijo con la voz entrecortada, cargada de tristeza y angustia.

—*Solo eso* —repitió Sulveh, llevándose la mano al corazón—. Ojalá él hubiese tenido con los nuestros tanta compasión como tú nos pides para él.

Penny bajó la vista sin añadir nada más. Pero, cuando la alzó de nuevo, miró a Daryos, como si esperara algo de él. Mi barog se removió inquieto.

—Me uno a la petición de Penny —soltó de pronto—. Ux debe pagar por lo que hizo, pero os pido que no sea con la muerte. Al menos, durante un tiempo.

Cyrus negó con la cabeza.

—¿En serio, D? ¿Es eso lo que quieres? Mató a nuestra familia y estuvo a punto de violar a Callie. ¿Acaso lo has olvidado?

—No, ¡claro que no lo he olvidado! ¿Es que no me conoces? Le arrancaría la garganta ahora mismo con mis propias manos. Pero es mi padre, C, necesito un tiempo para procesarlo.

—El único padre que tuviste es Drashir y lo sabes. Él nos crio y nos amó.

—¡Él pensaba que yo era su hijo!

Cyrus resopló.

—Está bien. Mañana nos reuniremos aquí de nuevo y me comunicaréis vuestro veredicto definitivo. Después, yo tomaré una decisión por el bien de nuestro pueblo, teniendo en cuenta vuestras opiniones.

Todos asentimos y nos levantamos, dispuestos a marcharnos.

—Esperad —dijo el rey, mirándonos a Daryos y a mí—. Quedaos un momento. El resto, id a descansar y a disfrutar de la paz. Nos la hemos ganado.

Cuando todos se marcharon, Tina sirvió cuatro vasos de licor de moras y nos sentamos a tomárnoslo en los cómodos cojines del otro lado de la sala. Enzo y Bazzeila, que hasta entonces habían esperado fuera, entraron y se tumbaron a nuestros pies, muy juntitos entre ellos. La pata de la pantera descansaba sobre la del león y las colas estaban enredadas.

—¿Se puede saber de qué va eso? —le susurré a Daryos, señalando a los felinos.

—Son amigos desde que nacieron, amor. Casi como familia. Cuando llegaste a Nemea, estaban en el peor momento de su relación. Gracias a los dioses, ahora vuelven a ser los de siempre.

—Ya, ya. Pero me da a mí que ahí hay algo más que amistad.

Enzo abrió un ojo, me miró y lo cerró de nuevo. Demasiadas confianzas veía yo entre ese par. Entonces, me asaltó de pronto un pensamiento en el que no había caído nunca.

—Oye, hay leones hembra y panteras macho, ¿verdad?

Daryos y Cyrus me miraron como si les hubiera preguntado la cosa más absurda del mundo.

—No entiendo la pregunta —dijo mi amorcito.

Resoplé.

—¿Cómo que no la entiendes? ¡Ni que te hubiera preguntado por el origen del universo!

Los dos hermanos intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

—Callie, las panteras son las hembras de los leones —dijo Tina como si tal cosa, dándole un largo trago a su vinito—. ¿No te habías enterado?

—Lo dices como si fuese lo más normal del mundo, Tina.

—Aquí lo es.

Puse los ojos en blanco.

—Ya, pero juraría que eso no es lo que había oído. Además, en la Tierra, son dos especies distintas con sus machos y sus hembras cada una. ¿Te suena eso de algo, Martins, o es que ni siquiera escuchaste en la primera clase de biología?

—Los barogs solo son machos y tienen que ir a la Tierra para buscar hembras compatibles con ellos. ¿Y ahora a ti te sorprende que leones y panteras se mezclen?

La miré con los ojos como platos. Ahí le había dado.

—No, supongo que no —murmuré—. Entonces, esos dos pueden liarse y tener cachorrillos, ¿es eso?

—Esos dos son como familia, pero sí: si quisieran, podrían. Eso es lo que suelen hacer las panteras y los leones, Callie —dijo Cyrus en un tono tan arrogante que me entraron ganas de meterle una hostia. Porque ahora éramos bastante amiguetes, que si no…

—¿Y por qué no he visto yo a ninguna pareja de pantera y león dándole que te pego desde que estoy aquí?

—Qué cosas dices, amor. Pues porque son más discretos que nosotros y se esconden en algún lugar de la selva cuando quieren intimidad.

—Claro, amorcito, ¡eso tiene todo el sentido del mundo! Que los felinos quieran privacidad y los barogs y nosotras follemos a la primera de cambio delante de cualquiera es supernormal. ¡No te fastidia!

Los hermanos volvieron a encogerse de hombros. Los dejé por imposibles.

—Anda, trae el vaso que te lo relleno de nuevo —dijo Tina con media sonrisa.

—Eso, mi reina, llénalo hasta el borde antes de que suelte algo de lo que me arrepienta.

Mi amiga se rio entre dientes.

—¿Estás bien, D? —preguntó el rey.

—Me siento… extraño. Como si todo hubiera cambiado de la noche a la mañana.

—Se te pasará.

—Eso espero —dijo mi barog, un poco cabizbajo.

—Por lo que a mí respecta, sigues siendo mi hermanito pequeño. Un incordio al que quiero muchísimo —dijo el rey con los ojos brillantes.

Daryos soltó una carcajada.

—Yo también te quiero, C. Eres el mejor hermano del mundo.

—De eso no hay duda: soy un hermano cojonudo —afirmó el rey. Ambos se rieron.

Entonces, el rostro de mi amorcito se ensombreció de nuevo y dijo:

—Puede que, cuando todo el mundo sepa que Ux es mi padre, no quieran que yo siga siendo el príncipe y no me reconozcan como tal.

—¡Olvídate de eso! El que se atreva a decir algo, se las verá conmigo. Tú no te mueves de mi lado. Y vas a seguir siendo príncipe de Nemea hasta que te extingas dentro de miles o millones de años. ¡Quién sabe cuán larga será la vida del barog de la profecía! —dijo, dando un golpecito afectuoso en el hombro a su hermano.

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo, C?

El rey lo miró sorprendido.

—¿Por qué iba a estarlo? Nada de esto es culpa tuya, D. Y, respecto al veredicto de Ux…, entiendo que quieras esperar un poco.

—Gracias por tu comprensión, hermano.

Después de eso, nos repantigamos en los cojines un poco más y pasamos un agradable rato los cuatro charlando sobre otros asuntos, como mi sorprendente transformación en barog, nuestra extraña comunicación con algunos animales o las premoniciones de Daryos. Respecto a estas, me contó que, cuando la guerra había acabado y aún estaban en la plaza, tuvo una en la que nos vio a Ooris, todavía vivo, y a mí. Por eso corrió a casa a buscarme. Y cuando estaba a medio camino, escuchó el rugido de Enzo.

Al cabo de un rato, se nos unieron nuestros amigos. Xerx, Jenny, Axeh, Emi, Toruch, Lorna, Lansh y Xioh se distribuyeron entre los almohadones y los taburetes, y se sirvieron también un poco de licor. El sanador llevaba toda la noche y la mañana curando a los heridos y se estaba tomando un pequeño respiro, tras atender al último de ellos. A Emilia, que le había estado ayudando, también se la veía agotada.

Al llegar el mediodía, entre todos servimos las existencias que los reyes tenían en la despensa y compartimos el asado de rino que Marla y Goria les habían llevado, acompañado de panecillos de cereales y tortas de trigo. Comimos, bebimos y charlamos, hasta que el ambiente se relajó lo suficiente para que las risas afloraran en esa reunión improvisada. Después, regresamos a nuestras casas respectivas para descansar.

En las calles de la aldea, decenas de barogs limpiaban los restos de sangre que aún quedaban y apartaban los pedazos de las lanzas rotas, los escombros de los cobertizos derruidos y cualquier otro despojo de la batalla. Los cuerpos ya habían sido retirados hacía horas.

Los leones y los *llitops* que habían emergido de la selva durante los días anteriores fueron regresando a sus lugares de origen, fuesen los que fuesen. Así que en la aldea volvieron a quedar solo los felinos habituales, Naranjito y su pequeño grupito de camaradas, y mi querida Artia. Esta se instaló en la posada, colaborando en aquello que le pidieran las mujeres. No tenía ni idea de lo que haría la *aninf* a partir de ahora. Si quería quedarse en la aldea, por mí encantada, siempre y cuando me diera un poco de espacio y no se pegara a mí como una lapa todo el día. ¡Puede que hasta encontrase algún barog guapetón con el que entretenerse!

Tras ayudar a limpiar el camino frente a nuestra casa, finalmente Daryos y yo entramos y subimos hasta nuestro dormitorio. Nos desnudamos y nos metimos en la cama sin apenas pronunciar palabra. Seguíamos agotados, sobre todo, emocionalmente. Nos dormimos enseguida, bien acurrucaditos como siempre.

De madrugada, sentí que mi cuerpo temblaba y la cama se movía. En duermevela, tuve la sensación de que tenía una larga cola peluda y sedosa que se enredaba con la de Daryos.

Al despertar, sin embargo, no había ni rastro de mi cola, y lucía mi forma humana de siempre. Tal vez solo había sido un sueño. Nadie sabía cuándo volvería a transformarme.

Poco después del amanecer, salimos de casa, de nuevo en dirección a la morada de los reyes para la reunión.

La suerte estaba echada… y muy pronto el rey proclamaría el veredicto que decidiría el destino de Ux.

51 NO DEBERÍAS ESTAR AQUÍ
PENNY

Cuando Toruch abrió las mazmorras y entramos, la oscuridad nos envolvió casi por completo. Hacía cuatro siglos que no entraba ahí, pero me sentí como si hubiera sido el día anterior. El calor sofocante, el olor a humedad y al humo de las antorchas… Todo me caló bien hondo.

Recorrimos un largo pasillo hasta llegar a una sala más o menos amplia, llena de celdas. En una de ellas estaba Ux, todas las demás permanecían vacías. Sus barogs perdidos estaban muertos o habían huido. El único que se había quedado era él.

—Os daré privacidad. Estaré con los guardias ahí fuera. Si me necesitas, avísame, ¿de acuerdo, Penny? —dijo Toruch con ese tono amable y cercano que lo hacía tan especial. Asentí. Era un buen barog.

Avancé despacio hasta situarme frente a la celda de Ux mientras él me observaba con atención entre los barrotes. Estaba sentado en un taburete en medio del reducido espacio. Yo arrastré otro y lo coloqué delante de él, al otro lado de los barrotes.

Me senté y lo miré directamente a los ojos sin pronunciar palabra.

—No deberías estar aquí, Penny —dijo, pero su voz fue suave —. No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

Yo negué con la cabeza, conteniendo las lágrimas. Odiaba verlo así, ahí dentro como un animal enjaulado, completamente solo y abandonado a su suerte, esperando el veredicto. Pero él se lo

había buscado, y los demás tenían todo el derecho del mundo de odiarle y desear su muerte.

—¿Estás bien? —pregunté, señalando una herida larga y aparatosa que tenía en el abdomen. Había otra en su brazo y otra en el muslo igual de impactantes, además de múltiples rasguños.

Alguien se las había cosido y recubierto de ungüento.

—Han enviado al sanador, el hijo de Xarix, a desinfectar las heridas y suturarlas. Es tan calmado como su padre. El pobre debe de odiarme, pues yo lo maté. Una pérdida de tiempo que me haya remendado, si lo que quieren es ajusticiarme en la plaza.

—Todavía no hay nada decidido. Puede que no te maten —dije con voz temblorosa. En realidad, no tenía ni idea de cómo acabarían las cosas para él.

Soltó una risa amarga.

—Siempre fuiste muy optimista, Penny. Sabes de sobra que van a ajusticiarme. ¡Y con un buen espectáculo! —dijo alzando las manos hacia el cielo.

—¿Y qué esperabas? ¿Perdón y absolución? Sabes bien todo lo que has hecho, Ux. Los llevaste al límite una y otra vez.

—Lo sé, pero no me arrepiento de casi nada.

—No digas eso, te hace un flaco favor.

—Aquí solo estamos tú y yo, Penny, y tú me conoces bien. Así pues, ¿para qué fingir?

—¿No lamentas haber matado a toda la familia del rey y el príncipe?

Negó con la cabeza sin vacilar un instante.

—Lo único que lamento es la muerte de Tatiana y no haberme enterado antes de que Daryos era hijo mío.

—¿Nada más? ¿Nada de lo que ocurrió en los pantanos? —pregunté.

Apretó la mandíbula y desvió la vista.

—No, nada. —Pero, en esta ocasión, su voz sí que titubeó un poco. A mí no podía engañarme.

—Creía que no ibas a fingir.

Resopló.

—¿Qué quieres que te diga, Penélope? ¿Que lamento haber tratado de ese modo a Susi y a las demás? ¿Que no debería haber establecido ese maldito sistema de turnos? ¿Que me arrepiento de haber golpeado a Callie, cuando, además, me cayó bien desde el principio?

—Podrías empezar por ahí, sí. ¿Sabes? No va a pasarte nada por reconocer que te equivocaste una y otra vez. Y todo porque… —Enmudecí de golpe. No debía seguir por ese camino, pero era muy difícil no hacerlo.

—¿Qué ibas a decir? Anda, suéltalo, Penny. Nos hemos dicho cosas mucho más íntimas —dijo con una de sus sonrisas oscuras. Pero a mí no me engañaba: debajo de su máscara, había dolor y tristeza.

Me armé de valor, aun sabiendo que se enfadaría en el momento en que lo soltara.

—Todo debido a tu obsesión por Tatiana.

Abrió mucho los ojos, que de pronto echaban chispas.

—No fue una obsesión, ¡tú sabes que nos amábamos!

—No lo niego, Ux, pero te empecinaste en creer que estaba predestinada a ti, que te pertenecía, que era tu *hoa uhane.*

—¡Y lo era! El tiempo me ha dado la razón. ¿Cómo no íbamos a estar destinados el uno al otro si engendramos al barog de la profecía?

—Eso solo prueba que estabais predestinados a conoceros y a yacer juntos, no necesariamente a compartir toda la existencia como pareja de vida.

Resopló. Yo continué:

—Era mi amiga, Ux. Sé mejor que nadie que te quiso y tuvo sus dudas acerca de quién de los dos, Drashir o tú, era su *hoa uhane*. Pero, al final, decidió quedarse con él. Le eligió dos veces: tras conocerle al llegar a Nemea y hace treinta años, cuando volviste a darle la oportunidad de huir contigo. ¿No te dice eso nada?

—La manipularon, la obligaron a elegir al príncipe, futuro rey, y a repudiarme.

—Puede que sí. Pero volvió a elegirle la segunda vez.

—Tenía hijos, Penny, uno muy pequeño todavía.

—Ella no era tu *hoa uhane*, Ux. No creas lo que te dijo Ooris si no quieres, pero puedes creerme a mí. Sabes que yo nunca te mentiría.

Se abrió un silencio incómodo entre nosotros. Habían ocurrido demasiadas cosas y sentía que nos estábamos alejando, que él se había perdido en sus ansias de poder y venganza. Pero el sentimiento en mi interior seguía siendo el mismo.

—Deberías irte, Penny. No quiero que nuestra… amistad te perjudique.

Ambos sabíamos que «amistad» no era la palabra que definía lo que había entre nosotros. Pero él no lo reconocería fácilmente. Su ego y sus convicciones se asentaban sobre un castillo de naipes enorme y yo era el viento que estaba a punto de demolerlo.

Me levanté, arrastré el taburete tan cerca de los barrotes como pude y me senté de nuevo, decidida a esperar. No tuve que aguardar mucho, puesto que él enseguida me imitó. Estábamos a tan solo un par de palmos el uno del otro, con esos malditos hierros entre nosotros. Sacó una mano entre dos de ellos y la posó sobre la mía. A los pocos segundos, entrelazamos los dedos.

—¿Por qué elegiste a Susi en lugar de a mí?

—No quiero hablar de eso, Penny, por favor.

Pero había llegado el momento de hablar y aclarar las cosas de una vez por todas entre nosotros.

—Ella te detestaba y amaba con locura a Ciench. Yo, en cambio, estaba dispuesta a complacerte. ¿Por qué, entonces?

—La respuesta que buscas no creo que pueda dártela.

—Sí que puedes, solo que te da miedo. No estoy recriminándote nada. Sé que no la escogiste porque la prefirieras a ella sobre mí ni porque la encontraras más hermosa.

Él suspiró.

—Entonces, si lo sabes, ¿por qué insistes en preguntarme cosas que solo van a causarnos dolor? ¿No ves dónde me encuentro? No saldré vivo de aquí, Penny. ¿Qué sentido tiene hurgar en todo eso?

—El rey todavía no ha dictado sentencia. No eludas el tema, Ux, respóndeme.

Volvió a suspirar.

—Ya sabes por qué.

—Nunca me lo dijiste. Quiero oírtelo decir.

—Porque tú… me debilitas.

Enarqué una ceja.

—Pues la mayoría de los barogs, al contrario de ti, dicen que el amor fortalece.

Me miró a los ojos. Todo su cuerpo temblaba.

—Después de todo lo que he hecho a la gente que te importa, ¿todavía quieres hablar de amor?

—¿De qué otra cosa, si no? ¿No crees que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa? ¿O quieres morir sin aceptar la verdad?

—¿Y qué verdad es esa, en tu opinión?

Tenía miedo. Miedo de que se burlara de mí y lo negara todo. Pero no era eso lo que veía en sus hermosos ojos azules, en ese instante libres de ónice casi por completo.

—Que te debilitaba porque tenías sentimientos hacia mí, del mismo modo que yo los tengo por ti. Que te aterrorizaba aceptar lo que vibraba en tu interior porque eso significaría que todo aquello por lo que exigías venganza, todo aquello por lo que luchabas y todo lo que odiabas carecería de pronto de sentido.

Negó con la cabeza.

—No sigas por ahí, Penny. Voy a morir pronto, ¿no lo ves? No tengo ningún futuro. Tú y yo no tenemos ningún futuro. Nunca te ataría a mí si eso fuera a ocasionarte algún daño.

—El rey ya sabe lo que siento por ti, y ni él ni nadie van a hacerme daño por ello. Mis amigos me aprecian y valoran y, aunque desconozco si tendrán en cuenta mis súplicas, nunca me harían pagar por tus errores.

Pareció aliviado.

—¿Has… suplicado por mí? —preguntó con la voz varios tonos más grave, apretándome un poco los dedos.

Me estremecí.

—Sí, y el príncipe Daryos también. Ninguno de los dos queremos que te maten. No puedo decir lo mismo del resto.

—¿Mi hijo ha intercedido por mí ante el rey? —preguntó, visiblemente emocionado.

Asentí.

—No te hagas ilusiones. Las demás descendientes quieren matarte, incluida Callie. Aunque sospecho que ella se posicionará al lado de su barog, llegado el momento.

Él sonrió de ese modo un poco siniestro que me asustaba y me atraía por igual.

—No me importa si al final muero, siempre que mi hijo haya intentado salvarme.

—Tienes otro hijo, el bebé de Sylvia.

—No sabes cuánto deseo verlo y poder conocerlo. Pero dudo mucho que el guardián Sulveh me deje acercarme a él lo más mínimo. ¿Podrías decirle a ella que lo traiga para que pueda verlo? Me conformaría con una sola vez. Todavía recuerdo el peso de su cuerpecito caliente entre mis brazos cuando nació. Tiene mis ojos, Penny.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No creo que Sylvia ni ninguna de las otras quiera acercarse por aquí. No quieren saber nada de ti, Ux.

—Lo comprendo —murmuró con tristeza.

Metí la otra mano entre los barrotes y me atreví a posarla en su mejilla. Él entornó los ojos y esbozó una sonrisa serena.

—Deberíamos habernos ido muy lejos tú y yo, Penny. Lo pensé más de una vez, ¿sabes? Me habría gustado disfrutar de una vida sencilla contigo, llena de cariño y comprensión, algo que jamás se me ha concedido… y que tanto he ansiado. Eres la única que me ha tratado bien. La única en toda mi larga existencia que me ha apreciado. No creas que no lo valoro. Lo hago mucho más de lo que piensas. Es solo que… Bah, ¡qué más da! Estoy a las puertas de la muerte.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Y supe que había llegado el momento de soltarlo todo, de dejar de callarme la verdad más importante.

—Sé que amabas a Tatis y que ella te amaba a ti, Ux. Y también sé que te aferras a ese amor para justificar todo lo que

hiciste después. Sufriste mucho por ella, eso no lo dudo. Pero Tatiana no era tu *hoa uhane*, te lo aseguro.

Se hizo el silencio entre nosotros.

Retiré la mano de su mejilla lentamente, pero él me la agarró y se la colocó sobre el pecho, justo encima de la espiral grabada.

Se me aceleró el pulso.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de eso, Penny? Dime, ¿por qué crees que no era mi *hoa uhane*, pese a lo mucho que la amaba?

Ambos sabíamos la respuesta. Solo tenía que pronunciarlo en voz alta una vez. Al fin iba a hacerlo.

—Porque tú eres mi *hoa uhane*, Uxuer. Y eso significa que yo soy la tuya.

Sus ojos se oscurecieron y se clavaron en los míos. Se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Nunca me temiste, ¿verdad, Penny?

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

—No me diste motivos para ello. Me trataste con amabilidad y respeto desde el principio, de un modo muy distinto a las demás. Por entonces no lo comprendía, creía que, simplemente, te daba lástima. Pero no era por eso, ahora lo sé.

—No podía soportar que otros te pusieran la mano encima, Penny. ¡Pensar en ello me volvía loco! —se sinceró al fin—. Por eso te asigné al mejor de mis barogs y le prohibí tocarte si tú no lo deseabas. Y por eso te libré de los turnos. Te quería solo para mí, pero no podía entregarme a ti por completo. No podía dejarme llevar por los sentimientos hermosos que suscitabas en mí. Eso me habría alejado de mi propósito, de la venganza, de la guerra. ¡Me habría vuelto vulnerable! Y yo deseaba el poder a toda costa; no por el poder en sí mismo, sino para demostrarme que no solo había asesinado a Drashir, sino que se lo había arrebatado todo… tal como él me lo arrebató a mí.

Sentí un escalofrío.

—Debería detestarte por todo lo que les hiciste pasar a mis amigas, esas pobres mujeres. Ni siquiera puedo pensar en ello sin

ponerme a llorar. Pero no soporto la idea de que te maten, sería como si me arrancaran el corazón.

—No merezco tu amor ni tu perdón, Penny. Soy muy consciente de ello. —Me acarició el brazo, erizándome la piel—. Sé que no saldré vivo de la aldea y que pronto el rey ordenará mi ejecución. Tal vez lo haga Ciench o Sulveh; cualquiera de los dos estaría en su pleno derecho. No tengo esperanzas. Pero si los dioses se apiadaran de mí y me dieran otra oportunidad, te aseguro que no volvería a desaprovecharla.

—No sé lo que ocurrirá mañana, cuando volvamos a reunirnos con el rey para proclamar el veredicto. Solo sé que Daryos y yo intentaremos salvarte hasta el final.

Juraría que se emocionó, aunque enseguida sus facciones se endurecieron de nuevo y se instaló en su rostro esa máscara siniestra y distante que yo tanto odiaba, y que solo se quitaba cuando estábamos solos en los pantanos, en su choza o en la de la colina.

—Así que al menos veré un nuevo amanecer —dijo con una sonrisa amarga—. Dile a mi hijo que venga a verme, ¿quieres? Me gustaría hablar con él una última vez.

—No sé si accederá. Que no desee que mueras no significa que quiera verte. Está muy dolido.

—Haz lo que puedas.

Asentí.

En ese instante, Toruch entró en la mazmorra.

—Hora de marcharse, Penny. Órdenes del rey.

Le acaricié de nuevo la mejilla a ese barog enorme y hermoso al que todos temían y odiaban. Su cola se asomó fuera de la celda y me rozó el tobillo con suavidad.

—Adiós, Penélope. Gracias por… todo.

—Intenta descansar. Nos veremos mañana.

Él asintió.

—Tú también descansa…, *hoa uhane*.

Sus últimas dos palabras no fueron más que un murmullo, tan bajo que creí que me lo había imaginado. Pero las llamas encendidas de sus ojos no eran imaginaciones mías.

El corazón se me aceleró y las piernas me temblaron. Intercambiamos una última mirada mientras Toruch me conducía por el pasillo hacia el exterior. Y cuando al fin estuve fuera, aspiré el aire con fuerza y alcé la vista al cielo en una súplica silenciosa.

Recé a los dioses del manantial para que salvaran a mi barog… y decidí que iría a hablar de nuevo con mis amigas.

Ellas eran las únicas que podrían evitar su muerte.

52 VEREDICTO
CALLIE

—¿Y bien? —preguntó el rey una vez estuvimos sentados de nuevo alrededor de la mesa—. ¿Qué habéis decidido?

Nos miramos las unas a las otras.

Penny contenía el aliento con la mirada clavada en el vaso de zumo que tenía delante y que todavía no había tocado. Había venido a hablar con todas las demás, una a una. Me daba mucha pena. Al principio, pensaba que la pobre tenía un síndrome de Estocolmo como la copa de un pino y que tantos años soportando a Gushia habían alterado su percepción. Sin embargo, no se dio por vencida conmigo y, tras contarme muchos detalles de su relación con Ux, finalmente me convenció.

No es que ese barog perdido hijo de puta fuera un angelito. ¡Por los dioses, ni hablar! Seguía pensando que era un cabrón muy listo que había destrozado la vida de mucha gente. Pero era innegable que con Penny se había portado bien. Había cuidado de ella y jamás había permitido que nadie, ni siquiera él mismo, abusara de ella de ningún modo.

Sin embargo, aun dejando a un lado las guerras —al fin y al cabo, estas siempre son sangrientas y terribles, y existen desde los principios de los tiempos—, su comportamiento con Penny no disculpaba el que había tenido con Susi y las demás.

Por eso me costó tanto aceptar su propuesta. Lo que me pedía el cuerpo era arrancarle la cabeza con mis propias garras de barog. ¡Apenas podía imaginar un mundo donde se le permitiera seguir respirando! Pero Penny había sufrido durante cuatro largos siglos… y estaba convencida de que esa bestia era su *hoa uhane*, lo

cual era sorprendente, teniendo en cuenta que él había defendido siempre a capa y espada que lo era de Tatiana.

Supongo que nadie lograría averiguar nunca la verdad.

Me resistí durante mucho rato, pero entonces apareció Daryos y me suplicó que aceptara la propuesta de mi amiga. Mi barog sabía que debíamos matar a su padre, pero no podía tomar esa decisión a la ligera. Necesitaba tiempo, y la opción que planteaba Penny se lo daría.

Ahora, sentados a la mesa de palacio, no tenía ni idea de lo que habrían decidido las otras mujeres tras la visita de Penny, ni si Sulveh, Ciench, Cyrus y los demás aceptarían nuestro veredicto, fuese el que fuese.

Los rostros de todos estaban tensos. Cuanto antes nos deshiciéramos de Ux, ya fuese de un modo u otro, antes podríamos pasar página e intentar curar las heridas más difíciles: las que no estaban a simple vista.

—¿Quién quiere ser la primera? —insistió Cyrus.

Miré a Susi y a Sylvia. Tenían los ojos vidriosos y parecía que fueran a vomitar de un momento a otro. Las otras no se encontraban mucho mejor que ellas. Tina me lanzó una miradita de las suyas: quería que yo empezara.

Me aclaré la garganta.

—Si dependiera solo de mí, ataría a ese pedazo de monstruo en la plaza y lo cortaría a pedacitos, empezando por ya os podéis imaginar dónde —solté, intentando controlar la bola de emociones que se estaba formando en mi estómago.

—Amor… —murmuró Daryos, palideciendo.

Cyrus y Tina menearon la cabeza como si el simple hecho de escuchar mi voz los exasperara. ¡Pues que se fastidiasen! Aquello había que decirlo.

—Nos hacemos una idea, Callie. Y ahora, ¿puedes darnos tu veredicto? —me pidió el rey.

Resoplé.

—Por Penny y por Daryos, mi veredicto es… el destierro a la zona prohibida, sin poder regresar a la aldea nunca más en toda su existencia. —Miré a Susi, que apretaba los labios en una fina línea.

Solo esperaba que no me odiara por eso—. Por Susi, Sylvia y todas vosotras no merecería seguir respirando ni un solo día más. Espero que el destierro eterno sea un castigo lo suficiente duro para él como para resarciros, aunque sea en una pequeña parte, por lo que os hizo. Por supuesto, apoyaré cualquier castigo físico que queráis imponerle antes de desterrarlo.

Susi asintió en mi dirección. Ciench apretó la mandíbula, con los ojos echando chispas, pero también asintió.

Xerx hizo una marca en una pequeña tabla de madera lisa que había traído consigo para contar los votos de cada veredicto. A buen seguro, aquello también les estaba afectando mucho a él y a Xioh, puesto que el cabrón de Ux había matado a Xarix, su padre, el mismo día que a su hermano Drashir.

—¿Quién quiere continuar?

Las demás mujeres empezaron a pronunciar su veredicto una a una. Todas emitieron el mismo que yo: destierro. Penny las había convencido a todas. Ya podía estarle agradecido Ux de que fuera a salvarle el pellejo, aunque, sinceramente, conociendo a ese barog, el destierro sería terrible para él. Lo consolidaría para siempre como un paria de la especie barog. Sería su humillación última: solo, sin poder, sin amor, lejos de la aldea y de cualquiera para siempre.

De hecho, tal vez fuera el castigo más brutal y adecuado para él. Intenté convencerme de eso para no seguir pensando que debíamos matarlo.

Faltaban solamente Susi y Sylvia. Esta había dejado al pequeño Sonah con Marla y Goria mientras ella y Sulveh acudían a la reunión.

—Es una decisión muy difícil —dijo Sylvia, cogiendo la mano de Susi con fuerza por encima de la mesa—. Penny vino a hablar conmigo, igual que con vosotras. Ella sufrió muchísimo en la aldea y fue un gran apoyo para todas cuando nos encontrábamos en los pantanos. Cuando una se hundía, ella estaba ahí para sacarla a flote. Ayudó a cada una de nosotras durante diez largos años. Así que, solo por eso, merecía que considerásemos su propuesta. Pero creo que, independientemente de lo que ella nos haya pedido, no puedo obviar el hecho de que Ux es el padre de Sonah. No podría

vivir conmigo misma si pidiera su ejecución. Así pues, yo también digo destierro. Y como, por desgracia, le conozco bien, sé que eso le hará tanto o más daño que el más horrible de los castigos.

Se giró a mirar a Sulveh, sentado a su lado, y murmuró «lo siento». El guardián la miró con adoración y le acarició la mejilla. No había ni una pizca de recriminación en su rostro. Después, la abrazó con fuerza.

Las lágrimas rodaban sin control por las mejillas de Penny. Ya solo faltaba Susi. Ciench y ella intercambiaron una mirada y él le rodeó los hombros, en señal de su apoyo incondicional.

—Odio a Ux en lo más profundo de mi ser. Sufrí cinco años de mi vida en sus manos y después en los turnos. Creo que merecería morir de la forma más dolorosa y lenta posible —dijo con vehemencia—. Pero el destierro será, en realidad, el peor castigo para él. Le privará para siempre de todo aquello que ha anhelado durante tanto tiempo y lo dejará sin nada durante miles de años. Escojo el destierro por Penny, pero también porque será el fin más lento, doloroso y humillante para ese monstruo que nos arrebató una década y marcó nuestras almas con heridas profundas para siempre.

Cyrus suspiró y miró a Tina. Después, clavó la mirada en cada uno de los barogs de las descendientes secuestradas.

—¿Estáis de acuerdo con el veredicto al que han llegado vuestras parejas?

Todos asintieron, incluido Daryos. No obstante, Cyrus insistió, con la mirada fija en el rostro de Ciench, uno de sus mejores amigos. Este volvió a asentir.

—Que conste que yo lo mataría, tal como él hizo con nuestra familia —dijo el rey con una voz oscura y cargada de dolor, mirando a su hermano—. Mató a nuestros padres, a Ceeris y el resto de nuestros hermanos, y a mi tío Xarix. —Miró a Xerx y Xioh e inclinó levemente la cabeza. Ellos asintieron en respuesta—. Aun así, respetaré vuestra decisión. Pero aquí y ahora proclamo lo siguiente: Ux jamás podrá poner un pie fuera de la zona remota inexplorada ni, por supuesto, pisar la aldea. Si lo hiciera, se activaría de forma inmediata su pena de muerte y yo mismo lo mataría.

Asentimos.

—Que así sea, hermano —dijo Daryos.

—Cuando el sol esté hoy en lo más alto, lo sacaremos de las mazmorras, lo llevaremos a la plaza y le comunicaremos el veredicto. Después, un grupo designado por mí lo conducirá hasta las tierras prohibidas, donde permanecerá para siempre. Quien así lo desee, podrá acompañar a ese grupo. Ya sabéis que es una travesía de varias jornadas, así que coged lo necesario. Yo mismo pienso ir y asegurarme de que cruza las piedras que marcan el camino sin retorno para él.

—¿No sería mejor esperar al amanecer para salir hacia las tierras remotas? —propuso alguien.

—No quiero demorarlo. Es mejor que saquemos a ese monstruo de aquí cuanto antes, o alguno de nosotros podría cambiar de opinión. —Su mirada se cruzó con la de Ciench de nuevo.

—Yo también iré, C —dijo Daryos.

Algunos murmuraron palabras parecidas y el rey les dijo que tenían hasta mediodía para decidirlo. Por supuesto, yo me apunté. No pensaba dejar solo a mi amorcito en un momento tan duro para él. Tina también iría.

Entonces, Susi se puso en pie y miró al rey.

—Antes de que nos marchemos, me gustaría pedir algo, mi rey —dijo con voz trémula, pero mirada decidida—. Ux lleva grabada la marca de la espiral en el pectoral. No creo que sea merecedor de tal símbolo. No me importan sus tatuajes, pero esa espiral, si me lo permites, me gustaría cruzarla con un cuchillo, para que cada vez que la vea recuerde lo que hizo y que siempre le odiaremos por ello.

Cyrus asintió con sus ojos oscuros cargados de respeto.

—Que así sea, Susi. Quien quiera podrá practicar un corte sobre la espiral de Ux.

Penny se estremeció, pero no dijo nada.

El rey levantó la sesión y nos emplazamos para unas horas después en las mazmorras.

La suerte de Ux estaba echada.

Se había ganado a pulso su destierro.

53 VISITA A LAS MAZMORRAS
CALLIE

—¿Podemos pasar? —preguntó Daryos cuando la puerta se abrió y apareció Sulveh.

El guardián del templo se hizo a un lado con una suave sonrisa y entramos.

—¿En qué puedo ayudarte, príncipe?

—No deseo molestaros, pero, puesto que Callie y yo vamos a estar unos días fuera, rumbo a las tierras remotas —ambos barogs se encogieron un poco—, he pensado que, si os parece bien, me gustaría ver a Sonah.

El silencio nos golpeó mientras Sulveh y Daryos se miraban a los ojos. Ambos conocían bien el motivo de la visita.

Sylvia apareció enseguida desde la zona de los dormitorios, llevando a su pequeño. Con una amplia sonrisa, esa dulzura suya tan bonita y sin mediar palabra, se acercó a mi barog y le puso a Sonah en los brazos.

De inmediato, percibí cómo Daryos se estremecía de arriba abajo mientras acunaba contra su pecho al bebé y le sonreía.

—Así que tú eres mi hermanito, Sonah —murmuró. El niño lo miraba con los ojos muy abiertos—. Me gustas, pequeñajo. Espero gustarte yo también. Aunque primero tendremos que irnos conociendo, ¿verdad? Algunos te dirán que estoy un poco loco y puede que tengan razón. Pero te prometo una cosa: siempre podrás contar conmigo para lo que sea.

Me había quedado tan embobada mirando la preciosa estampa de Daryos con el bebé que no me di cuenta de que Sylvia

lloraba y sonreía al mismo tiempo mientras Sulveh la abrazaba.

—Me gustaría pediros a los dos si, a partir de ahora, puedo pasar tiempo de vez en cuando con mi hermanito. No quiero meterme donde no me llaman ni interferir, pero me encantaría formar parte de su vida. De vuestras vidas, si así nos lo permitís a Callie y a mí.

Daryos se acercó a Sulveh y le entregó al bebé, que se agarró con avidez al guardián.

Sylvia se aproximó a mi barog y posó una mano en su brazo.

—Siempre serás bienvenido en esta casa, príncipe Daryos. Y tú también, Callie. Podrás ver a tu hermano siempre que quieras. Ahora… somos familia.

Los ojazos de mi barog brillaron de lágrimas y su sonrisa fue la más bonita del mundo.

En uno de sus arranques de espontaneidad, Daryos abrazó a Sylvia, y luego ella me abrazó a mí mientras los barogs se estrechaban el brazo.

Nos despedimos del bebé dándole un besito en la frente, y le dedicamos una sonrisa a su madre y al guardián que, sin duda, le haría de padre.

Tras abandonar su casa, la atmósfera cambió de golpe entre nosotros dos, conscientes de hacia dónde nos dirigíamos.



Entré en la mazmorra detrás de Daryos, con su enorme espalda musculosa frente a mí. No teníamos por qué hacer eso, pero mi amorcito había insistido en que quería ser él quien sacara a Ux de la celda y lo escoltara hasta la plaza. Apenas había pronunciado palabra desde que habíamos puesto un pie dentro, acompañados por los cuatro guardias barogs que lo llevarían a la zona remota con nosotros y se encargarían de evitar que hiciera alguna estupidez.

—¿Estás bien, Daryos? —pregunté en voz baja.

—No es el mejor día de mi vida, amor mío, pero lo superaré.

—¿Ya has decidido lo que vas a decirle? —pregunté con delicadeza. No quería agobiarlo más de lo que ya estaba.

Él negó con la cabeza.

—Solo se me ocurren insultos muy desagradables. Una cosa es que no sea capaz de matarlo y otra muy distinta que vaya a perdonarle algún día por todo lo que le hizo a mi familia, a ti y a los demás.

—Es normal que te sientas así. Tiene que ser un sentimiento muy contradictorio.

—¿A ti te pasa lo mismo?

«¡A ver qué le respondo al pobre ahora!».

—Yo me siento… un poco distinta a ti. Digamos que no tengo esa contradicción que tú tienes.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo le mataría sin más, Daryos. Eso es lo que siento aquí dentro cuando pienso en ese monstruo —dije señalándome el corazón—. Pero él no es mi padre, así que lo que yo opine no importa, sino solo lo que pienses tú.

Me agarró la mano y entrelazó nuestros dedos.

—¿Y si me estoy equivocando? ¿Y si deberíamos matarlo? ¿Y si, dejándolo con vida, estamos asumiendo un riesgo terrible?

—No te estás equivocando, amorcito. Lo que sientes es muy humano. Creo que, si hubieras decidido ejecutarlo, te arrepentirías durante el resto de tu vida. Así, en cambio, con el destierro, siempre puedes ir a cortarle la cabeza si de pronto crees que has sido demasiado indulgente con él.

Se quedó pensativo.

—En eso tienes razón. Matarlo no tendría vuelta atrás. El destierro, en cambio…

—Puede daros una oportunidad como padre e hijo, si es que algún día la quieres.

—Pero tú le ajusticiarías —insistió.

—Sin dudarlo.

Meneó la cabeza con desesperación.

—Todavía no puedo creer que mi hermano haya accedido al destierro. Lo vi en sus ojos: quería destrozarlo con sus propias garras.

—Bueno, Cyrus te quiere con locura, amorcito. Es tu hermano y siempre ha deseado lo mejor para ti. Ha accedido al destierro por ti. Y eso le honra como hermano y como rey.

—Él también lo está pasando mal. Nuestra madre traicionó y engañó a nuestro padre. No es algo que pueda asimilarse ni olvidar fácilmente.

—Tatiana fue una descendiente maravillosa, una reina magnífica y, sobre todo, una gran madre. No dejéis que un solo error empañe su legado. Ella era muy joven cuando llegó a Nemea, y Drashir y los ancianos la manipularon y apabullaron. No fue culpa suya. Hizo lo que pudo y lo que pensó que debía hacer.

—Lo sé, Callie. Es solo que… a C y a mí nos costará un tiempo aceptarlo.

Cuando llegamos frente a la celda de Ux, ambos nos estremecimos como un acto reflejo ante el barog perdido que llevaba tanto tiempo siendo el enemigo de la aldea. Daryos se colocó delante de los barrotes, a poca distancia.

—Vaya, vaya. Esta agradable sorpresa no me la esperaba —ronroneó el preso.

—Ya se ha alcanzado un veredicto, Ux. Venimos a llevarte a la plaza, donde se te comunicará y procederemos a aplicar la condena de inmediato.

—Vamos, hijo, ¿es eso lo único que vas a decirme? ¿No quieres preguntarle nada a tu padre? Aprovecha ahora; puede que no tengas otra oportunidad.

—Drashir fue mi verdadero padre. No creas que el mero hecho de que me engendraras te da algún derecho sobre mí o que me impulsa a desear acercarme a ti. Por lo que a mí respecta, eres un monstruo.

—Ya veo. Por eso eres el único, aparte de los guardias, que se ha molestado en venir hasta las mazmorras.

—No tientes a la suerte, Ux. Puedes darte por satisfecho con que Daryos se haya molestado siquiera en aparecer por aquí —solté.

—Y, por supuesto, tú también estás aquí, Callie, la primera humana barog de la historia de Nemea. Menudo honor que te rebajes para venir a mi celda.

—Bueno, no es la primera vez que estoy aquí —le lancé una miradita a Daryos—. Puedo asegurarte que solo he venido como apoyo moral a mi barog. No me interesa lo más mínimo aguantar tu cháchara petulante ni ver tu careto de monstruo hijo de puta.

Él soltó una carcajada.

—Siempre tan deslenguada.

—Habla bien a mi *hoa uhane*. No estás en una posición como para ir provocando a los pocos que hemos intercedido por ti.

Ux torció el gesto.

—Eso he oído, que tú, hijo, hablaste en mi favor.

—No te hagas ilusiones. Puede que solo me hubiera dado un golpe en la cabeza. Y no creas que todos los que están ahí fuera han sido muy proclives a escucharme.

Daryos quería ponerlo nervioso y no tenía ninguna intención de ahorrarle la incógnita de lo que haríamos con él hasta el último momento. Aunque Ux mantenía la calma, pues era un tipo muy duro, a mí no me engañaba: la angustia y la derrota lo carcomían por dentro. Sin embargo, haría lo posible por no mostrarlas.

—Amaba a tu madre, Daryos. Jamás le habría hecho daño. Digan lo que digan, no eres fruto de un error, sino de uno de los amores más grandes que han existido.

Daryos apretó los dientes.

—Cierra la boca. Los demás nos esperan.

Los guardias entraron en la celda, le ataron las manos y lo sacaron a empujones. Después, lo agarraron de ambos brazos y lo guiaron por el pasillo sombrío que conducía al exterior.

—¿Sabes, Callie? Me encanta tenerte como nuera. Siempre me gustaron nuestras conversaciones. ¿A ti no?

Puse los ojos en blanco.

—Una pena que no vayamos a poder repetirlas, suegro. ¡Qué lástima! Con lo maravilloso que era escucharte mientras temblaba de la cabeza a los pies porque no tenía ni idea de cuándo te cabrearías y me arrearías una hostia.

—Eso solo ocurrió una vez, y sabes muy bien por qué fue —dijo con voz siniestra.

—¡No, si encima fue culpa mía!

—Yo no he dicho eso. Y siento mucho haberte golpeado, Callie. La situación se me fue de las manos y me arrepiento de ello. Pero no olvides que también te salvé la vida. Te saqué del río y te curé esas heridas infectadas y a punto de gangrenarse. No habrías durado ni dos días.

Abrí los ojos como platos.

—Eso no fue lo que me dijiste. Creí que no estaban infectadas.

—No quería que te asustaras. Además, sabía que podía sanarte sin problema, así que preferí no alarmarte.

Mi suegro era una caja de sorpresas.

Alcanzamos el exterior sin que Daryos hubiera añadido una sola palabra. En parte, me había propuesto entretener a Ux para que dejase en paz a mi barog. El pobre había recibido un gran golpe y, lo admitiese o no, aún estaba en shock.

Pero Ux, el muy gilipollas, tuvo que seguir insistiendo.

—Me dijo Penny ayer que pediste que no me mataran. Te lo agradezco, hijo mío.

—No me lo agradezcas demasiado, todavía no conoces el veredicto.

—Sea lo que sea, me vale con saber que tú no deseas mi muerte.

—Debería hacerlo, pero lo de matar a mi padre, por mucho que te lo merezcas, no entra en mi escala de valores.

—Ya veo por qué todo el mundo cree que eres uno de los mejores barogs: valiente, honorable y con un gran corazón.

—Está claro que no lo ha sacado de ti —solté sin poder contenerme.

Él dejó ir una carcajada. Por lo visto, su sentido del humor seguía intacto, pese a las circunstancias.

Avanzamos varios metros más hasta que, al fin, vislumbramos la plaza, que se abría al final del camino.

Allí esperaban los reyes de Nemea, rodeados de nuestros amigos, las mujeres descendientes secuestradas y, en definitiva, la aldea al completo.

Ux suspiró. Se detuvo un instante mirándolos a todos y empezó a moverse de nuevo.

Daryos caminó a su lado hasta que llegaron ante Cyrus. Todos los presentes contenían el aliento.

El momento había llegado.

—Uxuer, líder de los barogs perdidos de los pantanos —comenzó el rey—, se te acusa de traición a tu pueblo, de asesinato de la familia real y de secuestro de varias descendientes vinculadas, y, por lo tanto, también de infracción de las leyes sagradas de nuestra especie. ¿Quieres decir unas últimas palabras antes del veredicto?

Ux clavó los ojos en los de Cyrus.

—Enhorabuena por la victoria, mi rey. Estoy seguro de que tu padre estaría muy orgulloso de ti —dijo sin una pizca de burla—. Tu padre, Drashir, quien fue una vez mi mejor amigo y a quien aprecié, y que me dio la espalda y me traicionó a la mínima oportunidad. Soy consciente de todo lo que he hecho y de que jamás vais a perdonarme, pero me gustaría dejar constancia de que no soy el único traidor, manipulador y bárbaro de esta historia. Por lo demás, me alegro de haber conocido a mis dos hijos, Daryos y Sonah, y espero que los dioses les tengan preparadas unas vidas maravillosas. No se merecen menos.

Fue un buen discurso, eso había que reconocérselo. El muy cabrón era un buen orador.

—Te hemos escuchado, Uxuer. Sin embargo, eso no va a cambiar el veredicto.

El rey y el príncipe intercambiaron una mirada profunda, rebosante de dolor y determinación.

—No esperaba tal cosa, rey Cyrus. No tengo ninguna duda sobre cuál es el destino que habéis decidido para mí. Lo único que desconozco es si pensáis torturarme antes de matarme y quién va a darme el golpe de gracia. ¿Tú, Ciench, Sulveh? Los tres tenéis motivos de sobra para hacerlo.

Dos de los barogs que lo escoltaban lo obligaron a arrodillarse en el suelo de la plaza, donde un par de días antes ambos bandos luchaban a vida y muerte.

Entonces, Susi se abrió paso entre la multitud y avanzó con firmeza hacia Ux. Incluso arrodillado era más alto que ella.

Mi amiga llevaba un cuchillo en la mano, el cuchillo de Ciench.

—¿Vas a acabar conmigo, querida Susi? ¿Vas a hacerlo tú o tu barog?

—Mereces mucho más de lo que vamos a hacerte. Yo que tú estaría muy agradecido a los dioses, a Daryos… y a Penny.

Ux giró la cabeza a un lado y al otro hasta que al fin la vio. Parecía tranquila, aunque algunas lágrimas se habían escapado de sus ojos y resbalaban por sus mejillas. Los ojos de ella, miel derretida, y los de él, celeste luminoso, se encontraron un instante.

—Sujetadlo —pidió Susi.

Cada guardia lo agarró por un lado, y Ciench se colocó detrás y lo sujetó por el cuello.

—¿Sabes? El cerdo de Lorish estaba en esta misma posición cuando le cercené la garganta.

Ux apretó la mandíbula.

—Era un buen segundo al mando. Que los dioses lo acojan en su seno.

—Era un monstruo cobarde que irá directo al infierno, o lo que tengáis aquí parecido a ese lugar.

—¿Vas a cortarme también la garganta a mí, Susi? ¿A vengarte?

—No. Contigo voy a ser más creativa.

Durante una fracción de segundo, vi el miedo reflejado en los ojos de Ux. Susi le dio unos segundos para que especulara sobre hacia qué parte de su cuerpo dirigiría el cuchillo. Entonces, sin previo aviso, apoyó una mano en su pectoral y con la otra trazó un corte lento y profundo con el cuchillo desde un extremo de la espiral grabada en su pecho hasta el otro.

Ux no se movió, no gritó ni rugió, tan solo la miró a los ojos mientras su musculatura entera se tensaba.

Cuando acabó, la sangre brotaba de la herida hacia el polvo del suelo y manchaba el filo del cuchillo.

—No mereces llevar la espiral sagrada. No eres digno de ella ni de llamarte barog.

Penny sollozó, pero se quedó quieta donde estaba. Daryos tembló junto a mí, apretando los dientes. Le cogí la mano para transmitirle mi apoyo incondicional. Todo eso tenía que acabar de una vez por todas.

Entonces, Susi se acercó a las demás mujeres secuestradas y les ofreció el cuchillo. Ninguna lo cogió. Todas retrocedieron o negaron con la cabeza. Ni siquiera querían acercarse a Ux, tal era el terror que les provocaba.

Cuando llegó a Sylvia, esta lo cogió con mano temblorosa y se lo entregó a Sulveh.

—Hazlo por Elena y por Sonah. Y por mí.

El guardián del templo asintió y avanzó hasta situarse frente a Ux.

Los ojos de Sulveh se clavaron en los de Ux, que aguantaba la humillación estoicamente.

Se lo merecía. ¡Eso y mucho más! Sin embargo, durante una milésima de segundo, no pude evitar sentir lástima. No del monstruo en el que se había convertido, sino del barog sanador que una vez fue, enamorado y cargado de sueños. Podía imaginármelo.

—Por mi hermano, por Elena y por Sylvia…, mi *hoa uhane*.

Nos miramos las unas a las otras, conscientes de que Sulveh acababa de declarar su amor por Sylvia delante de todo el pueblo barog y que ella, y no Elena, era su *hoa uhane*.

Ux esbozó una sonrisa oscura. Apuesto a que aquel otro fallo de emparejamiento le reafirmaba todavía más en sus creencias sobre lo ocurrido con Tatiana.

Sulveh hizo un tajo más rápido y profundo que el de Susi, cruzando en diagonal el corte que ella había hecho primero. De este modo, la espiral sagrada del pectoral de Ux quedaba tachada con una especie de cruz sanguinolenta.

Chorretones de sangre bajaban de su pectoral, recorrían el torso y le empapaban el taparrabos. Algunas de las cuentas blancas

de sus collares estaban ahora teñidas de rojo.

—Levantadlo —ordenó el rey.

Tina estaba a su derecha, muy seria. Jenny, Emi y Lorna se encontraban tras ella, al lado de sus barogs. Lansh y Xioh estaban también junto a ellos.

Una vez lo pusieron en pie, Cyrus se acercó a él hasta quedar a apenas un palmo de distancia.

—¿Preparado para escuchar el veredicto, Uxuer? —dijo el rey con voz helada.

—Dame solo un segundo, Cyrus, por favor. —Miró a Penny de nuevo y, con sus ojos fijos en los de ella, dijo—: Te amo, Penélope. Desde aquel lejano día en el palacio en que nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Siento mucho haber tardado tanto en reconocerlo.

Había emoción verdadera en su voz. Ella se estremeció mientras daba un paso hacia delante.

—Yo también te amo, Ux. Pese a todo lo que hiciste, pese a que hay cosas que jamás podré perdonarte, siempre fuiste bueno conmigo. Y por eso te amaré siempre.

—Siento mucho que no hayamos tenido más tiempo. No me importa morir, salvo porque no podré darte el amor que te mereces. Puede que, en otra vida, los dioses nos den esa oportunidad que nunca nos concedieron en esta.

Penny suspiró. Llevaba un morral al hombro como todos los que pensábamos acompañar a Ux hasta las tierras remotas.

—¿Preparado, Uxuer?

—Suéltalo ya, mi rey. Sea lo que sea, lo acataré con el honor que todos creéis que no tengo —dijo con media sonrisa triste y cansada.

—Las mujeres a las que secuestraste, sus barogs, el príncipe, yo mismo y el pueblo barog entero te condenamos… al destierro.

Ux abrió los ojos como platos.

—¡¿Qué?! ¿Destierro? —preguntó, sorprendido y contrariado. Sin duda, no se esperaba algo así.

No sabría decir si se alegraba… o todo lo contrario.

Se llevó la mano al pecho, todavía sangrante, y se tambaleó un poco.

—Se te destierra a las tierras prohibidas, de donde no podrás salir durante el resto de tu existencia. Vivirás allí solo y jamás pondrás de nuevo un pie en la aldea. Porque, en cuanto lo hagas, te mataremos de la forma más cruel posible.

—¿Por qué? ¿Por qué me habéis perdonado la vida?

El rey miró a Daryos un instante antes de responder.

—Porque, a diferencia de ti, nosotros no somos monstruos. Ah, y agradéceselo sobre todo a mi hermano y a Penny. Si hubiese sido solo por mí, ya estarías empalado en las puertas de la aldea.

Ux miró a Penny y luego a Daryos, e inclinó la cabeza en señal de profundo agradecimiento. Por su expresión, seguía sin poder creerlo.

—Y ahora, en marcha. Tenemos varias jornadas por delante hasta llegar a tu nuevo hogar, Ux. Quién sabe, igual los dioses hasta te deleitan con su presencia.

El rey, el príncipe, Tina, Jenny, Emi, Axeh, Xerx, Penny, Lansh, Xioh y yo seguimos a Ux y a sus cuatro escoltas hacia la selva. Los demás se quedaron atrás, en la plaza, despidiéndose para siempre en silencio de ese monstruo que había truncado sus vidas durante una década de pesadilla.

Antes de cruzar del todo la plaza, Ux se dio la vuelta y, mirando directamente a los ojos a Susi, dijo:

—Lo siento, Susi. Espero que puedas rehacer tu vida con tu barog. Ciench es uno de los mejores.

El cuerpo de Ciench temblaba de arriba abajo mientras abrazaba a su *hoa uhane*. Ninguno de los dos dijo nada.

Después, miró a Sylvia y a Sulveh, y a todas y cada una de las mujeres secuestradas y a sus barogs.

—Lo siento —lanzó de nuevo.

Echó un último vistazo a la aldea, adonde jamás regresaría, y suspiró. Se dio la vuelta y reemprendimos la marcha, adentrándonos en la selva.

Rumbo a las tierras prohibidas.

54 HAZME EL AMOR
SYLVIA

Cuando regresamos de la plaza a casa, Sulveh se quedó un rato conmigo para asegurarse de que estuviera bien. Después, no tuvo más remedio que marcharse para asistir a una reunión con los guardianes.

Una vez sola, me serví un vasito de licor de moras y me acomodé en los cojines de la sala, disfrutando al fin de un poco de tranquilidad tras tantos sucesos impactantes. Además, ¡me encantaba mi hogar!

Marla se había ofrecido a quedarse con Sonah todo el día para que yo pudiera descansar. Aunque protesté bastante, pues no me gustaba separarme de mi pequeño, necesitaba reponerme de la montaña de emociones de los últimos días.

El destierro de Ux a las tierras inexploradas me había quitado un enorme peso de encima. Puede que lo más sensato hubiese sido ejecutarlo, pero, por algún extraño motivo, me sentía en paz desde que el rey había pronunciado el veredicto. Me sentía más… ligera.

Inicialmente, como todas menos Penny, mi propuesta había sido que lo mataran. No podía imaginar un final distinto para él. Sin embargo, mi amiga, que había sufrido demasiado en la vida, logró convencerme.

Ella había cuidado de cada una de nosotras durante el cautiverio, no ya como una gran amiga, sino como lo hubiera hecho una madre o una hermana mayor. Nos consoló en los peores momentos, de los que hubo muchísimos, nos abrazó en mitad de la noche sobre uno de esos jergones cochambrosos…

Quizás las demás mereciéramos justicia y venganza por todo lo que Ux y los suyos nos habían hecho. Pero una década no era

nada comparada con los cuatro siglos que ella había soportado a manos de Gushia. En el fondo, tal vez yo tampoco deseara por completo la ejecución de Ux. Por supuesto, la merecía, pero era el padre de mi hijo…

Sacudí la cabeza para alejar todos los recuerdos. Por terribles que fuesen, aquel cautiverio me había dado a mi niño, y no cambiaría a Sonah por nada del mundo. No importaba en qué condiciones había sido concebido y traído al mundo: lo amaba con locura.

Cuando Sulveh regresó, comimos juntos el estofado de lagarto que Goria le había dado de parte de Marla. Además de cuidar de Sonah, mi buena amiga nos había preparado aquel delicioso manjar. Marla era parte de mi familia, puesto que Goria y Sulveh eran parientes, y una gran amiga. La adoraba y la había echado mucho de menos durante los años en que permanecimos separadas. Reencontrarme con ella después de una década había sido maravilloso.

Cuando acabamos, volvió a marcharse, prometiéndome que no tardaría. Con todos los guardianes todavía en la aldea, salvo aquellos que habían viajado al templo para dar sepultura a Ooris, y la ausencia del rey durante unos días, debía ocuparse de ellos, distribuir las tareas, planear el futuro del templo…

No obstante, hasta que el rey regresara quedarían aún muchas cosas por concretar, sobre todo ahora que ya no existían los ancianos. No tenía ni idea de si Cyrus deseaba nombrar a otros barogs para esa función… o si cambiaría las cosas por completo. Algo me decía que ni él ni el príncipe eran muy partidarios de los viejos líderes religiosos y de cómo solían llevar los asuntos hasta su fallecimiento.

Ya atardecía cuando Sulveh entró en casa con un ramo de flores exóticas en la mano y los ojos brillantes. Me lo entregó y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Perdona, amor mío. Estoy polvoriento y sudoroso. Voy a darme una ducha antes de preparar la cena.

«Amor mío».

Me subió un calor por el vientre difícil de ignorar.

Todavía me sorprendía cuando me llamaba de ese modo. Tenía que pellizcarme el brazo con fuerza para asegurarme de que era real. De que Sulveh y yo al fin estábamos juntos. Era un sueño hecho realidad, aunque habíamos pagado un alto precio para llegar hasta aquí. Pero no quería pensar en el pasado, demasiado triste y doloroso. Solo deseaba disfrutar del presente con él y con mi hijo.

Era un presente muy bonito.

—Ha sobrado un poco de estofado de este mediodía y he preparado tortas con miel, frutas y un poco de piraña marinada. Así que no hace falta que cocines nada. ¿Te parece bien?

—Perfecto, Sylvi —contestó con una amplia sonrisa.

Mientras escuchaba cómo caía el agua de los cubos en la ducha, me entraron unas ganas locas de acostarme con él. Le deseaba desde hacía tanto tiempo que, ahora, al tenerlo cerca, apenas podía contenerme.

La cicatriz del alumbramiento ya se había cerrado por completo y era tan solo una línea rosada. La carne aún estaba tierna, pero mi interior había curado bien. No sentía dolor y, aunque el cansancio todavía me dominaba la mayor parte del tiempo, mis fuerzas volvían a mí poco a poco.

Habría preferido que nuestra primera vez fuese salvaje y explosiva, pero estaba harta de esperar. Confiaba en Sulveh y sabía que, si yo se lo pedía, me haría el amor con cuidado. Quizás podría ponerme yo encima, para evitar que cargara el peso sobre la cicatriz.

De pronto, tener al alcance de la mano la posibilidad real de acostarme con él me puso muy nerviosa. Mi cuerpo ya no era el de antes ni por asomo. Estaba algo más delgada y demacrada, y esa cicatriz…

En cuanto apareció en la sala, limpio y reluciente, con su melena solo algo más oscura que el trigo a punto de la siega y esos ojos resplandecientes como dos gotas de bronce derretido, todas mis inseguridades desaparecieron de golpe.

Recordé que me había lavado y cepillado el pelo a conciencia, que el aroma a esencia de flores del jabón que había usado permanecía en mi piel y que llevaba un vestido nuevo que Susi me

había regalado, suave y ligero, que se ajustaba a mis curvas con gracia.

Y también recordé que Sulveh me amaba y me deseaba tanto como yo a él.

—¿Estás bien, Sylvi? Ven, sentémonos a cenar.

—Sí, solo un poco cansada, eso es todo —dije sonriendo para tranquilizarle.

Me agarró del brazo con delicadeza y me condujo a la mesa. Pero lo que yo necesitaba era que me tumbara en la cama, se metiera entre mis piernas y me poseyera. Así que no quería que pensara que estaba débil, ya no.

Durante la cena, nos lanzamos miradas encendidas el uno al otro, que no encajaban en absoluto con la conversación inocente que manteníamos. Que si los guardianes, que si el templo, que si las premoniciones del príncipe, que si qué decisiones tomaría el rey a partir de ahora…

A mí todo eso me traía sin cuidado. Lo único que quería era llevarlo al dormitorio, arrancarle el taparrabos y gozar de él durante horas.

Cuando ensanchó las fosas nasales por tercera vez, supe que era ridículo tratar de disimular. Sin duda, mi barog ya había percibido mi aroma a excitación y estaba completamente centrado en eso. Decidí ser sincera y dejarme de tonterías. ¡Ya éramos mayorcitos!

—He pensado que, quizás, ha llegado el momento —dije mirándolo a los ojos, esperando que comprendiera sin necesidad de más palabras.

Se levantó de inmediato, rodeó la mesa y se plantó frente a mí, manteniendo una cierta distancia. Su reacción me hizo sonreír.

—¿Es lo que creo o me estoy haciendo ilusiones como un idiota? —preguntó con la voz enronquecida.

—Me gustaría… hacer el amor contigo, Sul. O sea, hoy. Ahora.

Tragó saliva sonoramente y todo su cuerpo tembló.

—Creía que solo era cosa mía y que, como un tonto enamorado, estaba viendo señales donde no las había —dijo, sonriendo de un modo tan amplio y sincero que me enterneció hasta los huesos.

—No estoy en plena forma y puede que no vaya a ser la mejor primera vez del universo, pero me encantaría hacerlo.

Asintió enérgicamente mientras algo se despertaba bajo su taparrabos. Ahora la que temblé fui yo.

—Seré delicado, te lo prometo. Antes estaba pensando en ello y… Bueno, ya sabes, para cuando llegara el momento.

—Claro, porque no te morías de ganas como yo —solté, echándole una miradita pícara.

Un rugido grave y profundo reverberó en su pecho. Estaba muy excitado. Yo también podía olerlo y… verlo. Hacía verdaderos esfuerzos por no fijar la vista en la parte delantera del taparrabos, pero no estaba teniendo mucho éxito. ¡Su miembro me llamaba a gritos!

Se aclaró la garganta.

—Como te decía, estaba pensando en ello y… creo que lo mejor sería que me transformara en humano. En esa forma soy grande, pero no tanto como en la barog. Así reducimos el riesgo de que te lastime sin querer. —Me miró esperanzado y avanzó varios pasos hacia mí.

Me puse en pie despacio y recorrí la escasa distancia que nos separaba.

Su versión barog me gustaba muchísimo, pero la humana era… irresistible. La forma en que le había conocido y me había enamorado de él tanto tiempo atrás.

—Me parece una gran idea, amor —contesté.

Su cuerpo entero vibró mientras se agachaba para cogerme en volandas. Me llevó en brazos hasta uno de los dormitorios y me tendió con cuidado en la cama.

Después, sus músculos se agitaron, la cola, los colmillos y las garras desaparecieron y, en cuestión de segundos, el hombre, apuesto y atractivo, apareció ante mí. Mi corazón se aceleró y un fuego incandescente se instaló entre mis muslos, preparado para rendirse a mi barog.

Llevó las manos al nudo del taparrabos, pero se detuvo ahí.

—¿Estás segura, Sylvia? Sabes que puedo esperar el tiempo que haga falta. Tu bienestar es lo más importante para mí.

Me estaba derritiendo... literalmente. Ese barog era demasiado bueno para ser real.

Por un efímero instante, pensé en Sonah, su hermano. Había sido un buen barog, tierno y atento conmigo, y me había amado de verdad. Siempre lo llevaría en el corazón. A mi modo, aunque muy distinto a lo que sentía por Sulveh, yo también le había querido, y su muerte había sido una gran pérdida para mí y para su hermano.

Pero no podía ni quería sentirme culpable por acostarme con Sulveh. Ambos nos merecíamos esta oportunidad, que había llegado tras años de infierno. No estaba traicionando a Sonah.

Así que alejé de mi mente y de mi alma la pena, la nostalgia y ese ligero sentimiento de culpabilidad, y asentí.

—En estos momentos, mi *bienestar* necesita que vengas aquí y me hagas el amor, guardián.

No me hizo esperar.

Sus dedos se apresuraron con el cordoncillo del taparrabos y en un abrir y cerrar de ojos estaba desnudo, con tanta belleza por todas partes que me quedé sin respiración.

Se acercó a la cama y subió una rodilla, luego otra… y enseguida lo tuve desnudo entre mis piernas, aguantando el peso de su cuerpo musculoso en los antebrazos. Puede que ni siquiera tuviera que ponerme yo encima.

—¡Eres tan preciosa, amor! —dijo, acariciándome la mejilla—. Apenas puedo creer que vayamos a hacer esto. Que al fin… vayas a ser mía.

Alcé las manos y entretejí los dedos en los laterales de su espesa melena. Sus ojos de bronce brillaron y la mota dorada en uno de ellos resplandeció aún con más fuerza, como una gota de oro líquido.

—Siempre he sido tuya, Sulveh. Aquí dentro —dije, poniendo la palma sobre mi corazón y luego sobre el suyo.

Me cogió la mano y me besó los dedos uno a uno. Después, acercó su boca a la mía y me devoró con una intensidad que casi me hizo perder el sentido.

Se irguió y, tras quedarse arrodillado entre mis piernas, me quitó el vestido lentamente, como si quisiera ir descubriendo mi

cuerpo poco a poco, disfrutando de cada segundo.

Cuando me quedé desnuda ante él, la vista se le enturbió y el pecho empezó a bajarle y subirle con dificultad. Su aroma se hizo más pesado y oscuro, y llenó la estancia. El olor a su excitación era embriagador: miel especiada y licor.

Me relamí, ansiando probarlo en mis labios, en mi lengua. Habría tiempo para eso, ¡por supuesto que sí! Ahora, lo que más anhelaba era tenerlo dentro de mí, sentirlo parte de mí.

—Melocotones maduros bañados en caramelo —dijo con la voz ronca, inspirando con fuerza por la nariz—. Mmmm… El mejor aroma del mundo.

—Lo mismo digo, barog. Tu olor me vuelve loca.

En cuanto se tumbó de nuevo sobre mí, con cuidado de no aplastarme, le acaricié un hombro, recorrí su columna con los dedos y aferré uno de sus glúteos. Él rugió y hundió el rostro en mi cuello. Paseó la lengua por mi garganta, mi clavícula, mis pechos… Descendió por mi cuerpo hasta alcanzar mi vientre.

Sus ojos se encontraron con los míos un instante y, entonces, cubrió la cicatriz de suaves besos de un extremo a otro. Después, descendió un poco más y su rostro se acomodó entre mis piernas.

—¿Puedo, mi amor? —Su voz era apenas un murmullo ronco. Mi respuesta también lo fue—. No sabes cuántas veces he soñado con esto.

El primer lametón me hizo arquearme y abrirme para él. Le agarré de la melena, pidiendo más y más, y él estuvo más que dispuesto a dármelo todo.

Su lengua se deslizaba sobre mis pliegues, se enroscaba en mi interior, lamía mi clítoris… mientras yo gemía pidiendo clemencia. Lo único que deseaba era que siguiera prestándome todas esas atenciones que estaban a punto de hacerme dar varias volteretas y lanzarme hacia el cielo.

Cuando succionó la carne más sensible entre sus labios, grité su nombre y me dejé llevar. Jamás había experimentado un orgasmo como ese. Fue una explosión de corrientes de placer por todo mi cuerpo, tan fuertes que sentí que me deshacía en mil pedazos y me volvía a recomponer, entre gemidos y jadeos.

—¿Estás bien, amor?

Por toda respuesta, estiré la mano hacia su pene y se lo acaricié de arriba abajo con fuerza. Era suave y duro y perfecto. Grande, grueso y tan caliente que quemaba en mi palma.

Él sacudió las caderas hacia delante, hundiéndose entre mis dedos, y rugió.

—Mejor… que nunca —balbuceé, sin dejar de mover la mano sobre su miembro, cada vez más erecto e hinchado—. Ahora me toca a mí. Quiero saborearte, sentirte en mi boca.

Su gemido rebotó en las paredes, a punto de demolerlas.

—¡Por los dioses! Vas a volverme completamente loco —murmuró con voz gutural, echando la cabeza hacia atrás y exponiendo esa garganta poderosa que me moría por recorrer a base de besos y mordiscos.

Su melena caía revuelta y salvaje.

Entonces, se irguió y clavó sus ojos en los míos.

—Pero hoy quiero correrme dentro de ti, Sylvia. He esperado mucho para esto, y si sigues tocándome de ese modo, me derramaré fuera enseguida. Quiero sentirte a mi alrededor, penetrarte hasta el fondo.

Sus palabras me secaron la garganta.

—Lo que desees, Sulveh.

Acaricié su pene irresistible una última vez y aparté la mano. Él no tardó ni un segundo en encajarse entre mis piernas y colocar la punta preparada para entrar.

—Te amo, Sylvia. Me has hecho el barog más feliz del universo.

Se hundió en mi cuerpo despacio, pero sin concederme tregua, deslizándose en mi interior hasta alcanzar lo más profundo de mi ser. Se detuvo allí un instante, jadeante, y me besó.

Fue un beso ardiente, hondo y apasionado, de esos que parecían abrirme por completo a él. Cuando levantó mi rodilla, logró enterrarse unos centímetros más, arrancándome un gemido que se fundió con sus gruñidos. Nuestros cuerpos se entregaron al placer hasta rozar el delirio, unidos al fin para toda nuestra existencia.

Cada vez que entraba en mí, mi interior se amoldaba a él con una naturalidad estremecedora, como si fuera la pieza que faltaba de mí misma. Como si, desde el inicio de los tiempos, yo hubiera sido creada para encajar con Sulveh: aquel barog hermoso y noble al que había conocido tanto tiempo atrás y que jamás había dejado de amarme, tal como yo lo había amado siempre.

Tras varias embestidas, tan intensas como cuidadosas, su cuerpo se tensó contra el mío y su pene se ancló en mi carne. Con cada sacudida, se derramó en mi interior, inundándome con su calor mientras sus rugidos se quebraban contra mi boca. Me besó una y otra vez, murmurando palabras de amor tan bellas que ya jamás olvidaría.

Las llevaría para siempre en el alma, del mismo modo en que llevaba su aroma impregnado en mi piel.

Al terminar, se tumbó a mi lado, me acarició el vientre con dulzura, asegurándose de que yo estuviera bien, y me envolvió con suavidad entre sus brazos, todavía humanos.

Había sido una primera vez perfecta, a la altura de las miles de ocasiones en que la había imaginado. Había sentido la conexión que siempre creí que sentiría cuando me uniera a él. A mi barog.

Y habría muchas veces más. Porque Sulveh era mío y yo era de él.

Para siempre.

55 LA ZONA PROHIBIDA
CALLIE

La mayor parte de la travesía la hicimos en silencio. Paramos solo de vez en cuando para descansar y comer un poco, y para dormir al anochecer.

Habían sido varios días de calor sofocante, alguna que otra serpiente en el camino, lagos llenos a rebosar de las pirañas más gordas que había visto en mi vida y unos cuantos rinos, que habían tenido la desgracia de toparse con nosotros… y nos los habíamos comido.

Los cuatro barogs designados por el rey para custodiar a Ux no se alejaban de él en ningún momento. Se mantenían a su alrededor, tanto mientras avanzábamos a través de la selva como cuando acampábamos. Ni siquiera permitían que Penny se acercara demasiado a él.

Ux parecía ausente, ensimismado en sus propios pensamientos y ajeno a todo lo demás. Pero yo le conocía lo suficiente como para intuir que estaba mucho más alerta de lo que cualquiera pudiera pensar.

Nadie había atendido sus heridas del pectoral, que ya no sangraban, pero tenían un aspecto aterrador. Ni siquiera había pestañeado mientras se las hacían.

Me costaba comprender por qué demonios no había huido a la selva cuando su bando ya estaba condenado a la derrota. En lugar de eso, se había quedado para exponer la verdad y defender su postura.

Y para hablar con Daryos.

Por muy inverosímil que pareciera, y aunque no lo creyera por completo, Ux había querido que mi barog supiera que él era su

padre, así como que escuchara todo lo que había ocurrido entre Drashir, Tatiana, los ancianos y él. Para ello, me había usado a mí tras matar a Ooris. En cuanto el anciano confirmó su historia, dejó de serle útil.

Apuesto a que ese había sido su plan desde el principio: acabar con él y así vengarse de lo que los ancianos le habían hecho en el pasado. Todos se habían portado con Ux como unos auténticos cabronazos, pero eso no disculpaba sus actos ni le hacía mejor en absoluto.

Nos quedaba ya solamente media jornada para alcanzar las puertas de la zona remota. Estaba siendo un viaje extenuante y lúgubre. Deberíamos estar celebrando la victoria, pero hasta que no perdiéramos de vista a ese monstruo, nadie se sentiría victorioso por completo.

Tina, Jenny y Emi cuchicheaban unos metros detrás de mí mientras yo caminaba entre Lansh y Xioh, que parecían tan hasta las narices de esa excursión como yo. El barog rubiales intentaba bromear de vez en cuando, pero ni siquiera él estaba en su mejor momento.

Xerx y Axeh caminaban junto a Cyrus. Por lo poco que había captado de su conversación, hablaban de la inminente noche de la hoguera, que se celebraría dos días después. En ella, festejaríamos por todo lo alto la reciente hazaña de la aldea: los barogs habían aplastado al enemigo y eliminado la amenaza para siempre. Eso si a Ux no se le ocurría reunir un nuevo ejército de hienas, rinos y a saber qué otras alimañas que encontrara por ahí para volver a atacarnos, esta vez a la desesperada.

Hubiera preferido que el rey le arrancara la cabeza del cuerpo y se asegurara de que jamás pudiera volver a amargarnos la existencia, pero mi barog le había convencido para salvarle la vida.

Mientras Lansh hablaba sobre no sé qué licor que elaborarían para la celebración, vi cómo Daryos se acercaba discretamente a Ux. Cyrus estaba vigilando a su hermano y no se perdía ninguno de sus movimientos, tan preocupado por él como yo.

—Dejadme hablar un momento a solas con él —dijo a sus guardias.

—Como queráis, mi príncipe. No nos alejaremos demasiado.

Daryos asintió y se colocó a la altura de su padre. Avanzaron un buen trecho en silencio mientras Ux le miraba de reojo, aguardando con paciencia a que su hijo iniciara la conversación.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

Ux alzó una ceja de un modo casi imperceptible.

—¿A qué te refieres, príncipe?

—¿Por qué no huiste cuando aún estabas a tiempo?

—Pensaba que había quedado claro. Me he quedado para que conocieras la verdad.

—Pero la verdad no cambia las cosas. No cambia nada de lo que has hecho. Y ahora vivirás para siempre en el destierro. Si hubieras escapado, podrías haber reunido lo poco que quedaba de tus fuerzas, engendrar inferiores con las *aninfs*… No me creo que lleves tanto tiempo odiándonos y deseando usurpar el poder a mi hermano para que abandones así de golpe.

—Ya no me interesa nada de eso —contestó Ux, agitando una mano para quitarle importancia.

—¿Porque sabes que no puedes vencernos?

Ux apretó la mandíbula.

—Porque ya no tiene sentido.

—No lo entiendo —dijo mi barog, mirándolo a los ojos con esa franqueza e inocencia que desarmaba a cualquiera.

—Todos los que me arruinaron la vida han muerto. Drashir y los ancianos han pagado por lo que hicieron.

—Pero el rey, el hijo de Drashir, sigue vivo. Querías venganza y conquistar el poder. ¿Has abandonado sin más?

—He descubierto que el príncipe de Nemea es mi hijo. ¿No te parece eso suficiente motivación?

—No me conoces, y dudo mucho que te importe lo más mínimo. Esto no es más que otra de tus tretas.

—Estás muy equivocado, Daryos. Las tretas han terminado. He matado al traidor de Ooris, y tú y tu hermano sabéis lo que hicieron vuestros padres. Fin de la historia.

—Así que has decidido desistir de tu venganza.

—Eres mi hijo y amas a tu hermano. No voy a haceros daño a ninguno de los dos. Si hubiera sabido antes quién eras, habría puesto fin a esto hace mucho tiempo.

—Como te dije, lo sabías antes de llegar a la aldea y eso no te detuvo. Has causado una nueva matanza de los tuyos y los nuestros. Ese argumento no se sostiene por ninguna parte.

Ux sonrió.

—¿Puedes culparme por anhelarlo todo? Me habría gustado derrocar al rey y gobernar Nemea contigo a mi lado, hijo. Pero no ha podido ser. He sido derrotado por segunda vez. Un barog inteligente debe comprender cuándo se le acabaron las buenas bazas.

—¿Y aceptas el destierro sin más? —preguntó Daryos.

—¿Tan difícil es de entender?

—Mucho.

Ux suspiró.

—¿Crees que los pantanos son mejores que la zona prohibida? Vivir allí no ha sido muy distinto a lo que me espera. Estuviste allí, imagino que te diste cuenta. Al menos, ahora sabéis la verdad y ya no tengo que seguir ocultándome. Me habéis perdonado la vida y podré disfrutar de una existencia tranquila sin preocuparme por nada. No es una perspectiva tan mala.

—No te lo crees ni tú, Ux. Estarás solo, lejos de la aldea y sin mujeres. ¿Renuncias a todo aquello que más ansiabas? ¿Lo que siempre buscaste? ¿Aquello por lo que iniciaste dos guerras terribles?

La mirada de Ux se desvió hacia Penny un instante.

—Ya no me interesa nada de eso —repitió sin dar más explicaciones.

Sus dedos se posaron sobre la marca de la espiral grabada en su pectoral y recorrieron los dos cortes en forma de cruz.

—¿Vendrás a verme alguna vez, hijo?

—No me llames así. Por lo que a mí respecta, Drashir era mi padre. Y no, no vendré a verte jamás. Por si lo has olvidado, casi violaste a Callie.

—En primer lugar, no sabía quién eras. Y en segundo, yo no violo a nadie. Siempre he dejado a las mujeres escoger.

Daryos hizo una mueca de asco.

—Claro, porque la elección que les das es muy libre. Mejor no entremos en ese tema, o puede que me arrepienta de haberte salvado la vida y te mate con mis propias manos aquí mismo.

Ux soltó una risa oscura.

—Gracias, Daryos —dijo, con el rostro de pronto serio.

—No me las des. Solo he intercedido para salvarte la vida porque soy tan gilipollas que no podría vivir sabiendo que he permitido que mataran a mi padre. Aunque te merecieras la peor de las muertes.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—Eres un buen barog, hijo mío. Y aunque sé que no tengo derecho a pedirte nada, esperaré una visita tuya cada día del resto de mi existencia. Nada me gustaría más que poder conocerte de verdad. A ti y al hijo de Sylvia. Él también es tu hermano, Daryos.

Mi barog tembló.

—Mejor ve olvidándote de las visitas. Y no se te ocurra salir de la zona prohibida. Mi hermano me ha permitido salvarte una vez. No habrá una segunda.

Ux inclinó la cabeza hacia mi barog.

—Cuídate mucho, príncipe. Y si esta es la última vez que nos vemos, te deseo una vida próspera y feliz junto a tu *hoa uhane*. Ojalá se me hubiese permitido tener una vida como la tuya. Ni siquiera tanto: tan solo una vida sencilla con la descendiente amada.

Daryos no dijo nada más. Se despidió con un gesto de la cabeza y me buscó con la mirada. Cuando llegó hasta mí, le besé la mejilla, me agarré a su brazo y seguimos avanzando juntos en silencio.

Por el rabillo del ojo vi que Penny tenía los ojos llenos de lágrimas. Ella también había oído la conversación. La situación tenía que ser muy dura para ella. Me daba mucha lástima.

Era ya el atardecer cuando llegamos a una zona de la selva que parecía muy distinta. El olor que traía la brisa, los extraños sonidos, el color de las anchas hojas de los helechos, la densidad de la atmósfera sofocante… Daba la sensación de que nos encontrábamos de pronto en otro mundo.

Tras adentrarnos en un estrecho sendero en medio de arbustos apretados y palmeras tan juntas que sus troncos formaban un muro rugoso, nos topamos al fin con la puerta de la zona prohibida.

No tenía ni idea del aspecto que tendría aquel lugar, pero, desde luego, no esperaba aquello.

Dos columnas de cuarzo negro, gruesas y altísimas, tal vez de diez metros cada una, flanqueaban un camino ancho, tapizado de césped tupido de color verde brillante. Los extraños símbolos que aparecían en la Gran Roca o en el templo grababan de arriba abajo ambas columnas. Los contemplamos con la boca abierta, sobre todo Jenny y Xerx, que habían demostrado especial interés por investigar esa especie de jeroglíficos, así como los misterios de Nemea.

Pero las columnas no eran lo único impresionante en ese lugar.

Una estatua inmensa de uno de esos enigmáticos seres alados se alzaba a un lado del sendero, justo al traspasar las columnas, con un brazo extendido y un dedo señalando hacia la espesura de la selva que aguardaba ahí dentro.

—Esto es impresionante —murmuré.

—¿Un paseíto por la zona inexplorada, Calista? —me propuso Lansh.

—No, gracias. Me da bastante mala espina.

—¿Dónde está tu espíritu aventurero?

Alcé una ceja.

—¿Me lo preguntas en serio? Creo que ya he tenido suficientes aventuras para toda mi existencia.

—Bobadas. Te esperan un montón de aventuras todavía —dijo mi amigo con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco. Hizo amago de seguir hablando, pero le coloqué un dedo en los labios.

—Shhh. Anda, estate calladito que este es un momento importante.

Él resopló.

—Deberíamos haber empalado a ese cabrón. Si no fuera por tu principito querido…

—Shhh —le dijo Xioh, rodeándole los hombros.

—Ya veo que estáis compinchados —protestó Lansh, esbozando otra sonrisita.

—¿Por qué está prohibida esta zona de la selva? —pregunté.

—Porque así lo dicen las leyes sagradas —contestó Xioh.

—O sea, porque les dio la gana a los ancianos.

—Eso parece. Según nos dijeron, los dioses del manantial moran por esta parte de la selva y no se les puede molestar —dijo Xerx. Ni siquiera me había dado cuenta de que él y Jenny estaban a nuestro lado.

Todos nos habíamos congregado a las puertas de la zona remota, ante esas dos columnas imponentes.

—¿Y tú te lo crees?

Xerx negó con la cabeza.

—Está claro que los ancianos nos ocultaron muchas cosas. Puede que lo hicieran por nuestro bien. Quizás estas son tierras peligrosas, o tal vez esos seres alados, a los que alguna vez han visto merodeando por aquí, no quieren que se les moleste. Quién sabe. En cuanto tengamos la oportunidad, Jenny y yo iremos al templo a investigar las esculturas, los símbolos y los escritos sagrados. ¿Verdad, Jen?

—Lo estoy deseando. Puede que al fin logremos descifrar algunos de esos misterios que los ancianos guardaban tan celosamente. Quiénes grabaron esos símbolos en las rocas negras, quiénes son los seres alados y si tienen relación con vuestros dioses, qué les ocurrió realmente a las antiguas *aninfs*… —dijo mi amiga.

—Sin duda, si alguien puede desentrañar algunos de esos enigmas, sois vosotros. Y después nos los contaréis, ¿eh? —dije.

Ambos asintieron.

Cyrus nos mandó callar y Daryos me cogió de la mano, enredando sus dedos con los míos.

—Hemos llegado, Ux. Nuestros caminos y existencias se separan aquí. Te adentrarás en la zona prohibida para no salir jamás —pronunció el rey en tono solemne.

—Que así sea —dijo Ux con aparente resignación.

Pero el brillo de sus ojos no se había apagado. Puede que no volviera a atacar la aldea, pero ese barog perdido todavía tenía mucho por hacer.

Me apiadé de los animales que hubiera en esa zona prohibida… y de cualquier otro ser que se paseara por ahí. ¡No tenían ni idea de la clase de barog que iba a profanar sus dominios!

Según tenía entendido, había rinos en abundancia y muchas otras especies, además de bayas y frutos diversos. Así que no pasaría hambre. Tampoco sed, pues esa región de la selva estaba plagada de arroyos y contaba con algunos lagos, según los rumores. Aunque lo cierto es que nadie sabía a ciencia cierta cómo era, y tan solo existían habladurías y medias verdades de los ancianos.

Ux miró a Daryos a los ojos.

—Espero volver a verte, príncipe. No merezco tu compañía ni tu perdón. Pero me encantaría poder charlar de vez en cuando contigo.

—Como te he dicho, no cuentes con ello.

Ux no insistió. Se giró hacia todos nosotros y buscó a Penny con la mirada, cargada de ternura.

—Mi preciosa Penélope, ¿podrás perdonarme por no haberme entregado a ti por completo y olvidado mi venganza?

—Por lo que a mí respecta, no hay nada que perdonar —dijo ella con un hilo de voz.

Entonces, avanzó unos pasos en su dirección, se colocó mejor el morral colgado del hombro y siguió caminando. Dos de los guardias le barraron el paso.

—Me voy contigo —soltó con firmeza, sin apartar los ojos de los de Ux.

Él la miró sorprendido.

—No puedes venir conmigo, Penny. Me han desterrado a un lugar peligroso y desconocido.

—Razón de más para que no vayas solo.

—Penny, no puedes ir con él. Correrías peligro, no solo por el lugar, sino porque no podríamos protegerte de Ux —dijo el rey.

El barog perdido frunció el ceño.

—Yo jamás le haría daño y ella lo sabe.

—Aun así, no puedo permitirlo —dijo Cyrus. Entonces, se dirigió a ella—: Debo velar por tu seguridad. Regresarás con nosotros a la aldea, y te prometo que ningún barog volverá a lastimarte jamás.

—Esas son palabras muy nobles, rey Cyrus. Pero mi lugar está junto a Ux, mi *hoa uhane*. Las leyes sagradas así me lo permiten. No tengo miedo de permanecer a su lado, sino de separarme de él. Y no pienso hacerlo. Como he dicho, me voy con él.

Ux avanzó hacia ella, pero los guardias le impidieron aproximarse. El rey les hizo una indicación para que se apartaran y pudieran acercarse el uno al otro.

—Penny, no puedo permitir que lo dejes todo por mí. No soy merecedor de tu amor… y por nada del mundo te arrancaría de la aldea, de tus amigas, de la seguridad. Allí dentro no sé si podría protegerte. Quiero que estés a salvo y tengas una vida hermosa y feliz.

—No tendré nada de eso lejos de ti. Ya he tomado esta decisión y no voy a cambiar de idea. Echaré de menos la aldea, sobre todo a mis amigas, pero no puedo dejar que vayas ahí solo. No quiero separarme de ti.

—No sabemos lo que nos encontraremos ahí dentro. Si algo te ocurriera, yo…

—No me da ningún miedo, siempre que esté contigo.

—Piénsalo bien, Penny. Porque Ux jamás podrá regresar a la aldea. No importa cuánto le ames o cuanto se arrepienta. Nunca lo aceptaremos de nuevo entre nosotros —dijo Cyrus.

—Lo comprendo, mi rey. Aun así, me marcharé con él.

—¡Penny, no lo hagas! —grité con el estómago revuelto—. No es mejor que Gushia. No malgastes tu vida con alguien así. Estoy segura de que encontrarás a un buen barog que te amará y respetará. No te alejes de nosotras —solté, incapaz de contenerme.

¡Aquello era un tremendo error!

Entonces, ella clavó sus ojos color miel en los míos y con cariño me dijo:

—¿No seguirías tú a Daryos hasta el fin del mundo?

—¡Claro que sí! Pero eso es distinto, Penny. Él no ha provocado dos guerras ni…

—No, Callie. No es distinto. Ux es mi *hoa uhane* y deseo estar con él. Tengo todo el derecho a ir adonde él vaya, ¿no es así, mi rey? —insistió.

—Las normas sagradas así lo proclaman, pero este es un caso especial, porque Ux ha sido desterrado. Es un castigo, y si tú vas con él…

Tina avanzó un paso y le puso la mano en el hombro a Cyrus.

—Si quiere ir con él, debemos permitírselo —dijo sin titubear —. ¿Lo has meditado bien, Penny?

Ella asintió.

El rey resopló. La reina había hablado y él no parecía dispuesto a contradecirla.

Debía reconocer que, a veces, Tina Martins me sorprendía. Puede que tuviera un corazoncito escondido en alguna parte.

Ux contuvo el aliento, aguardando la respuesta definitiva.

—Que así sea entonces, Penny. Puedes acompañarlo por propia voluntad. Él no podrá salir de la zona prohibida ni poner un pie en la aldea. Tú, sin embargo, podrás regresar siempre que lo desees. Y si alguna vez tuvieses descendencia, ellos también tendrían derecho a venir a la aldea para cruzar el portal, vincularse a una descendiente, vivir entre nosotros o lo que quisieran.

Penny se estremeció.

—Te lo agradezco enormemente, mi rey. —Tenía lágrimas en los ojos y temblaba como una hoja.

—Siempre habrá dos guardias apostados aquí fuera que harán turnos por semanas —dijo señalándolos—. Si desearas regresar, solo tendrías que comunicárselo y uno de ellos te acompañaría de vuelta.

—¿Estás segura de esto, Penny? —dijo Ux, cogiéndole ambas manos y contemplándola con los ojos resplandecientes.

La esperanza, que hasta ese momento había mantenido a raya, empezaba a reflejarse en su rostro.

—Nunca he estado más segura de nada.

Entonces, Penny se giró y vino directa hacia mí.

—Me alegro de haberte conocido y de que seas mi amiga, Callie. —Me abrazó con fuerza.

—Y yo también, Penny. —Le devolví el abrazo.

Ambas llorábamos.

—Despídeme de Susi y de Sylvia. Diles que lo siento y que las quiero mucho. Que espero volver a verlas algún día y… que sean felices con sus barogs. Se merecen tener al fin una buena vida.

—Así lo haré. ¡Oh, Penny, vamos a echarte mucho de menos! —exclamé con dolor en el corazón.

No podía evitar pensar que se estaba equivocando por completo…, aunque podía comprenderlo. Tal como ella había dicho, yo también seguiría a Daryos a la zona remota y al fin del mundo.

—Cuida bien de ella. Si no, seré yo quien te haga una visita —solté mirando a Ux. Él asintió con una leve inclinación de cabeza.

Penny se despidió brevemente de Tina y las demás, y se acercó a Daryos.

—Sé que le odias y que es casi imposible que jamás le perdones. Pero tu madre le amaba de verdad. Tal vez puedas visitarnos algún día, aunque solo sea por la memoria de Tatiana.

Mi barog no respondió. Se limitó a abrazarla y a decirle que se cuidara.

—¿Estás completamente segura de esto? —insistió Ux cuando ella se colocó a su lado.

—Por supuesto, pero si tú no deseas que vaya contigo…

—No deseo otra cosa —dijo él con un tono solemne.

Tuve la sensación de que era totalmente sincero.

—Bien, porque no vas a librarte de mí.

—Esta vida no va a ser fácil, Penny.

—¿Y cuándo han sido fáciles nuestras vidas? —preguntó ella con una suave sonrisa.

Él se limitó a asentir. La cogió de la mano y, entrelazando sus dedos, la condujo hasta la entrada.

Y juntos cruzaron el espacio entre las dos columnas y pasaron junto a la estatua del ser alado, rumbo a las profundidades de esas tierras desconocidas.

Ux había comenzado su destierro, pero no iba solo.

Con menos peso sobre nuestros hombros, los demás emprendimos el camino de regreso a la aldea.

Al fin había llegado la ansiada paz, tal como había predicho la profecía.

56 TODO ESO YA NO IMPORTA
PENNY

Avanzamos despacio unos cuantos metros en la dirección que señalaba la estatua de ese escalofriante y misterioso ser alado. En cuanto nos adentramos en el sendero entre la espesa vegetación, Ux se detuvo.

Se dio la vuelta y me observó en silencio durante unos segundos con sus penetrantes y astutos ojos azules. Siempre me había puesto un poco nerviosa cuando me miraba de ese modo, como si me estuviera escrutando el alma.

Entonces, se inclinó hacia mí y me envolvió con sus enormes brazos musculosos. Su abrazo se estrechó en torno a mi cuerpo mientras él suspiraba. Sentía su piel caliente contra la mía y sus latidos retumbando en su pecho con estruendo.

—Lo has dejado todo atrás por mí, Penny. ¿Por qué? —me susurró al oído. Me estremecí.

Nos separamos apenas unos centímetros para mirarnos a los ojos.

—Ya sabes por qué. Eres mi *hoa uhane*. No importa lo que tú creas. Siento esa verdad aquí dentro —dije poniendo una mano sobre mi corazón.

—No sé lo que nos encontraremos en estas tierras desconocidas. Puedo vivir con todo lo que he hecho hasta ahora, pero me odiaría a mí mismo si te ocurriera algo por mi culpa.

—Me siento más segura a tu lado que en cualquier otro lugar o con cualquier otro barog. Eres un guerrero enorme y valiente,

además de un gran sanador. No tengo nada que temer si estoy contigo.

Sus facciones se suavizaron mientras me recogía un mechón ondulado tras la oreja con tanta ternura que me temblaron las piernas.

—He sido un idiota mucho tiempo, Penny. Debería haberte escogido, tal como tú acabas de escogerme a mí. Fui un cobarde.

—Te elegiría una y mil veces por encima de cualquiera. Te elijo a ti, Uxuer. Te amo.

Tras acariciarme la mejilla de aquella manera tan suya, tan intensa que me erizaba la piel de todo el cuerpo, acercó el rostro y me besó. Y mientras sus labios se movían con suavidad sobre los míos y su lengua se abría paso en mi boca, la brisa agitó la selva con más fuerza a nuestro alrededor.

Durante unos segundos, el beso se hizo más exigente, más profundo. Su aroma inconfundible, a cuero y tormenta, a noches estrelladas envueltos en fragancias de especias oscuras, se coló por mi nariz devolviéndome al único hogar que había tenido en toda mi vida: mi barog.

Él era mi lugar en el mundo.

Cuando nos separamos para reemprender la marcha, varios pájaros extraños de colores vívidos y enormes picos curvos revolotearon sobre nuestras cabezas.

—Yo también te amo, Penny. Y precisamente por eso, jamás te habría pedido que vinieras a este destierro conmigo y te condenaras a alejarte de la aldea —dijo apoyando su frente en la mía.

Sentí una fuerte presión en el pecho. ¿Acaso no me quería ahí con él? ¿Prefería quedarse solo para regodearse en la derrota y el fracaso?

—Ux, yo… —dije con voz trémula.

—Deja que termine. Jamás te lo habría pedido, pero que hayas decidido acompañarme es el mayor regalo que me han hecho en toda mi larga existencia. Nunca podré agradecerte bastante tu bondad, tu generosidad y tu amor. Un amor que no me he ganado ni

me merezco, que no valoré lo suficiente y que, sin embargo, tú siempre me has ofrecido sin pedirme nada a cambio.

—Tan solo te pido que me permitas acompañarte en este viaje a lo desconocido y quedarme contigo. Es lo único que deseo, Ux.

—¿Aceptas a este monstruo como tu barog? ¿Pese a todo lo que he hecho y al daño que he causado?

—Todo eso ya no importa. Tú y yo empezamos de cero, aquí y ahora. No importa el pasado, no para nosotros dos. Solo lo que ocurrirá de aquí en adelante. Crearemos un futuro para nosotros, uno hermoso y tranquilo —dije mirándolo fijamente a los ojos, los más impactantes del universo.

—Eso suena maravilloso, Penny. Un sueño hecho realidad. No entiendo por qué luché durante tanto tiempo por algo que, de hecho, nunca deseé tanto como creía, cuando lo que quería y necesitaba estaba justo delante de mí.

Sonreímos ilusionados.

—Si me lo permites, te lo entregaré todo e intentaré hacerte muy feliz, aunque solo me tengas a mí —dije con timidez.

No tenía ni idea de si se conformaría solo conmigo; de si yo sería suficiente para un barog tan inquieto, apasionado e inteligente como él.

—No deseo otra cosa, Penny. Y yo… también me entregaré por completo a ti. Como tú dices, empecemos de nuevo. No sé si eso es siquiera posible ni si los dioses me perdonarán algún día. Pero te prometo que intentaré hacerte feliz y cuidar de ti tal como te mereces. Quién sabe, tal vez podamos convertir este extraño lugar en nuestro hogar —dijo con una sonrisa mucho menos oscura que aquellas a las que tenía acostumbrado a todo el mundo.

Una sonrisa que era solo para mí.

Volvió a besarme y a abrazarme con cariño, de un modo que seguramente nadie le creería capaz. Y puede que solo pudiera hacerlo conmigo… y con Tatiana, en otro tiempo.

Siempre pensé que lo único que necesitaba Ux era que alguien le amara de verdad. Su madre lo repudió desde el mismo día de su nacimiento y su gran amor, Tatiana, pese a amarlo a su

manera, lo traicionó y lo abandonó a su suerte. A un destino triste y solitario.

Todo eso no justificaba el dolor y el horror que había causado. ¡Desde luego que no! Jamás me perdonaría del todo a mí misma por amar al barog que se había convertido para mis amigas en la peor de las pesadillas. Me había desvivido en cuerpo y alma durante los diez años de cautividad para ayudarlas y aportarles algún consuelo, pero eso no era nada comparado con el infierno que habían soportado.

Ni Ux ni yo podríamos reparar ese daño jamás. Lo único que podíamos hacer era desaparecer de su vista e intentar no cruzarnos en sus caminos jamás. Les deseaba toda la felicidad del mundo junto a sus barogs y que pudieran sanar las heridas que acarreaban en sus almas. Mantendría la esperanza de reunirme con ellas algún día, si los dioses así lo consideraban.

—No hay mapas de este lugar ni señales en los caminos. Nunca he estado aquí y no tengo ni idea de lo que podemos esperar —dijo Ux alzando las cejas, con los brazos alrededor de mi cintura—. Así que supongo que lo iremos descubriendo juntos, Penny. Tal como yo lo veo, esto es el hermoso inicio de una nueva aventura que ninguno de los dos creía posible. Pero aquí estamos. Tú y yo.

Asentí, emocionada.

—Eso suena maravilloso —dije, repitiendo las palabras que él había pronunciado minutos atrás.

Entonces, su mirada se oscureció, llena de tristeza y vergüenza.

—He vuelto a fracasar, Penny. Llevé a mis barogs perdidos a una derrota terrible y, a la mayoría, a la muerte. Aquellos que han sobrevivido, habrán regresado a los pantanos sin ningún futuro en el horizonte o seguirán vagando por la selva hacia un nuevo escondite. Y lo peor de todo es que ha dejado de importarme.

—Lo hecho, hecho está. Ellos decidieron luchar a tu lado. Eran guerreros como tú y peleaban por la promesa de poder y mujeres. Escogieron su propio destino, como cada uno de nosotros.

—Sin embargo, yo los empujé a la guerra. Es mi culpa, no la suya. Ellos me siguieron, creyendo que, en esta ocasión, lo

lograríamos. Debería asumir mi responsabilidad.

Enmudecimos otra vez.

Mientras recorría sus facciones con la mirada, apenas podía creer que el rey le hubiera perdonado la vida. Era un milagro, y sabía muy bien que el príncipe había tenido mucho que ver en ello. Las otras mujeres lo habían salvado por mí, y les estaría eternamente agradecida.

Solo pensar que había estado a punto de ser ejecutado me daban ganas de vomitar. No hubiera soportado este mundo sin él.

—Vayamos paso a paso, Ux. La culpa no se olvida de la noche a la mañana, igual que las heridas requieren un tiempo para sanar.

Me besó la frente y volvió a estrecharme entre sus brazos mientras su cola se enroscaba en mi tobillo. Poder estar así con él, habiendo dejado atrás la batalla, el odio y las ansias de venganza, era todo cuanto había deseado desde el día mismo en que le conocí.

—Ven, siéntate en esta roca unos minutos. He traído algo que te aliviará —dije.

Obedeció sin rechistar mientras yo abría mi morral y sacaba un frasco con tónico desinfectante y un tarro con ungüento que había cogido de los suministros médicos de Xioh antes de salir de la aldea.

—Veo que has venido preparada —dijo él con admiración, siguiendo los movimientos de mis manos.

Le limpié los cortes del pectoral a conciencia, procurando ejercer la mínima presión para que el líquido aceitoso se absorbiera, pero sin hacerle daño. Después, bajo su atenta mirada, apliqué una capa gruesa de ungüento sobre esa espantosa cruz. Aproveché y también lo unté en las otras heridas, que Xioh había suturado y que eran más profundas.

Cuando terminé, guardé los suministros médicos y extraje de mis pertenencias un cuchillo ancho y afilado. Me miró asombrado cuando se lo entregué.

—¡Has pensado en todo, Penny!

—Creí que te sería de ayuda ir armado, tanto para cazar como para defendernos si algún animal nos ataca. Como dijiste, no sabemos lo que nos encontraremos en estas tierras.

—Tengo la *hoa uhane* más lista de Nemea, no hay duda —dijo con su hermosa voz grave mientras me acariciaba el cabello.

El roce de sus dedos fue delicioso.

Pensé que bromeaba, pero no había ni una pizca de burla en su tono. Hablaba muy en serio. Ux siempre me decía cosas así en los pantanos. En diez años había logrado devolverme algo de la seguridad en mí misma y el amor propio que Gushia se había encargado de destruir día tras día.

Todo lo que Gushia me había arrebatado de mí misma, Ux me lo había devuelto con creces.

Y que me llamara su *hoa uhane*, lo creyera o no, era la mejor sensación del mundo. Sabía que, probablemente, todavía no se había convencido de ello por completo. Sin embargo, no me preocupaba demasiado: teníamos cientos de años por delante, tal vez miles, para que acabara viéndolo tan cristalino como lo veía yo.

Después, saqué una cantimplora repleta de agua de coco y se la ofrecí, pero él no consintió en beber hasta que yo lo hice primero. Recogimos unos dátiles dorados y jugosos, y nos los comimos acompañados de las tortas de trigo que yo había traído envueltas en un paño limpio. Yo misma las había horneado la noche anterior.

Una vez saciados, nos pusimos en pie para proseguir nuestro camino. Antes de dar el primer paso, me besó en los labios de nuevo y en la mejilla, y me agradeció todo lo que estaba haciendo por él.

Enlazó sus dedos con los míos cuando reemprendimos la marcha hacia lo desconocido. Al corazón de las tierras inexploradas.

Pese al peligro, a la incertidumbre y a que estábamos los dos solos ante cualquier cosa que habitara en ese lugar, por primera vez en mi existencia me sentí libre y feliz.

Y dejamos todo lo demás atrás… para iniciar una nueva vida. Juntos.

57 NOCHE DE HOGUERA
CALLIE

Las antorchas llenaban las calles desde el inicio del atardecer. Unos extraños cánticos guturales procedían de la plaza y retumbaban por toda la aldea mientras acabábamos de prepararnos para la celebración.

Habíamos ganado la guerra y vencido de una vez por todas a nuestro terrible enemigo. ¡Eso bien merecía una fiesta!

Susi había confeccionado bonitos vestidos blancos para nosotras, decorados con cuentas de madera, y taparrabos nuevos para ellos, en tonos marrones. Así que todos íbamos de estreno.

Llevaba un buen rato intentando hacerme un peinado decente, un medio recogido o algo así que me diera un aspecto un poco más… ordenado. Pero mi melena estaba tan encrespada e indomable que, tras varios intentos, la dejé por imposible. Me la cepillé por última vez y me conformé con colocar una flor anaranjada en un lado, por encima de la oreja.

—Estás preciosa, amor mío —dijo Daryos con la voz ronca, rodeándome la cintura desde atrás y clavando sus ojos en los míos a través de nuestro reflejo en el espejo.

—Gracias, amorcito. Tú estás para chuparse los dedos —le dije guiñándole un ojo.

—Qué cosas tan bonitas me dices. Si es que tengo la mejor *hoa uhane* de Nemea. Qué digo… ¡Del universo entero!

Se inclinó y hundió el rostro en el hueco de mi cuello, plantándome unos cuantos besos calientes.

—¿No crees que tengo los pelos de loca? —dije cuando sus besos se detuvieron y empezó a devorarme con la mirada.

Abrió los ojos como platos.

—¡Para nada! Tu melena me vuelve loco. Cuanto más revuelta, mejor. Ya sabes, porque eso significa que hemos estado retozando y…

Me giré y le di un manotazo en el pectoral.

—¡Auch! ¿Qué he hecho ahora?

—Ya lo sabes, así que no me pongas esa cara de cordero degollado. Menudo príncipe barog responsable, siempre pensando en el sexo.

—¿Acaso hay otra cosa en la que pensar, amor? —dijo alzando ambas cejas dos veces.

—Voy a dejarte por imposible.

Me atusé un poco la melena mientras él seguía contemplándome embobado.

—¡Qué bien te sienta el blanco! Hacía mucho que no te veía vestida de ese color. Todavía recuerdo esa camiseta que llevabas el día en que nos conocimos —dijo con una risilla traviesa.

—Claro, claro. Tenías los ojos fijos en mis tetas y una cara de atontao que pedía a gritos una buena bofetada.

Daryos soltó una carcajada sonora y vibrante que me calentó los huesos.

—Todo el bar te miraba, amor. Yo solo… fui un poco menos discreto que los demás, eso es todo.

—¡Di que sí, cariño! Que la discreción no es lo tuyo ya lo sabemos todos.

Volvió a reírse.

—Esa camiseta mojada todavía me provoca *agradables* sueños, amor mío.

Le di otro manotazo. Él se frotó el lugar donde le había dado ya dos veces. Se reía a mandíbula batiente, el muy idiota.

—Venga, deja ya de mirarme como un descerebrado cachondo perdido y céntrate, que tenemos una victoria que celebrar —dije, tratando de mantener la compostura.

Pero con él era imposible. Así que yo también me reí. El pobre todavía tenía algunas heridas a medio cicatrizar, pero, tras varios días transcurridos desde la guerra, su aspecto había mejorado bastante. Pronto no quedarían en su piel más que finas líneas

rosadas o blanquecinas que, con el tiempo, serían viejas cicatrices de esa horrible batalla.

—No puedo evitar mirarte, Callie, eres tan guapa que me emociono con solo pensar que eres mía.

—Y tú eres mío, amorcito, no lo olvides nunca —volví a guiñarle un ojo.

—¿Crees que Susi podría confeccionarte una de esas camisetas blancas? Te la pones sin nada debajo, te metes en el lago o bajo la lluvia y…

—Te vas a ganar una buena leche, barog.

Él me abrazó de nuevo por detrás mientras se reía y yo recolocaba la flor y me alisaba el vestido con las manos.

—Hala, vámonos a la plaza. A este paso, seremos los últimos en llegar.

—Espera, amor. Te he traído algo.

Desapareció del baño y, cuando volvió a entrar, sostenía un hermoso collar hecho de cuentas blancas, turquesas y esmeraldas.

—¿Y eso?

—Lo he hecho para ti. Espero que te guste. Sé que no es oro ni plata ni piedras preciosas como las que suelen llevar las mujeres en la Tierra, pero…

—Es precioso —dije acariciándolo—. Me encanta. Muchas gracias.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Me dejas que te lo ponga? Me gustaría que lo llevaras hoy para la noche de la hoguera.

—¿Solo hoy? ¡No pienso quitármelo!

La emoción le empañó los ojos.

Volvió a colocarse a mi espalda y me lo ató en la nuca. Era muy bonito y se notaba que había ido enhebrando las cuentas con mimo, escogiendo el patrón de colores que se iban alternando.

—Susi me ayudó a seleccionar las mejores cuentas. Yo las recogí en el riachuelo y las puse en el collar.

Ahora fui yo la que me emocioné.

—Me gusta mucho, Daryos —dije, observándole en el espejo.

—¿De verdad?

Asentí.

—Nadie me había regalado nunca algo tan bonito. Gracias, amor.

Me di la vuelta y le puse una mano en el corazón, sintiendo su pulso fuerte y desbocado repiqueteando en mis dedos.

Se inclinó un poco, acercó sus labios a los míos y me besó. Un beso intenso, prolongado y cargado de ese amor tan grande que nos teníamos. ¡Un amor invencible!

—¿Nos vamos, mi hermosa *hoa uhane*? —preguntó, tendiéndome el brazo y esbozando una sonrisa luminosa.

—Contigo me voy al fin del mundo.

Me miró con una maravillosa mezcla de ternura y deseo y, al fin, descendimos las escaleras y salimos de casa, rumbo a la plaza.

Enzo, que descansaba en la entrada, se unió a nosotros. Recorrimos el camino al lado de muchos otros barogs y sus parejas que se dirigían también a la celebración.

Iba a ser una noche de hoguera muy especial.



En medio de la plaza se alzaba la hoguera más grande que jamás había visto. A un lado se encontraban los reyes, ataviados igual que nosotros.

Tina estaba espectacular de blanco, con la melena azabache recogida en dos trenzas intrincadas, atadas con tiras de cuero beis.

Y Cyrus, con el pelo castaño suelto y esos ojos marrones tan oscuros que parecían negros, con ese puntito siniestro que a veces todavía me causaba escalofríos, parecía todo un rey de la selva. Su cuerpo plagado de cicatrices era un mapa de la guerra que acababa de librar. Bazzeila, su inseparable pantera, y la líder de ojos rojos de las cuevas permanecían erguidas tras ellos, con un porte tan regio como los propios monarcas.

Cerca de los reyes se hallaban nuestros mejores amigos, luciendo también sus atuendos recién estrenados.

Xerx y Xioh estaban imponentes. Sus melenas oscuras con reflejos rojizos contrastaban con los tonos más claros de sus taparrabos, y sus ojos refulgían tan brillantes como las llamas.

Lansh y Axeh, los hermanos rubiales más apuestos de la aldea, lucían sus largas melenas doradas sueltas y salvajes, con los rostros iluminados por esos ojos verdes, claros y expresivos. Ax, verde menta. Lansh, de un tono lima.

Ciench, con el cabello oscuro, los ojos grises y esa calma y bondad que casi siempre rezumaba, estaba impresionante con su taparrabos nuevo, al que Susi había añadido algunas cuentas y plumas como decoración. Le había dado a su barog un toquecito personal.

Y Sulveh, el guardián, con esa cabellera de un tono castaño claro, revuelta y salvaje, y los ojos broncíneos, parecía un león de la sabana.

Junto a sus barogs, mis amigas estaban incluso más hermosas y resplandecientes de lo que ya era usual en ellas.

Jenny, Emilia, Susi, Marla y Sylvia, que sostenía al pequeño Sonah en brazos, conversaban unas con otras, con las melenas sueltas o recogidas, y flores en el pelo de los colores más diversos.

Artia permanecía junto a Sylvia para ayudarla con el pequeño si la necesitaba. La *aninf* me observó mientras Daryos y yo nos acercábamos a ellos e inclinó la cabeza hacia mí de un modo casi imperceptible. Yo la saludé con la mano con efusividad.

Daryos había hecho que construyeran una pequeña choza para ella sola en un extremo de la aldea, aunque la mayor parte del tiempo dormía al raso como los felinos y solía mantenerse cerca de mi casa o de la de Sylvia. Me daba un poco de lástima, ya que vivía alejada de los de su especie y no tenía pareja, aunque tampoco parecía muy interesada en montárselo con nadie. Pero ¡qué sabía yo de lo que hacía por las noches cuando los demás dormíamos como lirones en nuestros hogares!

Estaba buscando a Lorna cuando apareció por un extremo de la plaza del brazo de Toruch, como si acabaran de venir de un paseo

muy relajado.

Mientras mi amorcito saludaba a todo el mundo con afecto y abrazaba a su hermano, Lorna se acercó a mí. Su figura voluptuosa se veía increíble enfundada en su vestido blanco, al que ella le había añadido algunos detallitos. Llevaba el cabello recogido en su habitual moño en lo alto, pero lo había decorado con florecillas rojas. Toruch no le quitaba ojo. La besó un par de veces antes de soltarla para reunirse con sus amigos.

—Estás preciosa, Calista —me dijo, agarrándome del brazo.

—Lo mismo digo. Parece que ese barog tuyo te está sentando de maravilla.

—¡Ay, Callie, ese hombre es puro fuego! No había follado tanto en mi vida. Esta mañana, nada más despertarnos, hemos probado una cosa nueva que…

—¡Ah, no, McPhee! —dije agitando el índice delante de su cara—. No quiero detalles, ¡ni hablar!

—Encima que comparto mi sabiduría contigo… Deberías estarme agradecida.

—Mira, ya me has contado más que suficiente. Me alegro de que tengas una vida sexual magnífica y muy saludable. Te aseguro que yo también la tengo. Pero no quiero que me traumatices con alguna de esas posiciones acrobáticas que tanto te gustan o con información sobre la anatomía de tu barog.

—Cuando llegues a mi edad, Calista, verás las cosas de otro modo, te lo digo yo —soltó, dándome unas palmaditas en el brazo.

Puse los ojos en blanco.

—Seguro que sí, McPhee.

Nos quedamos en silencio unos segundos, admirando cómo las llamas se elevaban hacia un cielo que pronto se cubriría de estrellas. Algunos barogs encendieron más antorchas para iluminar la plaza a medida que la oscuridad ganaba terreno.

—Toruch me ha dicho que me llevará al lago sagrado. Ya sabes…, para ver si puede alargar un poco mi vida.

Sentí una presión en el pecho. No quería ni pensar en el día que Lorna desapareciera. Era mi mejor amiga y la quería un montón. No me imaginaba mi mundo sin ella.

—¿Puede hacer eso?

—Dice que ya se lo ha pedido a Cyrus y le ha dicho que sí. Parece que iremos todos allí dentro de unos días. No hay ninguna garantía de que funcione conmigo porque yo no soy… una descendiente. —Seguía sonriendo, pero, durante un instante fugaz, una pátina de tristeza empañó sus ojos marrones.

—Estoy segura de que funcionará.

—No lo sé, Callie. Yo no pertenezco a este mundo. Me lancé en un impulso loco detrás de ti. Pero no soy una de vosotras.

—¡Bobadas, McPhee! Eres tan de aquí como cualquier otra. Y te digo una cosa: si estás en Nemea, es porque este era tu destino.

—¿Lo crees de verdad? ¿Crees en el destino? Porque, cuando estábamos en la Tierra…

—¿Bromeas? Llevo una marca de nacimiento en la espalda que ya auguraba que acabaría aquí. Formo parte de una profecía ancestral y me he convertido en barog. ¡Por supuesto que creo en el destino! Te aseguro que, si estás en Nemea, si decidiste seguirme a través del portal como una loca imprudente, ese era tu destino. Era exactamente lo que debías hacer.

Sonrió, un poco más animada.

—Aun así, eso no significa que ese lago vaya a obrar milagros conmigo.

—Ten fe, McPhee. Cosas más raras se han visto por aquí —dije levantando una ceja.

—¡Ains, Calista! Si es que ya sabía yo que me levantarías el ánimo. ¡Eres la mejor amiga del mundo!

Me abrazó, estrujándome con fuerza.

—Vale, vale, tú también lo eres.

Nos reímos juntas bajo la mirada de Daryos y Toruch, que nos observaban con cara de bobos.

De pronto, los cánticos se hicieron más fuertes y las notas retumbaron una tras otra por toda la plaza. La jungla parecía mecerse al son de los tambores, mientras barogs y leones empezaban a emitir rugidos suaves y acompasados. Daryos, Cyrus y los demás se acercaron a la hoguera y se colocaron en varios

círculos alrededor. El primero de esos círculos lo formaban el rey y el príncipe, junto con todos nuestros amigos.

En cuestión de segundos, empezaron a mecerse al ritmo de los acordes, golpeando el suelo con fuerza con los pies y sus muslos con las manos. Alternaban los vaivenes de caderas con los movimientos primitivos de brazos y piernas. Entornaban los párpados y se dejaban llevar por la melodía ancestral, imbuidos del espíritu salvaje de la selva.

Yo miraba a mi barog embelesada, recorriendo todos sus músculos, recubiertos de piel bronceada. El rey y los demás se mecían de un modo salvaje y sugerente, casi hipnótico, pero el mejor de todos ellos era mi barog.

Sus movimientos eran naturales y *sexys* al mismo tiempo, y seguía el ritmo de los tambores de maravilla. ¡Había nacido para eso!

Nosotras los contemplábamos fascinadas. ¡No babeábamos de puro milagro!

De repente, deshicieron el círculo y vinieron a buscarnos.

—Vamos, Callie. ¡A bailar! —dijo Daryos, tirando de mis manos en dirección a la hoguera.

—¿Tú estás seguro de esto? —Miré a derecha e izquierda, constatando que el rey estaba ya llevando a Tina hacia el centro de la plaza y los demás barogs hacían lo mismo con sus parejas.

—Se acabó lo de la noche de hoguera solo para barogs. A partir de ahora, también participaréis vosotras en las danzas. Por no hablar de que tú eres tan barog como nosotros.

—Así que el rey se está modernizando de verdad, ¿eh? —dije sonriendo. Los retumbes de los tambores amortiguaban mis palabras.

—Este es el primero de los muchos cambios que vendrán, amor mío. ¡Ya lo verás! Mi hermano está decidido a hacer las cosas de manera diferente.

—Supongo que Tina tiene algo que ver en todo eso… ¡Menuda es ella! —dije soltando una carcajada.

—Cyrus ya se había propuesto acabar con las costumbres más crueles. Tanto mis amigos como yo llevábamos mucho tiempo

luchando para conseguir eso, ya lo sabes.

—Eras todo un rebelde. Y te adoro por ello, además de por esas caderas bailongas, que mueves a un ritmillo que me vuelve loca.

Se rio mientras me colocaba a su lado en el primer círculo alrededor del fuego. El calor de las llamas me azotó con fuerza, pero no fue desagradable. Entre eso y el frenesí de los tambores, me sentí poseída por la magia ancestral de Nemea, un planeta hermoso y lleno de misterios.

—Así que te gusta cómo bailo, mi preciosa *hoa uhane*.

—Me dejaste completamente encandilada la primera vez que te vi bailar, en aquella discoteca en la Tierra. Y la segunda, cuando lo hiciste desnudo alrededor de la hoguera, con todo eso enorme y delicioso que tienes colgando entre las piernas, meciéndose con cada vaivén de tu cuerpo.

Su carcajada fue tan sonora que se elevó por encima del estruendo.

—¿Quieres que me quite el taparrabos, amor? Sabes que soy muy capaz de hacerlo. De hecho, hoy solo los llevamos por respeto a vosotras. Otro de los pequeños cambios que ha empezado a introducir mi hermano en la aldea.

—Pues mira, de este cambio precisamente no soy muy partidaria. Prefiero veros en pelotas, la verdad. Pero me resignaré… si me haces luego un bailecito privado en casa.

—Eso está hecho, preciosa.

Me abrazó y me plantó un beso de película en los labios.

Entonces, los golpes de los tambores se aceleraron y el clamor de los cánticos se elevó hacia el cielo nocturno de Nemea, coronado por la pareja de lunas.

Y allí, en torno a una hoguera enorme en medio de la selva, al lado de mi impresionante barog, me dejé llevar por la música.

Bailamos en la noche de la hoguera, barogs y descendientes, meciéndonos al son de acordes primitivos, agradeciendo a los dioses la victoria que nos habían concedido.

Ellos cambiaron a su forma humana al unísono, arrancándonos exclamaciones de sorpresa, y siguieron bailando con

ese ritmo único, salvaje y *sexy* que los caracterizaba. Nosotras imitábamos los pasos de esa danza desconocida y le añadíamos algunos de nuestra propia cosecha, algo más modernos.

Si en su forma barog eran impresionantes, en la humana eran tan apuestos que apenas podíamos apartar la mirada de sus cuerpazos de infarto y sus rostros perfectos.

¡Eran una especie espectacular!

Daryos y Cyrus se marcaron una danza única, rey y príncipe uno al lado del otro, que nos dejó a Tina y a mí con los ojos como platos, las pulsaciones por las nubes e hiperventilando. Ese par eran demasiado atractivos para ser reales… y tan bailongos que estábamos a punto de derretirnos.

Los taparrabos se mecían cada vez que movían las caderas, regalándonos de vez en cuando unas vistas excitantes y muy muy calentitas. Vaya, que estábamos todas cachondas perdidas, y ellos también. ¡Por los dioses del manantial!

No cabía duda de cómo acabaríamos la noche…

Mi cuerpo se movía libre con cada redoble de tambor como si llevara ese ritmo en mi sangre desde siempre. Como si estuviera poseída por algún espíritu nemeo.

Y mientras la música vibraba en el centro mismo de mi ser y mis amigas disfrutaban de la danza tanto como yo, sentí que ese era y siempre sería mi lugar en el mundo.

Mi hogar.

58 CAMBIOS
TINA

—Entonces, está decidido: a partir de este momento, se acabaron las cacerías —proclamó Cyrus.

—Y nada de marcar a las mujeres como ganado —intervine.

—Por supuesto, mi reina. Cuando se abra de nuevo el portal, se las conducirá a todas a la casa posada y se les dará un tiempo para aclimatarse antes de vincularse a un barog.

—Todo eso está muy bien, mi rey, pero deberían poder escoger barog voluntariamente.

—Tina, amor mío, nuestra especie es poco numerosa y la única manera de procrear es con las descendientes que traemos de la Tierra a través del portal. Podemos hacer cambios y, como ves, estoy bien dispuesto a ponerlos en marcha. Pero no podemos adoptar costumbres que nos lleven a la extinción.

—Lo sé, pero quizá podríamos encontrar alguna manera de que, primero, los barogs en edad de emparejarse y las descendientes se conocieran un poco. Así no sería tan traumático.

—Mi reina, casi ninguna humana recién llegada a Nemea va a querer saber nada de ninguno de nosotros. ¿Acaso has olvidado lo dulce que fuiste conmigo al principio y lo mucho que me querías? —dijo con media sonrisa.

Resoplé.

En el fondo tenía razón. Ninguna humana con dos dedos de frente querría saber nada de esas bestias enormes, llenas de tatuajes y cicatrices, con colmillos, garras y una gruesa cola azabache.

—Aun así, hermano —intervino Daryos—, Tina ha expuesto un punto muy importante. Deberíamos pensar en algo para suavizar

los inicios de las humanas en Nemea y que, de algún modo, tuvieran algo que decir respecto al barog al que se unen.

—Eso podría poner en jaque todo nuestro sistema de perpetuar la especie, D. Esas normas antiguas existen por algo. Los ancianos eran manipuladores y escondían muchos secretos, pero no eran estúpidos.

—¿Qué os parece si dejamos este punto para más adelante y pensamos en algo entre todos? —propuso Callie.

—Buena idea, amor. Al fin y al cabo, quedan doscientos años para que vuelva a abrirse el portal.

—Eso si no encontramos un modo de abrirlo antes —murmuró el rey.

—¿No crees, mi rey, que, si hubiera una forma, Ooris y los demás ya la habrían averiguado? —pregunté con retintín. ¡Me parecía tan obvio!

—Puede, pero, por intentarlo, no perdemos nada, ¿verdad, D?

Este asintió.

—¿Enviarás a Xerx al templo? —dijo el príncipe—. Si alguien puede descifrar algo sobre el asunto, sin duda, es él.

—Ya se lo he comentado. Partirá dentro de un tiempo. Sulveh lo acompañará para mostrarle las cámaras secretas y los archivos allí guardados —dijo mi rey.

—Yo que tú enviaría también a Jenny. Es lista como el hambre, y ella y Xerx forman un tándem estupendo —intervino Callie.

—Desde luego. Así se lo he pedido a ambos —dijo mi rey.

Mi exprofesora sonrió complacida. ¡Era tan peligrosa! Nunca sabías por dónde iba a salir, aunque había que reconocer que era valiente y tenía buenas ideas… casi siempre.

—En cuanto al templo, he pensado en construir uno cerca de la aldea para que cualquiera pueda acudir allí a rezar a los dioses. Un templo cercano y útil para todo el pueblo barog. ¿Qué os parece?

—Una idea estupenda, mi rey. Será mucho más útil que ese templo tan lejano y con un acceso demasiado difícil.

—¡Difícil y letal! —soltó Callie—. Os aseguro que esa caída por el precipicio me quitó las ganas de asomar la nariz por ahí nunca

más.

—Claro, amor. Eso fue terrible. —Daryos le cogió la mano y se la besó por todas partes.

Aquel par era tan empalagoso que me entraban ganas de vomitar. En realidad, Cyrus y yo no éramos tan distintos a ellos…, pero solíamos guardarnos la mayoría de los arrumacos para la intimidad. Ahí dábamos rienda suelta a nuestro amor explosivo. ¡Ese rey estaba hecho para mí!

—¿Y qué piensas hacer con el templo antiguo, C? Podríamos apostar unos cuantos guardianes y que se fueran turnando. Así evitaríamos que se deteriorara o entraran alimañas. Sulveh podría encargarse de montar las rondas de vigilancia y dar las órdenes desde la aldea. Se le da genial liderarlos y los conoce muy bien a todos —dijo el príncipe.

—Estoy de acuerdo, hermano. Podemos reservar el templo de la montaña para grandes ocasiones como las bendiciones de la descendencia real, las oraciones a los dioses y cosas así. Y usar el nuevo para todo lo demás.

Asentimos ante las propuestas. Sin duda, el rey y el príncipe se entendían bien y trabajaban de maravilla juntos. Desde que Daryos había dejado su época de líder de los rebeldes atrás y Cyrus había empezado a escuchar sus opiniones y bajado del burro, su relación era perfecta. Se respetaban el uno al otro y sus ideas se complementaban. ¡Nemea estaba en las mejores manos!

—Me gustaría proponer algo —empezó Callie—. El caso de Penny ha puesto de manifiesto que, por mucho tiempo que pase, hay descendientes que jamás se acostumbran a su barog y no son felices. Incluso puede que haya más maltratadores como Gushia ahora mismo en la aldea. Seguro que podríamos averiguar quiénes son.

—Maltratar a una descendiente está prohibido. Si me entero de algún caso…

—Deberíamos tomar alguna medida más drástica, Cyrus. Seguro que vosotros dos podríais identificar fácilmente a los hijos de puta y tomar medidas —dijo mi amiga.

—Primero hay que concienciarlos, Callie. Como rey, no puedo empezar a meterme en las parejas de vida porque algunos barogs acabarían rebelándose contra mí. No podemos permitir que algo así ocurra de nuevo. No queremos que surja otro Ux, ¿verdad?

—Así es, hermano, pero sí que podríamos incidir en ese punto tú y yo, y dar un periodo de gracia para que se adaptaran a las nuevas leyes. Y después, aplicar mano dura.

Cyrus asintió.

—Nosotras podríamos hablar con las mujeres con discreción, averiguar si algunas están descontentas o si algún barog se pasa de la raya.

—Eso estaría bien, Callie, pero podría acabar generando más problemas y mucho revuelo. Espera a que yo dicte las nuevas leyes e imponga su cumplimiento. Dejaremos pasar un tiempo y, luego, si alguno no acaba de aceptarlas, entonces podréis indagar con discreción.

Callie no parecía demasiado contenta, pero no insistió. Lo que había promulgado el rey era mucho mejor que lo que había antes y tenía toda la razón: había que ir implementando las medidas despacio, consolidando su reinado frente a todos. Ahora mismo no convenía que se ganara enemigos, y los cambios en cualquier civilización primitiva no se implantaban de la noche a la mañana. Bastante habíamos logrado ya en el poco tiempo que llevábamos nosotras en el planeta.

Discutimos algunas ideas más, hasta que, de pronto, Callie abrió los ojos como platos y golpeó la mesa dos veces. Casi vierte los cuatro vasos de zumo.

—¡Lo tengo, mi rey! ¡Ya sé cómo hacerlo! —dijo poniendo cara de flipada.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—De conseguir que las descendientes acepten voluntariamente a sus barogs. Que ellas también puedan escoger, y no solo ellos. Que sean uniones… deseadas.

—¿Qué se te ha ocurrido, amor mío? —preguntó Daryos, inclinándose sobre la mesa, muy interesado.

—Eso, cuéntanos, Callie —dijo mi rey.

—Pues veréis, he pensado que…

Callie habló durante un buen rato y nos expuso su idea, que era arriesgada, pero podría funcionar. Discutimos algunos detalles y entre todos se nos ocurrieron otros. Aún teníamos dos siglos por delante para perfeccionar ese alocado plan…, que quizá no lo fuese tanto.

Y lo mejor de todo era que nosotras también participaríamos. Pensándolo bien, Callie había tenido una magnífica idea.

59 EL LUGAR ESPECIAL DEL REY

TINA

—¿Adónde demonios me llevas?

—Un poco de paciencia, mi reina. Ya casi hemos llegado.

—Espero que sea mucho mejor que este túnel claustrofóbico. Estoy a punto de dar media vuelta y no parar de correr hasta llegar a la aldea.

—Confía en mí, Tina. Ya sabes que tengo un gusto excelente —dijo mirándome de ese modo un poco oscuro que me hacía hervir de deseo.

—No seas arrogante, mi rey.

Soltó una carcajada sexi y salvaje que me erizó la piel.

—Te aseguro que, cuando lleguemos, la travesía habrá merecido la pena.

—Por el momento, he pisado tres serpientes y se me han comido los bichos. ¡Un paseo muy romántico, mi rey!

Se rio de nuevo. Su risa me calentó la sangre y me hizo cosquillas entre los muslos. Cuando ensanchó las fosas nasales, supe exactamente lo que estaba percibiendo.

—Deja ya de hacer eso —le dije, mientras seguía sus pasos en el interior de ese túnel de roca sofocante que no parecía terminar nunca.

—No puedo evitarlo, Tina. No le puedes pedir a un barog que no huela a su *hoa uhane*. Tu aroma a excitación es… exquisito.

—Quizá no tengas el olfato tan fino como piensas, mi rey. En este agujero estoy de todo menos excitada.

Su carcajada retumbó en las paredes del túnel, seguida de uno de sus rugidos.

Puse los ojos en blanco ante tal despliegue de masculinidad.

Tras avanzar varios metros más, al fin atisbé algo de luz, que pronto se convirtió en una luminosidad resplandeciente.

Cuando salimos del túnel, me quedé con la boca abierta.

Un lago de aguas del color del cielo más claro se abría ante nosotros al aire libre, rodeado por una playa estrecha de arena blanca y fina, que a su vez estaba bordeada de palmeras altas, a rebosar de dátiles dorados tan grandes como berenjenas. Al incidir los rayos del sol en la arena, creaban un amplio espectro de colores, que se extendía por toda la superficie del agua y la playa.

El paraje, de una belleza abrumadora, estaba incrustado en medio de la selva, en un pequeño valle entre rocas. Según me había contado Cyrus, había otros túneles excavados que conectaban el lugar con otros puntos de la jungla.

—Esto es… impresionante —murmuré, caminando hasta la arena.

En cuanto mis pies se hundieron, ronroneé de placer: estaba extrañamente fresca y era de una suavidad extrema.

—Me alegro mucho de que te guste, mi reina. Te dije que valdría la pena.

—¿Por qué no está caliente la arena?

Él se agachó, cogió un puñado entre los dedos y dejó que se escurriera entre ellos.

—Dicen que es por las corrientes subterráneas de aguas heladas.

Volvió a incorporarse.

—¿Y ese despliegue de colores?

—La arena está compuesta de millones de cristales diminutos, procedentes de los caparazones de las tortugas blancas que venían a morir aquí.

—¿Tortugas blancas? —pregunté enarcando una ceja. ¡Ese planeta tenía de todo!

—Ahora solo se puede ver algunas en los lagos más al sur de Nemea. Pero se dice que en la zona remota quedan muchas más.

Contemplé aquel precioso lugar que parecía una postal. De pronto, algo llamó mi atención. Encima de una roca, un extraño animal que no había visto en mi vida nos miraba con los ojos turquesas muy abiertos. Parecía de la familia de los felinos, pero, en lugar de pelaje, estaba recubierto de plumas multicolor y tenía dos grandes alas a la espalda.

—¿Qué es eso? —dije, completamente atónita.

—Eso, mi amor, es un milagro. No te muevas ni un milímetro o desaparecerá.

—Parece una gata.

—Es algo así. Una *bescuit*, una gata arcoíris de los peñascos. Solían compartir hábitat con los linces, hace muchos siglos. Puede que haga miles de años que nadie ve ninguna.

—¿Y eso por qué?

—Porque siempre ha habido muy pocas, porque las que hay están en zonas alejadas de la aldea… y porque son camaleónicas. Se mimetizan con el entorno y se vuelven invisibles a nuestros ojos.

—¿Y qué hace aquí?

—No lo sé, amor mío, pero siempre se ha dicho que son símbolo de suerte y prosperidad. Así que, si se nos ha mostrado, es signo de buenaventura.

—Es un animal muy bello.

—¡Y peligroso! Dicen que, si las oyes cantar, te vuelves completamente loco. Algunos incluso aseguran que el canto llega a romper los tímpanos.

—¡Y parecía inofensiva!

Cyrus soltó una risa suave.

Aparté la mirada de ese *bescuit* y me giré hacia mi barog.

—Este planeta está cargado de sorpresas, mi rey.

Él asintió.

—Nemea es un lugar duro y peligroso, pero también de una gran hermosura. Me alegra que sepas apreciarlo, Tina.

Me sonrió con una ternura que no solía mostrar con nadie más que con su hermano y conmigo.

Cuando volví a mirar hacia la gata arcoíris, esta había desaparecido. ¡Menos mal!

—Ven, mi reina. —Me cogió de la mano y me condujo hasta la orilla—. ¿Te apetece un bañito con el rey de la selva? El agua está incluso más fresca que la arena. —Sus ojos brillaron con fuerza, rebosantes de deseo. Por mí.

—Ya veo. Tú lo que quieres es verme desnuda.

—Por supuesto, mi reina. Me muero por verte desnuda y hacerte el amor. ¿Para qué te habría traído a mi lugar especial si no? —Alzó una ceja oscura y empezó a desabrocharse el taparrabos con parsimonia, provocándome. Me entraron ganas de arrancárselo de un tirón.

Cuando se quedó desnudo ante mí, temblé de la cabeza a los pies. ¡Menudo poderío! Se rio entre dientes, plenamente consciente del efecto que causaba en mí.

Mientras yo me desnudaba ante él, no despegó los ojos de mi cuerpo, recorriéndolo centímetro a centímetro como una caricia sinuosa mientras su cola oscilaba tras él por encima de su cabeza, dispuesta a lanzarse sobre mí de un momento a otro.

En cuanto acabé, le dediqué una mirada desafiante y empecé a caminar hacia el agua. Silbó detrás de mí.

Metí un pie en el lago y luego el otro, y avancé despacio hasta que el agua me cubrió hasta la mitad de los muslos y luego la cintura. Y al darme la vuelta, mi rey me observaba desde la orilla con los ojos oscuros encendidos en su rostro de facciones humanas.

Se había transformado para mí.

Alcé una ceja interrogante y él se limitó a esbozar esa sonrisa un poco siniestra y a moverse hacia mí.

Le esperé muy quieta, recorriendo su cuerpazo excitado con la mirada mientras entraba en el agua. Me mordí el labio, con la vista clavada en su polla erecta, como un mástil apuntando hacia mí.

Se detuvo a unos centímetros de mi cuerpo, con la respiración acelerada y esa bruma en la mirada fruto del deseo más crudo. Un deseo que yo me moría por complacer.

—¿A qué se debe este aspecto tan humano? —pregunté, paseando las uñas por su pecho esculpido en piedra.

Sus bíceps abultados, rodeados por tiras de cuero, me hacían la boca agua.

—¿No te gusta? —bromeó.

Bajó la mano hasta sus testículos y se los apretó un poco ante mi mirada encendida. Después, deslizó los dedos por su erección desde la base hasta la punta. El muy arrogante me dejó al borde del infarto.

—Ya sabes que me encantan tus dos formas. Pero te gusta oírmelo decir, ¿verdad, mi rey engreído?

Una risa ronca y oscura retumbó en su pecho musculoso y me hizo vibrar entera.

—Me encanta que me adules un poco, lo reconozco. Pero no más que adularte yo a ti, mi deslumbrante reina de Nemea.

Me tomó de la mano y me condujo al centro del lago. Entonces, se arrodilló en el lecho frente a mí, se sentó sobre sus talones y me abrazó la cintura, hundiendo el rostro entre mis pechos.

—Eres tan perfecta, Tina… Me vuelves loco.

Le agarré la cara con ambas manos y le obligué a mirarme a los ojos.

—Y tú me vuelves loca a mí, mi rey.

Deslicé las manos hacia su melena, larga y alborotada alrededor de su rostro arrebatador, y me incliné sobre él hasta que nuestros labios se tocaron. Entonces, tiré un poco de su pelo y echó la cabeza hacia atrás, mostrándome la robusta garganta.

Planté un beso ahí, en su piel bronceada, sintiendo su pulso en mis labios. Después, la recorrí con la lengua y continué por la mandíbula marcada hasta subir a sus labios.

—Te amo, Cyrus —murmuré sobre su boca, que se abrió para mí. Le metí la lengua y devoré cada rincón.

Porque podía.

Porque el rey era mío.

Con un movimiento rápido, me sentó sobre sus muslos, me abrazó con fuerza y me devolvió los besos con una pasión desenfrenada que quemaba. Sus manos enormes me recorrían entera, acariciando, apretando. Las mías tampoco se quedaban quietas.

Deslizó los dedos de una mano por mi columna hasta enredarlos en mi pelo, y los de la otra hacia abajo, hasta mi trasero. Me elevó sobre él y colocó la punta de su erección en mi entrada. Me dejó caer despacio, mientras apretaba los glúteos y alzaba las caderas dentro del agua para clavarse dentro de mí, hasta el fondo.

—Joder —murmuré sobre su boca, absorbiendo cada uno de sus besos arrasadores.

—Joder —gimió él con voz ronca, apretándome contra su regazo mientras me abría las piernas un poco más y se hundía hasta las profundidades de mi cuerpo.

La frescura del agua a nuestro alrededor, calmada y cristalina, atenuaba un poco el calor abrasador que emanaba de su piel.

Me alzó otra vez y me dejó caer sobre su pene de nuevo, esta vez más deprisa, más desesperado. Se enterró entre mis muslos con brío, deslizándose en mi interior con un roce embriagador.

Apreté su polla dentro de mí, exprimiéndola, arrancándole rugidos y gemidos deliciosos para mis oídos.

Repetimos el movimiento, cada vez más frenéticos, más descontrolados, con los corazones desbocados, las bocas unidas y las lenguas saboreando libremente. Hasta que, al fin, tras un rugido fiero y demoledor, presionó con fuerza la cadera contra la mía y se ancló dentro de mí.

Vertió su semen en mi interior, oleada tras oleada, mientras yo me corría entre sus brazos gritando y gimiendo. La unión de nuestros cuerpos desatados era puro fuego mientras ambos nos liberábamos.

Cuando terminamos, me abrazó con ternura y me cubrió de besos. El rostro, los pechos, un pezón, luego el otro, el vientre. Nos quedamos un rato abrazados hasta que, al fin, nos separamos y dejamos que el agua se llevara los restos de nuestro encuentro apasionado.

Entre risas y miradas cómplices, salimos del deslumbrante lago y nos tumbamos desnudos en la arena, desmadejados y complacidos.

Entornamos los párpados y dejamos que el sol y los colores danzaran sobre nuestros cuerpos satisfechos.

Instantes después, Cyrus rodó sobre la arena, se abrió paso entre mis muslos y me penetró de una estocada profunda y ardiente. Me hizo el amor por segunda vez, sobre esa playa, con su forma humana y el ímpetu del barog que dormitaba bajo su piel.

Y yo me entregué a él por completo. Se lo di todo. En ese momento y por todos los siglos que estaban por venir… y que disfrutaríamos juntos.

Ese hermoso paraje acababa de convertirse también en mi lugar especial.

El nuestro.

60 POR INTENTARLO...
CALLIE

Hacía ya varias semanas que habíamos ganado la guerra, que los guardianes habían dado sepultura a Ooris y que Cyrus había ordenado la construcción del nuevo templo, más sencillo y pequeño que el de la montaña, pero también más útil y cercano.

Caminábamos a través de la selva hacia el lago esmeralda, donde Sylvia y Sulveh, que ya se habían vinculado, consagrarían su unión. Al parecer, se amaban desde siempre, desde su encuentro en la Tierra siglos atrás, pero una confusión por culpa de que Sulveh y Sonah eran gemelos la había llevado a emparejarse con el barog equivocado. ¡Menuda historia la suya!

Ahora, muchos años y dos terribles guerras después, los dioses habían decidido darles, al fin, la oportunidad que tanto ansiaban y merecían. Ellos y el pequeño Sonah formaban una familia preciosa. Últimamente, nos relacionábamos mucho con ellos, ya que el bebé era hermano de Daryos. Aunque jamás mencionábamos a Ux, el parentesco había sido aceptado por todos, y mi barog hacía todo lo posible por disfrutar con su hermanito. ¡Era el niño más alegre y risueño del mundo!

Me preguntaba cómo un monstruo había podido engendrar a dos barogs tan maravillosos. A buen seguro, los genes de sus madres habían influido bastante.

Mientras Daryos caminaba delante del grupo junto a Cyrus y sus amigos, charlando y bromeando como adolescentes descerebrados, yo tenía a Lorna colgada del brazo.

—¿Tú crees que funcionará?

Puse los ojos en blanco.

—Me lo has preguntado ya veinte veces, McPhee.

—¡Ay, Calista! Es que estoy muy nerviosa.

—Funcionará. Puede que no vivas miles de años, pero seguro que algo hará.

—¿Y cómo lo sabes?

Otra vez la misma pregunta. La pobre llevaba días en un bucle. Inspiré hondo y me armé de paciencia.

—Porque ese lago es mágico y vincula las vidas de las descendientes a sus barogs para toda su existencia. ¿Te parece poco?

—Yo no soy una descendiente.

—No, pero te has unido a un barog buenorro que está loquito por ti. Si los dioses han permitido algo así, es que tienen unos planes maravillosos para ti.

—¿Lo dices en serio o solo para que me calle?

Estuve muy tentada de decirle que solo lo segundo, pero no quería ser tan cruel. Además, comprendía su inquietud. Así que me apiadé de ella… un poquito.

—Mmmm… Por ambas cosas.

Me clavó las uñas en el brazo.

—¡Auuuu!

—Perdona, Callie, pero eres mi mejor amiga. ¿Con quién voy a hablar de esto si no? —dijo arrugando el ceño.

Miré alrededor. Tina, Emi, Jenny, Susi y Sylvia caminaban detrás de nosotras. No cabía duda de que nos estaban escuchando, porque la reina negó con la cabeza como diciendo «ni se te ocurra». Su mirada afilada solía ser muy amenazante y daba un poco de miedo.

—¿Con la reina, por ejemplo? —dije conteniendo una risilla. Me la estaba jugando, pero bien.

Tina me lanzó otra de sus miraditas.

—¿Y si no funciona y empiezo a envejecer, y Toruch ya no me desea y…?

Me planté delante de ella con los brazos en jarras.

—Escucha, McPhee, te lo dije: era tu destino, tanto como el mío, acabar en Nemea. Así que, si yo me he convertido en barog, te aseguro que ese lago podrá concederte una vida larga y saludable.

Este planeta tiene rincones sagrados y está lleno de enigmas. ¡Cualquier cosa es posible!

Su expresión se iluminó y sonrió.

—¡Si es que siempre acabas convenciéndome! —Me agarró del brazo de nuevo y reemprendimos la marcha detrás de nuestros barogs.

Lansh estaba soltando una carcajada por algo que había dicho Toruch, mientras Ax trepaba de árbol en árbol y Xerx le seguía de cerca, como si fueran dos saltimbanquis. Xioh, Sulveh y Ciench charlaban mientras seguían avanzando, y Daryos y Cyrus se pusieron a echar una carrera por el sendero, para ver quién llegaba antes al lago.

Lorna y yo nos unimos al grupito de mujeres y seguimos caminando hasta que, al fin, el hermoso lago de aguas esmeraldas nos dio la bienvenida.

Era uno de los lugares más espectaculares que había visto en mi vida, y aunque me traía algunos recuerdos terribles de la cacería, aquello había quedado ya atrás. Cyrus era un rey honorable en el que ahora confiaba plenamente. ¡Cómo habían cambiado las cosas!

—Ven, preciosa —dijo Toruch, acercándose a nosotras y cogiendo a Lorna de la mano—. Nos meteremos en el lago para consagrar nuestra unión. Estoy seguro de que los dioses nos bendecirán por todo lo alto —dijo guiñándole un ojo.

La condujo hacia una de las piscinas naturales y, tras desnudarla y quitarse el taparrabos, la ayudó a entrar. Vislumbré la expresión de placer y relajación de Lorna en cuanto se sumergió. Quise pensar que las aguas milagrosas ya estaban actuando sobre ella.

Esperaba que los dioses escucharan sus plegarias y las de Toruch, y les concedieran una larga vida juntos. Así serían muy felices… y yo disfrutaría de mi mejor amiga durante mucho tiempo.

Cada uno de los barogs se apresuró hacia su *hoa uhane*, listos para darse un bañito en ese lago miraculoso.

Sylvia y Sulveh, que habían dejado a Sonah al cuidado de Marla y Goria, se desnudaron sin despegar la mirada el uno del otro y entraron en el agua cogidos de la mano, con expresiones

rebosantes de ilusión. La cicatriz de la cesárea todavía era bien visible en el vientre de mi amiga, pero ya se había cerrado por completo. Ese era un momento muy emocionante para ellos porque, al fin, sellarían su unión.

Por su parte, Susi y Ciench parecían estar superando la década infernal que habían pasado separados. Me emocioné al ver sonreír a mi amiga mientras abrazaba a su imponente barog en una de las piscinas.

Jenny, Emi y Tina disfrutaban ya de las aguas frescas y relajantes junto a sus parejas cuando mi barog se acercó a mí.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día, *hoa uhane*, o vamos a gozar del lago juntos? —dijo, alzando las cejas oscuras.

Sus ojos disparen resplandecían como gemas preciosas a la luz del sol. Una, verde esmeralda, que competía con la belleza del lago mismo; y otra, topacio azul cielo, que ahora sabíamos bien de dónde procedía…, pero que no por ello me gustaba menos.

—Démonos un chapuzón juntos, amorcito —dije, despojándome del vestido y tirando de la cuerda de su taparrabos hasta dejarlo en pelotas.

—Mira que eres hermosa —dijo contemplándome embobado, algo que, por cierto, solía hacer muy a menudo.

—Y tú, mira que eres atontao, amorcito mío.

Soltó una carcajada y, cogidos de la mano, corrimos hasta la piscina más cercana y nos sumergimos.

Amparados por los juncos que delimitaban las piscinas, practicamos unas cuantas guarradas que nos moríamos por hacer. Vaya, que se la chupé hasta dejarlo seco y, después, me senté en su regazo y follamos como posesos, intentando no ser demasiado escandalosos. A juzgar por las miraditas que Emi y Jenny me lanzaron luego, apuesto a que no lo conseguimos.

¿Y qué culpa tenía yo de que mi barog me hiciera el amor como un salvaje, rugiendo como un animal y haciéndome gemir como una condenada?

Tras el baño, comimos todos juntos en un pequeño claro cercano a las chozas y pasamos la tarde retozando, descansando, charlando… Fue un precioso día, en el que las risas llenaron ese

paraje de la selva, como si floreciera de nuevo la pequeña aldea que antaño se erigía a orillas del lago esmeralda.

Quizás con el tiempo, volveríamos a construirla, borrando así para siempre los malos recuerdos, el dolor y la desesperanza que una vez asolaron el lugar.

La paz reinaba ahora en Nemea, y el rey, el príncipe y todos sus amigos se encargarían de mantenerla para siempre.

Y por supuesto, nosotras les ayudaríamos.

Nemea era nuestro paraíso.

61 LA PENDIENTE DE LAS ROCAS… OTRA VEZ
DARYOS

—¿Estáis seguros de esto? —preguntó Xioh por enésima vez mientras miraba la pendiente de las rocas con el ceño fruncido.

—Será divertido, cariño. ¡Como en los viejos tiempos! —dijo Lansh sonriendo y rodeándole los hombros con el brazo.

—No sé yo. Lo más probable es que alguno termine despeñándose y acabemos el día en la posada suturándole el cráneo —dijo Xioh, riéndose.

—Vamos, sanador, no seas aguafiestas. ¿Dónde se ha quedado tu espíritu aventurero? Cuando éramos unos mocosos, eras uno de los primeros de la fila —bromeó Ax.

—Supongo que, a mis treinta y tres, prefiero tener una tarde tranquila, en lugar de pasarla remedando vuestras heridas.

—Venga, hermano, correré a tu lado. Será divertido —dijo Xerx, dándole una palmadita en la espalda.

Xioh puso los ojos en blanco.

—Eso no lo dudo. Sabéis que siempre me apunto a lo que sea. Pero cuando os clave la aguja, que no se diga que no os avisé.

Siguieron bromeando mientras Cyrus, de pie en el borde de la pendiente, la observaba con atención.

—¿En qué piensas, hermano? —pregunté, colocándome a su lado.

Lo cierto era que, incluso ahora, siendo ya adultos, la pendiente impresionaba. Ni siquiera sé cómo me lancé sin pensarlo cuando no era más que un adolescente. Callie tenía razón: a veces era un poco descerebrado y muy imprudente.

—En lo mucho que deseaba ganar la carrera ese día —dijo, soltando una carcajada.

—Y yo te lo arruiné y te privé de la gloria. Menudo hermano de mierda estoy hecho —dije riéndome.

Me rodeó los hombros con el brazo. Cyrus era el mejor hermano mayor del mundo y, desde que sabíamos que solo lo éramos por parte de madre, no me había hecho sentir diferente ni un solo instante.

—No te preocupes, D. Pienso ganar esta vez. Así que prepárate y procura no abrirte la cabeza, porque esta vez no me detendré.

—Vas a ir a por todas, ¿eh, C?

—No lo dudes.

Nos reímos y bromeamos, hasta que, al fin, Ciench nos pidió que nos colocásemos en la línea de salida, es decir, el filo de la pendiente. Toruch y Sulveh controlarían la carrera y, por supuesto, que ninguno de nosotros seis hiciéramos trampas.

—¡Preparados, listos, ya! —gritó nuestro amigo.

Nos lanzamos por la pendiente, saltando rocas y acelerando como los barogs aventureros y salvajes que éramos.

Volamos montaña abajo con mucha más pericia que la que teníamos la primera vez que participamos en la «rompehuesos».

Y por supuesto, Cyrus ganó al fin la carrera de la pendiente de las rocas.

62 LA GRUTA DE LA PROFECÍA
JENNY

—Este lugar es impresionante, Xerx —dije con los ojos abiertos de par en par, escrutando la gruta.

Era mucho más sencilla de lo que había imaginado, pero desprendía un halo enigmático, casi místico, que se palpaba en el aire.

—Estoy de acuerdo. Soñaba con tener libre acceso para estudiar los símbolos y los archivos de los ancianos, pero, hasta hoy, nos estaba completamente vedado.

—Aquí se encuentra todo el conocimiento de tu especie, ¿verdad?

—Eso me ha dicho Sulveh, pero ni siquiera él sabe exactamente lo que contiene la gruta. Tan solo se les permitía el acceso de vez en cuando, en las raras ocasiones en que Ooris así lo requería. De todos los ancianos, era el que más tiempo pasaba en este lugar.

—Os colasteis una vez aquí, ¿no es cierto?

—Fue hace mucho tiempo. Nos cayó una buena. —Se rio entre dientes.

Me reí también. Esos seis barogs inseparables habían sido un poco gamberros. Pero todos tenían muy buen corazón, eso era indudable.

—El altar está labrado con los mismos símbolos que la roca negra, las columnas de la zona prohibida y esa otra piedra que encontramos cerca del desfiladero, ¿recuerdas? —dije.

Al fondo de la gruta, se alzaba un altar parecido al que había en la sala de los tronos de los ancianos, aunque más sencillo. En la pared sobre él, había una tosca pero bella representación de la espalda de un barog con una espiral dibujada. A su lado, una mujer, trazada con líneas simples, lucía la misma espiral. Todo allí dentro era mucho más austero que el templo y estaba envuelto en una atmósfera de misterio.

Xerx asintió. Estaba sentado en un banco de cuarzo rosado pegado a la pared, pasando las hojas de papiro de un cuaderno antiquísimo. Parecía que fuera a deshacerse con solo mirarlo.

—No sé cómo lograremos descifrar los símbolos. No he encontrado en ningún sitio una correspondencia con el alfabeto de nuestra lengua antigua. Sin eso, será muy complicado —dijo.

—Seguiremos buscando. Todavía nos quedan muchos cuadernos de esos por examinar, además de tablillas de cuarzo y madera.

Alzó el rostro y clavó sus impactantes ojos anaranjados en los míos.

—Por supuesto, amor mío. Los revisaremos todos. Juntos tú y yo. Tenemos tiempo de sobra por delante para conseguir averiguar cómo funciona ese idioma desconocido —dijo, sonriéndome con la mirada iluminada de ilusión y ternura.

¡Cuánto amaba a ese barog!

La vida con él estaba resultando ser fascinante. ¡No había un solo segundo que me aburriera! Realmente, éramos almas gemelas, ávidas de conocimiento. Bueno, y también de disfrutar mucho el uno del otro. Estar con Xerx era… mi paraíso particular.

—Pero ¿qué demonios…? —soltó de pronto.

—¿Has visto algo interesante, barog?

Salí de detrás del altar, me aproximé a él y me senté a su lado en el banco.

—Creo que acabo de encontrar la transcripción de la profecía en nuestra lengua antigua.

—¿La que habla de la marca de la espiral de Daryos y Callie?

—Sí, solo que, al parecer, la profecía que se nos ha dado siempre a conocer… no era la profecía completa.

Lo miré sorprendida.

—¿Hay más?

—Mucho más. Algo que… cierra el círculo. —Parecía muy impactado por su descubrimiento.

—Léemela.

Sujetó el cuaderno entre sus grandes manos y empezó a leer:

«*Cuando las dos mitades se unan y la espiral sagrada se complete al fin, los barogs se alzarán vencedores sobre sus hermanos perdidos y el pueblo volverá a ser uno, bajo la bendición de los dioses del manantial.*

Los marcados desde el nacimiento, unidos en tierras de Nemea, conducirán a su pueblo a la paz duradera y a la armonía de las especies, ayudados por los dones que les conferirá la espiral y por los guardianes del templo. Reinarán en la aldea y serán amados por su pueblo, dando paso a una nueva era y ocupando el trono del planeta… o convirtiéndose en la mano derecha del rey de la selva.

El barog de la marca no será el hijo de un rey, sino el fruto de un amor forjado en otro mundo. Un amor condenado, surgido de la luz y la oscuridad, que probará la dualidad de su alma y de su naturaleza: humana y barog.

Así, y solo así, la especie barog evolucionará tal como está escrito, sin degradarse ni envilecerse. Y avanzará hacia un futuro próspero, evitando así la extinción, que se produciría si un barog perdido venciera la guerra y ocupara el trono de Nemea».

—¿Cuándo fue escrito esto? —pregunté sorprendida, intentando procesar todo lo que acababa de escuchar.

—Según los ancianos, hace millones de años. Quizás ni siquiera los cuatro tuvieron acceso a este cuaderno. Puede que solo Ooris conociera la profecía completa. Solo se nos revelaron algunos fragmentos, ocultándonos los más esclarecedores. ¡Hay tantos detalles en este texto! Está hablando de Daryos, Callie, Ux, la especie barog…

—Hemos de contárselo a Cyrus y Daryos. Es increíble que todo estuviera escrito. Apenas puedo creerlo, pero encaja punto por

punto.

—Espera, Jen, mira esto.

Debajo de cada línea de la profecía, escrita en lengua antigua, había otra línea de símbolos muy tenue. Eran similares a los que habíamos ido encontrando en distintos lugares del planeta, incluido el templo.

—Si estos símbolos corresponden a las palabras que están encima, ya tenemos la equivalencia que necesitamos entre ambas lenguas. ¡Podríamos descifrar todos los textos! —dije emocionada.

—¿Has visto la marca al final de la profecía? —Me la señaló con el dedo. Eran dos pequeñas alas desplegadas, idénticas a las que habíamos visto grabadas en la roca cerca del desfiladero.

Pasé los dedos por encima, fascinada.

—¿Crees que la escribieron los seres alados? ¿O vuestros dioses? ¿O tal vez esas *aninfs* antiguas? Los símbolos que hemos visto en distintos lugares son similares, pero puede que no idénticos. Quizás no todos fueron hechos por la misma gente. Tal vez…

Habíamos hablado muchas veces de todo eso, pero las dudas y las incógnitas seguían ahí.

—No lo sé, Jenny. Cuando regresemos a la aldea, iremos directos a hablar con el rey y el príncipe. Si conseguimos averiguar el significado de los jeroglíficos, puede que descubramos otros secretos sorprendentes en el templo y en esta gruta —dijo con entusiasmo. El resplandor en sus ojos se había intensificado.

—Lo estoy deseando. ¡Seguro que los descubriremos todos! —exclamé. Yo tampoco podía contener la emoción.

Me sonrió, se inclinó hacia mí y me besó de ese modo que convertía mis piernas en gelatina.

Y continuamos leyendo. Nos quedaba mucho trabajo por delante… e íbamos a disfrutarlo al máximo.

No había mejor compañero de pesquisas que mi barog.

63 EL SER ALADO
PENNY

Tras varios días vagando por esa tierra hermosa y desconocida, al fin elegimos un lugar en el que asentarnos. Se encontraba a orillas de un lago, cuyas aguas me recordaban al lago esmeralda cercano a la aldea. Era mucho más pequeño y no tenía piscinas naturales, pero estaba bordeado por altas cañas de bambú, y palmeras rebosantes de dátiles y piñas enanas. Arbustos espesos cargados de bayas y algunas rocas de cuarzo negro circundaban el pequeño enclave, protegiéndolo de posibles grandes depredadores.

Sentarme a orillas de ese nuevo lago me transmitía una calma parecida a la que experimentaba en la aldea pequeña, cuando contemplaba la superficie del agua durante horas y dejaba que la desesperación se apaciguara dentro de mí para poder soportar a Gushia un día más.

Ux y yo nos sumergíamos allí cada día. Quería pensar que esas aguas habían sellado nuestra unión, del mismo modo que lo hacía el lago esmeralda con cada pareja de vida.

Las primeras noches, dormíamos al raso sobre un lecho de hojas de palma que él preparaba o directamente sobre la arena fina que formaba una playa estrecha. Al amparo de la oscuridad, bajo el bello manto de estrellas de Nemea, escuchábamos los rugidos y chillidos que proferían extraños animales. Ni siquiera Ux, con toda su sabiduría y siglos a sus espaldas, era capaz de identificar algunos de ellos.

Cada noche, encendíamos una pequeña hoguera y asábamos los animales que él había cazado y que yo ayudaba a despellejar y cocinaba. Usaba especias conocidas y también otras que solo crecían en esa zona, que le daban un sabor y aroma exquisitos al asado.

Aunque, para mí, el mejor aroma del mundo seguía siendo el olor a cuero y tormenta de Ux.

Tras la cena, hacíamos el amor al amparo de las llamas y de alguna que otra antorcha, que encendíamos y colocábamos alrededor para alejar a las alimañas y depredadores más peligrosos. Después, nos abrazábamos y contábamos estrellas hasta que nos quedábamos dormidos. Eran noches tranquilas y mágicas, en las que disfrutábamos el uno del otro y nos entregábamos a placeres inmensos y embriagadores. Ya no me quedaba ninguna duda de que Ux era mi *hoa uhane*.

A él tampoco.

Enseguida encontramos nuestro propio ritmo y formamos un buen equipo para llevar a cabo todas las tareas necesarias para nuestra supervivencia.

Por fortuna, en esas tierras abundaban los frutos y los animales, por lo que nunca nos faltaría de nada. Había un riachuelo de aguas claras y frescas que alimentaba el lago y se filtraba entre las rocas. Lo usábamos para beber, cocinar y lavarnos. El agua más deliciosa que había probado nunca.

En pocas semanas, construimos una gran choza con todas las comodidades que pudimos reunir. Cuando terminamos la techumbre, lo celebramos asando un rino enorme que Ux había cazado al amanecer. Laminaríamos la carne, la salaríamos y la pondríamos a secar para que nos durara mucho tiempo. Aunque a menudo vislumbrábamos manadas de rinos, y las serpientes, lagartos y peces comestibles eran también abundantes, era mejor ser precavidos. Desconocíamos todavía la rutina de la fauna en esa zona.

Así pues, con el tiempo, fuimos creando nuestro hogar, que pronto se llenó de risas y complicidad.

—Soy muy feliz, Penny —me dijo una vez, con esa voz ronca que yo adoraba, tumbados en nuestra cama.

La choza tenía una ventana por la que contemplábamos la pareja de lunas, cuyo resplandor verdoso se colaba hasta el suelo de madera, formando dibujos llenos de luces y sombras.

—Yo también, amor mío.

—Jamás pensé que llegaría a sentirme así. Es como si… me hubiera liberado de un peso enorme que me aplastaba, y oscurecía mis anhelos y mis pensamientos. Me siento libre por primera vez en toda mi vida. Libre del rencor, la ira y los deseos de venganza. Siento que estoy exactamente donde debo estar. Que este era mi destino.

Le sonreí, le agarré la cara entre las manos y le besé, poniendo en ese beso todo el amor que sentía por él. Un amor gigantesco que me recorría de arriba abajo, calentaba mi sangre y hacía bombear mi corazón.

—Te amo —dije.

—Te amo —contestó él con una sonrisa, que cada vez era más franca y menos siniestra. Todavía había vestigios de culpabilidad y tristeza en sus preciosos ojos azules, cuando el ónice ganaba terreno al celeste en sus iris. Pero cada vez se diluía más deprisa.

Aquella noche, se transformó en su forma humana y me hizo el amor hasta altas horas de la madrugada.

Di gracias a los dioses, una y otra vez, por haberme permitido quedarme a su lado. No deseaba nada más de lo que tenía. Y aunque algunas noches todavía soñaba con la aldea y echaba de menos a mis amigas, junto a mi barog era feliz.

Y lo sería hasta que la muerte se nos llevara a ambos, juntos, muchos siglos después.

Dormía plácidamente cuando sentí su mano sobre mi boca, tapándola con suavidad. Al abrir los ojos, empezaban a despuntar los débiles rayos del amanecer.

—Shhh, tienes que venir a ver esto, Penny. Está junto al lago.

Sus ojos rebosaban emoción, así que me enfundé el sencillo vestido que yo misma había confeccionado, similar a los de Susi, aunque no tan bonito ni bien acabado, y lo seguí fuera de la choza.

Tras andar unos pasos, me quedé petrificada.

De pie en la orilla del lago, contemplando la superficie del agua, ya dorada por los primeros rayos del amanecer, había un ser de rasgos y proporciones muy similares a los machos humanos y de una belleza arrebatadora. Tenía una melena oscura ondulada hasta los hombros… y dos alas enormes del mismo tono, completamente

extendidas, recubiertas de plumas grandes y suaves. Su torso musculoso estaba desnudo y libre de tatuajes, y la mitad inferior de su cuerpo se cubría con un extraño pantalón ajustado desde la cintura baja hasta las pantorrillas, de un tono beis arena.

Ante nuestros ojos desorbitados, se agachó a beber agua y lavarse la cara y, tras unos segundos, se irguió de nuevo.

Se giró un solo instante y sus hermosos ojos nos atravesaron el alma. Esbozó media sonrisa extraña, distante, mientras agitaba la mano a modo de despedida.

Se dio la vuelta y caminó hacia la espesura de la selva, donde desapareció de nuevo. Unos segundos después, algo se agitó entre las copas de los árboles y vislumbramos cómo se alejaba hacia el firmamento, batiendo sus enormes alas.

—¿Eso era… un ser alado? —pregunté con la voz entrecortada.

—Eso creo, Penny. Parece que las leyendas eran ciertas. Tal vez los ancianos no nos mintieron por completo.

Asentí, con la vista todavía clavada en el punto por el que ese ser se había alejado volando.

Aunque era muy hermoso, algo en él me produjo desasosiego.

—¿Crees que era uno de vuestros dioses? —pregunté.

—No me ha dado esa impresión. Creo que ese ser es tan mortal como nosotros. Había algo en él que me ha hecho desconfiar. Aunque no tengo ni idea de por qué. Ha sido solo una sensación. —Se frotó el centro del pecho.

Asentí, porque yo me sentía exactamente igual.

Ux me cogió de la mano y regresamos a la choza a preparar el desayuno para comenzar el nuevo día.

Por el momento, guardaríamos esa increíble historia para nosotros. Y si alguna vez volvíamos a ver a alguien de la aldea, se la contaríamos por si podía serles útil.

Como cada día, las charlas y las risas dominaron nuestro humilde hogar. Y pronto ese encuentro con el ser alado no fue más que otra leyenda que alguien contaría a los futuros barogs alrededor de la hoguera.

64 HABLEMOS UN RATO
DARYOS

La zona inexplorada, Nemea, ciento diez años después

Me senté junto a Sonah en el suelo entre las dos grandes columnas de cuarzo negro, tal como veníamos haciendo una vez al mes desde hacía algún tiempo.

Ninguno de los dos había perdonado a Ux por las atrocidades cometidas en el pasado, pero habíamos acordado charlar un rato con él cada vez que acudíamos allí a buscar a los pequeños para llevarlos unos días a la aldea. Nuestros hermanos, hijos de Ux y Penny, no debían pagar por sus pecados.

—Mi padre sigue odiando que venga aquí —dijo Sonah, con la mirada clavada al frente.

Nunca lo reconocería, pero yo sabía que él ansiaba en secreto la llegada de este día. Le gustaba hacer la excursión conmigo hasta la zona prohibida y conversar un rato con nuestro padre biológico. Y, francamente: yo también lo esperaba con ganas.

—Sulveh tiene buenas razones. Ya sabes todo lo que hizo Ux en el pasado a nuestras familias y a toda la aldea. Hay heridas que ni siquiera el tiempo puede curar —le dije.

—Lo sé, D, pero me gustaría que me apoyara un poco más en esto, aunque le comprendo. ¡Por supuesto que sí!

—Accedió a alojar a nuestros hermanos en su casa y a cuidar de ellos mientras están en la aldea. No podemos pedirle más.

—Tienes razón. Se porta muy bien con ellos. Casi… como si también fuesen su familia.

—Sulveh es un gran barog. Aún recuerdo el momento en el que te vio por primera vez en los brazos de tu madre. No dudó ni un

instante en acogerte y considerarte su hijo.

—Es un gran padre.

Nos quedamos en silencio, aguardando la llegada de Ux. Pronto sus pasos retumbaron en el sendero que conducía hasta la entrada y su figura enorme se recortó contra la luminosidad del sol radiante de Nemea.

A cada lado, cogidos de su mano, caminaban nuestros hermanitos, los gemelos de apenas seis años. Dos terremotos que se parecían demasiado a mí cuando yo tenía su edad.

Uno de los dos, Golx, era temerario y divertido, siempre dispuesto a cualquier aventura que se le pusiera por delante.

El otro, Silx, era un poco más calmado y prudente, tan astuto como su padre, aunque también un valiente intrépido.

Y a ninguno de los dos se le escapaba un solo detalle de cuanto los rodeaba.

Nada más vernos, se soltaron de la mano de su padre y corrieron hacia nosotros. Se lanzaron sobre Sonah y sobre mí como dos leones cachorros, juguetones y alocados. Tampoco distaba mucho de la realidad.

Silx tenía los ojos color avellana, en los que predominaba la mezcla del azul luminoso de su padre y el tono miel de su madre. Golx los tenía del color de Penny, pero rodeados de un círculo de ónice, como el de Ux. Ambos tenían el cabello oscuro y las colas largas y fuertes. Aunque no eran gemelos idénticos, sus facciones se parecían bastante.

No pude evitar sonreír en cuanto chocaron con nosotros y empezaron a parlotear. Solían explicarnos atropelladamente todo lo que habían hecho y descubierto en nuestra ausencia. Y cuando acababan con eso, entonces empezaban a acribillarnos a preguntas sobre la aldea y nuestras aventuras.

—Venga, gamberros. Esperadnos ahí junto a Enzo y Azax. Enseguida nos vamos —les pedí con una sonrisa.

En cuestión de segundos estaban intentando trepar a lomos de nuestros leones, mientras estos resoplaban y aguantaban estoicamente los tirones que les daban en el pelaje para sujetarse. Suerte que mi pobre Enzo estaba acostumbrado, porque sus

cachorros le hacían lo mismo a diario. La camada de felinos que había tenido con Bazzeila eran tan movidos como mis hermanos pequeños.

—Daryos, Sonah, una alegría veros de nuevo, hijos míos —dijo Ux al aproximarse. Se sentó en el suelo frente a nosotros, no demasiado cerca para respetar nuestro espacio—. ¿Cómo van las cosas por la aldea?

—Como siempre, Ux. El templo nuevo suele estar bastante concurrido al atardecer, seguimos teniendo leones de tierras lejanas merodeando de vez en cuando por ahí y algunos *llitops* parecen haber acampado definitivamente en los arbustos de alrededor. Nada nuevo respecto al mes pasado —expliqué.

—Eso está bien. Significa que la paz y la prosperidad se han instalado entre vosotros.

Me mordí la lengua para no soltarle algo como «eso es gracias a que tú estás desterrado y bien lejos». Apostaría a que Sonah pensó algo parecido. Ninguno de los dos mencionó nada de eso.

—Cyrus ha dicho que los peques podrán participar hoy por primera vez en la noche de la hoguera.

—Es una gran noticia, Daryos. Será muy emocionante para ellos.

—Los vigilaremos de cerca. Ya sabes cómo pueden ser de revoltosos ese par —comentó Sonah.

Ux soltó una carcajada.

—Menos mal que estarán en buenas manos. No podrían tener unos hermanos mayores mejores que vosotros.

El elogio me caló hondo, pero me esforcé por no dejarlo traslucir. Aun así, los ojos de Ux brillaron. ¡Al muy cabrón no se le escapaba una!

—¿Hoy no viene Penny?

—Ha decidido quedarse nadando en el lago y luego… aprovecharemos el día juntos. Desde que nacieron los peques, apenas tenemos un segundo de tranquilidad. Ya lo veréis cuando os llegue el momento —dijo soltando una carcajada—. Me ha pedido que os diga que saludéis de su parte a todas sus amigas, ya sabéis.

Y que pronto viajará a la aldea para pasar unos días con ellas. Disfruta mucho de esas estancias.

Sonah y yo asentimos.

—Se lo diremos. Seguro que sus amigas esperan con ansias su visita.

Nos pusimos en pie, dispuestos a marcharnos. Sabíamos que él deseaba hablar más rato con nosotros, y a veces hacíamos el esfuerzo y conversábamos sobre esto o aquello. Nos había expresado repetidamente sus deseos de conocernos mejor y formar parte de nuestras vidas, aunque fuera desde la distancia la mayor parte del tiempo.

Sonah y yo aún éramos bastante reticentes, aunque no podíamos negar que también sentíamos curiosidad por nuestro padre. Ux era un barog inteligente y lleno de historias fascinantes que contar, pero todavía nos costaba ignorar todo el daño que había causado. Así que, en ocasiones, nos quedábamos un buen rato y, en otras, apenas unos minutos para saludarnos e intercambiar algunas frases de cortesía.

—¿Habéis visto algún otro ser alado? —preguntó Sonah de pronto, cuando ya nos íbamos.

Ux negó con la cabeza.

—Nunca desde aquella primera vez. He recorrido la zona de extremo a extremo muchas veces en su busca, pero nada. A veces, Penny y yo pensamos que tan solo fue un espejismo.

Tras algunas palabras más, nos despedimos y nos reunimos con nuestros hermanitos, que ya se habían instalado a lomos de los pacientes leones. Estos se irguieron sobre sus cuatro patas, resignados a llevarlos durante toda la travesía, tal como solía suceder.

Y así, emprendimos la marcha de regreso a casa.

Cuando ya nos adentrábamos en la espesura, me giré un instante para mirar a mi padre. Él seguía ahí de pie, inmóvil entre las columnas, contemplándonos mientras nos alejábamos. Había emoción en su rostro.

Nuestros ojos se encontraron una última vez y ambos agitamos la mano a modo de despedida.

Lástima que mi padre fuera un monstruo. De no ser así, me habría gustado conocerle de verdad... y puede que hasta hubiese acabado apreciándolo.

65 EL PORTAL
CALLIE

Manhattan, Nueva York, La Tierra, octubre de 2224

—Buenas tardes, bienvenidas. Por favor, pasad por la mesa de recepción antes de entrar en el auditorio —dijo Emi con su sonrisa luminosa y todos sus rizos dorados recogidos en un perfecto moño.

Pero no era a ella a quien las mujeres que llegaban contemplaban con la boca abierta o echaban miraditas de reojo mientras se ruborizaban. Porque era Ax, de pie a su lado en la entrada, quien acaparaba todas las miradas. Se había recogido la melena en una coleta baja e iba enfundado en unos vaqueros azules y una camiseta blanca marcando cuerpazo. Todos los barogs que habían cruzado el portal llevaban el mismo atuendo. Y el asunto estaba funcionando.

¡Vaya que sí!

Nuestra sesión informativa para solteras con ganas de encontrar al hombre de su vida estaba atrayendo a más gente que un concierto de la desaparecida Ariana Grande.

En cuanto las interesadas entraban por la puerta del auditorio que habíamos alquilado para la ocasión, y tras pasar junto a Ax y Emi, llegaban hasta Xerx y Jenny, que les entregaban los folletos de bienvenida con los detalles del evento. Más de una se quedaba mirando a Xerx embobada, extasiada por sus ojos anaranjados, su pelo negro y rojo, y todos esos músculos despampanantes. ¡Por no hablar de los tatuajes que asomaban bajo las mangas!

Tras pasar por ellos, las jóvenes que se aventuraban en esta nueva experiencia —que prometía ser mucho más eficaz que la antigua aplicación de Tinder— llegaban a la mesa de recepción. Allí,

Lansh y Xioh, con sus pintas de *latin lovers* buenorros, les desintegraban las bragas con la primera sonrisa.

Mis amigos les entregaban una bolsita con diversos suvenires típicos de la «aldea del norte», muy al norte, en la que se celebrarían los encuentros entre solteros. Tarros de jabones de esencias naturales de Nemea, panecillos de colores envasados al vacío, velitas aromáticas en forma de bayas, pequeños peluches de *llitop* o unas libretitas de papiro decoradas con una palmera en la portada eran algunos de los regalitos que habíamos incluido.

Una vez entraban en la sala, Silx y Golx les ofrecían una copa de licor de moras. Después, Daryos, Sonah, Toruch y yo las acomodábamos en los asientos, todos de terciopelo verde y decorados con guirnaldas de flores exóticas. ¡Habíamos preparado un gran despliegue!

En el escenario, Tina y Cyrus aguardaban de pie a que la sala se llenara para poder empezar su presentación.

—Esas de ahí no te quitan ojo, amorcito. Ya te digo yo que estás triunfando —solté, alzando una ceja en dirección a mi flamante barog en forma humana.

—Lástima que yo no esté en el catálogo, mi preciosa *hoa uhane*. —Me agarró de la cintura, me atrajo hacia su cuerpo y me plantó un beso que casi me hace gemir allí mismo. Me costó mucho contenerme.

Varias mujeres nos miraban con los ojos como platos. ¡No babeaban de puro milagro! Había una morena, una pelirroja y una rubia que no les quitaban ojo a mis tres cuñados. No podía culparlas: Sonah, Golx y Silx eran unos auténticos bombones.

—¿Has visto eso, Imma? Yo quiero uno así.

—¿Qué si lo he visto, Elvi? Casi salto de la silla, aparto a esa de un empujón y le meto la lengua al morenazo hasta la campanilla. ¡Por Dios, qué calor!

—Mirad aquel de allí —dijo otra observando a Sonah, que se pavoneaba frente a todas como un gallito—. ¡Menudos ojazos azules tiene!

—Querrás decir, Isabelle, menudo culazo —dijo una tal Rose.

Todas llevaban un cartelito con el nombre pegado en la camiseta. Me estaba desternillando con sus comentarios.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Pero estos tipos son reales? ¿Dónde demonios se han estado escondiendo?

—Respira, Marybelle, no vaya a darte un desmayo y te pierdas la función —dijo una tal Goyaz.

—¿Habéis visto ese del escenario? ¡Qué ojos y qué manos y qué bíceps! Imaginaos los glúteos que debe de tener. De estos no hay por aquí, ¿eh, chicas?

—Siento decirte, Gemma, que ese está cogido por la morenaza que está junto a él. Cuidadín, que parece que quiere sacarnos los ojos —dijo una llamada Kyrian.

—Pues yo me pido ese par que sirve las bebidas. Lo que me gustaría agarrarme a esas melenas mientras los tengo encima.

—Hala, ya estás tú acaparando, Rochío —dijo una tal Beatrice —. La verdad: a mí no me importaría tenerlo encima, debajo o detrás. Mientras esté bien pegadito a mí…

Todas soltaron una carcajada.

Eran jóvenes, muy guapas y con ganas de encontrar al amor de su vida… y de mucha fiesta. ¡Eran perfectas! Ese grupito en particular, parecía destinado a Nemea.

Por un instante, sus bromas me recordaron a Lorna. ¡Cómo la echaba de menos! Mi mejor amiga había vivido casi 180 años. No cabía duda de que las aguas sagradas del lago esmeralda obraban milagros en cualquiera que se bañara en ellas. Por desgracia, al no ser una descendiente, su existencia no se había ligado a la de Toruch, y lo había dejado solo hacía unos sesenta y cinco años. Tras su muerte, Toruch se había marchado en soledad una temporada a recorrer el planeta

Al regresar, seguía siendo el barog afable, sarcástico y de buen corazón de siempre, solo que su alegría y viveza se habían apagado un poco. Ni siquiera quería cruzar el portal, pero entre Ciench y los demás lo habían convencido.

Rezaba a los dioses para que encontrara a su *hoa uhane* entre todas esas bellas damas. Toruch era uno de los mejores y se

merecía ser feliz de nuevo, aunque tal vez nunca lograra superar a su Lorna del todo.

Yo tampoco. No había día en que no la echara de menos.

Semanas antes, Xerx y Jenny habían hecho un listado con todas las descendientes que los barogs que habían cruzado el portal habían ido detectando por las zonas del país por las que habíamos pasado.

Junto a los barogs jóvenes en edad de vincularse y a algún otro mayor que no se había emparejado en la apertura anterior del portal, habíamos venido también nosotros como comité organizador del evento. Se me había ocurrido la idea dos siglos atrás y la habíamos ido puliendo hasta montar el tinglado que teníamos ahora delante: una convención para descendientes solteras, con ganas de marcha y aventuras trepidantes.

En esta ocasión, nada de raptar humanas y llevarlas a la fuerza a Nemea. Ahora, solo aquellas que eligieran voluntariamente venir cruzarían el portal.

No tenía ni idea de si mi plan funcionaría, pero viendo cómo se comían a los barogs con los ojos, apostaba a que iba a ser un éxito rotundo.

Por supuesto, habría un par de detallitos «sin importancia» que les serían revelados después, al llegar a la aldea. Como eso de que Nemea era otro planeta, y no una aldea paradisíaca en mitad de una isla tropical, o eso de que los hombres buenorros desplegados por la sala eran algo más que simples humanos. Detallitos insignificantes, o eso me repetía a mí misma para no sentirme tan culpable. Al menos, no habría secuestros, ni cacería, ni uniones a la fuerza. Los barogs solteros deberían esforzarse por conquistarlas, tanto aquí como una vez las mujeres estuviesen en Nemea.

—¡Por poco no llego, chicas! ¿Me habéis guardado sitio? —dijo una descendiente que se apresuraba entre los otros grupos para llegar hasta el de las dicharacheras, instaladas en primera fila.

—¡Aquí, Agatha! Te hemos guardado uno entre Elvi y yo —dijo Imma, que era todo un terremotillo—. ¿Has visto a todos esos buenorros? ¡Dios, qué calor!

Las observaba con discreción mientras acomodaba a las que iban entrando en la sala y me reía por lo bajo. ¡Casi me senté con ellas a cotillear! Podría contarles muchas cosillas interesantes de esos «hombres» a los que no quitaban ojo.

—¿No salías hace dos horas? Por poco te lo pierdes —dijo Elvi.

—El imbécil ese de mi jefe me ha tenido embotellado zumo de naranja para un catering que tiene que servir en una de las mansiones a orillas del río. ¿Es que nadie se come ya la fruta tal cual? —Agatha resopló.

—A esos pijos les gusta todo bien desinfectado y envasado. Pero los médicos dicen que hay que volver a los hábitos de consumo de nuestras tatarabuelas o nos quedaremos sin defensas —explicó Elvi.

El mundo había cambiado mucho en esos doscientos años, pero bastante menos de lo que esperaba. Al parecer, los robots, la IA y los alimentos sintéticos habían perdido fuelle en las últimas dos décadas, y muchos estaban volviendo a los hábitos de vida anteriores. La ropa del siglo XX y XXI volvía a estar de moda y había una amplia corriente de población que había renunciado al uso de la tecnología y se había ido a vivir al campo o al bosque.

Aun así, habían pasado muchas cosas, unas terribles y otras magníficas, y existían nuevos inventos que jamás comprendería. Por fortuna, toda esa amalgama de tendencias nos había ayudado a integrarnos durante esas semanas más rápido de lo que esperábamos y a pasar desapercibidos.

Me alegraba de estar de nuevo en la Tierra, aunque fuera por un periodo corto de tiempo, y sentía cierta nostalgia. Sin embargo, por extraño que pueda parecer, ese lugar ya no era mi hogar. Mi casa estaba en Nemea. Además, ya no quedaba nadie de mi familia ni amigos a quien visitar. Por desgracia, todos habían muerto mucho tiempo atrás.

Una manita pequeña y regordeta tiró de mi vestido hacia abajo.

—Maa, ¿cuándo tomaremos esa tarta de chocolate que me has prometido? —dijo mi hija, observándome con sus ojos enormes

e inquisidores. Uno, verde esmeralda; el otro, color avellana.

Me agaché hasta colocarme a la altura de su preciosa carita, una mezcla perfecta de su padre y de mí.

—Te lo he dicho, Tatis. Será cuando acabemos esta reunión —le dije con dulzura.

Se cruzó de brazos sobre el pecho y frunció el ceño. Con cinco añitos, la muy gamberra era de armas tomar.

—¿Y cuándo acabará?

—Pues falta solo un ratito. Tus tíos tienen que hablar un rato desde ese escenario de ahí —dije señalando a Cyrus y Tina—, después Ax y tus otros tres tíos harán un poco el payaso delante de todas estas mujeres y ya podremos irnos.

—Venga, mamita, a ti y a mí no nos necesitan. El tío Cyrus y paa saben apañarse solos. Vamos tú y yo a por esa tarta —dijo la muy zalamera, poniéndome ojitos.

Era igual de conquistadora y traviesa que su padre.

—No puedo, cariño.

—¿Y eso por qué? —Agitó las manos delante de mi cara y sus coletas se mecieron en el aire. Tenía el pelo tan negro como Daryos, lo que resaltaba la luminosidad de sus sorprendentes ojos.

—Porque, en realidad, no pueden hacer nada sin mí —dije sonriéndole, tocándole la punta de la nariz con el dedo.

Ella puso los ojos en blanco, exactamente como hacía yo.

—Siéntate ahí junto a Cienchy Susi. Cuando acabemos, te llevaré a comer no solo una tarta de chocolate, sino también de manzana. ¿Qué me dices?

—¡Mmmm! ¡Me encanta! ¿Y paa también querrá tarta?

Solté una carcajada.

—Tatis, tu padre adora las tartas. Nos conocimos comiendo pastel de chocolate.

Ella sonrió enseñando los dientes, me abrazó el cuello con esa fuerza desmedida que tenía y me babeó la mejilla con sus besos. ¡Lo mejor del mundo! La quería tanto que a veces creía que me explotaría el corazón de tanto amor que sentía por ella y por el descerebrado de su padre.

La llevé de la manita hasta su silla y se acomodó allí. Ciench y Susi le sonrieron y ella les devolvió la sonrisa con ese encanto natural que rebosaba mi niña.

—Si me aburro, maa, ¿puedo transformarme?

Palidecí. ¡Era tan cabezota como Daryos!

—No, Tatis. Ya hemos hablado de eso. Aquí no puedes transformarte hasta que estemos cerca del portal. Y aunque pudieras, en la Tierra no podemos hacer eso, ¿de acuerdo? Es el secreto de los barogs.

Ella resopló y se cruzó de brazos otra vez.

—Vale, pero cuando volvamos a casa, nos transformaremos juntas y jugaremos mucho rato, ¿sí?

Asentí, acariciándole la mejilla.

Sulveh, que había estado hablando con algunas de las jóvenes y explicándoles la belleza de nuestra isla tropical, se acercó a nosotras. Cogió a Tatis y se sentó al lado de Ciench con ella encima.

—Ve con el príncipe, Callie. Yo me ocupo de esta enanita de aquí.

—Yo no soy una enanita como los *llitop*s.

—¿Seguro? Porque últimamente te veo mucho con ellos.

Sulveh empezó a hacerle cosquillas. Tatis se reía a carcajada limpia.

—Yo quería que viniera Naranjito, pero maa no me dejó —le explicó con ese tonito delicioso… que a veces me taladraba los tímpanos.

Puse los ojos en blanco y me encaminé hacia el escenario, donde Daryos se había unido a su hermano y a Tina. ¡La función estaba a punto de empezar! Había dejado a mi hija en muy buenas manos. Solo esperaba que no se la liara al pobre Sulveh. ¡El guardián la adoraba!

Al pasar cerca de la primera fila, eché un vistazo a ese grupito de mujeres divertidas. Todas contemplaban a Toruch como si estuvieran a punto de merendárselo crudo. El barog les hacía ojitos en plan conquistador. ¡Buena señal!

—Yo quiero a ese de la melena castaña y el mechón grisáceo. ¡Está tremendo! Tiene un no sé qué que me está poniendo a mil —dijo la tal Agatha. Entre bromas y miraditas descaradas, montaron un buen alboroto.

Otra, llamada Tamara, añadió:

—Pues yo me pido uno de los morenazos; me conformo con cualquiera de ellos. —Suspiró un par de veces.

Decidido: estaba deseando que esas mujeres vinieran a Nemea. ¡Encajarían allí a la perfección!

Cuando superaran el susto inicial, que era inevitable, se adaptarían sin problemas.

—Hola, amor mío —le susurré a Daryos al oído, colocándome a su lado—. Mira que estás buenorro, barog.

—Y tú estás preciosa. Pienso comerte de arriba abajo y por todas partes en cuanto lleguemos al hotel.

—¿No te olvidas de algo, amorcito? —dije haciendo aletear las pestañas.

Me miró sin comprender. Gracias a los dioses, cayó en la cuenta. Pero algo tramaba, porque esbozó una sonrisa pícara.

—Lansh y Xioh se llevarán a dar un paseo a Tatis mientras nosotros… ya sabes.

—Bueno, pero primero tenemos que llevarla a tomar tarta de chocolate. Se lo hemos prometido.

—¿Y no podemos hacerlo mañana?

—¿Quieres decírselo tú? —dije alzando una ceja.

Negó con la cabeza.

—Iremos los tres a por un buen pedazo de tarta para cada uno y luego a dar un paseo por el parque. ¿Qué te parece, *hoa uhane*? —sugirió enseguida.

—Me parece un plan perfecto.

—Me muero de ganas de ver su carita cuando dé el primer bocado. ¡Para mí fue una experiencia sublime! Tatis va a flipar.

—Entonces, ¿dejamos el folleteo para cuando volvamos a Nemea? Porque ya te digo yo que la renacuaja no va a querer despegarse de nosotros, por mucho que adore a Lansh y Xioh. Y los pobres ya se ocupan bastante de ella en casa.

—Me parece bien. Puede que me explote un huevo o los dos por culpa del calentón, pero me aguantaré.

Le di un manotazo en el pectoral y él soltó una carcajada.

Tina nos lanzó una de sus miradas asesinas para que guardásemos la compostura. ¡Ni que eso fuera una convención para neurocirujanos!

La reina no nos pasaba una. Le di un codazo a Daryos para que dejara de reír y ocupamos nuestras posiciones.

Ax, Sonah y los demás ya se preparaban también cerca del escenario para lucir palmito y convencer al mayor número de descendientes posible de venirse con nosotros a Nemea. Una vez allí, participarían en la experiencia última de citas para solteros en la aldea tropical del norte. ¿A nadie se le ocurrió pensar que las islas tropicales estaban en otra dirección?

Un trueno retumbó con fuerza al otro lado de los ventanales. La tormenta empezó a repiquetear contra los cristales, y los relámpagos a iluminar el cielo de Manhattan ahí fuera.

La lluvia me transportó durante unos segundos a dos siglos atrás. Al día en que conocí a mi barog y mi mundo cambió para siempre. Ese día no lo sabía, pero mi existencia sería muy distinta a lo que había imaginado.

¡Y no la cambiaría por nada del mundo!

Xerx accionó el dispositivo de proyección, que yo no habría podido ni siquiera encender porque no tenía ni idea de cómo funcionaba, y una imagen de la cascada Wailele apareció en pantalla. Por supuesto, no era esa cascada realmente, sino una imagen creada con IA. En Nemea no había cámaras de fotos, ni móviles, ni dónde cargarlos o enchufarlos.

—Bienvenidas a la primera convención para solteras «Encuentra a tu alma gemela en el paraíso de Nemea» —empezó el rey, tal como habíamos ensayado.

Estaba todo él muy formalito con el pelo recogido en una coleta. Pero lo cierto es que, ni el peinado, ni la ropa moderna, ni nada de nada lograba ocultar el aire salvaje de Cyrus ni de ninguno de los otros.

Durante la presentación, las mujeres iban paseando la mirada entre la pantalla y los barogs buenorros, con la mandíbula desencajada y los ojos como platos. Más de una llevaba un rato abanicándose.

Sí, mi plan funcionaría. Esta vez, llevaríamos solo a las mujeres descendientes que así lo desearan. Entre el rey, el príncipe, Tina y yo les contaríamos todo cuanto pudiéramos, sin desvelar los detalles que podrían meternos en un gran lío. Esperábamos que fuese suficiente para que esas mujeres se adaptaran lo mejor posible y fueran felices en Nemea.

Tras la conferencia, habíamos organizado un cóctel para que las descendientes y los barogs empezaran a conocerse. Y antes de cruzar el portal, celebraríamos varios encuentros más.

Lo conseguiríamos. Y, si algo no salía exactamente como habíamos planeado, lo mejoraríamos para la siguiente apertura del portal.

Avancé varios pasos hacia el centro del escenario. La función acababa de empezar.



—¿Te gusta, Tatis? —preguntó Daryos, con la boca llena de tarta de chocolate.

—Está riquísima, paa —dijo ella, llevándose otra cucharada a la boca. Tenía chocolate por todas partes y estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Más que la de lima? —Ella asintió—. ¿Más que la de mango y frambuesas? —Ella volvió a asentir—. ¿Más que la de manzanas y fresas que prepara maa? —preguntó de nuevo, con media sonrisa.

Ella se quedó muy quieta, con la cuchara en la mano.

—Las dos son mis favoritas.

Nos reímos y seguimos comiendo en esa especie de cafetería con aspecto futurista. Lo mejor de todo era que estaba en el mismo lugar donde, mucho tiempo atrás, otra cafetería fue el escenario del encuentro entre mi barog y yo. ¡Qué recuerdos! Parecía tan lejano… Pero ¡jamás lo olvidaría!

Al acabar, tras devorar cada uno un enorme pedazo de tarta de chocolate y compartir uno de manzana, nos fuimos a dar una vuelta. Queríamos llevar a Tatis a ver la universidad donde ambos trabajábamos y a dar un paseo por el parque.

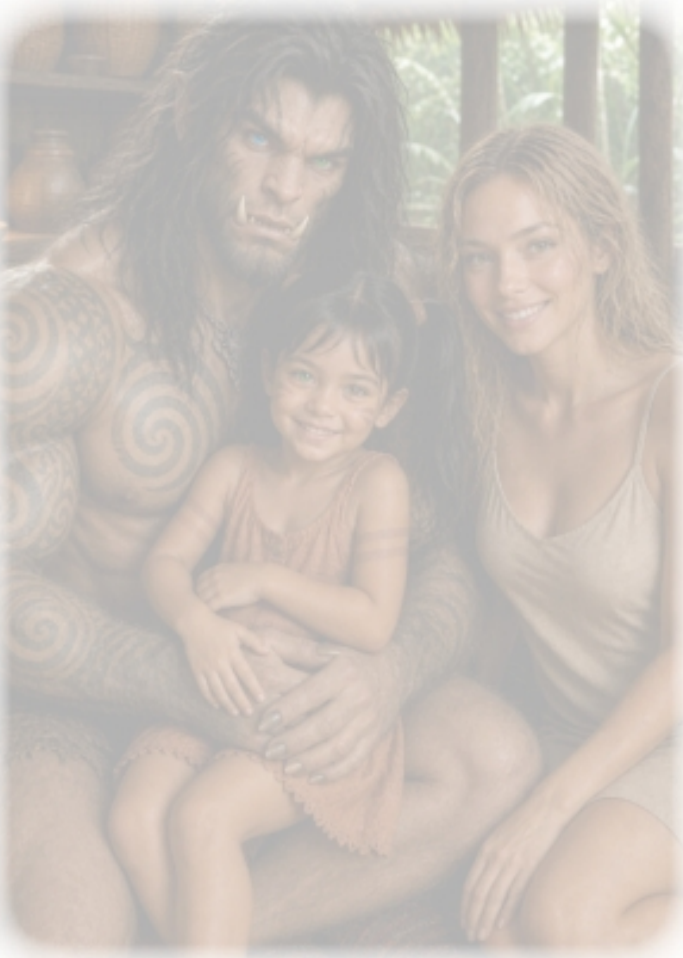
Tatis y Daryos caminaban cogidos de la mano delante de mí, charlando como cotorras y soltando una carcajada tras otra. Ella tenía que estirar el bracito hacia arriba para alcanzar la mano de su padre y él agacharse un poco.

Tenían los dos unos andares parecidos, con ese aire felino que tanto me gustaba. En el fondo, eran unos salvajes. ¡Dos barogs de pura cepa! Tatis dominaba la transformación a voluntad desde que cumplió un añito. A mí, en cambio, me costó unas décadas conseguirlo. Pero ¡lo había logrado! Y ahora me transformaba con ellos cuando me daba la gana para disfrutar de las extraordinarias sensaciones que comportaba ser una barog. Y acostarme con Daryos en esa forma era… ¡una experiencia sublime!

Aceleré el paso y me coloqué al lado de los dos amores de mi vida, uniéndome a su charla y sus bromas.

Mi existencia no podría ser más perfecta.

Y di gracias a los dioses por destinarme al mejor barog de Nemea.



66 DULCE HOGAR
CALLIE

Abrí los ojos poco después del amanecer y me estiré como una gata sobre las sábanas. Había dormido toda la noche de un tirón y me sentía llena de energías. Desde que me transformé por primera vez en barog, dos siglos atrás, me sentía mucho más fuerte y activa que cuando era una humana normalita. Bueno, ¡tampoco es que yo hubiese sido nunca demasiado normalita!

Acostumbraba a transformarme una vez a la semana como mínimo para no perder la costumbre, aunque, cuando íbamos de aventura o de caza, lo hacía en mi forma barog. Ahora dominaba el arco y el machete, pero las garras, los colmillos y la cola eran de gran ayuda cuando atravesábamos la selva, por no mencionar mi velocidad, agilidad y fuerza. ¡Eran una pasada!

Tatis cambiaba de forma varias veces al día, aunque su preferida era la barog. ¡Estaba preciosa en ambas! Cuando tenía su edad, Sonah hacía lo mismo: estabas hablando con su versión humana, te girabas un momento y, al volver a mirarlo, tenías a un barog chiquitito frente a ti.

Me di la vuelta y contemplé a mi flamante barog, que seguía dormido como un tronco a mi lado. Varios mechones oscuros le cubrían la frente mientras el tío roncaba como un rino en celo. Era guapo a rabiar, eso había que reconocerlo. Me tenía tan loquita como siempre, y eso que llevábamos ya juntos dos siglos. El nuestro era un amor de esos que no se apagan nunca. Y la pasión, ¡un volcán en continua erupción! Jamás me cansaría de él.

Su pecho musculoso y fornido subía y bajaba con cada respiración. El tío dormía a pierna suelta sin ninguna preocupación,

despatarrado como los dioses lo trajeron al mundo. Ya podría caer un meteorito en la plaza que ni se inmutaría.

Tras unos segundos, entreabrió los párpados y me miró con sus iris de distinto color.

—Buenos días, amor mío —me dijo como cada mañana en cuanto me veía.

Rodó hacia mí y me envolvió entre sus brazos, sus piernas y su cola. Empezó a cubrirme de besos y a restregar su impresionante erección matutina contra mí.

—Eh, campeón, ¿no te olvidas de algo? —le dije, devolviéndole los besos, pero manteniéndome fuera del alcance de su peligrosa, y deliciosa, entrepierna.

Se detuvo un instante y me miró confundido. No tenía ni idea de qué le hablaba.

—¿Te he dicho ya que te quiero con locura y eres la *hoa uhane* más hermosa del universo? —Su cola trepó peligrosamente entre mis muslos.

—Eh…, que sí, amorcito. Pero no es a eso a lo que me refería. ¿No está la casa demasiado tranquila?

—Ahora que lo dices…, puede que sí. Vamos a aprovechar para un polvo de buenos días, ¿qué me dices? —Me recorrió el muslo con los dedos, aventurándose bajo el vestidito de lino que acostumbraba a usar para dormir, cuando no lo hacía desnuda.

Lo aparté de un manotazo.

—A estas horas, Tatis ya suele corretear por toda la casa. ¡Esto está demasiado silencioso!

—Amor, ayer se acostó muy tarde jugando, debe de estar cansada.

—¿Hablas de nuestra hija? ¿Es que no la conoces? Esa niña duerme cinco minutos y tiene cuerda para una semana entera.

Daryos intentó alcanzarme de nuevo, pero me escabullí de la cama de un salto y me apresuré hacia los arcos que daban a la calle.

—Enzo no está, y apuesto a que el cachorro tampoco. ¡Ya es la tercera vez esta semana que desaparece sin avisar! ¡Me va a oír!

Mi barog se desperezó como un gran león, soltó un par de rugidos y se levantó. Mientras se anudaba el taparrabos alrededor

de la cintura, se me fue un poco la vista hacia sus deslumbrantes, enormes y apetitosos atributos. ¡Se me hizo la boca agua!

Consciente de que lo estaba mirando embobada y con un hambre voraz, sostuvo la prenda abierta unos segundos más y meneó el rabo. Los *dos* rabos.

—¿Uno rapidito antes de que te vuelvas loca buscando a la fierecilla de nuestra hija? —me dijo con esa media sonrisa traviesa que haría que se me mojaran las bragas… si las llevara.

Sacudí la cabeza para deshacerme del calentón y señalé a mi querido amorcito con el dedo.

—Todo esto es culpa tuya.

—¿Qué he hecho yo ahora? No es culpa mía que Tatis se escape. Ya sabes que a la niña le gusta mucho explorar, divertirse, ir de aventuras…

Puse los ojos en blanco.

—¡Pues por eso mismo es culpa tuya, hombre! ¡Es igualita que tú!

Ensanchó la sonrisa de oreja a oreja.

—Y a mucha honra.

Resoplé.

—Anda, vayamos a buscarla. Quiero que desayune antes de ponerse a corretear por todas partes y molestar a todo el mundo.

—No molesta a nadie, amor. Todo el mundo en la aldea la adora, y sus tíos siempre están pendientes de ella.

—Hace dos días manchó varios vestidos del puesto de Susi en la plaza con sus manitas llenas de jugo de moras. ¡Los echó a perder!

—No exageres, Callie. Seguro que Susi no se enfadó.

—¡Pues claro que no se enfadó! Le rio las gracias y hasta le prometió un vestidito nuevo para la celebración de esta noche.

—¿Lo ves, mujer? No sé por qué te preocupas —dijo mientras echábamos un vistazo al dormitorio de Tatis. Puse los ojos en blanco.

Por supuesto, su camita estaba vacía. Así pues, bajamos las escaleras hasta la sala de estar y, de allí, salimos a la calle.

Cuando Tatis cumplió dos años, mi barog amplió la casa y le construyó una habitación preciosa, pegadita a la nuestra.

—Así no hay quien la eduque, Daryos. —Me detuve y lo miré acusadoramente.

—Es una barog de Nemea, Callie. No una humana de Manhattan. ¡La estamos educando de maravilla! Está aprendiendo todo lo necesario y más, te lo prometo.

Me relajé al instante. Tenía razón… en casi todo.

—Está bien, pero no me gusta que se marche sin avisar. Todavía es muy pequeña y la selva es peligrosa.

—No sale de la aldea.

—Aun así, no me fío un pelo. Cualquier día se va de excursión hasta el lago y se da un bañito ella sola. ¡Es tremenda!

—Naranjito, Artia y Sazzy no la dejan ni a sol ni a sombra.

—¡Menudo trío! Naranjito y Artia la seguirían al fin del mundo sin rechistar, y Sazzy es más alocado que ella. Enzo y Bazzeila deberían vigilar más a su cachorro.

—Es un león, amor mío, no un amiguito de la guardería —dijo soltando una carcajada.

Un poco más y le arreo una buena hostia.

—A ti todo te hace mucha gracia. Claro, ¡como tú también creciste como un salvaje! A tu lado, Tarzán era un angelito del señor.

—¿Quién has dicho?

Hice rodar los ojos de nuevo y me colgué de su brazo.

—Anda, barog, vamos a buscar a nuestra fierecilla. Me muero de hambre y me gustaría desayunar tranquila por una vez.

—Eres la mejor madre del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Y tú el mejor padre. Y ¡deja ya de hacerme la pelota! —dije, cambiando el camisón por uno de mis vestidos.

Se rio mientras caminábamos por la aldea, en busca de nuestra hija. Lo habitual era que se colara en casa de alguno de sus tíos para despertarlo y obligarlo a jugar con ella, que estuviera en la plaza alborotando con Sazzy o poniéndose morada de bayas con Naranjito y su grupito de *llitops* en la primera línea de arbustos.

Nos cruzamos con un par de las descendientes recién llegadas a Nemea que se marchaban de excursión con sus barogs. Iban muy

sonrientes hablando con ellos y nos saludaron con efusividad. ¡La adaptación estaba siendo un éxito! Por supuesto, aún quedaba mucho camino por recorrer en ese asunto, pero había sido un buen comienzo, sobre todo para Toruch y Sonah, que se habían emparejado con unas mujeres magníficas. ¡Me alegraba mucho por ellos!

—¿Buscáis al terremotillo? —dijo Lansh cuando nos topamos con él y Xioh en la plaza.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con ironía.

Mi amigo soltó una carcajada.

—Hace un rato ha pasado por casa de Sulveh y por la nuestra. Se ha llevado tortitas hechas por Sylvia y se ha bebido un zumo con nosotros —explicó Xioh.

—¿Y no se os ha ocurrido avisarnos?

Se miraron sin comprender.

—Como si eso fuese tan extraño, Calista. Tu hija se mueve por la aldea como si fuese su patio de juegos.

Todos se rieron, menos yo.

—No te cabrees, mujer. Está con los reyes. Íbamos a llevarla a vuestra casa, pero nos cruzamos con Sonah que iba hacia el palacio y Tatis se empecinó en acompañarlo. Dijo que quería ver la barrigota de su tía.

—Está obsesionada con eso. Tiene a la pobre Tina mareada —dije. No pude evitar sonreír. Pronto mi hija tendría un primito… o primita.

Las cosas estaban cambiando en Nemea. Así que todo era posible, ¿no?

—Yo creo que Tina se arrepiente ya de estar embarazada con solo pensar que pueda dar a luz una fierecilla como la nuestra —dijo Daryos soltando una carcajada.

Entre risas, nos encaminamos hacia la morada de los reyes.

Nada más poner un pie dentro, no pude evitar enternecerme. La escena era para inmortalizarla con una cámara, la verdad.

Mientras Tina permanecía sentada sobre mullidos cojines y la mano sobre su enorme tripa, Enzo y Bazzeila dormitaban a su lado. Cyrus estaba en medio de la sala, tumbado en el suelo y sujetando

en lo alto con los brazos estirados a Tatis, que reía a carcajadas. Sazzy daba saltitos de aquí para allá, rugiendo de contento. Al menos, Naranjito y Artia no se encontraban ahí.

Daryos y yo nos quedamos quietos en la entrada, contemplando la hermosa escena.

—¡Hola, maa! ¡Hola, paa! ¡El tío C me está haciendo volar!

Quería reñirla, lo juro, pero iba a dejarlo para más tarde… o para nunca. En ese momento, lo único que me apetecía era disfrutar de mi familia.

—Ya veo que te lo estás pasando muy bien. Seguro que a tu tía Tina le encanta que aparezcas en su casa al amanecer.

Mi cuñada me lanzó una mirada que prefería no descifrar. Me acomodé junto a ella en los cojines mientras Daryos se unía en el suelo a su hermano y a Tatis, y empezaban a jugar todos como si no fueran más que animalillos de la selva. Mi amorcito lanzaba a la niña por los aires y la volvía a coger, una y otra vez, para justo después hacerle un montón de cosquillas. Ella se desternillaba con su padre, que jamás se cansaba de jugar con ella. ¡Eran tal para cual!

La verdad: Enzo y Bazzeila parecían mucho más civilizados que ellos.

Los reyes nos invitaron a desayunar con ellos y, cuando mi querido barog y los demás dejaron de hacer el bestia, nos sentamos todos a la gran mesa y engullimos un desayuno digno de las mejores familias reales: tortitas de trigo con miel de abejas rojas, fruta de diversos tipos, zumos, frutos secos y, por supuesto, mis preferidos: los panecillos de colores.

Charlamos sobre la fiesta que tendría lugar alrededor de la hoguera para celebrar la noche en que los dioses nos saludaban. En ella disfrutaríamos de un despliegue de estrellas fugaces cruzando los cielos de Nemea. Era una de las noches más hermosas del año.

Por supuesto, los dioses ni estaban ni se los esperaba, pero era un hermoso modo de rendirles tributo y, sobre todo, de disfrutar juntos de una agradable velada entre familia y amigos. Una de tantas celebraciones maravillosas que tenían lugar en la aldea.

Nemea era un lugar peligroso y salvaje, pero también hermoso y fascinante. Se había convertido en mi dulce hogar y me

había dado todo cuanto podía desear: una vida emocionante y plena al lado de los seres más sorprendentes, intensos y divertidos del universo.

¡Jamás podría haber imaginado una vida mejor!

Y así, cada mañana me despertaba agradecida porque el destino me hubiese llevado hasta allí… y cada noche me dormía feliz en brazos de mi amorcito, mi *hoa uhane*, mi barog.

Fin

EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES

GUÍA DE PERSONAJES Y OTRA INFORMACIÓN DE INTERÉS DE NEMEA

BAROGS

Daryos, príncipe de Nemea, pareja de Callie y hermano de Cyrus.
Cyrus, rey de Nemea, pareja de Tina y hermano de Daryos.
Xioh, el sanador de la aldea, pareja de vida de Lansh y hermano de Xerx.
Xerx, pareja de Jenny y hermano de Xioh.
Lansh, pareja de vida de Xioh y hermano de Axeh.
Axeh, pareja de Emi y hermano de Lansh.
Ciench, pareja de Susi y gran guerrero barog de la aldea.
Toruch, pareja de Lorna y gran guerrero barog de la aldea.
Drashir, padre de Cyrus y Daryos, el anterior rey de Nemea, asesinado en la Gran Guerra por los hermanos perdidos. Pareja de Tatiana.
Xarix, hermano de Drashir, padre de Xerx y Xioh. Anterior príncipe y sanador de la aldea.
Ceeris, hijo mayor de los reyes Drashir y Tatiana, hermano de Daryos y Cyrus. Iba a ser el rey sucesor de Nemea, pero Ux lo mató en la primera Gran Guerra.
Goria, pareja de Marla. Tienen un puesto de comida en el mercado de la aldea. Pariente de Sulveh, uno de los guardianes del templo, y de Sonah, muerto en la Gran Guerra.
Sulveh, guardián del templo. Perdió a su pareja, Elena, y a toda su familia en la Gran Guerra. Vivían en la aldea pequeña, junto al lago esmeralda. Su hermano

Sonah era el barog de Sylvia. Es pariente de Goria. Fue amigo de Drashir, el anterior rey, y uno de sus grandes guerreros.
Sonah, hermano fallecido de Sulveh. Era el barog de Sylvia. Pariente de Goria. Fue un gran guerrero del rey Drashir.
Bebé Sonah, el hijo de Sylvia y, supuestamente, Ux.
Yolk, barog, primero, al servicio del rey Drashir, y después, del rey Cyrus, al cargo de las descendientes en la mazmorra. Daryos lo mató en las mazmorras.
Xahu, barog al servicio de Cyrus, al cargo de las descendientes en la mazmorra. Daryos lo mató en las mazmorras.
Trench, barog al servicio de Cyrus. Fue quien llevó a Tina a través del portal a Nemea.
Cox, barog al servicio de Cyrus. Disparó una flecha a Daryos. Cyrus lo mató.
Gushia, barog de Penny. Murió hace diez años en la Gran Guerra.
Thauren, el guardián más antiguo del templo.
Gorosh, padre de Ux y antiguo sanador de la aldea, fallecido mucho tiempo atrás.



HERMANOS PERDIDOS

Ux (Uxuer), barog líder de los hermanos perdidos. Inició la Gran Guerra hace diez años. Trajo a Tatiana a Nemea.
Lorish, segundo al mando de Ux.
Los inferiores, barogs nacidos de *aninf*, mitad barog mitad *aninf.*



HUMANAS DESCENDIENTES

Callie Dawson (Calista), profesora de biología, pareja de Daryos.
Tina Martins, estudiante, pareja de Cyrus.
Jenny Johnson, estudiante, pareja de Xerx.
Emi Simmons (Emilia), estudiante, pareja de Axeh.
Shauna, estudiante que se suicidó poco después de llegar a Nemea.
Susi Bell (Susanne), pareja de Ciench. Una de las descendientes capturadas por los hermanos perdidos durante la Gran Guerra hace diez años. Costurera de la aldea.
Penny (Penélope), una de las descendientes capturadas por los hermanos perdidos durante la Gran Guerra hace diez años. Su pareja era Gushia, asesinado en la guerra.
Sylvia, una de las descendientes retenidas por los hermanos perdidos desde la Gran Guerra. Su barog, Sonah, fue asesinado en la guerra y era hermano de Sulveh, ahora uno de los guardianes del templo.
Marla, pareja de Goria. Tienen un puesto de comida en el mercado de la aldea. Era amiga de Susi, Sylvia y otras descendientes.
Tatiana (Tatis), anterior reina de Nemea; madre de Cyrus, Daryos y Ceeris, entre otros; pareja de Drashir, el anterior rey de Nemea; asesinada en la Gran Guerra por los hermanos perdidos.
Elena, la *hoa uhane* de Sulveh, el guardián del templo. Murió en la Gran Guerra.
Eve, madre de Ux, fallecida hace mucho tiempo.



OTRAS HUMANAS NO DESCENDIENTES

Lorna McPhee, profesora de la universidad de Columbia y la mejor amiga de Callie.



ANINFS

Antara, *aninf* relacionada con Daryos en el pasado. Lanzó a Callie por el acantilado al río.
Artia, *aninf* amiga de las descendientes retenidas por los hermanos perdidos en los pantanos.
Ausinca, líder de las *aninfs* de las madrigueras.



EL TEMPLO: DIOSES y ANCIANOS

Dioses del manantial, los dioses nemeos de los barogs.
Ooris, anciano mayor del templo.
Umah, anciano del templo.
Irush, anciano del templo.
Joshia, anciano del templo.



FELINOS

Enzo, león de Daryos.
Bazzeila, pantera de Cyrus.
Benju, león de Toruch.
Itzaar, león de Xerx.
Zinna, león de Ceeris.
Zaala, león de Axeh.
Sajeh, león de Ciench.
Azax, león de Sonah (el hijo de Sylvia)
Sazzy, león de Tatis.



FAUNA DE NEMEA

Leones nemeos
Panteras de ojos dorados
Panteras de ojos rojos
***Mo'o* azul**, lagarto azul.
Boa azul, serpiente azulada.
Piraña amarilla "arrancadedos".
Abejas rojas
Abejas azules
Rinos
Aninfs
Llitops
Pulpos gigantes, terrestres y acuáticos.
Ratas lilas de ojos rojos
Serpientes negras de los pantanos
Lagartos de los pantanos
Linces de los peñascos

***Manu nui*,** águilas gigantes de los picos rocosos y de los zarzales.
Serpiente amarilla gigante constrictor
***Nasra* enanas,** venenosas y camaleónicas.
Serpientes verdes moteadas de amarillo, no venenosas.
***Nashies*,** hienas subterráneas carroñeras, de pelo dorado y ojos negros.
Gatas arcoíris, ***Bescuit***, felinos alados multicolor con habilidades camaleónicas para hacerse invisibles a la vista. Se comunican con una melodía formada de sonidos tan agudos que puede perforar el tímpano barog y humano.



LUGARES DESTACADOS DE NEMEA

Wailele, la cascada, el lugar especial de Daryos.
El lago esmeralda, lago sagrado que bendice las uniones entre barog y descendiente. Sus aguas tienen propiedades curativas.
Las cascadas de la muerte
El acantilado de la muerte abismal
Las cuevas de las panteras, al oeste de la aldea, hogar de las panteras de ojos rojos principalmente, aunque conviven allí con algunas de ojos dorados.
Las pendientes de las rocas, pendientes pronunciadas llenas de grandes piedras donde los barogs jóvenes suelen celebrar carreras montaña abajo.
El templo de los ancianos
La Gruta de la Profecía, excavada en la montaña del templo.
La gran roca, claro en medio de la selva con una gran roca de cuarzo negro en medio, con extrañas inscripciones y forma de altar primitivo.
Los pantanos, situados al sur de Nemea y que recubren un cuarto del planeta. Es donde viven los hermanos perdidos y muchas *aninfs*, así como pulpos y serpientes negras.
Las cuevas de los rebeldes, situadas al norte.

El desfiladero entre las montañas tras el templo.
Las cimas de las águilas
Las madrigueras de las *aninfs*.
La gruta de las flores de colores, el lugar especial de Xerx, carca de la aldea.
Las cuevas subterráneas de *las nashies*
La tierra inexplorada, prohibida y remota
El lago y la playa ocultos, el lugar especial del rey Cyrus.



COMIDA TÍPICA DE LOS BAROGS

Cocido de serpiente azul en salsa de cangrejo picante
Pulpo asado troceado en salsa de higos y frambuesas
Serpiente negra de los pantanos troceada y asada
Lagarto de los pantanos cocido y troceado
Pirañas asadas
Panecillos de colores, hechos con harinas de cereales diversos, con o sin frutos secos
Miel de abejas rojas, el alimento más energético de Nemea
Miel de abejas azules (no tan dulce como la anterior)
Rinos asados a fuego lento
Mangos grandes
Plátanos dulces
Piñas gigantes
Bayas diversas
Dátiles grandes y dorados
Coco y agua de coco
Zumos de frutas tropicales diversas
Tortas dulces de trigo

Licor de moras

AROMAS DE LOS BAROGS

Daryos: chocolate caliente, café y coco, con un toque picante.
Cyrus: frutas tropicales, oscuro y especiado.
Axeh: menta picante y cítricos.
Xerx: bayas de saúco, moras maduras y canela.
Ux: olor a cuero, tormenta y especias intensas. Aroma a temporal, a mar.
Sulveh: miel especiada y a licor fuerte, denso y sabroso

CELEBRACIONES

Celebración del cambio lunar
La noche en que los dioses los saludan
Noche de hoguera
Ritual de los muertos en la cima de todos los atardeceres (entierros)

GENERACIONES DE BAROGS

De la más reciente a la más antigua:

Daryos, Cyrus, Xerx, Xioh, Axeh, Lansh, unos treinta años.
Ciench, Toruch, unos doscientos treinta años.
Sonah, Sulveh, Goria, Ceeris, Gushia, unos cuatrocientos años.
Drashir, Ux, Xarix, Yolk, muchos siglos.
Los ancianos, miles o millones de años, nadie lo sabe con exactitud.



GENERACIONES DE HUMANAS DESCENDIENTES

De la más reciente a la más antigua:

Callie, Tina, Jenny, Emi, recién llegadas a Nemea. Siglo XXI.
Susi llegó a Nemea hace dos siglos, en la anterior apertura del portal. Siglo XIX.
Sylvia, Elena, Marla, Penny llegaron a Nemea hace cuatro siglos. Siglo XVII.
Tatiana llegó a Nemea hace muchos siglos, cuando Drashir era príncipe.

ACERCA DE LA AUTORA

Charlotte T. Loy es una escritora de fantasía y romance cuyos libros te sumergen en mundos plagados de atractivos seres misteriosos, acción trepidante, amores salvajes y fuerzas sobrenaturales, a través de historias tan apasionadas como aterradoras.
Sus personajes son arrastrados hacia destinos oscuros e intensos romances llenos de peligros. Vampiros, licántropos, ángeles, eternos, barogs y todo tipo de seres legendarios aparecen en sus adictivas novelas, alterando para siempre la vida de los humanos que viven entre ellos… y también la tuya.

Aunque ha pasado la mayor parte de su vida en España, entre Barcelona y la Costa Brava, actualmente vive en Inglaterra con su familia, donde se dedica exclusivamente a su gran pasión: escribir.

Hasta el momento ha publicado las siguientes sagas completas: *Ocultos en el bosque*, de fantasía y romance paranormal; *Los Guerreros de la Tierra,* de Romantasy*;* la *Saga Vampiros,* de terror y romance paranormal; y *El rapto de las descendientes*, de Alien Romance.
También las novelas autoconclusivas *Bajo las alas de Lucifer*, un thriller romántico sobrenatural; *Llévame contigo, un romance en el más allá*, un thriller romántico paranormal; y el romance contemporáneo *La mejor sonrisa del mundo.*

Además, es autora de varios relatos como: *El Cuervo justiciero y el caso número 13*; *La última cacería*; *El accidente; Michael*, *Capitán de los Ejércitos Celestiales*; *Jack Rowan, el ancla*; y *Siete postales*

(incluido en la antología de relatos navideños *Navidad con derecho a roce*), entre otros.

El destino del barog es la quinta y última novela de su nueva saga *El rapto de las descendientes,* de *Alien Romance.* Las novelas anteriores son *En brazos del barog, Prisionera del rey barog, Los barogs perdidos y Rendida al barog.*

Puedes seguirla en sus redes (Instagram, Facebook, TikTok y Tumblr): **@charlottetloyauthor**
Club de fans de Telegram: https://t.me/+hgBq-4X7PnoxYzI0

AGRADECIMIENTOS

Y aquí estamos, al final de esta saga que ha formado parte de mi vida durante dos años. ¡Apenas puedo creer que haya llegado el momento de decirle adiós! Os aseguro que me caen las lagrimillas.

Lo que empezó siendo un proyecto para un libro autoconclusivo terminó convirtiéndose en un viaje alucinante, lleno de personajes únicos, que ya jamás olvidaré, una trama trepidante y un mundo hermoso y salvaje, en el que me encantaría perderme… ¡junto a un barog, por supuesto!

Me he enamorado por completo de Nemea y sus rincones paradisíacos, y de todos y cada uno de los barogs, una especie tan distinta a nosotros y, al mismo tiempo, con sentimientos tan intensos y humanos.

Daryos, Callie, Cyrus, Tina, Xerx, Jenny, Lansh, Xioh, Emi, Ax… y todos los demás tendrán un lugar en mi corazoncito para siempre. ¡Y qué decir de Enzo, Artia o Naranjito! Porque, en esta historia, hay muchos personajes de todo tipo que nos han hecho reír a carcajadas y enternecernos.

Y después de exponeros mis emociones (ya sabéis que todo lo siento con mucha intensidad y que soy una romántica empedernida), pasaré a los agradecimientos. Porque, a lo largo de esta epopeya de romances, aventuras, batallas, amistad, risas, almas gemelas y qué sé yo cuántas cosas más, sois muchas las que me habéis acompañado, disfrutando conmigo al máximo de los barogs y apoyándome de un modo incondicional. ¡Os estoy tremendamente agradecida!

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi maravillosa **familia**. Mis hijos y mi marido son los pilares de mi vida y por ellos me lanzaría por el precipicio al río una y mil veces. ¡Os adoro!

En segundo lugar, gracias a **mis queridas Supernenas, Jessy CM (@jessy_cm_writer) y Deborah P. Gómez (@deborahpgomez)**, dos maravillosas escritoras y GRANDES personas a las que tuve la inmensa suerte de conocer hace ya varios años. Os quiero un montón y, gracias a vosotras, la vida, que es de todo menos de color de rosa, es mucho más llevadera, divertida y emocionante. No podría haber encontrado unas compañeras de viaje mejores que ellas. ¡Llegasteis a mi mundo para quedaros para siempre! Estoy segura de que nos quedan un sinfín de aventuras juntas. ¡Me muero por descubrirlas!

Unas gracias ENORMES a **Ely (@elypedarc)** que, además de ser la magnífica administradora de mi grupo de *charlotteras* de Telegram, se ha convertido en una gran amiga y una persona muy especial para mí. Gracias de todo corazón por todo lo que haces y, sobre todo, por la ILUSIÓN con la que lo haces. ¡Formamos un gran equipo!

Mil gracias también a las maravillosas personas que me han apoyado durante este difícil y fascinante camino literario, como las grandes bookstagrammers **Gema (@gema_lectora), Ara (@ara_pasionporloslibros)**, **Asun (@lalokadeloslibros_84), Laura (@laurelleyescribe)** y muchas otras que apoyan día a día con una labor magnífica a los escritores. ¡Muchísimas gracias por todo lo que hacéis por nosotros!

Y, por supuesto, unas gracias GIGANTESCAS a mis queridas *charlotteras* del club de Telegram, unas personas increíbles, llenas de ilusión y alegría, con las que comparto esta locura tan sana y hermosa por mis historias. Gracias a **Inma Pangliani; Rocío Pérez, la Cantaleja; Águeda García; Maribel RV; Kirian;**

Carmen D; Rita Vila Conde; Olga Lorenzo; Maleni Sánchez García; Rosi Martín; Sara Sánchez; Tamara Pérez Rizos; Bea RH; GemRP; Goiatz Garitaonandia; Isabel MJ; Carolina Cortes; Celia Espada Puerto; Aurora LagGim; Juani Rodríguez Pelayo; Coco; Irati; y todas las demás *charlotteras* del club. ¡Muchísimas gracias por disfrutar de mis historias tanto o más que yo! Habéis traído luz y buen rollo a mi vida. ¡Este sueño literario es muchísimo mejor desde que lo compartimos todas juntas!

Gracias también a **Aina Colom** por su maravillosa aportación de un animal mágico y muy hermoso que aparece en esta entrega de la saga en un momento muy especial, el *Bescuit*, la gata arcoíris.

Y, por supuesto, MIL MILLONES DE GRACIAS también **a todas mis lectoras al completo, las mejores del mundo mundial**. ¡Estamos juntas en esto! ¡Os adoro!

Espero que hayáis disfrutado de mis queridos barogs tanto como yo y que la aventura haya merecido la pena. Y ya sabéis…, si alguna vez encuentro el modo de abrir el portal, os avisaré enseguida y cruzaremos juntas a Nemea. ¡Quién fuera una descendiente!

Y nada más por ahora. Nos vemos muy pronto en otra historia cargadita de emociones fuertes. Así que no os relajéis demasiado. ¡Agarraos fuerte que vienen curvas!

Besos y felices lecturas.

Charlotte T. Loy

PD: Id haciendo las maletas por si consigo abrir el portal. Ya sabéis algunas de las cosas que tendréis que llevar…

NOVELAS DE CHARLOTTE T. LOY

Saga Ocultos en el bosque:

El Padre de Lobos
La cazadora de bestias
El corazón del lobo
El poder del licántropo

Saga Vampiros:

Los hijos del viento del norte
La furia del viento del norte
La alianza del viento del norte

Saga Los Guerreros de la Tierra

Amor eterno
Hielo eterno
Eternos al fin
Fuego eterno
Eternamente tuyo

Saga El rapto de las descendientes

En brazos del barog
Prisionera del rey barog
Los barogs perdidos
Rendida al barog
El destino del barog

Bajo las alas de Lucifer

Bajo las alas de Lucifer (novela)
Michael, el Capitán de los Ejércitos Celestiales (relato corto)
Jack Rowan, el ancla (relato corto)

Llévame contigo, un romance en el más allá

La mejor sonrisa del mundo



